

CON LOS OJOS
del
Cielo

ANDREA VALENZUELA ARAYA

Con los ojos
del Cielo

ANDREA VALENZUELA ARAYA

©2020, Andrea Valenzuela Araya
Derechos exclusivos de edición.

Primera edición digital: Diciembre 15, 2014
Amazon Digital Services, INC.
ASIN: B00R1ZXVFS
Segunda edición digital: Marzo 04, 2020
Amazon Digital Services, INC.

Portada segunda edición digital: Pamela Díaz Rivera

Código Registro: 2003043229061
Licencia Safe Creative.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

*Especialmente dedicada
a mi querida amiga Kathy,
quien brilla con luz propia
en un mejor lugar.*

“Cuando los ojos logran ver lo que nunca vieron, el corazón es capaz de sentir lo que nunca sintió”.

Con los ojos del cielo

INDICE

PRÓLOGO

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

PRÓLOGO

El amor, sin duda, es la fuerza más poderosa que existe entre el cielo y la tierra.

Porque por amor se cometen locuras sorprendentes y se llega a vivir en carne propia sufrimientos insospechados que nos hacen perder la razón y a veces, por completo la cordura.

Porque sencillamente, no existe nada que un ser humano no pueda hacer por amor, siendo solo el corazón el único capaz de entregarse incondicionalmente, sin pedir o exigir nada a cambio. Al igual que quienes se encuentran entre nosotros, cuidándonos, protegiéndonos...

Porque nos observan.

Nos guían sin que sepamos que están ahí.

Nos ayudan a comprender que la vida no es simple, dándole un nuevo sentido a cada día de nuestra existencia, pero...

¿Para qué?

¿Para ir a dónde?

¿Y con quién?

Eso solo lo sabrás una vez que creas en ellos, como ellos creen en ti.

I



El ruido chillón de la alarma de su móvil de última generación le anunció que las seis de la mañana se hacían presentes. Robert lo dejó sonar un momento, solo un par de segundos más antes de estirar su mano para tomarlo. Su pálida extremidad se deslizó a tientas a través de la mesita de noche de madera envejecida hasta alcanzar el aparato, que no cesaba de vibrar enloquecedoramente.

Un par de minutos después, el teléfono dejó de sonar. Robert permaneció echado en la cama con la vista fija en el cielo de su habitación, percibiendo como lentamente sus nervios volvían a la vida, pero sus músculos aún continuaban dormidos, cargados con la fatiga acumulada del día anterior en que había retornado desde Haití, luego de haber estado cinco meses en ese país trabajando como médico voluntario de la Cruz Roja, en una misión humanitaria de una ONG. Viajar a ese lugar fue la mejor opción que tuvo para huir de sus recuerdos, del inmenso dolor que llevaba a cuestras, del cansancio y el agotamiento de largos y extenuantes meses sin nada más que hacer que... pensar. Irremediablemente creyó, que dejándolo todo atrás, volvería convertido en un hombre nuevo, que con el trabajo y las ganas de vivir de tantas personas que a menudo atendía, una parte de su vida cambiaría, pero en el instante en que abrió la puerta de su frío, oscuro y desolado departamento, se dio cuenta de que todo estaba ahí, como antes, como ahora y como siempre.

Suspiró profundamente, a la vez que contemplaba sus piernas que no parecían moverse, demasiado largas, demasiado delgadas, demasiado inertes.

—¡Muévanse! —Les ordenó fastidiado—. ¡Si no me sacan de aquí, nada lo hará, y eso lo saben ustedes mejor que yo! —Una de sus rodillas se elevó y la otra lo siguió con el mismo movimiento. Después, con la sola fuerza de voluntad de ambas extremidades, el doctor Robert Price se levantó de la cama, al mismo tiempo que deslizaba una de sus manos por su desordenado cabello de color castaño cobrizo—. Un jodido día más —musitó en un murmullo silencioso, percibiendo una leve opresión en el pecho, la que lo había acompañado desde aquel fatídico día, manteniéndose intacta en él.

Tras una reacción innata, su cabeza se volteó al lecho vacío de su cama, algo intacta por lo demás. Alargó la mano intentando llegar hasta ese costado, pero su cuerpo no reaccionó de la misma manera, paralizándose. Cerró los ojos por un momento y suspiró, esperando que al abrirlos, quizás, todo fuera diferente, pero lo único que consiguió, cuando los tuvo nuevamente abiertos, fue volver a contemplar aquel lugar de la cama de la misma forma que lo había hecho la noche anterior y por supuesto, la anterior. No, no había duda alguna, ella no estaba ahí y no regresaría a su lado, porque sencillamente... se había marchado para siempre.

Un año atrás.

—¡Robert! ¿Puedes dejar de observarme y continuar? ¡Llegarás tarde a tu trabajo!

—No. Estoy muy a gusto aquí y es algo bastante placentero ver como duermes —aseguró mientras apoyaba su cuerpo sobre el respaldo de la cama.

—Por favor, amor, ¡estoy hecha un desastre!

Robert le sonrió, al mismo tiempo que acariciaba delicadamente una de sus mejillas.

—Sabes que eso no es cierto. Mi mejor parte del día es cuando tus ojos se abren para admirarme y decirme con ello que todo va a estar bien.

Sofía le dedicó una placentera sonrisa a su guapísimo marido para terminar clavando sus verdes ojos, aún cargados de sueño, en el rostro que tanto amaba.

—Entonces —pronunció con su suave y aterciopelada voz—, vuelve a meterte en la cama conmigo. Llama a Adam y dile que...

Aquellas palabras iluminaron el semblante del joven profesional, quien sonrió gustoso al oírla, pero aunque la oferta sonaba demasiado tentadora, sabía de sobra que no podría aceptarla.

—Mi amor, por más que así lo quiera, no puedo, ¡y vaya que lo deseo! —Murmuró junto a su boca—. Sabes que me quedaría contigo todo el tiempo que fuese necesario, sin salir de nuestra cama, pero me temo que terminarían despidiéndome.

Sofía acercó aún más su delgado cuerpo junto al de su esposo y lo contempló por varios segundos antes de volver a exclamar:

—¡Por favor! ¡Nadie se atrevería a despedir al respetado, exitoso y apuesto doctor Price! ¡Sin ti en ese lugar no son nada!

Una leve carcajada con un tinte de arrogancia se dejó oír desde los labios de su marido.

—Quizás no, pero considero que eso de “exitoso” está de más, cariño.

—No, no lo está. ¡Admítelo! A tus treinta y siete años has conseguido lo que ninguno de tus amigos y colegas ha podido hacer. Eso te hace especial y el mejor de todos.

—Me conforma saber que soy especial solo para la mujer más maravillosa que en mi vida he conocido.

Ahora la carcajada se dejó oír desde los labios de Sofía.

—¡Vaya, doctor! ¿Eso se lo dice a todas sus pacientes?

—No, pero que quede entre tú y yo, solo a las que realmente me interesan.

—¿Por eso se casó conmigo?

—Por eso y muchas cosas más —aseguró, entrelazando una de sus manos con una de las suyas—. ¿Quieres que te confiese los motivos?

Sofía levantó las unidas manos y las besó cariñosamente, en especial, aquel lugar en donde se encontraban los anillos de boda que sellaban su compromiso de amor para toda la vida.

—¡Creo que ya los sé! —Emitió a viva voz, envolviéndolo en un cálido abrazo y susurrándole al oído—: Nunca olvides cuánto te amo, Robert Price.

Aquellas palabras que le pronunció con tanta pasión y entrega lo hacían sentir un hombre verdaderamente afortunado, porque a sus años parecía tenerlo todo, desde un excelente trabajo, una hermosa esposa, una cuenta corriente de al menos ocho dígitos, hasta una prominente carrera... «¿Qué más podía pedirle a la vida de lo que ya le había brindado?», se preguntó, cerrando los ojos.

Tiempo presente.

La habitación se encontraba a oscuras y solo un destello de luz se colaba por las cortinas semi abiertas de la ventana. Robert se hallaba de pie junto a la cama con las manos empuñadas, absorto en el silencio y la soledad que lo acompañaba, precisamente, desde hace doce meses. Los recuerdos de Sofía y los días junto a ella no parecían dejarlo en paz, al contrario, lo atormentaban, jugando con su inestable vida, con sus destrozados sentimientos, con cada una de sus emociones y con su deshecho corazón. Por más que así lo quisiera, por más que hubiese huido tan lejos, por más que lo anhelara, ella no volvería y aquellos hermosos momentos tampoco.

Suspiró como si la vida se le fuera en ello, observando todo a su alrededor, para detener la mirada en el gran espejo rectangular de bronce antiguo que se erguía de pie junto a la pared. Admiró aquella figura reflejada en él, al igual que su ahora delgado cuerpo y la incipiente barba que formaba parte de su semblante, pero se detuvo especialmente en sus ojos que lo delataban todo el tiempo. Notó lo furioso que estaba y todos los rasgos físicos que pareció haber olvidado con el correr de los meses, porque ya no recordaba lo alto que era, solo veía lo enflaquecido que estaba, la palidez de su piel debido a su mala alimentación y a la excesiva ingesta de alcohol, preferentemente whisky. Sí, su rostro había perdido la alegría, aquella que denotaba su mejor atractivo, iluminando cada centímetro de su bello semblante. Porque había sido un rostro cautivador, bien parecido, con una serena e inusual belleza que intimidaba un poco; justamente, como ahora.

—¡Al diablo! —Dirigió sus pasos hacia el cuarto de baño en donde otra vez contempló su reflejo en otro gran espejo que decoraba el lugar—. No puedo mirarme sin tener ganas de vomitar —añadió. Él, que tenía el respeto de todo el mundo había perdido completamente el suyo. Él, que se había dedicado a la medicina, al igual que su padre y su abuelo, graduándose con honores en el extranjero, consiguiendo así logros importantes en tan poco tiempo, había perdido las ganas de vivir tras la muerte de su esposa en ese maldito accidente vehicular que los traía de regreso de un maravilloso fin de semana en la playa.

Robert tuvo en sus manos todo lo que cualquier hombre desearía, pero el precio que pagó por ello fue demasiado alto. Aún lo recordaba nítidamente... ni siquiera pudo salvarla, y entonces, ¿de qué le habían servido todos esos años de estudio, si la vida de la persona más importante de su existencia se había extinguido en sus brazos en tan solo cinco minutos?

—¡Tú! ¡Sí tú, imbécil! ¡Todavía tienes una deuda conmigo! —Alardeó en voz alta frente a su propio reflejo, maldiciendo y aludiendo a su talento que ni siquiera le ayudó a conservarla—. ¡Maldito seas, Price! ¡Maldito seas una y otra vez! —Entonces, el sonido de su móvil lo sacó de su irremediable realidad, pero sin que le importara dejó que el aparato siguiera sonando mientras comenzaba a desvestirse para meterse a la ducha. Tenía que ir al hospital, pero no quería, debía reincorporarse y dejar que la rutina tomara el control de su vida para que las evocaciones ya no fueran su placer masoquista, pero lo eran, o al menos, en eso se habían convertido, porque lo recordaba todo, incluso hasta los más pequeños y significativos detalles.

Una hora después.

—¡Buenos días, doctor Price!

—¡Buenos días, Oscar! Si es que algo tienen de buenos. —Se quejó mientras caminaba por el hall del imponente y lujoso edificio en donde vivía, en el piso siete, en un exclusivo barrio de la zona oriente de la ciudad.

—Aquí tiene las llaves de su coche, señor. Está en perfectas condiciones, tal y como usted lo solicitó —anunció el conserje, que como cada mañana se encontraba listo y dispuesto para

comenzar el día, saludando con suma cortesía a cada uno de los habitantes del ostentoso inmueble. Porque así era Oscar, un hombre de cincuenta y tantos años de edad, bajito, de contextura mediana, calvo, de rostro sonrosado, de desconfiada mirada, conversador y extremadamente responsable con su trabajo, que había ejercido por más de treinta años en excelentes condiciones y sin ningún tipo de reproches.

—Gracias. —Robert se acercó a él para recibir las llaves de su auto.

—¿Cómo estuvo Haití, doctor? —preguntó el hombre, queriendo proseguir con la charla.

—Duro, horrible, y lleno de gente muriendo —respondió Price de mala manera, para que se diera por enterado que hablar no estaba dentro de sus tareas matutinas.

Los ojos de Oscar se abrieron como platos al escuchar su tan positivo comentario.

—Atendí gente enferma de malaria, sida, tuberculosis... —continuó Robert, pero con algo de evidente sarcasmo en el tono de su voz—; además de niños muriendo de hambre y enfermedades infecciosas. Un gran lugar, Oscar. Sin duda, fueron unas excelentes vacaciones. Gracias por el coche.

La mirada del conserje no se despegó ni un solo momento del irónico rostro del doctor que sonreía, o al menos, intentaba hacerlo, con sus labios curvándose medianamente hacia arriba.

—¡Qué tengas un buen día! —Se despidió Price, otorgándole un guiño al caminar hacia los estacionamientos subterráneos.

—Sí, usted... también —finalizó Oscar y ya sin ganas de seguir oyéndolo.

La primera misión humanitaria de Robert, después de haber perdido a Sofía, se había convertido en su droga, en la forma perfecta de huir de su dolor y en una vía obligatoria de escape que se había auto impuesto para alejarse de su vida como Jefe de la Unidad de Urgencias de un reconocido hospital de la ciudad. Y hoy, siendo las siete y treinta de la mañana, Robert Price entraba al Hospital Santa María de la Asunción, cargando en una de sus manos su maletín de cuero de color negro. A cada paso que daba su pecho dolía, sus músculos se tensaban y su respiración se agilizaba, mientras dentro el bullicio era realmente ensordecedor, tal y como lo recordaba.

Continuó con su apresurado andar hacia las escaleras hasta divisar, en lo alto de ellas, al responsable de las incesantes llamadas que había recibido esta mañana, cuando intentaba tomar una ducha.

—¡Robert Price! —Exclamó de pronto una amena voz masculina—. ¿Es una visión o realmente eres tú?

Adam Smith era un excelente cirujano de treinta y nueve años, afable, generoso, sociable, de buen carácter, una persona de extremada dedicación hacia su labor como médico y de envidiable y firme felicidad junto a Catherina, su esposa desde hacía ya tres años, con la cual tenía un hijo de nueve meses de edad llamado Elías.

—¡Qué bueno es verte de nuevo por aquí! —Le aseguró su amigo de toda la vida con una agradable sonrisa estampada en los labios.

—Tenía que volver. Recambio de profesionales —se justificó Robert seriamente.

—Eso quiere decir que si no fuera por ese gran y único detalle, ¿te habrías quedado en Haití?

—No hay nada que me ate a este lugar, Adam, y tú bien lo sabes.

—Tu trabajo, tu vida, tu hermana, todo está aquí, Robert.

—Pero lo más importante ya no. —Le recordó, situándose en la planta superior.

Adam suspiró. Sabía que nada de lo que pudiera decir le haría cambiar de opinión, porque tras la muerte de Sofía, Robert se había convertido en un terco, mañoso, energúmeno y muy obstinado viejo cascarrabias.

—A pesar de ello, me alegra muchísimo que hayas vuelto.

Price lo miró de reojo y luego bajó la vista por algo más que un instante. También, suspiró como solía hacerlo siempre, para luego alzar la cabeza y observar el rostro de Adam, la única persona que quizás, en parte, entendía y empatizaba con su dolor.

—A mí también —reconoció, estirando una de sus manos para estrechar una de las suyas.

—Pues bien, héroe, será mejor que reacciones, aterrices y comiences tu labor de la mejor manera. Aquí hay mucho trabajo desde tu partida.

—Perfecto, porque solo quiero mantener mi mente ocupada.

—¡Cómo extrañaba al viejo cascarrabias! ¡Al fin está de regreso!

Price movió su cabeza de lado a lado al oír ese peculiar apodo con el cual lo había bautizado, y sonrió; aunque vagamente.

—Así me gusta. Por ende, ve ensayando esa esquiva sonrisita tuya o terminarás ahuyentando a todos nuestros pacientes. Pero antes de que lo hagas, tengo que llevarte con el director, quiere hablar contigo.

—¿Hablar? ¿Para qué? No hay motivos. De hecho, ni siquiera tengo ganas de hacerlo.

—Solo sigue el juego, muchacho. Llevaste a cabo una misión humanitaria y eso le añadió un punto más que a favor a tu currículum.

—Sabes perfectamente lo que eso significó para mí.

—Sí, sí, bueno... —Adam se carcajeó y decidió seguirle la corriente—. Por favor, Price, ¿ese es tu espíritu de equipo?

—No sigas. Por tu bien y por el mío mantén la boca cerrada.

—No lo haré, colega. Sabes que jamás lo haré.

Y eso él lo sabía de sobra.

Al cabo de unos minutos, ambos médicos ya caminaban hacia la oficina del director.

—Todo lo que dije... tómalo como tu obsequio de bienvenida, viejo cascarrabias. Y ahora, sé un buen amigo y cuéntamelo todo.

—En primer lugar, Smith, deja de llamarme así.

—Y en segundo lugar, Price, no te lo repetiré. Vamos, tengo tiempo disponible.

Robert detuvo su andar y arqueó una ceja, conforme a la respuesta que su amigo le había dado.

—Tú no cambias...

—No. Creo que después de varios meses sin ti, sigo siendo el mismo que viste y calza. Te extrañaba, me hacía falta tu bendita, desbordante y efusiva alegría en mi vida. Ahora, habla, Price.

Un par de minutos después, Adam escuchaba atentamente lo que Robert le relataba sobre lo vivido y acontecido en Haití.

—El equipo médico tuvo muchas situaciones de urgencia. Operé y me encontré con la sorpresa de mucha gente padeciendo cáncer y aparentemente localizado, pero que todavía no había comenzado a extenderse. La falta de salud, higiene y condiciones básicas para vivir en ese país es terrible y todo lo que se intenta hacer es mínimo en comparación a lo que realmente hace falta y se necesita.

—Pobre gente.

—Un gran lugar, Adam. Sin duda, el paraíso.

—No pierdes tu encanto, amigo. Apuesto que espantaste a todo el mundo con tu estampa de “El aborrecible e irónico doctor Price”. —Se burló.

—Muy gracioso de tu parte.

—¿Nunca te lo dijeron? Con esa barba tienes un aspecto de temer. —Aludió al nuevo look

que su amigo llevaba consigo desde hace un par de meses.

Robert lo observó detenidamente, hasta que articuló las siguientes palabras:

—Si no te callas, olvidaré lo buenos amigos que somos.

—Mmm —caviló Adam en voz alta—, creo que eso lo he escuchado de ti en varias ocasiones. No me intimidas, Price. Lo siento.

—Hablo en serio.

—Yo también, viejo. Yo también.

Un par de carcajadas brotaron airosas mientras continuaban con su andar por el pasillo principal hacia un nuevo día de trabajo, Adam en su consulta y Robert en urgencias. Y cuando casi habían llegado a la oficina del doctor Martinelli, oyeron por la entreabierta puerta pronunciar el nombre de Price desde el interior.

—¿Qué quiere precisamente de él?

—Es muy simple... Su desempeño en la misión humanitaria de Haití fue formidable y por esa no menos pequeña razón necesito reunirme con él lo antes posible para proponerle un nuevo viaje, esta vez a Palestina —articuló una voz femenina de profunda cadencia.

—Creo que hablan de ti —le anunció Adam, regalándole enseguida un par de palmaditas en la espalda—. Nos vemos luego, colega. —Y se despidió, tocando inesperadamente un par de veces la puerta de la oficina del director del hospital, animándolo a que ingresara cuanto antes a ese dichoso lugar.

Y así lo hizo su colega y amigo; claro, a regañadientes.

—Buenos días, director. ¿Quería verme? —Su seriedad era inigualable ante la mujer, que en ese momento clavaba su interesada y penetrante mirada sobre su figura.

—Me alegra tenerte de nuevo con nosotros, Robert. Adelante, por favor.

—Gracias, señor. —Y fue en ese instante en que ella se hizo notar por un carraspeo de garganta que emitió, logrando que la claridad de los ojos azules de Price se desviaran de la figura entrada en años del director Martinelli para posarla en la suya.

—La doctora Amanda Le Blank. —La presentó formalmente.

—La recuerdo, ya nos conocemos. —Añadió de mala manera.

—Es un placer verlo nuevamente, doctor. ¿Cómo está?

Instantáneamente, alzó sus hombros en señal de que le importaba una mierda responder esa innecesaria pregunta, para luego estrechar una de sus manos en señal de saludo y olvidar lo que ella había mencionado con tanta familiaridad.

Amanda Le Blank era una mujer de cuarenta y dos años, jovial, agradable y de aspecto nórdico. De rostro encantador, armónica figura y ojos color turquesa, se desempeñaba como Director Adjunto de la Cruz Roja. Su labor consistía en reclutar personalmente a los mejores profesionales del área de la salud para fines humanitarios.

—Está aquí para hablar contigo —le comunicó Martinelli, prosiguiendo con la charla.

—Así es —añadió ella, poniéndose inmediatamente en pie—. Recibimos excelentes referencias tuyas sobre su desempeño en Haití y tenemos la necesidad de informarle sobre otra misión que nos complacería que llevara a cabo.

—Desde luego —aseveró Price, movido por el bichito de la curiosidad.

—¿Estás seguro? —Intervino Martinelli algo incrédulo de la respuesta que acababa de oír de sus labios.

—Sí, solo hablaremos de la siguiente oportunidad de trabajo en el exterior y eso no significa que vaya a aceptarla —puntualizó Robert con sorna.

Un dejo de alegría y de complacencia se dejó entrever en el viejo rostro de Martinelli, no

así en la mirada sorprendida de Le Blank.

—Entonces, si tiene tiempo ahora, doctor Price, tal vez, usted y yo... —Pero el sonido de la voz un tanto ronca y hostil de Robert la detuvo.

—Me temo que tendrá que esperar. Acabo de reincorporarme al hospital y por lo que sé, tengo mucho trabajo; además de pacientes. Por ahora, lo más importante para mí es visitar a cada uno de ellos —sentenció convencido.

El director Martinelli rio de manera disimulada, porque conocía el humor despiadado y tan poco sutil que Robert solía utilizar.

—Está bien —sonrió ella con un leve dejo de incomodidad—. Quizás, en el transcurso del almuerzo podamos reunirnos y charlar.

—Tal vez tenga algo de tiempo en el almuerzo —replicó Price con ironía, pero sin dejarle nada claro.

Amanda asintió y siguió sonriendo frente al jueguito que el joven médico le montaba. Y así terminó despidiéndose de ambos y abandonando la oficina ante la atenta mirada de los que allí se encontraban.

—Me sorprendes, Price, por un momento creí que tu respuesta sería diferente —pronunció Martinelli cuando estuvieron finalmente a solas.

—También yo. Pero por ahora solo quiero trabajar. Después de todo, para eso he vuelto.

—Eso suena muy bien, te necesitamos. Urgencias no es lo mismo sin ti.

—Sí, sí... —Price movió la cabeza como si no le importara lo más mínimo aquella última frase—. Nada de adulaciones, señor, no las necesito. —Y se marchó, saliendo de allí en silencio.

El doctor Martinelli, de prominente mirada, tez oscura, rostro sereno y ojos negros, lo observó sin nada que decir, porque conocía su historia, al igual que cada una de sus tristezas y alegrías.

—Estás haciendo las cosas bien —verbalizó en un murmullo, tan solo para él, sintiendo como la puerta se cerraba tras los pasos del hombre que abandonaba su oficina—. Solo espero que esta vez lo hagas porque realmente lo sientes, y no porque creas que es lo más necesario para ti.

Entretanto, Price se dirigió al área de urgencias a inspeccionar como iba todo, dedicándose exclusivamente a atender a cada persona que ingresara con cualquier tipo de dolencia, desde un niño con un simple dolor estomacal hasta una fractura expuesta, o un herido por un arma de fuego. Porque su vocación de médico iba mucho más allá del dinero que una misión humanitaria pudiese pagarle, y él eso lo sabía muy bien.

Lo recordaba como si fuese ayer. Le había comentado a Sofía que se había casado con su profesión el mismo día en que decidió convertirse en médico y estar al servicio de quienes más lo necesitaran.

—Doctor Price, aquí está el informe del herido de bala que atendimos hace una hora —insinuó, de pronto, una joven enfermera, deteniendo su apresurado caminar, apartándolo de sus pensamientos.

—¿Cómo se llama el paciente? —Preguntó enseguida, a la vez que fijaba su acuciosa mirada en ella.

—Eeeeeeehhh... —La chica desvarió algo nerviosa al perderse en el intenso color de sus ojos, tratando por todos los medios posibles de recordar el apellido de ese hombre—. ¿Jones...? —Contestó, más bien, como una interrogante.

—Richard Jones —la corrigió Price, regañándola con la vista—. Escúcheme bien, por favor. Lo imprescindible aquí es el nombre del paciente. Las veinticuatro horas del día tratamos a

seres humanos, no a objetos, ni a fichas médicas, no lo olvide.

—Como usted diga, doctor. Lo lamento —se disculpó realmente avergonzada, bajando la mirada hacia el piso—. No volverá a suceder.

Robert advirtió lo nerviosa que se encontraba tras oír sus palabras y eso le hizo suavizar un poco su tono de voz.

—Dígame una cosa, ¿es nueva aquí?

—Sí. Es mi segundo día en urgencias.

—Bien, eso la justifica por esta vez. Soy el jefe de esta unidad, creo que ya me conoce por sus compañeras o, al menos, ya sabe de mi existencia por los comentarios que abundan por ahí.

—Sí, doctor. Digo, sé quién es y no por los comentarios que abundan por ahí —replicó un tanto avergonzada.

—No pasa nada, no se preocupe.

—Es... un placer, doctor.

—Lo mismo digo, señorita...

—Grant, señor. Elizabeth Grant.

—De acuerdo, Elizabeth. ¿Es el informe del señor Richard Jones el que tiene en sus manos?

—Así es, el... —recordó, corrigiendo inmediatamente su proceder—. Al señor Jones se le extrajo una bala calibre treinta y ocho, la que se hallaba alojada en la unión del estómago con el intestino delgado...

—Continúe...

—Después de la cirugía de rigor que el doctor Smith le realizó, se encuentra en buenas condiciones, fuera de riesgo vital y evolucionando positivamente.

—Gracias, Elizabeth.

La joven sonrió.

—¿Ya contactaron a algún miembro de su familia?

—Sí, se encuentran en recepción esperando a que se les notifique de su estado de salud.

—Pues hágalo ahora mismo, por favor. Tengo que subir a pediatría.

—Como usted diga.

Price caminó hacia el ascensor mientras la joven de cabello rubio y ojos miel parecía que iba a desmayarse, pero antes de alejarse lo bastante de ella, se volteó.

—Me olvidaba de algo muy importante —agregó en el acto—. Sea usted bienvenida a este hospital, pero en especial a esta área.

Elizabeth casi se ahogó con tamaña frase que le profirió, ¿él realmente se estaba tomando unos segundos de su tiempo para darle la bienvenida?, al tiempo que otra de las enfermeras se posicionaba a su lado, quien le susurró con una suave voz:

—Tómalo como tu examen de rigor, muchacha. Al menos, ya sabes con quién estás tratando. Y eso fue justo lo que a ella le pareció.

—¿Siempre se comporta de esa manera?

—El doctor Price es un buen hombre, solo ha tenido una vida difícil.

—¡Vaya! —Fue todo lo que expresó, suspirando hondamente, como si de pronto se hubiese quedado sin palabras.

Entretanto, en una salita de juegos del quinto piso del hospital, ubicada en el ala derecha del pabellón de niños, se encontraba Alma, una pequeña de tan solo diez años que cubría su cabeza calva con una pañoleta de color celeste, con dibujos de ovejas en la misma tonalidad que la pijama y pantuflas que usualmente vestía. Pintaba muy concentrada unos dibujos que había creado junto a su amiga Amara, una joven voluntaria que se encargaba de cuidar y entretener a

niños enfermos terminales de cáncer. Sí, porque Alma era uno de ellos. A su corta edad había desarrollado un cáncer linfático que se ramificaba por su cuerpo sin poder de retención, el cual había cobrado, de la misma manera, la vida de su madre, dos años antes.

Alma conocía muy bien a Price, a quien llamaba su “héroe” por todo el trabajo que había realizado, tratando y cuidando de la salud de su madre cuando ella vivía. La amistad entre ambos se estrechó dos meses antes de su partida y se extendía hasta el día de hoy, en que después de varios y largos meses de ausencia, volvería a verla.

—¿Crees que está quedando bien, Amara? —preguntó Alma algo insegura.

—Es un dibujo muy hermoso —respondió la joven, observando como deslizaba los crayones de cera sobre el papel.

—Solo espero que le agrade.

—Estoy segura de que así será. Todo lo que haces es muy bello.

—¿Conoces a Robert, Amara? —Prosiguió la pequeña, alzando la mirada y clavando sus profundos ojos azul oscuro sobre los celestes de la joven, que atentamente la contemplaban.

—Me temo que no.

—Es mi amigo y el mejor doctor de este hospital. Fue a Haití a salvar a mucha gente que lo necesita, así como lo hizo con mi madre.

Al oírla, Amara sonrió y le acarició la parte posterior de su cuello desnudo y calvo.

—Eso habla muy bien de él. Seguro debe ser un buen hombre.

—Lo es, aunque un poco gruñón para ser un adulto. —La muchachita dejó el lápiz de cera sobre la mesa y alzó el dibujo terminado. En él había un hombre vestido de blanco que llevaba de la mano a una niña hacia lo que parecía ser la salida de un hospital—. Mira. Aquí estamos Robert y yo. Él será quien me saque de aquí el día en que me recupere. ¿Te gusta?

Los ojos de Amara brillaron en el segundo en que lo tuvo frente a su rostro. Por un momento, quiso decirle tantas cosas, explicarle, quizás, otras... pero lo único que logró hacer fue reconfortarla en un cálido abrazo, justo cuando el doctor Price se asomaba a la habitación a través del cristal de la ventana.

—Te quiero mucho —murmuró la joven en su oído, para luego rodar la mirada hacia el rostro de quién las observaba con detenimiento—. Y ahora, si no me equivoco, creo que tu héroe ya está aquí.

La fugaz vista de la niña se depositó sobre la figura del joven médico, que la observó con sus ojos fijos solo en ella, al mismo tiempo que una media sonrisa comenzaba a dibujársele en los labios.

—¡Robert! ¡Robert!

Y ante su inminente llamado, decidió entrar en la habitación.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Es mi lugar favorito. ¡Lo recuerdas! —exclamó Alma muy feliz, levantándose de donde se encontraba para correr a los brazos de su querido amigo.

—¡Estás muy fuerte, pequeña! —La abrazó con cuidado analizándole, además, su carita, la palidez de su piel, el color no tan acentuado de sus ojeras, y por sobre todo sus ojos, que parecían hablar a través de ella. Porque extrañamente Alma, después de la muerte de su esposa Sofía, se había convertido en el único punto de luz de su oscura, triste y solitaria vida que por cuenta propia eligió transitar.

—Regresaste justo a tiempo —comentó la niña emocionada y aún aferrada a sus brazos.

—¿A tiempo para qué? —Robert levantó un poco la mirada para depositarla en la joven de ojos celestes que los observaba a pocos pasos de donde ambos se encontraban.

—Para ver lo que tengo para ti —agregó, yendo por el dibujo que había terminado—. Toma, es tu regalo de bienvenida —le explicó, entregándoselo.

—¡Vaya! Es lo más hermoso que me han dado en mucho tiempo. Muchas gracias, Alma.

—O tal vez no. Te conozco, no eres bueno mintiendo —lo regañó, burlándose con su frescura e inocencia.

Price asintió y depositó la vista en el hermoso dibujo que admiraba bastante curioso y entusiasmado.

—Por si no te has dado cuenta, aquí estás tú y aquí estoy yo —le aclaró la niña—, y esto sucederá cuando me saques de aquí totalmente curada.

Ahora, Robert tragó saliva algo nervioso, mientras alzaba la vista para encontrarse con la de su pequeña amiga.

—Será... perfecto. —De repente, percibió como un nudo agrio comenzaba a formarse al interior de su estómago. Era lo que más quería, lo que más ansiaba, con lo que innegablemente soñaba, pero que sabía que no iba a suceder.

Un par de largos segundos en silencio transcurrieron hasta que la voz de Amara, la joven voluntaria, se oyó de nuevo al interior de la habitación.

—Regresaré más tarde, Alma. ¿Vas a estar bien?

—¡No te vayas aún! —Pidió la niña, al igual que si fuera una súplica.

—No me iré, solo te dejaré a solas con tu amigo para que puedan charlar con tranquilidad. Estaré cerca, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Amara.

La joven tomó su abrigo ante la atenta mirada de Price, que no le quitaba los ojos de encima, algo incómodo por la situación que se había suscitado con anterioridad.

—Disculpe, señorita, no tiene por qué irse. Creo que soy yo el que está interfiriendo en su trabajo.

—No lo hace. Alma ya me explicó lo mucho que lo extrañaba y le hará muy bien charlar un momento a solas con usted sin ningún tipo de interrupción.

—Es muy considerada, gracias. ¿Está segura que no es un problema para usted? Su labor aquí, después de todo, es cuidar de los niños, ¿verdad? —Preguntó ansioso de conocer su respuesta.

—Más que eso, doctor, solo les brindo un poco de felicidad y alegría a sus vidas. Con su permiso.

La muchacha salió del cuarto mientras Alma y Robert la observaban con detenimiento.

—Amara —expresó la pequeña, sorprendiéndolo.

—¿Cómo dices?

—Ese es su nombre. ¿Qué te pareció?

—Bueno... debe ser excelente en lo que realiza.

—Amara no trabaja aquí.

Price entrecerró los ojos, dubitativo, fijándolos en los de su pequeña amiga.

—¿A qué te refieres con que no trabaja aquí?

—A que le gusta lo que hace y no se lo toma como un deber o una obligación. ¿Comprendes?

Rápidamente asintió ante la respuesta que le estaba dando.

—Se siente feliz cuando alguien como yo también es feliz —agregó la niña, ejemplificándoselo.

—Eso suena... genial.

—Lo es. No muchas personas desean cuidar a niños enfermos, como los que estamos aquí. Me agrada Amara, me hace sentir importante.

—Tú eres muy importante para tu padre, para tus abuelos, para mí, y para quienes te conocemos y queremos.

—¿Lo crees?

—Estoy seguro de ello. Ahora, dime, ¿cómo me dijiste que se llamaba esa chica?

—Amara —confirmó la pequeña una vez más.

—¿Amara qué? ¿Cuál es su apellido?

—Tan solo Amara. Pero ahora... ¿Vas a contarme cómo te fue en Haití? —Le propuso, tomándolo de la mano para guiarlo hacia un costado de la habitación, en donde se situaba un gran sofá, en el cual se sentó, esperando que él también lo hiciera.

Price deslizó uno de sus dedos por sobre la punta de la nariz pecosa de su pequeña amiga, siguiendo cada uno de sus movimientos sin chistar.

—Por supuesto, señorita. ¿Qué quieres saber?

—Todo —respondió ella, dedicándole una agradable y enternecedora sonrisa—. Además de... ¿Por qué llevas esa barba? ¿Quieres parecerte a Papá Noel?

Price rio como, quizás, en mucho tiempo no lo había hecho ante la pregunta que ella le había formulado.

—¿No te agrada?

—No, te hace ver muy viejo —sostuvo enérgica—. Deberías quitártela y también recortarte el cabello. Me gusta corto —añadió, cuando una de sus manitas constataba lo largo que lo tenía—. Robert, ¿en Haití no existían los espejos?

Y Price volvió a reír encantado, a sabiendas de lo que tendría que ocuparse después, cuando tuviese algo de tiempo.

—Tal vez lo haga, Alma.

—Me gusta cuando cooperas —enfaticó la niña, reiterando ese dicho que había aprendido y adquirido de él—. Ahora, sí, te escucho —prosiguió, sonriéndole otra vez.

Tras varios minutos, y cuando regresó a la unidad de urgencias para corroborar como avanzaba todo, Price fijó su mirada en el reloj circular del hall de informaciones que marcaba un poco más del mediodía. Mientras suspiraba, recordó la cita que le había propuesto la doctora Le Blank para explicarle a cabalidad sobre la nueva oferta de trabajo, pensando que era algo de lo cual ya no podría liberarse.

—¡Marlene! —Llamó a una de las enfermeras, que en ese momento ordenaba unas planillas de pacientes recién ingresados.

—Sí, doctor.

—Necesito bajar un momento a la cafetería, tengo una pequeña reunión de trabajo. ¿Te parece si te quedas a cargo?

—¿Piensas marcharte nuevamente? —Preguntó la mujer de unos cuarenta y tantos años de edad, de cabello negro, piel canela, sonrisa natural y quien lo conocía bastante bien como para haberle formulado esa pregunta tan intencionadamente. Marlene había trabajado con Price desde su llegada al hospital como jefe de urgencias, convirtiéndose así en su mano derecha y casi en la izquierda. Conocía su adorable carácter, su humor sarcástico, sus arrebatos, al igual que sus buenos y malos días, y obviamente, la pérdida que tanto lo había cambiado.

—No lo sé —contestó, encogiéndose de hombros.

—¡Pero si acabas de llegar! ¿Qué ya no te sientes a gusto?

Robert le dedicó una grata sonrisa, no sin antes volver a suspirar.

—Tienes que hacer algo con tu vida, no puedes estar yendo de un lugar a otro. Por si no te has dado cuenta, aquí te necesitamos. ¿Dónde vamos a encontrar a otro jefe de urgencias tan apuesto y adorable como tú? —Siempre le hablaba con tal honestidad, lo que a veces a él le causaba algo de sorpresa, pero la comprendía, porque a pesar de todo, sabía que tenía razón.

—No me iré a ningún lado, Marlene —dejó caer una de sus manos sobre su hombro izquierdo—, y creo que deberías examinarte la vista. Hazme caso —la previno—, después podría ser fatal.

Apenas lo oyó, la mujer puso sus ojos en blanco.

—Ya regreso, jefa. Cualquier cosa, sabes dónde encontrarme.

—Sí, guapo doctor.

Amanda Le Blank esperaba ansiosa a Robert, sentada en una de las tantas mesas de la cafetería, junto a una carpeta blanca con el logo de la Cruz Roja inserto en su frontis. Un café cargado humeaba a un costado de sus manos entrelazadas que apoyaba sobre la mesa, mientras notaba, a través del cristal de la ventana, cómo las hojas de los árboles caían sobre el césped de una de las áreas verdes del gran edificio.

—Doctora Le Blank —pronunció intempestivamente una voz ronca a su espalda, logrando con ello que levantara inmediatamente la vista para fijarla en la sombría mirada de quien acababa de llegar—, ¿puedo sentarme?

—Por favor.

—Lamento haberla hecho esperar.

—No se disculpe, doctor Price. Ni siquiera lo noté. — *«Si él podía ser un tanto sarcástico, ¿por qué ella no?»*, pensó.

—De acuerdo. ¿Por qué no me habla de lo que la trajo hasta aquí? —Pidió, situando la claridad de sus ojos sobre la carpeta que se encontraba sobre la mesa.

—Véalo usted mismo. Aquí está todo lo que tiene que saber con respecto a la nueva misión humanitaria —contestó, deslizándola hacia sus manos—. Nos encantaría contar con sus servicios en Palestina, doctor. Sería un honor para la Cruz Roja que encabezara la lista de profesionales que estarán dispuestos a trabajar a su lado.

A Robert ni siquiera le interesó abrir la carpeta, sino, prefirió escuchar atentamente cada una de sus palabras.

—Si no comprendo mal, ¿me está proponiendo, abiertamente, que sea uno de los médicos a cargo?

—No uno, doctor, sino el jefe de todos ellos —le corrigió, sonriéndole coqueta.

—La verdad, es una oferta muy tentadora.

—Y que no puede rechazar, porque es mejor que ser un jefe de urgencias de un lugar como este. ¿No lo cree así? —Se burló a sus anchas.

—Lo es, pero... —movió su cabeza hacia ambos lados, algo molesto por cómo se había referido tan despectivamente al Santa María de La Asunción—, estar a cargo de esa unidad también es muy importante para mí, y más, de un lugar como este. —Recalcó su último enunciado.

Amanda rio rápidamente, como si hubiera oído un mal chiste.

—Usted no necesita encasillarse en un cargo tan mínimo, doctor Price, su talento, dedicación y potencial va mucho más allá para estar encerrado en un hospital de esta categoría.

—Santa María es un buen lugar —insistió Robert ya un tanto malhumorado.

—No me malinterprete, Robert, ¿puedo llamarlo así? Los formalismos me chocan.

Él asintió, cuando entrelazaba sus dedos y reclinaba su espalda en el respaldo de la silla.

—Gracias. Como te decía, este hospital público es un pésimo sitio, comenzando por este lugar.

La sorpresa se dejó entrever en la mirada del joven profesional, quien de inmediato deslizó la carpeta hacia las manos de quien tenía enfrente.

—Gracias por la oferta, pero creo que ese puesto no es para mí.

—¿Perdón? ¿Cómo qué no? ¡Hay muchos colegas tuyos que ahora mismo desearían estar en tu posición!

—Pues vaya por ellos. Le recuerdo que no fui a Haití buscando fama, prestigio, ni medios económicos con los cuales llenar mis bolsillos de dinero, si eso fue lo que usted pensó.

—No solo yo. La junta directiva que te calificó en primera instancia vio en ti la persona adecuada para desempeñar esa labor. ¿Qué no lo comprendes? ¡Para tu edad esto es importantísimo!

Price levantó la cabeza y la giró hacia la ventana, al mismo tiempo que esbozaba una sonrisa algo mordaz. De pronto, sus ojos claros observaron a una figura que le resultó totalmente familiar, la que caminaba por el verde césped hacia una escultura de la Virgen María que se erguía en ese sitio.

—Quizás debas meditarlo un par de días y asegurarte que no estás tomando una decisión apresurada. Robert... ¡Doctor Price! ¿Me estás oyendo? —Insistió Amanda algo fastidiada al notar que ni siquiera le prestaba atención.

—Lo siento, pero me quedaré. Aquí, en un lugar como este, me necesitan más que en cualquier otro sitio.

—¿No quieres pensarlo mejor? No puedes echar todo esto a la basura.

—No, gracias —se puso prontamente en pie—, estoy convencido que podrá encontrar a otro candidato mucho más apropiado para ese puesto.

—¡Pero, por favor, piénsalo!

—Lamento haberla hecho esperar en vano. Tengo que irme. Urgencias es una unidad bastante complicada en un sitio como este y demanda muchas horas de trabajo; usted comprende, ¿no? Gente muriendo, enferma, sin recursos... la vida es muy difícil en el mundo real y esto sí es el mundo real, doctora Le Blank.

—Palestina también forma parte del mundo real, Robert.

—Lo sé, créame que en eso no hay discusión alguna, pero mi mundo real está aquí, con la gente que verdaderamente ama su labor, no por lo que obtendrán a cambio, sino por lo que puedan llegar a hacer por los demás.

Amanda se levantó de su silla y clavó sus ojos turquesa con profunda ofuscación en la mirada de Robert, quien la sostuvo en la suya sin parpadear.

—Creo que malinterpretó mis palabras, doctor Price.

—Solo comprendí lo que usted quiso decirme.

—Eso quiere decir que... ¿Me está otorgando un rotundo no?

—Estoy a gusto en Santa María de La Asunción y siendo un simple Jefe de Urgencias —reiteró complacido.

La mujer tragó saliva, furiosa. No podía dar crédito a la tajante negativa que le estaba confirmando y tan suelto de cuerpo. «¿Qué era imbécil o qué?».

—Entonces, ¿por qué fue a Haití? —Trató de retenerlo a toda costa mientras cruzaba los brazos por sobre su pecho—. ¡Dígame!

Price se tomó unos prolongados segundos antes de contestar, cuando volvía a mirar por la ventana de la cafetería; esta vez notó que la figura femenina se retiraba de ese sitio, sosteniendo en sus manos un montón de hojas secas que había logrado recoger de la verde hierba.

—La verdad... porque deseaba huir —confesó sin titubeos.

—¿Huir? No lo entiendo.

—A veces... la vida puede ser un tanto cruel cuando crees tenerlo todo en tus manos — intentó explicarle.

—¿Perdió algo, doctor?

—Sí.

Amanda tomó la carpeta nuevamente y la alzó para dársela.

—Si acepta esta oferta, seguro lo recobraré.

Price le sonrió al instante, pero ahora con suma tristeza.

—Lo que perdí no regresará jamás y menos lo hará con todo el dinero que usted o una organización no gubernamental puedan concederme.

—¿Cómo está tan seguro de ello?

Price tragó saliva y pretendió luchar contra la opresión de su pecho, la que poco a poco parecía quitarle la respiración. Por lo tanto, y ya un tanto agobiado por sus intervenciones tan fuera de lugar, eligió las más corteses y adecuadas palabras para contestar y no explotar frente a ella.

—Un día como hoy, hace un año atrás, mi esposa Sofía fallecía en un accidente vehicular. Mi vida, mi alma, cada uno de mis sueños y esperanzas, mi futuro... —enfaticó—, todo se fue con ella cuando su corazón dejó de latir.

La mujer abrió sus ojos más de lo normal frente a lo que oía.

—Lo siento, yo... no lo sabía.

—No tiene por qué disculparse, ni tampoco tenía por qué saberlo. Solo comprenda mi decisión y deje de insistir, por favor.

—La comprendo, pero quizás, en otro lugar podría volver a encontrar lo que...

Ahora sí la interrumpió y ya fuera de sus cabales, elevando desmedidamente el tono de su voz.

—¡No! ¡Vaya donde vaya, ella no regresará y mi vida tampoco!

Amanda no pudo pronunciar palabra alguna, se quedó tan sorprendida por la reacción desmesurada del joven médico que ni siquiera advirtió que aún tenía alzada en una de sus manos la carpeta de la Cruz Roja con los antecedentes de la misión humanitaria.

—Lo lamento —se disculpó Robert algo avergonzado por su exabrupto—, tengo que volver a trabajar. Que tenga un buen resto del día. —Salió hecho un demonio de la cafetería y raudamente caminó en dirección a la unidad de urgencias. Aquella charla lo había dejado expuesto y bastante cabreado, hasta el grado de perder el control. Cada vez que hablaba de Sofía su temperamento le jugaba en contra y terminaba hecho un manojo de nervios, sencillamente, porque el dolor que llevaba a cuestas era tan grande, que le parecía interminable, permanente, perpetuo...

Cruzó a grandes zancadas el pasillo atestado de gente hasta llegar a una gran puerta giratoria que en su frontis decía: “*Urgencias. Prohibido el paso*”, ubicada a un costado de la gran escalera del primer piso, por la cual transitaba solo personal autorizado, hasta que deliberadamente, una voz algo particular lo detuvo como por arte de magia.

—Un dulce té caliente de canela sirve para relajar y aliviar ciertas molestias.

Se volteó rápidamente para constatar de quién era ese suave y delicado sonido que

expresaba ese tan inusual consejo. Su sorpresa fue un tanto alentadora cuando su mirada se cruzó con unos profundos ojos celestes que no le quitaban la vista de encima, porque aquella figura femenina le sonreía de la misma manera en que la había visto un par de horas atrás.

—Amara, ¿no? —Preguntó todavía furioso, evocándolo.

—Sí —contestó ella, asintiendo.

—La chica que trabaja con los niños en pediatría.

—Quién los hace sentir un poco mejor.

—¿Ah sí? ¿Eres médico? —Inquirió desafiante y con la ira a punto de explotar por cada poro de su cuerpo.

—No, pero claramente sé distinguir cuando alguien siente algo más que dolor —agregó sin dejarse intimidar por sus despreciativas palabras.

Aquel enunciado solo consiguió dejar a Price sin habla por un momento.

—¿Siempre está tan enojado, doctor? No es bueno ni saludable estar todo el tiempo furioso, ¿no le parece? Más usted, que trata con personas gran parte de su diario vivir.

—¿Cómo dice? Discúlpeme, pero no me conoce para elucubrar teorías absurdas sobre mi persona.

—No hace falta que lo haga. Su alma habla a través de sus ojos.

Robert sonrió con descortesía, y se llevó una de sus manos hacia la frente.

—Dígame una cosa, ¿siempre es tan expresiva, directa y metiche con las personas que no conoce?

Amara sonrió antes de responder:

—Fuimos hechos para aprender y también para enseñar. Con su permiso, doctor, y que tenga un buen día.

—¡Ey! —La detuvo enseguida, queriendo decirle algo más, pero sus ojos en lo único que se fijaron fue en las hojas secas de tonalidades amarillas y marrones que cargaba en sus blancas manos—. ¿Dónde cree que va con eso?

—Se las llevo a los niños.

—¿Por qué? ¿Alguien la autorizó?

—No creí que debía pedir autorización para esto. ¿Estoy infringiendo alguna norma del hospital?

Price no supo qué responder. Realmente ¿lo estaba haciendo? Claro que no y él muy bien lo sabía.

—Debió hacerlo —mintió solo para fastidiarla, aunque la verdad, el fastidiado era él—. ¿Cómo se supone que va a alegrar a los niños con esas estúpidas hojas secas?

—Es muy simple, doctor. Ellos no pueden bajar de sus habitaciones y yo solo les llevo algo de esta maravillosa estación. ¿Tiene algo de malo? Porque si es así, aquí las tiene —las tendió frente a su mirada—. No quiero darle problemas. Lo siento, no fue mi intención.

Mientras la observaba se sintió como un completo patán; fuera de lugar, un verdadero tonto.

—Solo quiero hacerlos partícipes del mundo exterior, al cual no pueden ir por obvias razones. ¿Está mal que por un instante los haga viajar con la imaginación a un verde prado lleno de hojas, en el cual puedan disfrutar y olvidar que están aquí tratando de sobrellevar cada día de su vida como si fuera el último?

Perdido en sus pensamientos, a Robert le costó entender el real significado de sus palabras.

—Me lo pidieron como un deseo y voy a cumplirlo —puntualizó Amara—. Usted, si tuviera la posibilidad de cumplir uno de los suyos, ¿cuál escogería?

—¿Perdón? —Contestó Robert en alarmante tono de asombro.

—¿Qué es lo que más desea en este mundo, doctor? —Especificó la chica.

Trató de encontrar una respuesta brillante e irónica, pero enseguida el recuerdo de su esposa invadió su mente. Envuelta en una emoción inesperada dijo en voz baja:

—Puede irse, Amara, y llévese con usted lo que tiene en las manos.

—Todavía no me responde...

—Señorita, no quiero ser descortés. No tengo deseos, ilusiones, sueños, ni nada que se le parezca, si es lo que quiere saber.

—Todos los tenemos. Usted no puede ser la excepción a la regla.

—Soy la excepción a muchas reglas, se lo aseguro.

—No es necesario mentirse a sí mismo cuando las respuestas se encuentran dentro de su corazón.

Price fijó la mirada en otro sitio, como si ella hubiese dado en el clavo con esa afirmación, y más aún, en una profunda herida que todavía sangraba de increíble manera. Pero, de pronto, la voz de Marlene, la enfermera que estaba a cargo de la unidad, los interrumpió.

—¡Doctor Price, lo necesitamos! ¡Clave tres!

Amara la contempló a la distancia mientras comenzaba a subir las escaleras. Decidió no agregar nada más, para luego perderse entre quienes transitaban apresuradamente.

—Quisiera... —expresó Robert demasiado bajito, sin concluir su frase ni advertir que ella ya no se encontraba allí.

—¡Doctor! —Escuchó a la distancia el llamado de Marlene como un débil eco; aún estaba sumido en sus dolorosos pensamientos que poseían un solo nombre: Sofía—. ¡Doctor Price! ¿Se siente bien?

Y el aludido suspiró y volteó la cabeza hacia ambos lados, como si buscara algo, o más bien, a alguien.

—Sí... yo... solo... pensaba.

—No es hora de pensar, doctor. ¡Clave tres! —Insistió la mujer, alentándolo a que se moviera.

Robert volvió a suspirar y reanudó su marcha, malhumorado y bastante confundido por las palabras que le había expresado aquella muchacha de inusual mirada.

Varias horas después, el cambio de turno se había suscitado y Price aún seguía de ronda en urgencias. Ni siquiera advirtió que el reloj marcaba las nueve de la noche y que en su primer día había trabajado más de trece horas seguidas. Para él, el tiempo no avanzaba, mientras terminaba de entregarle ciertas indicaciones a una joven pareja que se encontraba muy nerviosa, esperando noticias de su pequeño hijo que había sido internado recientemente.

—Dylan estará bien. En estos momentos se están ocupando de él. Solo tiene una pequeña fractura en su tobillo derecho. Acabamos de suministrarle un calmante para mitigar su dolencia.

—¡Le dije muchas veces que no subiera a ese árbol, pero es tan obstinado! —Se quejó la madre visiblemente angustiada.

—Le recomiendo que lo aleje de las alturas por un par de semanas. Sinceramente, no me gustaría tener a ese pequeño otra vez por aquí.

—No se preocupe, doctor, así será. Muchísimas gracias —manifestó esta vez el padre—. ¿Podemos verlo?

—Por supuesto. Pueden pasar y esperar las indicaciones que una de las enfermeras les dará.

—Gracias otra vez, doctor.

—Por nada. ¡Marlene! —Pronunció a viva voz—. ¿Podrías llevarlos con Dylan?

—¿Nuestro niño-ave? —Bromeó la enfermera para tratar de relajar a los adultos que aún temblaban de miedo y nerviosismo—. Por supuesto. Vengan conmigo, por favor.

—Niño-ave... —replicó Robert, dejando entrever una pequeña sonrisa, dirigiéndose al hall de informaciones en donde Adam lo esperaba.

—Me dijeron que todavía estabas por aquí. ¿Pretendes instaurar un nuevo record?

Price movió la cabeza hacia ambos lados, en señal de negativa.

—¿Qué haces aquí? Creí que estarías en casa. Por lo que sé, los médicos de consulta terminan su labor mucho antes que los de urgencia, y ya son más de las nueve de la noche.

Adam rio.

—Hieres mi ego profundamente. Hablo en serio, ¿qué haces aquí, Price?

—Trabajo. —Terminó de firmar las últimas planillas de ingreso de pacientes—. ¿Por qué no estás en casa cenando con tu bella mujer y tu hijo?

—Porque tengo tiempo para un buen amigo, ¿tú lo tienes?

Lo observó y luego a su reloj de pulsera que marcaba las nueve y treinta de la noche.

—Ve con Catherina y Elías, y de paso les das un fuerte abrazo de mi parte; ya tendremos tiempo para charlar tú y yo.

—¿Eso significa que no te marcharás?

—Eso significa que trataré de tener una vida, ¿te parece?

—Es la mejor noticia que me han dado el día de hoy.

—Pues ve a celebrarla con tu familia. Necesito ver a Alma antes de salir de aquí.

—¿Cómo sigue la pequeña?

—Bien, dentro de lo que le permite su enfermedad. Tuve una charla con su pediatra y el oncólogo infantil, y el cáncer, por ahora, no está siendo muy invasivo. Solo falta que hable con Nicanor.

—¿Alma supo de tu regreso?

—Estuve con ella por la mañana. No me dio tiempo para preguntarle por cómo se ha sentido.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón, que me llenó de preguntas sobre Haití. —Sonrió espontáneamente.

Adam guardó silencio mientras lo observaba.

—¿Qué? —No entendió a qué se debía su abrupto mutismo.

—Desde que te marchaste que no te veía sonreír de esa manera. Alma le hace muy bien a tu vida.

—Alma es, dentro de todo, una luz para mí.

Su amigo le dio un alentador golpe en la espalda.

—Entonces, ve a verla. Te espero en los estacionamientos —expresó, negándose a abandonarlo.

—No, ve a casa. Ellos te necesitan.

—Y tú, ¿qué harás?

—Lo usual, darme una ducha, beber una copa, pensar un poco y luego dormir.

—¿Estás seguro que no quieres compañía?

—¿Para dormir? Gracias, pero no eres precisamente mi tipo —se burló—. Regresa a casa, Adam, y dale mis cariñosos saludos a tu esposa. No pierdas tu tiempo.

Como si esa frase hubiera calado muy profundo en su corazón, terminó desistiendo.

—Gracioso... lo haré solo si me prometes que estarás bien.

«¿Qué debía decirle?».

—Lo estaré. —Suspiró con nostalgia y trató de aceptarlo como la más cruel de todas las mentiras que acababa de manifestar.

Cerca de las diez de la noche, Robert caminaba por los pasillos de pediatría con las manos metidas en los bolsillos de su bata blanca. De pronto, algo inusual llamó poderosamente su atención. Pegados a las paredes admiró, a través de su recorrido, varios dibujos otoñales que los niños habían confeccionado y decorado con un singular material.

—Hojas secas —pronunció a pocos pasos de la habitación de Alma, cuando sus labios pretendían curvarse en una diminuta sonrisa que no logró reprimir.

Después de un par de minutos, finalmente se detuvo frente a una de las tantas puertas de color rosa que se encontraban a cada costado del enorme pasillo. Aquel cuarto con el frontis de cristal poseía en su interior tres pares de camas, en donde seis pequeños eran arropados por una mujer bajo la tenue luz de un foco alargado, pegado al techo. Intrigado, observó como ella, sin descuidar a ninguno, arreglaba sus colchas y les daba cariñosamente un beso en la frente en señal de buenas noches, lo que le dio a entender que la pequeña Alma ya estaba dormida. Por lo tanto, prefirió quedarse fuera y no perturbar la quietud y el silencio reinante de la habitación, cuando alguien, desde dentro, le dedicó una amable sonrisa, mientras tomaba sus pertenencias y se aprestaba a abrir la puerta.

—Buenas noches, doctor Price —expresó Amara una vez fuera del cuarto.

—Buenas noches —contestó él sin perderla de vista.

La joven, sin detenerse a entablar algún tipo de conversación, siguió su camino con destino hacia los ascensores.

—¿Aún aquí a estas horas? —Trató de interrumpir su caminar, movido por una extraña razón que ni siquiera comprendía—. Acabo de ver los dibujos...

—Espero que hayan sido de su agrado y no termine quitándolos de las paredes. —Fue la pronta respuesta que le dio, deteniéndose y volteándose hacia él.

Price sonrió muy desconcertado.

—¿Se entretuvieron mucho?

—No imagina cuánto lo disfrutaron. Para mí lo más gratificante es verlos sonreír, a pesar de sus padecimientos.

—Comprendo y... no se preocupe, no soy un ser tan aberrante para hacer algo semejante. —«¿Él había dicho eso?».

Y ahí obtenía de vuelta otra de sus frescas sonrisas.

—¿Hace cuánto trabaja en el hospital, Amara? —Continuó, queriendo indagar más en ello.

—Hace un par de semanas. Soy voluntaria.

Robert cruzó sus brazos por sobre su pecho al oír su respuesta.

—Voluntaria... ¿Qué no tiene una vida? —Inquirió con ironía, como si le gustara enfrentarse a ella de esa manera—. Si mal no recuerdo, me crucé con usted por la mañana y ya son las diez de la noche... —No pudo terminar de hablar, porque los ojos celestes de la muchacha se posicionaron en los suyos con cierto dejo de desaliento.

—Esta es mi vida, doctor, así la elegí. ¿Por qué querría otra que dar mi tiempo por quienes me necesitan?

—Lo siento, no quise ofenderla.

—No me ofende, no se preocupe. Más bien, creo que nos parecemos en algo. Los turnos de ocho horas no fueron hechos para nosotros. —Asintió en señal de despedida al comenzar su andar.

—¡Amara, espere!

Y ella nuevamente se detuvo ante su insistencia.

—Lo lamento. A veces soy un poco...

—Sarcástico y de un humor bastante difícil de comprender —reveló, completando su frase como si de alguna manera lo supiera. Y se volteó lentamente para fijar otra vez su mirada en la suya—. Pero no siempre fue así, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Me refiero a su humor, doctor Price. Un destacado médico como usted, que trata habitualmente con personas, no puede ser tan hostil y despiadado.

—¿Hostil y despiadado? Creo que usted y yo...

—Sí, lo sé, no nos conocemos —le recordó las mismas palabras que él pronunció luego del encuentro en la escalera—. No me hace falta saber lo buen médico que es, aquí todos se refieren a usted como uno de los mejores profesionales, pero si lo dice en alusión a su humor negro... con la charla de hoy me quedó bastante claro.

—¿Alma le insinuó algo?

—No fue necesario. Se lo dije, su semblante, especialmente sus ojos demuestran mucho más que cualquier otra cosa, doctor.

Se sintió nervioso, pero también raramente avergonzado frente a esa extraña que parecía conocerlo más de la cuenta. Así que, evitando hablar más de ese particular asunto, prefirió cambiar el tema.

—Solo quería ver a Alma antes de irme a casa, pero no lo conseguí.

—Le diré por la mañana que estuvo aquí.

—Gracias.

—Que tenga una buena noche, y... le aconsejo que beba un tibio té de canela antes que una copa.

Price cerró los ojos en señal de molestia y confusión. ¿Cómo? ¿Ni siquiera lo conocía y le aconsejaba qué debía hacer consigo mismo o con su estúpida vida? ¿Quién se creía que era? Iba a contrarrestar su opinión mientras los abría y ¡oh sorpresa!, la chica de ojos celeste se había esfumado, al igual que si fuera un fantasma. ¿Y dónde se suponía que se había metido? El pasillo estaba desierto y los ascensores se situaban lo bastante lejos de donde ahora se encontraba. Ella, por más que hubiera corrido, no los habría alcanzado en tan poco tiempo... ¿o sí?

Aún perplejo por aquella insólita situación, comenzó a percibir un aroma poco usual que pareció invadirlo todo. Sin saber de dónde provenía, se dejó llevar por lo que parecía ser el olor a tierra mojada, a flores silvestres y a hojas secas que se colaba por sus fosas nasales. «¿Estaba loco o qué?», pensó tras sentirse sumamente inquieto al evidenciar una curiosa sensación de desconcierto y tranquilidad que emanaba de esa particular fragancia.

—Estamos en un quinto piso —recordó, todavía disfrutando de la tan singular y agradable esencia, de la cual solo deseaba saber de dónde rayos provenía.

Su reloj marcaba las diez con cincuenta y cinco de la noche cuando se disponía a buscar las llaves de su departamento.

—¡Maldita migraña! ¡Cuándo me dejarás en paz! —Se quejó, invadido por ella.

Entró en el enorme piso que había adquirido con el dinero de la herencia que le había dejado su padre al morir. Siempre le gustaron los lujos, pero nunca se animó a compartirlos, no hasta que Sofia llegó a su vida, y después de siete meses de relación, terminó pidiéndole matrimonio. Junto a ella ese sitio le pareció un hogar, lástima que ahora al verlo no pudiera decir

lo mismo.

Rápidamente, sus pasos lo llevaron hacia su espacioso dormitorio, específicamente, hacia la mesita de noche, de la cual sacó un par de analgésicos que tenía guardados en su interior. Luego, se dirigió hacia la cocina, de donde extrajo una botella de vino blanco que aún guardaba en una de las alacenas que no habían sido abiertas, quizás, en más de seis meses. Vertió un poco de licor en una copa, para después llevarse a la boca las tabletas que aminorarían su malestar. Enseguida cruzó el cuarto de estar y la biblioteca con la copa en la mano antes de llegar al gran ventanal, donde se situaba la terraza. Deslizó lentamente una de las grandes ventanas de corredera para, finalmente, sentarse en uno de los dos sitios reclinables que se encontraban en ese lugar. Bebió otro sorbo de vino y se dejó llevar por el agrio sabor del alcohol y el tibio viento que le acariciaba el rostro.

—¡Qué manera de terminar este día! —Cerró los ojos, aludiendo al incesante dolor que lo mantenía muy enfadado. De pronto, junto a la suave ventisca que revolvía su cabello le pareció sentir el particular aroma que extrañamente había percibido en el piso de pediatría. Sí, era el mismo, no le cabía duda de ello—. ¡Qué rayos! —Exclamó, abriéndolos de golpe, dejando su copa en el piso para levantar su camisa blanca, llevársela a la nariz y olerla. Tal vez llevaba ese aroma consigo, pero no, solo olía a su perfume de siempre. Entonces, si no era él, «¿de dónde provenía?». Aunque era bastante agradable se sentía muy inquieto al disfrutarlo en su terraza a esa hora, y especialmente, porque se encontraba a siete pisos de altura, lejos de cualquier jardín, pasto verde, hojas y flores—. ¡Vaya mierda de día! Parece que te estás volviendo loco. ¡Salud por eso! —Finalizó, levantando el vaso del piso para beber todo el contenido de una sola vez.

El rostro de Sofia invadió su mente por algo más que un instante, como le sucedía a menudo, cuando tenía tiempo para pensar y dejarse llevar por la infinidad de recuerdos que no cesaba de evocar.

—Un año —dijo—. Un maldito y jodido año sin ti—. Sonrió con sarcasmo mientras se disponía a ir por otra copa, pero esta vez decidió dejar el vino atrás para beber directamente de la botella de whisky que mantenía en una gaveta de un mueble de su biblioteca. Se sirvió un poco, al igual que lo hacía como todas las noches en Haití, cuando el sueño era difícil de conciliar. Sabía que debía dejar de beber. Conocía perfectamente sus efectos nocivos, su adicción y dependencia; además de los estudios que se realizaban cada cierto tiempo para prevenir todo tipo de enfermedades y sus consiguientes riesgos en la salud de las personas. Sin embargo, como muchos médicos prefería ocuparse de la salud de los demás que de la propia—. ¡Al diablo! —Exclamó a viva voz, terminando de beber la segunda copa—. Lo que no te mata te hace más fuerte, o en mi caso, te deja cicatrices para toda la vida. Lo sé, mi amor. Lo abandonaré dentro de poco, pero no me pidas que lo haga esta noche, menos ahora, que me siento demasiado miserable como para hacer semejante esfuerzo.

Cuando el vaso quedó vacío, los recuerdos de su joven esposa comenzaron a apoderarse de su mente con mayor intensidad. Lo sabía, lo había comprobado cada vez que se emborrachaba, llamándola, gritando su nombre, porque el maldito alcohol hacía estragos con su cuerpo, con su mente, sumiéndolo poco a poco en una vorágine, de la cual le era ya muy difícil emerger.

—¡Sofia! —Gimió un par de veces, dejando que su mirada vagara a través de la pared de cristal—. ¿Por qué me dejaste solo? ¿Por qué no me llevaste contigo? ¿Por qué me abandonaste, mi amor? —Inmerso en la desesperación, la angustia, el llanto, junto al desconsuelo que afloraba de sí con solo recordarla, se dejó caer en el piso lentamente. Precisamente, hoy se sentía el hombre más aberrante de este mundo; además de vulnerable, abatido y frágil, porque sin ella no era más que un simple cadáver errante sin alma y sin corazón.

Finalmente, colocó su cabeza en medio de sus dos rodillas y lloró, lloró al igual que lo hace un niño asustado, buscando lo que jamás volverá a tener, hasta que... lo percibió. El aroma estaba ahí, había regresado y comenzaba a inundar la habitación por completo. Robert alzó la cabeza y siguió la esencia, e intentó constatar de dónde provenía, hasta que todo se hizo visible, irreal e increíble. Se restregó los ojos, la contempló y tragó saliva con mucho nerviosismo, percibiendo los estremecimientos que le provocaba la claridad de su mirada.

—¿Amara? —Pronunció sin saber el porqué, mientras la veía caminar hacia él, pero... ¿¿De dónde rayos había salido?!! ¿Que acaso estaba completamente ebrio para tener ese tipo de alucinaciones, y más, con una mujer con la que apenas había cruzado un par de palabras?

Ella, entretanto, se posicionó a su lado, acercó su boca a su oído y pronunció muy delicada y suavemente:

—Te pedí que no bebieras esta noche. ¿Por qué te haces daño? Eso jamás te ayudará, como quiero hacerlo yo.

«¿Qué mierda sucedía? ¿Qué jodido sueño estaba teniendo? ¿Y por qué le decía todo aquello?».

—Te protegeré, mantendré la oscuridad lejos de tu puerta... porque cuando las cosas vayan mal, ahí estaré con mi eterno amor que desafía hasta la muerte. Óyeme, Robert, permítete ser libre, brilla como las estrellas; aún hay amor dentro de ti y es como una gran energía que fluye y fluye.

La observó asombrosamente angustiada.

—Amara...

«¿Por qué mierda solo podía pronunciar su nombre? ¿Qué no existían más palabras por decir?».

—Dame tu mano, camina conmigo, cree en mí, así como yo creo en ti. Y ahora, despierta, por favor, despierta...

Como si todo hubiera sido real, Price abrió los ojos y se encontró tirado en el sitial, en la terraza de su departamento con la copa de vino intacta en el piso, preguntándose qué había sucedido con él y ese sueño, o lo que fuera que haya sido esa visión, cuando el aroma a flores y a tierra mojada aún se percibía en el ambiente.

—¿Amara? —Manifestó una vez más, levantándose un tanto aturdido—. ¿Qué tienes en la cabeza, Price? ¿Te estás volviendo un enfermo paranoico, viendo y percibiendo cosas en donde no las hay? ¡En donde ni siquiera las hay! —Evocó las últimas palabras que ella le había proferido, en lo que parecía haber sido un sueño que no se comparaba a ninguno que hubiese tenido jamás:

“Dame tu mano, camina conmigo, cree en mí, así como yo creo en ti.”

II



Dos días después, el sueño con Amara aún daba vueltas al interior de su mente. Cada hora o momento del día ese recuerdo lo intranquilizaba, junto a aquellas palabras que no podía quitarse de la cabeza, y más, el particular sonido de aquel susurro que le había otorgado y que por un momento lo sintió hasta casi esperanzador.

«¿Pero qué cosas piensas, imbécil!», dijo sin emitir ningún sonido mientras se negaba a recordar lo ocurrido, pero por más que así lo quisiera, esos ojos, esa mirada, esa sonrisa, y ella, sobre todo ella, atacaba sus pensamientos como si fuera una fría ventisca que con solo estremecerlo de pies a cabeza le demostraba que aquello sí había ocurrido y no formaba parte de sus propias fantasías.

Se llevó ambas manos al rostro cuando un incesante y prolongado dolor de cabeza no lo abandonaba. Definitivamente, el alcohol, su eterno compañero de largas jornadas en vela, le estaba causando más que una complicación, junto a la resaca que llevaba a cuestas. La noche anterior se le había escapado de las manos, bebiendo más de la cuenta y evocando lo que lo atormentaba y calaba fuertemente en su interior. Para él, lo más sencillo y que aún se cuestionaba masoquistamente era: si la muerte se lo hubiese llevado aquel día, ya no tendría que seguir lidiando con un cadáver de mierda sin vida que deambulaba errante en busca de lo que nunca volvería a tener.

Suspiró e intentó calmarse mientras maldecía en voz baja, ya tenía bastante con las continuas desavenencias y problemas que se habían suscitado en tan pocas horas dentro de la unidad de urgencias, como para tener que sumar otro desvarío más a este día que acababa de comenzar. De pronto, una masculina voz lo sacó de sus atribulados pensamientos, y sin dudarlo, elevó la mirada para encontrarse con la figura de su amigo Adam Smith, que lo observaba como si no lo reconociera del todo.

—¿Qué hiciste con el abominable hombre que regresó hace un par de días desde Haití? — Le preguntó al notar el drástico cambio de look que ahora lucía. Porque debido a la charla que había mantenido con la pequeña Alma, tomó la decisión de recortarse el cabello y la barba, para así dar una mejor impresión en cuanto a su aspecto personal, que desde hace un par de meses dejaba bastante que desear.

—Te burlaste de mí y ahora lo haces de la misma forma. ¿Tienes algún problema conmigo? —Price intensificó en él sus preciosos ojos azules, que hoy parecían brillar más que nunca. El cabello corto y la poca barba que llevaba mostraban de mejor manera sus facciones tan varoniles, que lo hacían ver aún más apuesto e interesante de lo que alguna vez había sido bajo esa tristeza y ese dolor que llevaba pegado al semblante, y que cargaba sobre sus hombros.

—Dime que alguien hizo algo bueno por ti —atacó realmente interesado en su cambio de

aspecto—, y espero, Dios me escuche, que esto haya sido obra de alguna mujer.

Robert no pudo evitar sonreír de medio lado, al mismo tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Estoy esperando que me des una respuesta coherente. La necesito. ¿A quién debo darle las gracias?

—¿No tienes nada mejor que hacer que continuar burlándote de mí?

—No fue eso lo que te pregunté —le contestó Adam, cruzándose de brazos y observándolo muy interesado—. Anda, déjate de rodeos y dime quién fue.

—En realidad... sí, tienes razón. Todo esto es obra y gracia de una sola mujer —confirmó, logrando que con su declaración su amigo desorbitara la mirada, incrédulo.

—¿Estás hablando en serio?

Asintió, pero esta vez sonriendo con sarcasmo. «*Si supieras de qué mujer te estoy hablando...*».

—Nombre y apellido —exclamó con desespero—. Quiero enviarle flores, chocolates, y una tarjeta de saludo por este logro, del que no consigo recuperarme.

—Puedes enviar todo aquello al quinto piso, sección pediatría y a nombre de la pequeña Alma Morelli —especificó, tras comenzar a caminar hacia fuera del hall de informaciones.

—¿Qué?

—Así como lo oyes. Te doy un consejo, es alérgica a las almendras, pero le encantan los chocolates rellenos de jarabe de frutilla. Y en cuanto a flores... no sé si le agraden del todo. ¿Por qué no intentas con algún detalle más acorde al estilo de una niña de diez años? —Prosiguió con ese humor tan característico de su persona.

—¿Estás hablando en serio o todo esto es una maldita broma para hacerme desvariar?

Price se encogió de hombros y continuó con su andar.

—¿Alma? —Inquirió Adam siguiendo cada uno de sus pasos.

—Sí, Alma. —Sonrió pensando en ella y en la particular pregunta que le había formulado tan estoicamente ese primer día, luego de su reencuentro—. ¿Qué en Haití no existen los espejos? —Pronunció, echándose a reír como un idiota mientras salía de la unidad.

—Me estás tomando el pelo, Price.

—¿De qué pelo hablas, si casi no te queda ni uno solo en esa cabeza?

—¡Ehhhh! ¡Qué aquí el único que hace bromas soy yo, vejete!

—Ex vejete —le corrigió—. Y ahora deja de hablar como si fueras una cotorra parlanchina y acompáñame a la cafetería. Necesito con urgencia un té.

De una pieza se quedó Adam cuando intentaba reaccionar y concebir qué diablos había pronunciado su amigo de toda la vida con aquel tan disfuncional enunciado que había salido de su boca.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Que iré a la cafetería por un jodido té —respondió Robert sin detenerse—. ¿Crees que tengan de esos especiales de canela? La resaca me está matando.

Por la tarde estuvo con Alma disfrutando de su compañía y caminando a su lado por los pasillos de la sección pediátrica. Hablaron de muchas cosas, bromearon con otras. Ella rio en varias oportunidades, pero por más que él quiso hacerlo, imitándola, no lo consiguió. Cada vez que eso sucedía caía en la cuenta de que Adam tenía toda la razón con respecto a su persona, porque él, Robert Price, se había convertido en un terrible, terco y hostil viejo cascarrabias.

—Mejoraste mucho, ya no eres Papá Noel. Creo que así me gustas más —intervino Alma, deteniendo su caminar y sentándose sobre uno de los cómodos sofás del área de visitas de la

estancia principal.

—Para mí es todo un honor que te guste este cambio. —Sintió al interior de su cabeza como si algo o, más bien, alguien se la estuviera martillando a propósito.

—¿Te duele la cabeza? —Quiso saber la niña, aún con sus ojos puestos sobre su semblante—. Hoy no te ves muy bien.

—No tuve una buena noche —le explicó, sin entregarle mayores detalles.

—Tampoco yo —prosiguió ella, elevando la mirada hacia ningún lugar en especial.

Enseguida, un notorio dejo de preocupación recayó en el rostro del joven médico.

—¿Qué sucede? ¿Te sientes mal? ¿Quieres volver a tu cuarto?

Alma se quedó muy pensativa, cerró los ojos e inhaló un poco de aire. A continuación, estiró una de sus manitas, incitándolo con ese movimiento a que se sentara a su lado. Robert así lo hizo, sin siquiera pestañear.

—Alma, por lo que más quieras, confía en mí y dime qué ocurre.

—Tuve un sueño —comenzó, situando una de sus manos sobre una de las suyas.

—¿Qué tipo de sueño?

—Con mi mamá. —Dibujó en su rostro una minúscula, pero significativa sonrisa—. La vi después de tanto tiempo y ella sigue siendo tan hermosa, tal y como aquel día, cuando se despidió de mí. —Aún tenía unida una de sus manos a las de su amigo, la que apretó un tanto nerviosa, cuando él, sin nada que decir, solo se limitó a abrazarla con cariño—. Al principio tuve miedo, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque creí que venía por mí. No quiero dejar a mi papá, todavía no quiero separarme de él —manifestó, apartándose de su cuerpo para mirarlo a los ojos—. ¿Nunca te ha sucedido de la misma manera?

—No —contestó Robert con desilusión, pensando únicamente en que daría todo lo que tuviera y lo que no porque Sofía acudiera a él en sus sueños, pidiéndole que abandonara este mundo para reunirse con ella en un mejor y apacible lugar.

Ante esa respuesta y sus pensamientos evitó a toda costa mirar a la pequeña a la profundidad de sus ojos azules. Recordar a su mujer ya era demasiado y no quería abrumar a su compañera con sensiblerías, menos cuando los dos parecían haberse quedado en completo silencio.

—Amara tenía razón. Después de todo, los deseos sí pueden llegar a cumplirse —sostuvo.

Al oír su nombre, Price recordó inevitablemente lo que esa chica le había preguntado sobre “su deseo” en aquella pseudo-charla que habían sostenido al pie de las escaleras.

—¿Qué tiene que ver ella en todo esto? —Exigió saber, frunciendo el ceño.

—Amara me devolvió a mi madre. Estaba a su lado en mi sueño. ¿No te parece increíble?

No supo qué hacer o qué decir, Alma parecía muy segura de lo que salía de sus labios, pero para él todo aquello olía a un engaño barato, del que no se encontraba muy a gusto.

—Tal vez las ansias de ver a tu madre sean las que te hicieron soñar con su recuerdo —le explicó, anhelando que lo apreciara desde otra perspectiva.

Cuando lo oyó, la niña movió su cabeza de lado a lado en desacuerdo con su respuesta.

—No, Robert. Mi deseo se cumplió gracias a Amara, quien me devolvió a mi madre mientras dormía. Ella me dijo que siempre estaría a mi lado, aunque no pudiese tocarla o sentirla, y que nunca se iría, a menos que yo la dejara partir.

Ahora, y tras aquella breve confesión, su ceño se arrugó aún más de la cuenta.

—Alma, ¿te dijo exactamente eso?

—Sí, ¿y sabes el por qué? Porque Dios la envió para protegernos.

Los pensamientos del joven médico se elevaron hacia la muchacha y la ira también. Tendría muchas cosas que explicarle sobre lo que pretendía hacer con la mente de esos frágiles niños, especialmente con la de Alma, engañándola de esa cruel y despiadada manera.

—Parece que no te gustó lo que te dije o... ¿no me crees? Te lo aseguro, no estoy mintiendo —aseveró, buscando sus ojos para que nuevamente se conectaran con los suyos.

—No, pequeña, no se trata de que no crea en ti, es solo que...

—¿No confías en Amara? Deberías hacerlo. Si está aquí, es porque no es como cualquiera de nosotros.

—Alma, sabes lo mucho que te quiero y me preocupo por ti, pero siento que te está metiendo “pajaritos” dentro de tu linda e inteligente cabecita —alzó una de sus manos y acarició con ella una de sus pálidas mejillas—, y no me agrada que así sea, menos en lo que a tu madre respecta.

La niña sonrió y le otorgó otro apretón de manos.

—Lo sabía. Aún no estás listo para creer ni para confiar.

Price se quedó de una pieza cuando oyó y trató de comprender cada una de sus palabras.

—¿Por qué no crees en ellos, Robert? —Continuó la pequeña.

—¿En ellos? ¿Quiénes?

—No sé cómo llamarlos sin que te espantes.

—De acuerdo, me estás preocupando y sabes que con respecto a tu persona todo en mí se acrecienta. Sé clara, por favor. —La tomó del mentón para clavar sus ojos en los suyos mientras pensaba: «*¡qué estupidez te dijo ahora esa loca!*».

—Pues... en ángeles, por ejemplo.

Lo que oyó, sencillamente, era algo sin el mayor de los sentidos. ¿Qué esa mujer no tenía corazón? ¡¡Eran niños luchando por sus vidas!! ¡¡Eran tan frágiles, tan sensibles, tan especiales...!!

—¿Dónde está Amara, Alma?

—¿Por qué? ¿Vas a regañarla por lo que te conté?

—Solo quiero y necesito asegurarme de que haga bien su trabajo, si es que a eso ha venido.

—¿La despedirás, Robert?

—No soy quien se ocupa de eso —manifestó con la sensata convicción de que si se la encontraba y ella negaba rotundamente lo acontecido, no le quedaría más remedio que exigir que la sacaran del recinto.

—Pero... ¿lo harías aun sabiendo que no tiene la culpa de lo que es, o para lo que ha sido destinada?

—Alma... —intentó contener la respiración y elevó una de sus manos hacia la cabecita de la niña, a la que terminó acariciando tiernamente—, será mejor que dejemos nuestra charla para otro momento.

—Pero antes respóndeme con honestidad. Tú y yo somos amigos, ¿verdad?

—Claro que lo somos.

—Entonces, ¿lo harás? ¿Dejarás que se vaya? Porque no quiero que lo hagas. Ella ha sido la única persona que se ha preocupado por nosotros, sin hacer hincapié en lo enfermos que estamos los niños y yo.

—Habla de eso luego; solo quiero conversar un instante con ella. Ahora, por favor, si me dices donde está te lo agradecería enormemente.

Alma bajó la mirada hacia sus níveas manos, algo preocupada por todo lo que había

expresado con anterioridad. Quizás, había hablado de más y ahora su amiga...

—Está... con la familia de Nicolás. Se puso muy mal esta mañana, antes de ir a la terapia.

Robert suspiró profundamente.

—Gracias, pequeña.

—¡Nos está cuidando, Robert! ¡Si te lo conté es porque confío en ti!

Price tragó saliva nerviosamente y la contempló tan desconsolada y con sus ojitos azules tan brillantes, como si estuviesen a punto de sucumbir en lágrimas. De pronto, una enfermera entrada en años los interrumpió, venía para llevarse consigo a la niña.

—Alma, es hora de irnos.

—¿Amara regresó con Nicolás? —Quiso saber angustiadísima antes de partir.

La mujer observó de reojo a Robert antes de volver a hablar.

—Me temo que Nicolás necesitará de todos nosotros y de nuestras especiales oraciones para ponerse mejor, querida.

La niña suspiró y se puso muy lentamente en pie contemplando a su amigo en señal de despedida.

—Está intentando que él no parta, Robert. Aún no es su momento —le dio a entender con el semblante lleno de desasosiego.

—Pequeña...

Y sin nada más que agregar, Alma depositó un dulce beso sobre una de sus mejillas, para así perderse tras los pasos de la enfermera que había venido por ella.

—Te veré más tarde —le respondió Price a la distancia, con un nudo ya alojado al interior de su garganta. Después que la perdió de vista volvió a dejarse caer sobre el sofá para restregarse los ojos con ambas manos, pretendiendo pensar en algo más que en las palabras de la pequeña, y específicamente, en todo lo que le había revelado con respecto a esa muchacha. «¿Por qué diablos la confundía? ¿Por qué mierda les hablaba de esa forma? ¿Por qué se tomaba esas atribuciones? ¿Por qué los hacía soñar más de la cuenta con cosas tan irreales?».

—Todavía tengo un poco de tiempo. —Observó su reloj de pulsera que marcaba algo más del mediodía y apresuró su caminar hacia los ascensores con una única convicción alojada al interior de su cabeza: dejarle en claro a esa chica que si quería conservar su trabajo, debía evitar hablar de todas esas tonterías e imbecilidades sobre ángeles, sueños y deseos, o él sería el primero que le haría saber y entender que ni el mismísimo de allá arriba podría ayudarla a continuar desempeñando su labor como voluntaria.

Con las manos empuñadas, la mirada hosca, seria, y bajo un acelerado caminar se dirigió hacia el hall de la unidad de cuidados intensivos en busca de la joven. Tenía muchas e importantísimas cosas que decirle, especialmente, sobre lo que Alma le había comentado un momento atrás. No estaba tan ofuscado, no gruñía, no expedía fuego por los ojos, pero no era un idiota, y sabía perfectamente las sensaciones que causaban esas dichas palabras en cada uno de los niños.

—Creo que no estás haciendo bien tu trabajo y sería mejor que dejaras este hospital —se repetía incansablemente, como si estuviera preparando su discurso.

Ya en la UCI y específicamente, en el mostrador de informaciones preguntó por la salud del pequeño Nicolás, pidiendo exhaustivos detalles a las enfermeras de turno. Luego, caminó a la única sala de visitas, en donde pudo, finalmente, dar con ella. Allí estaba Amara, sentada sobre uno de los sofás, con las manos entrelazadas, los ojos cerrados y moviendo la boca, tal y como si exclamara en silencio. Sus pasos lo llevaron hacia ella, recordando los enunciados de Alma y lo que tenía que ver exactamente con una singular noche que se había suscitado dos días atrás.

Ociosamente dejó vagar la mirada en el aspecto que su rostro le mostraba, parecía muy cansada y como si no hubiera dormido del todo bien, cuando sus ojos contemplaban las botas negras tipo equitador que llevaba puestas y el vestido de color gris oscuro, el que retorcía entre sus manos mientras seguía murmurando, realmente muy concentrada.

—Amara —pronunció su nombre con suavidad, a lo que ella respondió, alzando la vista y dejando que sus ojos celestes se encontraran con los suyos.

Al contacto, Robert no pudo dejar de admirarla, pero aún ofuscado por todo lo que había oído, frunció de inmediato el entrecejo.

—Lo siento mucho —se disculpó de manera automática, dejándolo perplejo en toda la extensión y el significado de la palabra—. No puedo abandonarlo. Su madre está sola y yo...

Robert la interrumpió, comprendiendo cabalmente a qué se refería.

—Está bien. —El joven médico no debería haberse preocupado del asunto, pero una fuerza desconocida lo impulsó a sentarse a su lado antes de proseguir con la charla. Estaba nerviosa, desorientada, triste... cuanto más la observaba, más lo invadía una poderosa sensación de inquietud, sin que se atreviera a reconocerlo. «¿Por qué le causaba ese extraño efecto? ¿Por qué su mirada y su sola presencia le habían hecho olvidar, de pronto, todo lo que tenía que decir?»—. Alma me dijo que podía encontrarte aquí.

—No puedo dejarlo —replicó ella en un suspiro, refiriéndose a Nicolás.

—Nicolás está en buenas manos, te lo aseguro.

—Lo sé, pero... ¿su madre también lo sabe? —Clavó sus ojos en el piso.

Price no comprendió a qué se refirió con esa pregunta, pero evitó profundizar en ello.

—Lamento lo del pequeño.

Amara suspiró, al mismo tiempo que sus ojos se depositaron en una figura femenina que se encontraba a la distancia. Al instante, Robert siguió algo curioso la dirección de su mirada.

—Es muy difícil cuando no puedes hacer nada más que esperar —le explicó.

—¿Es la madre del niño? —Ansió saber.

—Sí. Nicolás es lo único que tiene.

Recordó aquellas palabras. Él... las había pronunciado de la misma manera... ¿Cuántas veces después del accidente vehicular?

De pronto, aquella mujer se dejó caer en los brazos de un médico que la sostenía y la ayudaba a ingresar hacia el interior de uno de los cuartos. Amara, entretanto, se levantó rápidamente, sin perder la vista de aquella escena que se suscitaba a tan pocos metros de donde ambos se encontraban, dejando que una solitaria lágrima comenzara a rodar por una de sus pálidas mejillas, cosa que Robert advirtió, colocándose en pie mientras la admiraba de reojo.

—¡Azrael, no! ¡Por lo que más quieras! —Balbuceó Amara bajísimo, cuando sus brazos se cernían sobre su delgado cuerpo como si, de alguna manera, intentara contenerse.

—Amara, ¿qué sucede? —Preguntó Price muy preocupado al verla en ese estado. Pero ella, sin advertirlo, se alejó lo suficiente hasta situarse frente al enorme ventanal que separaba el interior de la habitación de lo que era el pasillo. Él, en cambio, la siguió por inercia, pronunciando su nombre e intentando interpretar cada uno de sus movimientos.

—¿Amara? —La llamó una vez más, notando cómo abría los ojos sorprendida, ensimismada y plenamente concentrada, alzando una de sus manos, queriendo así alcanzar algo o, más bien, a alguien.

—¡Aún no! ¡Piedad...! ¡Por la gracia de él, aún no lo hagas! —Gemía muy angustiada.

«¿Azrael? ¿Gracia de quién? ¿Y por qué pedía piedad?», eran las únicas preguntas que se hacía Robert con prisa, ambicionando descifrar por qué lloraba en silencio y suplicaba con tanta

impaciencia y desesperación. Notó como una de sus manos se posicionó, de pronto, en el cristal de la ventana y como sus ojos se clavaban en algo a la distancia. Amara retenía la mirada en otro sitio y no, precisamente, en la madre, ni tampoco en el niño. Y entonces, «*¿hacia dónde estaba mirando?*».

—¡Azrael, te lo suplico...! —Musitó una vez más la chica con fervor, cuando el cuerpo del pequeño Nicolás comenzaba a entrar en un evidente paro cardio respiratorio—. ¡Azrael! —Articuló un poco más alto, aferrándose al cristal, como si deseara traspasarlo—. ¡Imploro tu piedad, te suplico misericordia! —profería con su cuerpo, temblando. Sin evitarlo, Robert levantó una de sus manos para depositarla sobre su espalda, queriendo decirle con ese gesto que no estaba sola, que él estaba ahí aún sin saber quién era o por qué clamaba de esa tan singular manera, hasta que bastaron solo un par de segundos para que el destino cambiara, irremediadamente, el sentido de aquel instante. El llanto de la joven se hizo más audible, más desgarrador y su cabeza se dejó caer abatida, como si hubiese perdido una gran batalla—. ¡No, no, no! ¡Por qué, dime! —Repetía incansablemente, negándose a creer lo que ya era inminente: el pequeño Nicolás, aun ante el procedimiento de rigor, había dejado de existir.

La observó, todo el tiempo sus ojos estuvieron fijos en su tembloroso cuerpo que parecía sacudirse en pequeños espasmos.

—Lo... siento —mencionó con la voz rota, intentando que con esas dos únicas palabras Amara colocara nuevamente sus hermosos ojos sobre su semblante. Y eso fue lo que ella hizo, pero no en dirección a su mirada, sino, muy por el contrario, por sobre uno de sus hombros, logrando que Robert se diera media vuelta para corroborar de inmediato a quién o a qué podía estar observando con tanta fijación y en ese exacto momento.

—¡Blaz! —manifestó ella con el semblante bañado en lágrimas.

—No estaba en tus manos —pronunció el hombre de pálida piel, de ojos tan celestes como los de ella, de cabello rubio, alto, y de cuerpo dotado de una excelente musculatura, tal y como si fuera algún deportista de elite.

Price, sin concebirlo, observó cómo caminaba hacia él sin detenerse, hasta que éste la retuvo entre sus brazos, estrechándola y besándole el cabello como si... ¿le perteneciera?

—Designios, Amara, tan solo designios —pronunció fuerte y claro, confortándola.

«*¿Por qué la engañas? ¡La gente muere, por si no te has dado cuenta, imbécil! No existen los designios, todos moriremos de alguna u otra manera, unos antes y otros después*», pensó Price, sin quitarle los ojos de encima.

De pronto, Amara se separó de quien la sostenía para voltear la vista hacia quien la admiraba, como si hubiera oído sus palabras.

—Cada persona tiene su destino trazado, doctor, pero siempre hay oportunidades y señales que nos demuestran que podemos hacer de la vida un mejor lugar para vivir, para crecer y...

La interrumpió. Por arte de magia Robert recordó lo que había sucedido con Alma y ahora, más que nunca, deseaba decírselo, o más bien, refregárselo en la cara.

—Los clichés no forman parte de la vida que llevo —comenzó—. Yo vivo en un mundo real donde las personas mueren sin que podamos hacer nada por detenerlo. Nacemos, crecemos, morimos, ese es el maravilloso ciclo de un ser humano, Amara, así que, por favor, los cuentos y la poesía barata te la puedes guardar muy bien dentro de cada uno de tus bolsillos.

—Cada persona... —intentó articular ella, limpiándose las lágrimas que brotaban desde las comisuras de sus ojos.

—Escúchame bien, si quieres conservar tu trabajo en la unidad de pediatría —la detuvo enérgicamente, callándola, como si no le importara en lo más mínimo lo que pretendía pronunciar

—, no vuelvas a hablar tonterías con los niños, ni menos a crearle falsas ilusiones, que, de paso, no las necesitan. Si quieres hacer algo por ellos, hazlo, pero mantén alejadas tus convicciones personales sobre seres ficticios y otras estupideces sin sentido, porque no les hace bien que los engañes de esa manera.

—Usted no entiende...

—Comprendo perfectamente y mejor que tú cómo es la vida. No veo en ti alas, una aureola, menos noto tu capa de “súper heroína” por ningún lugar, así que por favor —suspiró, mientras Amara sostenía su vidriosa mirada sobre la suya—, deja de crearles quiméricas expectativas y sueños, o te aseguro que yo...

—¿Qué, doctor Price? —Lo increpó sutilmente—. ¿Qué intentará hacer conmigo?

—Pienso que no estás capacitada para seguir en tu puesto de voluntaria y te lo digo muy en serio.

—¿Por qué no estoy capacitada, doctor?

—Porque... —por todos los medios posibles intentaba crear una respuesta que sonara lo más coherente y convincente, pero que no lograba siquiera hilvanar—, porque...

—¿Porque intento que todavía mantengan intacta la esperanza? ¿Porque llevo un poco de felicidad a sus vidas?

«¿Felicidad? ¿Esperanza? ¡A qué te refieres con ello, jodida loca, si lo único que intentas hacer es meterle “pajaritos” en la cabeza, como lo has hecho con Alma, por ejemplo!».

—Lo lamento, pero... —La voz ronca de Blaz se hizo audible al inmiscuirse en la conversación que ambos mantenían, pero que Price acalló en el mismo instante en que la oyó.

—No estoy hablando con usted, sino con ella, si hace el favor de no entrometerse.

Amara volvió la vista hacia Blaz, asintiendo, dándole a entender que guardara silencio. Después de ese pequeño movimiento, sus ojos regresaron nuevamente a la figura del joven médico, que a estas alturas parecía que hervía de rabia sin ningún tipo de razón.

—Como lo desee, doctor Price. Me marcharé luego de despedirme de los niños.

—No hace falta que lo hagas. Así como llegaste, te puedes marchar.

La chica volvió a asentir tras oír su determinante petición-afirmación-requerimiento, cerrando por un instante los ojos antes de volver a hablar.

—Comprendo. Realmente siento mucho...

—¿Qué sientes? ¿Hacerles creer quién no eres? Por favor, ¿cómo puedes ser tan cruel? ¡Son solo unos niños!

—Unos niños que creen en...

—Crear o no creer... —se burló de sus palabras en su propia cara, sonriéndole con displicencia—. Cuando quiera un consejo o una opinión, te la pediré, mientras tanto, si no te la solicito, abstente de dármele. Además, cada quien cree en lo que se le antoja.

—Usted ya no lo hace, doctor.

—Exactamente. Hace tiempo solo existo y... ahora...

—Utiliza una máscara, doctor Price.

—¡Amara, basta! —Le recriminó Blaz, tomándola por una de sus extremidades—. No es necesario que continúes.

—Hazle caso a tu novio —espetó Robert, cuando sus ojos confirmaban la hora en su reloj de pulsera—, parece más sensato que tú. Y para ser sincero, he perdido mucho tiempo de manera innecesaria contigo, tengo que regresar, así que espero que esta charla, al menos, haya valido la pena. Mientras más pronto te marches, mejor para todos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Pero no olvide nunca que detrás de esa fachada de hombre fuerte, indolente, sarcástico, hostil y sin sentimientos, se esconde un maravilloso ser incomprendido, que cree que lo ha perdido todo, cuando no es así.

Las palabras de la joven se le atragantaron en la garganta. No pudo seguir hablando por más que así lo deseó. ¿El por qué? Sencillamente, había perdido los estribos ante su tan prodigiosa recriminación. Quiso decirle varias cosas, pero prefirió guardar silencio, ya había hablado más de la cuenta y había conseguido que “la señorita celestial” dejara el hospital, así que, sin nada más que agregar, sonrió de la forma menos convencional que pudo, movió la cabeza hacia ambos lados y comenzó a caminar por el pasillo, con destino hacia los ascensores, alejándose de ambos y sumido en la ira que aún lo carcomía por dentro.

Una vez que Amara se quedó a solas con Blaz, suspiró, lo hizo profunda y necesariamente mientras cerraba los ojos.

—¿Era preciso todo eso? No debiste...

—No es fácil lidiar con su persona. No cree en nada, ni lo hará nunca. —Lo interrumpió, abriéndolos.

—¿No te das cuenta que para eso fuiste elegida?

—Es una dura prueba para mí, solo soy una entidad y tú...

Las manos de aquel hombre se situaron sobre sus frágiles hombros, intentando con ello que prestara muchísima atención a cada una de las palabras que iba a proferirle.

—Lo conociste, ya te puso a prueba, ahora es tu turno, actúa.

—No será fácil. El pequeño...

—Son los designios de Dios, Amara, estaba escrito en su destino. No puedes interferir, no estaba en tus manos salvar esa pequeña vida, pero la otra, la que acaba de marcharse, la que está sumida en desdicha... —recalcó, aludiendo a la figura de Robert—. Ese ser necesita aprender, necesita volver a vivir y tener una razón para comprender que todo continúa, que aún para él sí hay esperanza. —Le dedicó una deslumbrante sonrisa—. Te necesita para que lo guíes hacia la luz... ¿o lo abandonarás? ¿Permitirás que siga cayendo en la oscuridad?

—¡No! —Contestó ella al instante, soltando un poco de aire contenido.

—Entonces, tranquilízate y confía en ti, en lo que eres y en lo que conseguirás. No estás sola, Alaric y yo estamos aquí para guiarte, protegerte y aconsejarte.

—¿Cómo hacerlo, cuando el camino que intento transitar se pone cada vez más cuesta arriba?

—Confiado, creyendo, intentando. No dudes, no decaigas, porque él te ha dotado de un gran coraje, de una inteligencia divina, de un sentido extraordinario. Prosigue y haz lo que tengas que hacer para que él deje de sufrir y posea un motivo real para creer y seguir viviendo —aseguró con orgullo en sus palabras—. Devuélvele la fe con tu amor extraordinario e infinito, Amara —la alabó, logrando que con ese enunciado terminara agachando la cabeza, avergonzada.

—¿Cómo pudo haberme escogido para esto? ¿Cómo pudo ser tan generoso conmigo?

—Por la sencilla razón de que nuestro Padre te ama. Él sabe que puedes restituirle la luz a ese hombre que dejó de brillar por sí mismo y que posee, todavía en el fondo de su alma, una pizca de amor divino que solo tú puedes sacar a flote.

—Blaz...

—Designios, Amara, tan solo designios divinos —subrayó una vez más y lentamente, como si se estuviese tomando su tiempo en expresar cada una de las palabras que emitía con profunda convicción—. Tranquila, no temas —agregó, cuando sus manos se apoderaban de su rostro para fijar la claridad de su mirada en la suya—. Así como lo protegerás a él, nosotros te protegeremos

a ti. No te dejaremos caer, entidad, y él... menos que nadie.

** Azrael (Azra'il): Es el ángel de la muerte, el encargado de que el alma humana abandone el cuerpo.*

Un día de mierda. Así calificó Robert su aquí y ahora mientras observaba la copa de whisky a medio tomar que sostenía frente a sus ojos. El dolor de cabeza junto a su característico malhumor se había instaurado en su persona desde que, literalmente, le había vomitado tanta porquería a esa joven en su rostro. Lo peor de todo era que se cuestionaba una y otra vez el por qué, la razón justificada que le hiciera comprender por qué, precisamente, ella había pagado con creces su falta de tino para sobrellevar esa particular situación.

—Tú no parece estar en tu cuerpo. ¿Qué es lo que tienes? —Exigió saber Adam, analizándolo con la mirada. Hacía un buen rato que hablaba frente a él, pero desde que habían pisado ese bar, le parecía que su amigo no estaba allí, sino, más bien, en otro sitio, vagando sin retorno.

—Si lo supiera, créeme, no estaría en este estado.

—Robert, un mal día lo tiene cualquiera.

—No tuve un mal día, sino uno de mierda.

Adam suspiró y entornó los ojos, bebió un poco de su copa y le dijo:

—Habla. Sabes que no existe mayor desagrado en mí que verte como una especie de zombie. Lo único que conseguirás, es que terminen alejándose todas aquellas personas que de alguna u otra forma se interesan en ti. ¿Eso es lo que quieres? ¿Ser desagradable con los demás por el resto de tu vida?

Aquella última pregunta lo hizo sonreír. Luego, bebió de un solo sorbo todo el contenido del licor que aún quedaba en su vaso.

—Es lo que menos me interesa. Además, ese “resto de tu vida”, como lo llamas, es mucho tiempo para mí.

Al oírlo, la vista de Adam se clavó en la sombría visión de Price, que con solo un chasquido de sus dedos le pidió al cantinero que le sirviera otro corto más.

—¿Seguirás bebiendo?

—¿Hay algo mejor por qué vivir? —Fue la sincera respuesta que le dio mientras que en sus pensamientos estaba inserto el rostro de su bella esposa. Pensar en ella las veinticuatro horas del día era lo único que lo mantenía en pie y respirando día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto.

—Hay muchas cosas por las cuales vivir, Robert.

Suspiró a sabiendas de que con él eso no ocurría de la misma manera.

—Catherina, Elías... tú sí tienes una vida —contestó, palmeándole su espalda.

—Y tú también. ¿O no recuerdas a quién ibas a proteger? ¿Ya olvidaste quién es tan parte de ti como tú lo eres de ella?

Inhaló aire mientras se agarraba la cabeza con las dos manos. El incesante dolor le parecía que se acrecentaba cada vez más y ahora, tras hacerle recordar irremediamente a una persona de maravillosa e inconfundible sonrisa, de cabello castaño rojizo, de ojos increíblemente azulados y mirada soñadora, generosa, afable... no tuvo más remedio que voltear la vista hasta

depositarla en la suya.

—¿Qué quieres conseguir?

—Que despiertes y comprendas que no estás solo.

—Ofelia es una mujer hecha y derecha hace bastante tiempo, colega.

—Pero es tu hermana, te ama, se preocupa por ti y tú sólo la alejas más de tu vida. ¿Eso es lo que quieres conseguir? ¿Eso buscas con tanto ahínco? Te estás convirtiendo en un viejo de mierda y si no haces algo pronto, tú...

—¿Y si no quiero hacer nada por remediarlo? ¿Y si deseo, ansío, necesito ser un viejo de mierda para todo lo que me reste de vida?

—Sinceramente, a veces, no sé cómo ayudarte.

Price se encogió de hombros cuando el cantinero le sirvió la tercera copa.

—No me ayudes. Mi vida hace un año ya no tiene sentido. Este cuerpo inerte sobrevive solo gracias al maldito alcohol que corre por mis venas, tal como si fuera el único calmante a este dolor que llevo adherido a la piel.

—¿Y en eso te quieres convertir? ¿En un maldito alcohólico?

—Ya lo soy, Adam. Y por favor, habla más bajo que me duele, insoportablemente, la cabeza.

—¡El insoportable aquí eres tú! —Contestó indebidamente, elevando el tono de su voz—. ¡No sé qué quieres! ¡No sé qué hago contigo, si para lo único que abres la boca es para expresar imbecilidades!

—En eso tienes toda la razón —añadió sin mirarlo.

—Ojalá Sofía estuviera aquí y viera en lo que te has convertido.

Al escuchar aquellas palabras, el vello de su cuerpo se erizó, cual felino se apresta a devorar a su presa.

—¡Pero no lo está y no regresará nunca! —Sus ojos, totalmente encendidos, se prendieron al igual que si fueran dos llamaradas flameantes que se hallan en absoluto descontrol—. ¡Así que no vuelvas a nombrarla! ¿Me oyes? Ya tengo bastante con tener su recuerdo dando vueltas al interior de mi cabeza. Me es inaguantable no oír su voz temiendo que algún día ni siquiera pueda llegar a recordar ese maravilloso y dulce sonido que emitía cada vez que pronunciaba mi nombre o decía que me amaba. Ni siquiera sé cómo sobrellevar esta maldita vida sin sentir ni oler su cuerpo junto al mío, sin poder tocarla, sin escuchar su respiración o el latido de su pequeño corazón cuando me recostaba sobre su pecho... —Cada vez que el recuerdo de aquel fatídico día inundaba su mente, desvariaba, sufría y maldecía por no haber podido hacer nada para ayudarla, para retenerla, para salvarla—. Ella lo era todo para mí, tal y como Catherina y Elías lo son en tu vida.

—Rob...

—Este dolor... —colocó su mano sobre su maltrecho corazón mientras sus ojos vidriosos comenzaban a pasarle un mal rato, queriendo cegar su visión con las lágrimas que pretendían salir raudas a través de ellos—, no se quitará con nada, ¿me oyes? Perdí mi única razón de existir, perdí una vida entera, perdí al amor de mi vida y nada ni nadie va a devolvérmelo, así que con mi maldita existencia puedo hacer lo que se me plazca. Si quiero bebo hasta morir, si lo deseo me convierto en el peor de todos y el más aberrante ser que ha pisado la Tierra. Si quiero sonrío, si lo ansío maldigo...

—Price, por favor...

Negó con la cabeza un par de veces, intentando calmarse, notando que gracias a su exabrupto más que un par de atrevidas y entrometidas miradas se cernían sobre su persona.

Bebió el contenido de su copa con avidez para luego sacar varios billetes y estamparlos sobre la barra, los que cancelaban con creces todo lo que había ingerido desde su llegada a ese lugar.

—¿Qué haces? —Preguntó Adam observando cómo se desaflojaba un poco el nudo de la corbata, se arreglaba la chaqueta de su traje y se levantaba del taburete, en el cual se encontraba sentado—. ¿Dónde crees que vas?

—No lo preguntes, porque de mí no obtendrás ni una sola respuesta.

—Estás bebido y así no conducirás.

—No lo haré. Creo que es una magnífica noche para caminar bajo la luz de la luna. —Le otorgó un guiño.

—No permitiré que vayas por ahí...

—Vete a casa con tu mujer y tu hijo. No pierdas tu tiempo en personas como yo, que ya tienen su vida podrida en la mierda.

—¡Tu vida no está podrida, por Dios! —Recalcó su amigo, tomándolo por una de sus extremidades.

—Ni siquiera lo intentes —lo amenazó Price con frialdad, posicionando sus ojos en sus manos—. Lo que me quedaba de existencia lo dejé en Haití. Así que lo mejor que puedes hacer, por ahora, es soltarme y dejar que me vaya. Estoy ebrio, Adam, soy un maldito infeliz y un alcohólico que no quiere discutir contigo, ni menos hacer algo, de lo cual sé que me arrepentiré más tarde.

—Dame tu billetera, Robert.

—¿Qué?

—¡Qué me des tu jodida billetera! —Reiteró por su bien. Sabía que en su estado era capaz de ir a meterse a cualquier sitio y terminar sin un centavo en los brazos de una cualquiera.

Price sonrió con descaro.

—Por favor... —Insistió Adam sin una pizca de condescendencia, sin perder su objetivo y mientras soltaba la extremidad que aún mantenía sujeta a la suya.

Y así lo hizo, pero a regañadientes, sacándola desde uno de los bolsillos interiores de su chaqueta, apartando un par de billetes para, finalmente, entregársela y decir:

—Buenas noches, viejo. Nos veremos... por ahí. —Comenzó a caminar ante los insistentes llamados de su amigo, a los que no les prestó la debida atención, porque cada vez que bebía lo hacía para olvidar y estar ausente de la realidad tan macabra que le había tocado vivir y de la cual intentaba, por todos los medios posibles, desaparecer. Ya no le quedaba nada ni nadie por quien respirar, vibrar, sonreír ni soñar. Alma tenía a su padre, Adam a su familia, su hermana una vida por delante para malgastarla en preocupaciones aparentes; además de una brillante carrera como diseñadora; dinero, un hogar, un futuro estable, así que ni siquiera lo echaría de menos.

El aire frío de la noche lo golpeó de inmediato, solo la luna seguía cada uno de sus pasos y lo acompañaba en su solitario transitar. Price se dejó llevar como si quisiera vagar y vagar sin retorno hasta cuando sus pies dolieran y le dijeran que era tiempo de detenerse, pero no contaba con que el destino le tenía preparada una muy mala pasada, logrando que en cosa de segundos todo cambiara irremediabilmente. Sin advertirlo o vislumbrarlo, tres tipos se abalanzaron sobre él sin clemencia para robarle.

Robert cayó al piso, tratando de zafar de los golpes que le propinaban, cuando éstos se aseguraban de quitarle todo lo que llevaba encima, el poco dinero, su teléfono y el carísimo reloj de pulsera que había heredado de su padre al morir, precisamente, un Rolex de colección. Gracias al alcohol que había ingerido no podía responder a aquella afrenta como quisiera, ni menos se

sentía en sus cabales para llevar a cabo una disputa en la que podría perder la vida. Por lo tanto, sin luchar se entregó resignado a los feroces puñetazos que se descargaron sobre su cuerpo, pensando que, quizás, su momento finalmente había llegado.

—¡Larguémonos de aquí! —Gritaron los delincuentes al tener todo lo que deseaban en sus manos—. ¡Ya no tiene nada más que nos interese!

Price oyó cada palabra que los infelices pronunciaron y con el amargo sabor a metal alojado al interior de su boca, más un incesante dolor a la altura de sus costillas se incorporó lentamente, observando cómo corrían presurosos, dejándolo tirado en el piso. Lo primero que hizo fue llevarse una de sus manos hacia su boca, la cual quedó, de inmediato, manchada de sangre.

—¡¡¡Cabrones de mierda!!! —Vociferó fuera de sus cabales y muy adolorido, hasta que una voz, un particular sonido que bien recordaba colmó sus oídos, sorprendiéndolo y dándole a entender que no se encontraba solo y bajo aquella luminosa luna llena.

—Déjame ayudarte, por favor.

Atónito. Esa era la palabra que mejor lo definía al tenerla frente a su asombrada mirada.

—Tú, pero... ¿De dónde saliste?

—Eso no importa, déjame ayudarte, por favor.

Completamente fuera de sí ante sus preciosos ojos celestes, se quedó absorto en su mirada y con la mente totalmente bloqueada. «¿Ella? Pero... ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué hace aquí?».

—Déjame ayudarte, estás malherido.

—No necesito nada, estoy... ¡Maldita sea! —Gritó sumamente alterado, tambaleándose, pero poniéndose en pie—. ¡¡¡Imbéciles de mierda!!! —Añadió, ansiando soportar el grandísimo dolor que lo envolvía.

—¡No sea tan obstinado, doctor! —Insistió Amara, pero Robert sumido en su propia furia la apartó de un manotazo, tambaleándose nuevamente, ya que ni siquiera podía mantenerse en pie.

—¡Vete y déjame solo! —Le gritó muy ofuscado.

—¡No!

—Amara, por lo que más quieras, ¡solo lárgate!

—¡No!

—No sé cómo apareciste, ¡pero vete ya!

—¡No me iré a ningún sitio, te guste o no! —Chilló la joven, acercándose con determinación, tomando su rostro con la suavidad de sus manos para contemplarlo después del ataque tan brutal que había recibido.

Robert se obligó a no observarla, pero no la apartó como lo había hecho segundos antes.

—¡Deja que te ayude, solo confía en mí!

—No te conozco, ni tú me conoces a mí. Además, después de lo de hoy...

Ella sonrió cuando deslizaba su dedo índice quedamente por el contorno del labio que él tenía roto, logrando que al instante Price percibiera una calidez extraordinaria que conectó de inmediato sus miradas de una buena vez.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Muy sorprendido se lo preguntó. La verdad, dudaba de que esto estuviera pasando realmente.

—Estoy ayudándote.

—¿Después de cómo te traté?

—No hablabas con tu corazón. —Con su otra mano, Amara acarició el contorno de sus ojos, nariz y pómulos, lugar tras lugar en donde había recibido los poderosos golpes de los atacantes.

—¿Cómo fue que... llegaste hasta aquí?

Y ahora solo hubo silencio. Uno que ella se obligó a mantener.

—Amara, te hice una pregunta. ¿De dónde rayos saliste?

Con las manos mimando delicadamente su semblante, elevó sus ojos con timidez, situándolos en el maravilloso cielo estrellado que tenía sobre su cabeza. Price, entretanto, siguió la dirección de su mirada, cuando el inconfundible aroma a tierra mojada, hojas secas y flores silvestres comenzó a invadir sus fosas nasales. La chica sonrió sin responder, haciéndose parte de aquella magnífica fragancia, aquel delicioso y perturbador aroma que sobresaltó a Price, logrando que sus ojos regresaran prontamente a su rostro.

—Tú —pronunció Robert como si le costara mucho trabajo que esa minúscula, pero significativa palabra hubiese salido de su boca. De pronto, percibió que el desagradable sabor a metal dentro de su boca había desaparecido por completo.

—Aquí estoy y aquí estaré —añadió ella, sin apartar sus manos de la tibieza de su piel.

—Seguro es el maldito alcohol que me tiene inmerso en este sueño. No eres real, aunque lo parezcas. Dime, ¿ya me morí?

—Definitivamente, necesita dejar de beber, doctor Price.

—Definitivamente, creo que me estoy volviendo loco.

—Para que eso no suceda, saque fuera todo lo viejo y deje que entre a su vida todo lo nuevo.

«¿De qué hablaba y por qué lo hacía de esa manera tan cortés, después de como la había tratado en el hospital, y nada menos que frente a su novio?».

—Limpiar su alma es el claro símbolo de limpiar su vida. Si comienza por su exterior, será un buen inicio para que transforme todo su interior —prosiguió ella realmente convencida de ello.

—Te lo repito, dime, ¿estoy loco o esos tipos me hicieron añicos la cabeza?

—No está loco, solo necesita volver a transitar por el camino de la luz.

—Deja de hablar así o en verdad creeré que tú también lo estás —exigió—. Y por favor, ya no me trates de usted.

Lentamente, Amara apartó las manos de su rostro.

—De acuerdo. ¿Te... sientes mejor ahora? —Quiso saber, todavía analizándolo con la mirada.

—He estado en peores condiciones. Esto no es nada, ya pasará, pero me sentiré mejor una vez que te saque de aquí —intentó arreglarse la ropa y su desaliñado cabello para luego expresar con cierto poderío en el tono de su voz—: ¿Qué crees que haces sola en un lugar como este?

—Lo mismo que tú —respondió la joven, encogiéndose de hombros.

—No es un buen sitio para que una mujer esté sola.

—No tengo miedo, más cuando los seres luminosos nos resguardan de todo mal.

Escuchar su suave modulación y la forma en como movía sus labios le pareció una bella imagen, y se quedó gratamente sorprendido por la manera en que hablaba, como si conociera de ese tema espiritual en especial.

—Los intermediarios entre el cielo y la Tierra —agregó la chica, entrelazando sus propias manos.

Price sonrió con descaro.

—Claro, lo había olvidado... ¡No me digas que eres uno de ellos! —Acotó, siguiéndole el juego—. ¿Dónde tienes guardadas tus alas y tu aureola? Todavía no puedo verlas. —Se burló sin razón, demasiado divertido con la incoherente charla que estaban manteniendo.

—No las ves, porque aún no las tengo. No soy un mensajero. —Fue la franca respuesta que le dio.

Ahora sí Robert rio con ganas, al igual que lo había hecho cuando se lo recriminó al interior de la unidad de cuidados intensivos.

—Pues déjame decirte que es agradable saber que “esos intermediarios” de gran poder, mediadores entre el Cielo y la Tierra, como tú los llamas, nos vigilan y resguardan. Me siento bendecido —se mofó otra vez, dedicándole una reverencia—. ¿Y qué eres entonces? ¿Con qué me vas a salir ahora? ¿Con qué engaño me vas a envolver a mí también?

—Lo sabrás una vez que creas en mí, así como yo creo en ti.

«¿Qué había oído? ¿Por qué, precisamente, ahora le respondía con esas tan claras palabras, con las cuales había soñado dos noches atrás?».

—Repite eso, Amara —pronunció tajantemente.

—Lo sabrás una vez que creas en mí así, como yo creo en ti —subrayó ella decididamente.

—¡¡Maldito alcohol!! —Se quejó Price con ira.

—¿Hace estragos en ti?

—No solo en mí —expresó luego de liberar un hondo suspiro—. ¿No has bebido, verdad?

Amara sonrió de una bella forma, sin dejar de contemplarlo.

—Me queda claro que eso es un no. Pues bien, creo que deberíamos irnos, han sido muchas emociones para un solo día, y después de esta golpiza, puedo deducir que seguir bebiendo no es ni será la mejor de las alternativas.

—Me parece sensato. Te invito a probar un té de canela, ¿te parece?

No supo cómo ni el porqué, pero terminó moviendo su cabeza en señal de afirmación. Si esto era un sueño, tendría que despertar de un momento a otro y si no... tendría que encontrar las respuestas necesarias para comprender qué demonios estaba sucediendo con él, con ella y con ese agradable y enloquecedor aroma que parecía provenir de su cuerpo.

—Si te hago una pregunta, ¿la responderás? —La interrogó mientras ambos comenzaban a dar sus primeros pasos.

Amara sonrió bellamente, como si ya la conociera; de hecho, sabía de sobra qué saldría de sus labios, por lo tanto, sin esperar a que la formulara, se atrevió a contestar:

—No padezco de ningún trastorno mental, doctor Price, y tampoco me he fugado de ningún hospital psiquiátrico, se lo aseguro.

Aun así, no le creyó.

Cuando llegaron a los pies del edificio en el cual él residía, Amara se detuvo. Había sido una larga caminata a su lado y durante todo el trayecto constató que, al menos, se encontraba un tanto repuesto.

—Está en casa, sano y salvo.

Price suspiró, dejando que un leve quejido se le escapara sin poder evitarlo.

—Debe descansar, doctor.

—Lo haré cuando dejes de tratarme de usted. Creí que te lo había pedido.

—Lo necesita —añadió, obviando su petición—. Ha sido una larga noche.

—Una noche de mierda. —Recordó, posando una de sus manos sobre su ahora solitaria muñeca, en clara alusión al reloj de su padre que ya no tenía inserto en ella.

—¿Era muy importante para usted?

—¿Perdón?

—Aquello que evoca en su mente.

La observó por unos segundos, hasta que comprendió que se refería al reloj que le habían robado. Pero... «¿Cómo podía saberlo?».

—No me mire así. Solo un reloj puede llevarse en la muñeca, doctor Price. Y el suyo ya no

lo tiene.

«Además de loca, también es astuta y muy observadora. Punto a tu favor».

—Estoy cansado.

Enseguida, Amara retrocedió tras su afirmación, mientras volteaba la vista, como buscando algo a la distancia. Con aquel movimiento Robert comprendió que intentaba marcharse.

—¿Te vas?

Pero ella ni siquiera le respondió.

—Me prometiste un té de canela, y además, me debes un par de... —No pudo articular otra palabra más al oír el estridente sonido de una motocicleta que se acercaba a todo lo que daba por la acera, y precisamente, en dirección a ellos. El osado conductor desafiaba todas las leyes existentes de la velocidad al manejar el vehículo de dos ruedas con una magnífica prestancia y destreza, totalmente vestido de negro y con un casco en su cabeza, también en la misma tonalidad. Se quedó absorto observándolo, hasta que la distancia que los separaba se hizo mínima. Fue así que el desconocido terminó deteniendo la magnífica y espectacular motocicleta a tan solo un par de pasos de ambos.

Amara se giró hacia él y Robert entrecerró la mirada con desconfianza.

—Debo irme.

Price no dijo nada al respecto, solo se limitó a observar y a recordar al sujeto del hospital que la había abrazado y besado en la sala de visitas, y ahora aparecía este otro tipo montado en un extravagante y grandioso vehículo de dos ruedas que, por su contextura, no se asemejaba a quien él había llamado como “su novio”.

—¡Amara, vamos! —La poderosa voz del desconocido lo envolvió, notando cómo se erguía y abría la visera del casco para dejar libre una profunda mirada de unos oscuros y penetrantes ojos negros que no eran, esencialmente, los mismos que él recordaba y había visto con anterioridad.

«No es al que llamó Blaz, y entonces, ¿quién es éste?».

—¡Amara! —Pronunció severamente el sujeto, haciéndola reaccionar. Algo nerviosa se dirigió hacia él, como si estuviese obedeciéndole. Cuando estuvo a su lado, tomó su mano y con su ayuda se montó sobre el vehículo, al mismo tiempo que sus extremidades se cernían por sobre la cintura de su acompañante, rodeándolo por completo. A Price le incomodó esa escena, además de la mirada intrigante de aquel hombre que se cernía sobre su persona, y que por unos escasos segundos le quitó hasta la respiración.

En un rápido movimiento el desconocido cerró su visera y aceleró un par de veces, para luego salir velozmente de allí, con ella sujeta a su espalda, ante la atenta mirada del joven médico que se devanaba los sesos por comprender ¿qué sucedía? ¿Quién era ese hombre? ¿Y cómo diablos había aparecido a esa hora en las afueras de su edificio para, finalmente, llevársela?

Suspiró y con ello el dolor en sus costillas se agudizó, pero no ocurrió de la misma forma con la incesante preocupación que aún lo invadía, más las explicaciones que ni siquiera había oído de sus labios. No importaba, se lo preguntaría una vez que... ¡Diablos! Recordó que ya no estaría en el hospital ni en pediatría al día siguiente, todo y gracias a su maldito carácter.

Pronunció su nombre en un delicado murmullo con la brisa fría de la noche calándole los huesos y sus pensamientos enfocados en su persona.

—Loca de inconfundible mirada... ¿Cómo voy a encontrarte? —Sin nada más que agregar, volteó la vista y su cuerpo para comenzar a caminar hacia el interior del inmueble, con destino hacia los ascensores. Ascendió hasta el séptimo piso y cuando bajó de él, lo primero que notó fue a una madre y a su pequeña buscando algo mientras se decían la una a la otra:

- No te preocupes, cariño, encontraremos otra igual.
—¡Mami, yo quiero mi dije! ¡Es lo único que me interesa!
—¡Cariño, tranquila!
—¡Es muy importante! ¡No lo puedo perder!

Robert apartó la mirada de ambas, continuando con su andar por el pasillo hacia su departamento, hasta que sus ojos enfocaron un brillo singular, del cual se quedó prendado. Fue hacia él y tomó lo que yacía en el piso, observándolo por un momento ensimismado, curioso y hasta abstraído por la forma que tenía la medalla que simulaba la imagen de lo que parecía ser un ángel.

—Creo que esto es... de ustedes —expresó con cierta extrañeza, dirigiéndose a ambas.

La pequeña sonrió en el acto y aquella sonrisa lo hizo estremecer, más aún, cuando vino hacia él y tomó lo que sostenía de la palma de su mano.

—Gracias, señor. Es un dije de mi ángel guardián. ¿Sabía que todos tenemos uno, como lo dice la oración? —Exclamó la niña de ojos miel y cabello castaño que miraba la joya con devoción.

—Lucía, por favor, no molestes al señor. Discúlpela, es que adora esa joya.

—No se preocupe, no me molesta —contestó Robert, dirigiéndose a la madre—. Así que... ¿es muy importante para ti? —Inquirió ahora con la vista depositada en el semblante de la dulce niña.

—Mucho. ¿Sabes la oración?

—No, creo que no la sé.

—Quizás la olvidaste, porque eres muy adulto para recordarla, o simplemente, no crees en ellos.

Y ahí iba otra persona más, refregándose en la cara. «¿Qué, de pronto, esos seres alados habían instaurado una cierta clase de moda?», pensó.

—¿Quieres que te la diga para que le reces al tuyo?

—¡Lucía, por favor! Le agradecemos mucho su ayuda, señor...

—Price, Robert Price. —Se dio a conocer.

—Es un placer. Gracias, señor Price. Vamos, Lucía, ya es muy tarde. El señor Price seguro tiene cosas que hacer.

—¡Pero, mami, aún no le he dicho la oración!

Robert se acuclilló con cuidado, sonriéndole medianamente, mientras que la pequeña inhalaba un poco de aire y comenzaba a expresar:

—“Ángel de mi guarda
dulce compañía,
no me desampares de noche ni de día,
protégeme con tus alas y así no me perdería
aquí y en la hora de mi muerte.
Amén”.

—Es... —Tragó saliva nerviosamente, y mucho más lo hizo cuando Lucía lo sorprendió, besándole la mejilla con ternura, en agradecimiento.

—Por encontrar a mi ángel. De seguro, si rezas como lo hago yo, tú también encuentras el tuyo.

Sin creerlo, se quedó estático contemplando como ella tomaba la mano de su madre, se despedía a la distancia y caminaba en sentido contrario al suyo, en dirección a su hogar. Contrariado se levantó del piso, suspiró todavía con las palabras de la niña alojadas al interior de

su cabeza, las que sin advertir el por qué le llevaron enseguida el rostro de Amara a su mente, tal y como se la había encontrado esa misma noche.

—Esto se está volviendo casi aterrador y demasiado ilógico —pronunció para sí mismo—. ¿Ángeles? ¡Sí, cómo no! —Cerró los ojos y sonrió, tras mover su cabeza de lado a lado—. ¡Vamos, viejo! ¡Tú, el de allá arriba... envíamelos ya! —Agregó, moviendo su cabeza en clara señal de burla—. Aureolas, alas, seres alados, en conjunto con la señorita celestial, ¡qué grandísima estupidez! ¡Una verdadera tontería!

III



A la mañana siguiente, cuando los primeros rayos de luz se asomaban por entre la nubosidad de un nuevo día, Robert aún no podía dar crédito a lo que contemplaba a través del espejo del cuarto de baño. ¿Lo había soñado? Quizás, ¿hasta imaginado? No, claro que no, pero... en su semblante casi no había señas de lo que había ocurrido la noche anterior tras el asalto y la golpiza que había recibido. ¿Estaba loco o, definitivamente, todo había sido parte de una jodida pesadilla de la que no lograba despertar?

Suspiró, notando solamente un leve moratón bajo su labio inferior, el que pasaba desapercibido para cualquier casual mirada, solo llegaba a hacerse evidente si se contemplaba de cerca. «¿Cómo podía ser eso posible después de lo que había acontecido?». En eso estaba, analizándose por completo, hasta que el sonido perturbador de unos golpes en la puerta de su departamento le hizo volver prontamente a la realidad, dándole a entender que a esa hora de la mañana alguien se hacía presente. Dirigió sus pasos hacia la sala, solo vestido con la toalla de baño anudada a la cadera y el ceño bastante fruncido. «Fuera quien fuera se llevaría el sermón de su vida por estar ahí, precisamente, a las seis de la mañana con treinta minutos», pensó molesto, abriendo la puerta y encontrando ante él a una hermosa chica de intensos ojos azules, a quien conocía perfectamente.

—¡Buenos días, hermanito! ¡Qué fachas! —Fue lo primero que le dijo al observarlo con detenimiento desde los pies a la cabeza y sonriéndole encantada ante el inminente cruce de miradas.

—Ofelia —resopló Price.

—Tu querida hermana pequeña. ¿Me recuerdas? Ahora, hazte a un lado y déjame pasar. Más de cinco meses han transcurrido sin tener noticias tuyas para quedarme en la puerta admirándote así. ¿No estás con alguien, verdad?

Robert alzó los ojos, como si estuviese pidiendo un poco más de paciencia y tolerancia para responder cada una de las inquietas preguntas de aquella chica de cabello pelirrojo, finas facciones, nívea piel, sonrisa traviesa y que parecía un torbellino, de esos que arrastran todo a su paso.

—Por favor —respondió con ironía, otorgándole una reverencia para que ingresara, mientras ella ya estaba dentro del inmueble quitándose la cartera y el abrigo que llevaba encima.

—Ve a cambiarte, yo prepararé café. Expreso, ¿verdad? —Recordó.

La contempló por un par de segundos antes de caminar hacia su encuentro y tomarla por los hombros para detener su apresurado andar.

—Quieta. ¿Me puedes explicar qué estás haciendo aquí y a esta hora de la mañana? —Fijó la intensidad de su vista, que en color era muy parecida a la suya.

—Simple. No llamas, no contestas mis mensajes, no escribes. ¡Es como si, literalmente, te hubiese tragado la tierra! —Lo criticó, entrecerrando sus ojos—. Soy tu hermana pequeña, parece como si no la tuvieras, y eso no habla muy bien de ti.

—No has contestado a mi pregunta, O —pronunció, consiguiendo que sonriera de inmediato.

Cómo le gustaba cuando su hermano la llamaba de esa forma, tan solo por la inicial de su primer nombre, recordándole así su infancia y posterior adolescencia, donde se había sentido tan protegida y guiada por él, no como ahora, que más le parecía un extraño.

—Quería ver a mi hermano y saber de él. Me lo merezco. Después de todo, tenemos la misma sangre, fuimos criados por los mismos padres al interior de la misma casa y con la misma familia, ¿lo recuerdas o no? —Inquirió, cruzándose de brazos—. Además, sabía que podría encontrarte aún aquí y no me equivoqué.

—Pudiste llamar.

—Déjate de tonterías y dame un abrazo —reclamó, colgándose de su cuello para besarlo tiernamente en una de sus mejillas—. ¡Te extrañé tanto, gruñón! ¡Pero sigues siendo mi hermano favorito!

—Como si tuvieras otro.

Rio. Al menos no había refunfuñado y eso sí era una positiva señal.

—Me alegra que estés de vuelta, me hiciste mucha falta. No vuelvas a desaparecer de mi vida así como así, ¿entendido? ¡O juro que iré por ti al mismísimo infierno!

Ante sus palabras, Price volvió a suspirar, comprendiendo que ella tenía muchísima razón. En primer lugar, jamás debió irse sin explicarle de su propia boca que había aceptado una misión humanitaria en Haití, pero sabía que si se lo contaba, no cerraría la boca sin tener que escuchar cada una de sus cientos y miles de recriminaciones, y la verdad, en ese instante de su vida no estaba preparado para oír ni una sola de ellas.

—Ve a cambiarte, se hace tarde, gruñón.

—¿Tú y Adam se comunican mucho? —Exigió saber mientras le dedicaba uno de sus especiales guiños.

Veinte minutos más tarde, ambos compartían sus respectivas tazas de café, sentados en los taburetes de la cocina americana que se situaba a un costado de la sala, junto a la luminosidad de un enorme ventanal que daba de lleno a la ciudad. Charlaban; al menos eso hacía Ofelia, insistiendo en que su hermano respondiera su extenso “cuestionario” sobre su viaje y lo que había acontecido en él.

—Cascarrabias, ¿podrías ser más explícito, por favor?

—No me pidas imposibles. Ahora, tú vas a responder y espero que sea con la verdad. ¿Aún sales con el idiota cabeza de músculo?

De inmediato, Ofelia puso los ojos en blanco.

—Su nombre es Bob —corrigió.

—Mr. Bobo, de acuerdo. ¿Aún sales con Mr. Bobo, idiota y cabeza hueca?

—Veo que sigues siendo el mismo de siempre.

—Responde, O.

—¡Sí, hermanito! ¿Algún problema con eso?

Price bebió un último sorbo de su café antes de volver a hablar.

—No me gusta.

—¡Qué novedad! Además, con que me guste a mí basta y sobra.

—Hablo en serio. Ese tipo no me agrada.

—¡Cómo te va agradar, si jamás has cruzado una sola palabra con él! —Lo regañó con severidad.

Robert enseguida comprendió que tenía razón, otra vez. Jamás se había dado el tiempo para charlar o discutir con él, solo lo había visto un par de veces en uno de los tantos clubes a los cuales solía asistir con su esposa, cuando ella vivía.

—Aun así, ese tipo no me gusta para ti. Es... —prefirió morderse la lengua mientras lo recordaba, todavía tenía inserta en su mente aquella vez que los había visto bailando en medio de la pista, tal y como si se la estuviese follando con las manos y delante de todos los que allí se encontraban, escabulléndolas por debajo de la cortísima falda que esa noche Ofelia lucía y...

—¿En qué estás pensando? —Lo interrumpió su hermana de golpe.

—En nada —respondió escuetamente, apartándose la taza de los labios y dejándola sobre la mesa de mármol.

—Te conozco, Rob, y cuando entrecierras tus lindos ojitos es porque evocas algún recuerdo que te desagrada.

Bufó. Cómo odiaba cuando Ofelia intentaba colarse al interior de sus pensamientos. Aunque los separaban diez años de edad, ella siempre se encargaba de hacerse notar, tal y como si fuera más madura de lo que aparentaba ser.

—No me lo preguntes, no querrás saberlo. De solo recordararlo me dan ganas de...

—¡Por Dios, qué exagerado! ¡Tú también eres hombre!

—Cierra la boca, O.

—Parece que alguien perdió la memoria...

—Hablo en serio.

—De acuerdo, pido paz. No quiero discutir, pero si de recuerdos fogosos se trata, yo también tengo los míos. Varias veces vi cómo te cogías a la estúpida de Emily en el auto de papá, a Carla en el garaje y...

—Yo soy yo y tú eres tú, mi hermana pequeña que no cualquier imbécil se puede tirar, ¿estamos de acuerdo?

—Me encanta cuando hablas así. Si no fuéramos hermanos, te prometo que estaría enamorada de ti hasta la médula —recalcó, fijándose en cierto detalle que no pasó desapercibido para sus ojos—. ¡Ey! ¿Por qué no llevas el reloj de papá?

Esa frase de tan solo seis palabras caló profundamente al interior de su pecho, logrando que se le oprimiera el corazón de forma considerable. Robert dejó ambas tazas vacías sobre el lavaplatos y sin responder volvió a su dormitorio con ella tras sus pasos.

—No me sigas, O.

—Aquí no hay ninguna de tus amiguitas, así que puedo deambular por donde se me plazca. Además, si las hubiera, ya me habría encargado de sacarlas a patadas de aquí por busconas.

—No tienes derecho a inmiscuirte en mi vida.

—El perro hablando de pulgas —se quejó Ofelia, dejándose caer en la inmensa cama Queen que se situaba en medio de la alcoba—. ¿Dónde está el reloj? ¿Por qué no lo llevas puesto? Y ahí iba otra vez con la famosa pregunta. «¿Qué no podía cerrar la boca y ya?».

—Rob...

—¿Si te respondo, intentarás guardar silencio?

—Adam tiene tanta razón cuando habla sobre ti. ¡Sí que estás hecho un energúmeno! Sinceramente, necesitas unos buenos revolcones.

—Mira... —suspiró—, será la última vez que te lo pediré.

—Está bien, me callo, pero dime dónde está el reloj. No lo habrás...

—No. No lo vendí, no lo regalé, ni menos lo empeñé.

—¿Entonces?

Price tragó saliva con la mirada de su hermana en todo momento pegada a la suya. Luego, optó por sentarse a su lado, al borde la cama, para así comenzar a hablar más serenamente.

—Anoche... creo que... me asaltaron.

Los ojos de Ofelia se abrieron como platos al escuchar semejante confesión.

—¿Cómo que crees que te asaltaron?

—No recuerdo muy bien lo que sucedió, estaba...

—Bebido hasta el tuétano —concluyó indignada—. ¡Ese maldito vicio tuyo, por Dios! ¿Qué quieres conseguir bebiendo como si el mundo fuera a acabar contigo?

—Ofelia...

—¡Ofelia, nada! —Le gritó encolerizada, poniéndose en pie como si fuera un resorte—. ¿Es necesario beber tanto hasta perder la razón? ¿Es preciso hacer de tu vida un completo desastre?

—O, por favor. —Le pidió, pero sin alzar la vista.

—¡Respóndeme! ¿Es imprescindible exponer tu vida de esa manera?

—No, no lo es.

—Entonces, ¿por qué te comportas como un maldito tarado?

Price cerró sus ojos por algo más que un instante.

—Si fuera yo quien estuviese viviendo una vida de mierda, como la que llevas tú, me reprenderías.

—No es lo mismo.

—¡Que sí lo es, Price!

—No, Ofelia, no lo es.

—¡Qué sí lo es! —Le gritó en su rostro, saliéndose de sus casillas mientras agudizaba la voz de una forma chillona que su hermano tanto odiaba escuchar.

—Estás enojada.

—¡No inventes, que feliz no estoy! ¿Qué crees que estás haciendo? ¿Lo disfrutas? ¿Te encanta?

Prefirió guardar silencio. Ni él sabía cómo responder a todas sus furiosas interrogantes.

—¡Quisiera golpearte, cabrón!

Esta vez sus palabras lo hicieron sonreír, su hermana se veía tan adorable cuando se ofuscaba. Sus mejillas se sonrojaban, sus ojos parecían dos bellos y flamantes luceros y su rostro se encendía como si fuera una peligrosa llama de fuego.

—No beberé más.

—¡Ver para creer, idiota! Si mamá o Sofia estuvieran aquí te...

Price la interrumpió, clavándole una furiosa mirada sobre la suya.

—¡Pero no están, ni lo estarán nunca más!

—Ya lo sé, estúpida no soy. Que mal que no pueda decir lo mismo de ti.

Al escuchar aquello, Robert se levantó de la cama, la contempló con frialdad, para luego dirigirse a buscar al interior de su closet una fina corbata que hiciera juego con el traje gris oscuro que llevaba puesto.

—Te comenté que dejaría de beber. Después de lo de anoche me quedó muy claro que por esa vía no puedo seguir transitando.

—Te felicito. ¿Lo pensaste tú solito?

La fulminó con sus ojos azules tras sostener una corbata del mismo tono en una de sus manos.

—O, no me obligues a...

—¡Ven aquí y cállate! —Se aventuró a responder, arrebatándole el accesorio de las manos—. Lo haces pésimo, déjame ayudarte.

—O...

—¡Que no te voy a ahorcar, por Dios!

Se quedó quieto, dejando que ella deslizara la corbata por el cuello de su camisa y comenzara a realizar el respectivo nudo. Cuando estuvo lista se la acomodó, acariciándola un par de veces.

—Deja de comportarte como un idiota y reacciona. Vive y sal de tu tumba.

—Me voy a trabajar. Gracias por ayudarme. —Trató de evadir aquel par de enunciados, que más le parecieron un sabio consejo que ni siquiera deseó escuchar, porque sabía lo que tenía que hacer con su vida, como para estar pendiente de lo que los demás deseaban que fuera o llegara a hacer con ella.

—Hablo en serio, cascarrabias. Cambia; seguro lo verás todo de diferente manera.

—Toma tus cosas, no quiero retrasarme y hazme un favor, no escuches más las incoherencias de mi mejor amigo.

—¡Me exasperas, Price!

—¡Lo mismo va para ti, pelirroja, y con todo mi cariño! —Ambicionó recordar dónde rayos había dejado la maldita billetera que no podía encontrar—. Donde, donde... —se repetía, hasta que una chispa de luz alumbró sus pensamientos—. ¡Mierda, Adam! —Bufó.

—¿Y ahora qué hizo?

—Aparte de quedarse con mi dinero y mis pertenencias...

—Por algo habrá sido. ¿Dónde estabas anoche?

—En un bar.

—¿Con alguna buscona?

—No, Ofelia.

—¿Estás seguro? —Reclamó, observando como su hermano la dejaba sola al interior del dormitorio.

—Sí. Lo único que recuerdo fue que me golpearon y me quitaron todo lo que llevaba encima, como el reloj de papá, mi teléfono, el poco dinero, y de que Ama... —se detuvo por su propio bien, al tiempo que la maravillosa y profunda mirada de esa chica inundaba sus pensamientos.

—¿Qué?

—Nada, solo fue un lapsus —prosiguió, llevándose una de sus manos a la barbilla.

—¿Quién es Ama...? —Preguntó su hermana realmente intrigada—. No me digas que ahora tienes una “ama” que te azota y hace lo que quiere contigo en un cuarto rojo al más puro estilo de Christian Grey.

Robert frunció el entrecejo, tratando de comprender lo que decía. «¿Acaso estaba loca? ¿Y quién rayos era ese tal Grey?».

—¿No conoces a Grey? —Insistió algo divertida.

—¿Tú sí?

Se relamió los labios, dejando que se le escapara un profundo suspiro de fascinación.

—Daría todo lo que tengo y lo que no por una noche con él.

—¿De qué estás hablando?

—Nada, nada, cosas de chicas. No lo entenderías. Eres muy duro de cabeza para asimilar algunas cosas, aunque no te haría mal leer un poco de excitante literatura erótica.

—Me desconciertas, mujer.

—Y tú me sacas de quicio, hombre.

—Habla en serio. ¿Estás saliendo con ese tal Grey? —Continuó mientras buscaba incesantemente las llaves del departamento.

—En mis sueños. —Ofelia cerró los ojos y se estremeció—. Con él y un par más, por supuesto.

De inmediato, Robert la asesinó con la mirada.

—Literatura erótica, Rob —le manifestó, regalándole un coqueto guiño.

—Estás loca, pero en fin, aquí están. ¿Será que podemos irnos? No quiero llegar tarde al hospital.

—Te sigo. —Con agilidad tomó sus pertenencias—. Solo pensaba...

—Ni siquiera preguntaré en qué.

—Entonces, ¿no vas a responder?

—¿Qué se supone que debería responder, Ofelia?

—¿Quién es ama, Price?

Rob bufó muy malhumorado mientras abría la puerta del departamento, cuando Ofelia cruzaba el umbral y él cerraba con llave. Unos segundos después, ambos y en silencio se dirigieron al elevador.

—Creo que nos iremos juntos, cascarrabias. ¿No me responderás? —Insistió, demasiado curiosa.

—No tengo nada que responder, Ofelia.

Notó su malhumor, lo conocía de sobra.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. Y si no me crees, espera sentada y alimenta tu paciencia —le devolvió, sin mirarla a los ojos.

—Te quiero. —Sonrió burlonamente, contemplándolo de reojo, mientras él la miraba de la misma manera y conseguía, por tan solo un par de segundos, sonreír.

La mañana transcurrió muy de prisa y a pasos agigantados. Urgencia era de locos, de ir y venir, de cientos de pacientes que se agolpaban y que no cesaban de ingresar. Robert ya no daba más abasto y su personal tampoco, solo maldecía en silencio pidiendo un par de minutos de paz y tranquilidad, hasta que los encontró mientras bebía un poco de agua de la máquina expendedora que se situaba al interior del hall de informaciones.

Todavía no era mediodía y sentía que su cuerpo estaba agotado. Como no, cuando la noche anterior había sido de dulce y de agraz. Por un momento recordó lo que su mente le concedió, cuando una particular mirada invadía cada uno de sus pensamientos, como queriendo manifestarle que ahí estaba y que ahí seguiría. Locura o no, esa chica se estaba convirtiendo en algo más que un dolor de... pero ni siquiera pudo seguir hablando al sentir la poderosa voz de Marlene, la enfermera jefe que alzaba la voz intentando contener a un hombre que lloraba sin consuelo, pronunciando el nombre "*Cecilia*" bajo unos poderosos gritos desgarradores. Se volteó, siguiendo aquel tono endurecido, hasta que una escena un tanto particular le golpeó el corazón, oprimiéndoselo tan fuerte, como si todo lo que sus ojos percibían lo estuviese también reviviendo en carne propia.

—¡¡¡Íbamos a casarnos, por amor de Dios!!! —Gritaba el sujeto con desesperación mientras se llevaba ambas manos a la cabeza—. ¡¡¡No puede estar muerta!!! ¡¡¡Dígame que no es así!!! ¡¡¡Por favor, iba a ser mi esposa en un par de días más!!!

—¡Señor, cálmese! ¡Hicimos todo lo posible por salvar la vida de su novia!

—¡No, no, no! ¡Me niego a creer que esto esté pasándonos! ¡¡¡Cecilia, Cecilia!!! —Chillaba con muchísimo desconsuelo.

Robert tembló, cerró los ojos e hizo añicos el vaso de plástico que aún mantenía entre sus manos, evocando a Sofia por sobre todas las cosas.

—¡Señor, por favor! —Insistía Marlene sin saber qué más hacer.

—¡Quiero estar con ella, deje que la vea, la bese, la reconforte y la acaricie, por favor! — Suplicaba al grado de la incredulidad.

—Señor...

—¡Es lo único que tengo en esta maldita vida! ¡Ella era mi única salida, mis ganas de continuar! ¡¡¡Exijo verla!!!

Una bofetada, una estocada tras otra recibía Price, la que le pulverizaba de manera implacable el corazón y el alma. Y lo que ocurrió después fue la gota que rebasó su vaso personal, cuando el hombre corrió al cuarto en donde yacía el cuerpo sin vida de su mujer, dejándose caer sobre ella para besarla por todo el rostro mientras clamaba para que no lo abandonara.

Si alguien de allá arriba le estaba haciendo pagar cada uno de sus errores de la peor manera, lo estaba consiguiendo con creces, porque perder a Sofia había sido el momento más horrible y doloroso que había padecido en su vida y que jamás se imaginó llegar a experimentar, y ahora, con todo lo que sucedía al interior de la unidad, cada remembranza renacía para recordarle que nadie, absolutamente nadie, tenía asegurada su existencia en este mundo de mierda.

A pasos apresurados salió de allí, maldiciendo y cabreado a más no poder. Necesitaba un poco de aire, contención, libertad, vaciar sus pensamientos uno a uno, pero ¿cómo podría conseguirlo, cuando el sufrimiento lo acompañaba a cada paso que daba?

Se detuvo fuera de la unidad mientras sus ojos observaban el cielo azul. La mañana estaba totalmente despejada, dando paso a que un tibio sol calentara un nuevo día otoñal. Caminó para un lado, se desplazó hacia otro refunfuñando, maldiciendo y cuestionándose lo que era demasiado evidente, hasta que el rostro, y en especial, el recuerdo de unos ojitos, junto a la encantadora sonrisa de una niña pequeña de diez años lo detuvieron, logrando mitigar por algunos segundos su incesante dolor.

Blaz no lograba entender lo que admiraba con tanta sorpresa e incredulidad. ¿Cómo era posible que Alaric se dignara a conducir un transporte como ese? ¿Estaba loco? ¿Qué no se daba cuenta que la misión que se les había encomendado era solo guiar a Amara en su camino a recibir sus alas y pertenecer de manera definitiva al triunvirato del cual ahora formaba parte?

En eso estaba, meditando concienzudamente sobre el destino de aquel vehículo, cuando la figura de su hermano se posicionó frente a sus ojos con tanta naturalidad, como si estuviese observando el mar apacible e infinito.

—¿Qué ocurre? —Formuló Alaric con una media sonrisa dibujada en el rostro. Sabía lo que su hermano le diría, ambos estaban sumamente conectados, aunque la verdad, siempre habían sido dos polos demasiado opuestos en cuanto a pensamientos, decisiones, caracteres, y en la forma física mucho más. Él no poseía ojos celestes sino, más bien, su mirada era oscura e intimidante, al igual que lo que demostraba su rostro para nada angelical. Su manera de ver la vida frente a los humanos era una sola y no admitía otro tipo de discusión al respecto. Si se encontraban entre los mortales era única y exclusivamente para guiarlos, todo lo demás corría por cuenta de ellos, al fin y al cabo... de eso se trataba el libre albedrío.

—¿Era necesario?

—¿Qué? ¿La motocicleta?

Blaz suspiró con paciencia mientras esperaba a que su hermano volviera a responder.

—Claro, a eso te refieres. Bueno, ¡qué te puedo decir!

—Muchas cosas, Alaric. En primer lugar, el por qué. En segundo lugar, ¿no te das cuenta que es una ostentación, de la cual nosotros...?

Alaric sonrió mientras deslizaba una de sus manos por su largo cabello brillante y negro que le llegaba a la altura de los hombros.

—Estamos en terreno humano, con sus principios, normas y todo lo que conlleva la vida terrenal. Además... —levantó el dedo índice, con el que apuntó en dirección al cielo—, tengo permiso del “Jefe” para tenerla y conducirla.

—Te recuerdo que estamos aquí por Amara.

—Lo sé, es nuestra misión, pero también te recuerdo que con el solo hecho de estar en territorio mortal, tenemos que ocultarnos en un cuerpo físico, haciéndonos pasar por uno de ellos. No querrás verme por ahí con mis alas desplegadas y surcando el azul del cielo en busca de nuestra hermana, ¿o sí?

—Alaric, por favor.

—Tranquilo, Blaz. El “jefe” ya está al tanto, así que ese transporte se queda.

—Un día de estos, tú...

De pronto, la presencia de Amara acalló la conversación que los dos hermanos mantenían, por lo que ambas miradas se cernieron sobre la de ella, quien los contempló un tanto preocupada, como si hubiera hecho algo malo y como si tuviese que ser ahora juzgada por aquellas dos sabias entidades mayores.

—Lo siento, no sabía que ambos...

Sin nada más que agregar a la anterior charla, Alaric caminó hacia su encuentro para besarle con cariño la frente.

—No se trata de ti, sino de mi transporte —detalló amablemente—. Y ahora di que te gusta para que Blaz deje la molestia de lado.

Amara sonrió ante su tan clara explicación.

—No intercedas por él, entidad, y tú, ya hablaremos sobre esa motocicleta —intervino Blaz—. Ahora, solo necesito que nos relates lo que sucedió con el humano. ¿Puedes hacerlo, Amara?

Suspiró. La verdad, era algo complicado hablar de Robert, y más cuando él solo quería y creía en su autodestrucción.

—Es el rey de los tercos —comenzó, moviendo la cabeza de lado a lado—, y cree seriamente que soy una mujer con trastornos mentales.

Cuando la oyó, Alaric sonrió deliberadamente, mientras rodeaba sus hombros con una de sus extremidades.

—¡Ay, entidad...! El jefe contigo no ha tenido consideración.

La voz de Blaz lo silenció al instante, y tras una mirada recriminatoria que recibió de éste, Alaric terminó disculpándose.

—Lo lamento, pero Amara tiene una misión un tanto difícil. Anoche conocí a ese humano y me pareció que estaba hecho de piedra.

Blaz frunció el ceño.

—¿Qué hacías tú con ese humano? —Quiso saber, al mismo tiempo que cruzaba sus brazos por sobre su pecho, realmente intrigado por su confesión.

—Fui por ella. Te recuerdo lo inexperta que es al tratar con humanos. Estamos para guiarla, ¿o no?

—Estás en lo cierto.

—Entonces, no he cometido falta alguna, ¿o sí, hermana?

—No, Alaric —respondió ella un tanto avergonzada, bajando la vista al piso. Aún, por más que así lo quisiera, no se acostumbraba a las figuras de esas dos entidades superiores que la vigilaban en cada uno de sus correspondientes actos. ¿Por qué? Simplemente, porque no podía fallar, menos frente a la misión que le había sido encomendada. Sabía muy bien lo inexperta que era y la facilidad que tenía para dejarse llevar por los sentimientos humanos que afloraban de sí como si fuera uno más de ellos.

En el acto, Blaz comprendió que algo sucedía, por ende, al estirar una de sus manos, le pidió que avanzara hacia él. Amara así lo hizo, separándose de Alaric, que no la perdió de vista, hasta que los brazos de su hermano la confortaron en un afectuoso abrazo.

Tras una cálida mirada que recibió de él, Alaric comprendió que debía retirarse, dejándolos a solas en el precioso jardín lleno de flores y arbustos de la gran casona antigua, en la que se erigían dos inmensas torres de ladrillo, la que los albergaba en las afueras de la ciudad.

—¿Qué sucede, Amara? ¿Aún dudas de ti?

Al oír aquellas dos interrogantes, un profundo suspiro proveniente de su pecho le otorgó a Blaz la respuesta que tanto anhelaba escuchar.

—Yo... no sé cómo hacerlo sin cometer errores.

—Nadie dijo que ser una entidad sería fácil.

—¿Y me lo dices ahora? —Inquirió, levantando la cabeza para que sus ojos se conectaran con los suyos.

—Tan solo fluye, Amara.

—¿Sin que él sepa quién soy o para lo que he sido destinada?

Ahora fue él quien suspiró, apartándose tras empezar a caminar por un sendero. A continuación, colocó sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón oscuro, alzó la mirada hacia el cielo, meditó un momento qué era lo que debía decir, para luego manifestar:

—Desde siempre han existido espíritus celestes deambulando como seres humanos, ocultos en un cuerpo físico, realizando misiones de urgencia y milagros, pero sin interceder en las decisiones de los mortales. Porque son ellos quienes tienen la última palabra para con nosotros, son ellos quienes nos llaman y nos hacen partícipes de su camino, son ellos quienes deciden si quieren seguir en las tinieblas o dirigir sus vidas hacia la luz. No existimos por casualidad, Amara, él nos creó para entregarnos con nuestro incondicional amor, sin pedir nada a cambio. Ese ha sido y será nuestro trabajo por los siglos de los siglos.

—Amén —añadió ella, siguiendo su andar.

—Somos ángeles conocedores de las regiones secretas del cielo y sus decretos supremos. Somos entidades superiores de luz con el poder de dominar los demonios internos de cada ser con el cual estamos involucrados. Capaces de oír el clamor de toda una humanidad desesperanzada que ya no cree, que ya no quiere luchar y que no desea alejarse de la oscuridad.

Blaz tragó saliva mientras entrelazaba sus manos.

—Ellos saben lo que se ha desencadenado en sus vidas, porque llevan un pequeño trocito de divinidad que les pertenece desde el comienzo de la creación.

—El libre albedrío —acotó Amara, consiguiendo que gracias a esas tres palabras su hermano se detuviera y asintiera.

—Exactamente. Esa pequeña esencia que hace que colaboremos con el Creador e

interaccionemos con las fuerzas del universo. Por eso los humanos son capaces de destruir y de crear, de odiar y de amar. Y ese continuo devenir de un lado a otro hace que nosotros les ayudemos a buscar el tan ansiado equilibrio en sus almas, algo así como una luz al final del túnel, la que trae consigo una nueva esperanza de vida.

—Una nueva esperanza de vida —replicó ella en un susurro.

—Sí, una nueva esperanza, tanto para ese ser como para ti. Por si no te has dado cuenta, no solo tú tienes una misión en este mundo. —Se volteó hacia ella para contemplarla, en el mismo instante en que la joven enarcaba una ceja, pretendiendo dar cabida en su mente a aquella frase.

—No comprendo...

—Si comprendes —dijo su hermano, cuando una hermosa sonrisa se dejaba entrever en su semblante—. ¿Por qué estás aquí, Amara?

—Por él —aseguró sin dudar.

—Así es. Ya piensas como uno de nosotros.

—Pero todavía no lo soy. No tengo alas y...

—¿Crees que eso es lo más importante? —Se lo recordó, caminando tras sus pasos hasta llegar nuevamente a su lado.

—No, pero... ¿Lo lograré siendo lo que soy? ¿Engañándolo? ¿Ocultándole la verdad?

—Solo tú tienes el poder de enfrentarlo sin excusas, sin engaños.

—¿Cómo, Blaz? Después de todo, solo soy un...

Su hermano la interrumpió, adelantándose a sus palabras.

—No, Amara, todavía no lo eres. —Muy sutilmente, colocó sus manos por encima de sus hombros, la contempló por algunos segundos y luego sonrió—: Libre albedrío —le dijo—. Eso también rige para ti.

A través del gran cristal de la sala de juegos, Robert buscó con la mirada la figura de Alma, hasta que la encontró con la vista perdida, junto a la ventana que daba hacia uno de los jardines del hospital Santa María de la Asunción. Estaba de espaldas, por lo que no pudo ver su rostro a plenitud, pero aun así supo de inmediato que algo no andaba del todo bien con ella. Sin dudar, cruzó el umbral de la extensa habitación hasta situarse a un costado de una de las voluntarias, que en ese momento trabajaba en manualidades con algunos de los niños. Intercambiaron un par de palabras referentes a la pequeña, obteniendo como respuesta un *“no ha querido hacer nada, doctor. Se ha excusado diciendo que no tiene ganas siquiera de hablar”*.

«¿Ni siquiera de hablar?», pensó demasiado preocupado y extrañado, al mismo tiempo que agradecía la información y se acercaba sigilosamente hasta donde se encontraba la pequeña admirando el horizonte.

—Hola, Alma. ¿Qué ves con tanto afán?

—Si ella regresa. Hola, Robert —expresó, dejándolo con el pecho más que oprimido por segunda vez. No volteó la vista para encontrarse con su rostro, ni siquiera hizo un mohín o una mueca de disgusto, tan solo sus ojitos estaban concentrados en hallar entre la multitud a quien tanto deseaba volver a ver.

Price tragó saliva con dificultad, cuando en su mente una voz le decía: *«Por hoy ya la has cagado»*. Y vaya que tenía razón.

Intentó persuadirla y animarla con su visita, pero la pequeña no tenía ánimos de nada, porque su manera de ver a la distancia se lo decía todo.

—¿Por qué no has participado con los demás niños?

Alma se encogió de hombros y lo miró.

—Para qué, ya nada es como antes.

—Pero puede ser entretenido si te animas a jugar con los demás.

La pequeña movió la cabeza hacia ambos lados, dejando que se le escapara un profundo suspiro.

—Ella no es mala, ¿por qué crees que lo es? —formuló, dejándolo boquiabierto—. Me hacía feliz, al igual que lo hacías tú.

—¿Hacía? —Exigió saber un tanto sorprendido por aquella inusitada confesión.

—Sí, Robert, hacía. Yo confié en ti y me lastimaste.

—Alma, jamás haría algo para lastimarte. —Intentó colocar una de sus manos por sobre su hombro derecho, el que la niña en cosa de segundos retiró.

—Te lo expliqué y no creíste en mí, menos en ella. ¿Por qué intentas alejar a la gente que desea ayudarte? ¿Quieres quedarte solo por el resto de tu vida?

—Alma, yo... lo siento mucho.

—Me duele saber que se marchó sin despedirse de mí o de los demás niños.

«*Y por mi maldita culpa*», agregó Robert en silencio.

—¿Tú sabes el por qué? ¿La razón por la que Amara nos abandonó?

¿Qué si la sabía? ¡Claro que lo sabía! Si él había sido el causante de que ella se marchara del hospital, después de lo que le había recriminado a viva voz en la unidad de cuidados intensivos.

—¿Sabes algo de ella, Robert?

¿Por qué ahora? ¿Por qué en este preciso momento en que su día iba de mal en peor? ¿Karma, destino o simple casualidad de que todo estuviera confabulado en su contra?

—Te hice una pregunta —insistió la niña, clavando la mirada en los ojos del joven doctor, que por un momento se quedó en blanco, sin nada que decir.

¿Qué debía hacer? ¿Engañarla? ¿Mentir? ¿Decirle que había sido un hijo de puta al discutir con ella por una estupidez sin sentido? Porque ahora que lo meditaba, pues sí, había sido una tontería sin sentido.

«*Al menos tienes los cojones para reconocerlo*», resonó otra vez aquella voz al interior de su cabeza, logrando que sus ojos se encontraran con el piso. Robert se sentía muy avergonzado y un completo patán, porque por su culpa Alma estaba sufriendo y se encontraba en ese estado de tristeza y desazón.

—Alma, yo...

La niña alzó una de sus manos y la situó sobre su semblante, logrando que con ese significativo movimiento Price levantara la mirada para nuevamente fijarla en la suya.

—¿Podrías traerla de vuelta? —Preguntó muy afectada con su lejanía—. Mi papá, tú y ella son las personas más importantes de mi vida. Mi mamá se alejó de mí sin quererlo, ahora Amara se marchó... ¿Luego lo harás tú de la misma manera?

Al oírla, un nudo alojado al interior de su garganta comenzó a crecer y a crecer, dejándolo atónico. «*¿Alejarse de ella? ¡Nunca!*»

—No estás solo en este mundo, Robert, aunque quieras creer que sí lo estás. Me tienes a mí, a tu hermana, a tu amigo Adam, y a mucha gente que te estima. Yo sé que no tengo mucho tiempo y...

Robert la acalló, envolviéndola en un caluroso abrazo, mientras ella deslizaba lentamente sus extremidades alrededor de su cuello.

—Te quiero —pronunció firmemente, consiguiendo que él se estremeciera en su totalidad, cuando una sola idea tomaba fondo y forma, la que llevaría a cabo luego de dejar a su pequeña amiga al cuidado de las voluntarias.

Minutos más tarde, Price se dirigió raudamente hacia el hall de informaciones, en la sección de pediatría, con la firme convicción de obtener información necesaria con la cual encontrar a Amara.

—Buenas tardes. Necesito unos antecedentes sobre una de las voluntarias que dejó de trabajar en esta unidad.

—Claro, doctor Price. ¿A quién se refiere exactamente? —respondió una de las enfermeras que se encontraba de turno.

—Es una joven de mirada color celeste y muy... —Se detuvo instantáneamente. ¿Qué iba a decir? ¿Qué palabra iba a salir de su boca con respecto a ella?

—¿Doctor, decía? —Lo animó la muchacha a que continuara.

—De muy hermosos sentimientos para con los niños —se corrigió, sin saber por qué había pensado en ello—. Amara. Su nombre es Amara.

—Amara... Por casualidad, ¿será la misma jovencita de linda mirada?

—¡Ella misma! —Se atrevió a expresar como si, de pronto, se hubiera ganado la lotería—. ¿Podría darme sus datos de cómo encontrarla? Algún número de contacto, quizás. Me urge conocer su paradero.

—Lo siento, desconozco tal información. Quizás en el departamento de recursos humanos pueda hallar todo eso, doctor.

—¿No saben nada sobre ella?

—Solo se dedicaba a los niños. Llegaba muy temprano por la mañana y se marchaba muy tarde por la noche, cuando ya todos estaban dormidos. Así lo hizo cada día, hasta que... bueno... hace un par de días no supimos más de ella.

Y él sabía muy bien el por qué.

Price suspiró profundamente y con el rostro de Alma alojado en su mente, y particularmente, con sus ojitos a punto de sucumbir en llanto ante la desilusión que el mismo le había provocado con su capricho de ver a esa joven fuera del hospital. ¿Esto podía ir peor?

«Sí, Price, lo será. Admítelo. Todo es gracias a ti».

—No me lo recuerdes —balbuceó bajito y tan solo para él.

—Perdón, doctor, ¿dijo algo?

—Nada, olvídalo. Gracias de todas maneras. —Situó una de sus manos en su barbilla, a la que acarició mientras se animaba a insistir—: ¿Está usted segura que no saben nada acerca de esa muchacha?

—No, doctor. Lo siento muchísimo.

Robert suspiró y pensó: «Y ahora, Amara, ¿cómo rayos voy a encontrarte?».

Se alejó del mostrador sin meditar hacia donde lo llevaban cada uno de sus pasos, hasta que terminó situándose frente a uno de los enormes ventanales que daban hacia los jardines del hospital, preguntándose: ¿podía ser esto más complicado de sobrellevar? Un maldito día lo podía tener cualquiera, pero... a él una fuerza sobrenatural lo estaba castigando y de la forma menos convencional que siquiera hubiese imaginado que existía.

—Amara —suspiró, llamándola entre débiles balbuceos—. Por favor, quien quiera que seas, donde quiera que te encuentres, regresa por Alma, por los niños y por... —Sonrió a medias antes de concluir aquello que intentaba expresar, porque hoy, sencillamente, su cerebro no estaba conectado con sus pensamientos. De cada oración que lograba crear en su mente, la mitad

correspondía a una estupidez del tamaño de un buque, sin sentido, sin razón, sin una sola pizca de conciencia. Primero, la inevitable escena que le había traído de vuelta los dolorosos recuerdos de la muerte de su esposa. Segundo, las recriminaciones de Alma por la lejanía de esa chica. Tercero, su grandísima culpa por haberlo hecho y estar pagándolo ahora de esta maldita manera. Cuarto, no tener ni conocer información relevante sobre el paradero de la señorita celestial que parecía no existir en el mapa. Quinto, ¿podía ser peor? No, definitivamente, la suerte ahora menos que nunca estaba de su lado—. ¿Y ahora qué? Dime... ¿qué debo hacer? —musitó, pero esta vez en voz alta—. No me malinterpretes, no te necesito, pero una pequeña junto a unos niños sí... y lo sé, soy el más idiota de los idiotas al hablar sin que nadie me oiga, a excepción de...

—De mí, doctor Price —manifestó una singular vocecilla que bien conocía, interrumpiéndolo. Enseguida, Robert se volteó para cerciorarse de que no estaba soñando despierto y que ella era muy real y no el producto resultante de su propia y maquiavélica imaginación.

—¡Tú! —Vociferó inquieto y muy desconcertado—. Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo lo haces? ¿Cómo apareces de la nada?

Amara se acercó a la ventana para contemplar el horizonte, y más, el cielo que a esa hora se mostraba completamente despejado y de una tonalidad incomparablemente azul.

—Simple intuición, una mera casualidad del destino, la vida misma, Dios... ¿no le parece?

—No, no me parece señorita... —Se calló la boca de inmediato, obligándose a morderse la lengua, mientras ella le sonreía abiertamente, cuando sus preciosos ojos celestes se cernían sobre su intensa mirada azul.

—Me gusta —le dio a entender.

—¿Perdón? —Inquirió de vuelta y bastante asombrado con su tan explícita afirmación.

—Eso que usted pronuncia, lo de “señorita celestial” —explicó—. Que tenga una buena tarde, doctor. Fue un placer volver a verlo.

—¡Amara, espera! —Detuvo su andar cuando ella había comenzado a alejarse de su lado—. Solo dime... ¿Cómo fue posible que tú aparecieras...?

—Usted pronunció mi nombre. Usted pidió por mí.

Increíble, pero cierto.

Un leve temblor lo sacudió mientras precisaba poner sus ideas en orden y comprender, fehacientemente, a qué se refería con aquellas tan explícitas palabras. ¿Había pedido por ella? Sí, en eso no estaba errada. ¿Había solicitado que regresara? De eso no le cabía duda, y ahora la tenía frente a su rostro, al igual que si fuera un...

Movió su cabeza hacia ambos lados, cerró los ojos, y para cuando los abrió, notó que a su lado ya no había nadie más. Enseguida, la buscó insistentemente. No, no estaba loco, él había hablado con ella y ahora ¡no se encontraba por ningún lugar!

Su nuevo teléfono —el que había adquirido unas horas antes gracias a Adam—, alojado dentro de uno de los bolsillos de su bata blanca sonó, logrando que regresara de golpe a la realidad. Caminó a paso apresurado hacia los ascensores hasta que algo o, más bien, una extraña sensación lo detuvo. El aroma, la fragancia, la esencia nuevamente estaba ahí, rodeándolo, invadiéndolo, introduciéndose por sus fosas nasales como si estuviera experimentando una extraña, pero fascinante alucinación que le producía paz y tranquilidad, pero... ¿de dónde provenía?

—Amara —articuló sin saber el cómo o el por qué, y a la vez, sin conseguir apartarla de sus cavilaciones, cuando se animaba a manifestar—: si eres tú, regresa. Tan solo... regresa, por favor.

IV



Dos días después, la salud de Alma empeoraba. Desde aquella última vez que ambos mantuvieron esa conversación en la sala de juegos, la niña había entrado en un cuadro febril que la tenía con severas molestias y un cierto delirio del cual Robert se sentía sumamente culpable. A través del médico de cabecera y de Nicanor, su padre, se informó de su estado de salud. No existía hora o instante del día en que sus pensamientos fueran dedicados hacia ella, porque era su cable a tierra, su único muro de contención en esta vida que para él ya había perdido el mayor de los sentidos. «*Si ese día no hubiese perdido el control ni los estribos frente a Amara, hoy Alma estaría...*», cavilaba, disponiéndose a salir de su departamento para comenzar un nuevo día laboral.

Mientras esperaba que el ascensor ascendiera hasta su piso, se sintió observado. Algo en él, a pesar de la frustración y la evidente preocupación que llevaba a cuestas, lo hizo sonreír de medio lado al comprender quién era la personita que lo contemplaba a la distancia sin emitir una sola palabra.

—Buenos días, Lucía. —Volteó deliberadamente el rostro para que la niña se diera por enterada que había notado su presencia.

—¡Buenos días, vecino! —Respondió ella con cordialidad, sin apartar su vista de cada uno de sus movimientos—. ¿Te vas a trabajar tan temprano?

—Así es. ¿Y tú, vecina? —Contestó Price de la misma manera y un tanto divertido por cómo lo había llamado—. ¿Qué haces levantada?

—Mi padre viene por mí. Hoy le corresponde su visita semanal —le explicó, logrando que al instante Robert comprendiera que sus padres se encontraban divorciados.

Volvió su cuerpo por completo hacia el suyo, advirtiendo cómo ella empezaba a caminar hacia él mientras jugueteaba con el dije de plata en forma de ángel que colgaba de su cuello de una larga cadenita.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? —Quiso saber, reanudando la conversación.

—Mmm... La verdad, no me agrada que papi y mami estén peleándose todo el tiempo y menos que hayan establecido estas visitas. Es extraño, pero siento como si cada uno luchara por ser mejor que el otro.

En ese momento, el ascensor se detuvo en el séptimo piso y abrió sus gruesas puertas de acero ante el llamado que Price había hecho unos instantes atrás, pero conmovido por los enunciados que ella había comenzado a proferir con tanta naturalidad, lo dejó pasar. Por lo tanto, situó su maletín sobre el piso y terminó acuclillándose a su lado para estar a su altura, al igual que lo había hecho aquella noche, cuando ella le agradeció el haber encontrado su medalla de angelito.

—Bueno... no sé mucho sobre eso —se disculpó tras llevar una de sus manos hacia su cabello—, pero lo que sí te puedo asegurar es, que a veces los adultos no pensamos con el corazón; aunque ciertamente, deberíamos hacerlo más a menudo.

—¿Lo dices por ti? —Inquirió Lucía con mucha prisa, como si le interesara de sobremanera conocer aquella respuesta.

—¿A qué te refieres?

—A tus ojos. ¿Estuviste llorando?

¿Llorando? ¿Cómo es que una pequeña que parecía tener tan solo diez años o menos podía haber notado su estado de ánimo mientras pensaba únicamente en Alma? «¡Incredible!».

—¿Sí o no? —Insistió la niña, posicionando una de sus pequeñas manos sobre su hombro derecho—. Mami dice que no es bueno mentir, porque tu nariz crece y crece, como le sucedió a Pinocho —aseguró.

Esta vez, su respuesta lo hizo esbozar una maravillosa sonrisa.

—Estoy algo preocupado, eso es todo.

—¿De qué, Robert?

—Más bien, por alguien muy especial.

—¿Tu novia?

—No, yo... no tengo —no pudo seguir hablando luego del poderoso recuerdo que lo invadió—. Es... una amiga muy querida. Su nombre es Alma, una pequeñita que en este momento se encuentra muy enferma.

—¿Una pequeñita así como yo?

—Así como tú, Lucía —corroboró, dejando que se le escapara un profundo suspiro desde el fondo de su pecho.

—Entonces, por ella estuviste llorando.

«¿Qué no se le escapaba un solo detalle?». Ni siquiera pudo responder. ¿Para qué? Cuando ella ya había dado más que en el clavo.

—¿Aún no le rezas a tu ángel de la guarda, Robert?

De inmediato, negó con su cabeza.

—Deberías hacerlo, por tu amiga especial, para que se recupere. Estoy seguro que él podrá ayudarla.

De pronto, la voz de la madre de Lucía los interrumpió, consiguiendo que la niña volteara el rostro, para luego sonreírle y decirle con ello que debía regresar a su departamento.

—Recuerda... Ángel de mi guarda, dulce compañía... —pronunció a viva voz, alejándose de su lado—, no me desampares de noche ni de día, ni en la hora de mi muerte. Amén.

—¿Lucía, por Dios! ¡Deja de molestar al señor!

—Pero solo le ayudo a recordar la oración para que pueda rezársela a su amiga especial —alcanzó a expresar, cuando la puerta de su hogar se cerraba estrepitosamente.

Price se quedó un par de segundos meditando la situación con detenimiento, mientras un nuevo sonido del ascensor lo sacaba prontamente de su abstracción. Sin dudarle, se montó en él e intentó comprender si todos los niños de hoy en día se comportaban de la misma manera. «Primero Alma y ahora Lucía», pensó.

Sonrió cuando las puertas se cerraban y el movimiento silencioso y ligero de la máquina lo llevaba de vuelta al primer piso del edificio. Un instante le bastó para buscar con ansias el nuevo móvil que había adquirido en reemplazo del que, desgraciadamente, había perdido.

—Hola. No. Estoy bien. Ofelia, por favor, escúchame. Guarda silencio, ¿quieres? Necesito pedirte un favor; es muy importante. Te daré a conocer los detalles, solo presta atención, y por lo

que más quieras, mantén tu boca cerrada.

Un par de horas más tarde y después de dejar la unidad de urgencias a cargo de Marlene, Price se dirigió raudamente a pediatría. Necesitaba saber de Alma, conocer su estado de salud, sus molestias y del cuadro febril que la atacaba. Solo podía pensar en ella, además de Ofelia y en el porqué de su retraso. “*No puedo fallarte*”, se repetía, al igual que si sus palabras fueran una bendita plegaria que no cesaba de emitir.

Sus pasos lo llevaron directamente hacia la habitación de su pequeña amiga cuando la figura de Nicanor apareció ante su mirada, interrumpiendo su andar. Lo observó detenidamente, pareciéndole por un momento que estaba ahí con su cuerpo, pero no con su alma. Se acercó a él temiendo lo peor, estremeciéndose inevitablemente, hasta que él notó su presencia.

—Nicanor —pronunció, percibiendo como un nudo comenzaba a alojársele en el pecho.

—Doctor —respondió débilmente.

Robert lo analizó con rigurosidad; ese hombre llevaba varios días sin dormir, porque su rostro, su aspecto y sus ojos lo delataban.

—¿Cómo está? —Exigió saber mientras estrechaba una de sus manos a modo de saludo. Al contacto sintió la frialdad de su piel y lo comprendió todo. Nicanor ni siquiera se había movido del lado de su hija, eso quería decir que llevaba más de cuarenta y ocho horas sin alimentarse o dormir de forma adecuada.

—En estos momentos, su médico de cabecera está con ella. Me pidieron que saliera de la habitación para que la examinaran.

—¿La fiebre cedió?

—La fiebre viene y va. No se explican cómo, después de todo lo que le han suministrado, ella todavía no logre estabilizarse. Alma... se ha descompensado dos veces y...

—Tranquilo, Nicanor. Tu hija es fuerte, al igual que un día lo fue tu esposa. —Le recordó categóricamente.

Ante semejante respuesta el padre de la niña, automáticamente, depositó sus ojos vidriosos sobre el rostro de Price.

—Si la pierdo, yo... me muero, Robert —confesó sin dudar.

—No la perderás. Alma es una luchadora. Saldrá de esta, te lo aseguro.

—No puedo vivir sin mi hija. Intento hacerlo sin su madre, pero mi pequeña... no, me niego; daría mi vida por ella y tú lo sabes bien.

Robert asintió, cuando una de sus manos se dejó caer sobre una de las extremidades del atormentado padre que él conocía a la perfección, mientras que una particular vocecita se escuchaba a su espalda, llamándolo a la distancia.

—¿Rob?

Ofelia estaba ahí.

El aludido se volteó, emitiendo un esperanzador suspiro que provino desde el fondo de su garganta.

—Aquí me tienes y con lo que me pediste —manifestó, dedicándole una grata sonrisa.

—Gracias. Nicanor, disculpa, te presento a mi hermana.

—Ofelia Price, es un placer. Es el padre de Alma, ¿verdad? —Se acercó para saludarlo. Entretanto, él solo asintió, estrechándole una de sus delicadas y suaves manos—. Mi hermano me ha hablado mucho de su pequeña y especial amiga. Estoy segura que se recuperará prontamente.

—Muchas gracias, Ofelia.

—Además, me han dicho que es una niña muy valiente.

—El vivo retrato de su madre.

Ofelia sonrió, después de emitir un largo suspiro, porque conocía la historia de Alma de principio a fin.

—Discúlpenme un segundo —pidió Nicanor, dejándolos a solas, cuando el pediatra de Alma salía desde el interior de la habitación y lo llamaba a viva voz para relatarle todo lo acontecido tras aquella pertinente evaluación de rigor.

—¿Lo tienes, O? —formuló Robert una vez que estuvieron a solas.

—Tendrás que quererme cada día más. Recorrí todas las joyerías de la ciudad, buscándolo. Espero que te guste, o juro que te ahorco yo misma con ella.

—Déjame verla.

Ofelia sacó desde el interior de su bolso una pequeña cajita rectangular de color violeta.

—Aquí lo tienes y con forma de ángel como me lo pediste. Solo me queda una duda, ¿por qué, especialmente, así?

Price sonrió al apreciar el precioso dije y la cadenita de plata, del cual colgaba un ángel con sus alas desplegadas.

—Te hice una pregunta, Rob. ¿Desde cuándo crees en ángeles?

Ahora, alzó la mirada hasta que la conectó con la suya. Luego, y sin decir nada más, besó una de sus mejillas para asombro de la joven, que se quedó paralizada ante la ferviente y sorpresiva muestra de cariño.

—Eres la mejor, pelirroja. —Comenzó a dirigir sus pasos hacia la habitación de Alma.

—¡Ey! ¡Espera un seg...! —Quiso detenerlo, pero era tarde, porque presuroso vio caminar a su hermano en busca de la afortunada merecedora del regalo que horas antes ella había buscado y rebuscado hasta encontrar.

La habitación a esa hora de la mañana poseía un leve brillo, a consecuencia de los tibios rayos de luz que se colaban por las cortinas semi abiertas. Cuando la vista de Price se dejó caer sobre el cuerpecito de Alma, una extraña sensación de angustia se apoderó de cada fibra de su ser, mientras sus manos apretaban la cajita que sostenía en ellas.

Suspiró varias veces, como si le costara respirar, como si sus pulmones, de pronto, no estuvieran haciendo correctamente su trabajo. La niña, entretanto, se encontraba conectada a una máquina que monitoreaba sus pulsaciones, mientras dormía plácidamente, lejana a todo lo que sucedía a su alrededor. Se veía tan hermosa, tan dulce, frágil y apacible, tal y como el día en que la conoció y lo llamó “su héroe”. De solo recordarlo su corazón dio un vuelco y su pecho se oprimió al situarse ya al borde de la cama, a su lado. Sin pensárselo dos veces, abrió la cajita rectangular de color violeta y sacó desde el interior la cadenita de plata, y como su torpeza se lo permitió, terminó colocándosela al cuello. Tragó saliva mientras se animaba a buscar las mejores palabras con las cuales comenzar a hablar, hasta que las encontró. Tomó la tibia mano de la niña entre las suyas, la acarició un par de veces, evocando a Lucía, para luego pronunciar en voz alta, con entereza, con fervor y por primera vez en su vida lo siguiente:

—Ángel de mi guarda... dulce compañía... no la desampares de noche ni de día. Por favor, por lo que más quieras y si existes, tal y como Lucía me lo manifestó, ayuda a Alma, otórgale las fuerzas que requiere para salir adelante. No la apartes de la vida de su padre que la ama. —Besó su manito con ternura, dejando que su cabeza cayera sobre ella mientras seguía repitiendo con insistente necesidad—: Ángel de mi guarda, dulce compañía...

—No me desampares de noche ni de día —pronunció la pequeña al abrir lentamente sus ojitos, volteándolos, buscando su rostro—. ¿Estás rezando, Robert?

Y él no pudo expresar algo más, porque el agrio nudo en su garganta se lo impidió. Tan solo asintió, hasta que ella sonrió de la forma más bella que él hubiese visto nunca, otorgándole, con

ese simple gesto, una paz interior que comenzó a serenarlo.

—¿Por qué rezas?

—Por ti.

Alma suspiró profundamente, sin dejar de parpadear.

—No fue idea tuya, ¿cierto?

Definitivamente, para él los niños empezaban a ser todo un misterio.

—Digamos que... una personita que conocí me dio la idea.

—Algún día, ¿puedo conocerla para agradecerle?

—Claro que puedes, Alma, solo si me prometes algo a cambio.

—Lo que quieras.

—Lucharás y te recuperarás para seguir sermoneándome, tal y como lo has hecho desde el primer día en que me conociste. ¿De acuerdo?

La niña asintió, mientras que con la mano libre acariciaba la medalla en forma de ángel que caía sobre su pálido y tibio pecho.

—Gracias, es hermosa. Y sí, te lo prometo, pero con una condición.

—La que quieras.

—Respóndeme y sé sincero.

—De acuerdo.

—Si me lo diste es... ¿porque ahora crees en ellos?

Su pregunta lo sorprendió. En realidad, él solo había puesto en práctica lo que Lucía le había comentado, en lo que ella creía con tanto fervor.

—Tal vez —respondió tímidamente.

—Me parece un buen comienzo y me da a entender, a partir de nuestra charla, que contigo no está todo perdido.

—¿Nuestra charla? —La interrogó con curiosidad, enarcando una de sus castañas cejas.

—Sí, la que mantuvimos Amara y yo. Ella regresó.

Al oírla, se quedó completamente mudo.

—La trajiste de vuelta, Robert. Lo hiciste como te lo pedí. Gracias, muchas gracias.

Aún no tenía enunciados que expresaran a cabalidad lo que sentía, porque sencillamente, no podía asimilar por qué tenía sus ojos abiertos como platos, por qué su barbilla temblaba y por qué las ansias que lo invadían se hacían cada vez más y más evidentes a la vista de cualquiera que se dignase a contemplarlo.

—Primero, me devolviste a Amara y ahora me traes un ángel de la guarda.

—Alma...

—Eres el mejor, por eso te ganaste ese apodo, “mi héroe” —detalló.

Robert deseó volver a hablar, pero Nicanor irrumpió en la habitación, besando a su hija en la frente, abrazándola y sonriéndole con dulzura.

—Estoy bien, papá. —Le dio a entender la niña, acariciándole el cabello con ternura.

En ese momento, Ofelia también hizo su entrada en el cuarto y se detuvo al costado de donde su hermano se encontraba. De inmediato, al admirar la bella escena entrelazó su mano con la suya, incitándolo a salir de ahí para otorgarles un tiempo a solas. Price lo comprendió y la siguió, pero todavía con la mente confundida y algo revuelta.

—¿La niña está mejor? —Preguntó Ofelia cuando caminaban por el pasillo.

—Lo estará. —Le dio a conocer él sin mirarla a la intensidad de sus ojos azules.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—Nada, O, nada.

—A mí no me engañas. No estás así solo por Alma. ¿Qué sucede contigo?

Robert movió su cabeza hacia ambos lados, luego de llevarse ambas manos al rostro.

—Solo necesito que se recupere; después de todo, es mi culpa que esté así.

—¿Qué estupidez estás diciendo?

—Una historia muy larga, que por ahora no tengo tiempo de relatar.

Ofelia cruzó sus brazos por sobre su pecho, a la vez que lo fulminaba con la vista. Suspiró y suspiró, conteniéndose, hasta que ya no logró retener las palabras que la estaban, literalmente, atragantando.

—¿Cuándo dejarás de sentirte culpable por todo lo que sucede a tu alrededor?

—O, no discutiré contigo.

—No se trata de discutir, gruñón, se trata de que vuelvas a la realidad, ¡a tu realidad! No es tu culpa que Alma se haya enfermado, Casualidad o no, pudo haber sido cualquier cosa.

—Por favor, no es el momento ni el lugar. Baja el volumen de tu voz...

—Para ti nunca lo es, Price. ¡Hasta cuándo tendré que tolerarte! —Lo regañó enfurecida—. ¡Vive, por lo que más quieras, solo vive!

Una sonrisa irónica y de medio lado ocupó su rostro mientras volteaba la vista en otra dirección. ¿Vivir? ¿Qué se suponía que era eso, si después de la muerte de Sofía él también había fallecido, pero en vida?

—Lo lamento, pero ya no puedo hacerlo.

—¡Sí, si puedes! —Alzó la voz muy molesta.

—Te recuerdo que estamos en un hospital.

—¡Te recuerdo que soy tu hermana y te puedo gritar cuando se me dé la gana! —Insistió—. ¡Basta! ¡Me cansaste! ¡Me hartaste con tu jueguito de eterna víctima! Sofía no regresará, nada de lo que hagas la traerá de vuelta. No fue tu culpa que muriera en ese accidente, ¡asúmelo!, menos que esa niña esté sufriendo por esa maldita enfermedad. ¡Por un demonio, pelotudo de mierda, deja de joderte la vida!

Claramente, no le quedaron ganas de seguir hablando. ¿Podía hacerlo después de todo el sermón que su hermana le había, prácticamente, vomitado y refregado en el rostro?

—¡Y que te quede muy claro, no te abandonaré a tu suerte! ¡Me tendrás a tu lado cada día de tu vida te guste o no! ¿Y sabes el por qué? ¡Porque te amo y porque eres mi único hermano! Ya perdimos a nuestro padre y a nuestra madre, ¡y no estoy dispuesta a perderte a ti también! Ódiame, aléjame de tu vida, pero no podrás. Vete a la misma China si así lo quieres, pero estaré tras tus pasos como una sombra, seré un virus mortal que se cuele por tu garganta, por cada poro de tu piel, por tus fosas nasales, ¿me estás oyendo? ¿Comprendes lo que quiero decir, o prefieres que te haga un dibujo que te lo ilustre de mejor manera?

Robert la observó en silencio. ¿Qué le diría después de aquello?

—Detente, pelirroja. ¿Quieres golpearme también? Porque si lo haces, terminaré perdiendo la poca credibilidad que me queda. Seguro, después de tu magnánima reprimenda, todo el hospital se burlará del pelotudo de mierda que aquí trabaja.

—¡Lo eres! —Reafirmó Ofelia, inhalando un poco de aire y tragando saliva en su garganta ya seca—. Y ahora sácame de aquí y llévame por un café, lo necesito con suma urgencia.

—¿Te apetece mejor un té de canela? Me han dicho que suele calmar los nervios.

Ofelia resopló sin llegar a comprenderlo.

—¿Té de canela? ¿Desde cuándo tomas tú ese tipo de té?

—Desde que... una amiga me lo sugirió.

Se quedó boquiabierto ante tamaña confesión.

—¿Una amiga? Dime que no es Alma...

—No es Alma —replicó Price al instante.

O lo besó en ambas mejillas mientras tomaba su brazo y comenzaba a jalarlo hacia los ascensores.

—Vamos, tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

—¿Ahora quieres hablar, después de todo lo que me gritaste tan dulcemente?

—¿Qué no te he dicho que soy bipolar?

Aquella respuesta lo hizo reír, cuando seguía, obligatoriamente, cada uno de sus pasos.

—¿Bipolar? Por favor... —comentó, burlándose de ella.

—Lo soy y está clínicamente comprobado. Ahora, camina si no quieres que vuelva a montarte un espectáculo.

—O...

—¡Camina, gruñón!

Robert así lo hizo, sin llevarle la contraria, porque su hermana lo amaba, como solía repetírselo incansablemente, queriendo, ansiando y necesitando su bienestar, el que encontraría el día en que pudiera dejar atrás toda la culpa que llevaba dentro y que desde el día del accidente se había incrustado en su corazón y en su alma, al igual que si fuera un puñal que lo lastimaba cada vez más, logrando que la herida sangrara de la peor manera.

Pasada la medianoche Price, sin siquiera mover un solo músculo de su cuerpo, admiraba la oscuridad reinante de la noche a través del enorme ventanal que daba de lleno al balcón de su departamento, oyendo y disfrutando de una melodía que él bien conocía.

—Sofía... —pronunció, dejando que una leve y agria sonrisa se dibujara en sus labios—. ¿Quieres bailar?

Suspiró un par de veces, como si lo necesitara.

—¿La recuerdas? Tú y yo solíamos bailar esta canción cada vez que... —Pretendió reprimir cada una de las intensas sensaciones que le jugaban en contra.

El tema "*Take a look at me now*" en la voz de *Phill Collins* seguía sonando, colmando sus oídos y su mente de su entrañable melodía, de lo que expresaba y significaba esa particular letra de la canción para él y cada uno de los memorables recuerdos vividos junto a su joven y bella esposa. Aquellos en que después de bailar, terminaban haciendo el amor sobre el sofá o el piso de la sala, amándose, entregándose, disfrutando del inmenso y profundo amor que ambos se habían profesado ante los ojos de Dios y que ahora, ese mismo Dios que un día los había bendecido para toda la vida, lo mantenía luchando incansablemente por no decaer.

—Qué ironía, ¿no? Una vez te agradecí por ella y por todo lo que construí a su lado y ahora... —cerró los ojos con fuerza e impotencia—. ¡Tú! —Alzó la voz, abriéndolos—. ¡Me arrebataste lo que más adoraba en esta vida! ¡Ahora te prohíbo que alejes a Alma de mi camino! ¿Me oíste? ¿No te bastó con haberme convertido en una aberración? Dime, ¿qué te hice? ¡¡Explícame!! ¿Qué mierda fue lo que te hice para que te llevaras a Sofía de mi vida? —Gritó profundamente exaltado—. ¡No tenías derecho a interceder en mi existencia, a llenarla de tristeza y desazón, a hacerme sufrir de la forma en la que lo estoy haciendo, maldita sea! —Llevó ambas manos hacia su cabello, las que deslizó por él nerviosamente. Y luego, caminó sin rumbo fijo, articulando palabrotas que salían de su boca como fieros latigazos que daban de lleno en su cuerpo y en su maltrecho corazón. Sin quererlo, terminó azotando la puerta que separaba la biblioteca que Sofía había redecorado, la que ahora le servía de despacho—. ¿Por qué solo ella? ¡Por qué no también yo! ¡Para qué me quieres aquí! ¿Te debo algo? ¡Habla! ¡Por un demonio, habla o acaba conmigo de una buena vez!

Rápidamente y sin dudar, avanzó hacia la parte interna de su escritorio, dejando sus ojos fijos por unos segundos en uno de los cajones cerrados. Lo admiró hasta que su mano izquierda empezó a abrirlo. Tiró de la manilla aún más, percibiendo cómo su cuerpo se estremecía, notando que desde su mirada vidriosa comenzaban a deslizarse varias lágrimas.

—Sofía... —Recordó su serena sonrisa, su maravillosa mirada que lo hacía delirar, la belleza de su cuerpo desnudo al tenerla entre sus brazos, junto a la calidez de su piel al contacto con la suya cuando ambos se entregaban sin ningún tipo de condición. Una vez más sus manos fueron a parar de lleno en su corto cabello, sin desprender la vista de lo que yacía al interior de ese recoveco, específicamente, de la funda de color negro que se dejaba entrever—. ¡No puedo más, amor mío! ¡Ya no puedo concebir la vida sin ti! —Dejó caer ambas extremidades sobre el escritorio, meditando seriamente cada uno de los pasos que acontecerían—. ¡Soy un completo cobarde y lo asumo, pero no imaginas cuánto te necesito, cuánta falta me haces y cuánto te extraño! ¡Esto ya no es vida para mí! ¡Desde que... —con su antebrazo terminó limpiándose cada una de las lágrimas que no cesaban de caer desde las comisuras de sus ojos—, desde que te alejaron de mi vida, lo único que he deseado con profundas ansias es estar contigo y la única forma que tengo de volverte a ver y regresar a tu lado es ésta! —Sacó desde el interior del cajón la funda con su contenido para terminar extendiéndola sobre la mesa—. ¡Perdóname, mi amor, perdóname por no querer seguir adelante, por amarte tanto y no apartar de mí el deseo de volver a estar contigo! —Price desenfundó el arma que se encontraba envuelta en una funda de terciopelo para sostenerla, finalmente, en su mano derecha. La admiró, quitándole el seguro, y tembló; se estremeció con sus ojos clavados de lleno en ella, contemplándola en el más absoluto mutismo, como si estuviera reuniendo el valor necesario para proseguir con cada uno de los movimientos que se aprestaba a realizar.

Después de un par de minutos salió de la biblioteca y dirigió su andar hacia la sala, específicamente hacia el gran ventanal que daba al balcón de su departamento. Deslizó la ventana de corredera para poder llenar, por última vez, sus pulmones del frío aire de la noche lluviosa que aún no cesaba de caer. Sus ojos recorrieron la ciudad tenuemente iluminada y en sus pensamientos retuvo a tres importantes personas. En primer lugar a Ofelia, a quien amaba por sobre todas las cosas. En segundo lugar a la pequeña Alma, a quien recordaría y querría por siempre, y en tercer lugar a Adam, su entrañable amigo, quien, seguramente, tendría una mejor vida sin él.

Un intenso ahogo en su pecho, un débil “*perdónenme*” que salió de su boca, las lágrimas que comenzaron a confundirse con la fina lluvia que caía por su congelado rostro y el inminente movimiento de la mano que sostenía el arma le dio el empuje necesario para levantarla y admirarla por última vez.

—Por ti, Sofía, por una eternidad... junto a ti. —Cerró los ojos y percibió como una ventisca azotaba con crueldad cada parte de su frío cuerpo, ya completamente empapado. Se estremeció desde los pies a la cabeza, llorando con frenesí, cuando el cañón de la pistola tocó su sien. Con el dedo ya puesto en el gatillo y a punto de disparar trató de retener en su memoria el rostro y la sonrisa de su esposa antes de dejar este mundo, porque solo a ella quería evocar antes de partir, pero por más que lo intentó, no consiguió hacerlo. En cambio, solo una particular visión inundó cada uno de sus pensamientos, una visión en la cual la profundidad de unos hermosos e intensos ojos celestes nunca lo perdieron de vista.

Tragó saliva al percibir la extraña sensación de que esa mirada cobraba vida, y se detuvo como por arte de magia cuando el roce de una tibia y suave mano se depositó sobre la suya, al mismo tiempo que oía y sentía el susurro de una femenina voz en su oído.

—No lo hagas, por favor.

Aquellas palabras, tan solo esa única frase le bastó para palidecer y quedarse quieto, casi estático, mientras el dulce aroma que bien conocía lo invadía todo. Sin abrir los ojos se dejó llevar por esa maravillosa esencia a flores silvestres y a tierra húmeda, intentando comprender si aún estaba vivo o ya había disparado, pero eso lo comprobó cuando la voz volvió a expresar con suma determinación:

—No, por favor...

La fragancia caló intensamente al interior de su cuerpo, consiguiendo que abriera los ojos con prontitud para voltear la mirada y encontrar a una hermosa claridad que segundos antes había invadido cada una de sus cavilaciones. Porque ahí, junto a él, sonriendo de una manera inexplicable se encontraba Amara, tan empapada como él, con su mano unida a la suya, deteniéndolo.

—Mientras sigas viviendo, mientras sigas respirando, cada vez que me necesites, aquí estaré. Te vi llorar cada noche, cada día, y cada momento puedo sentir tu dolor como si fuera el mío, porque soy parte de tu vida, así como tú lo eres de la mía.

—Amara...

—Esta no es una opción, esto no tiene por qué ser tu final, siempre existe una oportunidad para cambiarlo todo. —Ambicionó, con esos enunciados, apartar el arma de su cabeza, pero Price se mantuvo firme en su convicción de no soltarla.

—¡No! —Ahora fue él quien lo expresó tan altivamente, pero ella sin dejarse intimidar por el poderío de su voz, se aferró a su mano y prosiguió.

—Él ha estado golpeando a tu puerta desde hace mucho tiempo, ha tratado de entrar en tu vida, él...

—¡No sé de quién rayos hablas y no sé qué mierda estás haciendo aquí o cómo fue que apareciste, pero aléjate y déjame terminar con lo que ya comencé!

—No lo haré, porque tu momento aún no ha llegado. Digas lo que digas, hagas lo que hagas, intentes lo que intentes estaré aquí, Robert Price. A pesar de todo, esperaré por ti hasta que logres ver la luz, hasta que comprendas que él sí tiene un plan destinado para ti.

Con su mano libre limpió su rostro bañando en lágrimas para luego decir:

—¿Un plan para mí después que el maldito me arrebató el alma, mi vida entera y me quitó lo que más amaba? ¿De qué mierda de plan me hablas cuando me dejó aquí solo y sin ella?

—Robert...

—¡No sé quién eres o lo que eres, pero déjame en paz! ¡Quiero morir, Amara, quiero a Sofía y la única manera que tengo de estar con ella es ésta! ¡Compréndelo!

—¿Siendo un cobarde? ¿Dejando en soledad a quiénes más te aman? No. Una y mil veces no.

—¿Por qué no? ¿Quién rayos crees que eres para interferir en mi vida y aparecer de la nada, como si fueras un maldito fantasma?

—Tu entidad guardián —contestó fuerte y claro, silenciando su voz y logrando con ello que bajara de inmediato la mano que todavía sostenía el revólver, dejándolo caer, finalmente, al piso.

Robert se alejó, tal y como si hubiera visto una aparición, y retuvo la vista petrificada en el arma que ahora la joven levantaba, sosteniéndola entre sus manos.

—Amara, deja eso... —exigió rápidamente.

—No acabarás con tu vida, al menos no de esta manera y sin luchar. No necesitas hacer de ti un infierno, así no conseguirás traerla de vuelta.

—¡Cállate! —Gritó encolerizado—. ¡Y dame eso, quién quiera que seas!

—Amara —le recordó, sonriéndole—. Ese es mi nombre y lo será por el resto de mi

eternidad. Así que acéptalo. No te dejaré morir mientras me tengas a tu lado, aunque suspires, como diciéndome que estás cansado de tu vida y aunque me mires, como si con tus ojos me estuvieras diciendo adiós.

—¡Eres una maldita loca desquiciada!

Amara volvió a sonreír de bella manera mientras comenzaba a deslizar su mano libre por encima del arma en delicados y gráciles movimientos, sin tocarla o rozarla con sus dedos. En cosa de segundos y sorprendentemente, el hierro se convirtió en polvo frente a la increíble mirada de pavor y asombro de Price que veía, sin creer ni comprender, cómo aquellos sutiles movimientos que realizaba transformaban en cenizas el forjado metal.

—¿Qué... mierda... está... sucediendo... y... qué... eres? —Inquirió entrecortadamente, muy nervioso.

—Soy Amara —repitió ella, con el revolver totalmente hecho polvo, al que sopló, dejando que el viento reinante se llevara deshecho en arenilla—. ¿Crees que una maldita loca desquiciada, como tú te refieres a mí, podría hacer algo semejante? Yo creo que no, doctor.

Robert retrocedió, pero se detuvo gracias al muro de concreto que dio de lleno en su espalda, obstaculizando su fuga. Sin parpadear, no la perdió de vista en ningún momento, admirando cómo se encontraba completamente empapada, al igual que lo estaba él, pero con su cabello pegado al rostro y su vestido de color gris ceñido al cuerpo.

—Me estoy volviendo loco... —balbuceó, cayendo al piso de rodillas con las manos sujetas a su cabeza—. El completo demente aquí soy yo, viendo cosas donde no las hay, imaginando...

La joven caminó hacia él y se arrodilló a su lado pretendiendo, con la suavidad de sus manos, apartar las suyas para que lograra calmarse.

—Tranquilo... no te dejaré caer.

Price alzó la mirada de golpe para conectarla con la suya y cuando lo hizo, una increíble paz comenzó a invadirlo, sin comprender el cómo ni el por qué.

—Seas lo que seas, miénteme —pronunció sin dudar—. Miénteme y dime que todo va a estar bien. Tan solo mírame a los ojos, y por favor, miénteme —suplicó con fervor.

—No puedo. No estoy aquí para eso. —Amara levantó una de sus manos para posicionarla sobre una de las suyas.

—¡Miénteme, Amara! Aférrate a tus secretos esta noche. No quiero saber, estoy bien con este silencio, pero por favor... ya no quiero seguir escuchando cada cosa que sale de tus labios. Solo ansío que me mientas si quieres que yo...

La joven bajó la cabeza hacia el piso, negando cada uno de sus severos requerimientos.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —repitió.

—¿Por qué no? ¿Qué te detiene? ¡Explicame!

Y ahora, elevó la vista frente a las interrogantes que le formulaba, para dejar que sus ojos se depositaran, directamente, en la inmensidad de la noche oscura. Y suspiró hondamente, cerrándolos, mientras la copiosa lluvia aún caía sobre su pálida piel. Price, en cambio, siguió cada uno de sus sutiles movimientos sin perderla de vista. Por unos segundos percibió cómo se debatía internamente, luchando contra sus propias convicciones.

—Porque si lo hago, yo...

—Tú qué.

—Porque si lo hago, no podré quedarme.

Después de articular ese breve enunciado ambas miradas se enlazaron nuevamente. Amara se levantó y pretendió apartar la mano que todavía rozaba la suya, pero Robert la detuvo,

aferrándose a ella e impidiendo así que se alejara un solo centímetro más de él.

—¿Por qué no puedes? —Quiso saber muy interesado en conocer su respuesta.

—Porque no estoy hecha para ello.

—¿Y para qué estás hecha?

—Estoy hecha... para que creas en mí.

—Entonces, quédate —le contestó, sin comprender cómo semejante petición había salido inexplicablemente de su boca.

—Si lo hago, no podré mentirte —le recordó.

—Después de lo que vi, ya no sé en qué creer.

—Solo cree, es lo único que te pido a cambio.

—Pides demasiado, Amara, él...

—Te ama, así, tal cual eres, y sin condiciones.

—¿A pesar de todo?

La joven asintió, dándole a entender con ese gesto un rotundo sí.

—Está siempre a tu lado, todo el tiempo...

—Al igual que lo estás tú.

—Sí, al igual que yo, la loca demente y desquiciada.

Price negó con su cabeza, recordando aquellas palabras que le había pronunciado con tanto poder de convencimiento.

—¿Quién eres? —Volvió a inquirir por tercera o cuarta vez.

—Amara, sin mentiras, sin engaños.

—Amara, sin mentiras, sin engaños —repitió—, tienes mucho que explicar, y esta vez me aseguraré de que no vayas a ningún otro sitio sin antes hablarme sobre ti.

—Tengo mucho tiempo para ello, como también para infundir en ti una nueva esperanza.

—¿Una nueva esperanza? —resopló—. Eso será algo muy difícil de conseguir.

—Para él nada es imposible —pronunció realmente convencida—, y eso te incluye a ti.

—¿Y para ti?

—Por eso estoy aquí. —Le dejó en claro, mientras sus ojos iban a parar a las frías manos que aún se sostenían la una a la otra.

—Lo siento —se disculpó Robert, dándose cuenta de aquello. La soltó enseguida, no sin antes preguntar lo que tanto daba vueltas al interior de su cabeza—. ¿Siempre... fuiste tú?

—Demandaste mi presencia, oraste por mí, tu boca pronunció mi nombre pidiendo que regresara.

—Y estás aquí, seas lo que seas. No puedo creerlo, Amara... ¿Estás segura que no estoy muerto?

Sin perder su bendita oportunidad le pellizcó su extremidad, oyendo rápidamente uno de sus quejidos.

—¡¡Ouch!! ¿Eso era necesario?

—¿Dolió?

—¡Muchísimo!

—Entonces, creo que eso responde a tu pregunta.

—¿Él te permite hacer todo esto? —Inquirió un tanto molesto por su inesperado acto.

—Él me permite hacer esto y muchas cosas más. ¿Conoces el libre albedrío?

—¡Detente! Todavía no me recupero de lo que hiciste con tu mano y esos... movimientos extraños que convirtieron...

—¿Por dónde quieres comenzar? —Sonrió tiernamente, interrumpiéndolo.

—En primer lugar —suspiró—, por salir de aquí y cambiarnos. Necesitamos ropa seca, ambos. Y en segundo lugar, beberemos algo caliente mientras charlamos, sin mentiras ni engaños, como bien me lo aclaraste. —Price caminó hacia el ventanal para entrar en la sala, pero al notar que ella no se movió ni un solo centímetro se volteó, buscándola con la mirada—. No me digas que te asusté.

—La verdad, eres mi primera misión y aún soy algo inexperta. Además...

—¿Además qué?

—Me pediste que me quedara, pero...

—Pero nada —le advirtió como si fuera una orden—. Esta vez no huirás sin que me expliques dónde, cómo, por qué y cuándo. ¿Estamos de acuerdo, señorita celestial? —Alzó hacia ella una de sus manos, queriendo que la tomara.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo todo?

—Te pedí que te quedaras y quiero que lo hagas. Por ahora no me preguntes el por qué, tan solo explícame en detalle todo lo que desees contarme para terminar de auto convencerme que no soy un completo desequilibrado que necesita con urgencia un tratamiento psiquiátrico.

Muy quedamente, Amara tomó su mano e intentó dibujar una media sonrisa en sus labios, movimiento que no logró realizar del todo al sentirse un tanto intimidada por el particular brillo que emanaba de sus profundos ojos claros. Y sin entenderlo, se estremeció ante el inminente contacto visual que mantuvieron, porque la perplejidad y el asombro comenzaban a hacer estragos en ella ante la atenta vista de Robert, que se cernía y perdía en su rostro de una extraña, pero agradable manera.

V



Esa mañana, al abrir los ojos, Price no dejaba de pensar en lo ocurrido la noche anterior, en cada palabra que había salido de su boca y en cómo Amara había convertido el arma en cenizas.

Mientras yacía sobre la cama, vestido solo con un pantalón de pijama a rayas y el torso desnudo, esa particular imagen aún daba vueltas y más vueltas al interior de su cabeza. Si hasta el dichoso intento de suicidio había pasado a segundo plano y eso... ¡sí que era difícil de olvidar!

Suspiró varias veces cuando sus ojos se depositaban en las cortinas entreabiertas de su dormitorio, por donde comenzaban a colarse los rayos del tibio sol, dándole a entender que el amanecer se hacía presente.

Se levantó raudamente, recordando en primera instancia que ella todavía se encontraba al interior de su departamento, y en segunda instancia, la charla que ambos habían mantenido y de la cual no lograba recomponerse. Mientras se vestía de la cintura hacia arriba, salió de su cuarto con destino hacia la sala, en donde la había dejado antes de irse a dormir, evocando las innumerables veces que le había ofrecido su propia habitación para que descansara, pero ella, negándose a sus requerimientos, había optado por quedarse en el sofá, oyendo burlonamente cómo la interrogaba: “*¿Qué acaso los ángeles no duermen?*”. Sí, era un idiota de talla mayúscula, pero confirmó su respuesta al quedarse prendado de una figura femenina que junto al balcón y vestida únicamente con una prenda suya, admiraba la salida del astro rey en todo su esplendor. La contempló absorto por un par de minutos hasta que percibió una fría brisa que pareció entumecerla. Sin pensarlo dos veces, tomó la manta que le había dado y que se encontraba sobre uno de los sofás, para acercarse sin nada que decir y envolverla con ella.

—Gracias —manifestó Amara al percibir el grato calor que manaba de su abrazo, apreciando la claridad de la mirada de Price recaer de lleno sobre su rostro. Fue así como él correspondió a ella, dedicándole una media sonrisa algo incómoda por aquel acto que no había pasado desapercibido para ninguno de los dos.

—Lo siento —se disculpó Robert al retirar sus manos—. Te vi y creí que tenías frío.

—Solo observaba el amanecer —le contestó Amara, volviendo a colocar sus ojos sobre la maravilla de colores que acompañaba a la salida del sol—. Es lo más hermoso que he visto —añadió, dejando que un suspiro se le arrancara del pecho—. Ustedes son... verdaderamente afortunados.

Pero Price, en un intento por comprender y dar respuesta a la interrogante que irónica y burlonamente le había hecho antes de marcharse a dormir, insistió:

—Dime que lograste descansar.

—Lo hice, pero desperté para admirar su grandeza en tantas y tantas cosas, como ésta por ejemplo. ¿No te parece maravilloso tener la dicha de abrir los ojos frente a un nuevo día para

vivir, respirar, para intentarlo y recomenzar?

De todo lo que expresó la única palabra que para él aún era difícil de asimilar fue “vivir”.

—Te conformas con tan poco, Amara.

—¿Tú no?

Price bajó la vista hacia el piso y sonrió de medio lado. ¿Podía mentirle? ¿Quería hacerlo?

—He sido, soy y seré un inconformista toda mi vida.

—Aun cuando las cosas más bellas se encuentran frente a ti. ¿No las ves? ¿No las notas? ¿No las sientes?

—No, ya no.

—¿Por qué?

—Porque no me interesan. —Fue la tosca respuesta que le dio, sin entrar en detalles.

—Lo lamento, no debí preguntar. —Se excusó ella al escucharlo, evidenciando que él no deseaba hablar de ese tema en particular.

—No es tu culpa, soy yo quien no quiere ahondar en ello. Después de todo lo que sucedió... todavía es un tanto difícil hablar de mi pasado.

Al notarlo tan abatido, en un delicado movimiento dejó caer una de sus manos sobre una de sus extremidades, logrando así que Robert alzara la mirada para depositarla en la suya. Pero cuando retuvo sus penetrantes ojos azules por algo más que un instante, se sonrojó inevitablemente, apartando su mano enseguida, como si hubiese cometido el mayor de los errores.

Price constató su nerviosismo al quedarse prendado de aquel tan simple rasgo que iluminó su rostro de tan bella manera, porque, sin duda alguna, aquel detalle que simbolizaba su patente ingenuidad le pareció algo tan hermoso que no había visto ni advertido en una mujer en tanto tiempo.

—Tienes razón —pretendió reanudar la charla—, las cosas más bellas sí se encuentran frente a mí, después de todo.

Todavía avergonzada evitó mirarlo a los ojos, hasta que, de pronto, unos efusivos golpecitos en la puerta del departamento la inquietaron todavía más, logrando con ello que enfocara su atención en él. Por su parte, Robert comprobó que no se reponía del todo y en un extraño e incomprensible intento por confortarla, la envolvió en otro breve abrazo, diciéndole:

—¿En realidad pueden verte, oírte y hasta seguirte?

—Sí.

—De acuerdo. No has llegado al final de las explicaciones, solo me hablaste de ciertas cosas que para mí no tienen coherencia. Seas una entidad o lo que eso signifique, nuestra charla no ha concluido. Ahora, no te muevas de aquí y ocurra lo que ocurra, ya regreso —pidió como si fuera una exigencia.

Se desprendió de la calidez de su cuerpo, caminó hacia la entrada con la cabeza un tanto revuelta por palabras como “*Consejeros Celestiales*”, “*Tronos*”, “*Serafines*”, “*Arcángeles*”, entre otras más que ella había pronunciado en la conversación que habían mantenido la noche anterior, pero antes de animarse a abrir la puerta, suspiró profundamente, mientras que la persona que se encontraba fuera volvía a tocar con insistencia.

—Si fueran ellos —recalcó—, no creo que se dignarían a llamar de esta manera—. Un par de segundos después, el rostro de su hermana yacía del otro lado del umbral.

—¡Buenos días, hermanito! ¡Con permiso!

—Tuyo, Ofelia, pero antes... ¿me puedes explicar por qué has desarrollado esa manía de venir tan temprano por aquí?

—Sí, a mí también me da gusto verte —besó cariñosamente una de sus mejillas—. ¿Por qué

demoraste tanto en...? —No pudo continuar, porque su mirada se quedó, literalmente, pegada en la figura femenina que la observaba desde el balcón—. Ahora lo comprendo todo —acotó, dirigiendo su andar hacia el interior de la sala—. Tienes... compañía.

—Su nombre es Amara y no es mi compañía —especificó Price, yendo en su búsqueda, todo y frente a cada detalle que Ofelia no perdió de vista. Y finalmente, cuando se situó a su lado sonrió, expresándole muy cortésmente—: no te preocupes. Es mi hermana.

—A quien tú le temes. ¿Por qué? —Le sonrió la dulce chica de la misma manera que él lo había hecho un instante atrás con ella.

—Eres demasiado astuta. Ven, voy a presentártela. —La guio hacia donde ella los esperaba, verdaderamente intrigada e impaciente.

—Ofelia, quiero que conozcas a una amiga. Su nombre es Amara.

—Es un extraño placer conocerte luciendo una de las prendas de mi hermano y sin que él asuma que eres su compañía... ¿Amara? Discúlpame, pero jamás había oído ese nombre. ¿Qué significa? —Extendió una de sus manos para estrechar una de las suyas.

—Eterno, inmortal, firme y valiente —respondió ella tras un delicado apretoncito que le dio.

—¿Qué afortunada eres de llevarlo! ¿Quién te lo dio?

—Mi padre —comentó enseguida, percibiendo como Robert la observaba de forma inquisidora y amenazante.

—Mis felicitaciones por ello y... mucho gusto, soy la hermana de este sujeto que nunca ha sabido lo que significa el mío.

—La que va en auxilio y socorro de los demás. La que brinda apoyo sin esperar nada a cambio —comentó Amara inusitadamente.

—¿Perdón? ¿Qué fue lo que dijiste?

—Eso significa tu nombre, Ofelia.

Ante sus palabras, la aludida guardó un rotundo silencio, como si después de ello no tuviera nada más que decir. Robert, en cambio, incitó a su compañera de noche a que fuera a cambiarse al cuarto de invitados, y ella así lo hizo, desapareciendo de aquel salón.

Ofelia la perdió de vista cuando, en un no menos sutil movimiento, jaló a su hermano por una de sus extremidades.

—¿Te la estás tirando?

—¿Qué dijiste?

—Lo que oíste. ¿Te estás tirando a esa chica? ¿No crees que es muy ingenua para ti? ¿Desde cuándo te gustan las jovencitas?

—No, tal vez y no. ¿Contenta?

—A mí no me engañas. ¿Ella es la chica de la que me hablaste ayer? ¡Responde!

—O, te lo pido, baja la voz.

—¡No hasta que me contestes! Hoy no trabajas, así que tengo todo el día para esperar una respuesta tuya. ¿O prefieres que se lo pregunte directamente a quién vestía una de tus camisetas? ¡No soy ninguna idiota si así lo crees!

—¡Shshshhshh!! ¿Quieres callarte, por favor?

—Entonces, habla y explícame de dónde salió.

—De arriba —contestó Amara, uniéndose a la charla y ya con la ropa que vestía la noche anterior, y que Robert amablemente había secado.

Aun cuando intentó disimularlo, un remarcado “¡maldición!” afloró de los labios de Price con naturalidad.

—¿De arriba? ¿Cómo es eso? —Formuló su hermana sin entender qué significaba aquello.

—¡Del piso de arriba! —Intervino él, pronunciando la más original y estúpida de todas las ocurrencias que invadieron su mente. Tenía que salir del paso, por ahora, y tanto la señorita celestial como la pelirroja de mirada acechante no se lo estaban poniendo para nada fácil—. Es mi vecina del piso superior —aclaró—. Acaba de... cambiarse al edificio.

«Claro, hermanito, y tú me crees la reina de las taradas. Con que te la estás tirando, por eso no quieres contarme nada sobre ella», pensó Ofelia cuando una pícara sonrisa se le dibujaba en el rostro. «Entonces, no me queda nada más que averiguarlo por mí misma».

—De acuerdo, vecina del piso de arriba —se mofó, dándole a entender que no creía una sola de sus palabras—, es un placer saber que “mi hermano” —enfaticó— te está brindando una calurosa bienvenida.

Amara entrecerró los ojos, sin comprender a qué se refería con eso de “calurosa bienvenida”, pero Price sí lo entendió perfectamente.

—O, no es lo que crees. Ahora, si me haces un favor... ¿podrías esperarme en el cuarto?

—¿Para qué? ¿Piensas dejar a tu invitada sola?

—¡Ofelia! —Insistió ya fuera de sus casillas ante tanta palabrería absurda que disparaba así sin más—. ¿Solo podrías ser amable y...? —La incitó, pero en cosa de segundos todo cambió. De pronto, desde fuera del departamento, específicamente, desde el pasillo alguien gritaba pidiendo auxilio y por una ambulancia. Sin dudar, Robert corrió hacia la puerta, por la que fugazmente salió, seguido de cerca por Amara y su hermana.

—¡Qué alguien me ayude, por Dios! ¡Mi Lucía! ¡Mi pequeña! —Chillaba la mujer desesperada, con su rostro fuera de sí y sus ojos desorbitados.

—¿Dónde está Lucía? ¿Qué sucede con ella? —Fue lo primero que Robert le preguntó, tomándola por los hombros e intentando que le diera algún tipo de pronta respuesta.

—En el cuarto de baño —le señaló Amara frente a la sorpresiva mirada de asombro que recibió tanto de Ofelia como de la madre de la niña. Sin pensarlo, Price entró en el departamento, encontrando a la pequeña completamente desnuda, flotando en la bañera y con la piel de un color tenuemente azul. Rápidamente la sacó del agua, oyendo los alaridos de dolor y sufrimiento de la madre que le suplicaba con fervor que salvara la vida de su hija.

—¡Mi pequeña! ¡Dios, por favor! ¡Ayúdela!

—¡Sácala de aquí, Ofelia! —Gritó atronadoramente—. ¡Llévatela a otro cuarto!

Su hermana así lo hizo, sin dar crédito a lo que sus ojos veían. Por toda la escena que se suscitaba, claramente, la niña se había ahogado en su propia tina.

—¡Vamos, Lucía! —Expresaba Robert, aprestándose a otorgarle las primeras técnicas de reanimación mientras confirmaba una importante disminución de su pulso, así como también, una pérdida total del conocimiento debido a la inflamación que presentaba en su frente; de por sí se había golpeado la cabeza, y por lo tanto, el tiempo que había estado sumergida bajo el agua era de vital importancia, ya que la lesión cerebral en un niño que no respira después de cuatro minutos sin oxígeno puede llegar a ser permanente, y peor aún, su muerte puede ocurrir sin que nada se pueda hacer por evitarlo—. ¡Respira, pequeña! ¡Vamos! ¡Uno, dos tres, respira! —Insistía, dándole respiración artificial y manteniendo, en todo momento, la barbilla levantada, con su cabeza inclinada. Cada insuflación le tomaba alrededor de un segundo, logrando con ello que el pecho de la niña se levantara, para luego realizar las compresiones cardíacas ante la atenta mirada de quien no lo dejaba de observar con atención—. ¡Vamos, Lucía, no te rindas, no lo hagas! ¡Respira! —Repetía incesantemente, volviendo a realizar cada uno de los movimientos con extrema rapidez, balbuceando, susurrando y pronunciando su nombre a viva voz—. ¡¡Lucía, por lo

que más quieras, regresa, pequeña!! ¡1, 2, 3, 4, 5, 6...! ¡Respira! —Hasta que oyó la voz de Amara expresando lo que le pareció algún tipo de oración incomprensible, y más, en una lengua o dialecto que jamás en su existencia había escuchado. A continuación, sus níveas manos se aferraron a las suyas mientras comenzaba a proporcionarle unas nuevas compresiones cardíacas, cuando lo increíble e inimaginable empezó a brotar de ellas; una resplandeciente luz centelleó y emergió desde sus pálidas manos, inundando el desnudo pecho de la niña.

—¡Amara! —Masculló Price, queriendo detenerla, realmente inseguro y, a la vez, temeroso de lo que acontecía.

—No tengas miedo —le pidió ella en un claro susurro, con sus ojos fijos en su pálido semblante—, solo tráela de vuelta, sé que puedes hacerlo.

El miedo unido a un extraordinario asombro lo invadió de pies a cabeza, teniendo aún las manos de Amara sobre las suyas, junto al inconfundible brillo de luz que manaba de ellas, pero no se detuvo, por más que su yo interior se lo pedía a gritos continuó desarrollando el procedimiento de rigor una, dos, tres veces más, hasta que el resplandor disminuyó y la niña, naturalmente, comenzó a toser, liberando con ello un poco de agua que tenía alojada en la garganta.

—Ma... má —balbuceó Lucía cuando Amara ya había retirado sus manos y se aprestaba a ponerse en pie para no interferir y dejar que Robert hiciera su trabajo, el que consistía en analizar a la pequeña que sollozaba y temblaba fuertemente entre sus brazos.

—Tranquila, estás aquí —expresó, brindándole la calma necesaria mientras tomaba una de las toallas que se encontraban sobre el piso, con la que enseguida cubrió su desnudez. En cosa de segundos, la madre desesperada al oír los quejidos de su hija regresó al cuarto, donde la abrazó y acunó, llorando en silencio, mientras que las voces de lo que parecían ser unos paramédicos se presentaban en el lugar. Entre tanto movimiento, ires y venires, personas que ingresaban y salían, Robert perdió de vista a Amara, solo notó su ausencia cuando no la encontró por ningún lugar. Sin comprender su lejanía y aún demasiado desconcertado por lo que había ocurrido, salió con agilidad desde el interior del departamento, con la vista de su hermana siguiéndolo de cerca, sin entender por qué en sus ojos y al interior de su pecho se alojaba un cierto grado de intranquilidad e incertidumbre.

—¿Robert? ¿Dónde vas? ¿Qué tienes?

—¿Viste dónde se fue? —Observó todo el pasillo desde el ala este hacia el oeste.

—¿Quién?

—Amara, Ofelia. ¿La viste salir?

—Ahora que lo mencionas... yo... no sé dónde se fue.

—¡Maldición! —Se quejó, llevándose las manos hacia el cabello y caminando por el inmenso pasillo, al igual que si estuviera preso en su propia jaula.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tanta insistencia con ella?

—No lo entenderías.

—Yo creo que sí y por lo que veo, solo me doy cuenta de una cosa. ¿Te gusta esa chica, verdad? ¿Te interesa?

Price se volteó y clavó la mirada en los grandes ojos de la pelirroja, que lo observaba sin siquiera parpadear.

—Te hice una pregunta, Rob. ¿Te gusta esa chica?

Ahora, tragó saliva nerviosamente mientras un nudo de proporciones se alojaba al interior de la boca de su estómago. ¿Qué debía decirle? Claramente, la respuesta era muy sencilla: por Amara no sentía nada más que un profundo interés por conocer más allá de lo que le mostraba su mirada, cada uno de los asombrosos actos que realizaba y que lo perturbaban increíblemente.

—Rob...

—No, Ofelia. No siento nada más que gratitud por ella.

—¿Gratitud? ¿Por qué sientes gratitud si ni siquiera la conoces? —Se acercó hasta entrelazar una de sus manos con una de las suyas.

—Porque ella... está intentando hacer conmigo lo que nadie ha logrado conseguir.

—Me estás asustando, gruñón. Por favor, dime que...

La interrumpió, alzando la mano que los mantenía unidos, a la que besó tiernamente, manifestándole:

—No quiero mentirte.

—No lo hagas y explícame de una buena vez quién es ella antes que comience a pensar en cosas raras.

—Ofelia.

—Lo que sea, Price. Dime lo que sea, pero habla ya.

Y el aludido inhaló aire hondamente, cuando sus miradas se conectaban en una sola.

—Ella... aunque tú no lo creas, intenta salvarme.

—¿Salvarte?

—Sí. Tan simple como... salvar mi alicaída alma para devolverla hacia la luz.

Amara corrió sin mirar a atrás y con la vista clavada en un punto equidistante. «¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué había intercedido en esa situación que ni siquiera le correspondía? ¿Por la pequeña? ¿Por él? ¿Hasta dónde llegaban los límites de su libre albedrío del cual Blaz le había hablado? ¿Hasta dónde podría mostrarse ante Robert en todo lo que significaba su persona?».

Se alejó a toda prisa del edificio sin despedirse porque, claramente, había desobedecido las órdenes y enseñanzas impuestas por sus entidades superiores y ahora ellos... Negó con su cabeza mientras detenía su apresurado andar. Jadeó y suspiró todo de una vez, percibiendo como alguien más la observaba a la distancia. Sin dudarle, pero con cierto temor y recelo levantó la mirada para posicionarla en la figura masculina de cabello casi albino, ojos perspicaces y rostro serio que la contemplaba apaciblemente. Tragó saliva con algo más que dificultad al reconocerlo, comprendiendo que si él había bajado desde la inmensidad de los cielos era única y exclusivamente por una obvia razón: su misión en la Tierra había finalizado.

—Gabriel —pronunció lentamente, sin apartar su mirada vidriosa de la suya.

—Amara —articuló él, tendiéndole su mano derecha, expresándole con aquel tan sutil movimiento que era hora de que la tomara.

—Lo lamento. ¡Lo intenté, luché por él, pero no tuve más opciones! ¡Por favor, por la Gracia Divina de Dios te imploro misericordia para conmigo! —Cerró sus ojos y entrelazó sus manos, como si se estuviese preparando para recibir su merecido castigo, al mismo tiempo que Gabriel se acercaba y la reconfortaba en un abrazo, para terminar besando su coronilla.

—Lo sé, y la tendrás. —Con su grave voz logró que alzara la cabeza y lo contemplara directamente a la claridad de sus ojos, en los cuales parecía reflejarse.

—Viniste por mí —afirmó como si lo diera por hecho, apreciando la inconfundible belleza y perfección de ese Arcángel que había venido expresamente para regresarla desde donde un día había partido con su destino ya trazado. Sabía quién era y la labor que desempeñaba como mensajero, porque su misión, desde el comienzo de los tiempos, había sido la de instruir a las

almas durante la gestación para que aceptaran su cuerpo como el instrumento que les ayudaría a llevar a cabo su papel en la Tierra.

—Sí, vine por ti, pero para recordarte que crearás tu propio destino a través de tus pensamientos, de tus actos y de tus emociones.

—¡Perdóname! ¡Perdóname por cada uno de mis errores cometidos! —Insistía, temblando entre sus brazos.

—No tienes que sentirte de esta manera, ni menos pedir perdón por lo que has hecho. ¿Qué Blaz no te habló del libre albedrío y lo que conlleva?

Amara lo recordó todo. Una a una las palabras de su hermano resonaron al interior de su cabeza como una incesante melodía sin ritmo.

—Llevas la pureza inserta en ti en todas y cada una de las expresiones de tu ser y mi trabajo es guiar esas emociones y sentimientos que comienzas a percibir, tal y como lo hace un ser humano.

—¡Pero no lo soy, Gabriel! ¡Yo tengo una misión!

—¿Y cuál es esa misión, entidad?

—Devolverle su fe —aseguró de inmediato.

—Y llenar de alegría su vida, al igual que guiar la tuya cuando te decidas a dejar este mundo para vivir la vida eterna junto a tus hermanos, en busca del amor de Dios.

Amara no comprendió su último enunciado. ¿Decidirse? ¿A qué se refería con aquella palabra cuando, claramente, él la había elegido de entre todas las almas para encauzar a Robert e indicarle el camino que debía transitar de regreso hacia la luz?

—Pero aún no es tiempo —le dio a entender, cuando una de sus manos alzaba su barbilla, y a lo lejos escuchaba el tañer de unas campanas que sonaban emitiendo un claro eco. Gabriel cerró los ojos, inhaló aire profundamente y expresó en un suave susurro un par de palabras que la entidad logró inmediatamente comprender. De pronto, ambos percibieron el sonido de una poderosa voz que colmó sus oídos...

Amara abrió los ojos con prontitud y se encontró sola, sin la figura de Gabriel a su lado. Y a continuación se volteó, buscando a la distancia al dueño de esa poderosa cadencia que pronunciaba su nombre, porque ahí estaba Robert, la había encontrado, cuando la misión para la cual había sido destinada era totalmente opuesta a lo que en realidad estaba ocurriendo.

—¿Por qué te marchaste así? ¿Por qué huiste? —Desaceleró la loca carrera que había llevado a cabo y por la cual ahora jadeaba, bastante extenuado.

¿Qué debía decirle? ¿Qué tenía que expresar para que dejara de preguntárselo?

—Amara, por favor... ¡explícame! Porque esto ya se está pasando de la raya.

—¿Escuchas el tañer de las campanas? —Pronunció ante la evidente sorpresa que se instauró en el semblante del joven doctor.

—Las escucho. Proviene de la Catedral de Asís.

—¿Sabes lo que significa para nosotros ese tan bello sonido?

—No, no lo sé. Dime... ¿qué significa?

—Cuando una campana tañe, un ángel recibe sus alas —le explicó, dejando que una profunda espiración se le arrancara del pecho.

Price tragó saliva algo incrédulo de su respuesta, pero aun así deseó ahondar más en ello.

—Alguien... ¿Como tú?

La muchacha asintió.

—Eso significa que un día... ¿Tú también las recibirás?

Y ella volvió a asentir, confirmándose.

—Y ese día será...

—Cuando vuelvas a creer y recobres la fe, no por mí, sino por ti mismo.

Robert suspiró con obligatoriedad.

—Vuelve a hablarme de ellos.

—¿Por qué?

—Porque después de lo que hiciste con Lucía, créeme, lo necesito.

—No soy un ángel.

—Reitera cada una de las palabras que me proferiste anoche para terminar de asimilarlo.

Y así lo hizo, sin siquiera rebatirlo.

—De los Consejeros Celestiales, los espíritus más elevados y los que están más cercanos a Él son "*Los Tronos*". Rodeándolos y regulando cada movimiento de los siete cielos, se encuentran "*Los Serafines*", quienes son, por llamarlos de alguna manera, los jefes de todos los ángeles.

—Continúa —solicitó, sin perder de vista cada uno de los delicados movimientos que realizaban sus manos y expresamente, cómo se movían sus labios al pronunciar cada una de las palabras que emitía con tanta y única suavidad.

—Protegiendo la primera esfera del tiempo y del espacio se encuentran "*Los Querubines*" y en la segunda esfera de gobernación celestial están posicionados "*Los Dominios*", "*Las virtudes*" y "*Los Poderes*", para finalmente, llegar al tercer círculo, al cual pertenecen "*Los Principados*" o denominados "*Arcángeles*", los más conocidos por el ser humano.

—¿Cómo Miguel, Gabriel y Rafael? —Inquirió Robert con la vista perdida en su bello rostro.

—Sí. Los ángeles encargados de proteger a la humanidad, de enseñarlos, guiarlos, escuchar cada clamor suyo, cada una de sus súplicas, alejando a los demonios que los invaden.

—Tú... no eres uno de ellos.

—No, no lo soy.

Price avanzó más hacia ella, acercándose lo suficiente, tanto para tomar una de sus manos de manera dulce y afable.

—¿Y por qué estás aquí? ¿Por qué tú? ¿Por qué, precisamente, tú?

—Solo él lo sabe —contestó sin titubear—. No tengo la respuesta para tus preguntas. Es parte de sus propios designios que así suceda.

—¿Lo que te trajo hasta mí? ¿Eso es parte de sus propios designios? —Volvió a interrogarla, pero esta vez con la vista puesta en la mano que los unía y a la que Amara no hizo el menor intento por esquivar—. Si mal no comprendo, tu misión es que crea en él y así tú obtendrás tus alas.

—Si vuelves a confiar en él y en ti, recuperarás la fe que un día perdiste, Robert.

—Y cuando eso suceda... ¿Qué ocurrirá contigo? ¿Desaparecerás? ¿Te marcharás? ¿Volverás allá arriba? ¿Te darán una nueva misión?

—Me temo que solo él lo sabe —replicó serena.

—Respóndeme, sé honesta... ¿Te irás? ¿Huirás cómo lo hiciste hace un momento?

—Deberíamos irnos —sugirió la chica, intentando desprenderse de su agarre, mientras él percibía un leve temblor que provenía de su cuerpo.

—Antes responde a la pregunta que acabo de hacerte, por favor. Tú... ¿también te irás?

Ella sabía a qué se refería con esa particular interpelación.

—Me temo que sí.

—Entonces, entidad, lo siento, pero me niego a creer en él o en el maldito plan que tiene

dispuesto para mí.

—Robert...

—Lo lamento por tus alas y por tu aureola, pero ya me quitó lo que más amé en esta vida como para doblegarme nuevamente ante él. Sus dichosos designios me tienen sin cuidado, pero no así el tipo de “magia” que salió de tus manos para traer a Lucía de regreso de la muerte.

—¡No fui yo, fuiste tú! —Le corrigió de forma inmediata.

Price negó con su cabeza, moviéndola de lado a lado.

—Te lo reitero, por si aún no lo has comprendido: me niego a creer en una “especie de Dios” que supuestamente ama a cada uno de nosotros, cuando solo nos hace sufrir en carne propia un tortuoso calvario.

—No puedes estar hablando en serio y menos así.

—Conóceme, pero no trates de cambiar mi esencia. Y de paso, dile a tu Dios que no pierda su tiempo conmigo, porque soy y seré un caso perdido, un terrible y ateo caso perdido.

—Eso no es cierto —proclamó, queriendo llevar a cabo el último recurso que le quedaba entre las manos—. ¿Te gustaría volver a verla?

El joven médico se quedó petrificado frente a lo que había oído.

—¿Qué fue lo que... dijiste?

—Creo que me oyó sumamente bien, doctor Price. ¿Quiere volver a verla? —Replicó automáticamente, sin limitar cada palabra que salió airosa desde el interior de su garganta, sabiendo lo que esa pregunta significaba para su misión.

—¡No vuelvas a repetir semejante estupidez! —Vociferó Price como si fuera un furioso regaño, porque indudablemente, se refería a Sofía, pero ¿por qué?

—Si te concediera la oportunidad de que la vieras nuevamente, tú... ¿volverías a creer?

—Amara, por favor, no insistas...

—¿Aceptarías sus propósitos y lo que él tiene preparado para ti?

Robert cerró los ojos y maldijo en silencio.

—¡La única mujer importante de tu vida! Si él te entregara esa oportunidad, esa única y certera posibilidad, tú... ¿la tomarías?

—Él no lo hará.

—Ponme a prueba y lo sabrás.

—¿De qué se trata este juego, Amara? ¿Una cosa por otra? —Sonrió con desgana y hasta con algo de soberbia—. Es una lástima, porque no estoy dispuesto a caer en tus redes ni en las de tus plumíferos amigos.

—No quiero que caigas en mis redes. ¿Qué no lo entiendes? Estoy aquí para salvarte, para guiarte, para...

Inevitablemente, la interrumpió.

—¡Para qué! ¿Para alimentar mi cabeza con absurdas fantasías, como traer a mi esposa fallecida desde la muerte? ¡Que estupidez más inadmisibile estoy oyendo!

—Sofía todavía deambula sin rumbo fijo —se aventuró a confesar, obteniendo de vuelta una mirada suya de profunda ira.

—¿Qué fue lo que acabas de decir? ¡¡Repítelo!! —Gritó encolerizado, consiguiendo que ella temblara con su prominente y amenazador tono de voz.

Amara se asustó, no pudo evitarlo, porque vio en él algo que antes ni siquiera había notado. Al hablarle de Sofía, Robert reaccionaba de una descontrolada manera, sin que pudiera mantener quietas cada una de sus desbordantes emociones.

—¡¡¡He dicho que lo repitas!!! ¿Dónde está mi esposa? —Demasiado atribulado, dejándose

llevar por la furia que lo invadía y sin medir la fuerza de sus manos, terminó tomando a la joven por cada una de sus extremidades para zarandearla en busca de una respuesta que lo satisficiera —. ¡¡Responde, maldita sea!!! ¿Dónde está Sofia?

—¡Aparta tus manos de su cuerpo ahora mismo! —Inesperadamente, resonó de forma poderosa la voz de Alaric desde su espalda, logrando con ello que Robert advirtiera lo que hacía con ella—. ¡Te lo exijo! ¡He dicho que la sueltes! —Reiteró firmemente, entrecerrando su oscura mirada que se cernía sobre la de su oponente.

Y Price lo hizo, no sin antes intentar recomponerse y constatar cómo había llegado a perder el juicio frente a quien, un momento atrás, le había acariciado una de sus manos con ternura.

—Amara... yo...

La muchacha bajó la vista, se alejó de él y se acercó de prisa hacia el hombre que la esperaba a una cierta distancia, de donde ambos se encontraban.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño? —Le susurró Alaric mientras la contemplaba con impaciencia.

—Todo está... bien —respondió, negándole y ocultándole su miedo, aquel que por un momento la había hecho dudar de lo que significaba Price como su misión en la Tierra.

—Vamos a casa, Amara. —Alaric besó su frente al mismo tiempo que Robert depositaba la vista sobre ambos, sin comprender por qué ese sujeto se mostraba tan cariñoso y sobreprotector con ella.

—¡Amara... lo siento! —Se atrevió a pronunciar a viva voz, tratando de disculparse frente al estúpido error que había cometido, cuando la verdad era otra. Quería llamar su atención, ansiaba saber quién era ese desconocido y por qué se tomaba tantas atribuciones, abrazándola más de la cuenta. No es que le importara, pero... ¿por qué no le había hablado de él?

—¡No me importa quién seas, pero no la vas a lastimar, humano! —Sin piedad lo enfrentó Alaric al escuchar su voz.

«Le había dicho... ¿humano? ¡Maldición! Eso solo significaba una cosa... que él... ¡fuera uno de ellos!»

Como un fiero vendaval regresaron a su mente sus reveladoras palabras, quedándose arraigadas en ella por más que un instante: *“pueden verme, seguirme y saber dónde estoy...”*

—¡Lo lamento mucho! ¡No sé qué me ocurrió, pero...!

—¡No volverás a tocarla, porque me ocuparé de que desista de ti! —Le recalcó Alaric en un tono decidido.

«¿Desistir? ¿A qué se refería con eso de “desistir”?»

—Alaric, por favor —pedía la joven; ansiaba que aquella charla se diera por terminada.

—Tranquila. Tu misión aquí acabó.

«¿Acabó?», caviló Price de inmediato. Como si, de pronto, algo en su interior se hubiese desmoronado y roto en mil pedazos, comprendió cabalmente lo que ese sujeto quería decir con aquel enunciado.

—Amara... ¡Amara! —Exclamó un par de veces más, llamándola, pero sin obtener a cambio ni una sola respuesta de su parte—. ¡Por favor! ¡Escúchame! —Suplicó, observando como aquel sujeto la abrazaba y la alejaba cada vez más de su lado. Y cuando ambos se apartaron lo suficiente y ella decidió no voltear la vista hacia atrás, comprobó lo innegable, lo indiscutible, que quizás, que tal vez... también la había perdido para siempre.

VI



Amara solo podía contemplar la cara de enfado de Alaric mientras éste se movía de un lado a otro dentro del enorme salón que los cobijaba. Ambos regresaron a la gran casona de las dos torres que se encontraba en las afueras de la ciudad y en la cual Blaz los esperaba impaciente.

—Es reamente inconcebible... ¡Ese humano no merece lo que ella hace por él! —Vociferaba, llevándose las manos a la cabeza y moviéndose, como si estuviera enjaulado dentro de esas cuatro paredes—. ¡No concibo que su gracia ni su misericordia caiga sobre él cuando, simplemente, no quiere aceptarla!

—No forma parte de nuestros designios, hermano —contestó Blaz, con los ojos pendientes de cada reacción suya, por mínima que ésta fuera—. Nuestra misión no es con él, sino con ella.

—¡Estás equivocado! ¡No la merece! —Agregó esta vez, deteniendo su caminar, mientras la oscuridad de su mirada se cernía sobre la suya.

—Alaric...

—Haré que Miguel interceda.

Ante el ferviente enunciado que salió rápidamente de su boca, Amara levantó la cabeza y posicionó la claridad de su vista sobre la de él, como si con ello pretendiera decirle algo que, obviamente, con palabras no podía.

—No me mires así —le recriminó él al instante—. Hagas lo que hagas, intentes lo que intentes, digas lo que digas, él no creerá en ti.

—Alaric, por favor —intervino Blaz, tratando de que diera un poco de tregua a cada una de sus palabras que caían como fieros latigazos sobre el cuerpo de su hermana.

—Es mi culpa, fui yo quien hizo que se comportara de esa manera. Le recordé a su esposa, lo desafié al decirle que ella se encontraba...

Enseguida, las miradas de los dos integrantes del triunvirato se posicionaron sobre la suya.

—Amara...

—Sí, lo admito —reiteró sin vacilar en ningún momento—. La culpa es mía y asumo toda la responsabilidad frente a cada uno de mis errores. Fui descuidada, inexperta, pero aun así no estoy dispuesta a renunciar a él.

—¿Qué has dicho? —Inquirió Alaric, abriendo sus ojos más de la cuenta, sin dar crédito a lo que afirmaba con tanta seguridad.

—Lo que han oído. No lo abandonaré, menos ahora que me necesita.

Su hermano tragó saliva con disgusto, como si tuviera algo bastante agrio alojando en la garganta. «*¡No puedes hablar en serio después de cómo te trató!*»

De inmediato, los azules ojos de Blaz se posicionaron en los suyos.

—Son sus propósitos —le recordó, después de percatarse de su pensamiento—. Amara

posee el libre albedrío, no lo olvides.

Alaric se acercó para encararlo mientras ella no lo perdía de vista, apreciando en todo momento la furia que invadía su bello, perfecto, y en ese instante inexpresivo semblante.

—Somos uno, los tres —rememoró con severidad—. Nuestra misión es protegerla, guiarla y apartarla del peligro.

—Alaric...

—No la abandonaré, Blaz. Ese humano tuvo su clemencia, su consideración, su tiempo, y lo perdió.

Ambos hermanos se retaron con sus miradas, como si fueran dos titanes a punto de comenzar una ardua batalla.

—Si estuviera en mis manos... —agregó Alaric, pero de inmediato fue acallado por la voz endurecida de quien tenía enfrente.

—Es su misión —reiteró Blaz categóricamente—. ¿Cómo quieres que te lo explique? No estamos aquí por él, sino por ella. ¡Por favor, hermano, evita ensombrecer tu corazón!

Al oírlo, el aludido sonrió con ironía. Luego, su oscura mirada fue a parar directamente al rostro de Amara, quien todavía sostenía sus ojos en su cuerpo.

—Perdóname, pero no renunciaré a él —confesó la joven, asombrándolo con aquella respuesta.

—Explícame. ¿A quién no deseas renunciar? ¿A él o a tu misión? —Se acercó a ella, y cuando estuvo lo bastante próximo, terminó colocando sus poderosas manos sobre sus extremidades para admirarla sin siquiera parpadear. Sin nada que decir, se quedó absorto con el color que invadió por completo la palidez de sus mejillas—. Respóndeme —le pidió, tal y como si fuera una súplica.

Amara tragó saliva nerviosamente y sin cavilar repitió lo siguiente:

—Lo lamento, Alaric, pero lucharé por él. Mi decisión está tomada.

—Estás ciega. ¿No te das cuenta que ese humano no quiere nada de ti? ¡Te hizo daño y yo no puedo permi...!

—¡¡Alaric!! —Lo reprendió Blaz con su enérgica voz, consiguiendo estremecer a Amara con la sola impresión que le ocasionó haberlo escuchado. Alaric, entretanto, sonrió de medio lado y bajó la vista hasta el piso, como negándose a observar a quien le reclamaba un debido respeto. Y fue así que terminó depositando un suave beso en la frente de su hermana para soltarla y salir de la habitación diligentemente, ignorando los llamados que recaían sobre su persona. Ella, por el contrario, volteó el rostro y siguió cada uno de sus movimientos, cuando él ya desaparecía de su campo de visión. Un par de minutos después, ambos oyeron como la motocicleta era acelerada estrepitosamente. En el acto, los ojos celestes de Amara recayeron sobre la atractiva presencia de su hermano, quien ahora suspiraba inquieto y con algo de resignación.

—Todo es mi culpa —prosiguió muy nerviosa.

—No, no lo es. Él solo desea protegerte. Le preocupas demasiado.

—Y yo cometo más y más errores.

—Decisiones —le corrigió Blaz de forma instantánea—. No podemos involucrarnos o interferir en tu voluntad —especificó, deslizando una de sus níveas manos por su corto y rubio cabello—. Pero aun así, necesito que me respondas con sinceridad lo que voy a preguntarte.

—Sabes que así lo haré.

Segundos después, su hermano le formuló una concluyente pregunta.

—Aun sabiendo lo que tu misión conlleva y de la forma en que ese humano te trató, ¿tú quieres...?

La joven volvió a asentir, realmente convencida de lo que expresaba sin palabras, cuando el rostro de Robert invadía cada uno de sus pensamientos. Luego de eso, levantó el rostro y sus ojos se iluminaron frente a la sola presencia de quien la observaba en completo mutismo. Y de pronto, todo cobró sentido al articular lo siguiente, sin una pizca de indecisión en el tono de su voz:

—Nuestro Padre dio todo por ellos y yo lo daré todo por él. Volverá a creer, regresará al camino de la luz, del cual jamás debió desviarse. Te lo prometo.

—No eres un ángel, Amara, tú no haces milagros.

—Claro que no, pero nuestro Padre sí. Él me eligió. De entre todos sus hijos creyó en mí, otorgándome una nueva oportunidad, y suceda lo que suceda, no estoy dispuesta a desaprovecharla.

—¿Aunque él no quiera tu ayuda? ¿Aunque se resista?

Sonrió esperanzada.

—Él quiere, Blaz, solo tiene miedo.

—¿Miedo de qué?

—De volver a amar —respondió sin que la sonrisa desapareciera de su semblante.

Cinco días después, la salud de Alma evolucionaba de forma positiva, así como también lo hacía la de la pequeña Lucía. Cada vez que Robert las observaba algo sucedía, algo en él cambiaba, porque a través de sus risas, de sus palabras, de cada una de sus ingenuas miradas su coraza parecía resquebrajarse, dejando que el brillo de luz que provenía de ambas niñas, junto a sus enormes ansias de vivir, le colmaran el corazón, entregándole las fuerzas necesarias para continuar. Ese particular par, a veces de temer, se estaba convirtiendo en su única vía de escape desde que había logrado dejar de beber tras cinco días de abstinencia total; todo un gran acierto para él, un empedernido alcohólico y dependiente del whisky.

Suspiró al caminar hacia los ascensores, proveniente de la habitación de Alma. Había estado con ella y Nicanor disfrutando un instante de su tiempo libre y cerciorándose de cómo seguía todo con respecto a su día a día. Aunque estar junto a la pequeña lo alegraba y tranquilizaba, su preocupación era evidente y eso tenía un solo nombre: Amara.

De pronto, y a la distancia, mientras pulsaba el botón de llamada del elevador sintió que algo o, más bien alguien lo observaba. Fugazmente, su mirada impaciente vagabundó por todo el lugar, buscando con profundas ansias lo que causaba su indudable nerviosismo, hasta que lo percibió. Sí, allí estaba otra vez, lo sentía, no estaba loco, lo podía apreciar, aunque solo fuera con el sentido del olfato.

—Amara —se dejó llevar por la increíble fragancia que volvía a oler y de la cual se hallaba fascinado—, ¿dónde estás? —. Con la vista aún perdida, moviéndola de lado a lado continuó buscándola, hasta que una voz femenina lo interrumpió abruptamente.

—Doctor Price, ¿está usted bien? ¿Se dispone a bajar? —El ascensor se detuvo y abrió sus gruesas puertas de acero frente a ellos.

Robert no respondió, porque se encontraba inmerso en el asombroso aroma que sabía que provenía de ella desde algún lugar de ese piso. Lo conocía y recordaba muy bien como para afirmarlo u olvidarlo, por la sencilla razón de que Amara no solo cuidaba de él —o al menos eso intentaba hacer, a pesar de sus continuas metidas de pata—, sino también lo hacía de Alma y de los niños de la sección de pediatría. Lo comprendió indiscutiblemente aquel día, tras la muerte de

Nicolás, cuando la vio llorando a mares y sufriendo por su pequeño y puro espíritu que había dejado este mundo.

—Doctor Price ¿va usted a bajar a urgencias? —Preguntó de nuevo la joven enfermera cuando inesperadamente, una de sus manos se dejó caer sobre su extremidad izquierda.

—¿Disculpe? —Sus ojos fueron y vinieron desde la mano de la joven profesional hasta su armónico rostro de mirada color miel, largas pestañas, cabello rubio, lacio y largo.

—Lo siento, doctor, pero el elevador ya está aquí y creí que usted... —sostuvo Elizabeth sonrojada.

—Sí, yo... —quiso expresar, interrumpiéndola y perdiendo nuevamente la mirada a lo largo y ancho del hall de informaciones de la sección de pediatría, porque la fragancia a tierra húmeda, hojas secas y a flores silvestres se había evaporado por arte de magia, así como también lo habían hecho sus fervientes ansias de que Amara estuviese allí. «¿Estaré volviéndome loco?», se preguntó en silencio, observando como la enfermera se montaba en el ascensor. Price siguió su andar y se posicionó a su lado, sin siquiera otorgarle una sonrisa de cordialidad, pero advirtiendo en todo momento que la muchacha se sonrojaba todavía más. Acaso, ¿era por él o por su carácter huraño y tan poco sociable?

Suspiró mientras el elevador cerraba sus puertas y comenzaba a descender.

—Lo siento si la incomodé, Elizabeth.

«Al menos no está ladrando», manifestó ella para sí cuando sus hermosos y cautivantes ojos se cernían sobre su rostro. «¡Y aún recuerda mi nombre!», agregó, logrando con ello que el color rojo de sus mejillas se acentuara todavía más. A Elizabeth Grant le pareció demasiado increíble que quien la había reprendido en su primer día de trabajo en la sección de urgencias y después de casi una semana sin mirarla o notar su presencia, aún recordara su nombre. Después de todo, no era un desmemoriado ni un hombre tan detestable como la mayoría de sus colegas acostumbraban a catalogarlo. Guapo, pero hostil, perfecto, pero intolerante, inteligente y brillante, pero intratable, así lo definían sus compañeras de labor en cada una de las conversaciones en las que había estado inserta, pero al contrario de ellas, ella no pensaba igual. «Después de todo, él sí tenía sus razones para haberse convertido en quien era.»

Dejó que se le escapara una pequeña risita nerviosa que, obviamente, Price advirtió.

—Lo siento —se excusó al notar cómo él la observaba con cierto dejo de interés—. Un muy mal chiste del cual me acabo de acordar —acotó, reteniendo la poca seriedad que por ahora no tenía.

—Si fuera un mal chiste, como detalla, no estaría sonriendo así, Elizabeth.

«¿Qué había dicho? ¿Había pronunciado su nombre y por partida doble? De acuerdo, doctor Price, dígalo una vez más y terminaré riendo a carcajadas».

—Quizás... —meditó—, algún día tenga tiempo de oírlo.

Frente a su insólito comentario, Price logró curvar sus labios en una media sonrisa que no pudo disimular.

—Tal vez... así sea.

Perfecto. Él ya había sonreído gracias a ella y eso solo podía significar una cosa: ese hombre no era del todo de hierro.

El elevador detuvo su ritmo y las puertas se abrieron de par en par. Elizabeth dio un par de pasos fuera mientras Robert la seguía desde atrás.

—¿Cuándo podré constatar si es o no un mal chiste como dice? —Inquirió sorprendentemente, logrando que la muchacha detuviera su andar, se volteara, le sonriera, o más bien, le coqueteara.

—Si tiene suerte, seguro podrá oírlo más temprano que tarde. Con su permiso —concluyó,

alejándose hasta perderse por uno de los amplios pasillos de la sección de urgencias.

Robert sonrió y entrecerró los ojos, hasta que una particular voz masculina lo sobresaltó.

—¿Y eso qué se supone que fue?

En el acto, rodó la mirada hacia quien lo contemplaba con cierto dejo de extrañeza en el rostro.

—Adam... ¿Te estás convirtiendo en mi sombra? ¿No sabes que es algo muy feo espiar a la gente?

—No. Tú eres quien está en el momento justo o en el lugar equivocado. Ahora dime, eso que acabo de ver me supo a coqueteo. ¿Estás intentando retomar tus andanzas de Don Juan?

Robert lo negó mientras se llevaba una de las manos a su corto cabello castaño, deslizándola varias veces por él y recordando las palabras que su hermana le había proferido el primer día, cuando se había dejado caer sorprendentemente en su departamento.

—Habla. ¿En qué estás pensando? —Lo incitó su amigo un tanto desesperado.

—En algo que me dijo O.

—¿Y qué fue lo que te dijo la bella Ofelia?

—Que necesito... —sonrió algo nervioso—, un par de revolcones para dejar de ser quien soy.

Enseguida, Adam le palmeó la espalda sin ningún tipo de sutileza.

—Estoy plenamente de acuerdo con ella. ¿Le pedirás una cita a la linda enfermera con la cual acabas de flirtear?

—Sabes que no mezclo trabajo y placer —contestó, mirándolo de reojo.

—Mmmm —pensó su viejo amigo—, después de las ocho y treinta y fuera de este hospital no tienes que mezclar nada. ¿O sí? No te preocupes, me haré cargo.

Su colega dejó caer toda su inquietante mirada sobre el rostro de quien lo observaba algo más que interesado.

—¿Me haré cargo? Un momento, tú no harás nada —le advirtió.

—Conociéndote, tú tampoco. No tienes los cojones.

—Eso es lo que tú crees.

—Ver para creer. Perdiste el don, asúmelo. —Volvió a la carga cuando comenzaba a caminar.

—¿Quieres apostar? ¿Cuánto estás dispuesto a perder, colega? —Fue la sincera respuesta que le dio, logrando que tras ella su amigo se detuviera, se volteara y fijara su vista sobre la suya.

—¿Cómo en los viejos tiempos, Price?

—¿Qué tan malo puede ser, Smith! —Se encogió de hombros.

—¿Eso es un sí, energúmeno?

Robert rio a carcajadas antes de pronunciar:

—Te vas a comer y a tragar cada una de tus palabras.

—Y tú te vas a pegar un buen polvo. Ya era hora, solo espero que no se te haya olvidado como follar —atacó sin previo aviso.

—De eso hablaba tu esposa conmigo el otro día —contraatacó Robert sin piedad, reanudando la marcha ante su atenta mirada.

—Eso no fue gracioso —le señaló Adam un tanto molesto tras su irrisorio comentario—. Para nada gracioso.

Price volvió a reír con ganas, comprobando su desagrado, cuando movía la cabeza de lado a lado, pensando únicamente en lo que acababa de hacer y lo que esperaba por él al término de su turno, específicamente, después de que el reloj marcara las ocho y treinta de la noche.

Esa mañana, el semblante de Ofelia demostraba una radiante felicidad. Acababan de darle la mejor noticia del mundo, la que tenía directa relación con su novio Bob. *«¿Podía una mujer sentirse más dichosa después de saber y comprobar a ciencia cierta que estaba embarazada?»*

Sonreía mientras caminaba en dirección hacia el único lugar en el cual deseaba estar. Su pecho se engrandecía a cada respiración y exhalación que emitía, a cada jadeo y el sutil toque de sus manos en su vientre. *«¿Podía ser más increíble? ¿Un niño igual a Bob o una hermosa niña pelirroja como ella?»*, era lo único que invadía cada una de sus cavilaciones, meditando en cómo iba a alegrarle la noticia cuando se la relatara. Después de todo, llevaban una relación de más de dos años, habían hablado de planes futuros y concretos, y un hijo era la prueba irrefutable de lo que ambos deseaban llegar a concretar.

—Te amo —exclamó con ansias cuando sus pies se detuvieron frente al enorme edificio en el cual su novio vivía—. Busquemos a papá, amor mío. Ya es hora.

El elevador ascendió hasta el piso doce mientras sus ansias crecían a cada segundo. No podía dejar de llevarse las manos al vientre para acariciarlo con ternura, tan solo pensando en él y nada más que en él. Tenía unas ganas locas de tirar la puerta del departamento y echarse en sus brazos como una completa desquiciada mientras lo besaba y acariciaba con devoción. ¡Cómo amaba a ese hombre! Sinceramente, no podía vivir sin él. Desde que lo había conocido en un partido de Basketball, al cual asistió acompañando a una de sus amigas, se quedó prendada de sus hermosos ojos castaños, de sus largas y rizadas pestañas, de su cuerpo atlético y musculoso, su piel canela, su cabello negro y brillante, su metro noventa y algo más de estatura, su ronca voz que le erizaba el vello, y por sobre todo, la espectacular manera en que la hacía suya cada vez que compartían la intimidad y se dejaban amar sin condiciones. Porque para ella Bob era perfecto en todo, la amaba, la anhelaba, la quería por sobre todas las cosas, había estado a su lado siempre y cuando más lo necesitó; aunque precisamente, no era un hombre de muchas palabras, pero tan solo un gesto o un abrazo suyo le bastaba para sentirse completamente dichosa y feliz.

Ofelia salió del elevador, al tiempo que apagaba su celular, no deseaba que nada ni nadie entorpeciera aquel instante, porque era de ambos y el que recordarian por el resto de sus vidas como el más maravilloso de todos ellos.

Cuando se detuvo frente a la puerta buscó estratégicamente la llave que su novio mantenía guardada para ella, bajo una de las enormes plantas de Ficus que adornaban la entrada. La removió con cuidado esperando encontrarla ahí, pero después de unos breves segundos se dio cuenta de que no había nada. No se extrañó que no apareciera, quizás, la había quitado por seguridad. Por lo tanto, puso en práctica el plan B. Llevaba consigo la suya, la que tenía de repuesto. *«Bob era un tanto olvidadizo y siempre...»*, pensó *«...perdía o dejaba olvidada sus llaves en los camerinos del gimnasio, en el que entrenaba con sus amigos»*.

Dentro reinaba el silencio. Ofelia se quitó el bolso que llevaba consigo y el abrigo, estaba a punto de hacer lo mismo con las demás prendas que vestía cuando notó que había ropa regada por el pasillo que conducía a su habitación. Allí estaban sus jeans desgastados, una de sus camisetas, sus zapatos de diseñador, su chaqueta favorita. Rio como una boba, porque lo conocía perfectamente. Bob no iba a cambiar nunca esa parte de niño desordenado que llevaba adherida a la piel.

Comenzó a levantar las prendas una a una, prometiéndose que en cuanto comenzaran una vida juntos lo haría cambiar; si no era por la razón tendría que ser por la fuerza. Mal que mal él ya

tenía veintinueve años de edad y no podía comportarse para siempre como un niño mimado que dejaba todo tirado, esperando que alguien más arreglara cada uno de sus desastres. Por lo tanto, caminó con ellas colgadas del brazo por el largo pasillo, hasta que llegó a la puerta del dormitorio que yacía entreabierta, justo cuando algo la hizo detenerse en el momento exacto en que una de sus manos se posicionaba sobre el pomo. Quería sorprenderlo, pero la que se dio de bruces contra el piso fue ella, porque ahí dentro algo ocurría entre los incesantes jadeos, gemidos y sonidos que emitían un caluroso par de voces en un ritmo desenfrenado.

—¡Sí, cariño... más fuerte! ¡Dame más, mucho más! —Expresaba una mujer completamente excitada, y él no se quedaba atrás con sus letanías de macho ardiente.

—¿Así, pequeña? Sé que te gusta que te folle de esta manera. Mmm... Sigue gimiendo, porque esta vez haré que te corras gritando mi nombre. ¡Eres mía, Soledad! ¡Tu caliente coño es solo mío! ¿Me oíste?

«¿Qué? ¿Pequeña?», fue lo único que Ofelia pudo rescatar de todo el maldito enunciado que se coló por sus oídos en un santiamén. La verdad, ni siquiera le importó la forma en cómo se hablaban esos dos amantes, pero sí el apelativo con el cual la había llamado a esa, porque a ella... también la llamaba así.

Sus ojos se aguaron en un segundo, su rostro enardecido y desencajado no podía dar crédito a lo que sucedía tras esa puerta. Por un momento, negó con su cabeza, intentando con ello no creer en nada, como si estuviera dormida y viviendo la peor de sus pesadillas, pero cuando los gemidos y jadeos se intensificaron, junto a los gritos enloquecedores que esa mujer emitía a viva voz, su alma y su corazón se partieron en mil pedazos, comprobando que todo lo que allí acontecía era real, completa y bizarramente real.

—¡Sí, mi amor, cógeme duro y dime que me amas!

—¡Te amo, Soledad, te amo!

Y esa fue la frase que rebasó el vaso o mejor dicho, la piscina por completo, porque Ofelia, ya fuera de sus cabales, irrumpió en la habitación pronunciando tan solo cinco palabras que resumieron, en cierta medida, lo que Bob significaba ahora para ella.

—¡¡¡Maldito cabrón, hijo de puta!!! —Sus preciosos ojos azules, brillantes y llenos de lágrimas se quedaron petrificados admirando la aberrante escena con absoluto asco. Porque ahí estaba él, embistiendo a la mujer que yacía de espaldas sobre la cama que muchas veces compartieron y en la cual la había hecho suya de tantas maneras posibles. Ahí estaba el repulsivo hombre al que amaba, con la cabeza echada hacia atrás, los labios húmedos y entreabiertos, gozando y penetrando con furia a la zorra que se relamía los labios mientras aferraba sus manos a las sábanas de seda que ella misma les había regalado. Sencillamente, ahí estaba Bob Noël entregándose a otra mujer que no era Ofelia Price, su novia y la madre de su futuro hijo.

—¡Pequeña! —Chilló él con desespero cuando sus castaños ojos se depositaron en la figura de la mujer pelirroja que le clavaba la mirada con furia y desazón—. ¡No es lo que parece!

—¡Mal nacido! ¡No vuelvas a llamarme así en tu puta vida! —Vomitó palabra tras palabra, sin moverse del umbral de la puerta.

—¡Ofelia, mi amor, por favor! ¡Esto no es lo que crees! —Desprendió su miembro de la cavidad que lo mantenía unido a la mujer que no cesaba de sonreír perversamente y bajó de la cama como si fuera un resorte, buscando su ropa interior, al tiempo que Soledad ni siquiera se cubría su exuberante cuerpo lleno de curvas.

—¡No me toques, asqueroso de mierda! —Gritó Ofelia con fuerza cuando sintió sus manos caer de lleno sobre sus hombros.

—¡Por favor! ¡Tranquilízate! ¡Te lo puedo explicar!

—¡Dios mío! ¡Qué me vas a explicar, después de lo que acabo de ver con mis propios ojos! ¡Eres un infeliz, un desgraciado, un miserable!

—¡Ofelia, aquí no ha pasado nada! —Sostuvo Bob fervientemente, interponiéndose en la visión de ambas mujeres que se echaban brasas ardientes con las miradas.

—¿Cómo que no, precioso? —Inquirió su acompañante de cama con su voz un tanto seductora mientras abría las piernas y le mostraba en todo su esplendor su vagina completamente hinchada y húmeda. Con uno de sus dedos la rozó, deleitándose con su suave tacto, tal y como si estuviera actuando en una película triple X. Luego, apartó el dedo de su interior y lo lamió, sonriendo cómodamente complacida.

Con ese acto, a Ofelia le dieron ganas de vomitar. Por ende, salió rauda de allí, corriendo por el pasillo en dirección hacia la puerta de entrada, siendo seguida por su ahora ex novio folla zorras repulsivas y nauseabundas.

—¡Mi amor, por favor! ¡Aquí no ha pasado nada! —Replicaba el infeliz no muy convencido, porque ni él era capaz de asumir semejante estupidez—. ¡Te amo, pequeña! —Le soltó, utilizando esa significativa frase como el único recurso que le quedaba.

Y surtió el efecto deseado. Ofelia se detuvo al instante, se volteó y caminó hacia él, intentando dibujar en sus labios la más hermosa de sus agrías sonrisas.

—¡Ella no significa nada para mí! ¡A ti es a quién amo! ¡Escúchame, por favor!

Y ella asintió, oyéndolo, inhalando y exhalando aire con fuerza, hasta que todo cambió. En un rápido movimiento levantó su mano en forma de puño y le dio un izquierdazo con tanta fuerza, logrando con ello que Bob tuviera que, prácticamente, sujetar sus pies contra el piso.

—¡Eres lo peor de mi vida y una mierda, Noël! ¡Lo más asqueroso y putrefacto de toda mi vida!

—O...

—¡No vuelvas a pronunciar mi nombre nunca más en tu puta existencia o juro que para la próxima tendrás que hacerte una prótesis dental!

—Deja que la mojigata se vaya, precioso, y vuelve conmigo a la cama. Nos la estábamos pasando tan bien... —intervino Soledad desde dentro, reclinando su cuerpo sudado y desnudo en una de las paredes del pasillo.

—¡¡¡Cállate!!! —Le ordenó él de inmediato, sin apartar la vista de Ofelia, quien lloraba en silencio y ante su presencia.

—¡Te odio! ¡Te odio! —Repetía furiosa.

—¡Por favor! ¡Me equivoqué! Yo...

—¿Te parecen tres meses más que una simple equivocación, Bob? —Volvió a la carga Soledad, sin tener una sola pizca de piedad.

«¡Zorra repugnante, mal nacida del demonio!», fue todo lo que pudo pensar Ofelia mientras tomaba su bolso y su abrigo desde uno de los sofás; estaba dispuesta a marcharse sin mirar a atrás y con todo su dolor a cuestas, porque ya había oído y visto suficiente.

—¡Puedo explicártelo! ¡Por favor, solo escúchame! —Insistía Bob, queriendo detenerla, pero ella no podía ni quería oír más justificaciones absurdas, las náuseas se habían apoderado de su garganta y necesitaba aire, aire limpio que respirar y no el putrefacto que ahora se calaba por sus fosas nasales. Y cuando todo parecía ir peor, recordó lo que en un primer momento la había llevado hasta allí.

—¡No! —Gritó con todas sus fuerzas, apartando esa particular escena que volvía como un fiero recuerdo que hacía añicos su cabeza: “*Felicitaciones, estás embarazada, Ofelia*”—. ¡Por Dios! —Susurró, largándose finalmente y oyendo los insistentes gritos y llamados que su novio le

hacía a la distancia. Pero ya no había nada por hacer más que correr y alejarse de esos dos seres que la estaban matando, tanto por dentro como por fuera. Y justo cuando el ascensor abría sus puertas, se montó dentro, evitando a toda costa a la figura masculina que se mantenía petrificada frente a ella.

Salió disparada del edificio, sin saber a dónde ir. De lo único que era consciente, era de todo el sufrimiento que le rasgaba el alma y le oprimía el corazón, tal como si fuera una naranja cortada a la mitad a punto de hacerla jugo. Por más que lo intentaba, no se quitaba de la mente todo lo que había visto y oído en tan poco tiempo, y luego, aquel sin fin de mentiras que él le expresó mientras deseaba frenar lo irrefrenable, lo que no tenía vuelta atrás y lo que abrió una tremenda herida que no cesaba de sangrar poderosamente.

Apenas lograba vislumbrar lo que sucedía a su alrededor con sus ojos y su rostro bañado en lágrimas. Quería desaparecer, deseaba morir, enterrarse viva con tal de no tener que estar sintiendo lo que estaba acabando con su vida, hasta que se detuvo al comienzo de un puente peatonal, bajo el cual las frías aguas transcurrían sin descanso. Ofelia se dio cuenta en dónde se encontraba y de cuánto había caminado, por lo que avanzó lentamente, con sus manos acariciando su vientre y todavía sollozando, con la mirada de Bob dando vueltas al interior de su cabeza. Le parecía imposible de asimilar cómo la vida podía ser tan cruel de un momento a otro, cómo de la más increíble felicidad había terminado sumida en el más absoluto de los desconuelos y en una tristeza total, en la que parecía hundirse segundo a segundo. Por lo tanto, sin meditarlo, avanzó hacia el borde de la baranda, dejando caer las manos sobre ella. Contempló lo que había debajo, encontrándose con las inquietas y turbias aguas que se revolvían, se mecían de un lado hacia otro y fluían con tanta rapidez, sin dejar huella alguna. Eso era lo que deseaba, que el dolor ya no siguiera calándole los huesos porque, sinceramente, no podía más con él.

—Lo siento, bebé, lo siento tanto... —Y luego de ello lloró, lloró como nunca lo había hecho, admirando una vez más las furiosas aguas que pronto la recibirían, hasta que un aroma, una particular y embriagadora fragancia la paralizó, logrando que volviera a la realidad rápidamente.

Movió su cabeza con desespero, buscando de dónde podía provenir aquella esencia aromática tan penetrante, hasta que su mirada se topó con la profundidad de unos hermosos ojos celestes que no le quitaban la vista de encima.

—La que va en auxilio de los demás sin esperar nada a cambio —pronunció Amara, sonriéndole con dulzura—, eso es lo que significa tu nombre, Ofelia.

Su pecho se contrajo al recordarlo, pero a la vez sin entender qué hacía ella a esa hora y en ese específico momento.

—Pero... tú... ¿cómo...?

—No existe un cómo, sino un por qué —le respondió Amara, acercándose, tomando sus frías y temblorosas manos. Luego, soltó una de ellas para limpiarle el rostro bañado en lágrimas y decirle—: tienes un pedacito de cielo creciendo en tu interior. Has sido bendecida con el don de la vida, ¿y pretendes renunciar a él?

Ofelia abrió los ojos como platos ante la suavidad de sus palabras, siendo consciente de que estaba loca, o tal vez, un tanto desquiciada, porque esa chica adivina no era... ¿o sí?

—No, no lo soy —le contestó ella en clara alusión a su último pensamiento—. No tengas miedo de mí, pero lo más importante, no pienses que estás sola, aunque ahora así lo creas.

Inmediatamente soltó la mano que todavía la mantenía unida a ella y se alejó un par de pasos para contemplarla incrédula.

—¿Quién eres? ¿Por qué estás aquí y cómo fue que me encontraste?

—¿No lo recuerdas? Soy la vecina del piso de arriba.

—¡No estoy para tus chistes! —Bramó enojadísima—. ¡Habla claro! ¿De dónde vienes?

Amara suspiró una vez más y alzó la mirada hacia arriba, cuando su dedo índice apuntaba hacia la enormidad del cielo azul-celeste que se cernía sobre sus cabezas. Ofelia siguió cada movimiento con rigurosidad y algo de miedo, pero a la vez, con un dejo de tranquilidad que solo sus ojos le brindaban. ¿Contradicción o locura después de lo que le había tocado vivir?

—¡Estás demente! —Le recriminó desafiante.

—Y tú estás herida, decepcionada y perturbada, porque no puedes contemplar más allá de lo que tu dolor te permite que veas. Ofelia, escúchame, no dejes que tu corazón se oscurezca frente a lo que crece dentro de ti. Tendrás un hijo al que amarás incondicionalmente, pues será tu pequeño tesoro y tu vida entera. Te entregarás a él en cuerpo y en alma porque es tuyo, porque Dios te ha elegido para concebir una nueva vida. No te dejes caer, no te dejes abatir ahora, cuando él te está brindando una esperanza y una luz que brillará contigo de aquí a la eternidad.

Ante cada enunciado que le profería, comenzó a chillar avergonzada, porque había estado a punto de mandar todo al demonio por el maldito amor de un hombre que, en definitiva, no la amaba, siendo la semilla que llevaba dentro de sí el amor más grande, puro, incondicional y verdadero que podía existir. ¡Maldición! Había bajado su guardia, se había rendido ante la adversidad, se había dejado arrastrar por el dolor, por la rabia, por la frustración, por sus incesantes lamentos, y ahora, ante las palabras de esa desconocida de la cual Robert le había hablado, todo parecía tener... fondo y forma.

—¿Estás aquí por él? Realmente... ¿Viniste por su alma? —Alzó la mirada para que sus ojos volvieran a conectarse con los suyos.

—Sí —le respondió Amara de automática manera, acercándose hasta situarse a su lado.

—Esto es increíble... tú...

—No, esto es lo increíble —le rebatió al depositar su pálida mano sobre su estómago—. Dios te bendijo, Ofelia Price. Él te ha dado una nueva oportunidad para luchar por quienes amas y sin esperar nada a cambio.

Sus ojos se aguaron todavía más mientras lo comprendía todo, porque ella tenía tanta razón con aquellas tan simples y dulces palabras que calaban en lo más profundo de su corazón, que lo único que pudo hacer fue echarse encima para abrazarla, llorando sin consuelo.

—¡Seas quién seas, no me sueltes, por favor...! —Le susurró como un claro ruego, sintiendo como esa desconocida la reconfortaba de tan extraña manera, tal y como si la conociera de toda la vida—. ¡No abandonaré a mi hijo, no me abandonaré a mí misma, pero no me dejes caer, Amara, te lo suplico!

—No lo haré. Prometo al cielo que así será, siendo mi padre el único testigo.

Ofelia la miró consternada y sorbió por la nariz, quedándose pasmada frente a las palabras que había expresado con tanta fuerza y espontaneidad.

—Tu padre es...

Amara asintió.

—Eso quiere decir que tú eres un...

Pero ahora negó con su cabeza de lado a lado.

—¿Y qué es lo que eres, entonces?

—Solo una entidad enviada a este mundo con una misión.

—¿Qué misión es esa? ¿Llévate a Robert contigo?

—No, solo lograr que vuelva a creer en sí mismo, en sus fortalezas, en sus virtudes, y por sobre todo, instaurar en sí mismo la fe y la esperanza que un día perdió.

—¿Esperanza? ¿Qué quieres decir con eso?

—Que la vida es un incesante misterio y está llena de complicaciones, obstáculos y adversidades. Nuestro Padre está detrás de todas ellas, ajustando el destino de cada uno de nosotros, como quién hace coincidir las piezas de un gran rompecabezas, pero al fin y al cabo, somos nosotros los que elegimos por voluntad propia dónde queremos que esa pieza se ajuste, dándole así un rumbo a nuestra existencia.

Ofelia agachó la cabeza, avergonzada.

—No puedo creer que estuve a punto de...

—Pero no lo hiciste, fue tu propia voluntad la que lo quiso.

—Pero tú estabas aquí y me detuviste.

—No, Ofelia, tú decidiste, fuiste tú quien siempre tuvo la última palabra incluso, antes de que yo apareciera.

O levantó la mirada y la confundió con la suya. Tenía tantas preguntas que hacerle, tantas cosas que decirle, pero se contuvo. ¿Por qué? Se sentía cansada, vacía, y solo quería regresar a casa para no tener que recordar lo que ahora le hacía tanto daño.

Amara así lo notó. Una vez más limpió las lágrimas de su rostro enrojecido y le sonrió con ternura.

—Te llevaré con Robert —le comunicó, percibiendo como el nerviosismo se apoderaba de su cuerpo—. No tengas miedo de lo que pueda llegar a ocurrir. Estaré a tu lado y no te dejaré caer. Te lo prometí.

—¿Aunque se vuelva loco y un completo demente cuando lo sepa?

La joven rio al recordarlo y suspiró, elevando la vista una vez más.

—Puedo con ello; aunque no está de más pedir que el cielo me ampare y me brinde algo de ayuda extra —le soltó, incitándola a que comenzara a caminar—. ¿Regresamos a casa, Ofelia? ¿Me dejas que te guíe hacia ella? —Agregó, tendiéndole una de sus níveas manos.

Así lo hizo, tomándosela con fuerza después de un largo y profundo suspiro que se le arrancó del pecho, mientras asentía y ambas dejaban atrás algo del incesante dolor y la pena que se habían quedado en ese puente, sobre esas inquietas y turbias aguas que fluían, y en donde Ofelia había aceptado por voluntad propia seguir adelante en busca de una segunda oportunidad, decidiendo en nombre del más profundo, sincero y único amor que ella aún no conocía: el de ser madre.

VII



El reloj marcaba más de las nueve de la noche cuando Price se percató del cambio de turno de las enfermeras. Tras ello, recordó fugazmente la “apuesta” de la que Adam le habló por la mañana, cuando ambos bromearon en el pasillo de acceso al área de urgencias. Sonrió al evocar ese episodio mientras algo así como una pequeña corriente eléctrica le decía que, tal vez, había perdido la oportunidad de encontrarse fortuitamente con Elizabeth para invitarla a tomar una copa. Después de todo, su amigo tenía razón, él aún no poseía los cojones necesarios para volver a las pistas, pero con lo que no contaba, era que el destino le tenía preparado algo más que una grata sorpresa.

Cuando levantó la vista, al terminar de firmar algunos documentos en el hall de informaciones, oyó la voz de aquella enfermera. Alzó los ojos y la buscó con la mirada hasta que dio con ella. A un costado, Elizabeth se despedía de sus compañeras mientras sostenía en sus manos un par de carpetas de color blanco con el logo del hospital incrustado en la parte superior de éstas. Lo primero que supuso fue que todavía no daba por concluidas sus rondas, oportunidad precisa, quizás, para que su hasta ahora esquiva suerte hiciera de las suyas.

—Perfecto —murmuró para sí, disponiéndose a estampar la última firma, pero con la voz de aquella chica irrumpiendo con fuerza a su alrededor.

—Buenas noches, doctor Price. ¿Aún por aquí?

—Buenas noches, Elizabeth. Lo mismo digo. ¿Trabajando horas extras? —Trató de entablar algún tipo de conversación.

—Por mí encantada, doctor, pero creo que por esta noche paso. Hoy ha sido un día bastante movidito —reveló, sin despegar sus ojos de los suyos.

—Así es urgencias. Espero que su estadía en esta sección sea de las mejores.

—Lo ha sido desde que puse un pie al interior de esta unidad. —«*Y tu vista se cruzó con la mía*», agregó, reprimiendo una sonrisa que osó aflorar de sus labios.

—Me alegra escuchar eso. Dígame una cosa, ¿ya se marcha?

Cuando escuchó aquella pregunta, Elizabeth tuvo que ajustar su visión frente a la inmensidad de la mirada que tenía enfrente. ¿Podía ser cierto? ¿Había oído bien o se lo había imaginado desde el primer momento, cuando conoció a esa maravilla de hombre?

—¿Disculpe?

—Que si ya se va, Elizabeth —insistió Price, dejando los documentos a un costado del módulo de informaciones.

—Yo, eh, bueno, sí... ya me marcho a casa. ¿Ocurre algo? ¿No realicé bien mi trabajo y ahora es el momento propicio para que usted me lo recrimine? Por favor, si es así, no me lo grite a la cara que no lo soportaría. He dado mi mayor esfuerzo para...

Robert la interrumpió, posicionando una de sus poderosas manos sobre uno de sus delgados hombros.

—Tranquila. Usted no ha hecho nada malo.

—Y entonces... —Dejó abierta la frase, esperando lo peor.

—Me gustaría invitarla a tomar una copa. Espero... no ser un tanto atrevido al proponérselo. Quisiera oír el chiste que nunca me contó. ¿Lo recuerda?

«¿Recordarlo? ¡Pues claro que lo recordaba!», chilló su yo interior, saltando de alegría y sin poder creer que ese hombre, malditamente guapo, estuviera invitándola a salir.

—Disculpe, pero todo esto... ¿No es una broma de recién llegada, verdad?

Price sonrió coquetamente al apartar la mano de su hombro.

—¿Cree que un tipo como yo, visto por todos los que aquí trabajan como un ser casi sin corazón y odiado por mi singular carácter, esté pensando en jugarle una broma?

—Sí —respondió Elizabeth sin ocultarlo.

Robert rio un tanto más relajado.

—Claramente se equivoca. Hace mucho tiempo dejé de hacer ese tipo de cosas, convirtiéndome en un ser demasiado amargado y abominable para el común de los mortales.

—Lo siento. No lo sabía. —Se disculpó, comprendiendo por sus palabras que no bromeaba y que, también, hablaba totalmente en serio.

—¿No lo sabía? —Atacó, sonriéndole de medio lado, más bien, dándole a entender un: “*no me jodas, Elizabeth, por favor*”. Acto seguido, enarcó una de sus cejas, sin apartar su mirada de sus ojos color miel que le parecieron hermosos.

—De acuerdo, sí lo sabía —confesó. Ahora fue ella quien rio junto con él—. Es usted el centro de atención en este hospital, doctor.

—Algo que, obviamente, no es grato para mí. Y ahora qué me dice. Le ofrezco una copa y una buena compañía para que se cerciore que no estoy bromeando, ¿le parece?

—Gracias, pero yo... aún no me cambio y...

—No se preocupe, la espero en los estacionamientos. ¿Dentro de veinte minutos está bien? Aquello, que más le pareció una orden, terminó cortándole a Elizabeth la respiración.

—Claro, doctor.

—Robert —le corrigió, intensificando la mirada sobre su semblante.

—Robert —pronunció ella sin podérselo creer y esperando que alguien viniera y la pellizcara para saber que no estaba viviendo el más hermoso de los sueños, sino la realidad misma.

—Perfecto —concluyó con una de sus más cálidas y apabullantes sonrisas—, la estaré esperando. Gracias por aceptar mi invitación.

Elizabeth asintió sin nada más que decir. En efecto, ¿podía continuar emitiendo algún sonido ante semejante situación que estaba viviendo?

Después que ella se retiró, Price dirigió sus pasos hacia el interior de su oficina en busca de sus pertenencias, sin entender lo que había hecho. Al menos todo había salido bien y de su boca no escapó ni una sola estupidez que la hiciera dudar o correr despavorida de su lado. Por ende, se relajó de a poco al avanzar por el iluminado pasillo, preguntándose si estaba haciendo lo correcto y si era hora de vivir, finalmente, como lo haría un hombre normal.

—Ayúdame, Sofia —susurró bajito y tan solo para él—. No me abandones, amor mío, menos ahora que intento... seguir transitando este camino sin ti.

Cerca de la una de la madrugada Robert ascendía en el elevador en dirección a su piso. Estaba algo cansado, más de lo habitual, pero sonreía, y eso sí era extraño en una persona como

él. Por ningún motivo se arrepentía de haber estado bebiendo una copa junto a la hermosa mujer que esa noche lo había acompañado a uno de los bares que solía frecuentar con Adam. Su simpleza, unido a su humor chispeante, la forma en cómo movía su cabello rubio y enarcaba sus cejas cada vez que esperaba pacientemente a que le diera una respuesta del todo convincente, no hacían más que corroborarle que no estaba todo perdido en cuanto mujeres se trataba. Al menos podía seguir lidiando con ellas y no las ahuyentaba, como creía que solía hacerlo cada vez que abría la boca. Pero eso de llevársela a la cama era otra cosa muy distinta. No era de esos sujetos, aunque sus instintos animales parecían aflorar con fuerza cuando ella se quedaba mirándolo con la calidez de sus ojos color miel y su boca se curvaba en una atractiva sonrisa, que en un momento lo hicieron estremecer. Quizás... si hubiera sido más inquisidor a estas alturas se habría estado revolcando con ella, desatando así sus pasiones y deseos más bajos y lujuriosos. Sabía que podía conseguirlo, pero... hoy no. No sabía el por qué, pero sí estaba seguro de que intimar con Elizabeth, después de la primera copa, no era la mejor de las opciones.

—De acuerdo, sí. Llámenme idiota, imbécil, cobarde o hasta aburrido —expresó con desenfado y algo de burla en el tono de su voz, bajando del elevador y caminando hacia su hogar. Ingresó a su departamento con prontitud, no molestándose en encender las luces, sino que optó por encender una lámpara de piso que yacía a un costado de la sala y que iluminaba tenuemente ese espacio, tanto como a él le agradaba.

Dejó su maletín sobre uno de los sofás que decoraban el lugar, se quitó la chaqueta y la corbata, para después desabotonarse un par de botones de la parte superior de su camisa de finas rayas verticales en color celeste. Luego, lo hizo de igual forma con los puños, envolviéndolos hacia arriba mientras volvía pronunciar:

—De acuerdo, Adam, tendré que tragarme todas tus recriminaciones con respecto a mi comportamiento cuando comiences con tu interrogatorio de rigor, porque eso se supone que harás conmigo a primera hora de la mañana, cuando te vea en el hospital. Sucederá y yo...

—¿Y tú qué? —Le soltó Amara, saliendo desde las sombras, logrando que Price se sobresaltara de la impresión, como si hubiera visto a un fantasma.

—¡¡¡Maldición!!! —Chilló con fuerza, mientras que con la mirada intentaba dar con ella, hasta que lo consiguió—. ¡¡¿De dónde rayos fue que saliste?!!

—Lo siento. No fue mi intención asustarte de esa manera —pronunció la muchacha, intentando no dibujar en su bello semblante una sonrisa de malicia, que a todas luces quería alojarse en él.

—¿Asustarme? ¿A mí? Por favor... ¿Con quién crees que estás tratando?

—Contigo —afirmó, acercándose.

Lo primero que Price vio en ella y que no pudo dejar de admirar fue su preciosa mirada celeste que se intensificaba con el brillo de la lámpara. Por ende, la siguió de cerca, deseando retener en su memoria cada uno de los suaves y delicados movimientos que hacía y que para él no eran del todo ajenos.

—¿Te han dicho que violar una propiedad privada es un delito? —Pronunció, queriendo hacerse el gracioso.

—Ofelia está aquí —le comunicó de golpe—. Está dormida en tu cuarto.

Por arte de magia a Price la sonrisa se le borró del rostro. Si su hermana estaba ahí era, simplemente, porque algo no andaba bien.

—Explícame —le pidió con un dejo de preocupación.

Amara negó con su cabeza.

—No soy yo quien debe decírtelo, sino ella.

—Un momento. Estás aquí, así que supongo que estás al tanto de lo que le sucede. Ahora, habla.

—Supones bien. Fui yo quien la trajo hasta aquí.

Al escuchar su enunciado se le contrajo el estómago.

—Sin rodeos, por favor, y ahora mismo —exigió con la voz un tanto dura y tosca.

La joven caminó hasta el enorme ventanal, dándole la espalda, con ese sutil movimiento Robert tuvo la leve impresión de que algo intentaba esconderle. Él era muy sagaz cuando se trataba de adivinar o suponer ese tipo de cosas que las mujeres deseaban reprimir, pero recordó que ella no era del todo una mujer o... ¿si lo era? No le quedó más remedio que ir en su búsqueda. Se posicionó a su lado y la miró por algo más que un par de largos segundos, para finalmente seguir su vista, la que ahora se hallaba posicionada en el brillo que emitía a lo lejos una refulgente luna en el ennegrecido cielo brumoso de la noche.

—Por favor —replicó Robert, tratando de mantener la calma.

—Solo si prometes no exaltarte, no me agrada verte como un insensato —le confió, logrando que el aludido abriera sus ojos como platos, realmente sorprendido por lo que acababa de oír y la magnífica apreciación que poseía sobre su persona.

—Disculpa, ¿cómo fue que me llamaste?

—Solo estoy repitiendo las palabras que Ofelia usó para referirse a ti —comentó Amara esta vez, clavando su vista sobre la suya—. No tienes por qué enfadarte cuando solo dice la verdad.

Y ahora, Price sonrió, no supo si lo hizo por lo que acababa de oír o porque, indudablemente, ella había dado en el clavo.

—De acuerdo. No me convertiré en un insensato como mi querida hermana y tú creen que soy. ¿Contenta?

Amara asintió y suspiró aliviada, consiguiendo que él la contemplara anonadado, olvidando a la mujer que, un momento atrás, había sido su acompañante en el bar.

—Lo prometiste.

—Amara, no estoy para tus...

—Ofelia está embarazada —articuló sin más rodeos.

A Price se le desencajó la mandíbula frente a tamaña confesión que no esperó oír de sus labios y sus ojos se desorbitaron increíblemente cuando pretendió digerir lo que acababa de oír.

—¿Embarazada? —Preguntó demasiado inquieto.

—Sí, embarazada, y no me hagas explicar cómo ocurre ese acto humano porque no estoy enterada de ello. Pero me consta que tú lo sabes, así que... tendrás que brindarle todo el apoyo que ella y su bebé requieren. Te necesita más que nunca y tú lo sabes bien.

Se quedó perplejo y estupefacto con cada cosa que ella pronunciaba tan resueltamente, o más bien, con cada orden que parecía imponerle.

—De acuerdo, Amara, mantén la calma. ¿Eres tú o allá arriba te cambiaron por tu yo malvado?

—No se trata de mí, sino de tu hermana, así que te agradecería que dejaras fuera de esta charla a mi yo malvado —respondió muy seriamente.

—Graciosa. Eres... verdaderamente muy graciosa.

Suspiró, no supo cuántas veces el aire le faltó mientras comenzaba a inhalar con un cierto dejo de dificultad. A continuación, se alejó de ella con sus manos puestas sobre su nuca, meditando el enunciado que ella había pronunciado y lo que confería su particular significado.

—Terminarás mareándome, Robert.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Solo te reitero que si sigues caminando de esa manera me vas a marear.

—¡Pues no me mires! —Atacó, desafiándola.

—Lo siento. ¿Podrías evitar sacar al maniático que hay dentro de ti?

Esta vez, Price se detuvo abruptamente, volteándose y clavándole sus ahora furiosos ojos sobre su bello semblante, el cual parecía brillar con la luz de la luna que se colaba por el ventanal, logrando que se viera más hermosa de lo que ya lo era.

—¿Un bebé? ¡Lo que me faltaba! —Se quejó abiertamente.

—Una bendición de Dios —le corrigió ella al instante.

—¡Pero al fin y al cabo es un bebé! —Reiteró, perdiendo la calma. Si seguía contestándole de esa forma, seguramente terminaría escuchando de su parte cualquier palabrería fuera de lugar.

—Mis felicitaciones. Serás un estupendo tío.

El dedo índice de su mano derecha fue a parar directamente hacia el cuerpo de la joven, que no dejaba de sonreír, mientras él intentaba por todos los medios controlar la ira que comenzaba a invadirlo.

—¿Podrías ser tan amable de cerrar la boca? ¡Por favor!

—Lo siento. No me moveré de aquí, se lo prometí a Ofelia.

—¿Cómo? —Preguntó sin entender a qué rayos se refería.

Tras un ágil movimiento, la joven se sentó en uno de los sofás ante la atenta mirada de Price, que no la perdió de vista en ningún instante.

—Siéntate, por favor —le pidió con amabilidad—. Tú y yo tenemos que hablar.

—Gracias, pero estoy a gusto aquí.

—Doctor Price, he dicho que se siente —enfaticó, endureciendo su voz—, y si no lo hace, aflorará de mí mi lado malvado. ¿Desea que eso ocurra? —Pronunció claramente y como una ferviente amenaza.

—¿Tu yo malvado? Por favor, Amara, si eres un pan dulce.

—Pan dulce o no, ¡te sientas ya! —Terminó alzando un poco la voz para que se diera por enterado de que no estaba bromeando.

Después de un par de maldiciones que Robert masculló, terminó sentándose a regañadientes a su lado, sucumbiendo al fin ante su imposición.

—Como usted ordene, su majestad.

—Gracias, pero prefiero que me llames Amara.

Price se llevó ambas manos al rostro mientras volvía a suspirar y se refregaba con ellas su semblante, comprendiendo que esa noche en particular iba a ser bastante larga y difícil de sobrellevar.

—De acuerdo, me rindo. Ahora... quiero que me expliques en detalle qué rayos sucede con mi hermana y contigo.

—Más bien, con hechos y situaciones que espero que oigas y comprendas como lo hace una persona normal, antes de comportarte como el hostil hombre que eres.

—Definitivamente, tú ya no eres la mujer que conocí. ¿Qué te sucedió? ¿Qué hicieron de ti?

La joven se encogió de hombros y lo contempló, a la par que él también lo hacía con ella.

—Es bastante sencillo de entender. Me cansé de ser amable contigo cuando, claramente, no eres el tipo de hombre con el cual se puede lidiar. Puedes tomar todo lo que tengo, puedes romper todo lo que soy, puedes rasgarme como si fuera un mísero e insignificante papel, puedes seguir adelante y tratar de dejarme atrás de tu vida, como si no existiera en ella. Puedes alejarme, olvidarme, echarme, correr, huir de mí, pero quiero que antes sepas una cosa...

—Amara, creo que estás exage...

—No estás en condiciones de hablar —lo interrumpió severamente—, sino de oír con atención lo que tengo que decir.

Enseguida, Price levantó las manos en son de paz y guardó silencio. En realidad, ¿podía continuar hablando cuando era ella quien tenía las riendas de la conversación?

—No iré a ningún lado, te guste o no. No me alejaré de ti ni de Ofelia, ni de Alma o de Lucía, o de quien quiera que me necesite, por la sencilla razón de que todo lo que tiene que ver contigo también tiene que ver conmigo. Eres mi misión terrenal lo quieras o no, lo aceptes o no. Es un largo camino hacia abajo, si lo quieres transitar en soledad, cuando tienes frente a ti y lo bastante cerca las nubes y el cielo —tomó aire antes de proseguir—. Ahora y más que nunca debes dejar tu coraza atrás, porque tu hermana y su bebé te necesitan. Eres lo único que ambos poseen, lo único concreto y palpable en sus vidas.

—Y el idiota ese —recordó con furia.

—Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—Ya no, Robert. Ese es un punto que no tocaré por respeto a Ofelia y por la sencilla razón que será ella quien te lo haga saber, claro, solo si quiere hacerlo.

—¿Cómo que solo si ella quiere hacerlo! ¡Tendrá que hacerlo! —Explotó—. ¿Te gusta hablar, señorita celestial? ¿Te gusta decir todo lo que piensas sin mantener tu linda boquita cerrada? ¡Pues ahora habla, soy todo oídos! —Contrató convertido en una verdadera bestia.

—No, lo lamento.

—¡Pues déjame decirte que no te pienso dejar ir hasta que me lo expliques todo de principio a fin, o en este mismo instante saco a mi hermana de la cama a tirones para que me confiese la verdad, y cuando algo se me pone entre ceja y ceja, yo...!

Amara lo interrumpió y sorprendió al colocarle un par de sus suaves dedos sobre sus labios, queriendo silenciar su voz. De inmediato, Price sintió la delicadeza y exquisitez de su piel, el aroma que lo volvía loco y que lo hacía delirar, junto al ardor y la profundidad de su mirada que se depositaba en la suya.

—No lo harás, porque no merece recordar lo que le ocurrió. Su novio la engañó. ¿Era eso lo que deseabas oír? Pues ahí tienes. Ya le hizo demasiado daño como para que ahora vengas tú y saques a flote toda su rabia, su impotencia, el dolor y el sufrimiento con el que carga. Si quiere explicarte lo que sucedió, bienvenido sea, pero si quiere callar, está en todo su derecho a hacerlo.

Price apartó la mano de su boca mientras la retenía entre las suyas, no dando crédito a lo que Amara le confesaba.

—¡Le romperé la cara a ese hijo de puta! —Vociferó con cólera, apretando en forma de puño la mano que aún tenía libre, porque con la otra sostenía la de Amara, que a toda costa no deseaba soltar—. ¡Juro que le partiré su maldita cara en dos!

—No jures en vano.

—No me conoces.

—Si te conozco y sé de lo que eres capaz, pero esa no es la mejor solución. Haciendo lo que creo que vas a hacer, no le devolverás la calma y la tranquilidad a Ofelia.

—¡Pero al menos así recordará ese imbécil lo que no debió hacer con ella!

Amara bajó la mirada, cerró los ojos y apretó la mano que los mantenía unidos.

—Hay... algo más.

—¿Más? ¡No me digas que le hizo algo, porque en este mismo instante ese bastardo no queda vivo! —Intentó ponerse en pie con toda la furia que ya le corroía las entrañas y que se

había apoderado de su cuerpo en cosa de segundos, o más bien, desde que ella le había comentado del engaño.

—¿Dónde crees que vas? —Lo retuvo sin soltarlo y apretando su mano como su poca fuerza se lo permitió. Price volvió a sentarse a su lado. Estaba ofuscado, fuera de sus cabales y reprimiendo unas enormes ganas de hacer añicos a alguien que tenía nombre y apellido: Bob Noël —. ¿Qué no comprendes cuando te digo que tu hermana te necesita como jamás siquiera lo llegaste a imaginar?

—¡Mi hermana necesita comprender que ese imbécil jamás la quiso!

—¡Cómo puedes ser tan cruel después de lo que intentó hacer con su vida!

Price guardó un incómodo silencio, tragó saliva con dificultad y se tensó aún más con aquel enunciado que le profirió.

—No irás por la vida repartiendo golpes a diestra y siniestra cuando lo más importante lo tienes delante de tus ojos y se llama Ofelia Price. Tu deber ahora es protegerla, otorgarle cariño, apoyo, contención, y mantenerla en calma a ella y a su bebé.

—Pero no puedo apartar de mi mente las ganas de querer asesinar a ese imbécil con mis propias manos.

—¡Dios mío! ¡Dame la paciencia y tolerancia necesaria para enfrentar cada dura prueba que pones en mi camino! —Se quejó Amara a viva voz, deslizando su mano libre hacia su frente —. ¡O la que va a terminar acriminándose con quien tengo por delante, y al cual por obvias razones no me voy a referir, voy a ser yo!

Aquello al joven médico le pareció bastante gracioso de asimilar y sin evitarlo, comenzó a carcajearse a viva voz y frente a su rostro.

—¡Lo siento, Amara, pero es que...!

—¿Qué?

—¡Es que no te imagino...! ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —Reía Price sin aguantarse las ganas.

La joven inhaló aire profundamente, mientras dejaba que continuara riéndose a sus anchas, hasta que optó por levantarse del sofá, pretendiendo zafar de la mano que aún los mantenía unidos.

—Está todo dicho. Ya sabes cuál es tu deber.

Pero él no la soltó.

—Espera. Lo lamento. ¿Estás molesta? Yo no quise...

—Debo irme, me esperan en casa.

Aquella respuesta a él no le agradó, así que cambiando el semblante y sin dejar que el espacio que ahora los separaba se hiciera más grande, le preguntó:

—¿Dónde crees que vas?

—Te lo acabo de decir, a casa.

—¿Con ellos?

Amara entornó los ojos.

—Sí, con mis hermanos.

«¿Hermanos? O sea que ninguno tiene algo contigo y... ¡pero que idiota eres, Price, los ángeles no tienen novias! ¿O sí?».

—¿Podrías soltar mi mano, por favor? —Le pidió al notarla todavía unida a la suya.

—Claro... lo siento. —A regañadientes se desprendió de ella, sin apartar la mirada de sus ojos, pero especialmente de su boca que tanto le gustaba contemplar.

—Ahora, una última acotación. Cuidala o te las verás conmigo —le advirtió muy seria, logrando que él, de forma inmediata, levantara otra vez las manos en son de paz—. Y no estoy jugando, Robert.

—Me gustabas más cuando eras una chica dulce, apacible e inofensiva.

Ante su enunciado, ella entrecerró los ojos con algo de molestia.

—Creo que es mucho mejor así para los dos. Además, y por lo que recuerdo, solo me comporto como tú me enseñaste a tratarte.

—Te refieres a mí como si fuera un maldito caso sin remedio y el peor de todos los hombres que han pisado este mundo —intervino, deslizando ambas manos por su cabello, dejándolas ahí mientras admiraba cómo se alejaba de su lado cada vez más.

—Tú lo expresaste con tus propias palabras, no yo. Buenas noches.

—Un momento, Amara, déjame ir contigo... quiero decir... deja que te lleve a tu casa o a donde tú...

—Gracias, pero no lo necesito —lo interrumpió.

—¿Por qué? ¿Solo desapareces y ya?

—No, me desvanezco —le corrigió—. Eso de desaparecer lo hacen los fantasmas y por lo que sé, yo aún no soy uno de ellos.

—¡Espera! —La detuvo Price por tercera vez, dando un par de atolondrados pasos hacia su persona—. ¿Volverás?

—Lamento informante que sí. Eres mi misión y haré todo lo que esté a mi alcance por ti y por cada uno de los tuyos.

Robert tragó saliva, como si con aquellas palabras le hubiese dado a entender tantas cosas que él aún se negaba a admitir y a asimilar.

—Dime, ¿qué hice para merecerte? —Quiso saber, aminorando el espacio que los separaba.

—Mientras tú existas, yo estaré aquí, siempre y cuando me necesites y estés dispuesto a confiar en mí.

—Confío en ti, Amara —le soltó de improviso, con sus ojos azules aferrados a los suyos.

De pronto, un brevísimo silencio los envolvió; un instante de paz y de quietud, al que ambos se aferraron voluntariamente.

—Cuando eso ocurra, subirás desde el suelo, erigiéndote al igual que lo hace un poderoso rascacielos, llevando contigo la fuerza que solo tú posees y que te hace ser un maravilloso hombre que da su vida por los demás —pronunció Amara, quebrantando el mutismo del cual ambos formaban parte—. Mientras eso no suceda, yo estaré aquí para batallar por ti, para devolverte las armas que requieres y así luchar a tu lado día tras día. No me rendiré, Robert, no me alejaré de ti...

—Dime, ¿cómo puedo ser un rascacielos, cuando mis cimientos y todas mis ventanas están rotas?

—Pero sigues en pie. Tú aún sigues en pie y lo seguirás estando por quien ahora duerme en tu cama, y por esa pequeña vida que crece en su interior. —Se alejó de él ante su atenta mirada, dispuesta a marcharse—. Y ahora, cierra tus ojos —le pidió, esbozando una maravillosa sonrisa bajo la radiante luz de la luna que esa noche los cobijaba.

—No. Me niego a cerrarlos y pretender que nada fue real.

—Si piensas eso, es porque aún no confías ni crees en mí.

—¡Yo confío en ti! —Reiteró todavía molesto.

—Entonces, solo cierra tus ojos lentamente y déjame partir.

Lo meditó. Ella le solicitaba que la dejara ir cuando algo alojado al interior de su cuerpo le pedía a gritos que no lo hiciera. ¿Qué debía hacer? ¿Y por qué sentía una extraña sensación que le oprimía el pecho con insistencia?

Robert terminó llevándose una de sus manos al rostro, la que paseó por cada uno de los extremos de sus mejillas. «*No sé qué está sucediendo...*», se dijo «*...pero comienzas a preocuparme y eso no está bien para ser tú. ¿Qué pretendes? ¡Despeja tu mente y céntrate en quien más te necesita!*». Y eso fue lo que hizo, sin darle más vueltas a todo el asunto que invadía su mente. De forma lenta comenzó a cerrar los ojos mientras la magnífica esencia a flores, a hojas secas y a tierra húmeda invadía todo el lugar, embriagándose de ella, inhalándola como si fuera lo único que ansiara en ese momento respirar para seguir viviendo.

Luego de varios segundos, su mirada azul se abrió de par en par para corroborar que Amara ya no estaba a su lado. La buscó con la vista, de un lado hacia otro, siguió su característico aroma que parecía expandirse por la sala, hasta que sus pasos lo llevaron directamente hacia su dormitorio, en el que Ofelia descansaba. Desde el umbral de la puerta la observó por un largo momento, hasta que decidió acercarse por un costado de la cama. Se arrodilló a su lado, tomó su mano, la entrelazó con la suya y la besó sin nada que decir. A continuación, acarició su largo cabello pelirrojo —el que adoraba—, el contorno de sus mejillas y su mentón. También le besó la frente, percibiendo la calidez de su piel y cómo se removía ante su contacto.

—Shshshshsh... Descansa, duerme, no me iré a ningún lugar sin ti. Te amo, Ofelia, y prometo protegerte con mi vida, como tú has decidido hacerlo con la mía, porque estoy seguro que cuidarás de la tuya y la de mi... —suspiró mientras se le hinchaba el pecho de la emoción—, y la de mi pequeño sobrino o sobrina que crece en tu interior. Ustedes dos son ahora mi vida, ¿me oíste? Ambos serán mi vida entera, porque desde hoy tú, ese bebé y yo estaremos juntos para siempre. Es una promesa.

Una sutil luz invadía la habitación cuando Ofelia abrió los ojos esa mañana. Al alzar la mirada lo primero que vio fue a la figura de su hermano situada en una de las ventanas, mientras parecía que admiraba concentradamente el horizonte. Se removió algo inquieta, cerciorándose de buenas a primeras que él no tenía buen aspecto.

Suspiró y se sentó sobre la cama, tosiendo algo más que un par de veces. Quería, ansiaba, necesitaba que notara su presencia. «*Quizás, había llegado la hora de decir la verdad...*», pensó, estremeciéndose.

—Buenos días, Rob.

—Buenos días, O. ¿Dormiste bien?

—Sí, creo que... sí, pero tú...

—Me desperté temprano. A veces sucede; aún me cuesta conciliar el sueño —confesó. Se volteó hacia ella y caminó hasta detenerse en el borde de la cama, específicamente a su lado, mientras la admiraba e intentaba esbozar una sonrisa.

Ofelia se sonrojó y sus ojos se humedecieron, ansiaba cohibir cada emoción que volvía a azotar su cuerpo con fuerza, porque una a una revivían para recordarle que todo lo que había sucedido el día anterior aún seguía arraigado en su alma y al interior de su maltrecho y herido corazón.

—Siempre me lo advertiste y yo...

Ante sus palabras, la abrazó sin titubear. ¡Por Dios, era su hermana, lo único que le quedaba en este mundo! Y no iba a abandonarla, menos ahora que se sentía de esa forma.

—¡Tranquila!

—¡No puedo! ¡Juro que trato, pero no lo consigo! ¡Yo amaba a ese cabrón miserable! ¡Lo

necesitaba, lo anhelaba con mi vida y él...! —Comenzó a llorar sin contenerse—. ¡No imaginas cómo duele! ¡No sabes cómo me hizo sentir ese mal nacido al verlo follándose a esa zorra de mierda! —Chilló descontrolada.

Price sujetó su rostro con ambas manos, ambicionando que sus ojos se quedaran fijos en los suyos.

—¡O, mírame! ¡Por lo que más quieras, mírame, por favor!

Y ella así lo hizo, temblando de la rabia que aún carcomía cada parte de su ser.

—Sé que duele. Sé de sobra cuánto hiere cuando la persona que más amas en la vida te abandona.

Su hermana sollozó ante sus enunciados.

—Pero me tienes a mí y yo no te abandonaré, como lo hizo ese desgraciado miserable, hijo de... —Se contuvo, mordiendo la lengua. Lo que menos necesitaba Ofelia era que él escupiera veneno y palabrotas furiosas en torno a la figura de ese tipo, porque si tenía que hacerlo desaparecer de su vida lo intentaría por todos los medios posibles y sin vacilar. Personalmente se encargaría de que Bob Noël solo fuera un fugaz recuerdo de su existencia—. Lo siento, pelirroja. Lo siento muchísimo.

—No tengo nada que disculparte, Rob, aquí la única que tiene que pedir perdón soy yo. Fui tan tonta, tan ilusa... ¡Cómo mierda pude creerle, cuando el infeliz se cogía a cada zorra que se le cruzaba por delante!

—¡Ofelia! —La regañó con rabia—. ¡Deja de recordar lo que sea que hayas vivido! ¡Ese... “tipo” no merece ni una sola de tus lágrimas! —Recalcó, cuando claramente ese apelativo no servía para definirlo—. ¿Me estás escuchando? ¡No quiero que vuelvas a llorar por ese imbécil nunca más!

—¡Pero me engañó, maldita sea, me engañó!

—¿Y qué esperabas? ¿Que sucediera cuando tuvieras seis o nueve meses de embarazo? —La increpó con su vista clavada en la suya—. ¡No te merecía, compréndelo! ¡Le diste los mejores años de tu vida y se acabó! ¡Lamentándote y llorando por los rincones no te devolverán tu alegría de vivir, cuando ahora debes preocuparte de cosas mucho más importantes, como de tu hijo, por ejemplo!

—Rob...

—¡Sí, ya lo sé y no me mires así! ¡Tendrás un hijo! ¡Un hijo! —Le soltó con fuerza, queriendo hacerla reaccionar.

Sus ojos volvieron a aguarse cuando un escalofrío la recorría por completo. Y tembló; tembló de pavor al ver su mirada que reflejaba una absoluta incertidumbre, tal y como la que estaba sintiendo ella en ese instante.

—No me preguntes el por qué, pero estoy aterrado. Solo sé que te amo y te necesito para seguir adelante después de todo lo que ha sucedido con mi maldita vida. Así que espero que tú hagas lo mismo con la tuya. No todo debe acabar aquí. Ahora tú y yo tenemos algo por lo que luchar; aunque confieso que ni siquiera estoy preparado para ser... —las palabras de Amara regresaron a su mente: *“felicitaciones. Serás un estupendo tío”* —, para que ese pequeño o pequeña tenga un tío como yo.

Ofelia no pudo concebir lo que su hermano expresaba, gratamente asombrada y con la vista enjuagada en lágrimas.

—Cada vez me sorprendes más frente a todo lo que has intentado hacer conmigo para devolverme a la vida y esto, sinceramente, no me lo esperaba, pero eres mi hermana. Te quiero conmigo, O, pero cuerda, muy centrada en tus objetivos e ideales y no como una loca de atar que

ansía encontrarle cabida a una situación que ya no la tiene.

—¡Lo lamento tanto! —Manifestó Ofelia con rapidez cuando dejaba caer sus brazos alrededor de sus hombros—. ¡Te juro que no quería que sucediera, pero ocurrió y yo...!

—Tranquila, pelirroja, y deja de llorar o te verás horrible por la mañana. —Quiso que riera, pero se equivocó, ella no lo hizo.

—¡No soy horrible!

Price limpió cada una de sus lágrimas con cuidado.

—Mamá siempre me decía que el horrendo de la familia eras tú.

—Mamá jamás hablaba en serio, hermanita. Cuando naciste y te vi por primera vez, me dije: ¡Qué fue lo que salió del interior de mi madre!

—¡Idiota! —Lo regañó, dándole un par de palmaditas en el pecho—. ¡Cállate, o me harás llorar todavía más!

—¡No lo harás, te lo prohíbo! ¡No estaré luchando con tus malditas hormonas y tus cambios de humor día tras día! ¡No lo soportaría!

—¿Qué no soportarías? ¡No me vengas con tonterías, Price, porque la que ha tenido que aguantarte todo este tiempo reprimiendo unas cuantas ganas de abofetearte en público he sido yo! —Le confesó—. ¡Sí serás cabrón!

—¡Ey! ¿Con esa boca besas a tu hermano?

—¡Sí! ¡Y con esta misma puedo decirte unas cuantas cosas más!

De pronto, ambos empezaron a reír como no lo habían hecho hace bastante tiempo y a continuación, Robert acarició el enrojecido rostro de su hermana, sin apartar sus ojos de los suyos, depositando en ellos la intensa claridad de su mirada que, más bien, reflejaba un claro *“todo va a estar bien. Te lo aseguro”*.

—Te quiero muchísimo, tonto.

—No más que yo, pelirroja. No más que yo. —Y después de que ambos se fundieron en un gran abrazo, Ofelia comprendió que el energúmeno ya no cargaba con la estampa de ser el hombre más hostil y odiado del planeta y que, aunque lo quisiera ocultar y siguiera insistiendo en hacerse el duro, sí poseía un corazoncito que no estaba hecho, precisamente, de hierro. Ahora, latía y lo hacía con fuerza, con ahínco y con tesón, como si los difíciles momentos por los cuales había atravesado, después de la muerte de Sofia, al fin estuvieran quedando atrás, para despertar al maravilloso hombre que un día había sido y del cual se sentía completamente orgullosa.

Un par de horas más tarde, Price realizó un par de llamados al hospital. Después de eso optó por hablar con su viejo amigo Adam, lo necesitaba. Esto del embarazo le había caído como un balde de agua fría, y más, todo lo que tenía directa relación con Ofelia. No podía concebir verla llorar de la forma tan angustiante y apremiante en que lo hacía, se le despedazaba el alma, porque sabía quién era el maldito causante de toda su agonía.

—Necesito de tu ayuda —le comunicó de improviso.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. Iré por Catherina y estaremos allá en un momento.

—Gracias. Ofelia no deja de llorar, y aunque está mal que lo sienta, me está volviendo loco.

—¿Te puedes calmar? Lo que menos necesita es verte convertido en un desequilibrado.

—Desequilibrado o no, ese infeliz va a conocerme.

—¿De qué hablas, Price? ¿Qué intentas hacer?

Sonrió, porque lo tenía bastante nítido en su cabeza. Ese hijo de puta, al cual se refería, iba a pagar con creces por cada lágrima que su hermana no cesaba de derramar.

—Creo que practicar un poco de boxeo no me hará nada mal.

—Robert...

—Tengo unas infinitas ganas de partirle la cara a un miserable, al cual tú y yo conocemos muy bien.

Adam suspiró con fuerza, sabía que su amigo no hablaba por hablar, y más tarde que temprano terminaría concretando cada uno de los planes que ahora se acentuaban en su mente.

—Pues... ya somos dos —prosiguió—. No te muevas de ahí hasta que mi mujer y yo lleguemos a tu departamento. Después de todo, alguien tiene que cuidarte la espalda.

—¿Estás en condiciones, colega?

—En condiciones o no, tengo muchas ganas de quitarme un poco de estrés acumulado. No sé si comprendes...

—Perfectamente —respondió Robert con una soberana sonrisa burlona que se dibujó en su rostro, cuando una sola convicción deambulaba al interior de su cabeza: *«Bob Noël, cabrón miserable, a mí no me coges las pelotas. Así que ve buscando un buen cirujano plástico que te recomponga, porque después de lo que me voy a cobrar, te aseguro que lo vas a necesitar»*.

Colgó la llamada y suspiró con certeza, porque hoy, después de lo que había acontecido, sí sería un buen día, y el más reconfortante de todos.

VIII



Ofelia mantenía la mirada perdida en la ventana de su cuarto mientras era acompañada por Catherina, la esposa de Adam, quien en ese momento se disponía a preparar algo de comer. De alguna forma O intuía que algo no andaba bien. En primer lugar, lo presintió por la irónica sonrisa con la cual su hermano se despidió antes de marcharse junto a Adam, y en segundo lugar, por las continuas miradas de reojo que la rubia mujer le daba, como diciéndole que no se preocupara. Pero... ¿debía hacerlo después de las imágenes que elucubraba su mente y en las que el protagonista era nada menos que Robert? No quería admitirlo, pero ciertamente, un gran nudo alojado en la boca de su estómago se lo decía con creces: él no andaba en los mejores pasos.

Suspiró y percibió como la puerta de la habitación se abría lentamente, por lo que volteó la mirada para encontrarse de lleno con la apacible vista de Catherina, una maravillosa mujer de hermosa sonrisa, ojos claros, tez blanca, menuda figura y dulce voz, con la que se llevaba perfectamente y con quien había cultivado una linda amistad desde que había contraído matrimonio con el mejor amigo de su hermano. Ambas se contemplaron por unos segundos, mientras esta última le daba a entender —cuando cargaba a su pequeño hijo en sus brazos—, que alguien la esperaba en la sala. Por un breve lapso de tiempo el corazón de Ofelia se desbocó y comenzó a latir precipitadamente, elevando en todo momento y sin margen de error cada uno de sus pensamientos hacia una sola persona: Bob. Pero al notar la apacible mirada de Catherina, comprendió de inmediato que no podía tratarse de él. Seguramente, ella y su esposo estaban ahí porque Rob se los había pedido como un favor personal, después de haberles comentado lo que estaba sucediendo.

—Hay una chica llamada Amara que acaba de llegar. Te está esperando en...

Sin meditarlo, salió rápidamente y fue en su búsqueda, porque sentía como si algo más fuerte que su propia voluntad la arrastrara hacia quien deseaba con muchas ansias volver a ver. Y cuando sus pies descalzos se detuvieron en el piso de granito ennegrecido de la enorme sala decorada con lujo y refinado gusto y sus ojos azules observaron a la muchacha que la contemplaba, sonriendo con dulzura, trató de reír en el exacto segundo en que sus vistas volvieron a conectarse como una sola.

—Hola, Ofelia. ¿Cómo te sientes hoy?

—¡Regresaste! —Fue lo único que logró pronunciar, acercándose y recibéndola con un afectuoso abrazo, el que Amara correspondió de la misma manera—. ¡Gracias, gracias, gracias! —Emitió la pelirroja, como si aquello fuera una efusiva proclamación de gratitud.

Amara, entretanto, la observó con una sonrisa a flor de piel, notando como sus lindísimos ojos comenzaban a humedecerse.

—¿Se comportó? —Prosiguió la recién llegada, aun cuando sabía lo que entre ambos

hermanos había acontecido.

—Más que eso. Rob no me dejará sola.

—No es tan terco después de todo —comentó Amara en un inusual tono burlón.

—¿Mi hermano? Yo que tú no cantarías victoria tan pronto. Salió de aquí sin decirme una sola palabra y por lo que aprecié en sus ojos, él... bueno, ese necio es capaz de cualquier cosa, y más, después de lo que hablamos esta mañana con respecto a Bob.

De pronto, una pegajosa melodía inundó la habitación cuando las miradas de Ofelia y Amara se dejaban caer en la figura de Catherina, que regresaba a la sala para tomar su teléfono móvil que se encontraba en la mesa de la cocina, junto a un pequeño bolso maternal con un tierno Oso Panda estampado en su frontis.

—¿Hola?... Sí, soy yo... claro, soy su esposa. Perdón, ¿cómo dice? —Preguntó sumamente sobresaltada, volteándose enseguida hacia las muchachas que la contemplaban con interés—. ¿Dónde? ¿En la estación de policía? Pero... ¿Qué hicieron qué? ¡Santo Dios!

Ofelia fue hacia ella para tomar al pequeño en sus brazos y así darle más libertad a que contestara la llamada, observando con ansias como Catherina comenzaba a moverse de lado a lado, como si estuviera danzando.

—¡¡¿Detenidos?!! —Chilló, interrumpiendo su andar—. Pero usted... ¿está seguro? ¡Mi Dios!

—Cath, ¿qué sucede? ¿Se trata de Rob? —Inquirió Ofelia con el estómago algo revuelto al comprender sus palabras—. Cath... ¡Cath!

Su amiga la detuvo en un claro ademán de “*guarda silencio*”.

—Sí... voy para allá. Muchas gracias, inspector. Buenos días para usted también.

Sin comprender nada, la muchacha vio a Amara con impaciencia, para luego dirigir su vista hacia el ahora duro, incomprensible y ofuscado semblante de Catherina.

—¡¡Par de imbéciles!!! —Vociferó la mujer, apretando el teléfono en sus manos—. ¡¡Par de cabrones idiotas y tarados!!! —Volvió a expresar con la ira disparándola a través de sus ojos claros—. ¿¿Quién mierda se creen que son?!! ¡¡Me van a oír!!! ¡¡Juro que ese par de ineptos me va a oír!!!

—Por lo que más quieras, Cath, ¿qué ocurre con ellos?

—Hoy te quedas sin hermano, O.

La aludida no comprendió lo que quiso decir con ese tajante enunciado.

—¿Podrías ser más clara, por favor?

—Lo siento, pero cuando lo vea, y claramente, después de abofetear a mi marido primero, me encargaré personalmente de él. Te juro que a esos dos no les van a quedar ganas de volver a meterse en ningún maldito lío.

Sin entender nada de lo que oía, Ofelia se quedó absorta en cada fugaz movimiento que su amiga realizaba, hasta que besó a su hijo en su frente y le comentó:

—Cuida de mi bebé, por favor. Ya regreso con el par de infelices, no sin antes arrancarles los ojos con mis propias manos.

—Cath...

—No me pidas explicaciones ahora, porque no voy a dártelas. Después que regrese y compruebes con tus lindos ojitos cómo quedaron ambos... ¡Mierda! ¡Los voy a matar! ¡Juro que a los dos los voy a matar! —Fue lo último que pronunció, alzando las manos y saliendo furiosa del departamento.

Amara y Ofelia se examinaron la una a la otra, sin nada más que agregar.

—Esto no me está gustando para nada —le anunció O deliberadamente.

Amara solo asintió, a la vez que resoplaba fuertemente.

Un par de horas después y bajo la atenta mirada inquisidora de tres pares de ojos femeninos que los observaban sin descanso, Adam y Robert se sonreían el uno al otro con un remarcado dejo de sarcasmo. Habían terminado detenidos en la estación de policía tras el revuelo que ocasionaron con su afronta personal desarrollada en el mismísimo gimnasio donde Bob entrenaba con el equipo de basketball. A ninguno de los dos ni siquiera les importó haber terminado tras las rejas y con un par de puñetazos en el rostro, producto de la golpiza en la cual se habían enfrascado como dos adolescentes. No, claro que no, Ofelia, el engaño y el bebé lo ameritaban, por supuesto. Además, el hijo de puta se lo tenía más que merecido por cabrón, repetía Robert insistentemente. Adam, mientras su mujer de frente a ambos no dejaba de sermonearlos fuera de sus casillas, también sonreía.

—¿Qué mierda tienen en la cabeza?

Volvieron a sonreír, reclinando ahora sus espaldas en el respaldo del sofá; cuando Price se llevaba una de sus manos al labio inferior, el que tenía levemente hinchado.

—Eso deberías preguntárselo al imbécil ese. Si vieras como quedó... —respondió Adam, burlándose de la situación.

—¡Tú te callas! —Lo interrumpió su esposa de sopetón, apuntándolo con su dedo índice.

—¡Sí, señora! —Rio, chocando la palma de su mano con la de su amigo, a quien tenía a su lado.

—¡Bingo! —Manifestó Robert enseguida. Ambos se lo estaban tomando como si todo hubiera sido un juego de niños, hasta que Ofelia no pudo más, se levantó desde uno de los sofás y gritó, irascible:

—¿Por qué reaccionas así? ¡No eres un hombre de las cavernas!

La sonrisa en el rostro de Price se le borró de inmediato, posándose en sus labios una fina línea horizontal y sin atisbo de sentimiento alguno.

—¿Crees que golpeándolo conseguirás algo? ¿Crees que volcando toda tu rabia de esa manera me sentiré mejor? ¿Crees que comportándote como un maldito justiciero olvidaré todo lo que sucedió?

—Ofelia...

—¡¡¡Pues no!!! ¡Y lo mismo va para ti, Adam!

Los dos guardaron silencio con los ojos abiertos como platos mientras oían a Catherina bufar; conocían el carácter explosivo de Ofelia y la forma en la que reaccionaría tras lo que se habían cobrado como una perfecta y desmedida venganza.

—¡No necesitaba que un par de matones de cuarta categoría se cobraran en carne propia lo que ese desgraciado hizo conmigo! ¡No necesitaba que hubieran ido a montar semejante espectáculo a ese lugar! ¡Les pudo haber pasado algo! ¿Qué no piensan más allá de sus propias hormonas de machos cavernícolas? ¿Qué no se dan cuenta de lo que han conseguido con todo esto?

Amara se acercó a ella, colocó sus manos en cada uno de sus hombros y le manifestó un par de palabras en silencio.

—¡No puedo creerlo! —Intervino Cath todavía perpleja por lo que acontecía.

—Si vieras como quedó ese tipo después de lo que...

—¡Me importa una mierda! —Chilló Ofelia con rabia, interrumpiéndolo y a la vez observando con algo más que furia el rostro de su hermano.

—¿Lo estás defendiendo?

—¡No!

Robert se levantó del sofá con el ceño fruncido, debido a que las continuas reprimendas de su hermana comenzaban a fastidiarlo. Había golpeado al infeliz sin contemplación alguna, solo porque nadie tenía derecho a hacerla sufrir y ¿ahora ella venía y se lo refregaba en su propia cara, en vez de darle, por ejemplo, las gracias?

—¡Pues no te creo! —Le soltó así sin más.

—¡Piensa lo que quieras! ¡Lo único que anhelo es sacármelo de la cabeza y ahora vienes tú y...! ¡Maldición! ¡Eres un idiota!

—¡La idiota eres tú por no terminar de convencerte que ese mal nacido nunca te amó y jugó contigo todo lo que quiso, hasta que consiguió embarazarte como a una tonta!

Ofelia lo miró por unos segundos hasta que desde las comisuras de sus ojos brotaron varias lágrimas, derramándose éstas rápidamente por sus mejillas.

—¡Eres un maldito sin corazón! ¡Te odio!

—O, espera... —Algo iba a agregar Robert, pero Amara, luego de otorgarle una gélida mirada, lo enmudeció. Por ende, tuvo que guardarse toda la rabia y la impotencia que lo corroía, empuñando sus manos varias veces en señal de represión. Y más, tuvo que contener a su lengua mordaz que ambicionaba por todos los medios posibles volver a hablar.

Ofelia, sin dudarlo, huyó de la sala, mientras Adam y Catherina presenciaban expectantes lo ocurrido. Ella quiso seguirla, pero su esposo no se lo permitió, ya que lo que sucedía, visiblemente, por mucho que ambos quisieran ser parte, era un problema familiar y debían mantenerse al margen de eso.

Robert, en cambio, se llevó ambas manos hacia la nuca, si hasta le parecía que la cabeza de un momento a otro le iba estallar en mil pedazos, gracias a toda la rabia que lo invadía. Quizás, si se hubiera cocido la boca antes... pero ya era tarde, muy tarde; había hablado de más, hiriéndola.

Suspiró al percibir como su amigo le daba un par de palmadas en la espalda.

—No debiste hablarle así.

—Lo sé —le contestó con la vista pegada al piso y muy avergonzado.

—Será mejor que mi mujer y yo nos marchemos por ahora. Sabes que puedes contar con nosotros para lo que sea.

—Gracias, Adam, y también a ti, Cath, a pesar de que hablas demasiado y cuando te enojas me das hasta un poco de miedo.

—No te preocupes, Rob, para la próxima vez prometo no hablar tanto y ser yo quien te dé una buena bofetada. Ofelia tiene muchísima razón, no era la manera ni la forma de abordar todo esto. Y sinceramente, sí, eres un idiota.

—Te lo dije, Cath, y sigo insistiendo en ello, hablas demasiado —recalcó Price, entornando los ojos.

—Gracias, energúmeno —fue lo último que le contestó mientras le daba un cariñoso beso en la mejilla, en señal de despedida—. Cuando puedas, y espero que sea pronto, habla con ella y no vuelvas a gritarle así, ¿me oyes?

Robert volvió a suspirar, sin nada más que acotar, por supuesto.

Cinco minutos después, la puerta se cerraba y al interior de la sala solo quedaban Amara y él. No quería colocar sus ojos sobre los suyos, menos quería abrir la boca, solo deseaba escuchar nada más que su propia respiración. Estaba demasiado molesto y en realidad sí, se sentía un idiota de tomo y lomo por haber causado semejante lío al no pensar más allá de sus hormonas de macho cavernícola, como su hermana los había caracterizado.

—¡Maldición! —Se quejó bajito ante la atenta mirada de aquella chica, quien sin poder evitarlo, cruzó sus brazos por sobre su pecho y pronunció:

—Definitivamente, lo eres.

—¿También estás de su parte? ¿Qué no te bastó con lo que Cath y Ofelia dijeron para que tú me consideres así?

—No te considero, Robert, ya lo eres. La verdad, ahora me doy cuenta de tantas cosas...

—¿Cómo cuáles, por ejemplo? —La desafió, adoptando el mismo movimiento, cuando su inquisidora vista se dejaba caer sobre su pálido semblante.

Amara comenzó a caminar lentamente por la habitación, a rodear el más grande de los tres sofás que decoraban el lugar, deslizando su dedo índice por el contorno de éste ante la concentrada e interesada vista de Price, que no le quitó los ojos de encima.

—Punto uno —comenzó—, advierto que no escuchas cuando alguien te habla. Punto dos, no comprendes cuando alguien te pide “*por favor*” que no hagas lo que, obviamente, tú sí harás. Punto tres, haces lo que se te viene en gana sin medir las consecuencias de tus actos y punto cuatro...

—¡Ey, ey, ey! ¡Alto ahí! ¿No crees que son muchos puntos a considerar?

—Si se trata de ti, no.

Robert refunfuñó; si intentaba hacerle comprender que su juicio frente a todo lo que ocurría con su hermana no había sido el más acertado, por esa vía no lo conseguiría tan fácilmente.

—De acuerdo, me equivoqué y lo asumo, pero no me pidas que me arrepienta de haber golpeado a ese desgraciado hijo de...

De forma inmediata, Amara levantó una de sus manos en señal de que prefería no oír cómo concluía ese comentario.

—Acabo de entender, gracias. Pero dime algo... ¿lo disfrutaste? ¿Lo sentiste como una gratificación personal?

—¡Por favor! Ya tuve bastante en la estación con Catherina, como para que ahora vengas tú y me sermonees. Por qué mejor no guardas silencio, me miras y sonrías de esa hermosa manera, en la que... —Se detuvo abruptamente. ¿Qué había dicho? ¿Qué había salido de su boca? ¿Hermosa manera? «*¡Mide tus palabras, cabrón!*».

Enseguida, la muchacha un tanto abrumada apartó la mirada y comenzó a caminar hacia el pasillo que iba hacia las habitaciones, pero Robert, con agilidad, se interpuso en su camino, deteniéndola.

—Espera. Yo no quise decir lo que... bueno, lo que ya escuchaste, pero... Amara, detente, por favor.

Y ella así lo hizo, pero sin alzar la vista, ya que por alguna extraña razón no deseaba levantar los ojos para depositarlos en los suyos, no hasta que una de las manos de Price se posicionó bajo su mentón con suma delicadeza. Al momento que percibió la calidez de su piel al contacto con la suya, una corriente eléctrica la sacudió, estremeciéndola.

—Lo siento —se disculpó Robert y sin que sus ojos lograran parpadear. Quería contemplarla, necesitaba saber que no estaba molesta. ¿El por qué? No lo comprendía del todo. Pero aun así anhelaba que sus preciosos ojos se dejaran caer en los suyos—. No quise gritarle a Ofelia, no fue mi intención decir eso sobre tu sonrisa, aunque... ¿preferirías que te mintiera? Tú no puedes mentir y yo no quise hacerlo contigo. No sería justo de mi parte, ¿no crees?

Amara asintió y tragó saliva con dificultad, perturbada por su rostro, con el color de sus enigmáticos ojos, la forma de su mandíbula, el contorno de sus labios y la manera en como éstos se curvaban, como si deseara sonreír.

—Después de todo lo soy, un idiota que comete un error tras otro error.

—Deberías hablar con ella —la joven procuró cambiar el tema de la charla—, está

sufriendo y te necesita.

—¿Y qué hay de mí? ¿Qué hay de lo que yo necesito? —. Robert cerró los ojos y lentamente apartó su mano de la barbilla de la joven, dejando que todo el peso de su cuerpo recayera sobre la pared que se hallaba a su espalda—. ¡Maldita sea! —Se quejó—. ¡Todo sería tan sencillo si...!

—Si fueras más juicioso en tus actos, así como también con tus pensamientos.

—Buen punto, entidad.

—Se suponía que ese era el punto número cuatro, pero no me dejaste terminar de hablar.

Price sonrió espontáneamente frente a su comentario, y después de varios segundos, su mirada al fin regresó a la suya.

—Guíame —le pidió de pronto, sin cohibir las palabras que afloraban de su boca—. Guíame para no cometer más errores, porque si no lo haces, terminaré siendo un especialista en ese rubro, ofendiendo y lastimando a quienes más quiero.

—Solo dile que la amas, que lo sientes, que no quisiste hablarle de esa forma y que sí eres un completo idiota, pero trabajarás en ello para mejorarlo —respondió ella al instante.

—¿Cómo lo consigues, Amara?

La aludida entrecerró la vista, sin comprender a qué se refería con esa pregunta que le había formulado.

—¿Cómo consigo qué?

—Lograr que crea en ti.

Deseó sonreír ante su frase, pero un violento e inusitado portazo proveniente del dormitorio la alertó.

De inmediato, Robert observó como un tornado pelirrojo se acercaba a paso firme y apresurado hacia ellos, con el rostro ceñudo y los ojos sumamente hinchados. Sin duda, estaba enojadísima, la conocía de sobra como para advertirlo.

—¡Me largo! —Les anunció eufórica, sobresaltándolos.

—¿Dónde crees que vas? —La interrogó su hermano, caminando junto a ella.

—No lo preguntes, porque no te lo diré.

—Pues sí me lo dirás y ahora mismo. No puedes...

Ofelia se carcajeó, se detuvo y lo miró a los ojos por más que un momento.

—¿No puedo qué? Te informo, por si no te has dado cuenta, que ya no soy una niña.

—Pero eres mi hermana.

—Para mi mala suerte, Rob, para mi bendita mala suerte sí, todavía lo soy —contestó hiriente. ¿Y él? La detuvo en el acto, reteniéndola por una de sus extremidades.

—No te vas de aquí y menos en ese estado.

—¿Me retendrás en contra de mi voluntad? ¿Me encerrarás bajo estas cuatro paredes? Te recuerdo que fuiste tú quien me abandonó primero a mi suerte cuando sucedió lo de Sofia. Fuiste tú quien mandó todo a la mierda decidiendo por ti y únicamente por ti. Fuiste tú quien se apartó del mundo exterior para sumirte en tu propia agonía, convirtiéndote en el odioso y abominable hombre que ahora eres, así que... ¡Me sueltas, o seré yo quien terminará dándote un puñetazo!

—O, por favor, tan solo...

—No gastes saliva innecesariamente, hace un rato lo entendí todo muy bien. No soy tan tonta como crees.

Price la soltó mientras intentaba digerir cada una de sus palabras. Se sintió muy avergonzado por cada verdad que su hermana le profería con tanta seguridad, porque todo lo que le decía era totalmente cierto. Había sido el peor cabrón, pensando en él todo este tiempo y aún lo

seguía siendo, olvidándose de las personas que estaban a su alrededor.

—O, lo lamento tanto.

—No lo lamentes, antes nunca lo hiciste. ¿Por qué ahora tiene que ser distinto?

—Ofelia...

—No quiero seguir hablando sobre esto. Necesito alejarme de ti, necesito pensar en muchas cosas y estar sola. Sé que, quizás, no quisiste decir todo eso, pero te recuerdo, aquí no eres el único que sufre. Eres mi hermano, te quiero, pero soy adulta y puedo con esto. No soy ni seré la última mujer a la cual le han montado los cuernos y se ha dejado embarazar como una tonta. Lamento mucho que tus expectativas con respecto a mí hayan sido tan elevadas y que te avergüence el hecho de que vaya a ser madre soltera.

—¡Cierra la boca, Ofelia, por favor! —Vociferó; ya no pudo contenerse—. ¡Estás hablando de más!

—No lo creo, soy honesta, como hace un rato lo fuiste tú. Ahora, si me disculpas, será mucho mejor para los dos que me largue antes que esto termine en una clara discusión. Adiós.

—Ofelia, no te vayas.

Pero ella no lo oyó, en cambio, se volteó y apresuró todavía más el paso para salir del departamento, seguida de cerca por Amara, quien al instante fue detenida por Robert, entrelazando una de sus manos a una de las suyas.

—¿También te vas? —Exigió saber con una cierta cuota de desesperación y tristeza en el tono de su voz.

—Prometí no abandonarla.

—Y ahora lo estás haciendo conmigo.

La joven negó con su cabeza de lado a lado, dedicándole una tierna y a la vez nerviosa sonrisa.

—Ella me necesita.

—También yo —le anunció muy honestamente mientras le clavaba la intensidad de su mirada, y sus dedos le acariciaban la mano que aún los mantenía unidos.

Amara se acercó a su lado y en un abrir y cerrar de ojos lo reconfortó en un cálido abrazo, al que Robert correspondió como si nada más le importara, dejando que sus extremidades se aferraran a la delgadez de su cuerpo y su rostro se hundiera en su cabello castaño oscuro, fascinándose con el magnífico y embriagador aroma que provenía de él.

—No me marcharé —le susurró al oído en un suave murmullo, cuando sus ojos celestes intentaban encontrarse con los suyos otra vez; hasta que finalmente sucedió—. Si pudiera desaparecer todas tus dudas con solo tocarte... Si pudiera conseguir que tu vida no pesara tanto, sin duda, lo haría.

—¿Porque soy tu misión? —Inquirió Price de vuelta y de la misma forma en la que ella le había hablado unos segundos antes.

—Porque eres tú, y porque a pesar de haberte convertido en un hombre que carga una gruesa coraza a cuestas, no puedo verte llorar, no quiero verte sufrir más de lo que ya lo has hecho.

Con aquella frase, Robert reaccionó de una extraña e inigualable manera y como jamás pensó que lo haría. Y sin saber cómo o por qué, una de sus manos se apoderó de su pálida mejilla, a la que acarició como si estuviera hecha del más fino cristal que no deseaba romper. En todo ese momento no apartó sus ojos de los suyos, como si al fin hubiera entendido la razón que tanto deambulaba al interior de su cabeza con respecto a ella. Sí, estaba demasiado clara, incluso para él.

—Amara...

—Debo ir con Ofelia.

—Por favor...

—Debo estar a su lado. Deja que me vaya —insistió la muchacha, cerrando los ojos ante la tibieza de su suave tacto.

—¿Y si no quiero que lo hagas? —Fue la ferviente interrogante que Price le formuló cuando ella abrió los ojos y los volvió a posicionar bajo su penetrante mirada.

«¿Qué crees que estás haciendo? ¿Por qué reaccionas así? ¿Por qué tu cuerpo tiembla con la suavidad de su piel? ¿Por qué ahora evitas comportarte como un maldito y aberrante imbécil que espanta a las personas con solo abrir su boca? ¿Y por qué lo único que tienes al interior de tu mente es...?», se preguntó, observándola embelesado, mientras sus manos terminaban de aflojar el abrazo que aún mantenía su cuerpo pegado al de ella.

—Gracias —expresó Amara, separándose de él, como si por un momento hubiera caído en la cuenta de que lo mejor era mantenerse lo más alejada posible de ese humano. Y retrocedió ante su cristalina mirada con una cierta incertidumbre que comenzó a calarle el pecho, obnubilada por esos profundos, y a la vez, dulces ojos azules que parecían solo existir para depositarse sobre cada uno de los movimientos que delicadamente efectuaba—. El amor es la luz que ahuyenta la oscuridad, haz de él tu única meta, Robert —aseguró, posicionada en el umbral de la puerta entreabierta.

—El poder del amor es una fuerza que limpia mi alma, que cura mis heridas y me hace continuar. ¿A ese amor te refieres?

—Al único que existe. A la fuerza más poderosa de la vida que mueve montañas, transforma mundos y crea universos. A esa magnífica fuerza que traspasa cualquier obstáculo que existe entre el cielo y la Tierra —le recordó.

—Eso quiere decir... entre tú y yo.

—Eso quiere decir, entre lo que eres y lo que soy.

—Y lo que llegarás a ser... algún día.

La chica asintió.

—Por ello, no existe nada que un ser humano no pueda llegar a hacer por amor, siendo solo el corazón el único capaz de entregarse incondicionalmente, sin esperar o pedir nada a cambio —agregó Amara, queriendo dar término a la charla para seguir su camino en busca de Ofelia.

«“...siendo el corazón el único capaz de entregarse incondicionalmente, sin esperar o pedir nada a cambio”», repitió su subconsciente, como ambicionando dar con algún tipo de clave o idea perdida que él todavía no lograba vislumbrar.

—Amara... ¡Amara, espera! —Gritó Price, anhelando comprender lo que su mente cavilaba. Sin pensarlo dos veces, tomó las llaves de su departamento, cerró la puerta de un estruendoso golpe y corrió hacia el elevador para montarse en él—. Vamos, vamos... ¡rápido! —Repetía con poderoso afán, pidiendo y casi rogando que tanto su hermana como ella aún no hubieran abandonado el edificio.

Cuando el ascensor se detuvo en la primera planta, salió desde su interior, buscando con la vista lo que tanto deseaba hallar, pero allí solo encontró al conserje. Se acercó a él, recordando cómo lo había tratado la primera y la última vez, hablándole como un miserable sarcástico. Con toda la amabilidad que logró reunir lo saludó, preguntándole por ambas, describiéndoselas, pero al parecer, esa noche la suerte no estaba de su lado, ya que solo logró obtener una vaga respuesta de su parte: “la vi abandonar el hall hace tan solo cinco minutos, doctor”.

«Perfecto».

Retomó su alocada carrera luego de salir del lujoso inmueble, inspeccionando todo a su alrededor.

—Por favor, si estás ahí, ayúdame a encontrarlas —pronunció fuerte y claro, optando por correr hacia la izquierda, cruzar un par de calles, hasta que se detuvo intranquilamente a la entrada de un callejón sin salida, al que ni siquiera observó, no hasta que un frenético grito desde dentro lo alertó, logrando con ello que volteara la mirada hacia el interior, específicamente, hacia dos figuras femeninas que eran asediadas por un tipo al que él bien conocía. Bob, el mal nacido estaba ahí, intentaba llegar hasta Ofelia, pero Amara se interponía en su camino. Se notaba agitado, desorientado, realmente muy ansioso y fuera de sí. A paso apresurado, Robert corrió hacia ambas, pero antes de que lograra llegar, su mirada se quedó petrificada al notar cómo el sujeto, en un acto de desesperación por retener a Ofelia, de un violento empujón sacó de su camino a Amara, lanzándola al piso como si fuera un obstáculo del cual necesitara deshacerse.

—¡Loco de mierda! ¿Qué le hiciste? —Gritó una enardecida Ofelia en el segundo exacto en que aquello ocurrió—. ¡Salvaje! ¡Eres un maldito animal! —Prosiguió, lanzándose directo a golpear el pecho de su ex novio, en alusión a lo que éste había hecho con su amiga.

Como si una bomba de tiempo hubiera estallado en su interior, Price arremetió contra él, gritándole furioso y con una agresividad única, que parecía que hasta la expiraba por cada uno de los poros de su cuerpo.

—¡Suéltala, hijo de puta! —Vociferó encolerizado, otorgándole un izquierdazo que dio de lleno en la mandíbula de su oponente.

—¡Me las vas a pagar! —Le contestó Bob, escupiendo de inmediato un poco de sangre que se le había alojado en la boca, ante la fuerza del impacto.

—¡Ahora mismo si así lo quieres, imbécil! ¡Creo que no te bastó con lo de esta mañana, que sigues pidiendo más y más! —Gritó con furia, constatando que su hermana se encontraba junto a Amara—. ¡O, sal de aquí! —Le exigió sin vacilar, porque con ese sujeto a punto de comenzar una violenta disputa, con la ira contenida al ver cómo había golpeado a Amara sin consideración y el miedo de Ofelia instalado en su rostro, no le quedaba más alternativa que terminar lo que la policía había detenido por fuerza mayor varias horas antes.

—¡Tú no te vas de aquí! —Gritó Bob fuera de sus cabales y con sus ojos totalmente desorbitados, amenazándola, como si minutos antes hubiera estado ingiriendo algún tipo de medicamento o, quizás, algún tipo de droga que lo hacía reaccionar de esa tan descontrolada y violenta manera.

—¡Sal, ahora! —Replicó Price del mismo modo, posicionando la frialdad de su vista sobre el par de mujeres que lo contemplaban con preocupación. Y ese fue el momento exacto en que Bob arremetió en su contra, lanzándole un par de golpes, sin medir la fuerza despiadada de su cuerpo.

—¡Rooooooabeeert! —Gritó Ofelia con desesperación al ver como su ex novio, de gruesa contextura y unos centímetros más alto que su hermano, lo golpeaba sin piedad. Alguien tenía que quitárselo de encima y ese alguien debía ser ella, pero cuando quiso hacerlo, Amara se lo impidió.

—¡Estás embarazada! —Le recordó, reteniéndola.

—¡Pero lo matará! ¡Está loco! ¡Si no lo detengo...! —Chilló, sumida en un descontrolado llanto.

—¡Padre, por favor! —Susurró la joven fervientemente, con su pequeño corazón latiendo a mil por hora y sin perder de vista los malogrados y desafortunados intentos de Robert por quitárselo de encima. Hasta que tomó la decisión de ir ella en su ayuda; si no lo hacía ahora mismo, las consecuencias de la desmedida violencia de ese hombre podrían resultar fatales.

—¡No! —Gritó O cuando se dio cuenta de lo que su amiga intentaba hacer.

—¡No permitiré que siga sucediendo si está en mis...! —Pero en ese momento, ante el asombro de todos los que allí se encontraban y la perplejidad de Ofelia, alguien apareció, y luego de un pequeño movimiento que realizó con una de sus manos, lanzó el cuerpo de Bob por los aires, para que se diera de lleno contra una de las paredes de concreto del frío callejón.

—¡Alaric! —Pronunció Amara al notar su presencia, llamado que fue recibido por el aludido con un especial y coqueto guiño que le dedicó con uno de sus ojos negros, seguido por una sonrisa deslumbrante que, de tan solo dibujarse en su semblante, era capaz de derretir a cualquiera.

—¡Por Dios Santo! —Susurró O, tragando saliva como si la tuviera alojada al interior de la garganta, impidiendo que pudiese tragar. Por más que lo intentó, no pudo dar crédito a semejante acto realizado por el sujeto, al que Amara había nombrado, tal y como si lo conociera de toda la vida.

Entretanto, Alaric caminó hacia Bob pausadamente y cuando llegó hasta él, se arrodilló frente a su presencia, con la vista clavada en su desorbitada mirada.

—Humanos como tú no merecen la clemencia de nuestro Padre —verbalizó—. Humanos despreciables como tú no merecen su piedad. Humanos cobardes como tú —curvó sus labios hacia arriba—, ni siquiera merecen traer hijos a este mundo —especificó, cuando una de sus manos le alzaba la cabeza para que éste lo mirara fijamente a su oscura e intimidante mirada—. Patético e insignificante... no eres nada, ni nunca lo serás si sigues metiéndote toda esa porquería que ahora corre por tus venas.

Bob gimió de dolor gracias al fuerte golpe que Alaric le propinó tan increíblemente.

—¿Duele? ¡Mírame, humano! —Le ordenó con rabia en la voz, jalándolo por la barbilla, logrando que el sujeto abriera sus pesados párpados y situara su vista sobre la suya—. No vuelvas a tocarla, ¿me oyes? No oses siquiera ponerle un dedo encima, porque para la próxima vez no tendré misericordia de ti, ni de lo que pueda llegar a hacer, siendo lo que realmente soy. ¿Te queda claro? —Inquirió soberbiamente y como en mucho tiempo no lo hacía. Al oírlo jadear, terminó cerrando los ojos mientras apretaba sus labios uno contra otro, intentando reprimir así unas poderosas ansias que comenzaban a invadirlo.

—¡Alaric! —Pronunció Amara por segunda vez, sacándolo de su poderosa abstracción, logrando que apartara algunas evocaciones de su mente que aún mantenía arraigadas y que le recordaban, en cierta medida, quien un día había sido.

Finalmente lo soltó, al igual que si fuera un muñeco de trapo, para luego levantarse, voltearse hacia ella y sonreírle con tranquilidad, pero lo único que consiguió a cambio fue una de sus dulces miradas, seguida de un solitario "*gracias*".

«¿Podía ser todo tan irreal?», pensó, contemplando cómo su hermana se volteaba en dirección hacia el humano que unos días antes la había despreciado, quedándose perdida en sus ojos, como si lo necesitara, incluso para seguir viviendo. Sonrió con una pizca de desagrado, percibiendo una extraña sensación que comenzaba a alojarse a la altura del pecho, a la par que depositaba la mirada en otro sitio del callejón, tratando de reprimir sus poderosas ansias de arrebatársela de las manos.

—¡Robert, por Dios! ¿Estás bien? ¿Te hizo daño? ¡Dime, qué sientes! —Replicaba Ofelia sin parar, pero Price no se quejaba del incesante dolor que sentía en todo su cuerpo, él solo tenía ojos para quien, a unos pocos centímetros lo admiraba en silencio y con la vista vidriosa, tal y como si se sintiera culpable de lo que acababa de acontecer.

—Estoy bien. Soy un hueso duro de roer —les recordó a ambas, cuando intentaba ponerse

en pie con ayuda de su hermana.

—Lo sé —manifestó O, liberando un profundo suspiro, de lo que le pareció a ambos un claro dejo de alivio.

Después de transcurridos escasos segundos, Alaric llegó a su lado y logró que con un par de escuetas interrogantes que le profirió, Amara perdiera su punto de orientación, se sonrojara y posicionara enseguida sus ojos en su figura.

—¿Estás bien? ¿Ese humano te hizo daño? —Quiso entrelazar una de sus manos con una de las suyas, pero ella no se lo permitió, apartándola con delicadeza mientras respondía a sus preguntas con un ligero movimiento de cabeza—. ¿Estás segura? —Insistió, pero esta vez al no poder tomar sus manos, prefirió situar las suyas en su rostro para analizarla a cabalidad—. Déjame verte —pidió con exigencia, lo que hizo estallar en furia el carácter malhumorado de Price, que en los brazos de su hermana maldecía en silencio.

De forma inmediata, Ofelia se percató de lo que ocurría. «¿Su hermano estaba así por lo que sucedía entre Amara y ese tipo y la forma tan cariñosa en cómo él se acercaba a ella?». Asimismo, dedujo que ese sujeto vestido totalmente de negro no era un humano más como lo eran ellos.

—Gracias por ayudarnos —pronunció en clara alusión a Alaric, cortando así el tenso momento que se estaba generando—. Yo... no sé cómo lo hiciste, pero te agradezco que hayas estado aquí en el instante oportuno.

Aquellas palabras y la suave voz de Ofelia consiguieron que, irremediamente, el rostro del ángel mayor se volteara hacia ella, dedicándole un breve pero significativo asentimiento.

—No tienes nada que agradecer —le respondió muy seguro, sonriéndole cortésmente—. Vamos a casa, Amara —dijo esta vez con el mismo dejo de reclamación anterior, consiguiendo que otra vez Price ardiera de ira.

El ambiente podía cortarse con un filoso cuchillo y todos los que ahí se encontraban no necesitaban ser tan inteligentes para notarlo, especialmente Alaric, quien sabía lo que ocasionaba en ese humano cada vez que una de sus manos tocaba a su hermana o su voz le hablaba de esa tan particular manera.

—Si no te importa..., iré con ellos —susurró la joven temblorosamente, alzando la vista y con sus ojos fijos en los de su hermano. Alaric, en cambio, volvió a sonreír, pero ahora con serenidad; no deseaba ofuscarse, menos perder algo más que la paciencia, no frente a ella o ante ese humano miserable, como solía referirse a él.

—De acuerdo. Te esperaré en casa, pero quiero que regreses pronto —pronunció sutilmente, y con una dulzura única dejó caer sus labios sobre la nívea frente de su hermana, quien se sintió muy incómoda ante la insólita muestra de cariño que recibió. Sin duda, su profunda devoción y preocupación la intimidaban de una extraña forma que aún no lograba definir del todo.

—Lo haré. —Se apartó de sus manos, que todavía le sujetaban el rostro.

—Volvamos a casa —pronunció Robert sin dejarse amedrentar por quien tenía al frente, porque sabía muy bien quién era aquel sujeto, sin siquiera preguntar. Lo recordaba desde aquel día, cuando había perdido la cordura tras el impasse del recuerdo de su esposa, en la desafortunada conversación con Amara, y ahora... lo tenía de nuevo allí, bajo esa inquisidora mirada oscura, como si con ella intentara decirle algo más.

—¿Robert, estás seguro que estás bien? —Quiso saber Ofelia, dándole un vistazo al cuerpo de su ahora ex novio que aún seguía tirado en el piso, gimiendo de dolor.

Su hermano lo notó.

—De eso no se muere. Créeme y confía en mí —le advirtió a sabiendas de lo que sus

vidriosos ojos contemplaban. O asintió con un tremendísimo nudo en su garganta y con su corazón maltrecho por toda la inusitada experiencia de la cual había sido partícipe.

—Vamos a casa, pelirroja. Ese tipo no vale la pena.

Suspiró, meditándolo. Quizás él... tenía razón.

—¿Vienes con nosotros, Ofelia? —manifestó Amara, sacándola de sus aletargados pensamientos.

Y sin nada más que decir, los tres comenzaron a avanzar en dirección a la entrada del callejón, a sabiendas que alguien los observaba impasible y con una gélida mirada instalada en el rostro. Para no ser menos y dar la estocada final, Robert, sin poder cohibir lo que en ese instante sentía, buscó una de las manos de Amara para entrelazarla, y cuando la tuvo al contacto de la tibieza de su piel y del cálido roce que se generó entre ambas, sintió que todo cobraba sentido.

Volteó sus ojos para admirarla, dejándose llevar por la más bella de las sonrisas que en su vida había disfrutado, logrando que ese significativo y simple detalle le entregara la respuesta necesaria, la que le hacía comprender que allí había algo más que le pedía a gritos no dejarla ir, no apartarla de su vida o de sus emociones, porque patentemente, sus ojos, sus palabras, cada uno de sus gestos, y por sobre todo ella, era el espejo en el cual hoy se reflejaba y en el que deseaba contemplarse ahora, y más que nunca.

IX



Aquella noche las disculpas sobraron. Después de un cálido abrazo entre hermanos, una exquisita comida y el indudable cansancio que demostraban los ojos y el semblante de Ofelia, terminó por abandonarlos, rindiéndose a los brazos de Morfeo. La situación acontecida le había arrebatado hasta las últimas esperanzas de que, quizás Bob, consciente de su error y arrepentido, pudiese volver a ella, pero... ¿Con qué se había encontrado? Con un hombre irreconocible, fuera de sus cabales, violento, que podía hacerle daño tanto a ella como a su bebé y seguramente, a quien osara interponerse en su camino. Entonces, cavilándolo detenidamente pensó: «¿deseaba eso en su vida? ¿Lo necesitaba? ¿Podía seguir amándolo después de todo lo que había ocurrido? Sinceramente, ¿quería para ella algo así?».

Entretanto en la sala, y con la vista perdida en ninguna parte en especial, con ambos antebrazos colocados encima de la mesa, en la que hace un instante habían cenado, Price aún meditaba todo con sumo detalle. De pronto, la suavidad de una de las manos de la muchacha de hermosa y angelical mirada se dejó caer sobre una de las extremidades del joven doctor, como para que con ese sutil y único movimiento él regresara de la realidad paralela en la cual estaba sumido.

—No es necesario, Robert. No pienses más, por favor.

En el instante en que su apacible voz inundó sus oídos, volteó la vista y la buscó sin parpadear.

—Sí, es necesario —respondió, después de un momento de silencio.

—Terco. —Agregó Amara de inmediato.

Robert sonrió, y seguido de eso, movió la cabeza de lado a lado.

—Y no te atrevas a negarlo, porque sí, lo eres.

—Usted, señorita celestial, se está tomando su papel demasiado en serio. ¿Ahora cree que tiene las facultades necesarias para decirme todo lo que piensa acerca de mí sin obviar nada?

—Sabes que no puedo mentir —le recordó, separando su mano de aquella extremidad, pero antes de que lo hiciera totalmente, Price la sorprendió y la detuvo.

Al sentir la suya, tragó saliva con dificultad, como solía sucederle ante su cercanía y al tener la inmensidad de su mirada posicionada sobre la suya, porque cuando él la veía así, cuando la observaba de esa tan particular forma, le parecía que todo a su alrededor tendía a detenerse y que algo en su cuerpo la hacía pender de un hilo, como si estuviera al borde de un abismo al que temía caer.

—Lo sé y me gusta que así sea. Eso te hace ser... diferente.

—¿Te parece?

—Definitivamente —le contestó, con su mano unida a la suya, pero cuando quiso

entrelazarla, sintió que temblaba, lo evidenció gracias a sus mejillas enrojecidas, pero también al ver como su vista se había ido al piso, mientras su cabello castaño ocultaba su semblante. «*¿Qué crees que haces? ¡Razona, hombre! ¿Qué no notas que ella no es como ninguna mujer normal?*»—. Amara, ¿qué tienes?

—Nada.

—¿Cómo que nada? —Acercó su silla aún más a la suya hasta tenerla frente a frente, y separados únicamente por un par de escasos centímetros. Con la mano libre apartó su cabello para admirar su rostro, colocándole un grueso mechón detrás de la oreja, pero aun así, ella no quiso levantar la vista. Esta vez, de manera muy afectuosa y con cautela, Price posicionó su mano en su mentón, y terminó alzándolo para que no tuviera más elección que volver a poner su preciosa mirada sobre la suya—. Las entidades no mienten, ¿o sí?

—No. ¿Cuántas veces quieres que te lo explique? —Volvió a tragar saliva con dificultad y con su pequeño corazoncito latiendo a toda prisa, pensando y devanándose los sesos mientras se preguntaba: «*¿cómo podía ser posible que él la pusiera en ese estado con solo tocarla y mirarla a los ojos?*».

—Entonces, ¿por qué me rehúyes?

—No te rehúyo —lo contradijo.

—Lo haces, como en este momento. —Sus labios se volvieron a curvar en una peligrosa sonrisa, que más bien podía ser usada como un arma de coquetería—. Es que... ¿todavía me temes?

Amara negó con su cabeza, separándose torpemente del tacto de su mano, sin saber ni entender por qué le hormigueaba y le sudaba tanto la piel, o por qué no podía hilvanar una respuesta coherente.

—Será mejor que me vaya —se apresuró en responder a la vez que intentaba ponerse en pie—, Alaric...

—¿Alaric? —Pronunció Price, ambicionando que no se levantara de su sitio—. ¿Quién es él? ¿El sujeto que hoy...? —Se detuvo tras entrecerrar los ojos y fruncir el ceño—. Me has hablado de ti, de lo que eres, pero no de ellos. ¿Será que puedes hacerlo ahora?

—No creo que sea de tu interés, Robert.

—Escúchame bien, entidad. Así como me explicaste que todos quienes tenían que ver conmigo eran de tu interés, tengo que decir, en mi defensa, que contigo me sucede exactamente lo mismo. Ley pareja debe ser dura para ti como para mí.

—Pues no deberías...

La interrumpió, fulminándola con la vista.

—Ya tomé mi decisión y sin ningún tipo de presión de por medio. Cuéntame, por favor, ¿quién es ese tal Alaric? —A cada palabra que pronunciaba el sonido de su voz se intensificaba, como si en vez de estárselo pidiendo, lo estuviera requiriendo—. ¿Y bien? Sigo esperando, Amara. Te escucho.

—Terco y obstinado —replicó la muchacha sin sentir vergüenza alguna.

—Digas lo que digas no te dejaré marchar sin que me reveles lo que quiero saber con respecto a ese sujeto.

—¿Lo que quieres saber con respecto a ese sujeto? —Lo encaró.

Como si de un sublime juego de seducción se tratara, Robert dejó caer su cuerpo en el respaldo de la silla para intimidarla. Suspiró profundamente cuando se pasaba la única mano que aún poseía libre por el contorno de su barbilla algo descuidada, pero que le daba ese aspecto tan varonil y seductor que a él le agradaba mantener.

—Es muy sencillo. Tú no estás siendo del todo honesta conmigo y yo quiero saber quiénes son esos sujetos que aparecen y desaparecen de la nada, como si fueran fantasmas, eso es todo. Ah, y que tienen súper poderes.

—¿Eso es todo? —Se animó a replicar la chica, pero cuando la interesada vista de Robert volvió a fijarse en sus ojos, algo en ella se intensificó, percibiendo ahora un suave cosquilleo que se alojó en su estómago, como si tuviera algo dentro que revoloteaba vertiginosamente. Y se acrecentó cuando Price cambió su postura, apoyando sus brazos sobre sus piernas, mientras no le quitaba la vista de encima.

—No, no es todo. Por favor, Amara, no más rodeos conmigo o tendré que usar otro tipo de métodos mucho más eficientes para conseguir que hables.

—No te entiendo.

—No me pongas a prueba. —Cansado de tantas preguntas, tomó con sus poderosas manos la silla en la que ella estaba sentada para, de un solo movimiento brusco y firme, atraerla hacia él con fuerza—. Que te quede claro, de aquí no te vas, al menos, hasta que me convenzas.

No estaba sonrojada, sino completamente colorada con su tan repentina reacción que la sobresaltó. No era justo que ese hombre se comportara de esa forma, menos que hiciera que se sintiera tan vulnerable ante sus arranques y cambios repentinos de humor. Se suponía que la que tenía que intimidarlo era ella, pero... ¿por qué, de pronto, sucedía al revés?

—Hablo en serio, yo... debería irme.

—¿Quiénes son ellos?

—No sé si...

—Amara... —consiguió pronunciar su nombre, intensificando su vista mientras se acercaba.

—¿Por qué me acechas, Robert? No me gusta que lo hagas.

—Lo sé, pero creo que está surtiendo el efecto deseado. Ya te lo dije, no te dejaré ir hasta que me cuentes...

—Son mis hermanos —le confió con su rostro a pocos centímetros del suyo—, y se supone que la que debe amedrentarte soy yo.

Robert sonrió descaradamente frente a la última respuesta que le dio.

—De acuerdo, tus hermanos... —repitió.

—Me creas o no, soy parte de un triunvirato. Ahora, si quieres oír más, aléjate de mí, por favor.

—Claro que quiero oír más, pero no me alejaré de ti.

Suspiró. No sabía qué le ocurría, ni tampoco entendía cómo dentro de esa habitación podía haber subido tanto la temperatura en cosa de segundos.

—Alaric y Blaz —prosiguió la joven—, son mis guías en el proceso terrenal que estoy viviendo y del cual tú formas parte.

Price asintió con aquella información, pero con la convicción de que quería ahondar mucho más en ello.

—¿Ambos son ángeles?

—Entidades mayores para ser más exactos, quienes velan por mis pasos en la confirmación de mi misión.

—Y la obtención de tus alas —concluyó toscamente.

—Me quitaste las palabras de la boca.

«Como me gustaría...», pensó inevitablemente, sin darle atajo a cada placentera sensación que la mujer que tenía enfrente le provocaba con el solo hecho de mantener sus ojos fijos en los

suyos. Y debido a ello sonrió de la forma más maravillosa que pudo haberlo hecho antes de meditar, ¿por qué con Elizabeth no le sucedió lo mismo?

—¿De qué te ríes? ¿Dije algo que te causó gracia?

—¿Puedes leer mis pensamientos, Amara?

—Solo si tú me lo permites.

—¡Bendito seas tú, el de allá arriba! —Vociferó, alzando los ojos hacia el cielo de la sala—. Te debo una. —Se separó de ella, desprendiendo primero la mano que los mantuvo unidos gran parte de aquella charla, para luego levantarse de la silla y comenzar a caminar por la habitación, en dirección al gran ventanal de corredera que daba hacia el balcón.

Amara siguió cada uno de sus movimientos para levantarse también de su sitio y caminar a pasos firmes, pero discretos y delicados tras él.

—Eres todo un reto, Robert.

—Soy un simple mortal con más defectos y virtudes —le corrigió, acercándose a la orilla.

—No digas eso...

—Lo afirmo porque me conozco muy bien. Si soy sincero, todavía no sé qué hice para merecerte, pero cada día que transcurre me convengo más de que si tú no hubieras aparecido en mi vida justo ahora... yo ni siquiera estaría en este mundo.

Amara se situó a su lado y aspiró el frío aire de la noche que comenzaba a envolverlos lentamente, cerró sus ojos y se dejó llevar por el suave movimiento que hacía el viento al mecer su largo cabello, sin darse cuenta que en todo momento los intensos ojos azules del joven doctor estuvieron posicionados en su rostro, como si con ello deseara aprendérselo de memoria para no olvidarlo, cuando no la tuviera a su lado.

—Eres un gran hombre, solo que aún no te das cuenta de ello.

—Eres hermosa —le confió automáticamente, logrando que con esa frase Amara abriera sus ojos de par en par, quedándose perpleja en la seriedad que reflejaba su semblante. A continuación, ni siquiera pudo articular palabra después de haber oído aquellas dos que calaron muy dentro de su alma, no hasta que una de sus tibias manos se levantó, para terminar alojándola en su mejilla derecha—. Gracias.

—No tienes que dármelas, solo soy un instrumento.

—Seas lo que seas, eres... maravillosa en toda la extensión de la palabra.

—Robert...

—Cada vez que te miro tus ojos me envuelven, me aquietan, me dicen que todo va a estar bien, que no tema, que confíe en ti y que...

—¿Qué? —Quiso saber realmente interesada en cada palabra que le profería.

Price, movido por un extraño sentimiento, se acercó todavía más, cuando la mano que tenía en su mejilla comenzó a deslizarse hacia su nuca, a través de su sedoso cabello castaño, y la otra se dejaba caer en su extremidad, aferrándose a ella, evitando así que no huyera despavorida después de lo que con profundas ansias deseaba hacer.

—No me creas un miserable por querer robarte un beso.

«¿Un beso? ¿Qué era un beso?», se preguntó Amara, advirtiendo como la distancia entre su rostro y el suyo se reducía a cada segundo.

—¿Qué... haces?

—Comprobar si eres real o una increíble imagen que mi mente ha creado para torturarme.

Cuando terminó de hablar y su cálido y abrasador aliento ya le susurraba en sus labios, Amara se quedó sumamente quieta. Como por arte de magia sus temblores desaparecieron, su nerviosismo cedió y sus ojos observaron cómo su boca se acercaba a la suya, percibiendo que su

corazón latía desbocado y la luz de su mirada brillaba con fulgor.

—¿Qué es... un beso? —Formuló ingenuamente.

—Lo que te robaré en este preciso momento. —Sus labios se unieron a los suyos, acariciándolos con mucha delicadeza, como si no quisiera hacerle el más mínimo daño mientras probaba de ellos. Su boca, en tanto, se aferró a la suya degustando lo que le pareció el más dulce de los licores, embriagador e intenso, pero a la vez, delicioso y placentero.

Amara, paralizada como una estatua y sin saber qué hacer, abrió sus ojos más de lo normal al recibir aquello, sin entender qué ocurría. Podía sentir su boca y como su lengua luchaba por no entrar de lleno en su cavidad, aquietándola, mientras sus manos la acariciaban y la aferraban cada vez con más fuerza a su cuerpo, hasta que él se separó, jugueteó con su nariz sobre la suya y su mano volvió a posicionarse en su mejilla, para terminar alojándola en la curvatura de su cuello.

—Eso fue un beso —susurró Price, luchando con cada una de sus ansias dormidas que en ese bendito instante le jugaban más que una mala pasada.

Sin evitarlo y como una reacción innata, Amara se llevó un par de dedos a sus labios, los que deslizó ante la sorpresiva mirada del joven doctor, que sin parpadear la observó embelesado.

—Un beso —replicó impávida ante tal muestra que para ella era tan desconocida.

—Sí, un beso que encierra muchas cosas que solo tú has despertado en mí.

Y como si a partir de ello y algo en su interior se lo estuviera gritando, terminó retrocediendo, preocupada, sorprendida, temerosa, y hasta algo descompensada por aquella desconocida situación.

—¡Ey! —La sujetó Robert entre sus brazos, cuando sus ojos deseaban sumergirse en la inmensidad del celeste océano de su mirada—. Amara, ¿qué tienes?

—Un... beso —repitió incansablemente, como si esas dos palabras fueran su propia condena—. Por favor, suéltame —le pidió, cerrando los ojos.

—No puedo, ni quiero hacerlo. —Fue la férrea respuesta que le dio, porque mientras más se lo pidiera, él más se aferraría a su cuerpo. Después que había posado sus labios en los suyos, un nítido sentimiento afloró desde su interior, el que extrañamente no se parecía en nada a lo que había sentido en toda su vida.

—Debes hacerlo. —Le suplicó la joven con fervor, colocando sus manos sobre las suyas.

—No insistas. Tú no estás bien.

A toda costa logró separarse de él, y cuando al fin se hubo librado de sus poderosas extremidades, continuó retrocediendo sin perder de vista su mirada, hasta que el muro la detuvo. Robert, sin entender el porqué, avanzó, pero al dar dos pasos ella lo contuvo con un sonoro “*no te acerques*”, el que se oyó de la forma más angustiante que él hubiese oído nunca.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—Miedo —dijo ella honestamente, cuando sus ojos comenzaban a humedecerse de la nada.

—¿Por qué? ¿A qué le temes? ¿A ellos? Si es así, no dejaré que...

—Tú no entiendes.

—¡Explícame, porque no comprendo nada! —Suplicó—. ¡Te besé porque lo deseé desde el primer momento en que te vi y soy honesto en decirlo ahora que lo...!

—¡No! ¡No te condenes más, por favor!

—¡No quiero condenarme, Amara, quiero comprender lo que me sucede contigo! ¡Si tú te apartas de mí, no soy nadie!

—¡Robert!

—No sé lo que me hiciste, no entiendo nada de lo que me ocurre, pero de lo único que estoy realmente convencido, es que no quiero que te apartes de mí.

De pronto, una fuerte ventisca azotó el balcón, consiguiendo que Amara clavara la vista a la distancia y se estremeciera sin poder ocultarlo.

Price caminó hacia ella, pero gracias a un seco y frío “*detente*” que salió disparado de su boca, se contuvo.

—Debo irme —sollozó.

—No, no te irás. No dejaré que lo hagas, menos en esas condiciones.

—Por favor, no depende de ti.

—¿Cómo qué no? ¡Soy tu misión! —Vociferó, dándose media vuelta para seguir la dirección de su mirada—. ¡La enviaste por mí y ahora pretendes arrebatármela también! ¡Maldita sea! —Consiguió exclamar enloquecidamente, hasta que se giró sobre sus talones para contemplarla, cayendo en la cuenta de que en el balcón no había nadie más que él, junto a la suave brisa de la fría noche que comenzaba a invadirlo—. Amara... ¡Amara, dónde estás! —Pronunció su nombre con desesperación y con su pecho contrayéndose de desasosiego al cerciorarse de que se hallaba completamente solo—. ¡Amara! —Replicó un par de veces más hasta que la voz de su hermana estalló en sus oídos.

—¿Qué tienes? ¿Por qué gritas así, tan enloquecedoramente?

Robert guardó silencio, luego de llevarse ambas manos a la cabeza, aún sin convencerse de lo que había sucedido.

—Te hice una pregunta, Rob. ¿Estuviste bebiendo?

—Ojalá esto fuera una alucinación. Daría todo porque así lo fuera.

—¿Estás bien?

La mano de su hermana se dejó caer sobre su espalda, pero aun así no tuvo la valentía de articular palabra alguna para responderle, porque lo único que deseaba con su vida era que Amara regresara.

—No intentes ocultármelo, vi rabia y preocupación en tus ojos. Si lo deseas, no me digas nada ahora, pero no soy idiota. Sientes algo por ella, ¿verdad?

¿Podía mentirle? ¿Podía fingir ante lo inevitable? ¿Podía luchar contra todas las urgentes emociones que habían resurgido de sí desde que ella había aparecido en su vida?

En un acto totalmente desprevenido, Ofelia se vio con las extremidades de su hermano puestas alrededor de su cuerpo; él temblaba y lo hacía en sus brazos, al igual que si fuera un niño pequeño. Automáticamente, se aferró a él mientras que una de sus manos le acariciaba el cabello.

—Tranquilo, no temas. Estoy contigo, así como tú estás conmigo.

Pero Robert no podía emitir sonido, porque el recuerdo de ese beso, de la calidez de sus labios, del dulce sabor de su boca, de la forma en cómo ella lo miraba, o incluso tocaba, era lo único que tenía cabida al interior de su mente, pero también comenzaba a arraigarse dentro de su corazón.

—Te lo repito, si no quieres decirme nada lo entenderé, pero si tú...

La interrumpió. Después de todo, sí, necesitaba hacerlo.

Price se separó de ella, la observó por un par de segundos hasta que se dignó a hablar pausadamente y con una naturalidad incomparable, de la cual Ofelia se espantó.

—Lo intenté, me aferré a su recuerdo. Yo no quise...

—No comprendo...

Sonrió algo inquieto.

—Por una vez en la vida encuentras a alguien que pone tu mundo al revés y te levanta cuando crees que lo has perdido todo...

—Rob, me estás asustando.

—No tanto como lo estoy yo. Hay muchas cosas que podría decir, pero no puedo, porque ni yo mismo sé si son del todo ciertas.

Ofelia lo contempló en silencio, cuando le acariciaba el rostro con ternura.

—Es ella. Es Amara, ¿verdad?

Al escuchar su nombre un enorme suspiro se le arrancó del pecho.

—Esperé tanto tiempo para que Sofia me llevara de su mano, para que viniera por mí, pero Amara llegó, me golpeó, me revivió de la forma más increíble que yo pudiera haber conocido en toda mi maldita vida. Jamás creí que esto... —se llevó una mano hacia su corazón—, fuera capaz de volver a latir de la forma en que lo hace ahora.

Su hermana colocó su mano libre sobre su pecho y le sonrió, mientras sus ojos estallaban en lágrimas.

—Todo pasa, hermanito, nada dura para siempre. Sofia estará contigo, su recuerdo vivirá en ti, pero también ansía que vuelvas a encontrar lo que perdiste aquella vez que Dios vino a su encuentro y que de ninguna manera lo obtendrás solo. Por eso envió a la dulce Amara por ti, por mí, por todos quienes formamos parte de tu existencia, para guiarte, para devolvarte a tu lugar, a tu sitio, con los tuyos. Te encontró, Rob, te tomó de la mano y tú a ciegas fuiste hacia ella, sin saber que respirarías esa brisa que te estaba ofreciendo. Lo hizo todo por ti y aún lo sigue haciendo.

—No puedo tener suficiente de ella.

—¿De qué hablas? ¿A qué te refieres con eso?

Intentó por todos los medios posibles amarrarse la lengua y no decirlo, pero no lo consiguió.

—Se ha ido, Ofelia.

—Pero regresará, como lo hizo hoy.

—No sé si esté dispuesta a hacerlo después de lo que acabo de hacer.

Extrañada por lo que decía, mantuvo la valentía necesaria para enfrentarlo.

—La besé —le anunció Price desesperado y atormentado, lo que produjo en la cabeza de O una confusión, junto a un profundo y sonoro eco.

—¿Qué tú hiciste qué?! —Chilló mientras su asombro no la dejaba respirar en paz y aquellas dos palabras que su hermano le había proferido resonaban al interior de sus oídos como la más estridente de las melodías que no deseaba siquiera escuchar.

X



El suave murmullo de su nombre pronunciado por una inusitada voz lo sobresaltó, mientras dormitaba semidesnudo en el ancho espacio de su cama. Al oírla, intentó abrir los ojos cuando aquella melodía que bien conocía volvía a emitir su particular sonido, como si estuviera acariciándole el lóbulo de su oreja. Porque para él era una sensación tan placentera, tan increíble, serena y real, que apaciguó la sorpresa y el total asombro que se le había alojado en el semblante al reconocerla y percibirla. Sí, ahí estaba después de tanto tiempo de pedir, de clamar, de rogar... había regresado como si todo hubiera sido una larga y angustiante pesadilla inserta en su propia realidad.

—¡Sofía, mi amor! —Pronunció con los ojos abiertos de par en par y con suma desesperación, mientras el frío y suave tacto de una mano femenina acariciaba su mejilla.

—Estoy aquí —respondió la mujer, clavando su mirada en los vidriosos ojos de su esposo, que ni siquiera osaban parpadear, cuando se quitaba el camión de satín color perla que llevaba puesto y desnuda se metía dentro de la cama para recostarse a su lado.

Price, atónito y pasmado por lo que ocurría, observó cada uno de los movimientos que realizaba su esposa, cuando sus brazos se cernían a su alrededor, como si estuvieran siendo desplazados por una fuerza mucho más poderosa que la suya.

—Estás... muy fría —expresó con la voz temblorosa al percibir su piel.

—Abrazame y dime que me amas —pronunció ella sutilmente, acercando sus labios hasta rozarlos con los suyos—. Dímelo, Robert, y hazme el amor sin dejar que me aparte de tu lado.

—Eres mía, Sofía, eres mi vida entera...

—Entonces, no intentes olvidarme —le pidió como si sus palabras fueran algo más que un incesante clamor—. Bésame, mi amor, solo bésame como la primera vez que lo hiciste.

La admiró impaciente, mientras sus labios comenzaban a descender hasta tocar los suyos, pero cuando cerró los ojos por completo y la besó con algo más que efusividad, comprendió que el dulce sabor que provenía de ellos no era el mismo que él bien conocía, sino por increíble que lo pareciera, éste le generaba estremecimientos y un adictivo deleite que jamás otros le habían entregado.

Como si su cerebro y su boca no hubieran estado en pleno contacto, Price pronunció el único nombre que se le alojó en cada uno de sus acalorados pensamientos y que hacían que ese particular beso se intensificara más y más a cada segundo que transcurría.

—Amara... —gimió contra su boca sin querer apartarse de ella, notando ahora la tibieza de la piel que se mecía junto a su compás, los movimientos del par de torpes e inseguras manos que le acariciaban el cabello y que se aferraban a su cuerpo semidesnudo, como si lo requiriera de una asombrosa manera—, te necesito... regresa a mí —añadió, cuando su mirada se abría,

quedándose suspendida en quien tenía a su lado y que claramente, ni siquiera se parecía a la mujer que momentos antes se había metido bajo sus sábanas—. ¿So... fia? —Articuló con la voz entrecortada y con la vista clavada en su profunda e inigualable mirada de color celeste.

—Jamás seré como ella —respondió la joven, derramando un par de lágrimas, las que sin entender el cómo ni el por qué, Price limpió rápidamente.

No pudo responder ante el nudo de emociones que se alojaron al interior de su garganta, ya que se lo impedían, se lo hacían más y más complicado a cada segundo, en los que pretendía por todos los medios posibles recuperar el total control de su mente y de cada terminación nerviosa de su cuerpo que le había logrado arrebatarse hasta el habla.

—No te condenes —replicó la muchacha luego de un profundo sollozo que fue acallado enseguida por otro beso indulgente que Robert le propinó.

—Lo siento, ya lo estoy. —Jadeó contra su boca mientras se montaba sobre la fragilidad de su cuerpo, apoderándose y bebiendo con ansias del dulce elixir que ella le entregaba. Y volvió a cerrar los ojos para disfrutar mejor del intenso momento, de cada caricia que sus manos le brindaban sobre la suavidad de su nivea piel, pero de pronto, una especie de frialdad lo sacudió desde los pies hasta la punta de su cabeza, logrando que intempestivamente los abriera y clavara en el sombrío rostro de la mujer que en un comienzo había irrumpido en su oscura habitación.

—Entonces, olvídate —le susurró Sofía al oído con su voz aterciopelada—. Olvídate de mí y déjame partir...

—¡¡No!!! —Vociferó Price roncamente mientras se erguía sobre la cama, dándose cuenta que sudaba a mares y que sus pulmones hacían un doble esfuerzo para poder suministrarle el aire necesario para respirar. Jadeó por unos segundos, intentando recobrase de la impresión, hasta que la alarma de su teléfono móvil empezó a sonar, dándole a entender que un nuevo día de trabajo había llegado—. ¡¡Maldición!! —Se quejó furiosamente, cerciorándose de inmediato que lo vivido un instante atrás obedecía a un sueño tan malditamente real, como la más horrenda de todas sus pesadillas.

Aquel lugar parecía ser el propicio. Después de mucho vagar entre una librería y otra, Ofelia por fin decidió entrar y buscar lo que tanto necesitaba, en teoría, porque desconocía todo acerca del tema de los ángeles, y más, sobre las entidades. Si no hubiera sido por “*San Google*” y la infinidad de páginas que hablaban sobre ese tema en particular, y del cual estuvo informándose mientras desayunaba a solas en el departamento de su hermano, se habría devanado el cerebro pensando únicamente en aquel beso. Sí, porque Robert había besado a la señorita celestial, como la llamaba, y ella... eso era lo que más le preocupaba, «¿Qué sería de Amara? ¿Qué sucedería después? ¿Y por qué el idiota había hecho semejante cosa?», eran algunas de las insidiosas preguntas que rondaban en su mente.

Dentro del inmenso lugar todo estaba dividido en secciones, lo que, sin duda, le ahorraría trabajo; no estaba dispuesta a preguntar, sino a ir directamente por lo que le interesaba. Además, ¿qué le diría a la dependienta? “*Hola. Tengo una amiga, que extrañamente es una entidad, a la que el pelotudo de mi hermano besó. Sí, lo sé, pero no se sorprenda ni abra los ojos de esa forma, porque ni yo aún lo digiero del todo. Pues bien, necesito encontrar un libro que aclare mis dudas sobre ese tema. Después de todo, ¿los ángeles tienen relaciones con humanos? O mejor dicho, ¿podrían llegar a tenerlas?*”.

Sonrió como una boba al darse cuenta de lo que su mente elucubraba. «*Definitivamente, lo*

de ser pelotudo, los Price lo llevaban en los genes», especuló al exhalar un suspiro, al mismo tiempo que su celular comenzaba a vibrar al interior de uno de los bolsillos de su abrigo. Rápidamente y movida por el claro interés de encontrar el libro con el cual deseaba dar, ni siquiera se percató de quién era el causante de la famosa llamada.

—¿Hola?

—¡Mi amor, no cuelgues, por favor! —Expresó Bob con desesperación desde el otro lado de la línea telefónica—. ¡Te necesito! ¡No puedo vivir sin ti! ¡¡Me equivoqué, lo admito, pero te amo!!

Desde que lo escuchó pronunciar su primera sílaba, una ofuscación unida a unas grandísimas ganas de cortarlo en cuadritos la sacudió, y sin evitarlo, su boca empezó a vomitar las siguientes palabrotas:

—¡Hijo de puta, déjame en paz y sigue revolcándote con la zorra esa! ¡Me perdiste, así que deja de molestarme y entrometerme en mi vida!

—¡Ofelia, lamento lo que pasó! ¡No estaba en mis cabales y no quise...!

—Casi matas a mi hermano, ¿y no estabas en tus cabales? ¡Ojalá nunca te hubiera conocido!

—¡No me digas eso, mi amor! ¡Déjame verte! ¡Necesitamos hablar, pequeña!

—¡Cállate, infeliz! ¡Pequeña la maldita zorra que te estuviste cogiendo todo este tiempo! ¡Desaparece de mi vida, cierra tu jodida boca y vuelve a meterla donde tanto te gusta tenerla!

—¡Ofelia, no es justo! ¡Dame una oportunidad de explicártelo todo!

—¡Ofelia, las pelotas, animal! —Chilló con desagrado, colgando la llamada con tanta rabia, que su rostro ardió enrojecido de ira—. ¡Mierda! —Vociferó una vez más, volteándose y chocando de frente con un sujeto, que en ese momento pareció haber salido de la nada—. ¡Pero qué...!

—Disculpe, señorita.

—¡Disculpe, nada! —Alcanzó a expresar al advertir un arrebatador ardor que la invadía por completo, en específico, en la parte superior de su cabeza. Como su cuerpo se lo permitió, terminó sosteniéndose de uno de los estantes que se encontraban en el pasillo, en el cual había ingresado un instante atrás—. ¡Dios! —Pronunció en un claro susurro, cerrando sus ojos, porque lo notó, lo sintió venir: sus piernas flaqueaban, temblaban, todo parecía dar vueltas a su alrededor por culpa de las emociones y sensaciones que percibía bajo la piel.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien? —Preguntó aquel hombre realmente interesado en ella.

—¿Le parece que lo estoy? —Le manifestó con la voz dura como el acero, inhalando y exhalando aire en profundidad, como si lo necesitara cada vez más.

—Entonces, permítame que la ayude, por favor.

—No lo necesito, así que... —abrió los ojos nuevamente y cuando lo hizo, lo primero que vio fue la atractiva figura de un guapo hombre rubio y de preciosa mirada azul-celeste que se encontraba frente a ella. Tuvo que tragar saliva un par de veces, ya que su boca se secó ante la belleza que irradiaba, cavilando como una verdadera loca de remate si lo que apreciaba era una aparición, o definitivamente, formaba parte de sus delirios—. No... no se moleste —respondió con la voz temblorosa.

—¿Está segura? Su rostro está muy pálido y por lo que noto, no creo que esté muy bien.

«¿Qué rayos decía? O sea, eso significaba que él, quizás, ¿había oído la cantaleta que le había plantado a su ex novio?»

—¡Mierda! —Replicó avergonzada.

Al instante, él sonrió de una bella manera, lo que hizo mella en Ofelia. «¿Podía existir una

sonrisa más perfecta que la de aquel desconocido, que parecía sumamente interesado en lo que le sucedía?»

—No, no existe. Digo... —se calló, regañándose a sí misma por no mantener la boca cerrada y justo en un momento como este—. Estoy bien, gracias.

—Insisto. La veo muy pálida.

—Es mi color natural —respondió sin evitar sonrojarse. «¿De dónde había salido esa estupidez?»—, pero gracias por preguntar. Yo...

—¿Me aceptaría un té o un café si no fuera inoportuno de mi parte invitarla? —Añadió, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Perdón? ¿Se refiere a mí?

—Sí, Ofelia, a usted.

«¿Qué? ¿Cómo rayos sabía su nombre?»

—¡Un momento! —Sostuvo algo más que sorprendida, sin quitarle la vista de encima—. ¿Cómo fue que me llamó?

—Ofelia. Eso fue lo que usted dijo mientras hablaba por teléfono, lo demás... sería muy impertinente de mi parte si lo repitiera, ¿no lo cree?

«¡¡Dios Santo!! ¡¡El guapo rubio lo había escuchado todo!!»

Se avergonzó más de la cuenta al corroborarlo. ¿Podía ser la vida tan cruel como lo estaba siendo justamente ahora?

—¿Estuvo...? Quiero decir... usted, ¿hace mucho estaba aquí?

Él se encogió de hombros.

—¿Y eso importa? —Le respondió.

—¡¡Claro que importa!! —Insistió ella, ya colorada como un lindísimo tomate y con las pupilas dilatadas a más no poder—. Lo lamento —se excusó—, no suelo hablar...

Pero él la interrumpió al notar lo incómoda que se sentía.

—No tiene que darme explicaciones, señorita, no las merezco. Solo me interesa saber si se encuentra bien, después de lo que ha padecido.

«Guapo, hermosa sonrisa, lindos dientes, mandíbula perfecta, preciosos ojos y gentil. ¿Dónde has estado toda mi vida, maldito extraño?»

—Aquí —contestó él, haciéndola saltar de la sola impresión que le ocasionó frente a la respuesta que le estaba dando—. A la vuelta hay una cafetería. ¿Qué opina?

Ofelia tragó saliva tres o cuatro veces antes de volver a emitir otro sonido.

—Yo... no salgo con desconocidos. Lo...

—Blaz —se presentó, extendiendo una de sus manos para que la estrechara.

«Blaz», replicó O al interior de su mente.

—Creo que ahora usted y yo ya no somos dos perfectos desconocidos —volvió a proferir, como esperando su reacción que no demoró en llegar.

—Tiene razón, ya no lo somos —declaró, estrechándole su mano y sintiendo como la rabia cedía por completo, sin siquiera recordar qué era lo que la había sacado de quicio—. Así que Blaz...

—Es el nombre que me dio mi padre —agregó, indagándola con la mirada.

—El mío me lo dio mi madre —le explicó tontamente.

—Seguro que lo hizo por una muy buena razón. Los nombres no se dan solo por darlos.

Ofelia suspiró, recordando las palabras de Amara.

—La que presta ayuda sin esperar nada a cambio.

—Hermoso, Ofelia. Realmente, el significado de su nombre es muy hermoso.

Y ahí iba otra vez ese hombre pronunciando su nombre de tan exquisita y sensual manera.
«¿Podía ser todo esto más aterrador de lo que ya lo era?»

—¿Y qué me dice? ¿Me acompaña?

—Dices —le corrigió.

—¿Y qué me dices, Ofelia? —Reiteró Blaz al curvar sus labios en otra flamante sonrisa.

«¿Qué digo? ¿Qué debería decir? ¿Qué no debería decir cuando ya ha escuchado toda la mierda de palabrotas que lancé y por culpa del miserable de mi ex novio?»

—¿Tu silencio es un rotundo no?

—Mi silencio es un rotundo... —se detuvo, porque por arte de magia recordó para qué había entrado en esa dichosa librería—. ¡¡El libro!!

—¿Libro?

—Sí, es... un regalo para mi hermano.

Blaz asintió, pero esta vez disimulando la sonrisa que momentos antes se le había instaurado en el rostro.

—¿Me das un segundo?

—Los que quieras, Ofelia.

—Solo necesito uno —expresó con gracia, pero esta vez fue ella quien sonrió. A continuación, se volteó y comenzó a buscar con desespero y ansiedad el nombre de unos títulos que aún tenía insertos en su memoria. Al cabo de un par de minutos, Blaz se unió en su búsqueda, tomando un grueso volumen en sus manos y preguntándole:

—¿Qué es exactamente lo que buscas?

—Te parecerá increíble, pero algo relacionado con ángeles.

—No, no me parece para nada increíble —respondió con sus ojos clavados en el libro de gruesa tapa de un fino color azul y letras doradas en su cubierta, que decía de la siguiente forma: “*Angelología*”—. ¿Crees en ellos, Ofelia?

—Por supuesto. ¿Y tú?

—¿No te has fijado bien? —Manifestó Blaz, entregándole el libro de tan bella encuadernación—. Asumo que éste le puede servir a tu hermano.

Lo observó incrédula y lo recibió de la misma manera, mientras comenzaba a deslizar sus dedos por la fina y suave cubierta que parecía estar hecha de terciopelo.

—“*Angelología*. Una ciencia del más allá” —balbuceó.

Amara regresó al hospital, en específico, a trabajar con los niños de la sección de oncología infantil. Junto a Alma y otros chicos terminaba de confeccionar unos lindos dibujos que luego serían colgados por todo el ancho y largo pasillo que iba directamente hacia las habitaciones. En eso se encontraba, al interior de la salita de juegos, cuando una figura que conocía muy bien se hizo presente. Alma alzó la vista al notar cómo los ojos de su amiga se fijaban en quién no cesaba de contemplarlas a través del cristal.

—¿Qué tienes? —Le preguntó al advertir un dejo de nerviosismo que irradiaba su mirada.

La joven volvió la vista hacia ella, intentando sonreír, cosa que no logró hacer.

—Nada. Estoy bien.

—¿Y por qué te pones tan nerviosa? ¿Conoces a ese hombre?

—Claro que lo conozco. Es mi hermano —le explicó para infundirle algo de tranquilidad.

—¿Tu hermano? —Segundos después, su curiosa vista yacía sobre la figura de Alaric, que

curvaba sus labios hacia arriba en una radiante sonrisa—. No lo parece, Amara.

—Pero lo es —le confirmó tras darle un suave beso en la frente—. Continúa, por favor, ya regreso. —Pero antes que se levantara de su asiento, Alma la retuvo, colocándole una de sus manos sobre su extremidad.

—Regresarás, ¿verdad? ¿No te irás de nuevo?

Amara asintió al comprender las entrelíneas de esas dos interrogantes que le había formulado.

—Quédate tranquila, no me iré a ningún otro sitio que no sea este hospital.

—¿Lo prometes? ¿Suceda lo que suceda te quedarás? —Insistió la niña, aún sin desprender su mano de su brazo, el cual ella tomó y acarició un par de veces de delicada manera.

—Claro que sí, me quedaré suceda lo que suceda. Lo prometo. —Mientras se separaba y comenzaba a caminar hacia la puerta, los ojos de Alma volvieron a posicionarse sobre la figura de Alaric, cuando una extraña sensación que nunca antes percibió oprimió su pecho.

Se alejaron de aquella sala y llegaron a una terraza al aire libre que daba de lleno hacia los estacionamientos que se ubicaban en la parte alta del edificio. Ninguno de los dos habló durante todo el trayecto, no hasta que los ojos colmados de incertidumbre de la joven recayeron, con cierto grado de timidez, sobre la profunda y oscura mirada de su hermano.

—¿Por qué no fuiste a casa? —Ansiaba a toda costa que le respondiera después de lo que había visto y constatado con sus propios ojos en el callejón, y luego, reafirmado en el hogar de ese humano. Porque él había estado allí y ella lo sabía.

—Estuviste ahí, creo que puedes responderte tú solo.

—Soy tu guía. Mi trabajo es protegerte, tal como tú lo estás haciendo con ese humano.

—Robert —le corrigió Amara sutilmente.

—Robert —repitió Alaric, metiéndose las manos al interior de los bolsillos de sus jeans oscuros—. Aun así vuelvo a preguntar, ¿por qué?

—No lo quise así. —Creyó firmemente que se refería al tema del regreso a casa.

—Sabes de lo que hablo. ¿Por qué dejaste que lo hiciera? —Volvió a interrogarla, mirándola fijamente a los ojos.

—Yo... no sabía que él...

—¿Qué fue lo que percibiste? ¿Qué sentiste, Amara?

—¿Percibir? ¿Sentir?

—Sí. Percibir, sentir... ¿Qué ocurrió contigo para que no quisieras regresar a casa con los tuyos?

La joven negó con su cabeza, cuando ya sus mejillas se encendían en claro disgusto.

—No quiero hablar de eso, por favor, no me pidas que te dé una respuesta ahora.

—¿Por qué no? ¿Te interesa?

—Claro que me interesa, Alaric. Robert es mi misión.

—Pues déjame decirte que ya no lo parece. —Terminó cruzando sus brazos a la altura de su pecho cuando comenzaba a caminar a su alrededor—. Ese humano empieza a desarrollar sentimientos por ti que debes alejar lo antes posible. No eres uno de ellos, ni nunca lo serás.

—Lo tengo más que claro.

—Tus ojos me dicen lo contrario.

Inevitablemente, Amara bajó la vista ante su apreciación, con las mejillas demasiado sonrojadas por los continuos enjuiciamientos que él hacía sobre su persona.

—Fuiste advertida por Gabriel. ¿Deseas que Miguel también venga por ti? ¿Eso es lo que realmente buscas con todo esto?

Negó una vez más.

—Pero lo estás logrando con cada uno de tus actos y tus errores. No piensas como nosotros, Amara, y deberías hacerlo. ¡Tú no eres como ellos!

—Lo sé —susurró.

—No te escuché.

—Lo sé, Alaric.

—¿Qué fue lo que dijiste? —La instó por tercera vez a que respondiera con suma valentía.

—¡Qué sí lo sé! —Alzó la voz, respondiéndole como él esperaba que lo hiciera.

Alaric detuvo su caminar y se posicionó frente a su cuerpo, dejando caer sus brazos sobre cada una de sus extremidades, y después de emitir un largo suspiro, reafirmó:

—Óyeme bien, no quiero que te condenes, porque si lo haces... ya no habrá regreso. ¿Sabes lo que significa, verdad?

Amara tragó saliva al escucharlo y al digerir cada uno de sus enunciados.

—No tendrás tus alas.

Parpadeó muy nerviosa.

—No caigas —le reiteró Alaric con fervor—, sé fuerte y abócate a realizar tu misión. Por favor, por lo que más quieras, no termines condenándote. —Se acercó lo suficiente para dejar caer su frente sobre la suya. Por varios segundos Alaric no se movió, tanto así que le pareció que casi no respiraba, pero cuando nuevamente oyó su voz, se dio cuenta que se debatía entre sus pensamientos y lo que salía por su boca—. Perdóname.

«¿Perdonarlo? ¿Por qué debía perdonarlo?».

—Perdóname, Amara. Solo... perdóname,

—El perdón solo lo otorga nuestro padre, Alaric.

—Lo sé, pero... si invadieras cada uno de mis pensamientos sabrías de lo que estoy hablando.

—Sabes que no poseo esa facultad, solo...

—Si yo te lo permito —concluyó terminantemente.

—No los invadiré, y no tengo nada que perdonarte, al contrario, he sido yo quien ha cometido un error tras otro y aún lo sigo haciendo.

Esa vez, él le sonrió y la admiró como nunca había contemplado a alguien en toda su vida. Analizó su rostro, la forma almendrada de sus ojos, su ceño como se fruncía cada vez que se molestaba o defendía cada una de sus opiniones con profundo esmero. La calidez de sus mejillas cuando se sonrojaba, su pequeña y fina nariz, su boca, sus labios, aquellos que ese humano había tenido el privilegio de probar y que ella había dejado que lo hiciera, sin detenerlo.

—¿Qué fue lo que sentiste? —Inquirió en un suave murmullo y ya con sus manos ascendiendo por sus extremidades—. ¿Qué fue lo que te hizo para que lo dejaras acercarse así?

—Alaric...

—¡Responde! —Alzó la voz, perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

Amara se sobresaltó y tembló en sus brazos, con los ojos dilatados, brillantes y sin parpadear, inquietos, perturbados y algo más que sorprendidos.

—Yo... no hice nada. ¡Ni siquiera sé lo que significaba esa demostración!

—¡No habrá una segunda oportunidad...! ¡Vendrán por ti y yo... no podré hacer nada si tú...!

—Si yo que... —quiso saber al colocar sus manos sobre las suyas—. Sé claro, por favor. ¿A qué le temes?

Y como si esa pregunta hubiera sido la más correcta de todas, terminó confiándose.

—A tu condena.

Amara volvió a temblar. Alaric así lo notó y ante ello terminó abrazándola con fuerza.

—Aléjate de él. No sigas adelante con esto. ¡Renuncia!

—¡No! —Contestó ella de inmediato, logrando separarse de su cuerpo—. ¡Se lo prometí! ¡No voy a abandonarlo! ¡No puedes exigirme que lo haga! ¡Él es mi misión!

—¿Lograrás llevarla a cabo después de lo que ocurrió? ¿Crees que podrás no salir herida de todo esto?

—No crees en mí, por eso me juzgas y me acusas de ser débil, me sigues e interfieres en cada acto que realizo.

Alaric movió su cabeza hacia ambos lados, en señal de negativa, mientras ella le escupía en el rostro todo lo que en ese instante sentía y que ya no podía callar.

—Eso no es cierto.

—¡Claro que lo es! ¡Crees que no soy digna de ayudarlo! ¡Crees que soy una entidad que solo comete errores y que depende de ti o de Blaz para hacer las cosas bien!

—¡Eso no es cierto, Amara! —Replicó con más fuerza en la voz.

—¡Ni siquiera ves lo que he logrado! ¡Ni siquiera te importa o enorgullece!

—¡Eso no es cierto! —Repitió por tercera vez, acallándola y haciéndola temblar. Sabía perfectamente lo que ocasionaba cuando su lado más fuerte y poderoso, el que había tenido que esconder por su propio bien y el de sus hermanos, salía a la luz, arrastrando todo a su paso, sin medir las consecuencias de sus palabras y de sus actos—. ¿Qué no comprendes que me importas más de lo que crees? ¿Qué no entiendes que lo único que deseo es que alcances la gloria junto a nosotros? ¿Qué no te das cuenta que lo daría todo por ti?

Se quedó sumida en lo que le manifestaba, en la oscuridad y el brillo de sus ojos, en la forma de su semblante y todo lo que reflejaba, con la última de sus interrogantes girando dentro de su cabeza como lo hacen las aspas de un molino de viento... “¿Qué no te das cuenta que lo daría todo por ti?”.

—Alaric... ¿Por qué?

—Regresa con los niños, Amara.

—Hermano, ¿no vas a responderme?

—Vuelve con los niños y quédate con ellos, por favor —repitió nervioso, empuñando sus manos, a la vez que sus ojos analizaban parte por parte, sector por sector, el sitio en donde ambos se encontraban. Y Amara lo notó.

—¿Qué tienes? ¿Qué es lo que percibes? ¿Por qué te comportas así?

—Solo vete, ¡ya! —Le gritó a todo pulmón, logrando que ella, después de darle una última mirada, saliera tan rápido como sus piernas se lo permitieron.

La perdió de vista cuando sus acuciosos ojos se cernían sobre cada punto, sobre cada recóndito sitio, sobre cada espacio vacío de ese lugar, hasta que, de pronto, una voz que él bien conocía y recordaba, aún a pesar de los siglos, colmó prontamente sus oídos.

—Veo que no has perdido eso que tanto te caracteriza, hermano. Sigues siendo el ángel con su lado oscuro luchando por salir. ¿Por qué te reprimes? ¿Por qué sigues haciéndolo a sabiendas de lo que realmente eres? ¡De lo que es tu esencia!

—No soy tu hermano —pronunció Alaric de forma inmediata y sin titubear.

—Lo sigues siendo, aunque te hayan alejado de nosotros.

Alaric sonrió de medio lado, se volteó e intentó mantenerse calmo, pero ¿podía conseguirlo frente a quién tenía delante de sí?

—Azael... Azael... —pronunció muy quedamente.

—Alaric, mi viejo amigo y hermano. ¡Qué gusto me da volver a verte!

—Lástima que no pueda decir lo mismo de ti —afirmó con ironía y con la vista clavada en el hombre de cabello negro, prominente y oscura mirada, alto, dotado de una amplia contextura física, vestido de traje negro y que entrelazaba sus manos luego de asentir un par de veces con su cabeza—. ¿Qué haces aquí?

—La oscuridad nos llama —rememoró—. La oscuridad que comienza a caer. ¿La hueles? ¿La sientes? Nosotros sí —aspiró el aire que lo circundaba—. Creo que huele a... entidad.

Alaric se contuvo, pero si por él hubiera sido, a estas alturas ese engendro venido directamente desde el infierno ya estaría en sus manos, rogando por su vida.

—Lárgate por donde viniste —le exigió con frialdad, la que manaba de él en momentos como este.

—No puedo. Luzbel me ha encomendado una misión y yo obedezco sus órdenes, así como tú obedeces las tuyas de... tu Dios.

—¡Ni siquiera lo intentes! —Lo desafió con fiereza, alzando una de sus manos e indicándolo con su dedo índice.

—Necesitaras más que esas amenazas para impedírselo, “ángel de Dios” —recalcó Azael al deambular a paso lento frente a sus ojos—. *“Entonces, se entabló una batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus ángeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la serpiente antigua, el llamado Diablo y Satanás, Luzbel, el seductor del mundo entero”*.

—¡¡Aléjate de ella, Azael!!! ¡¡Ni siquiera oses...!!

—Eso ya no está en mis manos, Alaric. Ustedes tienen sus designios y nosotros los nuestros. ¿O no recuerdas los motivos? ¿O ya olvidaste por qué tú...?

—¡No la tocarás! ¡No llegarás a ella! ¡No lo permitiré! —Lo acalló con su ahora poderosa y determinante voz.

—Lujuria, vanidad, libre albedrío. ¿Quieres que te los repita, hermano? Tú... los conoces bien. —Sonrió.

Alaric dio un par de pasos hacia él dispuesto a todo, mientras Azael le sonreía, esperando atacarlo ante su primer movimiento.

—¡Clama por tu vida!

—¿Ante ti? No me hagas reír... sabes lo que ocurrirá y no podrás hacer nada para evitarlo, porque si ella cae... es nuestra. Libre albedrío, ángel de Dios, recuérdalo... libre albedrío.

—¿Quieres luchar, Azael? ¡Pues hazlo ahora mismo!

—Lo haré, pero esta vez del lado correcto. Si la quieres contigo, ya sabes dónde encontrarnos —le respondió, otorgándole una maligna mirada—. Vuelve con nosotros, Alaric... vuelve y reclama lo que un día fue tuyo.

Y después de esas precisas palabras que detonaron en su conciencia, los recuerdos regresaron presurosos a su mente, uno a uno, porque ahí estaban y ahí seguirían, manteniéndose arraigados en él por toda la eternidad... por siempre y para siempre.

Y Alaric lo sabía.

XI



Fue un día agotador y más, teniendo alojado en su mente aquel sueño del cual no podía olvidarse por más que así lo deseara, pero... ¿Realmente quería hacerlo, cuando aquellas dos mujeres estaban insertas en él? Por un lado, no podía desprenderse de la asombrosa visión de Sofía recostándose desnuda junto a él en la cama que habían compartido tantas noches y en la que la había hecho suya de incansables maneras, y por otro lado... Suspiró, llevándose ambas manos al rostro y refregándose las contra él. No, pensar en Amara, por ahora, no parecía ser la mejor de las ideas.

Cuando las apartó de su semblante notó que alguien lo observaba con cierto dejo de interés y ese alguien no era más que Elizabeth. Y... ¿le sonreía? No era idiota, ni tampoco ciego. Sí, definitivamente le sonreía con disimulo mientras terminaba de firmar lo que parecían ser unos documentos, cuando charlaba con otra de las enfermeras del otro lado del módulo de administración.

Tragó saliva con dificultad sin saber qué hacer para salir prontamente de ahí, sin que advirtiera que, por ahora, no tenía el menor interés de entablar ningún tipo de charla amena con ella. Pero por más que lo intentó, la suerte esa noche no estuvo de su lado. Elizabeth ya comenzaba a dirigir sus pasos hacia él, contoneando las caderas de esa forma tan sensual que tanto la caracterizaba y que él bien recordaba.

«¿Y ahora qué?», se preguntó, cuando ponía en marcha algún tipo de idea macabra que lo sacara de ésta. «¿Huirás como un maldito cobarde? Te recuerdo que fuiste tú el que la invitó a tomar una copa, con la convicción de que esa misma noche te la tirarías y... bueno... ella no puso ningún tipo de resistencia en aceptar tu invitación; aun cuando decidiste que lo mejor era dejar las cosas tal y como estaban cuando te negaste gentilmente a subir a su departamento», recordó, o más bien, su subconsciente se lo dejó muy claro. «Y ahora, la tigresa te viene a cobrar aquella deuda. Podría asumir que no te salvas, así que ve preparándote para darle una creíble justificación, antes que pierdas la poca credibilidad que te queda».

Tosió un par de veces, aclarándose la garganta, cavilando nada más que en su amigo y colega Adam Smith. «¿Por qué en momentos como este no aparecía?».

—Buenas noches, doctor Price —lo saludó Elizabeth con su tono de voz un tanto delicado.

«Bueno, aquí vas, hombre. ¡Qué te aproveche!».

—Buenas noches, enfermera Grant. ¿Ya concluyó su turno?

«¡Sí que eres un pelotudo! ¿De todas las preguntas que pudiste haberle formulado, tenía que ser precisamente esa? Te lo estás buscando, Price, la tigresa atacará y te hincará los colmillos cuando menos lo esperes, ¡y por imbécil!».

—Solo un par de minutos más y estoy completamente disponible. ¿Por qué? ¿Tiene algo en

mente? —Se le iluminó el rostro cuando lo articuló, porque sabía de sobra que su interrogante solo obedecía a una cosa: ¡esta noche habrá sexo, chica, y del bueno!

Como si lo hubiera vislumbrado, Robert se quejó, dedicándole una creíble mueca de dolor.

—¿Se encuentra bien, doctor?

—La verdad, no. Este terrible dolor de cabeza me está matando y se ha acentuado con el correr de las horas. Ha sido un día duro y lo único que quiero hacer es llegar a casa y descansar.

—Si lo desea, puedo ir por algunos analgésicos y así...

—No te preocupes, es algo tensional —la detuvo sin darle tiempo a que prosiguiera—. He aprendido a convivir con esta molestia gran parte del día. Ya pasará.

—¿Está seguro? Quizás, una copa y algo de buena compañía puedan mitigar...

«¡Bingo!».

—Mi turno todavía no concluye —le dio a entender, socavando la posibilidad de salir lo más airoso de esa incómoda situación.

—Son más de las nueve, doctor.

—Un médico jamás tiene horarios, enfermera, al menos, un hombre como yo no vive de ellos.

—Comprendo. Tan solo lo vi y creí que podría devolverle la invitación que tan amablemente me propuso el otro día, y en la cual ambos la pasamos de maravilla. Tal vez... la copa pueda esperar.

«*Dos de dos, vas perfecto*».

—Elizabeth, con respecto a eso...

—No se preocupe, entiendo.

«*¿Entiende? ¿Realmente entiende que lo que menos quiero es revolcarme con alguien, cuando mi cabeza por ahora está hecha un tremendo lío por culpa de un maldito sueño?*».

—Sí. Estamos en el hospital y debemos guardar las apariencias.

Robert abrió los ojos como platos. No, definitivamente y para su mala suerte, ella no comprendía lo que trataba de decirle.

—Elizabeth, yo...

—No me explique nada, soy una mujer muy paciente y comprensiva —le respondió, otorgándole, además, un coqueto guiño.

«*Estás acabado. Ella solo quiere y espera que te la tires. ¿Lo harás?*».

Unos minutos después, en el ascensor que ascendía lentamente, a Price se le acentuó un dolor de cabeza de aquellos, mientras su malhumor se acrecentaba debido a la maldita apuesta que no consiguió llevar a cabo.

Cuando las puertas de acero del elevador se abrieron ante él, específicamente, en el piso del área de pediatría, caminó apresuradamente en dirección hacia el extenso pasillo, en el cual se encontraban las habitaciones de los niños, cuando sus ojos se detuvieron en los preciosos dibujos que se encontraban en ambas paredes, a lo largo de él. Se sorprendió al verlos, pero más se asombró de que los niños volvieran a realizar esas actividades que solo habían estado a cargo de una sola persona: Amara.

Sonrió pensando en la grandiosa posibilidad de que ella, finalmente, hubiera regresado, tal y como se lo había advertido esa noche, hasta que una particular y melodiosa vocecita inundó sus oídos, sacándolo de su completa abstracción.

—Buenas noches. —Lo saludó la joven a la distancia, contemplándolo.

Robert sonrió encantado de volver a verla. En realidad, se moría de ganas de tenerla cerca, ya que había pasado gran parte del día recordando la calidez de su mirada, su piel y por sobre

todo sus labios, aquellos tibios y dulces labios que ansiaba volver a disfrutar.

—Buenas noches, Amara. ¿Qué haces aquí?

—¿Ya olvidaste lo que te dije con respecto a Alma y los niños?

¿Olvidarlo? Cómo podría olvidarlo, después de su intento de ponerlo en su lugar, sacando a relucir su “yo malvado”.

—No, no lo he olvidado. —Sonrió como un tonto al evocar aquel episodio.

Amara avanzó hacia él, preguntándose: ¿y por qué reía así?

—Los humanos son bastante extraños e impredecibles —acotó deliberadamente.

—¿Los humanos o yo? —Le contestó, deteniendo su andar e interponiéndose en su camino.

Sus ojos se depositaron en los suyos, pero más lo hicieron en su boca, en su contorno, en su forma y en su color—. Tú tratas solo conmigo, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. Eres...

La interrumpió, porque lo que se aprestaba a decir él bien lo sabía.

—Tu misión, lo sé. —Suspiró—. ¿Cómo está Alma y los niños?

—Más animados.

—Y todo gracias a ti. Seguro estaban muy felices con tu presencia y más, con el trabajo que llevaron a cabo. Los dibujos colgados en las paredes son muy hermosos.

La joven bajó la mirada, pero no pudo tenerla por mucho tiempo pegada al piso, ya que, en un santiamén, la poderosa mano de Robert se dejó caer sobre su mentón para alzarlo y así no perderla de vista.

—Me encanta que estés aquí. ¿No lo notas?

Aquello la hizo sonrojar, porque sin ser cabalmente humana, cada vez se comportaba como tal y eso no estaba bien, menos para lo que era, una simple y común entidad.

—No trates de ocultarla, por favor. Quiero reflejarme en ella —le pidió con mucho esfuerzo, cuando ella terminaba alzándola por su propia voluntad.

—Si lo hago... ¿pretendes besarme otra vez? —Preguntó con total ingenuidad, la que la caracterizaba.

—Que puedo decir en mi defensa... —meditó Price, queriendo no responder con alguna que otra estupidez, pero también, no lanzarse de lleno por su boca que lo tentaba cada vez más—. Si me lo preguntas así y tan amablemente...

Amara cerró los ojos y Price percibió con ello su enorme incomodidad, pero asimismo, algo de miedo.

—Ábrelos, por favor —le solicitó en un suave murmullo—, y te responderé.

Ella así lo hizo, pero esta vez de diferente manera, casi como si en ellos hubiera inserto algo más.

—No vuelvas a hacerlo, Robert. Por tu bien, no vuelvas a...

—¿Qué no vuelva a hacer qué? Mi bien eres tú y quiero que lo sepas.

En ese instante, la vibración de su teléfono móvil los interrumpió.

—No te muevas —le advirtió antes de tomar la llamada—, menos oses desaparecer. Hablo en serio.

La muchacha resopló mientras movía su cabeza de lado a lado. Robert, en cambio, observó la pantalla de su móvil, en la cual vislumbró el nombre de su viejo amigo Adam.

—En el momento menos indicado te haces presente —se quejó, evocándolo, sin perder de vista la figura de la joven que reclinaba su espalda contra una de las paredes.

Contestó la llamada a regañadientes, en la que su amigo le informaba que lo esperaba en su casa para comer y que no aceptaba un no como respuesta. Además, que no debía preocuparse por

Ofelia, porque ya iba en camino.

Observó a Amara en todo momento, dilucidando que tras aquella invitación se escondía una clara exigencia.

—Aceptaré solo si respondes afirmativamente a lo que formularé: ¿hay cabida para alguien más?

La casa de Catherina y Adam, que se situaba en las afueras de la ciudad, era lo bastante hermosa y acogedora, llena de verdor y con un inmenso jardín de flores de variados tonos y especies que se erigían de lado a lado a través de un largo camino que iba hacia ella.

—Hemos llegado —le anunció cuando las enormes rejas automáticas que se encontraban en la entrada se abrieron lentamente para dejarlos ingresar a la propiedad. Dentro, Price se percató que el coche de su hermana ya estaba ahí, lo que le brindó un dejo de serenidad que para Amara no pasó desapercibida.

—Te lo dije —le contestó como si se estuviera burlando de él en su propio rostro.

—Qué graciosa.

Se estacionó muy cerca de los coches que se hallaban aparcados frente a la entrada, para luego salir del vehículo, rodearlo, y abrir la puerta de su acompañante, a quien le tendió la mano como todo un caballero para ayudarla a bajar.

—Ahora que estamos aquí, no pretendas desaparecer, menos esfumarte. Tú y yo tenemos mucho de qué hablar como para que andes por ahí jugando al fantasma.

La joven entrecerró los ojos. ¿Desde cuándo poseía la potestad de regañarla, amenazarla o advertirle de esa manera? Se suponía que la que llevaba las riendas en esa pseudo-relación entidad-humano era ella, o al menos, eso intentaba conseguir.

—La verdad, no sé qué hago aquí, Robert.

—Estás acompañándome a cenar con mis amigos.

—Pero yo no soy...

—Esta noche lo serás, así que sonríe y pórtate como corresponde.

De una pieza la dejó cuando le profirió semejante indicación.

—¿Te estás oyendo? Parece como si le estuvieras dando órdenes a algo que no piensa por sí solo. Te recuerdo que no soy un objeto, soy tu entidad guardián.

—Y eso lo sé perfectamente.

—Me respondes de manera afirmativa... ¿y aún me traes aquí a sabiendas de lo que soy?

—Son mi familia —recalcó—. Además, tú y yo nos debemos una conversación sobre “cierta” situación —subrayó.

—¿Y qué piensas decirles? ¿Qué soy una entidad que vino por ti para darte una lección de vida, por ejemplo?

Price suspiró profundamente, porque ella tenía toda la razón. No había que ser muy inteligente para advertir que le estaba entregando la lección de su vida y hasta ahora se daba cuenta de ello.

—Podría ser una clara posibilidad —le contestó al encogerse de hombros, deslizando segundos después su mano izquierda hacia una de las suyas, la que finalmente tomó con delicadeza.

Al sentir el roce de su piel, Amara enarcó una de sus castañas cejas, preguntándose en silencio: ¿y esto? ¿De qué va?

—Solo me aseguro de que no te esfumarás.

—Desvanecerme —le corrigió altanera.

—Para mí ya es casi lo mismo. Ahora, ¿podemos entrar?

La joven quiso agregar algo más, pero un leve tirón que le otorgó al comenzar a caminar, la silenció por completo. Ese hombre estaba decidido a no dejarla ir, al menos, no hasta que ambos pudieran tener el tiempo necesario para poner las cartas sobre la mesa y hablar sobre “el dichoso beso” que le había plantado y el que todavía recordaba como la situación más dulce, pero a la vez, más extraña que en su corta vida había experimentado.

A los pocos minutos, Robert hizo su entrada triunfal mientras Adam lo recibía con un caluroso abrazo.

—¡Qué bueno es tenerte aquí y con tan bella compañía! —Le manifestó al posicionar su mirada en la tímida figura de la joven que le sonreía desde el umbral de la puerta, como negándose a entrar—. Adelante, por favor, están en su casa.

—Gracias, Adam. ¿Recuerdas a Amara? —Preguntó enseguida para realizar las debidas presentaciones.

—Un rostro y una mirada como la suya... no es nada fácil de olvidar. Es un placer, Amara. Soy Adam, colega y amigo de este sujeto. Bienvenida.

Ella asintió, observando cómo le tendía una de sus manos, la que estrechó con algo de retraimiento.

—Muchas gracias. —No estaba preparada para tratar con tantos humanos a la vez, cuando su misión solo se componía de una sola persona, quien la observaba de una singular manera y con un brillo sin igual instalado en la claridad de sus ojos.

—Es una muy querida amiga —intervino Ofelia, quien salía en ese instante desde el interior de la cocina; había advertido las voces, tanto la de su hermano como la de aquella chica—. Me alegro que estén aquí, ambos —subrayó intrigada de verla allí, besando a Robert en la mejilla y otorgándole un coqueto guiño que subliminalmente le decía: “*¿y esta sorpresa, querido hermano?*”—. Me alegra verte aquí —le insinuó ahora a Amara, abrazándola con cariño, gesto al que ella correspondió de la misma manera.

Con solo intercambiar miradas, O comprendió que algo le sucedía y que no se sentía a gusto estando allí, junto a ellos.

—¿Está todo bien, Amara?

—Lo estará —le anunció Robert al escuchar su curiosa vocecita.

—No te lo pregunté a ti, sino a ella.

—Lo sé, pero me da igual —le devolvió secamente colocando una de sus manos sobre la espalda de Amara, en clara señal de que avanzara hacia la sala en la que Catherina los esperaba. A continuación, fue guiada muy amablemente por Adam, quien de inmediato y casi de manera automática percibió la corriente eléctrica que emanaba de las miradas de los dos hermanos.

—¿La obligaste a venir? —Prosiguió Ofelia, tras susurrárselo.

—¿Te parece?

—¡Claro que me parece! ¿Por qué lo hiciste?

—No hay un por qué. Ella me encontró, tan simple como eso.

La pelirroja resopló y puso los ojos en blanco.

—¿No te bastó con el beso que le plantaste? No es una mujer normal, Price.

—Para mí lo es.

—Te estás metiendo en un gran lío, cabezota.

—Ya lo sé, no tienes que refregármelo en la cara. ¿Puedo hacer algo al respecto? No, Ofelia, no puedo.

—¡Pues te lo refregaré una y mil veces si es necesario! ¡La besaste, idiota, y ahora la traes contigo para qué! ¿No notas lo incómoda que está? ¡Ella no se siente a gusto aquí, compartiendo

con nosotros!

Lo sabía. De hecho, lo advirtió en su mirada muy tempranamente.

—No estás en mi cabeza, O.

—¿A cuál de ellas te refieres? Porque estoy convencidísima que en este preciso momento no estás pensando con la que tienes sobre tus hombros, sino con aquella que te sobresale del pantalón, soberano tonto. Con permiso. —Quiso dejarlo a solas, pero la mano de su hermano la detuvo, dejándola caer sobre una de sus extremidades.

—¿Y a ti qué mierda te sucede?

O sonrió con descaro, volteándose para que sus ojos nuevamente se conectaran con los suyos.

—Te lo diré luego. No quiero arruinar la grandiosa velada que Adam y Cath han preparado para nosotros.

—Ofelia...

—Lo sabrás, obsesivo compulsivo.

Price puso cara de pocos amigos. ¿Obsesivo él?

—Ofelia Price, te estás pasando de la raya.

—¿Lo crees? —Le susurró de forma instantánea, zafándose de su agarre.

La cena avanzó en perfectas condiciones, aunque Amara apenas abrió la boca ante las incisivas miradas de la pareja que no apartó su vista de la suya ni por un solo momento. ¿Por qué la observaban de esa manera y por qué cuchicheaban entre ellos, como creyendo que no advertía que lo hacían? ¿Por qué luego sus ojos iban y venían desde el rostro de Robert hacia el de ella y viceversa? ¿Y qué era lo que todos bebían y que parecía ser un líquido algo fuerte al probarlo?

—Aquí tienes. —Ofelia le tendió un vaso de agua, apartando la copa de vino blanco que Amara tenía entre sus manos—. Una entidad borracha, no lo creo.

Todo continuó desarrollándose con naturalidad y las preguntas alojadas al interior de la mente de la muchacha abundaban, pero aun así se comportó de la forma más normal que pudo, sonriendo y no abriendo la boca más que lo suficiente para responder a lo que Adam y su esposa le preguntaban. Si hasta le parecía un tanto graciosa la forma en la que ambos hermanos abrían sus ojos cuando la oían hablar, temiendo de lo que podría llegar eventualmente a ocurrir si es que se animaba a profundizar en lo que a su existencia significaba.

—Respiren, por favor —les pidió amablemente a ambos, cuando el matrimonio se levantó de la mesa para ir por el postre.

—¿Graciosa! —Chillaron al unísono al oír aquellas tres palabras que salieron tan airosas de su diminuta boca.

Por más que lo intentó, Amara no pudo reprimir una hermosa sonrisa que brotó de sus labios, como si con ella diera por sentado que lo peor ya había sucedido.

Alrededor de quince minutos después, O se disculpó ante los presentes para salir afuera, llevándose consigo a Amara. ¿Para qué? Tenía que enterarse de ciertas cosas y la verdad, la incertidumbre la estaba matando al notar la cara de idiota con la cual su hermano no había dejado de admirarla durante gran parte de la velada.

—¿Te sientes mejor? ¿Estás más relajada? —Le manifestó, invitándola a tomar asiento en un par de escalones de la pequeña escalera que iba hacia el patio trasero.

—Sí. Me temo que lo más difícil ya aconteció.

—Si fuera tú, no diría eso. Discúlpame, sé que no es de mi incumbencia referirme a esto, pero creo que te debo algo más que un favor desde aquel día que intercediste por mí ante el señor de allá arriba.

La joven volteó la vista hacia ella, sonrojándose sin que lo pudiera evitar.

—No intercedí por ti, solo conseguí que abrieras los ojos para que vieras mejor el camino. La voluntad de hacer lo correcto siempre fue tuya.

Ofelia resopló con algo de enfado. Todavía tenía en la cabeza aquel último llamado telefónico que Bob le había hecho pidiéndole perdón por su... prefirió guardar silencio. En realidad, después que ese guapo hombre rubio de atrayente mirada se había cruzado con ella al interior de la librería en tan particular momento de su vida, todo le daba a entender que, quizás, no era la mujer que estaba sumergida en su propia mierda, como bien lo creía, porque sí, era duro de asimilar. Sí, aún era bastante complicado de sobrellevar, y seguiría siéndolo hasta que pusiera los puntos sobre las íes de una buena vez. ¿Y cuándo ocurriría aquello? Cuando su ex novio se diera por enterado de su embarazo. Después de todo, ¿qué más podía hacer? ¿Pretendía ocultárselo para siempre hasta que llegara el fatídico día en que su hijo o hija le preguntara por su padre y ella no supiera qué hacer o qué decir?

—¡Mierda! —Pronunció de pronto y para sorpresa de Amara.

—¿Estás bien? —Evidenció como su ahora bellissimo semblante cambiaba de color y le añadía una pequeñísima cuota de entusiasmo a sus palabras.

—Se suponía que eso te lo preguntaría a ti.

Amara optó por callar, absorta en cada uno de los pensamientos que la invadían. No sabía nada al respecto de los sentimientos humanos, no se conocía ni siquiera un poco como para enjuiciarse, pero entonces, ¿por qué sentía que el tiempo se detenía cada vez que Robert la miraba de esa forma tan profunda y cálida? ¿Por qué su cercanía la intranquilizaba? ¿Y por qué temblaba y sudaba de tan extraña manera, olvidándose, a veces, hasta de respirar?

Se levantó ante la atenta mirada de Ofelia, quien la observó cómo entrelazaba sus manos, demostrándole con ese delicado gesto algo más que nerviosismo.

—Amara...

—¿Qué es un beso, Ofelia? —Se animó a inquirir espontáneamente—. ¿Qué significa?

«¡Santo Dios!», fue lo que O se planteó al tratar de digerir aquellas inusitadas interrogantes.

—Mmm —tosió—. Bueno... un beso es... una muestra de afecto que se da entre dos personas que se tienen muchísimo cariño y aprecio —usó toda su labia para ir desde lo particular a lo general, porque ¿debía ahondar en ese asunto que a ella no le concernía para nada? Su hermano se lo había contado porque se sentía muy afectado, pero ella... ¿cómo estaría ella realmente?

Se levantó desde donde se mantenía sentada para ir en su búsqueda.

—Sabes que puedes confiar en mí, así como yo lo hago contigo. Sé que no me incumbe y que me estoy convirtiendo en una chismosa al querer ahondar más allá, pero... me lo preguntas por lo que sucedió con él anoche, ¿verdad?

Ni siquiera obtuvo un sí o un no como respuesta, no le hizo falta, porque al admirar a la profundidad de sus ojos celestes lo supo todo.

—Tranquila —le propuso mientras comenzaba a acariciarle su castaño cabello—. ¿Te hizo daño? ¿Te asustó? ¿Te hizo sentir mal o incómoda?

Amara clavó la vista en el piso. La verdad, se sentía demasiado confundida como para expresarle con claridad lo que sucedía en su interior y con los extraños sentimientos que afloraban bajo su piel.

—Conozco a mi hermano, tanto como para asegurarme que si hizo lo que hizo, no fue para aprovecharse de tu ingenuidad. Es un demente, sí, un energúmeno y un viejo cascarrabias, también,

pero...

Tras un repentino y grave carraspeo de garganta la sonora y varonil voz de Price las alertó. Se encontraba a tan solo unos pasos de ambas, observándolas algo inquieto y con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

—Gracias, O. Estás siendo muy amable y demasiado honesta para mi gusto.

La aludida se volteó para fijar su vista en él, dejando que una media sonrisa se le instaurara en el rostro.

—Siempre tan impertinente. ¿Qué no te enseñaron a no inmiscuirte en las conversaciones ajenas?

Price sonrió maravillosamente, cuando ya comenzaba a caminar hacia ellas.

—Me preguntaba si estaba todo bien entre ustedes dos.

—Estamos bien. Amara y yo estamos un poco cansadas e iremos a mi casa a descansar.

Esa respuesta le hizo perder de inmediato la sonrisa. Ella había dicho ¿mi casa?

—¿Tu casa? ¿Crees que dejaré que regreses a tu departamento con ese imbécil dando vueltas por ahí?

—Me iré con ella, Robert —le anunció Amara, interfiriendo en la charla.

—Peor aún. Mi casa es tu casa, pelirroja. Creí que te había quedado claro que no te moverías de ella después de todo lo que sucedió.

—¿Perdón? Yo tengo una vida, recuérdalo.

—En realidad, llevas contigo dos. Doble razón para hacerme cargo.

Cerró los ojos, cuando ya comenzaba a contar hasta diez para no explotar.

—Sí, dos, de acuerdo, pero eso no te da derecho a decirme qué debo o no debo hacer. Y con respecto al imbécil de mi ex novio, no te preocupes por él, con lo de hoy creo que le quedó muy claro que no me interesa.

Su ceño se contrajo al instante, mientras entrecerraba la mirada.

—¿Con lo de hoy?

—Sí, con lo de hoy. Iba a contártelo luego, pero te me adelantaste; a Bob lo envié a la mismísima mierda. ¿Qué te parece? Sabe que no quiero nada de él y que espero, por su bien, que se mantenga lo más alejado que pueda de mí.

—No trates de engañarme, ese tipo no te dejará en paz, y te guste o no, tú regresas conmigo a mi departamento.

—Lo siento, señor gruñón, tengo mi casa, mis cosas y también necesito mis tiempos.

—No estoy jugando, O. No me hagas perder la poca paciencia que me queda.

—Y a mí me da igual que colapses, Price, porque me iré a mi casa y Amara vendrá conmigo. ¿No es cierto? —Dirigió la mirada, esta vez, hacia quien, inesperadamente, le respondió con un ferviente sí.

Robert guardó silencio mientras acariciaba su barbilla con una de sus manos, lo hacía cada vez que algo le preocupaba y este era uno de esos casos. ¿Contar hasta cien le ayudaría a no explotar frente a ambas?

—Ofelia...

—Ofelia, nada. —Esbozó una enorme sonrisa de oreja a oreja, con la cual le indicó que cualquier apreciación que tuviera se la podía guardar donde mejor le cupiera. Después de ello, terminó acercándose a él para obsequiarle un sonoro beso que recayó en una de sus mejillas—. Yo también te quiero. Además, esto te ayudará para que evites meterte en más líos. Amara se queda conmigo y punto final. Buenas noches, besucón. —Luego de todo lo que le profirió, entró en la casa mientras Price, sin podérselo creer, fijaba la mirada en Amara, quien se encogió de hombros

y comenzaba a caminar siguiendo los pasos de su hermana.

—Lo que ella diga —le anunció la muchacha a unos pocos centímetros de su cuerpo.

—Un momento. ¿Todo esto se trata de una vil confabulación en mi contra? ¿Qué fue lo que hice para que me traten así?

—Confabulación o no, ella tiene muchísima razón.

—¿En qué? ¿Me lo puedes explicar?

—En que eres un maniático y un obsesivo del control o lo que ello signifique. —Sonrió, como si se estuviera burlando de él en su propio rostro.

—Aparta esa sonrisita traviesa de tu rostro, entidad.

—Primero, quita tú esa manía de querer dirigir la vida de las personas que se encuentran a tu alrededor, Robert.

Sus palabras lo dejaron mudo. Él no hacía eso... bueno, lo hacía, pero... ¡tenía razones de sobra!

—¿Y qué hay de mí?

Su enunciado la detuvo antes de entrar a la casa, y sonriendo tan bellamente, como siempre lo hacía, se devolvió tras sus pasos, se acercó a él y acarició una de sus extremidades con cariño.

—Ve a descansar, lo necesitas. Buenas noches. —Pero antes que se volteara y retomara su marcha hacia el interior de la casa, el joven médico la detuvo, tomándola por uno de sus brazos. Ya había estado media noche reprimiendo cada uno de sus impulsos, observándola de reojo, analizando cada inusual movimiento suyo, deleitándose con la forma tan sensual de su boca y cómo la movía cada vez que se animaba a compartir la gracia de su suave voz.

—Pero tú y yo tenemos algo pendiente. Algo que no puede esperar.

—Tú y yo no tenemos nada pendiente. Lo siento, no existe nada más que nos una.

—Quizá para ti, pero no para mí.

—Robert, sea lo que sea que haya ocurrido con nosotros, no volverá a suceder, por mi bien y por el tuyo. Mi deber es para contigo y estoy dispuesta a cumplirlo, y tu deber es volver a creer y también lo cumplirás a cabalidad.

—Amara...

—Debo irme, Ofelia me espera.

Robert guardó silencio al comprobar cómo ella se refería al hecho con tanta naturalidad, como si no le hubiera importado que él, en ese beso, hubiese puesto algo más que unas ardorosas ansias por volver a transitar en esa luz que le había sido tan esquiva por tanto tiempo.

«¡Maldición!», se quejó en silencio, meditando cada uno de sus actos, cada una de sus palabras y cada una de las emociones que le corroían la piel, formulándose la única pregunta que deambulaba en su mente: ¿Sería posible que después de haberla besado de esa manera, todo hubiera cambiado, irremediabilmente, entre los dos?

XII



Price esperaba a Adam en la cafetería del hospital, se notaba intranquilo y más, por todo lo sucedido la noche anterior y su indebido comportamiento con Amara. No podía asimilar cómo la había obligado a asistir sin preguntárselo y sin darle tiempo a que desistiera, porque después de todo, ¿quién era él para exigirle algo semejante?

Tras un suspiro que emitió de considerable forma advirtió que su amigo ya estaba allí, y por lo tanto, al fijar sus ojos en su risueño semblante vaticinó que el interrogatorio de rigor que traía consigo no se haría esperar.

—¿Me hablarás de ella con franqueza o quieres que comience con la tanda de preguntas? — Fue lo primero que le dijo Adam al llegar a la mesa en la que Robert se encontraba.

—¿Qué quieres que te diga? —Manifestó con resignación, porque sabía que de esta charla no zafaba.

—¿Cómo conociste, por ejemplo, a la hermosa mujer que anoche tuve el gusto y el placer de tener en mi mesa? ¿De dónde sacaste a esa preciosidad? ¿Y por qué no dejabas de admirarla, como si realmente estuvieras embozado con ella?

«¿Por cuál de todas sus preguntas debía empezar a responder?».

—¿Te dignarás a pronunciar una frase coherente o prefieres que llame a Ofelia para que me lo cuente todo? Los conozco muy bien a los dos y tu hermana estaba tan nerviosa como lo estabas tú. ¿Qué está sucediendo? ¿Me estás ocultando algo que no quieras que sepa?

—No sucede ni te escondo nada.

Primera gran mentira.

—¿Y por qué será que no te creo?

Robert bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas que tenía sobre la mesa. Segundo a segundo se preocupaba más y más de lo que podría llegar a salir de su boca con respecto a ella. ¿Cómo le explicaría a su mejor amigo quién era? ¿Cómo diablos le diría que Amara era una clase de entidad que había venido a la Tierra para ayudarlo a recobrar la fe y la esperanza en sí mismo?

—No me digas que tú te estás... ¿enamorado? —Formuló su colega, cuando sus ojos claros se cernían sobre el nervioso semblante de quien tenía enfrente.

Aquella pregunta logró que, instantáneamente, Robert alzara la vista y tragara saliva un par de veces antes de volver responder.

—A la única mujer que amé y amaré será a Sofía.

—Nadie te lo discute, pero mírate. Te conozco demasiado y ese brillo inusual que se aprecia en tus ojos hace mucho tiempo que no lo veía aparecer. Además, es sorprendentemente aterrador cómo has mejorado tu carácter.

—Sigo siendo el mismo, Adam.

—No, no es lo que he escuchado en los pasillos. A mí no me vienes con cuentos sobre eso. Todo este cambio se debe a quien anoche cenó en mi casa, ¿o lo vas a rebatir?

¿Podía hacerlo, cuando él, después de todo, tenía tanta razón?

En un rápido movimiento, Price terminó deslizando una de sus manos por su corto cabello, en señal de desasosiego, para después llevarla hasta el contorno de una de sus mejillas y decir:

—¿Si eso fuera cierto? ¿Qué ocurriría?

Los ojos de su amigo se iluminaron de felicidad.

—¡Eso sería grandioso!

—No es tan grandioso, Adam, te lo puedo asegurar.

—Pero... ¿por qué no?

—Por la memoria de Sofía, la única mujer a quien amaré por siempre.

—Robert, por favor, no te atormentes más —le pidió al notar la cara de tristeza y melancolía que dejaba entrever—, no fue tu culpa.

—¡Yo conducía, maldita sea! —Apretó sus manos en forma de puños—. Yo fui quien, de alguna manera, acabó con su vida y con la mía en ese maldito accidente que me lo arrebató todo. ¿Qué no lo puedes entender? Sofía era toda mi vida y jamás existirá mujer que se le iguale.

—Lo sé. Nadie nunca la reemplazará, pero tal vez Amara...

—Tal vez Amara solo sea una ilusión a la que me estoy aferrando como un idiota, que lo único que hace es creer que la vida tiene algo bueno para mí después que me dejó aquí, pudriéndome de esta manera.

—¡No puedes ser tan egoísta! ¡Todavía tienes mucho por qué vivir! ¿Qué no te das cuenta a quiénes tienes a tu lado? Ofelia te necesita, su bebé te necesita, nosotros, Alma, ¡hasta esa chica, por Dios! Aun comportándote como el vil tirano que eres ella ha estado a tu lado y no se ha alejado de ti.

Price movió su cabeza en señal de negativa mientras oía cada una de sus palabras.

—Si yo fuera ella, no me habría importado haberte dejado solo desde el primer instante. ¡Con ese carácter de mierda alejas a todos los que queremos sacarte a flote! —Alzó la voz más de lo debido frente a las personas que en ese momento se encontraban al interior de la cafetería—. ¡Maldición, Price, me sacas de mis casillas tan fácilmente, que si no fueras mi mejor amigo, no me importaría darte una buena golpiza, como la que le dimos al imbécil ese!

Su instintiva respuesta consiguió que terminara riendo a carcajada limpia. En cuanto Adam la oyó, no pudo evitar unirse a ella para dejarse llevar, logrando que su ofuscación cediera gradualmente.

—Estás demente —le recordó mientras lo apuntaba con su dedo índice.

—¿Yo? —Preguntó Robert con descaro, cuando su vista se dejaba caer sobre una figura femenina, que en ese preciso instante hacía su entrada al lugar. De forma inmediata se volteó, razones tenía de sobra para hacerlo. No es que estuviera huyendo de ella, o más bien, sí, lo hacía. Elizabeth Grant no era una mujer que se daba por vencida tan fácilmente y a partir de la última charla que ambos habían mantenido sabía de sobra que esa copa no esperaba ni un solo segundo más.

Adam dejó de reír luego de analizar la nerviosa mirada de su amigo, que parecía escabullirse en otra dirección.

—¿De quién te estás escondiendo?

—Tengo que trabajar. De pronto, se me quitó hasta el apetito. —Se levantó rápidamente de la mesa.

—¡Ey, pero...! —Ni siquiera pudo terminar de hablar cuando una estupenda mujer rubia de

ojos color miel, junto a una prominente sonrisa se plantó frente a ambos, y con su seductora voz pronunció el nombre de su amigo.

—Doctor Price, que gusto me da volver a verlo.

—Ya veo —susurró Adam bajito, tan solo para él, como si en un santiamén lo hubiera comprendido todo.

—Elizabeth, ¿qué tal? —La saludo Robert muy nervioso de tenerla ahí, otra vez. «*¿Qué no se cansaba?*», le preguntó a su amigo, más bien, con la mirada, a lo que éste le respondió de la misma forma, «*no hasta que te la folles, viejo*».

—¿Podría concederme un poco de su tiempo? Necesito algo de usted...

Price tragó saliva, casi a punto de atragantarse.

—¿Y en qué puedo ayudarla, enfermera Grant?

—En mucho. Necesito que me instruya en ciertas áreas y después de lo amable que fue conmigo la otra noche, creí que podría...

Adam tosió, interrumpiéndolos, cuando la mirada de la muchacha se dejó caer sobre la suya, como si le hubiera molestado una enormidad que emitiera ese tan particular sonido.

—Lo lamento, pero mi tiempo se acabó —les anunció.

—Me voy contigo —intervino Price para salir airoso de la situación—. Tengo que subir a pediatría.

—También yo. ¡Qué grata casualidad! —Vociferó la muchacha con una sonrisa de oreja a oreja implantada en su rostro de bellas facciones.

Adam sonrió maquiavélicamente, y sin nada que agregar se despidió de ambos, luego de disimular un par de carcajadas.

Emplazado como una estatua, Robert suspiró profundamente. Y ahora... ¿cómo se quitaba de encima a la enfermera que se lo quería coger? Porque en eso no había discusión. Esa mujer con sus provocativas miradas y directas insinuaciones lo único que deseaba era llevárselo a la cama y no daría pie atrás hasta que lo consiguiera. Todo en ella se lo decía, desde la forma en la que le hablaba, lo miraba y hasta la dichosa manera en la que deslizaba su lengua ligeramente por el contorno de su labio inferior... y lo malo era que... él no era un hombre de hierro. No, señor.

—¿Nos... vamos? —Le preguntó, cuando comenzaba a dar sus primeros pasos fuera de la cafetería.

—Claro, doctor, lo sigo —respondió Elizabeth totalmente convencida de que este era el momento propicio para actuar.

En el área de pediatría, Amara comenzó a quitar de las paredes los dibujos que habían confeccionado los niños para reemplazarlos por otros, y cuando terminó, alzó sus preciosos ojos para depositarlos en la figura masculina de quien la observaba a la distancia. Le sonreía, sí, pero con un dejo de temor que ni siquiera comprendió, no hasta que caminó hacia ella.

—¿Me dejas que te ayude?

—Alaric... ¿Qué estás...?

—¿Haciendo aquí? Mmm, es bastante sencillo de responder. Soy uno de tus guías, mi trabajo es protegerte y lo haré a como dé lugar, aun cuando tú no quieras que me mantenga cerca de ti.

Amara bajó la vista hacia sus ahora temblorosas manos, recordando todo lo que le había expresado el día anterior.

—Tranquila... lamento lo que ocurrió, pero no así todo lo que dije. Eres muy importante para mí —se detuvo, intentando que lo mirara a los ojos—, y para mi hermano —especificó. Luego, tragó saliva innecesariamente cuando una de sus poderosas manos se depositó sobre uno

de sus hombros—. Perdóname... no puedo seguir existiendo sabiendo que tú me temes.

En el acto, alzó la vista para conectarla con la suya.

—Perdóname, por favor.

—Alaric...

—Perdóname por hacer de mí alguien no digno de ti, por culparte, por reprocharte mis propios temores, sabiendo que existían miles de formas de hacértelo saber. Perdóname por no cuidarte, por no protegerte, por no... —pero ella en un rápido movimiento de una de sus manos, terminó alojándola en una de sus mejillas, deteniendo su melodiosa y serena voz, logrando que Alaric cerrara sus ojos y disfrutara de la suave caricia que le otorgaba, como si fuera el más magnífico de los regalos que hubiera recibido.

—Por favor —le suplicó con el tembloroso sonido de su cadencia—, no es necesario...

—Que el cielo se apiade de mí, de mis pensamientos y actitudes que van en contra de cada uno de mis actos desmedidos y de los cuales me arrepiento tanto —pronunció levemente, como si fueran sus palabras una clara plegaria divina.

—No tengo nada que perdonarte, Alaric.

—Tienes mucho que perdonarme, porque todo lo que dije es cierto. Cada enunciado que proclamé lo cumpliré, aunque...

—¿De qué me hablas? —Preguntó Amara sin entender a qué se refería y todavía con su mano alojada en su semblante.

—De lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

La joven negó con su cabeza al percibir como una leve punzada le oprimía el pecho. Y tragó saliva con dificultad, contemplando la mirada de su hermano, junto a una pequeña lágrima que ya se deslizaba ligeramente por una de sus niveas mejillas. Sin evitarlo, con su dedo pulgar la detuvo, limpiándola, a lo que él respondió con un leve estremecimiento que no pudo ocultar, por más que así lo quiso.

—Daría mi vida por ti —agregó en silencio—. Daría todo lo que poseo y hasta mi condena eterna solamente por ti —confesó al fin, cuando ambas miradas se confundían en una sola.

Sin comprender el cómo o el por qué, terminó abrazándolo como si se le fuera la vida en ello, cuando un par de miradas los contemplaban a la distancia, una más intrigada y asombrada que la otra —claro estaba—, cabalmente pasmada por lo que veía y sintiendo al interior de su pecho el filo de una daga que comenzaba a herirlo de una dolorosa manera.

—Doctor Price, ¿le sucede algo? —Exigió saber Elizabeth, absorta por cómo él había detenido su caminar tan abruptamente, por cómo cerraba las manos con tanta fuerza, hasta blanquear sus nudillos, y cómo apretaba la mandíbula, como si se encontrara realmente enfurecido.

—No. No me sucede nada. Solo dime una cosa, ¿aún sigue en pie la copa que me ofreciste? Creo que esta noche tú y yo nos vamos a divertir.

Robert admiraba su corto de whisky que mantenía frente a su rostro sin prestarle la debida atención a las palabras que Elizabeth expresaba. Había bebido un par de sorbos de aquel licor, lo que de inmediato le recordó el agrio sabor que le quemaba la garganta y que tantas noches fue su fiel compañero mientras deliraba y añoraba con volver a tener a su esposa entre sus brazos. Y ahora... se sentía como un soberano idiota tratando de comprender el por qué le había afectado de tan considerable forma ver a Amara en los brazos de quien era su hermano, y que claramente, no

lo parecía.

—Robert, ¿te sientes bien? —Le preguntó Elizabeth al no obtener una clara respuesta de la interrogante que segundos antes le había formulado.

—¿Perdón? —Se excusó cuando su particular tono de voz lo traía de regreso a su realidad.

—¿Qué tienes? Te noto ausente, como si algo te preocupara.

—Hay muchas cosas que me preocupan y me perturban. —Sonrió con ironía.

—¿Y cuáles son esas cosas? Cuéntame. —Puso más atención a sus palabras, y a propósito, acercó su cuerpo junto al suyo.

—Creo que esta noche no, Elizabeth. —Suspiró.

—Entonces, esta noche no quieres hablar...

—No, no quiero —respondió tajantemente, llevándose la copa a los labios, porque algo en él le decía que beber era lo mejor que podía hacer para no pensar en Amara y así olvidar qué mierda hacía junto a la mujer que parecía devorarlo con algo más que sus ojos.

—Si no quieres hablar... ¿por qué no dejas que te ayude a que te la pases mejor conmigo?

—Le insinuó coquetamente, cuando una de sus manos comenzaba a acariciarle la barbilla.

Price volvió a sonreír, apartando rápidamente el vaso de su boca.

—¿Lo harías?

—¿Quieres que te responda ahora mismo o que lo lleve a la práctica lo antes posible?

«¿Podía elegir?», se preguntó, dándose cuenta que Elizabeth se estaba ofreciendo a terminar de una vez por todas con algo de sus interminables cavilaciones. Entonces, la contempló, viendo en sus ojos claros la llama viva del deseo, las brasas ardientes de la lujuria que corrían desbocadas por su cuerpo, pidiéndole a gritos que la tocara y que hiciera con ella todo lo que quisiera de una buena vez.

—Solo uno más y nos iremos —le dio a entender, poniéndose de pie.

—Solo uno más y te haré recordar lo que es tener a una verdadera mujer entre tus brazos.

—Se levantó, otorgándole un coqueto guiño de uno de sus ojos, tras relamer sus labios con absoluto deleite—. Regreso enseguida —le anunció, dejándolo a solas mientras se encaminaba hacia el cuarto de servicios para damas.

Price suspiró y suspiró. Esa mujer, en teoría, sí sabía cómo calentar a un hombre, y él, bueno, claramente lo era...

Se dirigió a la barra para pedir nuevamente una copa de whisky, la necesitaba ahora más que nunca, estaba a punto de cogerse a una mujer después de... ¿cuánto tiempo? Negó con su cabeza. No, pensar en ello no era la mejor de las ideas, preferiría embriagarse y así, de seguro, dejaría de cavilar en tantas tonterías sin sentido.

—Aquí tiene, señor —le dijo el cantinero cuando la tendió frente a él. Se disponía a beber de ella cuando una pequeña, pálida y frágil mano que se posó sobre la suya lo detuvo, pronunciando un efusivo y determinante “No” que logró estremecerlo y voltear la mirada en busca de aquella dulce voz que se había colado por sus oídos. Porque volvía a oír su vibración, su inconfundible sonido, su cadencia...

—No beberás más de eso —le exigió Amara al fruncir el ceño. ¿Y él? Rio, fue lo primero que hizo, sin importarle que lo estuviera observando.

—¿Tú y cuántas entidades más me van a detener?

—No necesito a nadie más para conseguirlo —afirmó ella, arrebatándole la copa, desafiante.

—¡Epa! ¿Quién diablos crees que eres para hacer eso? —La increpó duramente tras su osadía.

—No lo sé, dímelo tú.

Se quedó ingratamente sorprendido viendo cómo dejaba el vaso a un costado y cruzaba sus brazos a la altura de su pecho, sin moverse un solo centímetro de su lugar.

—¿Yo? ¿Para qué? ¿Tendría sentido? No lo creo. Y ahora... desaparece de mi vista, te ves patética intentando comportarte como mi madre.

Amara entrecerró la mirada, digiriendo y asimilando cada desmedida palabra que salía de su boca.

—No me mires así, sabes que no encajas en un lugar como este y menos en mis planes de esta noche. Date la vuelta y desaparece, que de paso, es lo mejor que sabes hacer.

—¿Para que sigas bebiendo, por ejemplo? —Le contestó sin titubear, logrando que él sonriera de medio lado, como si hubiera dado en el clavo.

—Eso no te incumbe... y de que beberé, bueno, sí, creo que lo haré en su momento y no imaginas cuánto lo voy a disfrutar —se mofó en su propio rostro—. Márchate, entidad, vuelve a tu nube de donde caíste, o mejor, desvanécete con tus hermanos espirituales y déjame en paz —reiteró, ansiando acercar su mano a la copa que ella había alejado segundos atrás.

—¿Qué no! —Lo desafió, interponiéndose lo bastante como para que Robert rozara su cuerpo junto al suyo y ambos quedaran tan cerca el uno del otro, percibiendo la calidez de sus ágiles respiraciones.

—¿No?

—No. No dejaré que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque me importas.

—¿Te importo? No lo consideraría así después de lo que vi; no después de cómo ese tipo te tenía entre sus brazos y tú... —volvió a sonreír, pero ahora con disgusto—. En realidad, no sé qué estoy diciendo. Lo siento. Y con respecto a esa copa... no la necesito. Bébetela a mi salud. Que te aproveche, Amara.

Sacó su billetera ante la atenta mirada de la joven, que no perdía de vista ni uno solo de sus movimientos.

—Por favor, Robert. —Pidió en un claro ruego.

—¿Te das cuenta? Sigues siendo patética al intentar encausar a alguien que ya no tiene remedio. Date por vencida, niña, yo... —clavó sus azules ojos sobre la inmensidad de los suyos —, no te necesito.

Y ahí estaba otra vez la misma punzada que oprimía su pecho, quitándole hasta la respiración.

—¿Por qué haces esto? ¿Qué fue lo que hice para que me desprecies de esta forma?

—Deja de hablar, tengo cosas más importantes por hacer que escucharte. Con permiso —pero nuevamente ella lo detuvo, esta vez aferrando una de sus manos a una de sus extremidades.

—Exijo saberlo, me lo merezco. ¿Por qué me hablas así?

Robert exhaló sin mirarla, porque sabía que si lograba colocar su vista de nuevo en la suya, terminaría cediendo y él, por esta noche, no pretendía dar pie atrás en su objetivo.

—Vete y deja de perder tu tiempo conmigo. Más bien, dile al de allá arriba, claro, si existe, que conmigo ya no puede contar.

—Estoy lista, Robert. ¿Nos vamos? —Se anunció la exuberante Elizabeth Grant mientras dejaba caer una de sus manos sobre uno de los hombros del joven doctor, al mismo tiempo que Amara, lentamente, cedía ante la presión de la suya—. Perdón, no sabía que estabas ocupado. ¿Quién es esta muchacha? —Inquirió con la mirada clavada en la delgada figura de la joven que

nada tenía que ver con ella y las curvas que sobresalían de su figura.

—Es... una conocida —expresó Price, pero esta vez, dedicándole un último vistazo antes de notar cómo ella cerraba los ojos y una de sus manos, sutilmente, limpiaba lo que, al parecer, era una lágrima que se había deslizado presurosa por una de sus mejillas.

Aquello le rompió el corazón. Aquello, simplemente, lo hizo sentir el más vil y despiadado hombre que habita la faz de la Tierra, y más, cuando Amara alzó la mirada y sus enrojecidos ojos le dieron a entender que pretendía no llorar por su causa.

—Sí, tiene muchísima razón. Después de todo... —su voz tembló, jugándole una muy mala pasada—, solo soy una conocida y nada más —reiteró, volteándose, finalmente, para dejarlos en paz. Y fue así como se perdió entre los presentes ante la atenta mirada de Robert, que no apartó sus ojos de los suyos, hasta que desapareció por completo de su campo de visión.

Presurosa y a tropezones Amara caminó hacia la salida, y con la vista nublada por las lágrimas y las extrañas sensaciones que la invadían y que no la dejaban ver ni avanzar con claridad, impidiéndole que se fijara bien en donde ponía cada uno de sus atolondrados pasos, inevitablemente, terminó chocando de frente con alguien más, alguien que en ese momento entraba al lugar. De pronto, una potente y gruesa voz masculina la envolvió, logrando que su cuerpo se estremeciera forzosamente al contacto y cuando alzó la mirada y sus ojos se encontraron con aquella oscura vista que se clavó en la suya, como si fueran dos fieros y afilados cuchillos, temió de lo que veía y de lo que ese desconocido le daba a conocer.

—Disculpe, bella dama —pronunció Azael, sonriendo hipócritamente y sosteniéndola entre sus brazos—, no fue mi intención... encontrarme con usted... de esta manera.

Sus ojos, su semblante y lo que él irradiaba en su conjunto era lo único que podía admirar, como si nada más existiera a su alrededor, como si de pronto estuviera inmersa en una difusa oscuridad, sintiendo por sobre todo, cómo las manos de aquel hombre, incluso, por sobre su ropa, le quemaran la piel.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Agregó, analizándola serenamente, queriendo embriagarse con el dulce aroma que provenía de su cuerpo.

Amara negó con su cabeza, sosteniendo la vista unos segundos más en el intrigante rostro de quien no le quitaba los ojos de encima, y a la vez le sonreía, como si la conociera de toda la vida.

—¿Está segura? Puede pedirme lo que sea.

Como pudo se apartó de sus poderosas manos hasta que él decidió soltarla.

—Vaya con su Dios, porque seguro lo necesitará. —Fue lo último que Azael pronunció al dejarla ir, llevándose una de sus manos hacia su mentón, acariciándolo, y aun reteniendo el inconfundible aroma que penetraba sus fosas nasales.

Un minuto después, Price ya no podía con su propia agonía, culpa y desazón. «¿Qué mierda había sido todo eso? ¿Por qué le había gritado al rostro de esa incomprensible manera?», se preguntaba al tener la mirada de Elizabeth puesta en la suya. «¡¡Porque eres una maldita basura, insensato, imbécil y pedazo de escoria humana!!», le gritó su conciencia a todo pulmón. «¡¡¿Qué no te das cuenta que todo lo que Adam te hizo saber hoy era cierto?!! ¡¡Hasta cuando dejarás de huir!! ¡¡Hasta cuando permitirás que la vida transcurra frente a tus ojos!!».

—Hasta que la pierda para siempre —pronunció fuerte y claro, sintiendo cómo su corazón se partía en mil pedazos.

Tragó saliva y sopesó sus posibilidades. ¿Quería estar con Elizabeth? ¿Quería acostarse con esa mujer, creyendo que sus propias incertidumbres terminarían entre sus brazos, cuando lo que más deseaba era correr tras la mujer que había tratado tan miserablemente?

«¡¡Y qué demonios estás haciendo ahí!!».

—Lo siento. —Se disculpó deliberadamente, como si aquellas dos palabras hace tiempo estuvieran esperando su turno para salir triunfantes de su boca.

—¿Lo sientes? ¿Por qué?

—Lo lamento, Elizabeth, pero no puedo quedarme.

Sin darle mayores detalles, volteó su cuerpo ante los insistentes llamados de la muchacha, que no comprendía qué rayos le sucedía y por qué la abandonaba de esa forma. Y avanzó entre la multitud pronunciando el nombre de Amara con fuerza, hasta que sus pasos lo llevaron hacia fuera del local.

—¡Amara! ¡Amara, por favor, regresa! —Clamaba con exigencia cuando sus manos se apoderaban de su cabeza. La culpa y la rabia consigo mismo lo estaban matando, al igual que la impotencia de no saber qué sería ahora de ella, pero más el recuerdo de sus ojos enrojecidos por las lágrimas que contenían—. ¡Amara, perdóname! —Chilló con desesperación, cual niño pequeño ha perdido lo que más ama—. Por favor... perdóname... ¡no quise hablarte así! —Replicó varias veces como un demente, buscándola con la mirada vidriosa, sin obtener ni una sola respuesta, moviéndose de un lado hacia otro, como si se encontrara preso de sus propios pensamientos, de sus propias palabras, del infinito dolor que le provocaba su ausencia, hasta que del cielo ennegrecido que se cernía sobre su cabeza comenzaron a caer una infinidad de gotas de lluvia que no se detuvieron, como si en ese bendito momento alguien allá arriba estuviese llorando.

XIII



A esa hora de la noche, pero precisamente en otro sitio, Blaz observaba la lluvia caer desde uno de los balcones de la gran casona de las dos torres. Se encontraba sumergido en un profundo silencio mientras pensaba en Amara y en ciertas cosas que tenían que ver directamente con su persona, como Ofelia, por ejemplo. Al recordarla, no pudo evitar sonreír, cuando en ese instante la figura de su hermano se hacía presente. Instintivamente, sus labios regresaron a su postura inicial, la de un fino rictus, sin atisbo de emoción alguna en ellos.

—Tenemos que hablar. —Fue lo primero que pronunció Alaric, quitándose la chaqueta de cuero de color negro que llevaba puesta.

—Ya conocí a la chica —intervino Blaz.

—Perfecto. ¿Cómo llegaste a ella?

—Naturalmente, sin forzar las circunstancias del destino.

—Las circunstancias del destino ya están forzadas, Blaz, Azael...

Ante el nombre que pronunció tan hostilmente, no pudo ocultar el hecho de abrir sus ojos aún más de lo normal.

—¿Qué has dicho?

Alaric suspiró y terminó llevándose ambas manos a su cabello húmedo.

—¡Te hice una pregunta! —Alzó la voz su hermano, obligándolo a responder con la claridad de su mirada inserta en la suya.

—Azael está aquí —confirmó, realizando el mismo movimiento.

Y así, los dos hermanos se quedaron observando por varios segundos, hasta que Blaz movió su cabeza de lado a lado y una de sus manos fue a parar directamente en su frente, como si algo lo estuviera perturbando, nublando su razón y preocupando más de lo debido.

—Vino por ella —aseguró el ángel mayor, prosiguiendo con la charla.

—¡Por sobre mi vida! —Refutó Alaric con demasiada determinación, logrando con ello que su hermano otra vez posicionara su vista en la suya.

—Esta vez no interferirás, te mantendrás al margen.

Su hermano sonrió, dejando entrever el brillo de su perfecta y deslumbrante dentadura blanca.

—¿Mantenerme al margen? ¿Me crees capaz de algo semejante? ¿Piensas o imaginas que lo haré, a sabiendas de lo que puede ocurrir con ella y su libre albedrío?

—Tú lo has dicho. Es su voluntad, no la nuestra.

—Estás muy equivocado, Blaz. Jamás dejaré que Azael o cualquier otro logre su objetivo.

—Estás jugando con fuego.

—Me quemé una vez... —rememoró, elevando su mirada hacia los oscuros nubarrones que

se aprestaban a descargar con ira la lluvia que contenían.

—¡Hermano, por favor, recapacita!

—No. No dejaré que la juzguen, no dejaré que se la lleven si cae.

—Si cae será por su propia voluntad, no lo olvides. Miguel tendrá que hacer su trabajo, tal y como... —Se detuvo.

—Tal y como un día lo hizo conmigo, si es a eso a lo que te refirieres.

Blaz cerró sus ojos con fuerza, porque evocar ese cruel episodio de su existencia, en que nada pudo hacer por su hermano, aún lo hería profundamente.

—¿Por qué? —Quiso saber, sin mirarlo a los ojos—. Dime realmente ¿por qué?

¿Existía un por qué? Claro que lo había. Él... no podía seguir viendo a esa entidad con los mismos ojos, por más que así lo quisiera. Los sentimientos humanos por los cuales un día había caído y cedido comenzaban a renacer y a apoderarse lentamente de su juicio y esta vez no permitiría que ella sufriera el mismo castigo que él un día había recibido por sus actos impuros en contra de los suyos, al menos, no sin luchar por lo que creía correcto.

—Porque es nuestra hermana.

—Para ti es algo más que eso, Alaric —insistió Blaz muy seguro de sus palabras.

Su hermano perdió la vista en otro lado. ¿Podía seguir escondiendo lo que sentía por ella, lo que profesaba con tanta devoción?

—Confíésalo.

Suspiró profundamente y antes de volver a hablar, colocó sus manos en sus bolsillos, cuando ya sus pasos lo llevaban directamente hacia el gran balcón de la casa. Blaz lo siguió de cerca, sin nada que agregar. ¿Podía hacerlo, cuando su silencio le otorgaba lo que necesariamente deseaba escuchar?

—¿De qué me sirve sentir algo, si solo piensa en ese humano como si fuera su única razón de existir?

—Es su misión —le recordó.

—Por la que estaría dispuesta a dejarlo todo. ¿No has visto cómo sus ojos se iluminan por él? ¿No te has dado cuenta cómo le sonríe y su corazón palpita, desbordando felicidad pura? —Sonrió, bajando la mirada hacia el piso.

—Y a pesar de ello, ¿piensas luchar por ella?

—Siempre —le confirmó con la voz potente, volteándose hacia él—, y aunque lo pierda todo.

—Aquella vez no pude salvarte, Alaric, pero ahora...

—Hace muchos años nuestro Padre me liberó de la oscuridad, trayéndome de nuevo a la luz. Me dio la oportunidad de reivindicarme con los míos, devolviéndome más que una nueva vida.

—No te dejaré marchar.

—Blaz, tú tienes tus propios designios, al igual que yo tengo los míos. Es mi voluntad.

—¡No! —Vociferó, perdiendo la serenidad—. ¡No hablas por ti, sino por tu entrega incondicional y tus sentimientos humanos que vuelven a florecer! ¿Qué no lo comprendes? ¡Amara no es Irina!

Irina...

Hace muchos años que se había auto impuesto no pronunciar ese nombre y ahora recordarla no era la mejor de las ideas, menos cuando los recuerdos sobre aquel fatídico día, cuando la había visto morir entre sus brazos renacían, enardecían y conseguían brotar de sí toda su rebeldía y la ira jamás imaginada en contra de sus semejantes, desencadenando su condena y su exilio de lo que

un día había sido su hogar, junto a los suyos.

—¡Por ella bajaste a los infiernos! ¡Por ella fuiste juzgado y desterrado a la oscuridad! ¡Por ella perdiste el paraíso, tus alas, todo!

—Por ella no —le recordó tajantemente—, sino por una decisión que yo acepté por voluntad propia.

—¡Y ahora estás haciendo lo mismo con nuestra hermana!

—Amara no me ama como un día lo hizo Irina, Blaz. Amara ni siquiera ve la más mínima parte de lo que ella vio en mí.

—¡Irina era un demonio, Alaric! —Le recriminó poderosamente.

—Un demonio que se enamoró de un ángel. Un demonio de la oscuridad que luchó hasta... —cerró los ojos fuertemente, mientras empuñaba sus manos—, arder por su propio pecado cometido.

—Al igual que un día lo hiciste tú.

—Exactamente —pronunció cuando los abría—, y lo volvería a hacer si fuese necesario. Amara no merece sufrir, no merece una condena como esa. Su alma es completamente pura, radiante como ninguna otra que tú o yo hubiéramos conocido en toda nuestra existencia. Amara no merece caer en las manos de Luzbel.

—Hermano... —Blaz caminó hacia él mientras le tendía una de sus manos sobre uno de sus hombros, para luego decirle—: Nuestro Padre te trajo de vuelta y tú... ¿deseas perderlo todo por...?

—Todo —afirmó sin dudar—, ¿Qué no lo recuerdas? Nuestro Padre se sacrificó por los humanos, dio su vida por ellos sin pedir nada a cambio. ¿Quién soy yo para no hacerlo de la misma forma?

—Por favor, recapacita, Amara no es un humano. Esta vez no podremos hacer nada. Miguel... —le suplicó con una cuota de desesperación alojada en el tono de su voz.

Alaric guardó silencio y evocó el rostro de su amigo, San Miguel Arcángel, Juez de las Almas que abandonan el cuerpo terrenal para ser enjuiciadas.

—Que se haga su voluntad —expresó, con los ojos ya posicionados en el cielo de la oscura noche que lo cubría todo—. Estoy dispuesto a ponerme en sus manos, porque soy su servidor. Él me observa en silencio y guía cada uno de mis pasos. Con él a mi lado no me asusta lo que pueda llegar a suceder, si con ello el alma de Amara sobrevive. Los murmullos de la oscuridad hace mucho tiempo dejaron de aterrarme. —De pronto, la brisa fría en lo alto del balcón comenzó a ser más intensa, al igual que la perseverante lluvia que caía copiosamente sobre el piso de concreto—. Dejo en las manos de mi Padre mi vida, mis alas y toda mi existencia, porque he sido, soy y seré, hasta que él así lo decida, un instrumento de su paz. —Sin nada más que agregar, concluyó su letanía ante la atenta mirada vidriosa de Blaz, que movía horizontalmente su cabeza sin creer lo que su hermano profesaba con tanto fervor.

Price llegó a su departamento sumido en incertidumbre y en la ofuscación propia del más garrafal de los errores cometidos. Había perdido la cabeza, la cordura, la serenidad y todo por despreciar a quien ni siquiera se lo tenía merecido. ¿Por qué no se mordió la lengua y evitó decir toda esa tanda de palabrotas propias de un hombre celoso? Porque lo estaba y profundamente, aunque se lo negara una y otra vez, aunque no lo reconociera, aunque no deseara asumirlo como tal. Cada consecuencia de sus desmedidos actos se debían expresamente a lo que había visto hoy

en el hospital: Amara en los brazos de su hermano... una imagen para nada agradable que sacaba lo peor de sí y que estaba acabando con la poca paciencia que le quedaba.

Como can enjaulado dentro de su propia prisión se movía de un lado a otro mientras se quitaba la chaqueta y la lanzaba contra un sofá. No respiraba, sino que bufaba, al igual que lo hace un animal encolerizado, y sabía muy bien el porqué. Su propia culpa, sus pensamientos, su propio miedo a perderla para siempre lo estaban sumiendo en un inusitado pavor que jamás pensó que podía llegar a experimentar. Tenía que reconocerlo, ni con Sofía le había sucedido de la misma manera.

Se desabotonó la camisa blanca que llevaba puesta para dejar al descubierto un poco de su marcado torso, se arremangó de mala gana las mangas, articulando palabras ininteligibles y de difícil reproducción. Cualquiera que en ese instante hubiera estado a su lado, sin pensarlo, habría huido despavorido, ya que el energúmeno había aparecido en todo su esplendor, dejando al descubierto lo peor de su persona.

Afuera llovía a cántaros, lo pudo apreciar cuando sus ojos se clavaban en el enorme ventanal que daba hacia el oscuro balcón de su departamento, pero Amara... ¿dónde se encontraba Amara?

Suspiró como si el aire le faltara, como si sus pulmones necesitaran, fervientemente, de ese vital elemento para seguir haciendo su trabajo. Dolía, dolía muchísimo su ausencia, pero más le dolían todos aquellos enunciados, toda esa ponzoña con la que la había herido profundamente en su corazón y en su alma, porque... cuando admiró sus ojos enrojecidos y a punto de estallar en lágrimas lo comprendió todo y sintió en carne propia ese sufrimiento que, claramente, también era el suyo.

—¡Mierda! —Vociferó con rabia, restregándose las manos sobre la cabeza, completamente frustrado, aterrado, sintiéndose una verdadera aberración humana que no tenía perdón.

Cerró los ojos y deslizó las manos por su rostro, dejándolas alojadas en él por algo más que unos largos segundos, mientras que sus pensamientos la evocaban solamente a ella, ya que en ellos no existía cabida para nadie más. Recordó cada momento, cada mirada, cada palabra, cada situación acontecida, cada sonrisa suya que le iluminaba su bello semblante, y por sobre todo, aquel beso, aquel primer acercamiento a sus dulces labios que lo habían hecho desfallecer y sentirse el hombre más afortunado, hasta que su maldito carácter hizo de las suyas.

Caminó hacia el enorme ventanal, donde el aguacero no arreciaba, y a través de los cristales y con un cierto dejo de miedo en su voz, pronunció las palabras que le sacudieron hasta la más mínima fibra de su ser, calando su alma, constriñéndole su corazón, y que jamás creyó que volvería a expresar de la forma en la que lo estaba haciendo.

—Todo lo que dije... perdóname. —Un inesperado estremecimiento lo invadió gradualmente mientras cerraba los ojos, bajaba la cabeza y apoyaba una de sus manos contra el cristal empañado—. Él sabe que no miento. Él, al igual que yo, sabe que soy un completo cobarde lleno de miedos, lleno de dudas, lleno de dolor, pero tú... tú sacaste lo mejor de mí. Viniste por este cuerpo inerte, me encontraste, me levantaste, me encausaste y yo... —las sacudidas se hicieron más y más evidentes, cuando su mentón comenzaba a temblar y sus ojos se dejaban llevar por unas lágrimas que ya no pudo seguir escondiendo—, te provoqué tanto daño, el que solo un infeliz como yo puede hacer. —Empuñó su mano y con ella golpeó una vez más la ventana—. Pido perdón... ruego que me la devuelvas y te daré a cambio lo que quieras. Es mi razón para creer... Señor —pronunció fuerte y claro, sorprendiéndose de lo que decía—. No me la arrebatas, aunque no la merezca, no la alejes de mí... no me hagas caer de nuevo. ¡La necesito! —Suspiró con ansias—. Te ofrezco todo lo que tengo, te entrego todo lo que soy, pongo mi vida a tus pies si es

necesario, pero por favor, no la apartes de mí ahora que intento recobrar mis ganas de vivir, de sentir y de... amar. —Abrió sus humedecidos ojos para depositarlos en el ennegrecido cielo que se erguía en lo alto—. Te negué, te maldije una y otra vez... me odié a mí mismo por la vida que me concediste, por lo que me quitaste, pero ahora... te suplico, te ruego, te imploro que me ayudes a encontrarla, porque ya lo hizo conmigo una vez y le fallé, tal y como te fallé a ti también en tantas y tantas ocasiones.

Las lágrimas rodaron por sus ahora enardecidas mejillas mientras los intensos suspiros se apoderaban de su aletargado cuerpo, sumiéndolo de a poco en una tristeza innegable, en un padecimiento constante que se tenía merecido al haberse dado cuenta muy tarde y de la peor manera lo que significaba ella en su vida y en su corazón.

En ese instante, el sonido del teléfono lo distrajo. Rápidamente volteó la vista hacia su chaqueta, en donde lo tenía. Sin pensarlo fue por él, lo sacó desde el interior de uno de los bolsillos y contestó la llamada, sin vislumbrar quién la había efectuado, hasta que la inconfundible voz de su hermana pronunció su nombre desde el otro lado del móvil, tal como si fuera una interrogante.

—Ofelia —cerró los ojos nuevamente, mientras que con su mano libre limpiaba las rebeldes lágrimas que aún caían desde las comisuras de sus ojos.

—¿Dónde estás? ¿Por qué te escucho tan extraño?

—En casa. La verdad, no me siento del todo bien.

—¿Qué ocurre? ¿Estás enfermo? Voy por ti ahora mismo y...

—Ni siquiera lo intentes. Te quedarás donde estás, porque estás en tu departamento, ¿o no?

—Sí, pero tú...

—¡No pondrás un pie fuera de él! ¿Me oíste? Está lloviendo a cántaros y no quiero que conduzcas, es peligroso y en tu estado no me perdonaría si algo te sucediera.

—Rob, creo que...

—No creas, solo hazme caso. Te amo, O...

Su hermana guardó silencio, advirtiendo cómo su corazón se colmaba de orgullo al oírlo. Robert no era un hombre demostrativo, de hecho, lo fue hasta que el destino le arrebató al amor de su vida de tan nefasta manera.

—Me estás asustando, gruñón —bromeó la muchacha, sonriendo con nerviosismo, logrando que él, desde el otro lado, también dibujara una media sonrisa en sus labios.

—Es lo que provocho en el común de las personas, hermanita.

—Al menos, dime qué tienes, si no quieres que vaya por ti.

—Estaré bien. Despreocúpate y quédate en casa. No te quiero aquí ni merodeando por los alrededores, ¿estamos de acuerdo?

—No me conoces, Price.

—Sí, te conozco, por la misma razón te lo estoy advirtiendo. Voy a cuidarte, ¿o ya lo olvidaste? Eres mi hermana pequeña que lleva a mi sobrino o sobrina creciendo al interior de su vientre.

—Te quiero, Rob.

—Te adoro, muñequita.

—¿Muñequita?

—Eras la muñequita de papá, ¿o no?

—Me vas a hacer llorar. ¡Y no será por culpa de mis malditas hormonas, lo juro!

Una enorme sonrisa le arrancó sus cariñosas palabras, una sonrisa que se alojó en su rostro por algo más que un breve momento.

—Ve a dormir y arrópate bien, por favor.

—Siempre y cuando almorcemos juntos mañana. Iré por ti, pero llevaré la comida, porque la de la cafetería... mejor no me lo recuerdes.

—No te das por vencida, ¿verdad?

—Con respecto a mi hermano mayor, jamás. Después de todo, eres lo único que me queda. Así que hazte a la idea, si mi bebé es una nena, tendrás a dos O revoloteando a tu alrededor, como si tú fueras nuestra miel y nosotras tus abejas —ejemplificó.

—¡Dios me libre de ello! Si no me puedo librar de ti, no me quiero imaginar a una mini Ofelia de rojiza cabellera y preciosos ojitos como los tuyos torturándome. Terminaré cediendo y cayendo rendido a sus encantos.

—Más te vale, Price. ¿Te irás a la cama, ya?

—Sí, señora —bromeó—. Solo un instante más y me iré a dormir.

—Pero respóndeme algo antes de colgar. ¿Viste a Amara?

Luego de aquella tan simple pregunta que le formuló y que se clavó en su pecho, como si fuera una daga que lo atravesó fieramente de lado a lado, respondió:

—Sí. Buenas noches y descansa.

—Solo si me prometes que harás lo mismo.

Se lo pensó muy bien antes de contestar. ¿Podría hacerlo después del cruel sentimiento que lo corroía por dentro?

—Te veo mañana, pelirroja.

—También yo. No olvides nunca cuanto te quiero.

—Solo si tú no olvidas cuanto te quiero yo.

La llamada finalizó, por lo que dejó el móvil sobre una de las lujosas mesas de fina madera envejecida que se situaban a cada lado del gran sofá de cuero que decoraba la gran sala, medianamente iluminada, tal y como le agradaba que estuviera aquel lugar cuando se encontraba ahí.

Suspiró un par de veces al deslizar una de sus manos por su barbilla, sopesando la posibilidad de beber una copa, pero algo, o más bien, el recuerdo de alguien arrebatándole el vaso de whisky, tras fruncir el ceño de tan adorable manera, le hizo cambiar de opinión. Sonrió como un idiota, recordándola, queriendo verla, aunque fuera tan solo para tenerla frente a sí y perderse en la inmensidad y profundidad de sus hermosos ojos celestes. Pero desechó aquella idea, optando por una mejor opción: música; la música calmaba a las bestias y él, claramente, esta noche era una de ellas.

Los acordes solitarios de un piano comenzaron a inundar la enorme habitación en donde Price se encontraba, cuando la armónica voz de *Kris Allen* daba vida a la canción “*I need to know*”, otorgándole al ambiente una inigualable intimidad en la cual se estaba sumiendo. Se dejó llevar por ella, por cada palabra que parecía caracterizarlo en todo su significado y que decía nada menos que así:

La vida me ha estado cegando

a lo que pensé que vería.

¿Hay claridad en esta locura?

¿Qué quieres de mí?

La carretera que se yergue delante mío

está llevándome por un mal camino.

¿Estás dejándome o guías mi camino?

*¿Puedes oír lo que estoy diciendo?
Necesito saber...
Siento que estoy tratando de respirar bajo el agua
trato de escalar,
pero me caigo.
¿Tomarás mi mano?
Te siento tan lejos,
quiero ver tu cara.
¿Aún estás ahí? ¿Puedes mostrarte ante mí?
¿Puedes hacerme creer?
Necesito saber...*

—Por favor, dime que estás aquí y hazme comprender que aún estás conmigo. No te vayas de mi lado, no me dejes solo... no me hagas transitar esta vida sin ti. —Como si sus ruegos y súplicas hubieran sido escuchadas por aquel, al que un instante atrás le suplicó con tanto fervor, Robert volteó una vez más la mirada hacia la oscuridad de la noche que se mostraba ante sus ojos, a través de los transparentes cristales del enorme ventanal en el cual se estrellaba la copiosa lluvia que caía ligeramente, encontrándose de lleno con la pálida figura de Amara, que se hallaba empapada de pies a cabeza y con la vista fija en su semblante.

Robert tragó saliva y se estremeció, pronunciando su nombre a viva voz. No tardó ni dos segundos en reaccionar y correr hacia ella, porque prácticamente, eso fue lo hizo, dirigiendo sus pasos hacia la ventana, la que deslizó con prontitud para salir al exterior, dejándose mojar por la fría lluvia que no daba tregua.

—Estás aquí —manifestó en un susurro al analizarla por completo, intentando tocarle el rostro, pero algo se lo impidió. Sus ojos no lo observaban, ni siquiera se alzaban hacia él, porque Amara había bajado la vista hacia el piso cuando lo tuvo tan cerca y de frente—. Amara...

La joven negó con su cabeza de lado a lado cuando oyó su nombre salir de su boca; no quería que lo emitiera, no quería sentirse más herida de lo que ya lo estaba, pero tampoco podía huir de él por más que lo había intentado, por más que había luchado incansablemente contra todos los extraños sentimientos humanos que la invadían y que comenzaban a formar parte de su ser. No, no podía apartar a ese hombre de su cabeza, menos al especial sonido de su voz, su cálido respirar que la hacía temblar, su penetrante mirada, o sus manos que la acariciaban; y sus labios... aquellos que la habían besado sin que supiera lo que ese gesto significaba.

—No —respondió, negándose a oírlo, pero Price haciendo caso omiso a su reticente palabra, la tomó con delicadeza por ambas extremidades y le habló desde lo más profundo de su corazón, quizás, como en mucho tiempo no lo había hecho, porque era ahora o nunca la oportunidad que tenía de que supiera lo que había logrado conseguir con tan solo aparecer en su vida y arrebatarse el miedo, el sufrimiento, la tristeza y desolación en la que estaba sumido desde que había perdido a Sofía.

—¡Sí, una y otra vez sí, Amara! ¡Estás aquí a pesar de cómo te traté, de todo lo que te dije, de todo el daño que te causé, tú estás aquí!

—Hablaste con la verdad —contestó, negándose a posicionar la claridad de sus ojos sobre los suyos.

—¡No! ¡Hablé desde el despecho, desde los malditos celos que cegaron mi razón y nublaron... —tragó saliva—, cada uno de los sentimientos que siento por ti!

Automáticamente, ella alzó la vista con la lluvia cayéndole por el rostro, al igual que lo

hacía con Robert. Ambos estaban totalmente empapados, pero ninguno se movía o pretendía hacer el más mínimo esfuerzo por cobijarse de ella.

—No puedes tenerlos —le advirtió temerosa.

—¿Qué no puede tener? ¿Estos sentimientos por ti? Oblígame. Arrebátamelos, como lo hiciste en el bar al quitarme la copa de las manos. Anhela conseguir que no piense en ti como un imbécil, que lo único que desea es estar a tu lado, aun sabiendo que no sientes lo mismo por mí.

—Robert...

—Perdóname. Te suplico que me perdones, porque ya no puedo más con la culpa que llevo dentro. —Sin poderlo ocultar un sollozo se le arrancó del pecho, cuando sus frías manos ascendieron hacia su cuello para alojarse a cada lado de su humedecido y pálido rostro—. Por favor, Amara, otórgame tu preciado perdón, porque jamás esas palabras debieron salir de mi boca. No sabes cuánto me arrepiento de haber dicho todos esos infames enunciados, cuando lo único que deseaba decir...

Esta vez lo interrumpió, situando un par de sus suaves y delicados dedos sobre sus labios para enmudecerlo. Price, al contacto, se estremeció, y cuando ella comenzó a rozarlos, lenta y sugerentemente, solo cerró los ojos para disfrutar de su caricia, de aquel sutil roce que delineaba el contorno de su boca y que le recordaba que aún seguía vivo.

—¿Qué haré contigo? —Preguntó la joven, dedicándole una hermosa sonrisa—. Dime, ¿qué haré contigo?

—Lo que deseas —fue la determinante respuesta que Robert le dio, besándole cariñosamente la yema de uno de sus dedos, la que se quedó alojada en el labio inferior de su boca—. Regáñame, grítame, apártame de quien tú quieras, pero dime ahora mismo que me perdonas, por favor, porque esta agonía me está matando.

Pero en vez de expresarlo con palabras, Amara besó su rostro, muy cerca de la comisura de su boca.

—El perdón solo lo otorga Dios y el tuyo ha sido concedido —susurró en su oído, mientras su cálido aliento a Robert lo hacía temblar y desearla con mayor anhelo.

—Necesito el tuyo, quiero escucharlo de tu boca —replicó con la voz ronca, volviendo a tener su mirada enlazada a la suya y tan solo separada por un par de centímetros. Sus respiraciones abrasadoras, aún a pesar del intenso frío que los cobijaba y que les calaba los huesos por la lluvia que no cesaba de caer, no fue impedimento para que se mantuvieran bajo ella, explorándose, analizándose, y más, cuando él alzó una de sus manos y la alojó en su mentón para retenerla—. Perdóname...

—Robert, por favor.

—No me cansaré de decírtelo hasta que tus labios manifiesten lo que tanto deseo oír.

—Sigues siendo un obstinado.

Una leve sonrisa se dejó apreciar en su semblante, una sonrisa de la cual ella no pudo escapar por más que así lo deseó, porque su boca la tentaba, la provocaba, la incitaba a tenerla sobre la suya para disfrutar de esas intensas y cálidas sensaciones que solo él era capaz de brindarle, como lo había percibido cuando la había besado por primera vez.

—Me lo estás haciendo muy difícil, entidad. ¿Qué debo hacer para que me creas?

—No pretendas alejarme de tu vida, porque... —sus palabras presurosas la traicionaron, pero a pesar de ello, no alcanzó a decir lo que tanto temía que él supiera. Estaba sintiendo muchas cosas en su piel, al interior de su corazón, en su alma, y tenía miedo, muchísimo miedo que aquellas terminaran por impedir que llevara a cabo su misión y para lo que había sido concebida y arrojada entre los mortales.

—Porque... —replicó Price realmente interesado en lo que diría, rozando en una suave caricia la punta de su nariz con la suya, lo que provocó en ella un temblor que él no pudo dejar de advertir. En un rápido movimiento la apartó de la lluvia, guiándola hacia el interior de la sala, donde le retiró el cabello del rostro para observarla con mayor detenimiento—. Dime que las entidades como tú no se enferman, porque después de esto, seguro te dará una neumonía.

Amara sonrió espontáneamente, pero a pesar de sus propias convicciones y con su mano todavía unida a la suya, respondió:

—Porque no podría soportar estar lejos de ti —concluyó finalmente.

Su respuesta lo paralizó, lo confundió, y sin parpadear la contempló como jamás lo había hecho... hasta ahora.

—Porque traté, lo intenté y no pude alejarme —prosiguió, sin acallar sus palabras—. Porque haces crecer en mí sensaciones extrañas, sentimientos inexplicables que ya no puedo seguir evitando.

—¿Qué sentimientos son esos? —Remató Robert, pero ahora con una flamante sonrisa de oreja a oreja instalada en su semblante.

—Un beso es una muestra de cariño entre dos personas que se quieren, me lo explicó Ofelia. Y si querer es esto que estoy sintiendo, significa que tú también... ¿me quieres? —Se atrevió a preguntar.

Price se mordió el labio inferior. Quizás, en otro momento de su vida, siendo el hombre que un día había sido, no le habría importado lanzarse de lleno a sus brazos y arrinconarla contra la pared para devorar cada centímetro de su boca, mientras sus hábiles manos se apoderaban de su cuerpo y la desnudaban con desesperación. Pero no, Amara era distinta, muy distinta a todas y a cualquier mujer que osara comparársele, incluso a Sofía; era especial, verdaderamente especial, y de a poco se estaba convirtiendo en su necesidad, tanto o más como el aire para respirar.

—Deja que te lo demuestre —pidió, atrayéndola hacia su cuerpo, con una de sus manos rodeándole la cintura y con la otra acariciándole la mejilla—. Solo te pido que cierres los ojos para que lo sepas. ¿Confías en mí?

Asintió de inmediato. No podía mentir ni menos deseaba hacerlo, cuando lo que más anhelaba se encontraba a un paso de su boca.

—¿Me volverás a besar? —Inquirió Amara con la ingenuidad que tanto la caracterizaba.

—Más que eso, señorita celestial, hoy, aquí y ahora te demostraré cuánto te quiero. —Y sin más, depositó sus labios en los suyos en lo que fue una suave caricia que le propinó en un principio, para luego dejarse arrastrar por la calidez del recibimiento que ella le concedió, cediendo ante sus impulsos que empezaron a encenderla, al igual que si fuera una llama que aún no se extinguía del todo.

Probó y disfrutó de sus labios, del dulce sabor de su boca y su aliento, hasta que su lengua, quedamente, comenzó a adentrarse en la profundidad de la suya, percibiendo como temblaba ante su contacto, ante cada roce, ante su entrega, sin rehuirlo, más bien, expresándole sin palabras lo que también sentía por él.

—Te quiero... —replicó Robert una y otra vez contra su boca mientras continuaba besándola de la manera tan especial en la que lo hacía. No deseaba asustarla, menos que se sintiera intimidada, sin saber lo que significaba un beso, una caricia o el amor que le profesaba y que empezaba a arder bajo su piel de una increíble manera—. No te dejaré ir, estás condenada a mí —prosiguió, separándose un par de centímetros para admirarla.

Con sus manos, Amara inspeccionó su rostro, tocando con mucho cuidado el contorno de sus ojos azules, su firme mentón, sus carnosos labios, para dejarlas, finalmente, alojadas en sus

mejillas.

—No permitiré que te aparten de mi lado, cuando fue él quien te trajo hasta mí. No podrán separarme de tí, lo juro.

—No sabes lo que dices, Robert.

—Sé muy bien lo que digo y sé muy bien lo que estoy sintiendo y lo que traté de ocultar. Porque ahora que te tengo entre mis brazos, ahora que te miro a los ojos y me pierdo en ellos, y percibo que nada existe a mi alrededor, más que tú, ya no deseo engañar más a mi vida.

Amara volvió a estremecerse con las infinitas sensaciones que su cuerpo y sus palabras le ofrecían.

—Ahora comprendo lo importante que eres para mí.

Sin nada que decir, ambos se reflejaron un pequeño instante en sus propias miradas que resplandecían con un fulgor único.

—Y por lo mucho que me interesas, lo primero es lo primero, debes quitarte esa ropa —le pidió con la voz sumamente ronca.

—¿Debo? —Replicó ella sin comprender a qué se refería.

Price alzó la mirada hacia el cielo de la sala y cerró los ojos por un instante. Luego, la besó nuevamente en los labios, para terminar alejándola un poco de su cuerpo, ya que había algo entre sus piernas que, tras esa insinuante y tan simple pregunta que le había formulado, comenzó a crecer y a hacer estragos en él de una increíble manera.

—Sí, en... mi cuarto, por favor... —le comunicó, expresando aquello a trompicones—. Estás empapada y... —abrió los ojos, llevándose una de sus manos hacia su frente. *«¡¡Maldición!! ¿Por qué cada cosa que decía parecía tener una connotación sexual, y más, en este preciso momento?»*.

—Pero no tengo nada que ponerme.

«¡¡Perfecto!!», pensó automáticamente, cuando su erección ya se marcaba bajo su pantalón.

—Ponte lo que quieras, mi ropa está a tu completa disposición.

—¿Tú no vienes conmigo? También lo estás.

«¡No me lo hagas más difícil, por favor, porque si estuvieras en mis huesos, sabrías que estoy intentando no tomarte de la forma en que quiero hacerlo ahora mismo!».

Robert se restregó ambas manos por el rostro antes de decir:

—¡Dios!

—¿Qué tiene que ver él en todo esto?

—Nada. Absolutamente nada.

Amara entrecerró la mirada, notando muy extraño y tenso el rostro de quien tenía enfrente.

—No puedes leer mis pensamientos a menos que deje que lo hagas, ¿verdad? —Recordó súbitamente.

Y ella asintió, confirmándose.

—Estoy salvado. —Suspiró como si se le fuera la vida en ello.

—¿Salvado? ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—¡Increíblemente! —Agregó, cuando ya no podía ocultar más su irrefrenable deseo que se abría paso ahí abajo. Y fue así que, tras un rápido movimiento, terminó sentándose sobre uno de los sofás, mientras tomaba un cojín para colocárselo en la parte más notoria de su tronco inferior que se había despertado con unas inmensas ganas de decirle: *“¡Ey, viejo, aún hay vida aquí abajo!”*.

—Ve a desnudarte, digo... a cambiarte. Eso... sí, a cambiarte.

—Está bien. Iré a quitarme la ropa —le respondió la muchacha, encogiéndose de hombros.

Cuando ella se dio la vuelta y caminó hacia su cuarto, Robert al fin pudo respirar con cierta tranquilidad. Por ende, se apartó el cojín de su miembro erecto y suspiró varias veces antes de volver a hablar, observándolo por sobre la ropa.

—¿Qué crees que estás haciendo?

«*¡Cómo si no lo supieras, imbécil!*».

Sonrió como un demente. ¡Qué más podía hacer si se sentía dichoso y feliz! Amara estaba a su lado, había regresado, la había vuelto a besar de la forma más extraordinaria y placentera que siquiera llegó a imaginar y ahora, aquellos deseos carnales que creyó olvidados en algún lugar y/o enterrados volvían a florecer como por arte de magia, como si alguien, de pronto, hubiera sacado su varita mágica para hacerlos aparecer.

—¡Abacadabra, Price! —Se dijo, burlándose de sí mismo, dejando que un par de carcajadas de satisfacción personal lo invadieran, porque todo lo causaba ella, la mujer que ahora se encontraba al interior de su cuarto, desnuda y...—. ¡Basta! —Fue todo lo que pudo pronunciar cuando se lanzaba de lleno un cojín sobre el rostro, pretendiendo reaccionar sensatamente.

XIV



A la mañana siguiente se despertó un tanto sobresaltado luego de un nítido sueño que invadió su mente. En él, la imagen de su esposa fallecida irrumpía en su habitación mientras lo observaba con su bello y pálido rostro envuelto en lágrimas. Sin dejar de admirarla y con un nudo alojado al interior de su garganta que casi le impedía respirar con tranquilidad, solo se fijó en la belleza de su mirada, que no lo perdió de vista en ningún instante, hasta que tras un leve sollozo terminó levantando una de sus manos, como esperando a que él la tomara, movimiento que Robert no se planteó hacer, porque se encontraba demasiado confundido y abrumado por la situación que acontecía frente a sus ojos, limitándose a mantenerse tan quieto como su cuerpo se lo permitió.

Unos segundos después, Price se despertó de golpe con un frío hielo recorriéndole la columna vertebral, desde el cuello hasta, prácticamente, la cadera, y con una clara sensación que le oprimía el pecho y que no podía explicar. Suspiró un par de veces y se refregó los ojos con impaciencia, hasta que su vista se volteó hacia la derecha de su cama, encontrando aquella parte vacía como tantas y tantas mañanas la contempló de la misma manera, pero esta vez, esa singular señal consiguió que en su semblante se dibujara una sonrisa mientras se levantaba rápidamente, en busca de una de sus camisetas, la que en pocos segundos cubrió su torso desnudo e impecablemente trabajado, para salir descalzo de la habitación en busca de lo que tanto deseaba encontrar.

Sus pasos lo guiaron hacia el cuarto contiguo y en el que ahora se encontraba ella. Había sido muy difícil desprenderse de su cuerpo la noche anterior, mientras la contemplaba como un idiota embobado desde el umbral de la puerta, reprimiendo cada uno de sus fieros impulsos carnales por acariciarla, por recorrer su cuerpo de principio a fin y besarla hasta saciar la sed que su boca le exigía sin remedio. Porque todo lo concerniente a Amara se estaba volviendo muy complicado de sobrellevar, más, cuando la necesidad tenía cara de hereje y su varita mágica, ahora más despierta que nunca, volvía a la vida con ganas de poner en práctica más que unos cuantos “empolvados” hechizos.

Robert sonrió de una encantadora manera, cerró los ojos y movió la cabeza hacia ambos lados, se relamió los labios un par de veces y avanzó a paso firme, evocando sus besos y su incomparable aroma que deseaba volver a probar, porque sí, alteraba sus sentidos y hasta la parte más ínfima de cada una de sus terminaciones nerviosas.

Cuando estuvo de pie frente a la puerta del dormitorio tocó un par de veces, rememorando en primera instancia el momento exacto en que la dejó tan solo vestida con una de sus camisetas, tan hermosa y arrebatadoramente sexy para sus ojos, teniendo bajo ella su cuerpo completamente desnudo, al que ansiaba recorrer como si fuera el mayor de sus anhelos. Repentinamente, la puerta cedió ante el par de golpecitos que le dio y sin que nadie lo invitara a entrar, la curiosidad pudo

más que cualquier otro sentimiento. Y la abrió muy lento, pronunciando el nombre de la mujer que desde hace algo de tiempo llenaba cada espacio vacío de su mente y de su corazón.

—¿Amara? ¿Puedo entrar? —Pero al no encontrarse con nada más que la cama vacía y las cortinas del cuarto entreabiertas, volvió a expresar su nombre, pero ahora con más fuerza y decisión—. ¿Amara? ¿Dónde estás?

Sus pasos lo llevaron prontamente hacia la sala, algo perturbado al no haberla hallado en el mismo sitio en donde la dejó la noche anterior. Sí, estaba saliendo a flote su yo controlador, el que deseaba tener todo en orden, el maniático energúmeno, como lo llamaba Ofelia, cuando lo único que anhelaba era tenerla entre sus brazos para perderse en su bella mirada, como si nada más importara, como si nada más existiera, hasta que frente a sus ojos se situó lo más precioso e increíble que pudiese haber visto nunca. El tibio astro que había dado paso a un hermoso y radiante amanecer se quedaba corto con la belleza que nacía de la figura de Amara, que se encontraba de espaldas al ventanal y con la camiseta que con suerte le tapaba hasta los muslos y que delineaba por completo el bonito trasero que Robert no pudo dejar de contemplar con una mirada cargada de excitación y deseo. Tragó saliva sin apartar sus ojos de aquello, con su mente divagando, haciendo de las suyas, y con su varita mágica despertando en gloria y majestad. Luego, cuando su cuerpo comenzó a entibiarse, y más de lo habitual, su vista ascendió por el contorno de su figura, mientras que en ese preciso instante la luz del sol lo iluminó todo, logrando que su piel brillara de una particular forma, al igual que lo hizo su largo cabello castaño oscuro, extendiéndose en pequeñas ondas por su espalda.

Sin meditarlo, fue a su encuentro tan solo movido por las infinitas ansias de volver a tenerla cerca, pero a unos pocos centímetros se detuvo, sin saber si lo mejor era sorprenderla con un abrazo, con un apasionado beso o... no, eso claramente no estaba del todo bien; aunque a quien tenía entre sus piernas poco le importaba y se lo estaba pidiendo nada más que a gritos.

«Claro... ¡Un beso, un par de caricias y ya piensas en hacerle el amor! No, Price, ella no es como ninguna mujer. De hecho, ella no es como ninguna otra que hayas conocido ni conocerás en esta vida, y parece que ni siquiera te has dado por enterado».

—Lo comprendo perfectamente —manifestó en un murmullo que Amara escuchó, volteándose y dedicándole una de sus más características sonrisas de candidez e inocencia que a Robert lo volvían loco.

—¿Qué es lo que comprendes perfectamente? —le preguntó, observando atentamente cómo sus pasos lo llevaban hacia ella.

—No comprendo cómo... —se tomó algo de tiempo en contestar—, tu belleza logra opacar a un grandioso amanecer.

—¿Mi belleza? —Replicó, enarcando una de sus cejas. Luego de ello, rodó la vista hacia la salida del sol mientras Robert se quedaba a su lado y seguía la dirección de su mirada—. La belleza está en lo que tus ojos contemplan cuando los abres cada mañana y te das cuenta que te ha sido otorgado un nuevo día para amar, para reflexionar, para vivir y para ser feliz.

Caviló en sus palabras. *«¿Por qué ahora el enunciado “ser feliz” parecía tener otra connotación y sonaba de tan distinta manera? ¿Y por qué solo deseaba abalanzarse sobre ella y besarla hasta que le hiciera perder la razón y la cordura?».*

—¿Robert? ¿Sigues aquí?

—Definitivamente, y perdido en ti —le confió, acercándose hasta que la rodeó con sus extremidades, consiguiendo con ese movimiento atraerla más hacia sí—. Desde aquella mañana, cuando te vi admirando por primera vez el amanecer desde este lugar, supe que no podría compararte con nada ni con nadie.

—La belleza está en las cosas simples de la vida.

—Para mí, la belleza está en tus bellos ojos cuando me miras, en lo que me dicen tus labios cuando me hablas y lo que me demuestra tu cuerpo cuando mis manos te tocan y tu piel se conecta con la mía.

Al instante, Amara se sonrojó. Cada vez que él le hablaba de esa tan fascinante manera terminaba perdiendo la concentración, para quedarse sumida en lo que los humanos solían llamar “un manojo de nervios”.

—No digas esas cosas —pidió, evitando por sobre todo su cautivante vista, pero Price quería más, ansiaba más, y desenvolviendo una de sus extremidades la alzó hasta posicionar una de sus manos en su mentón, el cual levantó delicadamente para que sus ojos volvieran a conectarse con los suyos.

—No te asustes. Si lo digo es porque lo siento. Para mí, tenerte a mi lado y de esta manera es como estar en el cielo.

Al escucharlo, negó sus palabras de inmediato, hasta que Robert no logró contener más sus ansias, claudicando ante el instinto carnal de volver a beber y prescindir de su boca. Y fue así que dejó caer sus labios suavemente en los suyos para besarla con mesurada pasión, advirtiendo cómo Amara lo recibía de la misma manera, como si también lo deseara. Aquella inesperada bienvenida le entregó el impulso necesario para continuar, profundizando el beso segundo a segundo, caricia a caricia de cada una de sus manos, que comenzaban a moverse por encima de la única prenda que Amara llevaba puesta, hasta que la temperatura y no precisamente la del clima de esa hora de la mañana lo detuvo, cuando jugueteaba, rozando su nariz contra la suya, mientras abría los ojos y admiraba como ella aún no lo hacía con los suyos.

—Esto es lo que quiero, un único despertar que deseo tener por el resto de mis días —sonrió encantado—. Y ahora, abre los ojos o me tendrás de nuevo asaltando tu boca, y créeme... —se mordió su labio inferior, después de acariciar el contorno de la suya—, seguir besándote es lo que más quiero hacer.

Así lo hizo, pero con nerviosismo ante lo que había escuchado, porque aún seguía siendo asombroso cuando la besaba de esa tan particular forma, encendiendo aquella calidez que parecía brotar desde el interior de su estómago, la que se le alojaba por todo ese sector, haciendo añicos su entereza y voluntad.

Robert fijó la vista en su semblante, pretendiendo descifrar lo que pasaba por su mente.

—¿Estás bien?

Ella asintió en el acto, en silencio, como si estuviera luchando con algo más que sus propios y arrebatadores pensamientos.

—Amara, ¿estás bien? —Volvió a preguntar, pero ya con las manos alojadas a cada lado de su cabeza.

—Sí —afirmó sonrojada, rogando para que dejara de preguntárselo.

—¿Por qué siento que no me estás diciendo la verdad?

«¿Podía hacerlo, cuando sincera y llanamente como entidad estaba sobrepasando con creces cada uno de sus límites impuestos?».

—No puedo mentir, recuérdalo. —A toda costa evitó su penetrante mirada, que le provocaba un deseo imposible de controlar.

—Entonces, ¿por qué no me miras?

Volvió a poner sus ojos en los suyos mientras una de sus suaves manos se deslizaba por el contorno de una de sus mejillas.

—Sucedá lo que suceda, nunca te mentaré —pronunció como si fuera una promesa.

—¿Sucedá lo que suceda?

—Así es, suceda lo que suceda —concluyó con algo de temor alojado en el tono de su voz, depositando sus labios en los suyos en un cálido beso que lo sorprendió en primera instancia, para luego dejarse arrastrar gustoso por aquella iniciativa, que finalmente, ella decidió llevar a cabo.

«La verdad, la verdad...» se repetía, «cuando la única verdad que existía al interior de su cabeza era lo que ese hombre le hacía sentir, llenándola de dudas, de incertidumbre, y poniendo su voluntad de cabeza al demostrarle con hechos y palabras el amor que le profesaba, como si fuera una gran prueba de fe, de la cual sabía que saldría perdiendo algo más que las alas que todavía no lograba conseguir».

Ofelia caminaba de prisa por la avenida, no deseaba retrasarse más de lo que ya le había costado llegar al hospital.

Comenzó siendo una mañana de locos, gracias a las náuseas que había experimentado como primeros síntomas de su embarazo. *«¿Podría ir todo mejor?».*

Intentó cruzar una calle a toda prisa cuando el semáforo ya había cambiado a verde, los vehículos empezaban a transitar y ella ni siquiera lo había advertido, no hasta que unas ágiles manos la detuvieron para que no se abalanzara torpemente hacia el interior de la calzada.

—Yo que tú, a menos que seas un fantasma que pueda circular por entre los coches, me detendría.

Ofelia tembló de la sola impresión que le causó oír la voz de Blaz hablándole a su espalda. Por ende, se volteó en el acto, perdiéndose en la profundidad de su vista y en la genuina sonrisa que éste le brindó. Su cabeza, al tenerlo tan cerca con sus manos sujetas a su cintura, comenzó a elucubrar sugerentes imágenes, en las que lo observaba con la camisa entreabierta, dejando al descubierto su maravilloso y esculpido torso, mientras él la devoraba sugerentemente con los ojos, con la boca, mordiendo el labio inferior como si quisiera... ¿besarla?

—Ofelia, ¿te encuentras bien?

—Me encuentro divinamente —suspiró—. ¿Por qué lo preguntas?

Ante su respuesta, Blaz no perdió tiempo en sonreírle de una fascinante manera, la que deshizo a O en el mismo instante en que se perdió en ella.

—¿Divinamente? ¿Segura?

Asintió sin nada más que acotar, mientras Blaz arqueaba una de sus cejas en señal de no comprender a qué se refería con tan singular palabra que había pronunciado.

—Sí. Divinamente pensando —añadió, dándose cuenta que se estaba comportando como una tonta, cavilando tonterías.

Enseguida, se llevó una de sus niveas manos a la frente, y suspiró hondamente, en clara señal de que necesitaba algo más que un poco de aire.

—¿Y en qué pensabas tan divinamente? —Insistió Blaz, intentando comprender cada cosa que decía.

—En que... ya puedes soltarme. Gracias por ¿sujetarme?

—¿No vas a lanzarte a la avenida como si estuvieras ciega?

—¿Eso fue lo que hice? —Preguntó como si no lo creyera.

Al oírla, Blaz apartó las manos de su cuerpo, regalándole una sonrisa traviesa.

—De acuerdo, señorita divinamente perfecta, ¿te encuentras bien?

—Creo que... sí —dudó de sus propias palabras cuando volvía a suspirar, meditando lo

que él había manifestado hace un momento—. Estás seguro que yo...

—Lo hiciste, Ofelia.

—¡Vaya!

—Ahora, dime, ¿dónde te dirigías tan apresurada, sin darte cuenta que por esta calle transitan vehículos a alta velocidad?

—Mi hermano... voy a ver a mi hermano al hospital —le confió, recordándolo.

—¿Está enfermo? —Formuló Blaz, aunque conocía de sobra su respuesta.

—No, nada de eso. Bueno, si lo vemos así, podría decirse que Robert está enfermo de loco. Es un maniático, ¿sabes? Del orden, del control, de la vida de los demás, pero claro, si te refieres a enfermo de enfermedad... creo que entiendes a qué me refiero.

Apenas la oyó, Blaz nuevamente sonrió.

—De acuerdo, corrijo. Mi hermano es médico.

—Médico... Debe ser excelente en su trabajo.

—Es el mejor de todos. Tiene una vocación y un don único para lo que realiza con tanto esmero. Y no sé por qué siento que estoy aburriéndote relatándote todo esto. ¿De dónde fue que saliste? Con ésta son dos veces que te cruzas en mi camino, apareciéndote así, de la nada —especificó algo incrédula.

—Podría llamarse un acierto del destino, Ofelia.

—Podría llamarse un “me gustaría seguir hablando contigo”, pero tengo que irme al hospital, o terminaré presa de un colapso producido por mis hormonas.

—¿Hormonas?

—Sí, hormonas. Larga historia, Blaz.

—Bueno, qué suerte la mía, porque también me dirijo al hospital.

—¿Te sucede algo? Yo te veo muy bien —recalcó, escaneando su cuerpo de arriba a abajo.

—Pues gracias.

—No, creo que me entendiste mal. No lo dije refiriéndome a la forma esa de que estás muy bueno... quiero decir... que se te ve bien y no enfermo. Por favor, dime que comprendiste y no malinterpretaste lo que acabo de decir.

—Solo si dejas que te acompañe hasta allá. Es una linda mañana para caminar en compañía de alguien más. ¿No te parece?

—Si no tienes nada mejor que hacer... Pero... ¿por qué vas tú al hospital? —Inquirió un tanto curiosa, retomando la charla.

—Al igual que tú, voy a ver a mi hermana.

—¿Tienes una hermana?

—Somos una familia muy numerosa. Ella es mi favorita.

—¿Qué suerte tiene de ser tu favorita!

—El que tiene suerte soy yo. ¿Sabes? Te ves muy hermosa cuando sonríes. Deberías hacerlo más a menudo.

—¿Qué tal así? —Preguntó ahora, esbozando una radiante sonrisa que iluminó su bello rostro.

—Divina y encantadora —contestó Blaz, sin dejar de observarla.

A través del cristal de la ventana de la salita de juegos, Price contemplaba a los niños cómo daban vida a sus creaciones artísticas, mientras dibujaban y pintaban al ritmo de la lectura que

Amara les hacía. Su vista iba y venía desde ella hacia cada uno de los pequeños, que parecían estar verdaderamente entusiasmados y hasta hipnotizados con el tono de su voz. De pronto, introdujo las manos en los bolsillos de su bata blanca, cuando su pecho se abultaba de la emoción que sentía por lo que no dejaba de admirar. Ella en sí era maravillosa, a tal grado que le parecía estar sumido en el más increíble de todos los sueños que hubiese tenido nunca, con la convicción de no querer despertar de él jamás, hasta que el recuerdo de Sofía bañada en lágrimas y con su mano estirada, como esperando a que él la tomara vino a su mente, logrando que la sonrisa que hace un instante se había dibujado en su rostro desapareciera por completo. Robert bajó la vista y movió su cabeza hacia ambos lados, en el exacto segundo en que una pálida y pequeñísima mano buscó la suya para, finalmente, estrecharla con cariño.

—¿En qué piensas? —Preguntó Alma, cuando sus brillantes ojitos se posaron sobre su semblante.

Price suspiró, pero apartando aquel recuerdo decidió no hablar de ello.

—Pienso... solo pienso. ¿Y tú? ¿Dónde se supone que estabas? Vine por ti y me encuentro con que no estás con los demás niños.

Alma puso los ojos en blanco, porque él sabía perfectamente en donde se hallaba. Era su día de quimioterapia, pero aunque se encontraba un tanto agotada, su voluntad de llegar hasta la salita de juegos, con ayuda de una de las enfermeras del área de pediatría, pudo más que las ganas de regresar a su habitación.

—Bobo —pronunció con decisión, logrando que Robert se carcajeara, al mismo tiempo que, cariñosamente, le besaba la manito que los mantenía unidos.

—Sí, ese soy yo.

—Bobo o no, estás muy contento y eso me agrada mucho.

—Gracias por eso.

—A mí no tienes que dárme las, sino a ella —le devolvió, logrando que tanto sus ojos como los suyos se depositaran directamente en la joven que ahora deambulaba por cada uno de los pupitres del salón—. Amara está haciendo un gran trabajo contigo.

—¿Trabajo? —Preguntó un tanto extrañado por lo que acababa de oír—. ¿A qué te refieres con eso de “*que está haciendo un gran trabajo conmigo*”?

Alma se encogió de hombros.

—No hay que ser muy inteligente para notar que el señor ogro está desapareciendo y que ahora está dando paso al señor felicidad. Ya no gruñes, no vas por ahí con el ceño fruncido, como si todo te molestara, y no me digas que no es cierto, porque sonríes, como lo estás haciendo ahora.

Price enrojeció. ¿Desde cuándo que no lo hacía? La verdad, ni siquiera lo recordaba.

—Y te sonrojas porque te da vergüenza asumirlo. Te conozco. Parece que tu corazón ya que se descongeló. Te gusta Amara, ¿cierto?

Aquella interrogante lo sobresaltó, no claramente por lo que sentía, sino porque una niña de diez años se lo estuviera preguntando y con tanta convicción.

—Me asustas, Alma.

La niña rio.

—Lo sé, ese es mi trabajo.

—Ahora comprendo a Nicanor.

—No estamos hablando de mi padre, sino de ti. Amara es linda, ¿verdad?

—Sí, es preciosa.

—Lo sabía. ¿Y qué piensas hacer al respecto?

Cuando la oyó, Robert casi se atragantó.

—Sé que soy una niña que no entiende del amor y todo eso, pero dime una cosa, ¿piensas quedarte así para siempre?

—Así cómo...

—¿Cómo un tonto, solo viéndola a través del cristal? Ella vino para abrir tu corazón y para ser de ti el hombre que siempre fuiste. ¿Ahora te das cuenta que no te mentía? ¿Que no eran simples engaños? Amara sí era un ángel, tu ángel de la guarda, Robert, quien te encontró, te mostró su señal, logró que volvieras a nacer, a vivir... a eso le llamo yo un amor real, ¿tú no?

Sin pensarlo dos veces, se arrodilló frente a la niña para clavar sus ojos en los suyos, cuando la mano que mantenía libre la dejaba caer sobre una de sus pálidas mejillas.

—La verdad, creo que estoy rodeado de ángeles, porque tú también eres uno de ellos y el primero de mi lista.

—Quizás, algún día yo también lo sea, cuando mi madre regrese por mí.

A Price se le inundaron los ojos de lágrimas al escuchar lo que ella afirmaba con tanta madurez. Y no pudo hablar, no hasta que la pequeña lo envolvió en un caluroso abrazo.

—Pero mientras esté aquí, te cuidaré, tal y como tú lo haces conmigo cada día. Sigues siendo mi héroe, aun cuando no te lo diga tan a menudo, ¿lo sabías?

Y él asintió, pero con un nudo alojado en la boca de su estómago.

—Así que deja de ser un bobo. Ya no estás solo, ni lo estarás nunca más.

Robert la abrazó con cuidado, cuando sus manos, también, le acariciaban el cabello, todo esto a vista y paciencia de Amara, que los observaba a través del cristal.

—Tienes mucho por qué vivir, nunca lo olvides.

—No solamente yo, princesa —le dijo, separándose y besándole la frentecita.

—¿Te cuento un par de secretos, Robert?

—Todos los que quieras, Alma.

La pequeña acercó sus labios a uno de sus oídos para luego murmurarle con su suave voz:

—Para encontrar respuestas, a veces hay que dejar que hable nuestro corazón —se lo señaló con una de sus manos—. Sigue oyéndolo, al igual que a tu alma.

En ese momento, una voz a sus espaldas los sorprendió, logrando que las miradas de Alma y Price se voltearan de rápida manera hacia la figura de la joven que les sonreía con suficiencia y tosquedad, como si quisiera hacerse notar, sabiendo quién se encontraba del otro lado de la ventana.

—¡Qué bueno es verlo de nuevo, doctor Price! ¿Tendría un momento para mí? Es muy importante que usted y yo hablemos. ¿Lo hacemos aquí o me dejará plantada, como lo hizo la otra noche en el bar?

A Price no le bastaron más que un par de segundos para que la ira volviera a apoderarse de sí, ante cada insoportable enunciado que Elizabeth Grant expresaba con su lengua venenosa. Porque si algo deseaba conseguir con ellos, sí que le estaba dando buenos resultados.

Se levantó con desagrado, posicionando detrás de su cuerpo a la niña, pero manteniendo todavía su mano unida a la suya. Entretanto, unos segundos le bastaron a Amara para salir hacia el pasillo y pronunciar a viva voz el nombre de la pequeña.

—Alma, ven conmigo, por favor. —Tomó en brazos a la niña y después de observar intensamente a Robert, se apartó, llevándosela consigo.

—No lo puedo creer, ¡qué pequeño es el mundo! Tu amiguita, o debería decir, la chica esa por la que me abandonaste también trabaja aquí. ¡Qué magnífica e interesante casualidad!

—Si quiere hablar, puede hacerlo en mi oficina, Elizabeth.

—¿Formalismos conmigo? ¿Ahora? ¿De qué me perdí, doctor?

El aludido movió su cabeza bastante molesto, luego de entrecerrar la mirada. ¿Qué deseaba conseguir?

—No tengo mucho tiempo —le recordó.

—Lo noté. Entre la pequeña y su “amiguita” no le queda espacio para llevar una vida como corresponde. Si anoche te hubieras quedado conmigo, hoy abrías despertado en la gloria.

Una marcada sonrisa de sarcasmo inundó su rostro. Conocía y recordaba a una mujer celosa y Elizabeth lo estaba siendo, articulando tonterías sin sentido ni razón.

Cruzó sus brazos por sobre su pecho y la observó desafiante, intentando, quizás, amedrentarla, pero no lo consiguió, ya que la voz de su hermana lo tomó por sorpresa, pero más la forma en que lo saludó, como si fuera una especie de vidente profesional.

—¿Qué tal, cariño! Te extrañé tanto, pero ya estoy aquí. —Le otorgó un guiño y luego terminó besándole cariñosamente una de sus mejillas—. ¿No me llevarás a comer? Tengo muchísima hambre. —Esta vez clavó su fascinante mirada en la figura de la joven enfermera que tenía enfrente. Entretanto, Robert solo se dejó llevar, siguiéndole la corriente en todo momento. ¿Qué pretendía hacer Ofelia? Solo ella lo sabía.

—Tú y yo tenemos que ocuparnos de cosas muy importantes. Lo siento, querida, pero me lo tengo que llevar. Él no tiene tiempo para nadie más cuando está conmigo.

Elizabeth hirvió de rabia. ¿Y ésta quién se suponía que era? ¿Y por qué parecía que lo manejaba a su antojo?

—¿Doctor?! —Muy disgustada elevó su tono de voz; anhelaba llamar su atención, pero no lo consiguió.

—¿Qué no me oíste? ¡Hasta luego! —Expresó Ofelia con muchísima soberbia, llevándose a tirones a su hermano, sin darle tiempo a la enfermera de volver a hablar.

—¿Qué se supone que fue eso? —Preguntó Price bastante confundido, pero siguiendo cada uno de sus pasos—. ¿Cariño?

—Tienes mucho que explicar. En primer lugar, ¿quién es esa zorra y por qué te miraba como si le debieras algo?

—Ideas tuyas.

—¿Ideas mías? ¡Ja! Estoy embarazada, pero no soy estúpida. No me gusta esa mujer. De hecho... —se volteó para admirarla una vez más y lo que vio en sus ojos le concedió cierta razón a sus palabras—, te sugiero que te mantengas alejado de ella. No me pidas una respuesta, porque ni yo la sé.

Entretanto, y a la distancia, Elizabeth observó a Price mientras empuñaba ambas manos, con la rabia quemándola por dentro.

—No vine hasta aquí esperando que huyeras —se dijo a sí misma, relamiéndose los labios, fascinada, cuando de pronto, una sombría mirada, junto a una grave voz, terminó acercándose a uno de sus oídos para manifestarle muy sensualmente:

—Una mala jugada la puede realizar cualquiera, pero tú no eres cualquiera. Recuérdalo, en esta historia eres la reina y él tan solo tu peón.

La ahora oscura e intimidante mirada de Elizabeth se volteó enseguida hacia la figura de quien le sonreía con exquisita e incomparable suficiencia.

—No hace falta que te diga cómo moverte ahora, ¿verdad?

—Claro que no.

—Entonces, dime, ¿qué harás para voltear todo a tu favor?

La joven sonrió maquiavélicamente antes de volver a hablar.

—Lo que hace toda reina cuando caza, Azael, ir por su presa.

XV



La Luna brillaba majestuosa en la enormidad de la noche estrellada que se colaba por el ventanal del balcón del departamento, cuando Price se movía de un lado a otro mientras preparaba la cena. Porque eso era exactamente lo que hacía al interior de aquella cocina, de la cual ni siquiera sabía que tenía tantas cosas para utilizar, ya que la verdad, hace mucho que ese sitio era tan solo un lugar más de su casa.

Observó rigurosamente como la comida comenzaba a tomar forma; precisamente, eligió una exquisita receta de su madre que bien recordaba, porque había sido por muchos años uno de sus platos favoritos.

—La carne está en su punto, las verduras casi salteadas, el postre en el refrigerador y el vino... —se detuvo. Había olvidado por completo el vino que debía elegir como acompañamiento a la cena tan particular que tendría con la señorita celestial que, por de pronto, no se aparecía por ningún lado.

Rápidamente fue por él y cuando regresó volvió a cerciorarse como un maniático si todo seguía en orden. Después de mucho tiempo había vuelto a comportarse como una persona normal, sintiendo, por sobretodo, unas mariposillas que revoloteaban inquietas al interior de su estómago. Bueno, y qué podía decir de su varita mágica...

Sonrió, lo contempló todo y suspiró; la mesa lucía perfecta con las flores que había comprado a su regreso del hospital y de las que no sabía si a ella le encantarían. Tenía que ser realista, en el tema del romance no era un experto. Es más, había estado fuera de las pistas y la verdad, después de perder a Sofia juró no volver a enamorarse jamás. «¿Y ahora?». Suspiró como si el aire le faltara, cuando el recuerdo del amargo sueño de la noche anterior volvía a su cabeza, dispuesto a quedarse alojado en ella.

«¿Puedes continuar?», se preguntó de pronto.

—Sí, sí puedo —dijo con entusiasmo, regresando a cada una de las tareas que a esa hora lo tenían ocupado, a las que debía darle fin antes de que ella apareciera.

Ofelia verificaba que todo estuviera en orden mientras se hallaba acompañada por una de las chicas que trabajaba en la exclusiva tienda de modas que poseía y de la que se sentía plenamente orgullosa, pero después de las náuseas que tuvo que soportar durante gran parte de la mañana, junto al eventual y grato encuentro con Blaz, no lograba concentrarse.

—Patética —se dijo, recordándolo todo y dejando que una media sonrisa le iluminara el rostro. Un segundo después, la campanilla de la puerta sonó, dándole a entender que alguien hacía

ingreso a la tienda—. Disculpe, pero está cerra... —No pudo pronunciar aquella frase en su totalidad cuando el rostro de aquel hombre a quien conocía muy bien la observó por algo más que un momento. O tembló, pero no por su presencia, sino por lo que aquellos ojos le demostraban tras la abismante tristeza que irradiaban.

—Le comuniqué que estaba cerrado —manifestó la chica que la acompañaba, queriendo que Ofelia volviera del letargo que le provocaba su presencia.

—Deja que yo me ocupe —le contestó en un reflejo automático que la llevó a colocarse las manos en el vientre, como si con ello deseara proteger lo que crecía en su interior—. Por favor, ¿podrías dejarnos a solas? Será breve, el señor ya se va.

—Como tú digas, pero si me necesitas, estaré en la oficina.

La aludida asintió, sin despegar la vista de Bob, quien la observaba como si nada más existiera en este mundo.

—Gracias. Eres muy amable —pronunció bastante nervioso para dar inicio a la conversación.

—No me las des. Y ahora explícame, ¿qué haces aquí? ¿No te bastó con todo lo que sucedió? Creo que fui muy clara al exigir que no quería verte más.

—Tenía que verte. Por favor, dame una oportunidad para hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar. Saliste de mi vida así tan rápido como entraste en ella.

—Eso no es cierto, pequeña...

En el acto, Ofelia terminó levantando una de sus manos en señal de que prefería que mantuviera la boca cerrada.

—¡No vuelvas... a... llamarme... así! —Exclamó lentamente, tratando por todos los medios posibles de mantenerse serena y estable en su sitio. Robert se lo había pedido. No, la verdad, se lo había demandado como una severa orden que debía cumplir.

—Lo lamento, Ofelia. Yo...

—Tienes tan solo un par de minutos, así que aprovéchalos, o juro que te saco a patadas de aquí.

—Veo que no has perdido la dulzura que tanto te caracteriza.

Ofelia cruzó sus brazos en el mismo instante en que lo oyó, y sin evitarlo se sonrojó, como si sus palabras le sonaran a adulaciones baratas.

—¿Hablarás sensatamente?

Bob bajó la mirada y terminó llevándose una de sus manos hacia la barba descuidada que se vislumbraba en su semblante, signo de lo que vivía en carne propia desde que Ofelia lo abandonó.

—Perdóname —le soltó de sopetón y con la voz temblorosa—. Perdóname por todo lo que te hice, por haberte engañado y por todo el dolor que te causé.

Sus palabras la aniquilaron; le parecían más un par de afilados cuchillos que se clavaban con fuerza en su pecho. Asimismo, percibió que su respiración se agitaba a cada segundo y que sus ojos la traicionaban al enjuagarse en lágrimas que deseaban brotar de ellos con libertad. Sintió, además, que sus piernas flaqueaban, que no la sostenían, pero lo más increíble de todo fue, que al digerir cada uno de sus enunciados y por la forma en que los expresaba, él decía la verdad. Porque el maldito, después de todo, estaba hablándole con el corazón más que con el cerebro.

—No soy nadie para darte lo que me pides —contestó, aguantándose las enormes ganas que tenía de llorar por la frenética rabia que comenzaba a invadirla.

—Lo necesito. Ya no puedo vivir sin saber de ti. No duermo, no vivo, no respiro

tranquilamente sin tenerte conmigo. Te extraño demasiado, peque... —iba a expresar aquella palabra, pero se detuvo al notar su indignación, que resaltaba en su enrojecido semblante—. Aún es difícil no llamarte así.

—No fue lo que me pareció cuando... —O tuvo que morderse la lengua para no referirse a la zorra que bien recordaba. Entretanto, Bob bajó la vista, avergonzado; deducía lo que ella trataba de manifestar con esa frase a medio terminar.

—Corté todo vínculo con esa mujer.

—¿Y viniste hasta aquí para que te crea? ¡No me jodas, por amor de Dios!

—Ofelia, no estoy mintiendo.

Y en vez de responder a ello, rio de nervios y de lo estúpida que se sentía al oírlo.

—A mí no me debes explicaciones, guárdalas para alguien más. Por de pronto, me parece aberrante que te vengas a meter a mi tienda para pedirme perdón, cuando ni siquiera lo sientes. Me heriste profundamente al tener una relación paralela. Me hiciste sentir una verdadera mierda al meterte con esa zorra, a la que te follabas, al igual que lo hacías conmigo en nuestra cama... ¿y ahora me pides perdón?

—Ofelia...

—¡Ofelia las pelotas! —Gritó encolerizada, notando como la sangre fluía a su cabeza con más y más rapidez y ésta se encendía como si fuera una bomba de tiempo a punto de estallar.

Bob reparó enseguida que algo no andaba bien, al ver cómo se llevaba una mano a la frente y empezaba a buscar con desespero algo en qué apoyarse. Por lo tanto, caminó hacia ella cuando ya comenzaba a desvanecerse.

—¡Ofelia! —Gritó, alcanzando a sujetarla entre sus brazos—. ¡Dime qué tienes! ¡Dime qué te pasa, por favor! —Volvió a elevar el tono de su voz, intentando atraer a la chica que aguardaba en la oficina.

—Deja de gritar, tranquilízate y llévame hasta el sofá —le pidió O en el acto.

Bob así lo hizo mientras la tomaba delicadamente para ayudarla a ponerse en pie. En ese instante, la chica que trabajaba para ella llegó a su lado, movida por un solo sentimiento: la desesperación.

—¡Ofelia! ¿Te sientes bien?

—Sí, no te preocupes. No fue nada.

—¿Estás segura? No será que... —Pero en cosa de segundos la mirada de su amiga invadió con fiereza la suya.

—No fue lo que vi —intervino Bob realmente hastiado por sus continuas ojeaditas furtivas—. ¿Estás enferma?

O tragó saliva como si lo necesitara, pretendía contener las lágrimas que brotaban de sus preciosos ojos claros. Y a partir de esa situación, la chica comprendió que sobraba, por ende, y sin que nadie se lo dijera, se retiró, dejándolos a solas nuevamente.

—Te hice una pregunta —insistió Bob, sabiendo que no tenía ningún derecho a réplica.

«¿Qué harás? ¿Le contarás en qué estado te encuentras? ¿Le dirás que será padre o se lo seguirás ocultando?».

—Por favor... lo que sea, tan solo dímelo, Ofelia.

—Cállate y deja de exigirme lo que nunca oirás.

—Entonces, lo estás. ¡Dime! Aunque me odies, aunque me aborrezcas, aunque no quieras verme nunca más y esta sea la última vez que me dejes estar cerca de ti, ¡tan solo dime qué te sucede!

—¡Para qué! —Le gritó furibunda—. ¡Para qué quieres saber lo que ocurre conmigo, si te

importó un carajo engañarme! ¡No tuviste una pizca de consideración! ¡No pensaste en mí o en lo que teníamos! ¿Y para eso vienes a pedirme explicaciones ahora? ¡¡Vete a la mierda, Bob, y sal de mi vida!!

—Dime cómo lo hago. ¿Tienes la clave? ¿Tienes algún manual o algo que me permita olvidarme de ti y hacer como que no te amo?

—¡¡Cállate!! ¡¡No vuelvas a pronunciar algo como eso!!

—¡¡Pues tendrás que aguantarte, tal y como yo tuve que reprimir todas las humillaciones por las que he tenido que pasar desde que me dejaste!!

—¡Maldito miserable! ¿Cómo te atreves? ¡Te las tenías merecidas! ¿No conoces aquello que se llama Karma?

—Sé que no soy un santo, pero todo lo que tiene que ver contigo me importa. ¡Me equivoqué, de acuerdo! ¡Cometí la mayor estupidez de mi vida al estar con otra persona cuando a quién amo es a ti! ¡Por favor, pequeña, reconsidéralo! ¡Todas las parejas tienen altos y bajos!

O no podía dar crédito a lo que sus ojos veían, menos a lo que oía.

—¿Altos y bajos? —Preguntó incrédula y con unas inmensas ganas de abofetearle la cara.

—Sí, Ofelia.

—No puedo creerlo —susurró enojadísima. De acuerdo, Bob la observaba desesperado, y más, después de lo que había acontecido con ella un instante atrás. Sí, se notaba que estaba hecho un estropajo por cómo se veía y la forma en la que se comportaba. Ya no era el mismo hombre del cual se enamoró, aquel sujeto preocupado de su persona, de su ropa, de cómo lucía frente a los demás, del buen gusto que tenía; para nada. Ahora, solo había un hombre común y corriente frente a sus ojos, más delgado que de costumbre, con ojeras un tanto remarcadas y barba de tres días, vistiendo una camiseta gris y un suéter oscuro, sin nada de glamour. Mal que mal, no salía a la calle sin que se viera completamente perfecto, pero... ¿Altos y bajos? ¡Era en serio lo que estaba diciendo!

Tomó aire antes de proseguir e intentó calmarse. Bob no merecía verla como una histérica.

—Lo de Robert no fue idea mía, aunque te los merecías.

Bob suspiró profundamente y terminó deslizando sus manos un par de veces por su cabello.

—Estás hecho un desastre.

—Es algo que no se puede obviar. Estas últimas semanas han sido las peores de mi vida. Literalmente, me he vuelto loco sin ti.

Ofelia guardó silencio. Prefirió hacerlo, luego de comenzar a jugar con sus inquietas manos, notando como él le analizaba el rostro sin perderla de vista.

—No tengo nada, así que deja de mirarme.

—Te conozco, pequeña, te conozco mejor de lo que me conozco a mí.

—Craso error. Creíste conocerme, pero lamentablemente, lo que una vez tuvimos, por mi parte, ya llegó a su fin. No quiero más altos ni bajos en mi vida, Bob —ironizó.

—Por favor —suplicó—, no quiero dejarte ir.

—Tendrás que hacerlo... yo no quiero estar contigo. ¿Es tan difícil de entender?

—Ofelia, sé que lo que hice estuvo mal, pero te amo y te necesito a mi lado, ¿qué no lo entiendes?

—Lo entiendo, pero no existe ni existirá justificación que valga la pena —pronunció con todas sus letras al deslizar un mechón de su rojizo cabello detrás de su oreja—. Quiero que sepas que ya lloré y grité bastante, te odié suficiente y no quiero volver a lo mismo otra vez. Verte con otra mujer en la cama que compartíamos fue asqueroso, y más, porque aquel día yo iba a... —Cerró los ojos y evitó, también, cerrar su maldita boca que anhelaba traicionarla.

—¡Tú qué! ¡Ese día tú ibas a qué, Ofelia!

No podía decírselo, no tenía las fuerzas necesarias para enfrentarlo, menos ahora que parecía sincero y arrepentido de lo que había sucedido.

—Pequeña, por favor, dime lo que sea —la incitó una vez más.

—Lárgate. No te quiero en mi vida.

Bob abrió los ojos como platos, sin creer lo que le exigía tan estoicamente.

—Si no entendiste, te lo volveré a expresar. No te quiero cerca, no quiero verte más. Fuiste alguien importante en mi vida, pero se terminó, se esfumó, se acabó, y nada, por más que así me expreses una y mil veces un jodido “por favor” me hará olvidar lo que vi y todo lo que sentí a partir de esa miserable mañana que cambió mi vida para siempre. —Y en un inesperado movimiento se levantó del sofá, al mismo tiempo que él la retenía, aferrándose a una de sus extremidades.

—¡Pero yo te amo! ¡Qué hago con mi vida si no te tengo!

—Ese es tu problema, no el mío. —Zafó a toda costa de su agarre—. No quiero ser majadera, Bob, pero debiste prever que algún día te encontraría con las manos en la masa, revolcándote con tú ya sabes quién. Recuérdalo, fueron... —se obligó a no evocar aquello—. Ahora, sigue tu camino, por favor, que yo seguiré el mío. Es lo mejor... para los dos —pronunció, cuando claramente iba a pronunciar “tres”.

—No puedo, O.

—Consíguelo, sé que puedes hacerlo. —Le palmeó una de sus extremidades, para finalmente alejarse de él y caminar hacia el mostrador de la tienda—. ¿Podrías marcharte? Estoy muy ocupada.

—Esto significa...

—Un adiós, Bob —manifestó Ofelia abiertamente, sin dejar que le temblara la voz. Debía ser valiente, ya no había espacio para la cobardía.

Luego de esas últimas palabras, no se volteó para verlo, ni siquiera le dio una última mirada, sino que prefirió darle la espalda para que él no viera sus lágrimas caer por su rostro.

—¿Me estás echando de tu vida?

—Eres libre.

—¡Pero no quiero ser libre! ¡Yo quiero estar contigo!

—Vete, por favor. No voy a repetirlo otra vez.

—Ofelia...

—¡Por un demonio, vete ya!

—Ofelia, yo...

—¡¡¡Lárgate de aquí, pelotudo de mierda!!!! —Fue lo último que exclamó, cerrando sus manos en forma de puños, conteniendo, además, toda la rabia, la frustración y el apremiante dolor que volvía a apoderarse de su cuerpo y que creyó dejar atrás, cuando se juró a sí misma que él nunca sabría de la existencia de su hijo.

Al cabo de un par de minutos la campanilla de la puerta al fin sonó. Sin contenerse más, O lloró abiertamente, dejando caer sus manos sobre el mostrador, mientras su amiga salía de la oficina y se acercaba para otorgarle un caluroso abrazo.

—Tranquila —le pedía, consolándola; percibía su padecimiento, el que se acrecentaba en cada sollozo que emitía con más y más fuerza—. Esto no te hace bien, piensa en tu bebé.

—No hay hora o momento del día en que no piense en él —gimió con el rostro bañado en lágrimas—. Mi pequeño es lo único que tengo y lo que tendré, ahora que su padre se ha ido para siempre. —Entre jadeos, colocó sus manos sobre su, por ahora, plano abdomen—. Perdóname,

vida mía... espero que puedas perdonarme, como yo también espero hacerlo algún día con tu papá —concluyó, sintiéndose la peor persona, cuando volvía a aferrarse con fuerza a los brazos de su amiga, y luego de un profundo silencio que las invadió aquella noche y en aquel preciso lugar.

Robert terminaba de prepararlo todo, pensando únicamente en si Amara tardaría mucho tiempo en regresar. De pronto, una suave vocecita se coló en medio de sus pensamientos, haciéndolo saltar de la impresión de tenerla ahí, observándolo con su deslumbrante mirada.

—¡Mierda! —Chilló sin saber si debía reír después del susto que ella le había propinado al aparecerse así, tan de repente en el silencio de su departamento—. ¿No te han enseñado a llamar a la puerta? —dijo, deteniéndose y apartando de sus manos lo que terminaba de hacer.

—¿Te asusté? —Pronunció Amara, con una sonrisa traviesa pegada en su semblante.

—¿Asustarme? Por favor, ¿con quién crees que estás hablando? —Le dedicó una mirada de reojo, seguida de un sexy guiño—. De acuerdo, sí, me asustaste.

La joven volvió a sonreír, pero esta vez a sus anchas.

—Veo que para ti resulta ser muy gracioso. Vamos, disfruta burlándote de mí, señorita celestial.

—¿Señorita celestial? Hace tiempo que no me llamabas de esa forma.

—Pues me gusta. No, en realidad, adoro llamarte de esa manera.

—Veo que estás de muy buen humor. ¿Esperas a alguien?

—Exacto. Estoy esperando a alguien muy especial.

—¿Ofelia? —Inquirió intrigada, quizás, como nunca lo había estado.

—No, no espero a O, sino a alguien mucho más especial que ella. ¿Te doy pistas?

Asintió. En realidad, ansiaba saber quién era la persona para la cual Robert se esmeraba tanto.

—Es inteligente, persuasiva, directa... la verdad, muy directa —enfaticó, riendo—. Algo terca, pero preciosa, y de inigualable mirada —se detuvo cuando contempló los ojos de Amara, que ni siquiera parpadeaban al oír y asimilar tanta información. Y tragó saliva, limpió sus manos, para finalmente acercarse a ella y decirle—: por favor, no me sigas mirando así.

—¿Mirándote cómo? —Preguntó la joven con toda su candidez.

—Así. Solo así.

Amara bajó la vista y se ruborizó por completo, pero él, en un rápido y delicado movimiento se apoderó de su mentón, para que su vista regresara rápidamente a la suya.

—Eres tú —le confió, luego de emitir un suave murmullo—. Todo esto es por ti.

—¿Qué estás diciendo?

—Que a quien espero es a ti —especificó, cuando su mano comenzaba a deslizarse hacia el contorno de la suavidad de su boca—. Preparé algo para nosotros. Nuestra primera cena, juntos. ¿Qué te parece?

—Pero... tú... no... no tienes que hacer esto por mí.

—Te equivocas. Esto es lo mínimo que puedo hacer por ti.

Amara lo negó rotundamente e intentó cerrar sus ojos, pero Robert se lo impidió al rozar deliberadamente el puente de su nariz con la suya.

—Te debo mi vida entera, al igual que al sujeto de allá arriba, quien me ha concedido una segunda oportunidad. Él te puso en mi camino, él me otorgó este maravilloso regalo que tengo frente a mis ojos, después que lo negué tantas y tantas veces... —suspiró—, y siento que no

existen palabras que puedan agradecer lo que ha hecho por mí.

—Porque te ama, Robert, porque fuiste creado a su imagen y semejanza. Porque nunca te pidió nada a cambio, más que dos cosas: fe y convicción.

—Y se las estoy dando. Le estoy entregando todo lo que tengo, todo lo que soy.

—Y lo estás haciendo muy bien.

—¿Lo cree así, hermosa señorita celestial?

—Lo creo y lo siento aquí. —Guió una de sus grandes manos directo a su corazón—. Debo tenerlo, ¿sabes?, eso que ustedes llaman corazón, porque late increíblemente.

Price sonrió como si se le fuera la vida en ello, porque no había que ser muy inteligente para darse cuenta que ella, con tan solo pronunciar ese enunciado, le estaba confiando que su corazón latía por él. Por lo tanto, después que casi se le reventara con la emoción que lo invadía, se abalanzó contra su boca para apoderarse de ella y comenzar a besarla como si fuera lo único que deseara hacer. Con sus manos la aferró contra él, devorando cada pedazo, cada rincón, dándole a entender que la necesitaba, que la deseaba profundamente, y que estaba cometiendo el más estúpido de los errores al propasarse de esa manera con quien ni siquiera sabía nada con respecto al amor.

Después de un intenso y acalorado instante se separó algo agitado, en realidad, jadeante, pero percibiendo cómo la mirada de Amara se cernía en la suya, contemplándolo embelesada, mientras saboreaba con su lengua los besos regados que le había dejado sobre sus enrojecidos e hinchados labios.

—¿Esto es el amor? —Preguntó en el acto, desarmándolo en su totalidad. ¿Y Rob? Como un perfecto idiota asintió mecánicamente, dejando que su boca se curvara hacia arriba en una agraciada sonrisa de satisfacción.

—Sí, esto es el amor. —Acarició la suavidad de su espalda por encima de la blusa que llevaba puesta, lenta y delicadamente, como si quisiera aprenderse de memoria cada curva, cada lugar de su cuerpo que deseaba recorrer de principio a fin.

—¿Y se siente así? —Volvió a inquirir la joven, pero ahora perdida en la inmensidad de sus ojos azules.

—¿Puedo saber qué es lo que siente, señorita celestial? —Fue la improvisada interrogante que le formuló.

Amara abrió la boca para decir algo que no sabía cómo explicar. Luego, la cerró y frunció el ceño graciosamente, todo a vista y paciencia de Robert, que analizaba cada uno de sus movimientos con cautela.

—¿Qué ocurre?

Pero ella no respondía.

—¿Amara? ¿Qué tienes?

Y ahora, negó un par de veces, con sus manos ya posicionadas en cada una de sus extremidades, advirtiendo cómo su pecho se oprimía. Price, en tanto, comenzó a impacientarse, solo quería que emitiera algún sonido o palabra que le hiciera comprender que todo estaba bien.

—¡Ey! ¡Mírame! —Pidió una vez más, tomando su rostro con sus manos—. Por favor... ¿Hice algo, o tal vez...?

—No —balbuceó, interrumpiéndolo, clavando otra vez sus ojos en los suyos—. No hiciste nada que no sintieras, ¿verdad?

—Claro que no, pero tú... me estás asustando.

—No temas y sigue confiando —respondió, alzando con temor una de sus manos, hasta alojarla en el contorno de una de sus mejillas.

—Seguiré haciéndolo, pero contigo a mi lado.

—Conmigo o sin mí, ya regresaste a la luz.

—Tú eres mi luz —confesó Price sin tapujos—. Tú eres lo que jamás creí que volvería a encontrar, lo que deseé tanto tiempo que llegara a mi vida.

—Solo soy un intermediario, Robert, no lo olvides.

—Estás equivocada, eres mucho más que eso. Para mí eres un nuevo despertar, una ilusión que creí que se había desvanecido, junto con la muerte de mi esposa.

—Por favor...

—Todo lo que quiero eres tú, Amara, y por más que intentes hacerme cambiar de opinión, mi convencimiento sigue siendo el mismo: te quiero a ti, te quiero conmigo, y ninguna fuerza sobrenatural me hará pensar o admitir lo contrario.

De pronto, ella tembló en sus brazos y él lo notó de inmediato.

—Y sé que tú aún sin entenderlo o comprenderlo, también sientes y deseas lo mismo. Me quieres... lo sé, porque lo hiciste desde el primer instante, cuando no me dejaste caer, cuando no te rendiste, cuando me levantaste del piso para ponerme en pie, haciéndome avanzar, aunque mi cuerpo inerte me pedía a gritos que me detuviera.

—Lo hiciste por ti solo.

—Tal vez, pero... estoy convencido que también lo hice por ti, pero no lo sabía —le confió, dejándola aturrida con tamaña revelación—. Porque desde que apareciste en mi vida la volteaste, la desarmaste, rompiste cada una de mis barreras y me despojaste de mi armadura de hierro. ¿Qué no te das cuenta? Apareciste para que volviera a enamorarme, para que sintiera y palpara en carne propia cada sentimiento, cada sensación que creí muerta en mí.

Amara abrió la boca, pero la cerró en ese mismo instante.

—Te lo diré una y mil veces si es necesario, porque es lo que siento, después de tanto tiempo de vagar en la soledad, sumido en la tristeza y el abandono.

—Por favor, Robert, no —pedía ella como si fuera una súplica.

—Te quiero, y no dejaré de pronunciarlo jamás, porque nuestro amor está bendecido por Él, es sagrado.

—No para nosotros —rebatió Amara, temblando y aferrándose a su pecho—. No puedes sentir amor por algo que no existe.

—¡Pero tú existes! —Exclamó Price, reconfortándola y besándole la coronilla—. Estás aquí, conmigo, y puedo verte, tocarte, olerte, sentirte...

—Pero no soy como tú —prosiguió la joven, mientras su cabeza se separaba unos pocos centímetros de su cuerpo—, ni nunca lo seré.

—Eres como yo, sientes como yo... con eso me basta.

—No, Robert, solo soy una entidad con una misión en este mundo y tú lo sabes bien.

—Lo único que sé, es que te necesito. Te lo dije hace un instante, no hay ni habrá fuerza poderosa en el cielo o en la Tierra que me separe de ti, y suceda lo que suceda, tú estarás conmigo.

Con sus ojos absolutamente vidriosos y a punto de desbordar varias lágrimas, la joven lo contempló sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Solo dime que también sientes lo mismo que siento yo. Solo hazme saber que no te quiero en vano.

Cuando oyó que pronunciaba esa ardorosa declaración de incondicional amor, Amara no pudo más y se dejó llevar por el llanto que comenzó a invadirla, sumiéndola en el más completo y devastador sufrimiento.

—Por favor —suplicó Robert, sin dejar de admirar cómo su rostro se contraía en una mueca de dolor—. Por amor de Dios... —pidió una vez más, logrando con esa frase que ella lo fulminara con la vista.

—Yo... también te quiero.

Con la mirada cristalina y el corazón henchido de desbordante felicidad, se acercó para abrazarla y contenerla, cuando Amara continuaba sollozando entre sus brazos.

—Ruego al cielo clemencia por este amor puro que siento. Ruego a mis hermanos piedad, misericordia y consideración para esta entidad que ha roto todas las reglas —era lo único que podía expresar, casi al grado de la desesperación y el miedo—. Padre, perdóname por esto, perdóname por no ser lo que un día hiciste de mí, pero le quiero, aunque tú... —Se detuvo como por arte de magia y contuvo el llanto. Y a continuación, se separó de Robert cuando un resplandor de luz límpida se apoderaba de ella y comenzaba a rodearla por la parte superior de su cuerpo, para terminar de envolverla en su totalidad. A Price esto lo deslumbró y poco a poco el brillo resplandeciente lo empezó a dejar sin visión.

—¡Amara!

—¡Robert! —Se llamaban los dos al unísono sin entender lo que sucedía, cuando el cuerpo de ella se envolvía en un total halo de brillante y enceguecedora luz.

—¡Amara, qué ocurre!

—¡No lo sé! —Gimió la muchacha, admirándose las manos, hasta que otra poderosa voz masculina resonó con fuerza al interior de la habitación, dejándolos atónitos con lo que veían. Pero más lo hizo con ella, cuando logró balbucear el nombre de quien ahora se encontraba frente a sus ojos, contemplándola solemnemente—. ¡Gabriel!

—Miguel te reclama —inició, admirándola fijo—. El cielo requiere de tu presencia.

—¡No! ¡Olvídalo! —Gritó Price al oír a aquel desconocido—. ¡Seas quién seas, no vas a llevártela! —Le exigió duramente, llegando a su lado como el poderoso resplandor se lo permitió.

—No estás en calidad de exigirme nada, humano. La entidad fue advertida. Su prueba de fuego eras tú y ella... —se detuvo.

—¡¡Ella qué!! —Gritó Robert como un loco encolerizado—. ¡¡Respóndeme!!

—Debe marcharse —repuso Gabriel con la mirada clavada en Amara.

—¡¡No lo permitiré, aunque el cielo esté de por medio!!

—Amara infringió cada norma impuesta cuando te confesó quien era realmente. Estuvo a punto de perder sus alas al quebrantar la segunda imposición, revelándote el real motivo por el cual había sido traída a este mundo. Se le pidió que ejecutara su misión, tal y para lo que había sido concebida, y no lo hizo. Se ha vuelto peligrosa y por lo tanto debe...

—¡Gabriel! —Gritó ella, queriendo acallarlo.

—Se volvió vulnerable —concluyó el aludido, guardando el debido silencio.

Con el fulgor todavía deslumbrándola por completo, Amara se desplomó en el suelo, a vista y paciencia de Robert, que no podía creer lo que acontecía. Quiso acercarse en el mismo instante en que la vio caer, pero la maldita luz cegaba la poca visión que tenía de ella, de cada uno de sus mínimos movimientos, y por sobre todo, de sus rasgos, de los maravillosos rasgos de su rostro que deseaba volver a contemplar.

—¡No te la llevarás! ¡No pretendas alejarla de mí! No sé quién eres, pero ¡por sobre mi cadáver tendrás que apartarla de mi lado! —Pero en un rápido movimiento, Gabriel levantó una de sus manos, indicándolo, consiguiendo que Price perdiera la noción del tiempo, se debilitara y cayera al piso desmayado.

—¡Robert! —Chilló Amara, pero un ensordecedor grito que ni siquiera reconoció terminó

acallándola. Sus bellos ojos se paralizaron en la figura de un hombre de color que la levantó en andas, todo a vista y paciencia de la mirada de Gabriel, que parecía vidriosa, tal y como se encontraba la suya—. ¡Gabriel, por favor... no lo permitas! —Pronunció con muchísimo temor y sin desprender la vista del cuerpo de Robert, que yacía inerte sobre el piso—. ¡Por lo que más quieras, no lo abandones, no lo dejes sumido en su soledad! ¡Gabriel... te lo imploro! ¡Él no tiene la culpa de nada! ¡Él no tiene por qué pagar por mí! —Vociferaba entre llantos y lamentos mientras era jalada por las poderosas manos del ángel que la sostenía—. ¡Haz conmigo lo que sea tu voluntad, pero protégelo! ¡Ruego al cielo y a mi padre que no lo abandonen, ahora menos que nunca!

—Será enjuiciada y condenada—le anunció éste a Gabriel, quien sabía muy bien cuál era su destino—. Violaste el decreto más sagrado, entidad, y cometiste pecado al afirmar lo que sentías por ese humano.

—¡Y lo volvería a hacer una y mil veces! —Gritó Amara con impotencia, tratando con infinitas ansias de zafar de las poderosas manos opresoras que la aprisionaban.

—Eso se lo informarás a la Triada Superior, si no deciden condenarte primero a vagar en el infierno —le contestó fuerte y claro, logrando que ella reaccionara y se estremeciera frenéticamente, como si fuera una especie de delicado papel.

A continuación, y con la vista enjuagada en lágrimas, Amara contempló a Robert y le pidió perdón en cada pensamiento que lograba elevar hacia él, mientras las lágrimas se deslizaban por sus húmedas mejillas, cuando ya no le quedaban fuerzas para seguir luchando. Y después que Gabriel la contempló con amargura, padecimiento, pero a la vez con compasión, la joven no escuchó más que un rotundo silencio salir de su boca.

XVI



Alaric observó la belleza del imponente cielo azul que se cernía sobre su cabeza, desde uno de los jardines de la casona de las dos torres. En el más profundo silencio y concentración elevaba, una a una, fervientes plegarias que tenían directa relación con la única mujer que llenaba cada espacio vacío de su mente y de su alicaído corazón. Ni siquiera tuvo que darse por enterado, lo había sentido en el mismo instante en que Miguel la había reclamado, y ahora, sin verla, sin saber si se encontraba bien, donde fuera que la tuvieran y con la última misión encomendada antes de partir, se sentía inútil y atado de pies y manos.

De pronto, y ante la presencia de su hermano, cerró los ojos; intentó con ello bloquear cualquier atisbo de sentimiento que él pudiese advertir.

—Está todo listo. —Fue lo primero que le dijo, mientras trataba de inmiscuirse en sus pensamientos.

—Perfecto. ¿Irás por ella, Blaz? —preguntó, abriéndolos de golpe.

—Sí. Debemos ser cuidadosos y no dejar rastros de la presencia de Amara en este mundo.

—Claro..., es la última misión que nos ha encomendado la Triada antes de regresar — agregó Alaric, suspirando con imperiosa necesidad.

—¿Quién se ocupará del resto?

—Lo haré yo. Solo haz lo que tengas que hacer, necesito salir de aquí lo antes posible.

—¿Para qué? —Fue la sencilla pregunta que le formuló, aun cuando sabía la respuesta que iba a darle.

Alaric esbozó una media sonrisa, para luego clavar la oscuridad de sus ojos en la claridad de los suyos.

—¿Realmente quieres saberlo, hermano?

—Solo para estar al tanto y así actuar en el momento oportuno.

Negó con su cabeza varias veces mientras lo escuchaba y comprendía a qué se refería con ese particular enunciado que había articulado.

—Será mejor que acudamos pronto. No quiero perder más tiempo.

—Alaric...

—¡No la quiero perder! —Fue la clara y demandante respuesta que le dio, pero de una manera tan convincente, que le hizo entender que no hablaba solo por hablar.

—Que el cielo nos perdone —prosiguió Blaz después de emitir un profundo suspiro.

—Que el cielo me perdone —le corrigió su hermano automáticamente.

Ahora fue Blaz quien esbozó una sonrisa de satisfacción, como dándole a entender con ello cuán equivocado estaba.

—No es solo tu lucha, Alaric, ni jamás lo será. Somos un triunvirato, siempre lo hemos

sido, ¿o ya lo has olvidado?

—No sabes lo que dices.

—Amara, tú y yo —sostuvo, asintiendo—, por los siglos de los siglos —acotó, acercándose y colocando una de sus manos sobre uno de sus hombros—. Una vez no pude ayudarte y ahora no dejaré que ocurra de la misma manera.

—No puedes...

—Estoy en mi derecho, es mi decisión. Eres mi hermano y siempre lo serás. Elegí mis propósitos y tú eres uno de ellos. *“Tú tienes tus propios designios, al igual que yo tengo los míos. Es mi voluntad”*, fue lo que me dijiste con respecto a Amara y todavía no lo he olvidado.

Alaric no podía creer lo que su hermano pronunciaba con tanta convicción, acaso... ¿ya había decidido qué hacer con respecto a su propio destino?

Robert perdió la noción del tiempo y al despertar se encontró tirado en su cama, observando cómo los segundos y los minutos transcurrían sin que pudiese hacer nada por detenerlos. Su mente estaba en blanco, como si sus pensamientos se hubieran deshecho o esfumado, pero aun así percibía que algo había cambiado.

Se levantó como hace tiempo no lo hacía, con su cuerpo pesando toneladas, con sus piernas que se movían solo por inercia y una soledad abismante que reinaba por doquier. Cuando estuvo listo y se disponía a tomar sus cosas para salir hacia el hospital, dejó que su mirada vagara por la sala, por cada espacio vacío de ésta, por cada mueble, y en especial, por aquel ventanal, por el cual se intentaban colar los rayos del astro rey que se encontraba en lo alto.

Suspiró y volvió a hacerlo varias veces, volviendo a aguzar la vista hasta por el más recóndito sitio de su hogar, queriendo encontrar la más mínima luz que arremetiera en la nubosidad que envolvía cada uno de sus difusos recuerdos.

Movió la cabeza hacia ambos lados y pretendió volver en sí de sus atribulados pensamientos. No tener a Sofía consigo ya era un cruel castigo, con el cual tendría que convivir todos los años que le quedaran en este mundo, pero... ¿por qué le parecía que había algo peor que eso? ¿Y por qué a medida que volteaba la mirada surgía en él, de pronto, un tipo de necesidad inexplicable y todavía mayor?

Bajó los ojos hacia el piso e intentó evocar algo de lo vivido, pero por más que trató, los recuerdos de su llegada desde Haití y de su hermana Ofelia, contándole sobre su embarazo, deambulaban con insistencia, como si no hubiese nada más en qué pensar y/o recordar. Pero lo más extraño de todo y que no podía dejar de advertir, era la manera en que su pecho le dolía, como si se estuviese desgarrando por dentro. ¿Existía, acaso, un por qué?

Aferró su maletín en su mano izquierda, se dirigió hacia la puerta de entrada, la que abrió para salir de allí ante el atento y último vistazo que le otorgó la profundidad de sus ojos azules, que en ese momento brillaron con fulgor, como si se negaran a parpadear ante lo que realmente sucedía.

Esa mañana, Ofelia prefirió caminar con destino a su tienda, era un precioso día y el sol, después de tantos días un tanto grises, brillaba en todo su esplendor. Se había prometido a sí misma que las lágrimas que había derramado la noche anterior serían las últimas, así como

también, aquel encuentro con Bob. Debía sacar una lección de vida de todo lo acontecido, e iba a hacerlo, estaba convencida de ello, porque el aliciente más importante que poseía era el hermoso bebé que se desarrollaba día a día al interior de su vientre.

Sonrió y se infundió ánimos mientras que una figura masculina, que la observaba a la distancia, la detuvo. Siguió sonriendo, pero esta vez más abiertamente al notar cómo aquel hombre de ojos claros, guapo, de cabello rubio que vestía traje y una pulcra camisa blanca caminaba hacia ella, como si fuera la única persona a quien deseaba volver a ver.

Blaz se acercó sin quitarle la vista de encima. Por de pronto O, muy nerviosa, tragó saliva queriendo descifrar el misterio que se cernía en cuanto a sus apariciones y a la bendita buena fortuna que la envolvía y que una y otra vez se esmeraba por reunirlos.

—Buenos días, Ofelia.

—Buenos días también para ti, Blaz.

Se observaron hasta que él habló, rompiendo el mutismo que intentaba interponerse entre los dos.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. Después de la tormenta siempre llega la calma y en mi caso, ahora más que nunca brilla el sol. ¿Y tú?

—¿Yo?

—Sí, tú. No veo a nadie más a quien deba hacerle esta pregunta.

—Estoy... —lo meditó seriamente. La última misión que le había sido encomendada antes de ascender a los cielos poseía nombre y apellido: Ofelia Price y sus recuerdos—. Vine a... despedirme.

La cara de contrariedad y asombro de parte de la muchacha no se dejó esperar. «¿Despedirse? ¿Se marchaba? ¿Dónde y por qué?», fue lo que su mente elucubró cuando sus ojos se reflejaban en los suyos.

—¿Te vas? ¿Por qué? —Formuló en un claro susurro que él entendió a la perfección.

—Mi trabajo ha cesado en este lugar y debo volver a casa para reunirme con mi familia.

—¿Estás casado? —Insistió, sin darse cuenta que sus preguntas parecían formar parte de un interrogatorio.

—Mi padre y mis hermanos —le confió. De alguna manera, eso ni siquiera tenía relevancia, después de lo que acontecería dentro de unos minutos más.

—¿Y por qué te vas? Me refiero a que... ¿No puedes trabajar desde acá? ¿Es tan importante que te marches, Blaz?

Él asintió de forma inmediata.

—Sí. Por eso... quise verte antes de irme.

«¿Verme? ¿A mí? ¿Por qué?», pensó contrariada.

—Para desearte la mayor felicidad, junto a... —sus ojos se depositaron en su vientre plano —, tu familia —prosiguió, reteniendo cada uno de los pensamientos que vagaban por su mente.

Ofelia tembló sin saber el por qué.

—Pues... muchas gracias por tus buenos deseos. No será lo mismo mi vida sin verte aparecer por ahí.

Aquel tan honesto comentario consiguió hacerlo sonreír; además de la belleza que denotaba su rostro, sus ojos parecían estar hinchados, por lo tanto, sin obviar aquel detalle que no pasó desapercibido para él, preguntó:

—¿Estuviste llorando?

Lo negó rotundamente. Mezclar a Bob en la charla y recordar el motivo que la había

llevado a hacerlo ya no tenía razón de ser, porque lo había sacado de su vida, o al menos, eso anhelaba conseguir.

—Para empezar desde cero hay que desprenderse de lo que más nos duele.

—¿Y eso significa que estuviste llorando, Ofelia?

—Eso significa que hay que dejar todo atrás y dar vuelta la página para comenzar a escribir una nueva historia —le explicó, pero esta vez sin mirarlo a los ojos.

—Lo lamento.

—También yo. Había comenzado a tomarte aprecio, junto a tus sorpresivas apariciones. Si hasta me lo pregunté más que un par de veces: ¿él será real?

«*A partir de este momento ya no lo seré*», le respondió, pero con el pensamiento.

—Solo quiero que seas feliz junto a quienes más amas —en un movimiento suave y delicado que la sorprendió, terminó tomando una de sus manos entre las suyas. O al contacto tembló, como si la hubiera invadido una corriente eléctrica que corría gradualmente por toda su piel. ¿Qué hacía o qué pretendía con ello?

—¿Por qué haces esto, Blaz?

—Porque te lo mereces.

—No me conoces.

—No hace falta conocer a una persona toda la vida para desearle lo mejor y eso me sucedió contigo.

Ofelia tragó saliva, bastante abrumada con cada cosa que él decía. Quizás, sí sentía algo por ella y hacía todo esto para que se diera cuenta y...

—Mis bendiciones, ahora y siempre, bella Ofelia. Que Dios te proteja a ti y a los tuyos.

—Espera un segundo, yo... —quiso detenerlo, cuando él, con la mano que sostenía entre las suyas, comenzó a llevar a cabo un leve movimiento para, finalmente, llevársela hacia los labios y besarla.

La muchacha se paralizó ante tamaña muestra de afecto y lo único que pudo preguntar, mientras no dejaba de contemplarlo fue:

—¿Regresarás? ¿Algún día?

Aquellas dos interrogantes le otorgaron el puntapié inicial para que Blaz concluyera con su misión. Consiguientemente, y sin más preámbulos, una de sus manos se dejó caer lentamente sobre una de sus mejillas.

—Estaré aquí... siempre.

—¿Lo prometes?

Asintió sin nada más que agregar, cuando ambas miradas se confundían en una sola. Ofelia se perdió en el reflejo abismante de sus ojos, sin darse cuenta como él intercedía en cada uno de sus recuerdos, en los que Amara y él se habían hecho presentes.

—Sí, lo prometo —fue lo que manifestó en un claro murmullo, cuando sus labios se dejaron caer sobre su frente en un tierno beso que hizo que O terminara cerrando los ojos ante tal muestra desinteresada de afecto. Y así, tras una última mirada y una última caricia de su parte sobre su níveo semblante, ya todo estaba hecho. Su misión, finalmente, había concluido.

Una ventisca sacudió su cabello en el mismo instante en que Ofelia Price abrió sus ojos, sin comprender por qué se había detenido en ese preciso lugar. Observó hacia todos lados como buscando algo, o más bien a alguien que, precisamente, ya no estaba allí.

Suspiró, ambicionando hurgar al interior de su mente, buscando algún motivo que le hiciera comprender qué rayos ocurría, pero por más que lo intentó, no lo halló. Moviéndola la cabeza hacia ambos lados tras situar una de sus manos en su frente, porque inevitablemente sentía como si algo

no estuviera del todo bien, como si su mente, de pronto, se hubiera nublado y sus recuerdos... se hubieran extinguido en tan solo un segundo.

Caminó avenida abajo, buscó su teléfono al interior de su bolso; debía hacer una llamada.

Alaric, entretanto, hizo su respectivo trabajo. Ya no quedaba más que la pequeña Alma, e iba directamente por ella hacia el área de pediatría. A cada paso que daba, la incertidumbre crecía en su interior, porque cada segundo y minuto que transcurría era de vital importancia para Amara.

Caminó a paso firme y decidido, buscando a la pequeña, hasta que la encontró sola al interior de su habitación. Se detuvo cuando depositó la oscuridad de sus ojos sobre la fragilidad de su cuerpecito, tragó saliva nerviosamente, inspiró un par de veces, y cuando se aprestaba a acercarse a quien yacía de rodillas junto a su cama con los ojos cerrados, como si estuviera orando con mucho fervor, ésta dejó de hacerlo para abrirlos y posicionarlos en los suyos.

—¿Viniste por mí? —preguntó, cuando por sus mejillas rodaban varias lágrimas.

Por más que así lo quiso, Alaric no pudo responder.

—Viniste por mí por lo que le sucedió a Amara, ¿verdad? —Insistió la pequeña entre sollozos.

El ángel asintió al advertir como el llanto de Alma se acrecentaba, por ende, se acercó hasta llegar a su lado para arrodillarse y estar a su altura.

—No quiero olvidarla, no quiero... —le exigió la niña, clavándole la mirada en sus ojos negros—. ¿Por qué Dios se la llevó? ¿Por qué?

Su temblorosa mano se alojó sobre la cabellera de Alma. Tenía que hacerlo, tenía que terminar lo que ya había comenzado con todos aquellos seres que sabían de la existencia de la entidad, pero con ella todo parecía ser mucho más difícil.

—Tranquila —le pidió, cuando su voz pronunció esa única palabra en un suave murmullo.

—¡No quiero que se marche!! —Volvió a expresar la pequeña sumida en la tristeza y la aflicción, dejándose caer en los brazos del ángel que se encontraba a su lado—. ¿Por qué? ¿Por qué debe irse y dejarnos, cuando no ha hecho nada malo? ¿Qué Dios no la ama? ¿Qué Dios no sabe perdonar?

—Él ama a todos sus hijos por igual.

—¿Así como te amó a ti cuando te concedió una segunda oportunidad?

Alaric se quedó de una pieza mientras la contemplaba. Se suponía que ella era una humana más, pero... ¿Cómo sabía acerca de su historia?

—¡No la apartes de nosotros! ¡No dejes que se la lleven de nuestro lado! —Rogaba, cuando sus pequeñas extremidades se aferraban a las suyas—. El amor es puro, el amor no debe ser castigado. Amara fue creada a su imagen y semejanza —declaró Alma con total seguridad en cada una de sus palabras—. ¡Lo negaste! ¡Blasfemaste contra tu propio Padre cuando te la arrebataron, sin siquiera estar seguro de quién había sido el real causante de tu sufrimiento y agonía, el que has llevado a costas por tantos y tantos siglos! Y ahora, ¿dejarás que ella lo padezca también? ¿Por qué Dios le envió un ángel para luego arrebatárselo? ¿Por qué tiene que castigarla, cuando lo único que hizo fue amarla, como su Padre nos ama a cada uno de nosotros? ¡Dime, explícame! ¿Por qué!

Entonces, y tras aquellas palabras Alaric lo comprendió todo; aunque su decisión había sido tomada con anterioridad, los enunciados de aquella niña, que lejos se asemejaba a lo que era un humano, engrandeció su valentía, con la cual lucharía por Amara, aunque tuviera que rebelarse frente a sus propios hermanos una vez más y para siempre.

Le acarició el cabello y en el acto ella terminó alzando la vista para observarlo por última

vez, con sus ojitos bañados en lágrimas.

—Que Dios se apiade de su alma.

—Cierra tus ojos, pequeña.

Y ella así lo hizo, preparándose para lo que ya era inminente. Y después de una suave caricia que le otorgó en su mejilla, Alma se dejó llevar por lo que él comenzó a expresar, como si fuera una verdadera plegaria:

—¿Crees en los ángeles?

—Sí, creo.

—Entonces, confía y reza conmigo, por favor. *“Ángel de mi guarda, dulce compañía, no me desampares de noche ni de día, ni en la hora de mi muerte. Amén”*.

La voz de ambos se confundió en una sola, siendo esa oración pronunciada con profunda devoción por aquellos seres que parecían brillar cada uno con luz propia, hasta que él desapareció de su lado, llevando a cabo lo que había decidido en ese preciso instante realizar.

—A ti me encomiendo, Padre, a ti elevo cada uno de mis propósitos, porque suceda lo que suceda conmigo, soy y seguiré siendo un instrumento de tu paz.

Antes de regresar a casa, Robert deambuló por el parque que se encontraba cerca de su edificio. No había sido un buen día y más, cuando su mente había estado en otro lugar, menos en donde tenía que estar, al interior de su cabeza. La llamada que su hermana le había hecho a media mañana lo tranquilizó un poco, pero no acabó con aquella imperiosa necesidad y desazón que se agolpaba en su pecho y que parecía oprimir su corazón. De pronto, el incesante sonido del tañer de unas campanas consiguió que alzara su mirada hacia el cielo, como si en él estuvieran las respuestas que tanto necesitaba escuchar, hasta que una figura masculina, junto a una voz que no reconoció del todo lo sacó abruptamente de sus pensamientos.

—Dice la creencia que cuando las campanas de una iglesia tañen, es porque un ángel recibe sus alas.

Price lo observó sin comprender a qué se refería, pero percibiendo que aquella frase se la había proferido alguien más en algún instante de su vida.

—¿Crees en ellos? —Prosiguió Alaric, fulminándolo con la vista.

No supo que responderle, aun cuando su subconsciente ya sabía la respuesta que debía darle.

—Los hay. Una vez conocí a uno de ellos. Podía llenar de estrellas una oscura noche con su sola mirada, con esa manera tan ingenua que tenía de acercarse. Y qué decir de su voz... con su suave sonido lograba que el cielo estuviera a mi alcance.

Robert oyó sus enunciados y aquello le pareció familiar. En realidad, demasiado familiar.

—Son seres de luz que fueron creados para enmendar el camino del hombre con la pureza de su amor único e incondicional.

—Alguien así... ¿puede existir? —Se atrevió a preguntarle al desconocido. Y al oírlo, el aludido sonrió y alzó sus ojos hacia el cielo.

—Existe y existirá en la medida que no la olvides.

—¿Olvidarla? ¿A quién? —Inquirió Price con efusivas ansias que brotaron de él, sin que supiera el por qué, al mismo tiempo que el tañer de las campanas de la Catedral de Asís comenzaban a devolverle vagos recuerdos, como una mirada de una mujer que no era precisamente su esposa, quien se colaba entre sus pensamientos para quedarse alojada en ellos.

—Recuerda —insistió una vez más Alaric, alejándose sin que él lo notara, no sin antes volver a pronunciar—: “*Dame tu mano, camina conmigo, cree en mí, así como yo creo en ti*”.

Al escucharlo, Robert cerró los ojos bastante contrariado por las fugaces y difusas evocaciones que venían a su mente, hasta que los abrió, esperando encontrar la figura de aquel hombre enfrente, pero no corrió con tanta suerte. Por más que lo buscó, se dio cuenta que aquel extraño se había marchado o quizás, desvanecido, pero no así las últimas palabras que le había proferido, las que se atrevió a repetir como si estuviera, más bien, pronunciándolas con su alma.

—Dame tu mano, camina conmigo, cree en mí, así como yo creo en ti...

XVII



Un par de cafés humeantes, junto a una vaga mirada, era todo lo que Ofelia contemplaba mientras suspiraba. Su hermano se encontraba frente a ella, pero a la vez le parecía como si no estuviera ahí. De alguna forma lo entendía, ya que se sentía de la misma manera.

—¿Qué tienes? —Formuló después de un extenso lapso de mutismo.

—Nada, solo estoy algo cansado.

—Entonces, ¿a quién buscas tan insistentemente? —Con aquella interrogante logró que su vista volviera a posicionarse en la suya.

—No lo sé. Es extraño, O, pero siento como si algo me faltara.

—Es el recuerdo de Sofía que no te deja avanzar.

Price negó con su cabeza, como si estuviera muy seguro que existía algo más fuerte que eso.

—¿Me creerías un completo demente si te digo que no tiene nada que ver con ella?

Ofelia enarcó una ceja y ansió comprenderlo.

—¿Hay algo más que te preocupa?

—Sí —suspiró—. Definitivamente, hay algo más —mencionó un tanto entristecido, posicionando una de sus manos sobre su corazón.

—¿Qué ocurre, Price? ¿Qué sientes? —Insistió su hermana al notar cómo su mirada se tornaba un tanto vidriosa. Y sin dejar que transcurriera más tiempo, terminó tomándole la mano libre que entrelazó cariñosamente con una de las suyas.

—Eso es lo que me gustaría saber. Siento que... perdí o abandoné algo que ansío recuperar, ¡pero no sé qué diablos es! Cada vez que cierro los ojos... —Se detuvo, realmente contrariado por las extrañas sensaciones, en las que había estado sumido hace algo más que un par de días.

—¿Qué, Robert? Explícamelo.

Lo pensó bien antes de hablar, porque comenzaba a creer que las alucinaciones junto al dolor de su alicaído corazón, tenían directa relación con la hermosa mujer que inundaba cada uno de sus pensamientos y que no era, justamente, el recuerdo de su esposa fallecida.

—Puedo... verla —manifestó al fin ante el evidente asombro de su hermana.

—¿A quién ves? ¿A Sofía?

Lo negó como si estuviera seguro de que conocía el nombre de la desconocida de tan hermosa mirada celeste que le sonreía.

—No, no es Sofía...

—Entonces, ¿a quién ves, Price?

—Si lo supiera, no estaría aquí devanándome los sesos con tal de obtener una respuesta, ¿no crees? —Con un indiscutible dejo de molestia apartó la mano que lo mantenía unido a la de su hermana—. La veo, la siento, la anhelo, pero no sé quién es. ¡No la recuerdo!

—¡Robert, por favor, cálmate!

—¿Cómo quieres que me calme cuando percibo dentro de mí que ella es real, a pesar de que solo puedo verla y sentirla en mis pensamientos? ¿Cómo quieres que me calme cuando debí y juré amar a Sofia, y...? —Se detuvo gracias a un leve estremecimiento que invadió su cuerpo en cosa de segundos.

—¿Cuándo debiste amar a Sofia y...?

Enseguida, clavó su mirada en los ojos de Ofelia.

—Repíteme muy lentamente lo que acabas de decir.

—Robert, ¿te diste con algo en la cabeza? Me estás preocupando...

—Por favor, por lo que más quieras, solo repíteme lo que acabas de expresar.

—¿Cuándo debiste amar a Sofia...? —Ofelia ni siquiera pudo concluir ese enunciado, ya que su poderosa voz terminó por acallarla.

—Amar a... Amar a... —repetía lentamente y muy concentrado en esas mínimas palabras.

—¿Amar a qué o a quién, por Dios? —Preguntó Ofelia ya demasiado nerviosa frente a lo que replicaba como enfermo de la cabeza.

Mientras tanto, Robert se detuvo y dejó que sus ojos azules vagaran otra vez hacia el enorme verdor de los hermosos jardines que rodeaban el hospital, y sonrió, o al menos, eso trató de hacer, apreciando como su corazón latía más presuroso que antes, como su cuerpo le hormigueaba y su estómago daba un vuelco frente a lo que elucubraba su cabeza.

—Habla, o juro que te daré una bofetada que te haga volver en sí.

Pero él no contestó, prefirió disfrutar de las continuas sensaciones tan nítidas que envolvían su cuerpo de pies a cabeza.

—¡Me estás asustando! —Insistió su hermana por tercera vez, un tanto angustiada.

—Amara —pronunció sin dudarle, mientras que en su semblante se dibujaba la más hermosa y radiante de sus sonrisas.

—¿Amara?

—Sí, Ofelia, Amara.

Se observaron el uno al otro sin nada que decir, sumergidos ambos en una difusa contrariedad de la cual ninguno deseaba escapar, como si aquel nombre, con el solo hecho de haber sido pronunciado, encerrara muchas interrogantes que anhelaban ser respondidas con prontitud.

—¡Adoro el té de canela! —Manifestó de pronto una mujer que casualmente pasaba por ahí, logrando con ello que Robert volviera a replicar, pero con más ansias, el nombre que incansablemente se asentaba con fuerza en cada una de sus evocaciones.

—Amara...

—Creo que lo tuyo es viral, porque siento que conozco ese nombre. No sé dónde lo he oído antes, pero...

—Presientes que no estoy volviéndome un desquiciado, ¿verdad?

—No, Price, no lo estás. Pero lo que no comprendo y no deja de sorprenderme e inquietarme es ¿de dónde salió o cómo lo conocemos?

—¡Y por qué está metido al interior de mi mente y en mi corazón! —Agregó Robert, desarmándola con su inusitado comentario.

—¿Cómo que en tu corazón?

—Así como lo oyes. No sé qué ocurre conmigo, no comprendo la necesidad que siento de cerrar los ojos para volver a verla y percibir la suavidad de su piel junto a la mía, como si yo... la hubiese tocado.

—Cascarrabias, creo que necesitas descansar y hablo en serio. Todo esto me está espantando y verte convertido en un deplorable maniático psicótico es lo último que quiero.

Robert suspiró profundamente, luego de llevarse ambas manos al rostro para ocultar todo lo que lo aquejaba, al mismo tiempo que la figura de Adam se hacía presente.

—¡Ofelia! ¡Qué gusto me da tenerte aquí! ¿Cómo va ese bebé?

—¡Qué tal, Adam! Estoy bien, muchas gracias, pero no puedo decir lo mismo de mi hermano. ¿Será que puedes convencerlo para que se tome un par de días fuera del hospital?

Adam posicionó su vista sobre el semblante despejado de Price, que ahora perdía la mirada en su taza de café.

—Claro que puedo. De hecho, considero que será lo mejor para ti. Se te nota cansado.

—No tengo nada —contestó Robert con mal humor—. He estado en peores condiciones como para irme a descansar, como me lo están sugiriendo.

—No te lo estamos sugiriendo —determinó su amigo, sentándose junto a Ofelia—, lo necesitas. Solo un fin de semana lejos de todo este caos y te sentirás mejor.

—¡Al diablo con eso!

—¡Al diablo con nada, Price! —Exclamó su hermana bastante alterada—. ¡Te tomas esos malditos días o yo misma me encargaré de abofetearte hasta que reacciones! No me gusta lo que ocurre contigo y con lo demás, ¿me oyes? —Le advirtió, fulminándolo con sus ojos—. Vete a la casa de la playa y sal de mi vista, o terminarás volviéndome una paranoica a mí también.

—Sabes que no puedo hacerlo...

—Sí puedes, Robert. Me ocuparé de todo —intervino su colega y amigo, interrumpiéndolo.

—Adam, por favor, bastante tengo lidiando con Ofelia. Yo sé que tú...

—Tú no sabes nada. ¡Mírate! ¡Parece como si tu cuerpo te estuviera pidiendo a gritos un poco de humanidad!

Price cerró los ojos, hastiado de las dos personas que tenía enfrente, porque comenzar a discutir con ellos era lo último que deseaba hacer y más, cuando ninguno de los dos quería dar su brazo a torcer.

—No se trata de que me largue y ya —prosiguió, meditándolo.

—Deja que me ocupe de todo —le devolvió Adam con una maliciosa sonrisa—. Con tal que mejores ese rostro que tienes, haría hasta lo imposible por ti.

Al oírlo, Robert refunfuñó, pero también por la risita nerviosa que provenía de los labios de su hermana.

—Perfecto. ¿Algo más que deba agregar a la lista?

Adam y Ofelia se miraron, curiosos.

—No, nada por mi parte. ¿Tú, Adam?

—No mi querida, O; con tal de sacarlo de aquí, me doy por pagado. Pero claro, algo que no debes olvidar, amigo mío.

—¿Qué quieres ahora?

—No dejes de llevar protector solar —concluyó, otorgándole un guiño travieso, que a Robert lo enfureció todavía más de lo que ya lo estaba.

Antes de abandonar el hospital y cargando en sus manos el debido permiso para ausentarse por los tres días que restaban, caminó en dirección a las habitaciones del área de pediatría. Era algo tarde y no sabía si encontraría a Alma despierta para despedirse de ella. Quizás, no había sido tan mala idea hacerle caso a ese par de locos que deseaban lo mejor para él y tal vez, estar un tanto alejado de su plaza de trabajo haría que su confundida mente volviera a la realidad, para comprender que aquella mujer que lograba ver en sus sueños solo era el producto resultante de su

propia imaginación que hacía de las suyas frente a la inacabable frustración que llevaba a cuestas. Sí, eso era mucho más sensato que seguir pensando en ella o en las continuas remembranzas que comenzaban a preocuparle más de la cuenta.

Cuando llegó al cuarto de Alma y la contempló despierta a través del cristal de su ventana, sonrió, pero no pudo dejar pasar una inevitable preocupación que lo invadió al notar cómo ella todavía no lograba conciliar el sueño. Robert se acercó en silencio, besó su frente, como lo hacía siempre, y luego sostuvo la mirada en los preciosos ojos de la niña que tanto quería.

—¿Te sientes bien? Deberías estar dormida.

—Sabía que vendrías. Algo me decía que esta noche no te podrías ir de aquí sin despedirte de mí.

A veces, sus enunciados lo inquietaban a tal manera, que no llegaba a comprender lo que verdaderamente deseaba decirle con aquellas entrelíneas.

—Claro que no podía irme sin ver a mi paciente favorita.

La niña sonrió al instante, le encantaba cuando él la llamaba de esa forma.

—¿Cómo te sientes, pequeña?

—Estoy bien. No podía dormir, porque necesitaba pensar.

—¿Necesitabas pensar?

—Sí, no solo los adultos lo hacen. Obviamente, ustedes se ahogan en un vaso de agua, pero los niños como yo no lo hacemos de la misma forma.

Definitivamente, tenía muchísima razón.

—Estarás bien vayas donde vayas, lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Adam estuvo aquí? ¿Te dijo algo?

La niña volvió a esbozar una hermosa sonrisa en su pálido semblante.

—Solo lo sé, y no me preguntes el por qué.

—De acuerdo, pero no me iré de aquí sin la convicción de que tú también lo estarás. ¿Me prometes que te cuidarás todo el tiempo que sea necesario?

Asintió mientras su bella mirada se iluminaba por completo.

—Pero antes, Robert, quiero darte esto. —Con una de sus manos sacó algo que se encontraba debajo de su almohada y ese algo era nada menos que la cadenita que él le había regalado—. Llévala contigo, por favor.

—No, Alma. Es tuya.

—Y también tuya. Te ayudará, al igual que lo hizo conmigo aquella vez, solo si aún crees en ellos. Porque no has perdido tu fe, ¿verdad?

Price tragó saliva y la contempló, pero fijó todavía más la mirada en el ángel de la joya que parecía querer volar con sus alas completamente desplegadas.

—No puedo aceptarla.

—Sí puedes, ya lo hiciste una vez. Busca en el interior de tu corazón todas las respuestas y haz real lo que crees que ahora no lo es. Ella está ahí, aun cuando no la tengas cerca. Confía, no te ha abandonado.

Se estremeció al oírla y sin pensarlo, terminó sosteniendo entre sus manos la cadenita que la niña le entregaba.

—Eres el único que puede ayudarla a regresar, en la medida que no la olvides. —Cerró su palma con la medalla dentro—. Hazlo, Robert, recuerda que un día fuiste feliz.

Sus pequeños y brillantes ojitos se quedaron quietos en la figura masculina de un ser alado que los admiraba desde su lugar, mientras asentía y les sonreía maravillosamente.

—Gracias —esbozó Alma en completo silencio, sin apartar la vista de él.

—Gracias a ti —moduló Alaric, con la ferviente convicción de que el recuerdo de Amara yacía no solo en él, sino también en el joven médico y en su pequeña aliada, a la que le había dejado intactas cada una de sus memorias.

Suspiró y la admiró por última vez antes que un poderoso resplandor de luz azul emanara de él, y sus alas se desplegaran en gran medida, fuertes, poderosas, imbatibles. Porque estaba listo y dispuesto para lo que acontecería. Porque simplemente, para él ya no había vuelta atrás.

«*Que el cielo te acompañe y te bendiga, mi querido Alaric*», expresó Alma en silencio, cerrando los ojos y aferrándose con más fuerza a los brazos de Robert, quien sin evitarlo, terminó acunándola en los suyos.

Ambos caminaban a paso firme frente la atenta vista de quienes los observaban expectantes, manteniendo, ante todo, un perfecto rictus en su semblante. Ambos decididos, avanzaban muy seguros de sí mismos ante la innumerable cantidad de seres alados que pronunciaban sus nombres en un claro murmullo, hasta que una figura imponente, soberbia y majestuosa los hizo detener con una de sus más frías miradas. Alaric se contuvo sin dejarse amedrentar por quien conocía a la perfección, después de todo, aquel ser de luz era su hermano, su guía, su compañero de tantas luchas, y quien, hace muchos siglos atrás lo había desterrado a las tinieblas, aplicándole todo el rigor de su justicia divina cuando su corazón se ensombreció. Sí, lo recordaba, al igual que si lo estuviese reviviendo todo de la misma manera.

Inhaló aire, sin apartar la oscuridad de sus ojos de aquel rostro endurecido, de aquel ser divino que apretaba sus labios uno contra otro, queriendo dar comienzo al momento crucial al que habían sido convocados, hasta que la mano de Blaz, posicionada en su hombro derecho, le dio a entender que frente a él ya no estaba solo y que ante cualquier adversidad aún seguían siendo un triunvirato.

Alaric sonrió, alzó su rostro y tomó aliento, mientras que los otros dos integrantes de la Triada Superior se posicionaban a cada lado del ser de aspecto maravilloso y perfecto que todavía perpetuaba sus profundos ojos sobre las figuras que tenía enfrente, dispuesto a comenzar con el decisivo momento que ya no podía dilatarse más. Y cuando la Triada estuvo conformada por aquellas tres divinidades tan parecidas, pero a la vez tan diferentes, sin perder más el tiempo, uno de ellos pronunció con su avasalladora y predominante voz:

—¡Tráiganla ante nosotros!

—¡No antes que podamos verla, Miguel! —Vociferó Alaric de la misma manera, dando un paso hacia él, dispuesto a todo.

—¿Qué has dicho? ¿Osas presentarte ante nosotros y detener cada una de mis órdenes?

—Estoy en mi derecho. Ella pertenece a nuestro triunvirato.

—La entidad no les pertenece. Será juzgada y condenada por cada acto cometido —sentenció con una seguridad abismante que resonó en todo el lugar.

—Entonces, mi querido hermano, me temo que tendrás que castigarme a mí también —fue la clara respuesta que Alaric le dio, cuando apartaba su vista de la suya, y en un acto reflejo, soberbio, comenzaba a arrodillarse ante su presencia.

—¿Qué crees que estás haciendo, ángel?

—Evidentemente, no estoy rogando clemencia —enfaticó, siguiéndole el juego, y con una pequeña sonrisa ya plasmada en los labios.

Enfurecido por su atrevimiento, Miguel quiso dar un par de pasos hacia él, pero la mano de

uno de sus hermanos lo detuvo, sujetándolo por una de sus extremidades.

—No, Miguel —exclamó Gabriel con determinación—. No hagas algo de lo que puedas arrepentirte después.

—¡Jamás me he arrepentido de juzgar a quienes se lo merecen!

—¿Y Alaric lo merece? —Lo increpó duramente.

—Cualquiera que ose desobedecer las leyes que nos rigen debe ser juzgado y condenado, ¿o qué? ¿Estás debilitándote tú también?

—Prudencia, hermano. Gabriel tan solo te pide prudencia —manifestó Rafael, comenzando a caminar hacia el ángel que continuaba arrodillado frente a ellos.

Miguel lo contempló un tanto irascible por cómo empezaban a darse las cosas, y más lo hizo, cuando su hermano colocó una de sus manos sobre la cabeza de Alaric, incitándolo con ello a ponerse de pie.

—No necesitas clemencia, porque ya te fue concedida por nuestro Padre, la que te hace merecedor del divino perdón. Levántate, por favor, y dinos a qué has venido.

Alaric así lo hizo, dejando que sus ojos deambularan por cada recóndito sitio de aquel iluminado salón.

—Por nuestra hermana —pronunció sin dudar—. Y no me iré de aquí sin ella.

—No nos iremos de aquí sin ella —corrigió Blaz, interponiéndose entre ambos.

Rafael asintió mientras Miguel se zafaba del agarre de Gabriel.

—¡Ilusos! —Les dijo a ambos y ya fuera de sus cabales—. ¡La entidad será juzgada y condenada por sus actos impuros y nada podrán hacer frente a ello! ¡Rompió cada uno los mandatos que nos rigen, sin considerar para lo que fue concebida en un primer momento!

—Pero llevó a cabo su misión. ¿Eso no sirve de nada? —Prosiguió Alaric, desafiante.

Las miradas de Gabriel y Rafael se dejaron caer en el atribulado rostro de Miguel, quien presa de su irascible rabia e inconformidad, no se convencía de lo que ante sus ojos ocurría.

—Quebrantó cada norma instaurada por nuestro Padre y se le aplicará el castigo y la condena que merece, digan lo que digan.

—¡Miguel! —Exclamó Gabriel, intentando expresar algo más, pero la mano alzada y firme de su hermano terminó por acallararlo.

—Ha sido y será de la misma manera, por los siglos de los siglos.

—¡¡No dejaré que lo hagas!! —Gritó Alaric enloquecido con su respuesta—. ¡¡No lo merece!!

—Está dicho. La entidad será condenada por su agravio y no habrá misericordia que la salve del destierro. ¡¡Tráiganla ante mí!! —Vociferó, haciendo temblar a los presentes.

—No, aún no está todo dicho —intervino Alaric, posicionando su semblante en la acuciosa mirada de Blaz, quien asintió al comprender cada pensamiento que su hermano le transmitía—. Siempre he luchado por lo que he creído justo y ahora lo haré con aún más fervor.

Miguel entrecerró sus ojos al no comprender lo que oía. Y comenzó a caminar con desdén hacia donde el ángel se situaba, pretendiendo amedrentarlo para que terminara desistiendo de lo que procuraba hacer o llevar a cabo.

—¿Qué quieres conseguir? —Lo atacó ásperamente.

—Justicia —le respondió Alaric de la misma manera, sin bajar la cabeza ni un solo segundo, enfrentándolo a él, retándolo con la mirada, porque no se dejaría llevar por el poderío de su persona; no otra vez.

—¿Osarías desafiarme?

—Una vez estuve dispuesto a todo. ¿Por qué ahora tendría que ser la excepción?

—Tienes mucho que perder y lo sabes. —Miguel lo fulminó con la vista, dedicándole una sombría sonrisa de satisfacción.

—Jamás perderé; no cuando se lucha con convicción por lo que se ama.

—¿Qué dices?

—Me condenaste por amor, Miguel, pero mi Padre me devolvió a la luz y me otorgó el perdón también por amor. Por lo tanto, no existe fuerza entre el cielo y la tierra que me haga afirmar lo contrario: Dios es amor.

Ante ello, el aludido se detuvo, cuando ambos se penetraban con sus gélidas miradas, como el mismísimo hielo.

—¿Estás dejándolo todo por ella? —Fue lo último que le preguntó antes de desplegar sus inmensas alas, vigorosas y magníficas, frente a las atentas miradas de quienes murmuraron fuertemente inquietos a su alrededor.

Alaric suspiró, cerró los ojos y oró en silencio.

—A ti me encomiendo, Padre, a ti sirvo y a ti serviré siempre y por siempre. —Cuando los abrió y notó cómo Miguel se aferraba a su oscura mirada, lo comprendió todo; él tenía extendidas sus alas y su fornido cuerpo se mantenía en posición de ataque—. Solo mi Padre sabe por qué lo hago —afirmó, arrodillándose una vez más, y cuando su articulación izquierda tocó finalmente el piso, sus alas se ampliaron, mostrándose en todo su esplendor, airoosas, imponentes, provocadoras, mientras Blaz replicaba el movimiento de la misma forma, arrodillándose primeramente, para luego ensanchar todo el poderío y despliegue de las suyas.

—Como uno solo —manifestó muy seguro de lo que aseveraba, uniéndose a su hermano.

Alaric asintió, repitiendo la misma frase.

—Como uno solo, hermano, y hasta el final.

Miguel rio frente a los presentes, justo cuando Rafael se perdía entre la multitud, movido únicamente por los pensamientos de Gabriel.

—¡Sin clemencia no hay perdón!! —Gritó Miguel envalentonado, sacando desde su cinto la poderosa espada que llevaba consigo. Luego, los observó de pies a cabeza mientras deambulaba a sus alrededores, seguro de una sola cosa, que en la contienda que se suscitaba a continuación solo habría un vencedor.

—Jamás necesité una espada, Miguel, porque jamás mataré a uno de los míos.

—¡Tú ya no eres uno de los nuestros, Alaric! —La lanzó al piso con fuerza, arremetiendo contra él en un rápido y furioso movimiento que los dejó a todos boquiabiertos. Miguel se abalanzó contra su ahora enemigo con una fuerza brutal y despiadada, pero cuando caía sobre él, éste consiguió repeler el ataque, propinándole un fuerte golpe en el pecho que lo lanzó varios metros por el aire. Con la respiración entrecortada, Alaric analizó cada uno de los movimientos de su oponente, pero Miguel, en menos de lo que dura un fugaz parpadeo, ya estaba de nuevo frente a él, evitando sus golpes. En segundos se elevó por los aires, descargándole una fuerte patada en su pecho, logrando arrastrarlo y estamparlo contra uno de los gruesos muros de aquel salón. Tambaleándose, Alaric intentó volver en sí rápidamente, cuando Miguel ya se encontraba frente a él empuñando la afilada espada. Y nuevamente se oyeron fuertes murmullos y susurros de asombro frente a lo que acontecía.

—¡Lucha, ángel! —Le exigió ásperamente—. ¡Demuéstrame de lo que estás hecho, o si prefieres, clama por tu vida!

—¡Nunca pediré clemencia ante lo que no es justo a los ojos de Dios! —Alaric se encogió, planeando su siguiente movimiento, el que consistió en saltar sobre él inesperadamente, para alzarlo en el aire y así aterrizar en un poderoso estruendo, cayendo ambos frenéticamente sobre el

piso. Pero con lo que no contaba Alaric, era que Miguel en ningún momento soltó la espada y entre forcejeo y forcejeo terminó brindándole una poderosa estocada en su costado izquierdo, cuando la voz de Amara resonaba en aquel salón, al igual que si fuera un estruendoso eco.

—¡¡Noooooooooooo!!

Rafael la traía consigo.

La contienda se detuvo. Alaric se retorció de dolor en silencio mientras su herida sangraba y Miguel se ponía de pie con la espada ensangrentada en una de sus manos.

—¡¡Levántate y termina lo que comenzaste!! —Lo incitó, sin concederle ni un solo respiro, porque no estaba dispuesto a dejarlo malherido. Alzando el poderoso hierro, lo dirigió a su pecho para concluir definitivamente con la afrenta; además de hacerle pagar por cada despectivo enunciado que le había proferido delante de todos los que allí se encontraban, desafiándolo.

Alaric ansió levantarse, pero la estocada había sido tan precisa y certera, que el corte que yacía en su costado lo debilitaba más y más.

Amara ahogó un profundo grito de angustia mientras cavilaba y cavilaba, hasta que en un rápido movimiento zafó de los brazos de Rafael para correr hacia su hermano y así interponerse entre el filo del arma que Miguel empuñaba y el cuerpo de quien yacía frente a ella.

—¡¡No!! —Replicó con ansias y valentía cuando la punta de ésta se intentaba clavar en su pecho.

Segundo a segundo, Alaric trató de recobrar sus alicaídas fuerzas, estaba muy malherido, pero eso no le impidió notar lo que ocurría frente a sus ojos.

—¡¡Es a mí a quién quieres, Miguel, no a él!! —Prosiguió Amara, sin que le temblara la voz.

—¿Suplicarás, entidad?

—Sé cuáles son mis designios y también sé que no él va a morir por mi culpa.

Miguel rio, sopesando la posibilidad de terminar con todo esto de una buena vez.

—¡¡Vamos, Alaric, termina con esta afrenta!!

—¡¡No!! —Expresó la joven por tercera vez, sofocando un grito que acalló a los murmullos que aún se oían a su alrededor.

—¡Deja que termine conmigo! —Le pidió su hermano, tomándola por una de sus extremidades, listo para ponerse nuevamente en pie.

—¡Nunca! —Manifestó la muchacha con efusividad, clavando su ferviente mirada en los oscuros ojos de Miguel—. ¡¡Te daré mi vida, te entregaré mi alma, lo que quieras de mí, pero no lo matarás!!

—¿Es tu manera de pedir clemencia, entidad?

—Es mi manera de pagar por todos mis pecados. Vamos, Miguel, haz conmigo lo que sea tu voluntad —lo instó, con la punta de la espada ya hincándose en su pálida piel de porcelana—. Termina lo que inicié.

—¡¡Amara!!! —Vociferó Alaric enfurecido.

—¡¡Termina conmigo y cobra tu anhelada justicia!! —Gritó la muchacha y cerró los ojos, cuando las miradas acusadoras de todos los presentes se incrustaban en la suya.

Y fue así que, ante la atenta vista de quien estaba dispuesto a terminar con su vida, Amara, muy decidida, tomó la hoja de la espada con sus manos para adentrarla en su pecho ante el enfebrecido y enloquecedor grito de Alaric, que estalló con fuerza descomunal por entre las paredes de aquel gran iluminado salón.

XVIII



Todo sucedió tan rápido que en un abrir y cerrar de ojos el mutismo, la sorpresa y el frenesí se apoderaron del semblante de Miguel, que no daba crédito a lo que sus ojos veían. Gabriel y Rafael, sus hermanos, aquellas dos divinidades superiores que pertenecían como él a la Triada, alojaban sus manos en la empuñadura de su espada, intentando que el arma no se insertara sobre el pecho de la entidad, que arrodillada, suplicaba por la vida del ángel malherido.

Los observó perplejo y confundido, quería luchar contra aquellas poderosas manos que ni siquiera dejaban que realizara el más mínimo movimiento, pero no lo conseguía.

—¿Qué pretenden hacer? —Pronunció con fuerza significativa en el tono de su voz, desafiante.

—Aplicar justicia sin matar a uno de los nuestros —respondió Gabriel, con la mirada inserta en sus oscuros ojos.

—¿De qué me estás hablando?

—De lo que no puedes ver a causa del fino velo de la duda que te ciega —añadió Rafael, otorgándole un cálido vistazo, junto a una mediana sonrisa.

—¡Ustedes también están en mi contra! —Vociferó enérgicamente.

—La Triada ha hablado, Miguel. No solo tú tienes el poder de aplicar justicia divina.

Ahora, los examinó mientras su impotencia crecía a raudales, y ante su magnánimo coraje olvidó que la Triada se conformaba de tres divinidades, las que existían para llevar a cabo, en su conjunto, la toma de decisiones que se suscitaban en torno a los seres de su misma especie.

—Aquí nadie morirá —sostuvo firmemente Gabriel sin apartar su vista de la suya, cuando ya la presión de la mano que empuñaba la espada comenzaba a ceder muy lentamente.

—Ni la entidad, ni Alaric —agregó Rafael con una apacible mirada que recayó sobre los ojos del ángel que lo contemplaba, como si no comprendiera por qué ambos osaban detener los planes de Miguel.

—La entidad está dispuesta a pagar por cada falta, pero no con su vida, menos por desarrollar en su corazón el más puro de los sentimientos, como lo es el amor.

Miguel se estremeció al escuchar aquella palabra que le pareció que resonaba en sus oídos con fuerza. Y cerró los ojos, evocando un rostro, un único semblante que le hizo recordar con crueldad un episodio de su vida que tenía directa relación con Alaric. Sí, porque ella lo había preferido a él, había abandonado a los suyos por su hermano de tantas y tantas batallas, se había alejado del mal, de la oscuridad y de sus tinieblas para aferrarse a la luz de un ángel puro, que no había sido, precisamente, él.

De pronto, la mano de Gabriel se aferró a uno de sus hombros, queriendo con ello otorgarle el debido consuelo. ¿Por qué? Porque conocía su historia de principio a fin y los sentimientos que

un día desarrolló, cuando sus sombríos ojos se posaron en una de las hijas de *Semyazza*, el jefe y líder de los doscientos ángeles caídos que siguieron a Luzbel, fornicaron con mujeres mortales y terminaron rebelándose ante Dios sin mero arrepentimiento. Porque no fue por defecto de la misericordia divina que el pecado de esos ángeles caídos no fuera perdonado, sino debido al carácter irrevocable de su elección al dejarse arrastrar a la total y sombría oscuridad por voluntad propia.

—Apártalos de tu mente, Miguel —le pidió Gabriel, deseando que se deshiciera prontamente de sus dolorosos pensamientos—. No dejes que los recuerdos te consuman.

—No hay recuerdos —atacó en el acto, fijando su fría mirada sobre el semblante de su hermano—. Jamás los hubo, ni los habrá —agregó enfurecido, ya que aún no podía arrancárselos del todo.

—Entonces, desempuña la espada. —Lo incitó.

—Nuestro Padre no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los encerró en las cavernas y los arrojó al fuego del Infierno.

—Ellos no han pecado —le recordó Rafael seriamente, ahora con el rostro alzado hacia él—. Alaric jamás eligió a Luzbel o a sus tinieblas, sino al amor, al igual que lo hizo Irina —agregó, logrando así que en un rápido movimiento Miguel desistiera y apartara la espada del pecho de Amara. Sin evitarlo, se alejó y dirigió sus pasos hacia uno de los tres tronos que se situaban al fondo del iluminado salón, tratando de reprimir la poderosa sensación de ofuscación que lo carcomía por dentro. «¿Por qué Rafael tuvo que nombrarla? ¿Por qué tuvo que expresar siquiera su nombre?».

—Para que abrieras los ojos —le respondió mientras ayudaba a Amara a ponerse en pie.

Miguel sonrió de forma despreciativa y terminó sentándose sobre uno de los tronos, ante la atenta mirada de los curiosos presentes.

—Y para que sigas siendo el Líder de los Ejércitos Celestiales, al que respetamos y honramos —acotó Gabriel, tratando de cerrar la disputa.

Alaric, socorrido por Rafael y Blaz —que se mantuvo quieto en su sitio reprimiendo sus enormes ansias de intervenir en la lucha—, se puso en pie, fijó sus ojos en Amara y luego en la figura de Gabriel.

—Aún no moriré —les manifestó a todos, cuando los hermosos ojos de la joven se alojaban en los suyos—. Amara, no debiste...

—Tú no debiste —lo interrumpió como si fuera un regaño, en el mismo instante en que su rostro bañado en lágrimas se contraía en una mueca de preocupación.

—¿Qué tienes? ¿Qué sucede? —Preguntó al notar cómo ella, presa de sus pensamientos, pretendía luchar contra vagas evocaciones que la intranquilizaban a cada segundo que acontecía—. ¡Amara, por favor, dime qué ocurre contigo!

Tragó saliva, perdió la vista en el piso presa de una ferviente zozobra que le oprimía su maltrecho corazón mientras que Alaric, muy inquieto, a pesar del dolor que cargaba, alzaba su mentón con una de sus manos para que fijara nuevamente la vista sobre sus ojos, a los que tanto necesitaba contemplar.

—¿Qué ves? —La interrogó sin darle tregua a que guardara silencio—. ¡Dime lo que ves!

—Veo a Robert... —expresó finalmente y casi sin respiración, pretendiendo acallar su propio miedo y sufrimiento—, muerto —concluyó, estremeciéndose poderosamente, con el rostro bañado en lágrimas y su aterrada mirada fija en él.

Desde la terraza de la casa de la playa, Robert admiraba la hermosa luna llena que brillaba magníficamente, la que se reflejaba sobre las quietas aguas del mar. Estaba cansado y agobiado por lo que su cabeza, constantemente, no dejaba de elucubrar. Aun así, ¿podría descansar? Ni siquiera él lo sabía.

Sonrió mientras un profundo suspiro se le arrancaba del pecho, cuando se volteaba y dirigía sus pasos hacia la enorme sala que se encontraba tenuemente iluminada; seguramente, resultaría un fin de semana bastante largo, se repetía bajo la soledad que lo cobijaba y que, de alguna forma, también lo abrumaba de sobremanera.

Con la incertidumbre a cuestas terminó yendo por una copa de whisky, la necesitaba, porque pensar en ella y en las incesantes sensaciones que le producía, era algo con lo cual ya no podía lidiar.

Después de un momento, el agotamiento comenzó a pasarle la cuenta y tras varios parpadeos, terminó quedándose profundamente dormido sobre uno de los sofás de la sala.

Amara cayó de rodillas al piso cuando las continuas evocaciones con respecto a Robert no cesaban. Sollozaba y ahogaba su agonía en completo silencio, hasta que percibió el fuerte abrazo que Blaz le regaló.

—¡Iré por él! —exclamó abruptamente y sin titubear, logrando con ello que la joven alzara el rostro y fijara su vista vidriosa en la suya—. Aquí no hace falta mi presencia después de todo lo que ha acontecido.

—Blaz... —pronunció Alaric en un suave murmullo.

—Iré por el humano. Tú no puedes dejarla, Miguel no ha pronunciado su última palabra. Además, estás malherido.

Al oírlo, Alaric movió la cabeza hacia ambos lados en rotunda negativa.

—Me exigiste que no interviniera, me pediste que me mantuviera al margen, porque era tu lucha, ahora no me pidas que no lo haga por ustedes dos. Somos uno y siempre lo seremos, porque sus designios también son los míos —finalizó Blaz, besando la frente de la joven, para luego separarse de ella—. Volveré con noticias lo más pronto posible. —Fue lo último que articuló antes de salir raudamente de allí, frente a la atenta y e impacientada mirada de Alaric.

A continuación, Alaric intentó ponerse en pie para brindarle la seguridad necesaria a su hermana ante a lo que la atormentaba, pero... ¿Por qué, de pronto, la inseguridad y la desconfianza se alojaron al interior de su cuerpo? Cerró los ojos, cuando ya las manos de la joven se posaban sobre su herida, y los abrió de sopetón al tener la hermosa vista de Amara sobre la suya. Ella temblaba de una forma incontenible y el horror salía expedido por cada poro de su cuerpo; sufría, sí, pero lo soportaba en un estoico silencio. Amara amaba a ese humano por sobre todas las cosas, al igual que un día él lo había hecho con Irina de la misma manera.

—Tranquila, él estará bien, lo prometo —le susurró mientras una de sus manos limpiaba algunas rebeldes lágrimas que no cesaban de rodar por sus mejillas.

Miguel, entretanto, todavía se debatía entre su poderosa furia, sus recuerdos, y la profunda frustración que lo invadía, pero a pesar de ello, tenía que tomar una pronta decisión con respecto a la entidad. Debía castigarla, debía aplicar su justicia, pero ¿de qué manera? Alzó la vista y lo primero que vio fue a las figuras de Alaric y Amara custodiadas por sus dos hermanos, quienes yacían impacientes, esperando su veredicto. Empuñó sus manos un par de veces, sopesando el

destierro como su única alternativa, pero ¿qué conseguiría con eso? Nada, absolutamente nada que a él lo dejara satisfecho.

Entonces, dejó que la oscuridad de sus ojos se clavara en el abrazo que en ese momento el ángel le obsequiaba a la entidad, y ante aquella muestra de profundo y sincero afecto, lo comprendió. Tomó aire mientras entrecerraba la mirada y la vista de Gabriel se clavaba imperturbablemente sobre la suya.

—¡¡Mortal!! —Vóiferó enloquecido ante la sorpresa de los presentes, que susurraron aterrados en el mismo segundo en que lo oyeron pronunciar aquella única palabra—. ¡¡Tu condena será ser uno de ellos y vivir entre los humanos, hasta que el día de tu muerte te arrastre a tu final!!

—¡Miguel! —Exclamó Gabriel, incrédulo, queriendo dar un par de pasos hacia él, los que fueron obstaculizados de inmediato por Rafael.

—No, Gabriel, no lo hagas. Miguel ha sido piadoso.

—¡La piedad para ella no existe, ni tampoco existirán sus recuerdos! —Sentenció la divinidad con su fría voz, porque sabía perfectamente qué consideraba ese castigo.

Alaric tragó saliva nerviosamente, sin concebir lo que Miguel expresaba. No, no la estaba condenado, no la estaba desterrando, sino que la estaba enviando a una muerte segura y sin ningún tipo de recuerdos de por medio.

—¡Esto es inconcebible! —Gritó enardecido, aferrándola a su cuerpo.

—Esto es lo que merece quien doblega nuestras leyes. Ahora, ¡llévensela lejos de aquí!

—¡No lo permitiré! ¡Jamás dejaré que te la lleves!

—¡He dicho que la quiero fuera de mi vista! —Sostuvo descontrolado, oyendo a Alaric gritar una y otra vez por su hermana—. ¡Es eso o el destierro al Infierno! ¡¿Quieres que elija?!

Amara tembló entre los brazos de su protector y poco a poco comenzó a separarse de su reconfortante cercanía. Miguel había tomado una decisión, ahora ella debía acatarla.

—Tengo que irme —susurró con la voz quebrada—. No me olvides, por favor, porque yo jamás lo haré. —Trató de regalarle una última sonrisa que no logró dibujar en su boca, y con su temblorosa mano acarició su mejilla, el contorno de sus ojos, su mentón, para terminar depositando sus dedos en sus labios—. Perdóname por no amarte de la forma en que tú me amas...

—Amara...

—Perdóname por no comprender cada una de tus palabras, por no ser digna de ti. Perdóname... —su voz empezó a apagarse, cuando ya las extremidades de Rafael se posicionaban sobre cada uno de sus hombros.

—Debes venir conmigo —le pidió serenamente.

—¡¡Nooooo!! —Expresó Alaric con lágrimas en los ojos—. ¡Que haga lo que desee conmigo, pero con ella no!

—Miguel habló. Por favor, sé prudente.

—Deja que me vaya —intervino la joven, sin reprimir su llanto—, es mi destino, son mis faltas y... —colocó sus empañados ojos sobre la herida todavía sangrante que Alaric poseía en su costado—, jamás me perdonaría si algo llegara a sucederte. —Terminó depositando sobre los labios de su hermano un dulce e inocente beso que selló su despedida—. Que el cielo te proteja... Que el cielo y nuestro Padre te bendigan por los siglos de los siglos, Ángel Mayor.

Paralizado desde los pies a la cabeza, Alaric se desprendió a regañadientes de la figura de la joven, que ya comenzaba a caminar bajo la custodia de Rafael.

—¡Haz tu trabajo, Gabriel! —Ordenó Miguel, luego de proclamar una altanera orden—. ¡Despójala de todos sus recuerdos, hasta del más mínimo de ellos! ¡Que jamás evoque para lo que

fue concebida! ¡Que jamás recuerde que un día perteneció a este mundo de luz! ¡Porque desde este momento será considerada una miserable humana de carne y hueso, sin pasado, sin presente, y con un incierto futuro! —Finiquitó furioso, cuando volvía a sentarse en su trono—. ¡Mi última palabra ha sido pronunciada por obra y gracia de nuestro Señor!

—Despierta, cariño —expresó una seductora voz femenina mientras Price dormía—. Despierta y hazme tuya —repitió de la misma manera, al mismo tiempo que su lengua vivaz jugueteaba con el lóbulo de su oreja.

Robert despertó algo alterado ante el cálido contacto, y más se sobresaltó, cuando sus ojos se encontraron con la figura de Elizabeth, quien yacía a su lado, mientras una de sus manos se deslizaba suavemente hacia la bragueta de su pantalón.

—¿Elizabeth? —Pronunció como una interrogante, después de acomodarse en el sofá para apreciarla de mejor manera.

—¿Me extrañaste? Porque yo te he extrañado muchísimo. No sabes las inmensas ganas que tenía de estar junto a ti. —Una perversa sonrisa ensombreció su semblante, cuando una de sus ágiles manos, ya de lleno sobre su miembro, comenzó a adentrarse en su pantalón—. Te deseo. De ti lo ansío todo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Gritó Price, contrariado y confundido con su repentina aparición—. ¿Cómo llegaste? ¿Cómo me encontraste? —Rápidamente, apartó de forma brusca aquella peligrosa mano de su cuerpo. Acto seguido, trató de levantarse, más no lo consiguió, porque Elizabeth parecía y se veía demasiado diferente, sonriéndole y relamiéndose los labios como si estuviera muy excitada. En cosa de segundos, sus manos lo aprisionaron como si tuviera una fuerza colosal y mucho mayor a la que él poseía.

—¡Quiero me toques! ¡Quiero que me poseas! —Exigía fuera de sí—. ¡Quiero sentirte dentro de mí ahora mismo!

—¡Estás loca! ¡Sal de mi casa! —Volvió a gritar Robert en vano, cuando ella se montaba a horcajadas sobre él, dispuesta a todo.

—¿Irme? Solo una vez que consiga todo lo que quiero de ti. ¡Eres mío! ¡Únicamente mío! —Reiteró fuera de sus cabales, lanzándose a devorar su boca con un gigantesco entusiasmo—. ¡Tu cuerpo y tu alma me pertenecen!

—¡Estás hecha una completa demente! ¡Sal de aquí! —Furioso, Price intentó por todos los medios posibles quitársela de encima, pero no lo lograba, ella era mucho más fuerte que él.

—¡No luches, humano! ¡Jamás podrás vencerme!

«¿Humano? ¿Por qué ella había pronunciado...?». De pronto, su prominente sonrisa macabra detuvo todos y cada uno de sus incuestionables pensamientos. No había mucho que comprender, porque...

—¡Quizás él no, pero un hijo de la luz sí! —Vociferó Blaz enérgicamente, apareciendo de forma inesperada en aquel lugar y desplegando sus poderosas y deslumbrantes alas, interrumpiendo de golpe los pensamientos de Robert. Al instante, un agudo chillido proveniente del fondo de la garganta de la mujer se dejó sentir, cuando Price cerraba los ojos y fruncía el ceño, ansiando contenerlo, porque era realmente enloquecedor, y parecía que iba a romper sus tímpanos en cualquier momento.

Luego de un fugaz movimiento, Elizabeth desapareció a cuatro patas, dejando a Robert fuera de sí, mientras Blaz, ya en posición de ataque, analizaba cada rincón de aquel lugar,

esperando que el demonio femenino se abalanzara en cualquier segundo sobre su cuerpo.

—¡Sal de donde quiera que estés! —La llamó con fiereza, dirigiendo sus pasos hacia Price —. ¡Sal y enfrentame, Kyara!

Él, sin saber qué hacer, clavó la vista sobre la claridad de la intensa mirada de aquel extraño que ¿conocía? La verdad, sí, se le hacía familiar. Es más, lo había visto en algún lugar y en algún momento de su vida, pero ¿dónde?

—¡Vamos, humano, levántate! —Le ordenó Blaz a Price, incitándolo a que lo hiciera prontamente.

Y él así lo hizo, sin comprender lo que ahí estaba aconteciendo.

—¿Quién eres? ¡Dime quién...! —Pero un nuevo chillido dejó a Robert fuera de sí, porque lo que sea que haya sido, esa mujer volvía a emitir ese horrendo sonido, y con tal agudeza, que percibió cómo resonaba en el fondo de su cabeza, sumiéndolo en el dolor. Sin contenerse, terminó de rodillas en el piso, retorciéndose de padecimiento y tapándose los oídos con ambas manos para mitigar lo que comenzaba a enloquecerlo.

—Tengo que sacarte de aquí —prosiguió Blaz sin mirarlo, posicionando una de sus níveas manos sobre uno de sus hombros—, tu vida corre peligro.

«¿Tu vida corre peligro?».

—Amara no me perdonaría si algo llegara a sucederte.

«¿Amara? Él había dicho... ¿Amara?».

Robert alzó la cabeza en el mismo instante en que oyó ese nombre.

—¿Quién es Amara? —Exclamó con desesperación—. ¡Dime quién es! ¡Necesito saberlo!

Con la vista perdida en algún punto equidistante, Blaz frunció el ceño cuando la luz de la sala, en la cual ambos se encontraban, empezó a parpadear. Y tragó saliva mientras sus ojos buscaban algo más, porque en definitiva, allí, junto a ellos, había algo más.

—¡Confía en mí, humano!

—¡No hasta que me respondas! —Gritó frenético, poniéndose rápidamente en pie.

—¡Ahora no!

—¡Exijo que me digas quién es o creo que terminaré volviéndome loco!

—Ella... —quiso articular el Ángel Mayor, cuando, de pronto, percibió tras de sí una fiera estocada que no vio venir, la que lo paralizó en su totalidad; había bajado su guardia.

—Será mía, junto a la bendita y pura alma de ese ángel de Dios —concluyó Azael en su oído, burlonamente, hundiéndole con fuerza todo el filo de la daga que empuñaba su mano izquierda, con la cual lo traspasó desde un costado hacia el otro, retorciéndole el puñal, para luego arrancárselo con brutalidad y sin una sola pizca de piedad.

Robert se quedó atónito ante la gélida mirada que le otorgó el desconocido que le sonrió con suficiencia, mientras veía caer al piso de rodillas a lo que parecía ser un ángel, ¡un verdadero ángel!, con sus inmensas e increíbles alas inmaculadas empezando a decaer. Repentinamente, un intenso brillo de color azul se apoderó parcialmente de su cuerpo, consiguiendo que su fulgor fuera cada vez más y más enceguedor. Sin llegar a comprender lo que sucedía, terminó retrocediendo un par de pasos, cuando el ser alado, con sus manos sobre el piso, luchaba con la mortal herida que su contrincante le había propinado inusitadamente.

—Ella es... tu luz —pronunció Blaz con entereza, alzando la cabeza hacia Price para mirarlo en un último intento por hablar. Y ya sin fuerzas, cayó al piso, desvaneciéndose frente a sus ojos, cuando un potente resplandor conseguía cegar a Robert, dejándolo vulnerable y expuesto frente a quien se encontraba demasiado satisfecho con aquella acción.

Sin decir nada frente a lo que había visto, pretendió mantenerse calmo, tragando saliva,

bastante consternado por lo que ocurría. Ansió emitir algún sonido, pero se obligó a guardar silencio gracias a la sombría mirada del sujeto que aún mantenía empuñada la mortal daga en su mano izquierda.

—Y una vez más, el cielo ha perecido ante el fuego del Infierno —comentó Azael, admirando la plateada arma con la cual había cometido tan despiadado asesinato—. ¡¡Kyara!! —Vociferó soberbiamente, consiguiendo con ese descomunal grito que la silueta de la mujer saliera desde las sombras, donde se ocultaba, y se deslizara como una fiera a punto de atacar a su presa—. ¿No querías al humano? Es todo tuyo.

—Lo deseo malditamente, y aún lo quiero para mí —sostuvo el demonio femenino en un tono de voz totalmente irreconocible, cuando la pétrea vista de Robert no hacía nada más que evocar un rostro, junto a unos ojos celestes que ansiaba volver a ver antes que la muerte se lo llevara de este mundo. Pero en cosa de segundos, todo cambió ante el inminente sonido y estallido de los cristales de cada una de las ventanas de la casa. Porque... No supo cómo terminó estampado contra la pared, advirtiendo un poderoso centelleo de luz que encandiló todavía más su vista. Luego, todo lo que vio fue un par de inmensas alas que refulgían como si fueran dos llamaradas de fuego en descontrol; magníficas, potentes, deslumbrantes, junto a la figura de un hombre que llevaba una de sus manos situada en su costado. Price tragó saliva, incrédulo, nervioso, preocupado, al mismo tiempo que sus ojos lograban posicionarse en el semblante de quien avanzaba hacia él, de quien emanaba una furia absoluta, una ira desbocada, incomprensible, bravía e infinita que no tenía comparación.

XIX



Alaric observó detenidamente a su alrededor, mientras en su cabeza consideraba las posibilidades que poseía frente a los dos demonios que no le quitaban la vista de encima. Por un lado se encontraba el maldito de Azael y por el otro lado... Kyara.

Sonrió, dejando que las lágrimas rodaran libres por sus mejillas, cuando la intensa ira en su interior, junto a la impotencia, crecía segundo a segundo. No pudo desprenderse de las horribles sensaciones que lo invadieron cuando la poderosa luz de su hermano lo abandonó. No pudo quitarse de sí las profundas ganas de arrancarle la vida de cuajo a ese miserable que había dado muerte a uno de los suyos, y como un cobarde, por la espalda. Y ahora... solo le quedaba actuar, porque tras la muerte de Blaz un pedazo de su ser se había ido junto con él, y ni el mismísimo cielo impediría que cobrara como suya aquella venganza que consideraba más justa: que ambos sucumbieran ante su furia, ante su dolor y por supuesto, frente a sus propios ojos.

—¡El cielo se ha hecho presente y nos honra con su visita! —Vociferó Azael con su voz fría, como el hielo—. ¿Qué te trajo hasta aquí, querido hermano?

—¡Jamás he sido, ni seré tu hermano! —Contestó Alaric, remarcando aquellas palabras con el poderío de su cadencia mientras avanzaba hacia ambos, notando como Kyara se deslizaba lentamente hasta detrás de la figura del demonio mayor.

—Un día lo fuiste, ¿o ya lo olvidaste? Te condenaste.

—Al igual que lo has hecho tú al quitarle la vida a mi hermano.

Azael se carcajeó en el mismo instante en que lo oyó, cuando alzaba la mano en la que aún mantenía empuñada la daga.

—Fue... solo un juego de niños. En realidad, algo que para mí no tenía ninguna importancia.

—¡¡Era mi hermano!! —Gritó Alaric, logrando que el enérgico sonido de su eco resonara en toda la habitación.

—Y la única manera de traerte hasta aquí, junto a mí —confesó el demonio—. La entidad era nuestra y te interpusiste. Debía ser condenada, debía ser desterrada, y te interpusiste. ¡¡Su alma nos pertenecía, y te interpusiste!!

—¡¡Su alma jamás será vuestra!!

—No cantes victoria, ángel de Dios. Todavía no cantes victoria. ¡Kyara!

La mujer terminó retrocediendo mientras Price hacía lo mismo, pero en otra dirección, cuando la mirada del ángel se cernía sobre la suya.

«*¡Escúchame, humano! ¡Sé que puedes hacerlo! ¡Mantente alejado de ella y con vida!*».

Robert se estremeció al oír el poderío de aquella voz sonar dentro de su cabeza, porque ni siquiera comprendía qué ocurría frente a sus ojos, menos concebía que dos seres a punto de

comenzar una cruel batalla se mostraran majestuosos, deslumbrantes y completamente reales.

«*¿Me estás oyendo? ¡Tienes mucho por qué vivir!! Debes encontrarla, donde quiera que se encuentre... ¡No puedes abandonarla ahora!!*».

Y después de proferirle ese último enunciado, la batalla al fin comenzó...

Sin meditarlo, Azael se lanzó de lleno sobre la figura malherida de Alaric; sabía perfectamente que se hallaba en desventaja y sin un arma con la cual defenderse; ya le había quitado la vida a un ser de luz, y por lo tanto, no necesitaría más que un par de segundos para que él siguiera el mismo camino.

Con fuerza y únicamente concentrado en cada uno de sus movimientos, el ángel sorteó sin obstáculos cada una de las fieras estocadas que el demonio intentó provocarle. Azael estaba lleno de ira, al igual que lo estaba él. Quizás, era en lo único que ambos coincidían, porque poseían razones suficientes para querer acabar uno con la vida del otro.

—¡Su alma será mía!

—¡Nunca!

—¡Y cuando la tenga en mi poder, haré con ella lo mismo que hice con uno de los tuyos!

—¡Por sobre mi espíritu! —Con fuerza, Alaric batió sus alas para evadir un certero golpe que el demonio intentó infringirle y que dio de lleno sobre una de las paredes de la casa—. ¡Amara jamás te perteneció, ni nunca lo hará!

—¡Eso lo veremos! ¡Kyara, mata al humano!

Luego de un fugaz desplazamiento, que ni siquiera se pudo percibir, tal y como si fuera una mancha imprecisa en movimiento, Alaric terminó precipitándose sobre el cuerpo de Robert para interponerse en el camino del demonio femenino, a quien terminó lanzándola con desmedida fuerza hacia un costado de la habitación.

«*¡Vete!!*», le exigió a Price con otro de sus furtivos pensamientos. «*Sal de aquí, ¡ahora!*»

El dolor en su costado hacía mella en él, lo debilitaba, por lo tanto, terminó cayendo al piso de rodillas, cuando el desgaste de sus fuerzas era inminente y una de las piernas de Azael daba de lleno en su estómago.

El diestro oponente ladeó su boca al dibujar en ella una siniestra sonrisa, cuando sus ojos se depositaban, primeramente, sobre la figura de Robert, para luego dirigirlos hacia el ángel que, aún a pesar de sus heridas, pretendía ponerse en pie.

—Ni siquiera eres capaz de imaginar lo que aquí sucede, humano —dijo, yendo en su búsqueda—. No puedes darte cuenta de lo que tu “*angelito*” ha ocasionado al enamorarse de ti.

Robert abrió sus ojos como platos al tenerlo finalmente frente a él y a escasos centímetros de su cuerpo, mientras la filosa daga subía y bajaba lenta y amenazadoramente por su pecho.

—Debía ser nuestra. Debía perecer con sus propósitos, pero el plumífero que ves aquí se interpuso, logrando así que el maldito de Miguel nos arrebatara su alma. Y ahora... —se carcajeó frente a su aterrada mirada—, frágil, sola, vulnerable, y sin ningún tipo de recuerdos vaga como una mortal más, esperando a que la encuentre y me ocupe de ella.

Como si aquellas palabras le hubieran expandido la mente, como si aquellos enunciados hubiesen desprendido y recogido vagas remembranzas que se encontraban perdidas en su cabeza, esperando el momento de salir a la luz, Robert, cegado por una incontrolable ira que provino desde el fondo de su alma, se abalanzó sobre él y le gritó fieramente:

—¡No vas a tocarla!! —Pero en el mismo instante en que sus manos se apoderaron del cuello de Azael, éste se lo quitó de encima como si fuera un muñeco de trapo, lanzándolo contra una de las tantas vitrinas de cristal de la casa que aún quedaban intactas.

—Estúpido humano —se burló, poniéndose en pie y constatando que Price, por la violencia

del impacto, no movía un solo músculo de su cuerpo entre los cientos de cristales que se hallaban a su alrededor, mientras que Alaric, movido por un último esfuerzo, conseguía erguirse ante él—. No te muevas, ¡o lo hago trizas ahora mismo!

—A él no lo necesitas, Azael, a mí es a quien quieres. Ven por mí, cobarde.

—No me hagas reír, angelito de tu maldito Dios. —Meditó cuidadosamente lo que saldría de sus labios antes de volver a hablar—. Luzbel te quiere vivo; aunque sería muy fácil exponer frente a él que me atacaste y... que tuve que defenderme, matándote. —Su voz un tanto grave parecía ahora un verdadero gruñido que emanaba desde su garganta, como si fuera un animal salvaje que se disponía a saltar sobre su presa para devorarla—. ¡Sí, matándote, como quise hacerlo desde un principio!

Ahora quien rio fue Alaric, como si hubiera oído algo de lo más gracioso.

—No me hagas reír. ¿Tú y cuántos más?

Luego de esa particular expresión, la mirada del demonio se oscureció todavía más, perdiendo la claridad del objetivo que tenía en mente, y tras sumirse en la impotencia, se lanzó contra él, vociferando con la voz completamente distorsionada.

Se enzarzaron en una lucha a muerte dentro de la enorme habitación, llevándose consigo todo a su paso. Saltaban, Alaric batía sus alas, los golpes y estocadas cortaban el aire con maestría, mientras sus cuerpos se retorcían en busca de la parte más frágil que lograra derrotar a su oponente.

«La furia de Azael me parecía que crecía a cada momento y la mía comenzaba a decaer. Estaba en seria desventaja frente a su poderío, pero no iba a dejarme vencer, eso lo tenía más que claro.

»No recuerdo haber sentido nunca tanto miedo como lo que percibí en ese momento, mientras me defendía de sus fieras estocadas, porque sabía que si fracasaba, nos mataría a los dos y terminaría yendo por Amara. La verdad, poco me importaba mi vida, pero teniéndola a ella dentro de mis pensamientos, tan indefensa y en la soledad de un mundo en el cual no estaba preparada para vivir, hacía que mi agonía fuera todavía más insoportable. Hasta que, de pronto... todo cambió. Dentro de la casa se escuchó un chillido ahogado y después, un horrible crujido que me hizo estremecer; Gabriel estaba ahí, podía sentir su energía, la luz brillante y poderosa que manaba de sus alas, mientras cargaba en una de sus manos la espada de Miguel, con la cual había dado muerte a Kyara. Mi corazón dio un vuelco frenético y por fin supe que el cielo... no me había abandonado.

»Y con las últimas fuerzas que me quedaban seguí luchando incansablemente, hasta que un preciso golpe de mi oponente me envió de nuevo al piso. Caí con él a cuestras, sintiendo cómo la daga comenzaba a presionar mi pecho y tomé aire repetidas veces cuando nuestras miradas se conectaban en una sola y un silencio impresionante se hacía patente.

»Mis hermanos, a un costado de la habitación y cargando al humano inconsciente y malherido, no daban crédito a lo que veían, mientras Gabriel reprimía sus fieros impulsos de dejarse caer sobre Azael, porque sabía que esta batalla no le concernía a él, sino que solo a mí».

—Te mataré de la misma manera en que lo hice con el pajarraco de tu hermano. Te arrebataré la vida y me quedaré con tu alma, como siempre quise hacerlo.

—¡Jamás! —En un descuido, Alaric tomó la daga para impedir que Azael la traspasara a través de su pecho.

Forcejearon, expusieron su fuerza, midieron su brutalidad, hasta que algo comenzó a renacer al interior del cuerpo de Alaric, quien advirtió, a un costado suyo, la mano de Blaz

alojada en su hombro derecho. Su hermano estaba ahí, podía sentirlo, su luz y su energía se lo decían, pero... ¿Por qué le parecía que solo él podía verlo?

“Te regalo mi vida, te regalo mi luz, mi fuerza, mi espíritu. Lucha, vence a las tinieblas... Alaric, ¡levántate!”, gritó fervientemente su voz dentro de su cabeza, consiguiendo que un rugido gutural, poseído por una fuerza irrefrenable, volteara la disputa a su favor, dejando a Azael contra el piso y con la daga a punto de penetrar en su pecho.

—No puedes matarme, ángel de Dios. ¡Tú no eres un asesino!

El aludido exhaló el aire contenido por el miedo mientras fijaba la oscuridad de sus ojos sobre el rostro de su contrincante. Y su respiración se agitó cada vez más de forma perturbadora cuando los rostros de Blaz y Amara ocuparon cada recoveco de su mente, porque una ira descontrolada aún vibraba en todo su cuerpo y comenzaba a apoderarse de su corazón, al igual que las lágrimas que ya nublaban la poca visión que tenía de su entorno.

—Tienes razón, no soy un asesino —aseguró, lanzando la daga hacia un costado, cuando Gabriel le tendía la espada de Miguel, la que terminó empuñando con fuerza, decisión y valentía—. Los asesinos cobardes matan por la espalda y yo... lo hago de frente. —Sin perder más tiempo, incrustó el arma en el pecho del demonio y sin ningún tipo de consideración. Y mientras eso sucedía, y tras cada respiro jadeante de Alaric y el chillido irreproducible de Azael, el cuerpo de este último empezó a deshacerse en cenizas, para dejar tan solo la espada de Miguel empotrada en el piso de la habitación. Alaric, mientras tanto, con un inacabable dolor, no podía creer que una vida había perecido frente a sus ojos... hasta que la voz de Gabriel inundó sus oídos, otorgándole el consuelo que tanto necesitaba escuchar.

—No eres ni serás un asesino, eres un ángel, un ángel del Señor que ha luchado una vez más contra el mal y las tinieblas.

—Blaz... —lo interrumpió su hermano, con la mirada enjuagada en lágrimas, pero Gabriel, en cambio, solo le devolvió una serena sonrisa, mientras alzaba la claridad de su vista hacia el cielo.

—Se encuentra en la gloria de nuestro Padre, y a su lado.

—Lo veré...

—Algún día... Estoy seguro que tendrás la dicha de volverlo a ver. Ahora, levántate, alza tu rostro, sé digno de él, de ti, de cada uno de tus designios y desenfunda esa espada.

Alaric tragó saliva e hizo lo que Gabriel le pedía, y luego de observarla por varios segundos, se la entregó.

—Miguel jamás abandonará a uno de los suyos, así como tú jamás abandonarás a uno de los tuyos, aunque ya no estén a tu lado.

Los ojos del ángel se dejaron caer sobre la figura violentada de Robert, cuando era colocado sobre uno de los sofás, mientras Gabriel se acercaba a él y empezaba a hacer su trabajo, sanándole las heridas.

—¿Qué haces? —Ansió saber Alaric.

—Dejo en claro lo que el destino le tiene deparado.

—¿También le arrebatarás todos sus recuerdos?

—Solo... los que tengan relación con lo que aquí acaba de suceder. Su destino, mi querido hermano, ya está escrito.

—¿Dónde está Amara, Gabriel?

—Conviviendo entre los mortales. —Una de sus manos, envuelta en un haz de luz, empezó a sanar los cortes que Robert tenía sobre el rostro, brazos y pecho.

—Quiero que sepas que iré a buscarla donde quiera que se encuentre y no me detendré

hasta encontrarla. Jamás la abandonaré —reiteró Alaric muy seguro de lo que decía, arrebatándole una gran sonrisa a su hermano, la que se dibujó rápidamente en los labios del arcángel mayor.

—Es lo que esperaba oír de ti.

Una vez concluida su tarea, Gabriel se levantó, caminó hacia él y terminó depositando una de sus manos sobre su hombro derecho, antes de volver a manifestar:

—El que busca siempre encuentra, Ángel de Dios, y más, cuando lo hace... con los ojos del Cielo.

Al escucharlo y comprenderlo, tembló sin saber si se debía al dolor de la ardua lucha que había terminado con una importante parte de su vida, o claramente, por las palabras que le había proferido. Y suspiró... lo hizo mientras el recuerdo de la profundidad de los ojos de Amara, luego de su despedida, le hizo comprender cuál sería el siguiente paso que debía dar. Porque por ella haría lo que fuera, tal y como lo había hecho con Blaz.

Como si todo hubiese sido un sueño macabro y demasiado real, Robert abrió los ojos de golpe, encontrándose de inmediato con una figura masculina de oscura mirada que no le quitaba los ojos de encima. Se quedó perdido en aquella vista que se le hacía tan familiar, porque... sin duda alguna, la conocía.

—¡Al fin! —Exclamó Alaric, delineando en su rostro una fugaz sonrisa—. Ya era tiempo de que despertaras, bella durmiente.

Price tragó saliva de forma reiterada y asimismo, intentó asimilar qué rayos hacía ese sujeto dentro de su casa... la que no poseía un solo indicio de que allí hubiera sucedido una hecatombe.

—¡No puede ser! —Profirió confundido, poniéndose en pie, observando todo a su alrededor y reteniendo fugaces y difusas imágenes que le nublaban la razón y sus sentidos.

—¿Qué ocurre? ¿Qué tienes?

—¿Cómo qué tengo? ¿Cómo qué tengo? —Reiteró bastante perturbado y desesperado al no encontrar indicio, cristales rotos, muebles hechos trizas y seres irreales, los cuales estaba convencido que había visto en ese mismo lugar—. ¡Tú... tenías alas, y el otro ser... también las poseía! ¡Y esa horrenda mujer que chillaba...!

Alaric sonrió mientras pronunciaba el nombre de su hermano Gabriel, quien claramente lo había engañado de una forma muy ingrata.

—¡Bendito seas, Gabriel! —Suspiró enérgicamente—. Ahora, ¿podrías calmarte, Robert?

—¿Cómo sabes mi nombre? —Lo increpó duramente, indicándolo con su dedo acusador, todavía cerciorándose de que todo siguiera en su lugar.

—Solo lo sé.

—¿Cómo sabes mi nombre! —Replicó fuera de sus casillas.

—¡Podrías dejar de lado esa paranoia, por amor de Dios!

—Solo cuando respondas mis preguntas.

—De acuerdo, lo haré, pero por favor, quédate quieto. Ahora, dime, ¿por cuál de ellas quieres comenzar?

—¿Cómo sabes mi nombre? —Insistió Price por tercera vez, muy nervioso, conmocionado y fuera de sí.

—Mmm... qué te parece si te digo que fue gracias a una bella chica que tú y yo conocemos,

y a la cual debemos encontrar.

—¿Cómo dices?

Alaric volvió a suspirar cuando su mirada se alzaba hacia el cielo. Y terminó poniéndose en pie, dirigiendo sus pasos hacia la ventana corrediza de cristal, la que automáticamente se abrió con tan solo un delicado movimiento que realizó una de sus manos.

—¿Quién o qué es lo que eres y por qué estás aquí?

—Mi nombre es Alaric y soy un ser superior. Para ser más exactos, un ser de luz, o también conocido por ustedes como... un ángel. ¿Crees en ellos, Robert?

El aludido se quedó sin habla al tratar de recordar dónde diablos había escuchado esa singular interrogante, cuando torpemente metía una de sus manos en uno de los bolsillos de su pantalón, encontrando allí una cadena, la que sacó y posicionó frente a sus ojos, observando de manera inquieta la medalla que colgaba de ella y se mecía en su vaivén.

—Sí —respondió con la voz quebrada, como si, de pronto, algo más fuerte que un recuerdo hubiera venido a su mente.

—Me alegro que así sea, porque de ahora en adelante tú y yo tendremos que aceptarnos y tolerarnos.

Al oírlo y comprenderlo, Price perdió la voz.

—Soy sincero, lo queramos o no, algo nos une. Tú me necesitas y yo te necesito a ti.

Robert abrió aún más los ojos como platos, receloso.

—No me malinterpretes, no me refiero, específicamente, a ese tipo de necesidad humana —enfaticó Alaric, excusándose traviesamente.

—¿Quién eres, maldita sea?

—Por de pronto, tu ángel guardián. Sé que no soy precisamente una belleza, pero soy todo lo que tienes, tú eres todo lo que yo poseo, y me he autoproclamado como tal. ¿Qué te parece?

—¿Me estás jodiendo?

—Quizás, en algún momento de tu vida, yo quise... —sonrió, evocando a Amara, cuando una de sus manos se dejaba caer en su negro y largo cabello—, no, claro que no. Mala idea —murmuró para sí—. En resumidas cuentas, no tienes de donde escoger, así que toma tus cosas y camina. Es hora de partir.

—¡Un momento! —Lo detuvo Price, acercándose a él a paso apresurado—. Me estás diciendo que tú eres... ¡Maldita sea! ¡Esto es inconcebible! ¡Y una locura!

—¿Qué es lo que no puedes entender? ¿Qué es lo tan difícil de comprender, y según tú una locura?

—¡No sé quién eres y aun así estás aquí, dándome órdenes como si yo fuera un... un...! ¡Ni siquiera sé cómo debo terminar la maldita frase!

Alaric rio y cruzó sus brazos por sobre su pecho.

—No te preocupes, he lidiado con humanos peores que tú.

Robert entrecerró la mirada, desafiante.

—¿Eso fue un halago de tu parte? Dime que puedo pedir otro. Dime que existe la posibilidad de que otro supuesto “ángel”... —subrayó—, ¿por qué rayos necesito un ángel guardián?

—Eso deberías preguntárselo al sujeto de allá arriba. Yo solo sigo órdenes. —Alaric se encogió de hombros mientras le respondía—. Y de vez en vez, también las desobedezco. —Sonrió—. Y para que lo sepas, te advierto que a él no le agrada que lo desobedezcan, al igual que a mí.

—¿Qué dijiste?

—He dicho que nos vamos ya de aquí. Tú y yo tenemos mucho trabajo por hacer.

—Creo que estás suponiendo muchas cosas, “ángel.”

—Alaric —le corrigió enseguida, para que no olvidara su nombre—. Y no supongo, yo actúo.

—¿Por qué tendría que acompañarte? —Acentuó Price, soberbio.

—Porque soy tu ángel guardián, ¿te parece poco?

—Dame una buena razón, una que realmente me convenza y valga la pena, no una tontería como esa.

Alaric lo pensó detenidamente mientras le dedicaba una particular sonrisa de suficiencia. ¿Debía explicarle que estaba ahí para ayudarle a buscar a Amara?

—Robert Price, ambos perdimos algo muy importante, algo que no puedo encontrarlo sin ti, ni tú puedes hacerlo sin mí. ¿Te parece esa una buena razón que justifique el movimiento de tus extremidades inferiores y de tu trasero?

—¿Me estoy volviendo loco o todavía estoy soñando?

—Tú terminarás volviéndome loco a mí con tantas interrogantes innecesarias que formulas. ¿Podrías hacerme el favor de tomar tus cosas para largarnos definitivamente de aquí?

Ahora fue Robert quien cruzó sus brazos a la altura de su pecho, aguzando la mirada sobre el rostro algo irascible de su “ángel guardián”.

—¿Dónde está tu aureola? —Lo provocó.

Al escucharlo, Alaric se carcajeó con ganas, al mismo tiempo que lograba contar hasta diez.

—¿Este es mi castigo, Señor? ¿Esta es mi bendita condena? ¡Qué el cielo se apiade de mí!

—Y de mí —añadió Robert, suspirando y reteniendo la mirada en la medalla del ángel de alas extendidas que todavía sostenía en una de sus manos—. Ahora, dime, ¿volaremos? —Inquirió con burla, queriendo con ello sacarlo de sus casillas.

—No, cabrón. Iremos en tu auto.

Ninguno de los dos habló. En general, todo el trayecto de regreso a la ciudad lo hicieron en completo silencio. Cuando Robert intentaba encender la radio, Alaric la apagaba. Cuando pretendía tararear una melodía, éste lo acallaba con una de sus fulminantes miradas, seguido de un “no te atrevas”, y cuando ya no pudo seguir guardando más silencio, unas luces a lo lejos llamaron poderosamente su atención.

Price se detuvo frente a la larga fila de vehículos que se situaba a la orilla del camino, para después, bajar de su coche, seguido de cerca por su acompañante. Ambos caminaron a paso presuroso por entre las personas que allí se encontraban, hasta que Robert comenzó a correr cuando escuchó alaridos de horror y padecimiento que parecían invadirlo todo.

—¡No puede pasar, señor! ¡Se ha producido un accidente en la carretera!

—¡Soy médico! —Exclamó de forma inmediata, colándose por entre los policías que resguardaban el área. Rápidamente llegó hasta el sitio del suceso, encontrándose con la imagen más macabra que hubiese visto nunca; si el accidente en coche que había padecido junto a su esposa lo había conmocionado, esto, simplemente, era devastador. Volcado y partido a la mitad, un transporte urbano se encontraba en la calzada, hecho añicos, y desde su interior, y los fierros retorcidos se oían llantos, gritos y alaridos de horror.

Robert tembló al recordar un fugaz suceso, uno que tenía que ver directamente con su pasado.

—¡Esas personas te necesitan más que tus propias evocaciones! —Allí estaba él, su compañero de viaje y su autoproclamado ángel guardián, sacándolo de su aturdimiento.

Sin pensarlo dos veces, Price corrió hacia los heridos que ya eran atendidos por un par de paramédicos que se encontraban en el lugar, intentando infructuosamente salvarles la vida a quienes más lo necesitaban.

—¡Doctor Robert Price, Hospital Santa María de la Asunción! —Vociferó para que todos se dieran por entendidos. Codo a codo e incansablemente trabajó junto a ellos, sin perder la concentración, porque por más desastroso que estuviese siendo el panorama, increíblemente, ninguna de las personas se encontraban heridas de extrema gravedad... hasta que algo sucedió.

—¡Un médico! —Clamó la voz de un rescatista—. ¡Hay otro herido, por aquí!

—¡Vayan! —Les ordenó a un par de paramédicos que acababan de llegar al lugar, mientras él terminaba de taponar la hemorragia nasal de un hombre de entrada edad que se encontraba con su presión arterial por los cielos.

—¡Es una mujer! —Robert oyó a lo lejos las voces de quienes participaban del rescate—. ¡No tiene signos vitales! ¡Necesita RCP! —Manifestó a viva voz uno de los paramédicos, al igual que aquella vez, cuando su esposa Sofia fue encontrada de la misma manera entre los fierros retorcidos de su coche. Se volteó violentamente, al mismo tiempo que uno de los profesionales de la salud gritaba su nombre. Y movido por un extraño sentimiento que no pudo controlar, corrió hacia ellos, justo cuando la malherida mujer era retirada de los escombros.

—¡Casi no tiene pulso! ¡Necesita reanimación! —Gritó alguien que se disponía a dársela, cuando Robert fijaba la vista en quien yacía frente a sus ojos.

Su corazón dio un soberano vuelco mientras los recuerdos se hacían enormemente palpables en su piel, cuando las palabras que bien conocía parecían tener un incomparable y único timbre de voz. Cuando los momentos eran perfectos e intensos, cuando su vida giraba en torno a la única luz que había alumbrado su oscurecida alma, cuando el amor y las ganas de vivir poseían un solo nombre y ese fue... el que gritó con desesperación y como si la vida se le fuera en ello...

—¡¡¡¡Amara!!!!

XX



Jamás había orado o suplicado tanto, como lo hacía en ese instante, mientras la ambulancia transitaba veloz hacia el hospital Santa María de la Asunción. Robert sabía que Amara tenía los segundos contados y que cualquier eventualidad que se suscitara a lo largo del recorrido podía ser fatal; se encontraba muy malherida y sus signos vitales decrecían a cada instante, y él... no podía creer que todo estuviese terminando de esta manera.

—¡Abre tus ojos, hermosa! ¡Vuelve conmigo, por favor! —Suplicaba en silencio, cuando una de sus temblorosas manos se aferraba a una de las suyas. En aquel contacto pudo notar su frialdad, la palidez de su piel y cómo su pecho subía y bajaba quedamente—. ¡Ya me quitaste a mi esposa una vez, y ahora, por lo que más quieras, te lo ruego, no me la arrebatas también a ella! —Clamaba con fervor hacia la única persona que en ese angustiante momento era capaz de ayudarlo—. ¡Te daré lo que quieras, lo que me pidas, pero por favor, no la apartes de mí!

Un grupo de médicos y enfermeras se hallaban en los estacionamientos del área de urgencias recibiendo a cada ambulancia que hacía su ingreso con los accidentados, y cuando Price bajó de ella comenzó a dar órdenes de manera enérgica mientras Adam advertía su presencia. De inmediato corrió hacia él, creyendo que también formaba parte del grupo de personas que habían padecido aquel siniestro.

—¡¡Robert!! ¿Estás bien? ¿Estás herido? —Lo retuvo, intentando analizarlo a cabalidad, sin dejar de obviar su camisa algo ensangrentada. Price, entretanto, se negó rotundamente a que lo detuviera, porque el tiempo para él transcurría a pasos agigantados, y asimismo, la vida de Amara pendía de un hilo.

—¡¡Estoy bien!! —Vociferó hecho un demonio, al mismo tiempo que la camilla en la cual ella iba recostada hacía su ingreso al edificio.

—¡¡Mujer caucásica sin identificación, con signos vitales muy leves y posible trauma encéfalo craneano!! ¡¡Rápido!!

—¿Estás seguro? ¡¡Robert!! ¡¡Dime algo!! —Exhortaba Adam preocupadísimo.

—¡¡Qué estoy bien, maldita sea!! —Gritó descontroladamente, zafándose de los poderosos brazos que lograban retenerlo. Sin perder tiempo corrió hacia dentro, seguido de cerca por su colega y amigo que lo llamaba insistentemente.

—¡¡Detente!! ¿Dónde crees que vas?

—¡¡Tengo que operar!! ¡¡No puedo dejarla ir!! —Expresaba como un enloquecido ante la vista expectante de todos los que allí se encontraban.

—¿Qué estás diciendo? ¡¡No puedes hacerlo, no estás en condiciones!! ¡¡Mírate!! ¡¡Estás fuera de control!!

Sus palabras lo paralizaron al instante, como si de pronto, un fuerte golpe de electricidad

hubiese sacudido su maltratado cuerpo. De alguna forma comprendía sus palabras, de alguna manera sabía que eso era muy cierto, pero... ¡¡tenía que salvarle la vida!!

Robert se volteó y sus miradas volvieron a encontrarse.

—¡¡Amo a esa mujer y no puedo perderla por segunda vez!! ¡¡No puedo dejar que me la quite de las manos!!

Adam entrecerró sus ojos en el exacto segundo en que lo oyó, porque gracias a sus palabras logró experimentar extrañas evocaciones, en las que una hermosa mujer parecía llenar con su presencia todos los espacios vacíos de la existencia de su amigo. Porque allí estaba ella, poniéndolo nervioso más de la cuenta, logrando que sonriera y viera la vida de forma diferente, participando de una amena charla al interior de su casa junto a Ofelia y su esposa, pero... ¿quién era? ¿Y por qué se le hacía tan familiar?

Price, con la adrenalina a mil, se volteó en el mismo instante en que la voz de una de las enfermeras pedía la pronta asistencia de un médico, pero cuando se disponía a dar su primer paso, una de las extremidades de Adam lo detuvo ya por segunda vez.

—¿Dónde crees que vas?

La pronta sonrisa que vio dibujada en el semblante de su colega lo desconcertó, y más, cuando le siguieron un par de enunciados que lo desarmaron por completo.

—Lo haré yo. Me aseguraré de que esa chica no vaya a ningún lugar, sino más que a tus brazos —añadió, otorgándole un par de palmaditas en uno de sus hombros, para luego correr con destino a pabellón.

Robert se quedó estupefacto ante lo que oyó, hasta que Alaric, quien parecía haber salido de la nada, una vez más, se posicionó a su lado y le dijo:

—¿Sabías que también existen ángeles de carne y hueso, como ese humano que daría todo lo que tiene por verte feliz?

Rápidamente, giró la vista hasta situarla en la suya.

—¿Confías en él? —Prosiguió su autodenominado ángel de la guarda.

—Siempre.

Ante su atenta mirada, Alaric lo incitó a que siguiera cada uno de sus pasos.

—Entonces, vamos. Amara nos necesita.

Ofelia buscaba incansablemente a su hermano mientras cargaba en sus manos un par de cosas que éste le había solicitado en un repentino y desesperado llamado telefónico. Nerviosamente se desplazaba por uno de los tantos pasillos del hospital con una sola convicción alojada al interior de su mente: tenía que verlo, tenía que abrazarlo y sentir que estaba bien, porque su voz, sin entregarle mayores detalles, se lo había dicho todo; Robert estaba sufriendo.

Apresuró más el paso cuando, repentinamente, comenzó a sentir que el piso estaba hecho de algodón y que todo a su alrededor giraba de manera extraña. Fue así que, para no caer, terminó aferrándose a uno de los muros de concreto, mientras el mareo que la invadía se hacía, verdaderamente, insoportable.

—Por favor, por favor... —replicó bajito, oyendo una voz masculina pronunciar su nombre, tal y como si fuera una interrogante.

—¿Ofelia?

Alzó la vista para quedarse perdida en la mirada castaña que no cesaba de observarla, como si la conociera, pero... ¿de dónde?

—¿Ofelia? —Repitió Nicanor, acercándose y depositando la vista en su pálido semblante—. ¿Se siente bien?

—Me siento... embarazada y mareada —respondió ella y como si el aire le faltara.

En un intento por tranquilizarla, Nicanor tomó sus pálidas y algo entumecidas manos para que se desprendiera del muro que la sostenía y así guiarla hacia uno de los asientos que se situaban a un costado del pasillo.

—Tranquila, deje que la ayude.

—Gracias, pero tengo que ver a mi hermano. Me necesita.

—Lo hará, pero antes siéntese un momento y recobre el aliento, por favor —le pidió amablemente, percibiendo como a ella se le arrancaba un hondo suspiro del pecho—. Eso es. ¿Soy yo o me parece que corrió una maratón antes de venir aquí?

Al oírlo, Ofelia cerró los ojos y negó con la cabeza; él tenía muchísima razón, porque desde que había escuchado la agónica voz de su hermano a través del teléfono, la intranquilidad se había apoderado de su persona de una manera abismante, logrando que saliera disparada de la tienda con rumbo al departamento y luego al hospital.

—No se equivoca —expresó, abriéndolos nuevamente—. Creo que volé cuando oí su voz sumamente angustiada y... usted y yo nos conocemos, ¿cierto?

Nicanor asintió, sin perder de vista sus enigmáticos, pero a la vez preciosos ojos azules.

—Soy el padre de Alma. Robert nos presentó hace un tiempo.

Y de pronto, lo recordó.

—Claro, disculpe... mi cabeza es un caos.

—No se preocupe. Al menos, su rostro está tomando algo de color. ¿Se siente un poco mejor?

—Sí. A veces olvido que cargo un bebé en mi vientre —admitió divertida, cuando una de sus manos acariciaba, por ahora, su plana barriga.

Al instante, Nicanor, se dejó llevar por su espontánea sonrisa y terminó dibujando en su rostro una muy parecida a la de ella.

—No soy médico, pero sé que los primeros meses son los más complicados.

—Y para una maniática como yo, que no puede estar quieta por más de medio minuto, lo es todavía más.

Ambos volvieron a reír.

—Pues tendrá que encontrar una forma de hacerlo. Ahora debe cuidar su salud, y por partida doble.

En el acto, los preciosos ojos de Ofelia se dejaron caer sobre el semblante agraciado y la mirada castaña interesante que no le quitaba la vista de encima.

—No sé de donde salió, pero se lo agradezco, Nicanor.

—No tiene que hacerlo. Después de todo lo que Robert ha hecho por nosotros, no faltaba más. Ahora dígame, ¿se encuentra mejor?

—Lo estoy. Sucede a menudo, pero es parte de este proceso. No imagina lo que es lidiar con tantas cosas que me tienen realmente de los nervios.

—Ya pasará. El embarazo le sienta muy bien; aunque aún no se note su barriga —advirtió, contemplándola.

—Por ahora; después seré un maravilloso barril andante, se lo puedo asegurar —bromeó O, recobrando el aliento en su totalidad—. Bueno, creo que estoy en condiciones de continuar.

—¿Le molestaría si la acompaño? Podría tener otro mareo y... quizás, por mi culpa, usted...

Ofelia le dedicó una de sus más dulces y cándidas sonrisas antes de responder.

—No será su culpa, Nicanor, sino de este precioso bebé.

—Pues precioso bebé, quédate muy quieto para que tu madre pueda llegar sin problemas hacia donde se encuentra tu tío. —Le manifestó, más bien, a la panza de O, quien enseguida perdió el habla al oír semejante enunciado que desarmó su corazón en un dos por tres—. Ofelia, ¿siente otro mareo? —Quiso saber Nicanor, fulminándola con la mirada.

—No.

—Entonces, ¿quiere que busque a un médico o a su hermano?

—No, no se preocupe, estoy bien. Solo... olvídalo.

—No me pida eso. Dígame qué necesita y con mucho gusto lo haré.

—En primer lugar, solo llámeme Ofelia. Creo que no estamos tan viejos para tratarnos de usted, ¿no le parece?

Como si hubiera retenido el aire por algo más que un instante, Nicanor exhaló con cierto dejo de tranquilidad.

—De acuerdo, solo si me llamas de la misma forma.

—¿No me digas que también te llamas Ofelia? —Bromeó la joven, cuando en su sonrosado rostro comenzaba a delinearse una flamante sonrisa.

Nicanor sonrió de la misma forma, ofreciéndole una de sus extremidades para que la tomara.

—Creo que lo podría llegar a considerar. —Siguió su juego.

—De acuerdo y... muchas gracias por lo de hace un rato. Por un momento creí que el piso por el cual caminaba estaba hecho de algodón —confesó, deslizando una de las suyas con su característica delicadeza—. ¿Cómo está Alma? —Quiso saber mientras ambos se disponían a caminar.

Robert no podía detener su andar ante la atenta mirada de Alaric, que seguía cada uno de sus movimientos en completo silencio. Podía percibir su frustración, su impotencia, sus poderosas ansias de entrar por aquella bendita puerta que los separaba del preciso lugar en el que Amara se encontraba, junto a su cólera, su rabia interna por no manejar su maldito carácter cuando más lo necesitaba. ¿Y cómo podía hacerlo, si la mujer que estaba dentro, a un paso de la muerte, era a quien más quería?

Suspiró con resignación al constatar, en cada plegaria que Robert emitía en silencio, que el amor que los envolvía era tan puro como lo que él un día había sentido por Irina.

—Moviéndote de un lado a otro no la traerás de vuelta, es más, solo conseguirás hacer un hueco en el piso —le advirtió.

—Tú no deberías estar aquí, sino ahí dentro, e intercediendo por ella.

—Créeme, lo hago, pero desde aquí. ¿O prefieres que me vuelva un ser demasiado hostil e histérico y te ayude a cavar un hoyo en el piso, tal y como lo estás haciendo tú en este momento?

Price entrecerró la mirada, como si no le hubiera gustado para nada lo que había oído.

—Acostúmbrate. Mi humor es un tanto particular —añadió Alaric, dejándose en claro.

—Puedo decir lo mismo del mío.

Al instante, el ángel sonrió.

—Aun así recuerda, me guste o no, también debo velar por ti.

—¿Y ella qué? —Vociferó Robert con fuerza, saliéndose de sus casillas frente un par de confundidas miradas que se cernieron de reojo sobre su rostro.

—¿Con quién hablas? —Preguntó Ofelia muy extrañada al verlo solo a él en esa solitaria sala de espera.

Robert alzó la vista hacia ella, al mismo tiempo que sus ojos comenzaban a brillar.

—No me asustes, cascarrabias. ¿Qué tienes? ¿Por qué tu aspecto y tu ropa...? —Insistió, sin llegar a concluir aquella interrogante, cuando un efusivo abrazo que le otorgó su hermano, junto a un par de sollozos que no pudo acallar por más tiempo, la sorprendieron. Se aferró a su cuerpo con fuerza mientras dejaba caer su cabeza sobre su pecho y escondía su rostro ante el evidente dolor que lo consumía. O comprendió que en ese instante las palabras sobraban, y por lo tanto, solo se dedicó a confortarlo, besándole el cabello una y otra vez, al igual que si fuera un niño pequeño, su pequeño.

—¡¡Le quiero, la necesito conmigo!! —Chillaba Price mientras las lágrimas se derramaban por sus mejillas—. ¡¡No puede arrebatármela ahora que la encontré!! ¡¡No puede la vida volver a quitarme lo que recobré de su mano!!

—Robert, tranquilízate...

—¡¡No me pidas eso, cuando ella se debate entre la vida y la muerte!!

—Hermano, no comprendo. ¿A quién te refieres?

—¡¡A Amara, Ofelia!!

—¿Amara? Pero quién es...

—¡Perdí a Sofía, pero esta vez no estoy dispuesto a perder a Amara! —La interrumpió—. Yo... —iba a proseguir cuando desde el interior de pabellón comenzaron a salir varias personas, entre ellas Adam, quien mantenía en su rostro un serio y frío rictus.

En el acto, Price secó sus lágrimas cuando ya caminaba hacia él movido por un solo sentimiento: la desesperación.

—Adam... —pronunció fuerte y claro esperando obtener de su amigo una pronta respuesta.

—Robert... lo siento...

Frente a esas tres pausadas palabras se paralizó en su totalidad, mientras Ofelia tomaba una de sus manos y la apretaba, dándole a entender con ese pequeño, pero significativo gesto que estaba junto a él.

—Adam... por favor... —replicó Robert, al mismo tiempo que las lágrimas volvían a brotar de las comisuras de sus ojos; su barbilla temblaba y todo su cuerpo expectante parecía derrumbarse, pedazo a pedazo.

—Lo siento, Price, pero... no dejaré que estés a su lado hasta que te quites ese atuendo. No querrás que ella te vea en tan deplorables condiciones, ¿o sí? ¡Das asco, colega! —Le soltó esta vez, luego de una maravillosa sonrisa y un fuerte abrazo que le brindó, desarmándolo, como si su cuerpo estuviera hecho de un material muy ligero—. Te lo dije y te lo vuelvo a reiterar; esa chica al único lugar al que irá será a tus brazos. Así que no pierdas más tiempo, toma una ducha, cámbiate de ropa o, definitivamente, me la quedo yo.

Al comprender lo que su amigo quería decir, Robert no pudo más que llorar sin consuelo, aferrado a sus extremidades, mientras que en su mente pronunciaba unas breves palabras que iban dirigidas hacia el único salvavidas al que se había aferrado para salir con ella a flote.

«¡Gracias, Señor, gracias, Señor... gracias».

Después de transcurrida una hora, al fin pudo verla. Al entrar en la habitación donde se encontraba aún sedada, Robert recordó cada una de las explicaciones que Adam le había dado

sobre cómo había acontecido la intervención. No existía daño neurológico, la hemorragia interna había sido controlada y aparte de un par de fracturas, ella estaba bien. Al menos, eso corroboró cuando sus ojos la analizaron con cuidado. Antes de hablar, antes de expresar la más mínima palabra deseaba cerciorarse por sí mismo si todo lo que había oído era cierto, y cuando sintió que sus pulmones hacían su trabajo con mayor tranquilidad, lo comprobó; Amara estaba de vuelta en su vida para quedarse, definitivamente, a su lado.

Sonrió como su nerviosismo se lo permitió, tomó su frágil mano para entrelazarla y depositó un cálido y suave beso en ella. Después, acercó sus labios a su frente y la besó también en ese mismo lugar, para a continuación hacerlo en cada una de sus mejillas, en sus ojos, y quedarse un instante perplejo, inhalando el dulce aroma que provenía de la suavidad de su piel.

—Flores silvestres —pronunció al rozar la punta de su nariz en la curvatura de su cuello—. Lo recuerdo desde el primer día, cuando me volviste loco en la zona de pediatría —sonrió—. Era un quinto piso y la fragancia a tierra mojada, hojas secas y a flores era verdaderamente inquietante. Tú estabas ahí, desde siempre estuviste a mi lado, hasta que mis ojos pudieron verte, tal y como lo estoy haciendo ahora. —Su mano se deslizó lentamente hacia su castaño cabello, al que acarició, advirtiéndome como respiraba con total normalidad; además del pitido del Helter que le daba a entender que su corazón latía de la misma manera—. Decidí llevarte muy lejos cuando despiertes. ¿Estás de acuerdo? Creo que no tendrás muchas opciones de decir “No”, entidad. —Volvió a sonreír, mientras que un par de lágrimas se derramaban por sus mejillas—. Aunque... respetaré tu decisión. Solo quiero cuidarte, ¿lo sabes?

Se tomó un respiro muy profundo antes de proseguir.

—Sé que puedes oírme, estoy convencido de ello. Por lo tanto, quiero que prestes muchísima atención a lo que vas a oír. Te quiero, mi chica de los ojos celestes. Te quiero tanto, que no imaginas lo que ha sido mi vida desde que... —cerró los ojos al evocar las crueles imágenes de sus sueños y pesadillas, en las que ella aparecía y desaparecía, sin que supiera quién era realmente—. Te metiste muy dentro de mí, y necesito que sigas aquí dentro. Eres la luz de mis días, Amara, mi única razón para creer y dejar de tener miedo.

Robert abrió los ojos muy lentamente, mientras se recomponía frente al miedo que lo estaba carcomiendo.

—Con tu presencia llenaste todos los espacios vacíos de mi vida, liberaste mi alma, me la devolviste, y me hiciste entender que el cielo sí existe después de todo y que se encuentra al alcance de mis manos. Por eso... te pido que abras tus ojos y me mires de la misma forma en que lo hiciste aquella primera vez, cuando me encaraste, ¿lo recuerdas? —Un inquieto temblor lo sobresaltó—. Para ser sincero, jamás pude olvidar ese momento, y estoy seguro que desde ese instante no te pude sacar de mi cabeza. Me transformaste, Amara, lograste que volviera a creer en mí, en lo que un día fui. Pero lo más importante de todo, me hiciste sonreír cuando pensé que ya no lo haría jamás.

Price volvió a suspirar, pero esta vez lo hizo como si le faltara aire, luego de depositar su cabeza a un costado de la suya.

—Óyeme, siénteme, vuelve conmigo y llena mi vida con tu sola presencia. —Tembló irremediadamente—. Y despierta, Amara, por lo que más quieras, quédate a mi lado y dime que me quieres.

—Lo hará. Tengo la certeza de que lo hará más pronto que tarde.

Al oír la voz de Alaric, Robert alzó la mirada hacia una de las ventanas de la habitación, por la cual comenzaba a colarse la luz de la luna.

—¿Hace cuánto estás aquí? —Inquirió un tanto molesto por su inesperada intervención.

—Acabo de llegar. No deseaba interrumpirlos.

—Pero lo hiciste. ¿No conoces el significado de la palabra “intimidad”?

—Es mi hermana y siempre lo será. Prometí no abandonarla.

Ambos guardaron silencio, cuando Alaric caminaba hacia ella y se posicionaba del otro extremo de la cama para admirarla.

—¿Puedo? —Preguntó, queriendo tocarla. Entretanto, Price asintió, contemplando el especial fulgor de la oscura mirada de aquel ángel que, en realidad, no parecía serlo.

Delicadamente, Alaric rozó aquella frágil y pálida mano, a la par que empezaba a recitar una especie de letanía con sumo fervor, la que Price no pudo comprender, pero que oyó de igual manera con atención. Sin duda, le pareció que en ella él rogaba, tal y como él lo había hecho cuando la encontró, luego de acontecido el accidente.

—Tengo algo que comunicarte —prosiguió Alaric un tanto serio.

—Lo que sea, solo dílo sin más preámbulos.

—Cuando ella abra los ojos... no te reconocerá.

El corazón de Robert se detuvo por más que un breve minuto ante el increíble y doloroso enunciado que oyó.

—¿Qué has dicho?

—Lo siento, en ella no hay un pasado. El cielo la ha condenado a no tener recuerdos de su vida anterior.

—¿Cómo que el cielo la condenó?

—Lo que oyes. Amara no sabe de tu existencia, menos recuerda la mía. Su mente está en blanco, Robert, porque al enamorarse de ti, al haber dejado todo por ti, al amarte de la forma tan pura, inocente e incondicional en que lo hizo, lo perdió todo. —Suspiró intensamente—. Yo... lo intenté... juro que intenté que nada de eso sucediera, pero no lo conseguí. Era esto o su destierro al Infierno. —Terminó arrodillándose, pero sin soltar la mano que los mantenía unidos—. Estaba dispuesto a dar mi vida, mis alas, mi alma, todo lo que soy para que nada de esto sucediera, incluso, para que no fuera convertida en lo que ahora es, una mortal más.

Price no daba crédito a lo que oía, menos deseaba pensar que ella no tuviera los recuerdos del amor que ambos se profesaban.

—Me enfrenté al cielo para salvar su alma y lo único que conseguí a cambio fue... esto.

—Tú... —Robert tragó saliva un par de veces, mientras en su interior comenzaba a formarse un nudo de proporciones—, ibas a darlo todo por ella. ¿Por qué? Dímelo...

—Porque es mi hermana...

—No te pregunté quién es, sino el real porqué de tu sacrificio. ¿Qué sientes por Amara? —Lo increpó, ya sacando sus propias conclusiones ante tan reveladoras palabras.

Al comprender hacia donde deseaba guiar la conversación, Alaric besó la pálida mano de su hermana mientras se ponía en pie. A continuación, suspiró hondamente y sonrió, manifestándole con mucha tranquilidad lo siguiente:

—Amor. Un amor que jamás podrá compararse al que tú sientes por ella, o al que ella siente por ti. Prometí, frente a mi Padre, que no la abandonaría y eso es lo que estoy haciendo.

—¿Por eso te convertiste en...?

—¿Tu ángel de la guarda? —Alaric rio mientras una de sus manos acariciaba su largo cabello—. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a reiterar, para evitar dramatizaciones: puedo lidiar con ello. Me basta con que Amara sea feliz, y si decidió serlo contigo, ¿quién soy yo para no respetar sus decisiones?

Ambos se quedaron prendados del rostro de la joven que aún no salía de su letargo.

—Tendrás mucho trabajo desde ahora —le insinuó—. ¿Podrás hacerlo, Robert?

—También puedo lidiar con ello —replicó Price de la misma forma en la que Alaric había pronunciado esa frase.

—Muy bien, porque debes conseguir que te recuerde. A toda costa debes lograr que renazca en ella ese gran amor por el cual dejó el cielo para vivir entre los tuyos. Y cuando eso suceda, hazla feliz, eso es lo único que te pido. —Después de expresar ese último enunciado, la contempló por varios segundos más antes de dirigir sus pasos, nuevamente, hacia la ventana.

—Lo haré. Es una promesa —señaló el joven médico, deteniéndolo con aquella convincente respuesta.

—Tu promesa —le corrigió el ángel enseguida—. Cuídala y protégela con tu vida si es necesario.

—¿No quieres hacerlo tú también?

Luego de oír aquella interrogante, Alaric clavó los ojos en el piso, mientras un leve estremecimiento inundaba su cuerpo.

—Amara no puede verme, ni podrá hacerlo nunca más —confesó, sincerándose.

El pecho de Robert se oprimió ante la profunda congoja que de él provenía, porque sufría; podía percibirlo en la forma en que se mostraba y en cada una de las palabras que pronunciaba con tanta frustración y abatimiento.

—Estás bendecido, humano, mi Padre te ha otorgado una segunda oportunidad, la que yo... jamás tendré.

—Alaric...

Y el aludido levantó una de sus manos en señal de que debía guardar silencio.

—No digas nada, solo... ¿podrías hacer algo por mí?

Robert asintió, sin siquiera ponerlo en duda.

—Ella prometió, antes que todo ocurriera, que nunca me olvidaría. Tú... ¿podrías lograr que algún día... eso sea real?

—Lo será. —Le aseguró Price, convencido de ello.

—Gracias. Después de todo, siempre tuvo razón con respecto a ti. Eres un buen hombre.

Robert bajó la vista hacia ella y suspiró con intensidad, pero cuando la alzó, se dio cuenta que Alaric había desaparecido. Por ende, volvió a situar la mirada en el sereno rostro de Amara, que parecía dormir plácidamente; y de la misma manera que lo hizo cuando llegó a la habitación, la besó, para terminar rozando el puente de su nariz con la curvatura de su cuello.

—¿Qué te parece si te cuento una historia sobre los intermediarios que existen entre el cielo y la tierra? Y de los que no sabía de su existencia hasta que se cruzaron en mi camino, o yo... me crucé en el suyo.

»La verdad, jamás creí en esos seres de luz que abundan entre nosotros y nos resguardan del mal, en especial, en uno de ellos; un ángel guardián, el más valiente de todos, pero con un humor un tanto particular. Su nombre es Alaric, Amara, el ángel de oscura mirada, pero dueño de un gran y noble corazón...

XXI



Sentado sobre una silla, junto a la cama en donde Amara dormía, Robert acariciaba suavemente una de sus manos. Sus ojos, su rostro y su cuerpo denotaban el grandísimo cansancio que llevaba auestas, pero que no mermaba sus poderosas ansias de verla, oírla y sentirla otra vez. Había pasado, prácticamente, toda la noche despierto, velando por su recuperación y pendiente de hasta el más mínimo movimiento que ni siquiera se había presentado. Sabía muy bien que aquello estaba dentro de lo normal, después de la larga y complicada intervención a la cual había sido sometida, pero su desesperación crecía a cada instante al notar cómo seguía sumida en su profundo letargo, como si se negara a despertar y a abrir sus bellos ojos de par en par.

—Aún sigo aquí, y no me moveré de tu lado hasta verme reflejado en ti. Aunque no me reconozcas, aunque no sepas quien soy; aunque no recuerdes al único idiota que te quiere, extraña, y que hasta el día de hoy te contempla embobado —sonrió—. Todo lo que quiero es mantenerte a salvo. —Acercó sus labios hacia la mano que mantenía entrelazada para besarla varias veces, al mismo tiempo que percibía una suave caricia en su espalda que lo sobresaltó. Robert se irguió repentinamente y todo lo que vio fue a Alma con una bella sonrisa estampada en su pálido semblante.

—Solo dale tiempo. Estoy segura que despertará.

—¿Alma? Pero... ¿qué haces aquí, pequeña?

—Cuidarte, cuidarla —manifestó para el evidente asombro de Price, que al entrecerrar la mirada, no comprendía cómo ella había entrado a la habitación y sin que advirtiera su presencia—. Porque no existe fuerza entre el cielo y la tierra que pueda separar el más grande de los sentimientos, como el que ella y tú se tienen.

—Alma...

—Puedes hacerlo, Robert. Solo tú tienes el poder para despertar ese gran amor, como el que un día sentiste por Sofía. Sé fuerte, valiente, lucha por lo que amas. Entrégate, confía y vuelve a vivir. Te lo mereces.

Se paralizó de pies a cabeza cuando oyó de su boca esas significativas palabras, las que por un momento creyó recordar, como si alguien más se las hubiera expresado a lo largo de su vida.

—Mereces ser feliz, y sé que esa felicidad la encontraste de su mano —le acarició el rostro muy lentamente mientras un hondo suspiro se le arrancaba del pecho—. Y cuando eso ocurra... yo estaré lista para partir.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué hablas así?

—Hablo con el corazón, hablo desde el fondo de mi alma, solo que todavía no puedes notarlo.

Price tragó saliva con nerviosismo, cuando un gran nudo se le alojaba en la garganta.

—Porque no solo un par de anillos de boda sellan un compromiso de amor que se ha prometido para toda la vida. ¿O ya no lo recuerdas?

Repentinamente, un poderoso estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza mientras abría los ojos y salía de su somnolencia. Sí, se había quedado dormido.

Se levantó de la silla que ocupaba para admirar a su alrededor y constatar que no había sido todo parte de un sueño lo que había imaginado hace un instante.

—Sofía... —pronunció cuando la boca se le secaba y su corazón latía tan presuroso, como si hubiera corrido la más larga de todas las carreras. Inevitablemente, volvió a estremecerse al evocar las últimas palabras que bien recordaba, en clara alusión a sus votos matrimoniales que había escrito para su esposa el día de su boda.

Y a continuación, llevó sus manos hasta su cabello, el cual alborotó, ambicionando darle cabida a esa inesperada alucinación e inquietas sensaciones que invadían su cuerpo, como si de pronto estuviera distinguiendo más allá de lo que antes ni siquiera podía ver.

Se alejó de la cama, comenzó a caminar por el cuarto, realmente confundido y muy afectado, hasta que unos leves quejidos lo devolvieron a su realidad, deteniéndolo y logrando que su mirada volviera a depositarse sobre quien, en ese instante, lidiaba contra un profundo dolor que la aquejaba.

Amara empezó a desarrollar una lucha interna consigo misma, sin abrir los ojos, entre sollozos y un llanto desgarrador que parecía provenir desde el interior de su alma. Robert, entretanto, llegó hasta ella y la acarició con delicadeza su rostro y sus manos, mientras le susurraba todo tipo de frases que tenían directa relación con el amor que ambos se tenían. Porque al despertar deseaba que la inmensidad de su mirada se depositara en la suya, para que la única persona que pudiese ver y oír en ese primer instante de vuelta de su letargo fuera él.

—Estoy aquí... Por favor, Amara, abre tus ojos —pronunciaba en murmullos, como si cada una de sus palabras fueran fervientes peticiones—. Estás conmigo y yo estoy contigo. ¡Mírame otra vez! ¡Señor, te lo suplico, no la abandones ahora, cuando más te necesita! —Y tras inhalar aire, como si sus pulmones hubiesen dejado de funcionar, ella abrió los ojos y manifestó en un grito ahogado:

—¡¡¡Hermano!!!!

—¡¡Tranquila!! ¡¡Por favor, mantente serena!! ¡¡Estoy aquí y voy a cuidarte, Amara!! ¡¡Lo prometo!!

Cuando él pronunció su nombre, su voz instintivamente se acalló y su vista se dejó caer sobre la suya, para quedarse alojada en su rostro por algo más que un minuto y medio. Sin nada que decirle, se perdió en la profundidad de sus ojos celestes que brillaban y resplandecían de una única manera, tal y como Price bien los recordaba.

A continuación, un perturbador y prolongado silencio los envolvió, cuando sus miradas se confundían en una sola; las lágrimas todavía se deslizaban por el pálido semblante de Amara, las que Robert enseguida limpió con mucha delicadeza.

—No te haré daño —manifestó en un susurro, percibiendo cómo ella se estremecía ante el contacto de su tibia piel—, pero necesito que te mantengas en calma. ¿Puedes hacerlo, Amara?

—Amara... —fue lo único que ella consiguió pronunciar con un dejo de vacilación, pero sin apartar la vista de la inmensidad de la suya, porque extrañamente, algo había en ella que le pedía, le exigía a gritos que la mantuviera ahí—. ¿Quién es... Amara? —Inquirió luego de un instante, con su dulce y frágil voz.

—Eres tú. Es tu nombre —le contestó Price, regalándole además una tierna sonrisa.

—Amara... —replicó la joven algo insegura y confundida—. No lo... recuerdo...

—Lo harás, pero por ahora será mejor que no hables. Estás convaleciente y... —Tuvo que morderse la lengua para no darle más detalles; no era el momento, ya tendría tiempo para ello, cuando estuviera más recuperada; aunque la verdad, lo deseaba... solo quería que ella supiera cuán importante era para su vida.

De repente, sus ojos comenzaron a sucumbir ante la emoción que lo invadía. Lentamente las sensaciones que le producía su tan doloroso y frenético despertar hicieron mella en él y no pudo evitar que algo más que un par de lágrimas rodaran por sus mejillas, dejándolo vulnerable y al descubierto.

—¿Por qué lloras? —Preguntó ella al notarlas.

—De felicidad —contestó él sin titubear, avergonzado, secándose su humedecido semblante.

—¿Por qué? —Insistió la muchacha—. Tú... ¿sabes quién soy?

Price asintió y desvió la mirada de sus labios, los que anhelaba besar, como si los necesitara con urgencia para seguir existiendo.

—Si me conoces, ¿puedes ayudarme? ¿Puedes explicarme qué hago aquí? ¿Puedes decirme quién soy?

—Claro que puedo.

—Entonces, hazlo. ¡Dímelo, por favor! —Expresó esta vez la joven con algo más que desesperación en el tono de su cadencia—. ¿Quién eres? ¿Quién soy? ¡Y por qué siento como si mi mente estuviera en blanco!

—Amara, por favor...

—¡Ayúdame, te lo ruego! ¡Dime quién soy, porque yo... porque yo...! —Cerró sus ojos con fuerza, como si con ello pretendiera vaciar de su mente alguna vaga evocación que le devolviera la tranquilidad que en ese instante no poseía.

—¡Escúchame! ¡Mírame! —Exigía Robert, aferrando sus manos a cada una de sus extremidades—. ¡Te lo ruego, hermosa! —Añadió, dejando que ese específico apelativo se le escapara de los labios, sin que pudiera contenerlo.

Al oírlo, ella abrió sus ojos para quedarse prendada de la vista de ese extraño que la contemplaba como si la conociera de la toda la vida.

—Te veo, pero... no te recuerdo. No sé quién eres o lo que significas para mí.

Aquel par de enunciados le bastaron para que su corazón se partiera en dos, y más, aquella forma en que se lo hizo saber, como si estuviera totalmente convencida de ello.

—Lo harás. Sé que algún día me recordarás. Jamás perderé la esperanza —sonrió, infundiéndose fortaleza—. Por eso te pido que te quedes en mis ojos y veas lo que hay en ellos... —Pero no pudo seguir hablando cuando la figura de Alaric, intempestivamente, se presentó, interrumpiéndolo.

—¡Basta! No la abrumes más, por favor. —Caminó rápidamente hacia ambos hasta situarse a un costado de la cama de la muchacha. Con la oscuridad de sus ojos la analizó con muchísimo afán, mientras una sutil sonrisa le iluminaba el rostro y le agradecía al cielo en silencio—. No sabe quién eres, no sabe cómo se llama o qué es lo que hace aquí, te lo dijo. ¿Qué pretendes? ¿Quieres ayudarla o volverla loca? ¿No comprendes que acaba de despertar, después de lo que ha padecido? —Intentó colocar una de sus manos sobre una de las suyas, pero se detuvo. Quería tocarla, pero a la vez, sabía que era imposible bajo la condición a la que había sido expuesta—. Sé que quieres que vuelva a ti, pero así no lo conseguirás. Solo hazle saber y entender que todo estará bien y que a tu lado no debe temer, que estás aquí, ahora, y seguirás estando, aun cuando su

mente no te tenga donde guarda sus más preciados recuerdos. Ámala con la mirada, Robert, quiérela con el pensamiento, con el silencio de tu voz, con cada uno de tus gestos...

Price suspiró con cada palabra que Alaric manifestaba, porque él tenía muchísima razón, pero su impotencia y frustración crecían de manera abismante al tenerla cerca y no poder besarla, tocarla y hablarle de la forma en que deseaba hacerlo, sumiéndolo rápidamente en la más profunda desesperanza y aflicción.

—Puedes hacerlo, confío en ti.

De improviso, la voz de Amara se hizo audible nuevamente, sorprendiéndolo.

—Tus ojos... ¿Qué ocurre con ellos?

—Nada. —Robert ocultó sus enormes ansias de llenarle el rostro de efusivos besos.

—Pero... tus ojos —insistió la chica, absolutamente convencida de que algo más había en ellos.

—¿Mis ojos? ¿Qué te dicen mis ojos? —Price luchó contra el cúmulo de emociones que osaban aparecer otra vez para derribarlo.

—Es como si pudiera...

—Toma su mano, Robert, pero hazlo suavemente —intervino Alaric muy sutilmente.

Al oírlo, Price lo miró con algo de temor.

—No puede verme ni oírme, recuérdalo.

Por un momento olvidó aquello.

—Aférrate a ella, no tengas miedo. —Insistió.

Y él así lo hizo, deslizando temblorosamente su mano.

—Ahora, repite conmigo, y sin que desprenda su vista de la tuya, una frase que creo conoces a la perfección. Es tu turno de ayudarla. Es tu turno de traerla de regreso a la luz. ¿Quieres hacerlo? ¿Puedes lograrlo?

No comprendió a qué se refería con esas dos interrogantes, no hasta que oyó lo siguiente:

—Dame tu mano, Amara... —comenzó Alaric.

—Dame tu mano, Amara... —repitió Price.

—Camina conmigo...

—Camina... conmigo... —pero antes que el ángel terminara de hablar, se adelantó a sus palabras, porque las conocía y había sido ella quien se las había expresado en innumerables ocasiones—, y cree en mí así, como yo creo en ti.

—¿Crees en mí? —Formuló ella de pronto, muy sorprendida y temerosa.

—Así es, tus hermosos ojos así me lo demuestran.

Alaric sonrió mientras comenzaba a pronunciar su tan característica plegaria, aquella letanía que había orado la noche anterior.

De pronto, una media sonrisa, aunque temerosa, se dibujó en el rostro de la joven, cuando temblorosamente, una de sus manos se dejó caer sobre los dedos del joven y respetado doctor.

—Gracias por mantener viva aquella esperanza.

Luego de aquel sentido enunciado, éste suspiró como si se hubiera quedado, repentinamente, sin aire para respirar.

—Después de todo, sigue siendo nuestra Amara —añadió el ángel, consiguiendo que al segundo de haber pronunciado aquello, su acompañante le clavara la vista y frunciera su entrecejo en claro desacuerdo a su desafortunada opinión.

—¿Cómo que nuestra? Querrás decir “Mía” —corrigió y subrayó concluyentemente.

—Creí que ya éramos amigos, doc; después de todo lo que hemos vivido juntos... ¿Qué no te enseñaron a compartir y a ser generoso con el más desvalido? —Se burló Alaric

despiadadamente.

—Tú no eres, precisamente, un ser desvalido —le soltó Price un tanto molesto, frente a la evidente mirada de confusión que Amara le daba al no comprender con quién hablaba en voz alta, si nadie más se encontraba ahí.

—La generosidad engrandece, Robert. No lo olvides nunca.

—Tú...

—¿Yo qué? —Lo interrogó ella, cuando la risa contagiosa de Alaric sonaba como un eco al interior de la habitación.

Un par de noches después, Nicanor terminaba de arropar a Alma cuando advirtió que alguien los observaba desde el umbral de la puerta. De inmediato le hizo un ademán para que se acercara, a lo que Robert obedeció, caminando hacia ambos, no sin antes contemplar a la pequeña cómo dormía plácidamente.

—Lo siento. No pude llegar antes.

—Debo suponer que la bella Amara despertó.

—Lo hizo, pero no entiendo cómo estás al tanto de...

—Ofelia y Alma —contestó en alusión a cómo se había enterado—. Las buenas noticias por aquí vuelan demasiado rápido. ¿Cómo está?

—Confundida, inestable emocionalmente y... sin recuerdos.

—¿Debido a la lesión cerebral?

—Me temo que sí —respondió, sin entregarle mayores detalles. Adam así se lo había explicado, pero él sabía cuál era el motivo fundamental. Alaric se lo había hecho saber relatándole todo con lujo de detalles. ¿Podía desconfiar de sus palabras, cuando había experimentado tantas situaciones que todavía le costaban asimilar y comprender?

—Lo lamento mucho, Robert.

Y él asintió sin nada más que agregar. De hecho, le costaba en demasía explicar quién era o cómo había entrado a su vida, mal que mal, ninguno de sus más cercanos mantenía nítidos recuerdos sobre su anterior existencia y eso lo complicaba aún más. Y qué podía decir de Ofelia. Esa mujer en vez de mantenerlo sereno se había convertido en la sombra de Amara, pero también en su enfermera personal.

Sonrió. O siempre se había comportado de la misma manera en cuanto a las mujeres que rondaban a su alrededor. Si aún recordaba aquel día en que le había hecho saber su inminente propuesta de matrimonio hacia Sofía.

De pronto, un leve estremecimiento lo sacudió, movimiento que Nicanor no pudo dejar de notar.

—¿Te encuentras bien, Robert?

—Sí, no te preocupes. Solo es cansancio acumulado —respondió, llevándose una de sus manos hacia la frente. Sofía... había tratado por todos los medios posibles de no pensar más en aquel sueño, pero no podía apartar de su mente las palabras que la pequeña niña le había expresado con tanta valentía. Si hasta le parecía que todo ello, de alguna u otra forma, había sido demasiado real—. Quería agradecerte —prosiguió, tratando de recobrar la calma—. Mi hermana me comentó lo que sucedió con ella el día del accidente. Muchas gracias, Nicanor. No sabes lo importante que es para mí que tú...

—Tú menos que nadie debe dárme las —lo interrumpió—. No estás en condiciones de

hacerlo, después de todo lo que has hecho por nosotros, en especial por mi hija —ambos dirigieron sus miradas hacia la pequeña—. Te estaré eternamente agradecido cada día de mi vida, Robert.

—Aun así, Nicanor, muchas gracias. Ofelia es una mujer algo complicada de carácter y embarazada lo es todavía más. ¿Cómo fue que no te espantó? —Comentó, tratando de hacerse el gracioso.

—Pues digamos que... corrí con algo de suerte.

Price enarcó una de sus castañas cejas.

—Además, es una mujer encantadora y... prefiero no seguir refiriéndome a su persona por respeto a ti, y por supuesto, por la forma en como tratas de amedrentarme con la mirada.

Price no pudo evitar sonreír ante su singular enunciado.

—Lo siento, es natural en mí. Adoro a Ofelia, pero a veces me exaspera al grado de querer estrangularla.

—Estrangularla o no, tendrás que hacerte cargo de ella. Creo que aún no asimila el hecho de que está embarazada y que debe cuidarse.

Su acotación lo sorprendió. ¿Desde cuándo él y su hermana compartían tanta familiaridad? ¿Sería por ese motivo que O se lo pasaba metida en el hospital y preguntándole por Alma?

—Lo haré, gracias por el consejo. Y te comunico que después de esta charla, ella y yo tendremos mucho de qué hablar.

Nicanor sonrió de medio lado.

—¿Por qué presiento que debí haber cerrado la boca antes?

Robert se encogió de hombros mientras metía una de sus manos en uno de los bolsillos de su pantalón. Al segundo reconoció lo que había dentro, para terminar sacándolo y sosteniéndolo por un instante. Su pecho se contrajo cuando sus ojos admiraron la cadenita del ángel con las alas extendidas que Alma le había dado antes de partir y que siempre tuvo directa relación con Amara. Ahora podía darse cuenta de ello.

—Es de Alma. Prometí que se lo devolvería a mi regreso. Perdón por el retraso. ¿Se lo puedes entregar, por favor?

—¿Por qué no se lo das tú? —Lo alentó.

Lo haría, quería hacerlo, pero acercarse a ella después de lo que había oído de sus propios labios en aquel sueño lo mantenía intranquilo y bastante desconcertado.

Tras meditarlo, decidió dejar todo de lado para aproximarse y depositar la joya bajo su almohada. Luego, acarició suavemente su cabello, y sin pensarlo, besó su frente y murmuró:

—Gracias, pequeña. Una y mil veces, muchísimas gracias.

20 días después.

La recuperación de Amara fue milagrosa, tanto que ya se encontraba en perfectas condiciones para abandonar el hospital; así lo había determinado Adam, su médico de cabecera, con el cual hablaba de diversos temas, entre los que se encontraba “*el cascarrabias*”, como se refería a Robert cada vez que lo sacaba a relucir en sus conversaciones. Porque gracias a él ella había aprendido a conocerlo y a percibir lo buena y gentil persona que era, aún sin llegar a comprender por qué se negaba a separarse de su lado. ¿Tan bien la conocía? Tanto la... ¿estimaba? Eran algunas de las interrogantes que deambulaban al interior de su cabeza cada vez que lo contemplaba a la profundidad de sus ojos azules, como si con ellos pudiera expresarle más que lo que le decía con palabras.

Price deambulaba por uno de los tantos pasillos del hospital, esperaba impaciente a que Ofelia regresara de su paseo matutino habitual, al que hacía al área de pediatría cada vez que se desaparecía de su vista.

A pesar de lo nervioso que se encontraba, sonreía de bella manera, pero más lo hizo cuando sus ojos no cesaron de admirar la mediana cajita azul aterciopelada que mantenía entre sus manos y que tenía un solo destino, Amara. Tan concentrado se hallaba observándola, que en un parpadeo un sonoro beso en su mejilla lo desconcertó.

—Ya estoy aquí. Y tranquilízate, ella no irá a ninguna parte. —O había regresado con una hermosa sonrisa instalada en su bello y sonrosado rostro.

—Podría decir lo mismo sobre ti, ya que con el correr de los días he notado que has desarrollado un complejo fantasmal que te queda a la perfección.

Su pelirroja favorita sonrió con descaro y le plantó en la mejilla y de improviso, otro de sus cariñosos besos.

—No quieres que te dé los detalles, ¿verdad? No, no los quieres.

Price quiso responderle, pero se contuvo; había decidido no inmiscuirse en su vida, en sus relaciones o en sus decisiones, a menos, claro, que constatará que no eran las más acertadas, pero con respecto a Nicanor y lo que fuere que estuviese sucediendo entre ambos, podía hacer la vista gorda. ¿Por qué? Porque lo conocía, tan simple como eso. Además, estaba el hecho de que ni siquiera se asemejaba al “prototipo” de hombre por el cual Ofelia se derretiría como hielo al sol. No, él era más bien un hombre normal, generoso, muy inteligente y consecuente en sus actos y emociones, todo lo que el imbécil del ex novio de su hermana no poseía, ni jamás llegaría a tener. ¿Y qué podía decir del incondicional amor que le profesaba a su hija, por la cual, día a día, lo entregaba todo? Nada más, que era incomparable.

—En realidad... —sostuvo, contando hasta diez—, solo saber si te estás cuidando lo suficiente con respecto a tu embarazo.

—Estoy cuidándome y alimentándome perfectamente. No te preocupes por mí.

—Craso error. Me preocupo por ti porque te conozco, porque te quiero, y porque me guste o no, sigues siendo mi hermana, y eso, para mi mala suerte no va a cambiar. —Bromeó.

—Me encanta cuando te pones así, como un maniático que quiere saberlo todo. ¿Me dejas que te coma a besos, Rob?

Robert rodó los ojos mientras suspiraba y oía cómo ella reía, contentísima.

—Tranquilo. Todo está bien conmigo y este maravilloso bebé, del cual tú y yo tenemos que hablar.

Price iba a abrir la boca, pero se contuvo ante su clara señal; Ofelia no deseaba escucharlo.

—Necesito que me oigas y que prestes muchísima atención, porque diré algo muy importante y no quiero interrupciones de tu parte. Así que... ¿Prometes que no te volverás un energúmeno cuando lo sepas?

—O...

—¿Me lo prometes o no?

—Habla.

—No antes que expreses un: *“te lo prometo, hermana querida y bella”*.

—¿Puedo obviar el “querida y bella”? —Atacó, sorprendiéndola.

—¡¡Robert!!

—De acuerdo. Una vez que me lo digas, lo escucharás, antes, ni lo sueñes. Ahora, sea lo que sea dilo ya, que también necesito hablar contigo de algo importante.

Ofelia lo pensó bien antes de abrir la boca; de más estaba decir que lo que saldría por ella

era complicadísimo, porque tenía directa relación con su bebé y el padre de éste.

—Price, lo he meditado mucho y... a partir de todo lo que ha sucedido con aquella chica, a la que quieres con todo tu corazón y que aún no tengo muy claro cómo llegó a tu vida, a tus emociones, a las mías... que todo puede cambiar en cosa de segundos, que podemos perder de un instante a otro lo que nos hace feliz, lo que nos llena el alma... he decidido contarle la verdad a Bob. No se merece que lo engañe, no como lo hizo conmigo. Porque mi hijo o hija sabrá que tiene un padre, aunque éste sea un grandísimo imbécil. No quiero tus recriminaciones, no quiero tus regaños o tus gritos. Te recuerdo que estamos en un hospital y que...

Sin que pudiera advertirlo o hasta vislumbrarlo, Robert terminó abrazándola con cariño.

—Deja de parlotear, hermana querida y bella. Hagas lo que hagas, decidas lo que decidas, estoy contigo y siempre lo estaré.

Los ojos de Ofelia se aguaron en el mismo instante en que lo oyó pronunciando aquello con tanta dulzura; sabía que lo decía desde corazón y no para quedar bien con ella. Por lo tanto, se aferró a su cuerpo e intentó reprimir sus imperiosas ansias de llorar como una niña pequeña.

—No lo hago por él —le advirtió O sensatamente.

—Sé por qué lo haces y estoy de acuerdo, pero... —se separó de su cuerpo para admirar la intensidad de su mirada—, lo quiero lejos de ti. Sé que no estoy en condiciones de exigirte nada, pero si observas bien a tu alrededor, estoy seguro que encontrarás a alguien mucho mejor que ese miserable. Solo tienes que abrir tus ojos, pelirroja, y darte cuenta de ello.

—¿Por qué presiento que estuviste hablando de mí con Nicanor?

Robert no pudo evitar sonreír frente a la interrogante planteada.

—Porque quiero que seas feliz.

—Definitivamente, ¡te voy a comer a besos, gruñón! —Lo besó en sus mejillas y en sus ojos, todo a vista y paciencia de los que allí se encontraban.

—¡Ya no somos unos niños! —Exigía Price a viva voz, ambicionando escabullirse de su efusiva muestra de desmesurado afecto.

—¡Niños o no, sé que te encanta, aunque rezongues! Pero más te encantaría si fuera Amara quien te los diera, ¿o me equivoco?

—No, no te equivocas. —Guardó silencio, recordando lo que aún sostenía en una de sus manos—. Ahora es mi turno.

—¿Turno de qué?

Sin perder más tiempo, terminó extendiendo frente a ella el presente que había comprado muy temprano por la mañana, antes de dejarse caer por el hospital.

—Quiero que se lo des, por favor.

—¿Y por qué no lo haces tú?

—No quiero abrumarla. No voy a agobiarla con mi presencia, menos con lo que siento y que no puedo expresar tan abiertamente. Si va a recordarme, necesito que lo haga paso a paso, aunque a cada segundo de mi vida me esté muriendo por no poder abrazarla y besarla como tanto ansío hacerlo.

Ofelia alzó una de sus manos para acariciar con ella su atribulado semblante.

—Y sé que lo hará. Ella terminará recordándote y queriéndote mucho más que antes, te lo aseguro. Solo ten paciencia, por favor.

«*Bendita y soberana paciencia...*», pensó Price.

—De acuerdo. Se lo daré. Ahora, dime, ¿qué hay en su interior?

Robert dibujó en sus labios una hermosa sonrisa mientras evocaba el contenido de la cajita, la que simbolizaba lo que ella significaba para él.

—Un ángel —manifestó con todas sus letras—. Un magnífico y precioso ángel de luz.

Amara observaba por la ventana de su cuarto los jardines del hospital cuando oyó que la puerta se abría. Por ende, volteó enseguida la mirada para encontrarse con Ofelia, la hermana de Robert, a la que conocía y había comenzado a tomarle un inusual aprecio.

—¿Hola? ¿Hay alguien aquí? —Se anunció O, dirigiendo sus pasos hacia ella.

La joven sonrió, cuando los brazos de la pelirroja comenzaban a estrecharla entre los suyos.

—Aún sigo aquí —respondió la chica tímidamente—. Adam ya me informó de todo.

—Lo sé. Estuve con él cuando llegué al hospital; se está encargando de la burocracia de este sitio para que podamos llevarte a casa.

—¿A casa? —Inquirió Amara algo inquieta.

—Sí, a casa. No imaginas lo loco que se volvió mi hermano cuando le dieron la noticia. Solo quiere que salgas de aquí y te recuperes tanto o más de lo que ya lo estás haciendo.

—Se preocupa demasiado y yo...

—Solo debes dejar que te cuide.

—Pero...

—Él quiere hacerlo y nadie lo está obligando. Créeme, Robert quiere protegerte; eres demasiado importante en su vida. Quizás ahora no lo comprendas, pero llegará un día en que te darás cuenta de ello.

—Aun así, está adquiriendo muchas obligaciones con una completa desconocida, y que no le corresponden. Yo... no merezco tanto, Ofelia.

—Te mereces eso y mucho más. Ven aquí —le pidió, guiándola hacia la cama para que se sentara junto a ella—. Te aseguro que mi hermano daría todo lo que tiene y lo que no por tu bienestar. Eres y serás lo mejor de su vida y eso no cambiará, a menos que tú lo desees.

—A veces, cuando me observa... es como si yo... supiera quien es. Mi mente...

—Todo a su tiempo —le insinuó, cuando una de sus manos alcanzaba su largo y sedoso cabello para acariciarlo—. Por de pronto, tengo algo para ti. —Le tendió la cajita azul sobre su regazo.

—¿Qué es esto? —Preguntó Amara realmente asombrada con lo que tenía frente a sus ojos.

—Es un regalo. ¿Por qué no lo abres? ¡La curiosidad me está matando!

—Tú...

Ofelia movió su cabeza de lado a lado.

—Robert —corrigió.

—¿Robert? ¿Y dónde está?

—Esperándote. ¡Pero vamos, abre el presente, por favor, que me estoy muriendo de la angustia!

La joven tragó saliva cuando sus temblorosas manos empezaban a manipular la cajita para abrirla. Y cuando sus ojos se quedaron, prácticamente, atraídos por la hermosa y brillante cadena de oro, de la cual colgaba un dije que poseía un ángel femenino que tendía una de sus manos hacia la figura de un hombre que se encontraba arrodillado frente a él, como si estuviera pidiendo clemencia, no pudo más que guardar silencio frente al estremecimiento que la invadió.

¿Y Amara? Sin habla se quedó al observar la imagen, que por un momento se le hizo demasiado familiar. Porque algo existía tras ese significativo detalle, algo que añoraba y

anhelaba, como si lo hubiese perdido en algún instante de su vida. Pero ¿qué? ¿Qué había perdido para sentirse así, tan extrañamente?

—Deja que te ayude a colocártela.

—No —expresó de inmediato—. No puedo aceptarla. Esto es demasiado. Lo siento. —Cuidadosamente cerró la cajita y se la devolvió, pero O se negó a recibirla.

—Es un regalo y mi hermano no espera nada de vuelta, si eso es lo que más te preocupa. Si no quieres aceptarla, estás en todo tu derecho, pero ¿por qué no lo piensas mejor?

—No tengo nada que pensar, Ofelia. Ya te lo dije, es demasiado para mí. Y además, siento que no la merezco.

—Él no lo cree así, Amara. ¿Por qué no lo meditas y esperas a que lo tengas enfrente para decírselo? Si después de ello aún no quieres aceptarlo, se lo explicas y ya. ¿Te parece sensato?

La aludida alzó el rostro para encontrarse con su mirada.

—¿Por qué un ángel?

—No lo sé. Tal vez... eso significas para él.

Sus ojos regresaron a la cajita y luego ascendieron hasta Ofelia, quien le brindó una tierna sonrisa, cuando la puerta de la habitación se abría y Adam junto a Robert hacían ingreso a ella.

—¿Alguien está lista para ir a casa? —Pronunció firmemente su médico de cabecera, cuando su vista se dejaba caer sobre las dos mujeres que se encontraban sentadas al borde de la cama. Price, en cambio, solo tuvo ojos para admirar la belleza de una de ellas, quedándose absorto en su precioso rostro, en sus finas y delicadas facciones, en la manera en que sonreía y a la vez, ocultaba su nerviosismo, para finalmente contemplarlo.

Robert suspiró, pero mantuvo la vista fija todo el tiempo en ella, en la única mujer que quería por sobre todas las cosas, y a la que recuperaría tarde o temprano, siendo ese su mayor propósito y única convicción.

—¿Me dejas que te lleve a casa, Amara? —Preguntó sin vacilar, luchando contra todas las enormes emociones que lo invadían.

Y cuando ella le devolvió la mirada de la forma más maravillosa y dulce que pudo otorgarle y sus resplandecientes ojos hablaron por si solos, Robert comprendió que en ese momento las palabras parecían sobrar, porque había dicho que sí, pero se lo había mencionado, más bien, con el pensamiento.

XXII



Robert admiraba el atardecer a través de los enormes ventanales de su piso, mientras su hermana se encargaba de Amara en la habitación que ahora ocupaba; intentaba mantenerse al margen de ciertas cosas, por su bien, y por supuesto, por el suyo; se lo había propuesto, autoimpuesto, y lo conseguiría aun a costa de sus propias convicciones. Su único objetivo en la vida y que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos era ella, por la cual estaba dispuesto a entregarlo todo; a pesar de que también podía...

Movió la cabeza de lado a lado, negándose a esa clara posibilidad. ¿Perderla?

Suspiró profundamente con la taza de café humeando entre sus manos, evocando las palabras que Alaric le había expresado sin ningún tipo de vacilación: *“Fue castigada por enamorarse de ti, por amarte de la forma más pura e incondicional que existe, la que no nos está permitida. Se supone que nuestra única misión en esta vida es guiar a los humanos a través de su camino, de sus propias decisiones, sin interferir en ellas o en su libre albedrío, pero Amara fue mucho más allá. Lo dio y lo daría todo por ti una y otra vez, porque es una cabeza dura y creo que eso tú lo sabes mejor que yo. Y ahora la tienes nuevamente frente a ti y sin ningún tipo de recuerdos, los que le fueron arrebatados por su pecado cometido. No me mires así, porque las leyes que nos rigen lo dictaminan de esa forma. Te lo puedo asegurar, Robert, yo... tengo cierta experiencia en eso”*.

—Pecado... —pronunció bajito tan solo para sí mientras bebía un sorbo de su café y pensaba en tantas cosas. ¿Por qué amar debía ser un pecado, cuando Jesús lo había hecho de la misma manera por nosotros, dando su vida a cambio de su propio padecimiento y muerte en la cruz? ¿Por qué amar a alguien con todo su corazón tenía que ser un pecado, cuando era el más hermoso de todos los sentimientos? Eran algunas de las interrogantes que se planteaba, mientras el sol caía, dándole paso a una brillante luna llena que lentamente tomaba su lugar en el amplio cielo que comenzaba a ennegrecerse.

De pronto, una leve caricia percibió en su espalda, seguida de una voz que bien conocía, Ofelia estaba allí, y por lo que veía, lista para partir.

—Gracias.

—¿Por qué me las das?

—Por todo lo que haces por ella y por ti.

Al oírla, Price se sonrojó.

—Solo quiero que esté bien. Yo...

—La amas con todo tu corazón y eso no tienes que decírmelo, porque se ve a simple vista —dejó caer su cabeza a un costado de su extremidad—. Y sé que ella lo hace de la misma manera, solo que todavía no lo comprende.

—Amara es... mi vida, Ofelia.

—Y tú eres la suya, cascarrabias. Así que no quiero verte ir por ella como un soberano idiota que camina como si fuera un zombie. Tienes mucho trabajo por hacer y mañana te reincorporas al hospital.

—Gracias por lo que me toca y por tu sinceridad; eres un amor de persona. Y por favor, no me lo recuerdes. De solo pensarlo...

—De solo pensar ¿qué? Tienes una vida y debes entender que Amara no saldrá huyendo por esa puerta mientras yo esté aquí para cuidarla.

Se quedó incrédulo ante lo que oía.

—¿No deseabas que dejara de correr? ¿No querías que me cuidara mucho más de lo que ya lo estoy haciendo por el bienestar de tu sobrino o sobrina? Pues seré la mujer de tus sueños y tus pesadillas. ¿Qué te parece, hermanito?

—Creo que... me parece perfecto. Sinceramente, puedo lidiar contigo sin querer estrangularte a cada momento del día. —Dejó el café sobre una mesa de junto para terminar estrechándola en un cariñoso y efusivo abrazo.

—¡Sabía que tarde o temprano terminarías queriéndome todavía más! —Bromeó Ofelia, cuando sus manos acariciaban su cabello—. Y viniendo de ti hasta me asusta. ¡Esa chica sí que le ha hecho un gran favor a tu vida!

—¿Un gran favor? No, ella ha conseguido más que eso, me ayudó a renacer, a encontrarme a mí mismo, a aceptarme tal cual soy, a no vivir del pasado, sino a aprender de cada paso que di y que, quizás, no fue el más acertado. A valorar a quienes tengo a mi lado, a querer y a dejar que me quieran, y lo más importante de todo, a amar sin condiciones, con todo mi corazón y mi alma puesta en ello.

—¡Ay, Robert! ¡No sé si son mis hormonas, pero creo que voy a llorar! —Se quejó para luego abrazarlo fuertemente—. Y si sigues hablando así, terminarás convirtiéndome en una experta del llanto.

Price se separó para admirar su lindo rostro y limpiar las lágrimas que se deslizaban presurosas por sus mejillas.

—No quiero eso, ni nunca lo querré. Me basta con que estés aquí, poniendo mi vida de cabeza, que tenerte llorando por los rincones. Además, prefiero ver esa maravillosa sonrisa tuya que me ilumina el alma que cualquier otra cosa.

Ofelia se quedó sin habla cuando lo oyó. ¿Era su hermano? Realmente... ¿era el genuino energúmeno? ¿El cascarrabias de siempre?

—Lo veo y no lo creo.

Robert volvió a sonreír mientras depositaba un tierno beso en su frente.

—Pues tendrás que aprender a convivir con este nuevo yo.

—¡Míster Dulzura en todo su esplendor! —Agregó O, riendo a sus anchas—. Eres increíble, ¡me fascinas! Además, prefiero a ese nuevo ser, con tal de no tener que luchar con tu malhumor cada momento del día...

Price situó ambas manos en su cabeza, después de reír con cada uno de sus comentarios.

—¡Cuidado, mundo! ¡El guapo Robert Price está de vuelta!

Unos minutos después, ambos se despedían en el umbral de la puerta.

—Te comportarás, ¿de acuerdo?

—Lo haré, Ofelia.

—Mantendrás esas manitas tuyas, al igual que esa boca bien quietecitas, o te las verás conmigo.

—Te estás tomando muchas atribuciones que no te corresponden.

—Te conozco, así que deja de sonreír como un idiota y no la atosigues. Ella te necesita mucho más que antes, pero cuerdo.

—Solo vete y cuídate, por favor.

—¿No me responderás?

—¿Qué quieres que te diga, si ya lo sabes todo! Ahora, da media vuelta, médium, y móntate en ese bendito elevador.

Su hermana le lanzó un sonoro beso mientras dirigía sus pasos hacia las gruesas puertas de acero que comenzaban a abrirse muy lentamente.

—¡Nos vemos mañana temprano!

—¿Qué descanses, loca! —Le gritó antes de que las puertas, finalmente, se cerraran por completo.

—¿Quién es loca? —Preguntó Amara con una singular sonrisa dibujada en el rostro y con sus ojos pegados a la figura de Price, que apenas la oyó, dio un brinco.

—¡Maldición! —Chilló bajito, porque su voz, junto a su insólita y sorpresiva aparición lo había asustado de sobremanera—. ¡Sigues haciendo eso! —Evocó esas veces, cuando ella aparecía de la nada, como si fuera un fantasma.

—¿Qué hago qué?

—Aparecer, Amara —contestó, cuando se disponía a cerrar la puerta.

—¿Te asusté? ¿Eso es lo que tratas de decirme?

—¿Asustarme? ¡No, qué va!

—Sí, asustarte. Por eso brincaste de esa forma. ¡Admítelo!

Robert cerró los ojos y sonrió.

—De acuerdo, sí, me asustaste.

La sonrisa que se instaló en el rostro de quien tenía enfrente lo desarmó por completo, porque ella parecía que poco a poco comenzaba a perder ese temor que había instaurado a su alrededor, desde que ambos se habían contemplado por primera vez, luego de todo lo acontecido.

—Me gusta... verte sonreír, Amara —se sinceró, cuando claramente iba a decirle “*amo verte sonreír*”. Estaba aprendiendo a morderse la lengua y ¡vaya que tenía que hacerlo a menudo!

—Me gusta... estar aquí, con Ofelia y contigo, aunque no comprenda muy bien por qué cuidan tanto de mí.

Ahora, ¿qué debía decirle? ¿Qué la quería tanto, y que por ella haría lo necesario una y otra vez?

—Lo entenderás, solo es cosa de tiempo de que eso suceda —añadió, escabulléndose de su rostro para no dejarse llevar por sus labios, a los que deseaba con irremediable locura—. ¿Te apetece comer algo? —Dirigió su andar hacia la cocina, tenía que cambiar el tema de la charla, y por su bien, debía hacerlo ya.

—Gracias, pero así estoy bien. Solo deseaba saber si Ofelia se había marchado.

—La verás mañana, se hará cargo de ti y tú de ella.

Amara no comprendió a qué se refirió con ese enunciado, hasta que Robert se lo hizo saber.

—Mi hermana está embarazada, y prefiero tenerla aquí que deambulando quién sabe dónde, y corriendo como una loca desquiciada por las calles de la ciudad.

Su asombro se hizo notar en el mismo instante en que lo oyó, y tras rápidos pasos se acercó hacia la mesa de granito que separaba la sala de la cocina.

—¿Embarazada?

—Sí, tendrá un bebé. Por ende, debe cuidarse y mantenerse tranquila, cosa que por sí sola

no logra hacer. Además, mañana me reincorporo a mi trabajo y quién mejor que ella para que cuide de ti en mi ausencia.

—¿Por qué haces esto?

Aquella interrogante lo aturdió, y más lo hizo el tono de voz que empleó para preguntárselo; aquella seriedad a la que tanto le temía. ¿Existía una razón? Pues claro que la había, pero no una, sino muchas de ellas.

—Porque confío plenamente en ella, así como también deseo que te recuperes y que estés a gusto en ésta, que también es tu casa.

—¿Mi casa? —Inquirió confundida.

—Sí. Este también es tu hogar, como lo es de Ofelia. —Debía meditar bien qué es lo que diría para evitar cualquier desconcierto que lograra hacerla desvariar o querer marcharse. Entretanto, Amara volteó la vista para admirarlo todo, como si no creyera una sola palabra de lo que él expresaba, hasta que dejó caer sus ojos en los amplios ventanales que daban hacia el balcón. Quedamente comenzó a caminar hacia ellos, y cuando Price advirtió lo que hacía, la siguió de cerca, pero siempre otorgándole espacio.

—¿Por qué no la siento así? ¿Por qué todo esto es nuevo para mí, Robert?

Cada vez que pronunciaba su nombre, cada vez que emitía un sonido con su suave voz, él se estremecía de tal manera que no sabía qué responder.

—Tu lesión... —le recordó—, de la cual te estás recuperando. No es bueno que fuerces tu mente en busca de lo que... perdiste.

—Crees que algún día yo pueda recuperar lo que...

—Estoy convencido —la interrumpió—. Recordarás lo que un día te hizo feliz, lo que siempre fue tuyo, y lo que aún espera por ti.

—¿Cómo puedes afirmarlo con tanta seguridad?

«Porque soy parte de ello, y porque soy yo quien espera, pacientemente, por tu regreso».

—Porque... soy médico.

Un fugaz suspiro proveniente de su pecho lo dejó sin respiración.

—Adam dijo que eras uno de los mejores.

—Amo mi trabajo y más que una vocación, es una parte fundamental de mi vida.

—¿Solo una parte?

—Así es, porque la otra parte... en fin, deberías descansar —se contuvo—, hoy ha sido un largo día y todavía estás convaleciente. No quiero tener a Adam reprochándome después que no te estoy cuidando lo suficiente.

—Lo haces y eso es innegable —le afirmó, mientras sus ojos volvían a posicionarse sobre el cielo estrellado—. Es... hermoso, ¿no crees?

Un instante de quietud y silencio los envolvió, uno que se quebrantó cuando Amara caminó hacia él y le pidió que la acompañara. Robert así lo hizo, de cerca, sin apartar la vista de cada uno de los gráciles movimientos que realizaba con tanta femineidad. Y cuando llegaron al cuarto que ella ocupaba, se detuvo en el umbral de la puerta, negándose a entrar en él.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Fue la escueta respuesta que le dio.

—Robert, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro que puedes.

Amara tragó saliva antes de volver a hablar.

—¿Que perdiera cada uno de mis recuerdos, no significa que me haya convertido en otra persona, verdad?

—No. Definitivamente, sigues siendo tú.

Asintió al oírlo con muchísima atención, al mismo tiempo que sacaba la cajita aterciopelada azul que mantenía al interior de una de las mesitas de noche.

—Creo que esto es tuyo —manifestó, sosteniéndola frente a sus ojos.

—Te equivocas, es tuya —la contradijo, sin siquiera levantar una de sus manos para tomarla.

—Robert... no puedo aceptarla, sea cual sea el motivo por el que me la estés obsequiando.

—Sí, puedes, Amara. Quizás, no ahora, mañana, o la próxima semana, pero me gustaría que la conservaras, aunque solo sirva para que la admires.

—¿Por qué? ¿Por qué tienes tanto interés en que la conserve?

La razón era bastante simple: Lucía y Alma, sus dos pequeñas grandes amigas.

—Porque simboliza a un ángel guardián. ¿Sabías que todos tenemos uno, como dice la oración?

—Un... ¿ángel guardián?

—Así es. Un ser de luz que te protege a cada paso que das. No los puedes ver, a menos que creas fervientemente en ellos.

Amara entrecerró la mirada viendo como él se animaba a entrar al dormitorio, como caminaba hacia ella, acercaba sus manos a la cajita y comenzaba a abrirla.

—Hace algún tiempo no creía en su existencia, hasta que conocí a alguien muy especial que me hizo comprender que ellos se encuentran aquí, entre nosotros.

—¿Cómo lo hizo? Cuéntame, por favor...

—Con su tenacidad, con su valentía, su dulzura y su inocente y más puro amor. Y qué te puedo decir de su terquedad... —sonrió maravillosamente—. Sin ella... yo no habría podido ver la vida como lo hago ahora.

—¿Ella? —Volvió a entrecerrar la vista, curiosa de conocer más acerca de lo que él hablaba.

—Sí, ella. Creo que fui muy afortunado de que mi ángel, o más bien, aquella “entidad” fuese femenina. —Evocó.

—Disculpa, pero... no comprendo.

—No hay mucho que comprender, Amara, cuando solo debes creer.

—¿Al igual que lo haces tú?

—Sí, y con el fervor de tu corazón, donde se encuentran todas las respuestas.

La joven bajó la vista hacia la medalla para admirarla por un prolongado momento. Luego, una de sus manos delineó el contorno de la imagen y sus alas, para terminar en la figura del hombre que se arrodillaba frente a ella.

—Tú... ¿conoces esa oración? Me gustaría... aprenderla.

Después de un profundo suspiro que Price emitió, como dando gracias implícitamente con ella, comenzó a pronunciar unas particulares palabras ante la atenta vista de quien parecía fascinada con lo que oía.

—“Ángel de mi guarda,

dulce compañía,

no me desampares de noche ni de día.

Protégeme con tus alas y así no me perdería

aquí y en la hora de mi muerte.

Amén”.

De pronto, los ojos de la joven brillaron con una intensidad única, como si el poder de

aquellas palabras le hubiera ocasionado un profundo sentimiento de bienestar.

—Repítela, por favor —pidió como si lo necesitara. Y Price lo hizo sin chistar, dejando que una media sonrisa le iluminara el rostro.

—¿Quieres orarle al tuyo?

Amara abrió los ojos como platos.

—¿Al mío? Yo... ¿también tengo un ángel guardián?

—Todos tenemos uno, y el tuyo seguramente está aquí, en algún lado, y muy cerca de ti. Es más, si le rezas como lo hago yo, tú también podrás encontrarlo.

Sin creer lo que manifestaba, Amara observó cómo Robert tomaba la cadenita entre sus manos, le extendía una de sus palmas y dejaba que, lentamente, la joya cayera sobre ella.

—Solo te pido que la conserves, es muy importante para mí. Piénsalo; si después de ello decides que no la quieres... lo entenderé y no volveré a pedirte que te quedes con ella.

La chica alzó la vista cuando un sollozo se le arrancó del pecho.

—Tú... ¿tú eres mi ángel guardián?, ¿por eso me proteges tanto? —Quiso saber, sin desprender la mirada de la suya.

—No. Soy solo un hombre de carne y hueso, Amara.

—No eres solo un hombre, eres mucho más que eso. Tú... eres especial.

Un estremecimiento tras otro recorrió su cuerpo con frenesí, mientras oía sus palabras y el modo en que las pronunciaba, tan dulcemente. Price tuvo que tragar saliva varias veces para recuperarse de la impresión y aunque trató de rebatirlas, no pudo hacerlo, porque simplemente, ella lo había enmudecido.

—Tal vez... también existan ángeles de carne y hueso como tú.

—¿Por qué dices eso? —Intentó recobrar el tono de su voz, rememorando ese día en el hospital las palabras de Alaric, cuando se lo manifestó en alusión a la figura de su colega y amigo.

—Porque lo oí en mis sueños —confesó Amara—. Alguien me lo decía.

—¿Quién?

—Alguien que poseía una mirada oscura, pero a la vez, un noble y gran corazón.

A la mañana siguiente Price, como de costumbre, terminaba de beber su café matutino mientras observaba su reloj de pulsera que marcaba las 07:10 A.M. En tanto, Ofelia acababa de llegar, dispuesta para comenzar un nuevo día.

Luego de darle las indicaciones correspondientes, las que su hermana oyó de principio a fin y sin rebatir una sola de ellas, Robert se marchó, no sin antes observar hacia el pasillo que iba hacia las habitaciones, esperando que Amara apareciera y le dedicara un pequeño vistazo con el cual él percibiera que todo iba a estar bien.

Mientras conducía hacia el Hospital Santa María de la Asunción en medio del caótico tráfico de esa mañana, cada uno de sus pensamientos iban dirigidos hacia una sola persona; además de evocar la charla que se había suscitado entre los dos la noche anterior.

Suspiró. Debía ser muy prudente con cada palabra que salía de sus labios y más, si deseaba que ella recordara que lo quería, pero a veces sus ansias eran tan grandes y avasalladoras que, por más que lo intentaba, solo alcanzaba a morderse la lengua, evitando así no hablar de más.

No, no podía convertirse en un maldito egoísta que solo deseaba su propio bienestar. Podía esperar, sería paciente el tiempo que fuese necesario para recuperarla.

Liberando una de sus manos desde el volante, acarició su barbilla cuando una grave voz lo

sacó abruptamente de sus atribulados pensamientos.

—¡Buenos días! —Se anunció Alaric, apareciendo inesperadamente a su lado—. ¿Qué tal ha sido tu despertar, viejo amigo?

Por inercia y la deliberada aparición del ángel, Robert frenó su coche justo cuando un semáforo cambiaba de color.

—¡Qué mierd...! —Exclamó sobresaltado, admirando de reojo al ángel que ahora se encontraba a su lado, quien le sonreía con satisfacción—. ¡Quieres matarme! ¿O que provoque un accidente?

—Lamento informarte que no puedes morir, así que despreocúpate. Eso todavía no pasará.

—Definitivamente, quieres joderme la vida. ¿Qué no puedes aparecer como lo hace una persona normal?

—No soy una persona, Robert. Por de pronto, solo pasaba por aquí para saludar, así que despeja tu mente y no pienses tanto en ella; ya sabes a quien me refiero. Enfócate mejor en lo que haces, por favor, como en este momento.

—Como si fuera tan fácil...

—No lo es ni lo será, eso lo sé muy bien, pero por ahora no tenemos otras opciones más que aguardar.

Una sombría mirada de Robert se dejó caer sobre el semblante de aquel ángel, que no le quitaba la vista de encima.

—¿Tenemos? —Sonrió sarcásticamente—. Disculpa, pero eso me supo a muchos.

—Tendrás que acostumbrarte, viejo amigo. —Se burló—. No desapareceré así como así de la vida de Amara. Hazte la idea.

—Lo noté. Anoche me lo dio a entender —confesó Price, reanudando la marcha.

Alaric no comprendió sus palabras, no hasta que su viejo amigo prosiguió.

—Así que... ¿Le hablas en sus sueños?

—Lo hago —contestó Alaric de forma inmediata, no iba a ocultárselo—. En realidad, lo intento, aunque sé que...

—Ella te escucha —prosiguió Price, desarmándolo con aquella particular confesión. Al oírlo, el semblante del ángel se contrajo en una mueca de dolor, como si con aquel par de palabras le hubiera abierto más que una puerta que creía completamente cerrada—. Amara te escucha en sus sueños, Alaric. No puede verte, pero sí sabe que hay alguien ahí, al que no debe temerle.

Y el aludido no dijo nada, más bien, guardó silencio, mientras en su rostro se trazaba la más hermosa y genuina sonrisa de satisfacción.

—Nunca te ha olvidado, como bien se lo pediste. Al menos... tu voz y tu mirada aún siguen vivas dentro de su mente y en su corazón —agregó Robert, sin apartar esta vez la vista del camino, apretando con más fuerza el volante, como si con ello intentara despojar de sí un cierto grado de frustración que lo abrumaba.

—Lo prometió —respondió Alaric en un suave murmullo, sin llegar a creer en esa increíble posibilidad.

—Me alegro por ti. Sinceramente... me alegro que así sea.

La oscura vista del ángel se cernió nuevamente sobre el semblante de quien conducía, al que observó a cabalidad, pudiendo constatar en cada una de sus palabras cómo sufría y cómo dolía lo que, obviamente, con él no ocurría de la misma manera.

—Todo estará bien. Confía en tu amor, en tu entrega y en ella. No decaigas. Jamás pierdas las esperanzas.

Al oírlo, Price movió su cabeza de lado a lado mientras cerraba los ojos por tan solo un

segundo, y cuando los abrió, volteó la mirada hacia el costado, encontrando aquel lugar completamente vacío, porque así como había aparecido, él se había marchado.

—Bendito seas, Alaric —pronunció, percibiendo una incesante opresión en su pecho.

Ofelia y Amara daban un paseo por uno de los tantos parques que se encontraban en las cercanías del edificio en el cual ahora residía junto a Robert. Decidieron aprovechar el hermoso día, junto a los rayos del sol que entibiaban la brisa matutina que jugueteaba y revolvía sus largos y dóciles cabellos.

Amara percibió que a cada paso que O daba se llevaba las manos al vientre, al que acariciaba con fascinación. A la vez, podía notar en su rostro lo feliz que se encontraba por la pronta llegada de su bebé, que seguramente cambiaría su vida de la forma más maravillosa que alguien pudiese llegar a concebir.

—¡Felicidades! —Pronunció de pronto, sorprendiéndola.

Ofelia guardó silencio, tragó saliva y trató de comprender a qué se refería con ello.

—Por tu bebé y por ti. Serás una madre magnífica.

—¿Cómo lo supiste?

—Hay mucha gente que se preocupa por ti y por tu bienestar.

—No hay mucha gente, sino Robert. Él fue quien te lo dijo, ¿verdad?

—Sí, y también me pidió que te cuidara, y eso pretendo hacer.

—Creo que estás errada, porque ese es mi trabajo y no el tuyo. Aquí la única que...

—Es lo mínimo que puedo hacer —la interrumpió Amara, tomando sus manos con las suyas —. Siento que lo necesito para sentirme útil dentro de toda esta contrariedad que me invade.

—¿Lo sientes? ¿Cómo es eso de que lo sientes? —preguntó, sin dejar de observarla a su penetrante mirada celeste.

—Solo sucede, Ofelia, y es una sensación que me hace sentir bien, como si yo... lo hubiera experimentado de la misma manera, pero en mi vida anterior.

—Pues... tengo que confesarte que no sé cómo llegaste a la vida de mi hermano o por qué el destino te llevó hasta él, pero si pudiera hacerlo, créeme, le agradecería una y mil veces a quien fuera por tu bendita presencia.

Sus palabras la ruborizaron.

—No imaginas lo que has hecho con el pobre del viejo cascarrabias, que gracias a ti y a Dios pasó a mejor vida. ¡Si ahora es todo dulzura! —Se burló, emitiendo un par de contagiosas carcajadas.

—He notado que te gusta sacarlo de quicio.

—Es una de mis más fantásticas virtudes. Realmente, soy muy buena en ese plano.

Ambas volvieron a reír cuando un singular sonido inundó, de pronto, los oídos de la joven, paralizándola de tan solo escucharlo. Ofelia la observó con cierto dejo de duda, sin desprenderse de las manos que todavía las mantenían unidas.

—¿Qué... es eso?

—¿Qué cosa, Amara?

—Lo que se oye... ese sonido... a la distancia —especificó entrecortadamente, el que había llamado poderosamente su atención.

Ofelia, entretanto, comprendió que se refería al tañer de las campanas que provenía de la Catedral de Asís, porque era el único sonido que ambas escuchaban.

—Son las campanas de la iglesia. ¿Por qué? ¿Qué ocurre con ellas?

Amara se estremeció, no pudo evitarlo, cuando el sonido la inundaba de pies a cabeza y una figura masculina se situaba a su lado y le decía en un claro susurro:

—¿Sabías que cuando una campana tañe, es porque un ángel recibe sus alas?

Fugazmente, la joven volteó la mirada hacia un costado, siguiendo la dirección de esa desconocida voz, como si hubiera escuchado esas nítidas palabras de quien las pronunciaba solo para ella.

—¿Oíste eso, Ofelia?

—Oír qué, ¿las campanas?

—No, no... esa voz.

—¿Voz? ¿Qué voz? —La interrogó al notar su ferviente preocupación—. ¿Qué fue lo que escuchaste, o tal vez recordaste?

—No lo sé, pero esa voz es... la voz de un...

—Blaz —susurró Alaric nuevamente—. Pronúncialo y admira lo que verás en la profundidad de los ojos de Ofelia.

—Blaz —manifestó Amara enseguida, como si hubiera recibido una orden.

—¿Qué fue lo que dijiste? —Inquirió Ofelia en el acto, asombradísima.

—Repítelo —insistió Alaric—. Hazlo, por favor.

—Blaz —repitió la joven, clavando su vista en los ojos de su amiga, los que parecían resplandecer sin tener una razón o un por qué. O acaso, ¿sí existía ese por qué?

—Es un hermoso nombre para un bebé, ¿no lo crees, Amara? —Incitó Alaric ya por tercera vez, hablándole al oído—. Significa “el protector constante. El que es fuerte, valiente y leal”.

Y luego de un delicado movimiento, Amara terminó llevando una de sus manos hasta la barriga de su amiga para acariciarla, mientras sus labios comenzaban a expresar aquellas palabras que parecían provenir desde el interior de su mente.

—El protector constante, Ofelia. El que es fuerte, valiente y leal. ¿No te parece un hermoso nombre para un bebé?

La aludida tragó saliva, atónita, percibiendo cómo su cuerpo se estremecía frente a ciertas evocaciones que en su mente no paraban de suceder, como si estuviera recordando las escenas de una película. Primero, una ferviente mirada, luego, un bello y apacible rostro, seguido de una demoledora sonrisa...

—Es... precioso —le señaló, cuando un par de imprevistas lágrimas rodaron por sus mejillas, las que enseguida Amara limpió—. Blaz... —repitió, colocando su otra mano en la suya—, es perfecto. Gracias por la sugerencia.

Ambas sonrieron ante la atenta mirada de Alaric, quien rememoraba el rostro de su hermano, un maravilloso e inconfundible ser de luz que ya no estaba junto a él con su sola presencia, pero sí lo estaría para siempre con su alma y su corazón.

XXIII



Robert dirigía sus pasos hacia el área de pediatría, se notaba intranquilo y su semblante lo reflejaba; no había que ser muy inteligente para notar que Mister Dulzura, después de la charla con Alaric, había ensombrecido su expresión gracias a la tristeza y frustración que percibía de sí mismo al no poder ayudar a Amara como lo deseaba. Se prometió no decaer, no bajar los brazos y luchar, pero cuando ella le manifestó que escuchaba una voz en sus sueños, que no era precisamente la suya, se sintió morir.

Una media sonrisa se dibujó en su rostro, al mismo tiempo que dejaba caer la mirada en la salita de juegos, en la cual, seguramente, encontraría a Alma. Pero su sorpresa fue mayúscula al no verla allí, y más, cuando supo que la niña hoy no se sentía muy animada para salir de su cama.

A paso apresurado caminó hacia las habitaciones, sopesando unas cuantas posibilidades con respecto a la pequeña, mientras sentía que su corazón latía desbocado, como si se le fuera a salir del pecho. Y cuando se detuvo frente a la puerta de la enorme habitación que cobijaba a los niños y en especial, frente a su cama, el panorama se volvió desolador. Allí se encontraba Nicanor acariciando la mano de su hija, recostado a su lado, besándole la frente y con los ojos sumamente hinchados de tanto llorar?

Su impaciencia pudo más y en dos segundos terminó situado a un costado de la cama. De inmediato, sus ojos se dejaron caer sobre el pálido rostro de Alma, que dormía plácidamente en los brazos de su padre, pero también en unas violáceas ojeras que se remarcaban sobre sus acentuados pómulos, en sus labios que conservaban una fina línea horizontal y que se movían de vez en cuando. Pero lo que más lo desconcertó fue la mirada de Nicanor, que denotaba un incomparable temor y sufrimiento.

—Está sedada —comentó éste sin dejar de acariciar su rostro con dulzura—. Mi niña no está bien, y yo... siento que esta vez la pierdo, tal y como perdí a su madre —confesó con la voz temblorosa.

Como si de pronto sus pulmones hubiesen dejado de funcionar, Price se quedó estupefacto frente a lo que oía y constataba.

—¿Desde cuándo se encuentra así? —Quiso saber, manteniendo toda su entereza.

—Desde anoche. Alma sufre, Robert, y no puedo hacer nada por aliviarla. Me siento inútil, inservible, cuando solo puedo contemplarla y pedirle a Dios que no me arrebatase lo único que me queda en esta vida. ¿Lo puedes comprender? ¡Qué haré sin mi Alma! Sin mi hija no soy nadie, ¡nadie! —. Cerró los ojos y se aferró a ella con delicadeza, tras suplicar en silencio.

El corazón de Price se partió en mil pedazos al evidenciar su padecimiento, cuando una de sus manos se depositaba sobre una de las de la niña. Al tomarla percibió su frialdad, su ligereza, su debilidad, y eso lo preocupó muchísimo más. ¿Podía aquello tener directa relación con las

palabras que le había manifestado en ese sueño, del que aún no podía olvidarse? ¿Podía ser que, de alguna manera, Alma... estuviese despidiéndose de él y de los que más amaba?

—No quiero que sufra —añadió Nicanor, atrayendo toda su atención—. Lo daría todo porque no tuviese que verla sufrir en la forma en que lo hace, en silencio, en sus sueños. Dime, Robert... ¿qué puedo hacer por ella que no haya hecho ya? Por favor, hazme entender, porque ya no puedo hacerlo. La amo y me niego a dejarla ir... —en ese momento, la pequeña esbozó una mueca de dolor, logrando que con ello Nicanor rompiera en llanto—. Calma, mi niña —le susurró quedamente—, papá está aquí, cuidándote y queriéndote. Siempre estaré a tu lado, mi hermosa Alma, siempre...

Robert los observó mientras su cuerpo se estremecía, sintiendo cómo su pecho se contraía, como si tuviera algo alojado dentro. Sabía cuánto dolía y cuando no se podía luchar contra el destino, que iba mucho más allá de lo que la medicina tradicional o un simple mortal pudiese llegar a conseguir.

—No estoy dispuesto a que esta maldita enfermedad la aleje de mi vida sin luchar por ella.

—Sé que lo harás, eso fue lo que hiciste desde que supiste de la enfermedad de tu esposa. Distes una dura batalla a su lado, Nicanor, y estuviste en cada una de sus sonrisas y en cada una de sus lágrimas, tal y como lo has hecho con Alma. Llevas inserta una coraza de hierro, que ya se la quisiera cualquiera, me incluyo, y no imaginas cuánto te admiro por ese tesón, por tu coraje, por esa inmensa valentía, amor y devoción incondicional que le profesas con tan entrañable dedicación a tu hija. Si eso no es luchar, amigo mío, realmente no sé qué otro significado pueda tener.

Su vista vidriosa se clavó sobre la angustiante mirada de Robert, quien, ante todo el padecimiento que lo invadía, intentó esbozar una pequeña sonrisa en el mismo instante en que la pequeña Alma abrió sus ojitos de par en par.

—¿Papá? —Murmuró débilmente.

—Aquí estoy, cariño.

—¿Robert está aquí también?

—Sí, aquí me tienes, princesa —le comunicó el aludido.

—Gracias por estar aquí —pronunció muy lentamente, cuando otra mueca de dolor se evidenciaba en su níveo semblante, que para ninguno de los dos hombres pasó desapercibida—, por quererme tanto y por enseñarme que la vida sí puede ser buena; aunque a veces duela, y mucho.

Con las emociones a flor de piel, Nicanor tuvo que reprimir su llanto, no así las lágrimas que se deslizaban presurosas por sus mejillas, cuando Price... contenía las suyas.

—¿Amara está bien? —Inquirió luego un débil suspiro que se le arrancó del pecho.

—Lo está —aseguró el médico, aferrándose a la pequeña manito que sostenía y se negaba a soltar.

—¿Y Ofelia? Ella es divertida y hace que mi papá sonría. Me gusta —volteó su vista hacia quién se encontraba a su lado—, y sé que a mi papi también.

Nadie dijo nada al respecto.

—Mi mamá... vendrá finalmente por mí, Robert —con aquella frase los dejó a ambos consternados y estupefactos—. Me quiere a su lado y yo quiero estar con ella. —Otro de sus frágiles suspiros hizo eco dentro de la habitación—. Una despedida no tiene por qué ser un adiós... sino... un hasta luego.

—Alma... —intervino Price; quería acallarla, notaba cómo crecía el sufrimiento y la agonía de Nicanor con cada palabra que la niña lograba pronunciar.

—¿No recuerdas lo que te dije? “Cuando logres ver con los ojos de tu corazón lo que hay dentro de mi alma, lo sabrás.”

Esas palabras... ¡esas benditas palabras eran las mismas que ella había expresado en su sueño!

No pudo hablar. Simplemente, Price tuvo que guardar silencio, cuando un leve temblor recorría su cuerpo de principio a fin y Alma volvía a emitir un hondo y doloroso suspiro.

—Sostenme, papá. Sostenme con fuerza entre tus brazos y quédate conmigo, para que adonde quiera que yo vaya, tu recuerdo se quede a mi lado para siempre. ¿Puedes hacerlo?

—Por supuesto, mi amor —le contestó él de inmediato, aferrándose todavía más a la fragilidad de su cuerpo—, siempre te sostendré para que no caigas. Siempre te ayudaré para que te levantes con más y más fuerza. Yo... siempre estaré para ti.

—Te quiero, papi, te quiero muchísimo.

—Y yo te amo. Toda mi vida serás la niña de mis ojos.

Al oírlo, la pequeña volvió a sonreír, acurrucándose más y más a su lado.

—Lo sé, y mami también lo sabe —pronunció en un ligero susurro—. Tengo frío, papá... —Fue lo último que articuló al hundir su rostro en el pecho de su padre, cuando sus ojitos comenzaba a cerrarse.

A Robert se le partió el corazón en miles de pequeñísimos trozos al notar cómo la niña, frente a su agonía, mantenía la misma entereza que desde un comienzo la hizo ser tan especial, pero el dolor de Nicanor, en conjunto con el suyo, empezaba a hacer estragos en su cuerpo y en cada una de sus terminaciones nerviosas. Por lo tanto, después de besar tiernamente su pálida mano, salió del cuarto para otorgarles la debida intimidad que ambos necesitaban.

Con la vista a ras del piso, los ojos dilatados y a punto de estallar en lágrimas, dirigió su andar hacia el pasillo del área de pediatría, justo cuando la voz de Ofelia, que parecía haber salido de la nada, lo detuvo.

—¡Alma! —Pronunció, logrando con ese llamado que la vista de su hermano se alzara y se fijara fugazmente en la suya, pero también en la mirada reluciente de quién se encontraba un par de pasos más atrás.

—Está con Nicanor —detalló, sin apartar sus ojos del semblante de Amara, cuando ya las lágrimas se derramaban raudas por su rostro, dejándolo vulnerable frente a quien no cesaba de contemplarlo, como si no lograra ver a nadie más que a él.

Robert cerró los ojos fuertemente ante la crueldad de los sentimientos que lo invadían, cuando el aroma a flores silvestres, a tierra húmeda y a hojas secas que él bien conocía se adentraba por sus fosas nasales.

—Mírame —le pidió Amara, pretendiendo que gracias a esa única palabra él levantara la cabeza, para que su mirada se conectara con la suya—, estoy aquí, si te sirve de algo.

Luego de ese escueto enunciado, y con algo de temor, Price terminó elevando su humedecida vista para perderse en la calidez que brotaba de su rostro, de sus maravillosos ojos, de su boca y de todo lo que significaba su presencia.

Delicadamente, ella limpió cada una de sus lágrimas, sin apartar ni un solo segundo su vista de la suya; enigmática, transparente, hermosa, sincera... eso era lo que le demostraba, porque en ella, sin duda alguna, había algo más que comenzaba a iluminar la oscuridad en la que su mente estaba sumida.

—Encontré a mi ángel —le comunicó Amara al acariciar el contorno de la medalla dorada que ahora colgaba de su cuello—. Siempre lo tuve frente a mí —sonrió con algo de vergüenza—. Finalmente, conseguí verlo.

—¿Lo... viste? —Preguntó Robert muy inquieto y contrariado, evocando a la figura de Alaric. ¿De quién más se podía tratar, sino de él?

—Sí. Desde aquella vez que abrí mis ojos y lo contemplé a la profundidad de su mirada, tal y como ahora lo hago contigo.

Price no pudo decir nada frente a lo que no lograba comprender. ¿A quién se estaría refiriendo exactamente?

—Oré, pedí tal y como me lo enseñaste, y ahora, al reflejarme en ti, lo comprobé.

—Amara...

—Mi ángel de la guarda eres tú. Siempre fuiste tú, Robert.

Las lágrimas continuaron brotando de sus ojos hasta que un inesperado y afectuoso abrazo que ella le otorgó lo sorprendió, confortándolo, aferrándose a él como si lo necesitara para seguir viviendo, embriagándose con su esencia, con su calor, y con el cálido roce de su piel que extrañaba y anhelaba inmensamente.

—No te apartes de mí —le susurró como si fuera una más de sus fervientes súplicas—. ¡Por lo que más quieras, Amara, no te apartes de mí!

—No lo haré, solo si me prometes algo.

Price asintió, retirándose un instante para contemplarla a la candidez de su mirada.

—¿Me dejas ser el tuyo? —Inquirió de pronto, sorprendiéndolo todavía más con esa candidez e inocencia única de su persona—. ¿Me dejas ser tu ángel, aunque solo sea una mujer de carne y hueso? —Preguntó firmemente, sin ponerlo en duda.

Una súbita corriente eléctrica fluyó por el cuerpo de Robert, además de un insospechado frenesí que lo recorrió con avidez, porque la respuesta que siempre había anhelado expresar estuvo todo el tiempo alojada en sus labios, esperando a ser pronunciada.

—Sí —respondió con dicha y sin que le temblara la voz—. Es lo que más quiero.

—Entonces... dame tu mano, camina conmigo, cree en mí, así como yo creo en ti.

Al cabo de media hora y sentada en un sofá, Amara no perdía de vista a Robert, que charlaba incansablemente con un par de médicos sobre la situación de Alma. Asimismo, jugueteaba nerviosamente con sus manos entrelazadas esperando que Ofelia, quien se encontraba dentro del cuarto, le entregara noticias sobre la salud de la niña. No sabía por qué, pero se sentía tan unida a ella, que para eso no tenía una coherente explicación, aun cuando su corazón se lo decía, sin que pudiera llegar a dilucidarlo.

Un par de minutos después y mientras Robert seguía charlando, O salió de la habitación junto a Nicanor. Cariñosamente, él tenía entrelazada una de sus manos a una de las de ella, mientras Ofelia lo contemplaba como si él fuera lo único que deseaba ver. Inmediatamente, Amara se levantó y caminó hacia ambos con su corazón latiendo presuroso.

—¿Puedo verla? —Formuló rápidamente, sorprendiéndolos.

—Alma está dormida —le contestó Ofelia en un susurro.

—Por favor... prometo que no voy a molestarla, solo quiero verla, aunque sea un instante.

Ofelia observó a Nicanor, quien, sin ponerlo en duda, terminó asintiendo.

—Claro que sí. Después de todo, ella y tú son muy buenas amigas.

Y tras esbozar una media sonrisa en agradecimiento y asentir, aun cuando no lograba recordar aquello, la joven encaminó sus pasos hacia el interior del dormitorio.

Una vez dentro, rezó en silencio la misma oración que Robert había orado la noche anterior.

De forma muy concentrada la expresó con los ojos cerrados, hasta que el suave sonido de una maravillosa vocecita la detuvo, inquietándola.

—Sabía que vendrías. Te estaba llamando con el pensamiento y resultó. Finalmente acudiste a mí, Amara.

Sin responder, la joven terminó asintiendo una vez más, perdiéndose en la leve sonrisa que la niña intentaba esbozar y en el tembloroso movimiento que realizó al deslizar una de sus frías manitos, con la que se aferró a una de las suyas.

—Prométeme que lo cuidarás. Prométeme que lo harás sonreír, evitando que derrame una sola lágrima más. Prométeme, además, que ya no tendrá miedo, que no dudará de sus capacidades y de lo que pueda llegar a conseguir. Y por sobretodo, prométeme que será el hombre más feliz de este mundo, pero contigo a su lado.

—Alma...

—Viniste por él, Amara, lo diste todo desde el primer instante de tu existencia. Recuérdalo, búscalo dentro de ti, sé que las respuestas están ahí dentro. —Con su temblorosa mano le indicó su corazón—. No te des por vencida, no te detengas en este arduo caminar, porque lo que creíste que habías perdido, siempre ha estado dentro de ti, como un día... lo estuvo en el mío.

Tragó saliva sin comprender a qué se refería la niña con aquella última frase que había expuesto, pero aun así, y ante su indudable extrañeza se animó a preguntar:

—¿Quién eres realmente?

—Tú lo sabes bien.

Al oírla, Amara negó con su cabeza de lado a lado.

—Soy tan real como lo que tú fuiste un día.

—¿Qué es lo que fui? Por favor... si lo sabes, ¡dímelo!

—No es parte de mi misión lograr que lo sepas, sino de la tuya. Tú debes descubrirlo. Recuérdalo, mira dentro de ti, busca dentro de ti, y cuando lo encuentres —sonrió maravillosamente—, ascenderé al cielo, ya que mi tarea en este mundo habrá finalizado y al fin podré descansar en paz.

—Alma...

—Vuelve a ser quien eres, Amara. Ayúdate y ayúdalo...

—Pero él...

—Él debe dejarme partir. Él debe vivir su presente y no quedarse sumido en el pasado, junto a nuestros recuerdos. Ahora eres tú quien ocupa su corazón y eso me hace sentir inmensamente feliz. Por favor, no puedo irme de este mundo sin que tú...

—Lo prometo —expresó la joven sin que se lo pidiera—. No sé cómo, pero juro que lo haré.

Alma asintió y a la vez emitió un profundo suspiro que provino desde lo más hondo de su ser.

—Gracias. Gracias por ser tan solo tú.

Sin dejar de contemplarla, Amara tembló cuando varias lágrimas se derramaban por sus mejillas.

—Te prometo que haré todo lo que sea necesario por su felicidad.

—Lo sé, entidad, porque esa felicidad también es la tuya.

Un estremecimiento mayor la recorrió de pies a cabeza cuando oyó aquel particular apelativo con el cual la niña la llamó, hasta que la inconfundible voz de Robert la apartó velozmente de sus pensamientos.

—¿Aún sigue dormida? —Se acercó a ambas, notando al instante sus manos entrelazadas.

—Sí. —La admiró cómo dormía plácidamente, a la par que limpiaba su humedecido semblante para que no advirtiera que había llorado—. Yo... solo oraba y pedía a los ángeles por su protección.

—Y la protegerán, estoy seguro que así será. Pero no quiero que sufras, si se queda con nosotros o el sujeto de allá arriba decide que debe partir de este mundo para encontrarse con su madre, estoy convencido que odiaría vernos llorar. Y conociéndola como la conozco, nos regañaría como solo ella sabe hacerlo, y créeme, no querrás ser reprendida por esta bella princesita que tienes frente a ti.

Amara volteó la vista para quedarse, un momento, pendiente de la suya.

—Dime que todo va a estar bien, Robert. Dime que pase lo que pase todo va a estar bien.

—Daré todo de mí para que eso ocurra.

—¿Lo prometes?

Robert sonrió mientras se acercaba a Alma y depositaba un suave y cariñoso beso sobre su frente.

—¿Con quién crees que estás hablando, Amara? ¿Aún quieres ponerlo en duda? —Bromeó, dedicándole un encantador guiño de uno de sus enigmáticos ojos azules que la acalló del todo—. Y ahora, acompáñame, por favor. No imaginas como me haría bien un té de canela. ¿Sabías que calma los nervios y te ayuda con la resaca?

—No. Yo no...

—Quizás, cuando disfrutes de su sabor lo recordarás, porque fuiste tú la culpable de que los incorporara a mi dieta.

Sin saber el porqué, Amara terminó sonriendo levemente en el mismo segundo en que Robert le tendió una de sus manos para que la tomara.

—¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto que sí.

Muy avanzada la noche, ambos regresaron al departamento en completo silencio. Había sido un día largo y agotador, sus rostros los delataban, pero también sus cuerpos.

—Será mejor que vayas a descansar. Hoy ha sido un día difícil y de muchas emociones.

—¿Qué harás tú? —Quiso saber la joven mientras se despojaba de su abrigo.

—No lo sé. Pensar, supongo.

—¿Me dirás en qué pensarás?

—Sobre Alma, su salud, y todo lo concerniente a ello. Nicanor está destrozado y no sé qué hacer para ayudarlo. Soy médico, pero todo esto se está yendo de mis manos. No pude salvar a su madre y ahora ella...

—Robert, basta —le pidió Amara cuando ambicionaba acallar el sonido de su voz—, no tienes la culpa de nada. No está en tus manos otorgar o quitarle la vida a una persona. Son ciclos que deben cumplirse y que deben llevarse a cabo como tales. Nacemos para algún día morir, esa es la ley de la vida.

Se quedó perdido en su mirada, pero más bien, en cada uno de los enunciados que pronunciaba con tanta determinación, cuando ella le tomaba las manos y le pedía que siguiera sus pasos hacia los enormes ventanales que daban hacia la terraza.

—Es como el amanecer —prosiguió, ejemplificándolo—, no puedes detenerlo por más que así lo deseas. Y cuando llega el ocaso y la luna majestuosa se posa sobre nuestras cabezas, todo

vuelve a repetirse una y otra vez. —Una de sus manos terminó deslizando el ventanal de corredera, por el cual Amara salió hacia el balcón para dejarse envolver por el frío aire del ambiente—. No sé por qué razón sucede, pero siempre termino en este sitio. ¿Tú sabes el por qué? —Inquirió dubitativa, observándolo todo a su alrededor.

—Claro que lo sé.

Solo aquella frase le bastó a la joven para voltear la mirada y posarla en la suya.

—Dímelo. Ayúdame a recordar.

—No sé si debería...

—Deberías, porque te lo estoy pidiendo. Por favor, Robert..., lo necesito.

—El amanecer —la interrumpió de golpe—. Siempre te gustó admirarlo desde este preciso lugar. Decías que era lo más maravilloso que existía y que la naturaleza nos había regalado.

—Y lo sigue siendo, porque me brinda una extraña sensación; además de una paz única. Es como si yo... volviera a...

Price sonrió mientras se mordía el labio inferior.

—¿Renacer? ¿Es a ello a lo que verdaderamente te refieres?

—Renacer —replicó ella, cerrando los ojos por varios segundos—. Eso fue lo que exactamente sucedió conmigo, ¿verdad? Volví a nacer, al igual que lo hace el amanecer cuando la luz del sol lo ilumina todo.

—Y de la misma manera llegaste a mi vida —agregó, totalmente convencido de ello—. *«Porque fuiste tú quien alumbró mi camino para que por él yo regresara a casa.»*

Se contemplaron sin que sus miradas se despegaran la una de la otra.

—Daría todo lo que tengo por saber qué piensas en este momento, Robert.

—Y yo daría todo lo que tengo porque tú... te recuperaras. —“...y volvieras a mí, para quererme de la misma forma en la que lo hacías antes...”

—Algún día. Algún día me recuperaré y recobraré todos mis recuerdos, y cuando eso suceda... quiero que estés ahí, necesito que seas parte de eso. ¿Será que puedes hacerlo?

—Puedo hacer eso y mucho más. No dudes nunca de lo que yo pueda hacer por ti, porque yo... te quiero. —Contra todo pronóstico se animó a manifestarle ese maravilloso sentimiento.

—¿Aún sin recuerdos?

—Los míos están intactos, Amara —alzó una de sus manos para acariciar tiernamente con ella el contorno de su mejilla—, y estarán de la misma manera, hasta el día en que regreses a mí.

—Y ese día será...

—El más hermoso de todos.

—¿Cómo puedes estar tan convencido de ello?

—Porque tengo fe, Amara. Porque creo en ti. —Sin reprimir las poderosas ansias que lo invadieron en ese exacto momento, la besó dulcemente en su frente, advirtiéndole cómo ella se estremecía con el inminente contacto—. Ahora, necesito que vayas a descansar; se suponía que tanto tú como yo iríamos a la cama apenas llegáramos a casa, pero ya vez, continuas manejándome a tu antojo.

Amara sonrió, dejando que el suave roce de una de sus manos recayera sobre la fina línea de su mentón.

—Gracias...

Price entrecerró la vista sin saber a qué se debía su agradecimiento.

—Por quererme tanto —especificó la chica, cuando ya se aprestaba a caminar a su habitación.

Robert se quedó sin respiración, viéndola partir, luego de elevar uno a uno sus

pensamientos hacia el cielo, porque estaba muy seguro que el día en que ella lo recordara todo marcaría un precedente en sus malogradas vidas, así como también, un nuevo comienzo y el más sublime despertar.

XXIV



¿Podía existir algo más maravilloso que el grandioso amanecer que nacía frente a sus ojos?
¿Podía existir algo más bello que ver como el astro rey comenzaba a iluminar todo a su paso, dejando atrás la sombría oscuridad?

—Cuando el sol nace cada día, es como si el mundo y quienes habitan en él tuviesen una segunda oportunidad para enmendar cada uno de sus errores y faltas —expresó una masculina voz desde un costado del inmenso parque en donde Amara se encontraba.

Aquello la sobresaltó, cuando pretendía dar con el poseedor de aquel profundo y grave sonido que parecía haber salido de la nada. Hasta que lo tuvo enfrente, y él la admiró como si la conociera, tal vez, ¿de otra vida? Pero ella... ¿cómo había llegado a ese lugar?

—¿No es hermoso? —Prosiguió aquel desconocido.

—La verdad, es lo más bello que he visto en toda mi vida. —Amara se unió a sus palabras, depositando sus ojos en la calidez de su mirada—. ¿Estoy soñando?

—Sí. Aún sigues profundamente dormida —le comunicó él mientras comenzaba a dar un par de pasos con las manos metidas en los bolsillos del largo abrigo gris que llevaba puesto—. Solo en ellos puedes vernos o percibirnos. ¿Qué no lo recuerdas?

Amara entrecerró la vista. «¿Recordar? ¿Qué debía recordar?»

—Usted... ¿me conoce?

—Sí. Y tú me conoces a mí.

—Entonces, si me conoce, respóndame... ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me ha traído hasta este sitio?

De inmediato, el desconocido le sonrió.

—Porque Él me lo ha pedido, Amara.

—¿Él? ¿Quién? —Insistió un tanto nerviosa, ansiosa y confundida.

—Nuestro Padre —contestó Gabriel con su poderosa voz, cerrando los ojos y dejándose llevar por la tibia brisa que se percibía en el ambiente—. El amanecer es hermoso, ¿no te parece?

La joven asintió; prefirió guardar silencio.

—Como todo lo que has hecho con Robert —agregó Gabriel serenamente.

Entretanto, Amara iba a abrir la boca para decir lo que jamás salió de sus labios.

—Has hecho un muy buen trabajo, entidad.

«¿Entidad? Él había dicho... ¿entidad?»

Aquellas palabras solo consiguieron que su vista se perpetuara enseguida en la suya.

—¿Entidad? —replicó en voz alta—. ¿Eso es lo que un día fui?

—Eso es lo que sigues siendo, aún convertida en una humana —le explicó, dedicándole una tranquilizadora sonrisa—. Él te puso a prueba una vez más y la superaste con creces. Jamás

necesitaste ganarte tus alas, porque las obtuviste desde el primer momento de tu existencia en la Tierra. Fuiste valiente, fuerte, decidida, no te dejaste vencer, y lo entregaste todo por quienes más amas, sin esperar algún tipo de retribución a cambio, y Él, después de ver en ti la pureza de cada uno de tus actos y sentimientos, te ha recompensado.

—¿Recompensado? ¿Pero qué significa eso? No... entiendo...

—Significa que... el cielo te espera, hermana mía.

—El cielo... —replicó esta vez en un casi audible susurro.

—Sí, el cielo y todos quienes habitamos en él. Es el lugar al que perteneces y es el sitio al cual debes volver.

La joven respiró como si le costara trabajo hacerlo ante la atenta mirada de Gabriel, que no la perdía de vista.

—Yo... ¿tengo que hacerlo? ¿Tengo que irme de aquí?

—Él te está brindando una nueva oportunidad para regresar a casa, con los tuyos, Amara. Ahora, ya no depende de nosotros que la aceptes, sino solo de ti. —Se acercó a ella para acariciarle una de sus níveas mejillas—. La decisión de quedarte o regresar es solo tuya, entidad.

Y nuevamente la había llamado de esa forma.

—Por favor... dime quién eres...

—Soy un mensajero de Dios y el anunciante de la buena nueva. Un ser de luz, al igual que lo eres tú.

Robert... Amara solo pudo pensar en Robert.

—Pronuncia mi nombre cuando estés lista, búscalo dentro de ti —prosiguió Gabriel—. No tengas miedo de lo que pueda llegar a ocurrir y... recuérdame. Solo recuérdame.

—¡Despierta, Robert! ¡Vamos! ¡Abre tus ojos! —Pronunció de pronto Alaric, sacándolo de su plácido sueño. Y el aludido de inmediato se sobresaltó al escuchar su inconfundible voz, pero también, cuando una de sus manos se dejó caer en su hombro derecho para con ella remecerlo.

—¡Despierta! Tienes que venir conmigo. Es importante.

—¿Cómo que tengo que ir contigo? ¿Y a qué te refieres con que es...? —Ni siquiera pudo terminar de hablar cuando una extensa llanura sembrada de tulipanes le dio la bienvenida, asombrándolo y sacándolo rápidamente de su apacible ensoñación—. Pero qué... —Tuvo que tragar saliva varias veces—. Dime qué es todo esto, antes que crea que estoy muerto —exigió saber, observándolo todo detenidamente.

Alaric sonrió, sin apartar su mano de su hombro izquierdo.

—No estás muerto, Robert, solo estás soñando.

—¡Y qué mierda haces tú en mis sueños! ¿Qué no te basta estar en mi diario vivir para también ser parte de ellos?

—Digamos, amigo mío, que soy un ángel bastante inconformista.

Price lo fulminó con la mirada, como si quisiera asesinarlo con ella.

—Yo que tú no haría eso. Mejor, aparta ese sentimiento de tu mente.

—Habla, Alaric.

—No —le contestó, cuando ya se disponía a caminar—. Ven conmigo, ellas esperan por ti. Ya es hora.

Sin entenderlo, Robert decidió seguir cada uno de sus pasos.

—¿Ya es hora? ¿De qué es hora? ¿Podrías decirme qué hago aquí y a quiénes te refieres

cuando dices “*ellas*”?

—Preguntas demasiado. ¿Por qué no te callas por un momento y lo averiguas por ti mismo?

—Alaric volteó la mirada hacia la extensa planicie colorida, logrando con ese sutil movimiento que Price siguiera su dirección, justo cuando la vocecita de una pequeña niña se dejaba oír a lo lejos.

—¡Robert! ¡Robert! —Exclamó Alma a la distancia, echándose a correr hacia la figura del joven médico, que cuando la vio perdió por completo el habla y hasta la respiración.

—Querían verte antes de partir. Tómallo como un obsequio de mi parte. Después de todo, te lo debía, viejo amigo —enfaticó el ángel, retrocediendo y dejándolo, finalmente, a solas.

Robert no pudo pronunciar palabra alguna cuando sus penetrantes ojos azules analizaron, en primer lugar, la figura de Alma y luego lo hicieron con la hermosa silueta de la mujer que le sonreía y que él bien conocía y recordaba.

—¡Robert! —Vociferó la niña otra vez, llegando a su lado para estrecharlo en un caluroso y tierno abrazo—. ¡Sabía que vendrías! ¡Alaric me lo prometió!

Price giró su vidriosa vista hacia el ángel que se había apartado lo suficiente como para darles el debido espacio que necesitaban. Sin comprender el por qué, asintió, dándole las gracias por tan maravilloso e increíble regalo.

—¡Mírame! ¡Mi cuerpo ya no siente dolor! —Comenzó la pequeña a relatarle, besándole su mejilla—. ¡Estoy curada! Y lo mejor de todo, veré a mi madre, porque Sofía me llevará con ella.

Automáticamente, Robert alzó la vista para contemplar, una vez más, a la mujer que vestida totalmente de blanco, de cabellera castaña y hermosa sonrisa, lo admiraba muy quieta en su lugar. Y aunque trató y lo intentó, no pudo contener más las lágrimas, que terminaron cayendo por sus mejillas, unas tras de otras.

—No llores, por favor —pidió Alma, cuando sus tibias manos le limpiaban el rostro—. Ambas estaremos bien, iremos a casa.

—Lo sé —respondió con el pecho bastante oprimido, comprendiéndolo de inmediato.

—Te quiero, héroe, y siempre te querré. Y cuando Dios te permita cruzar el umbral hacia la vida eterna, te aseguro que nos volveremos a ver.

—Así será, mi pequeña Alma. Pero antes, prométeme que estarás ahí para recibirme.

—Ahí estaré, esperando por ti para darte el más grande de los abrazos —volvió a aferrarse a su cuerpo en un enternecedor abrazo—. Creo que ya te diste cuenta que mi padre ha aceptado dejarme ir...

—Tu padre es la mejor persona que he conocido en esta vida y sé cuánto ha luchado consigo mismo para que eso ocurriera.

La pequeña sonrió bellamente antes de separarse unos centímetros de su cuerpo.

—Ya que tú lo verás de nuevo... dile que estoy bien y que ya no sufro.

—No te preocupes, así lo haré.

—Y dile también que lo amo infinitamente.

Robert asintió en el mismo instante en que Alaric los interrumpió.

—Lo siento, pero debes venir conmigo, Alma —le pidió—. Es hora de despedirse.

—Solo deja que le diga algo muy importante antes de partir. —Suspiró profundamente antes de pronunciar lo siguiente—: Te quiero, Robert, jamás lo olvides.

—No más que yo, princesa. Y te prometo que ni la distancia o el tiempo borrarán el inmenso cariño que te tengo.

Luego de ello, un tierno beso le plantó en la frente, al mismo tiempo que una de las manos del ángel se alzó para que Alma la tomara, y ella así lo hizo.

—Hasta pronto, y no te olvides de mí.

Y él jamás lo haría, de eso estaba plenamente convencido.

—Y ahora, no vayas a llorar. No querrás que Sofía te vea así, ¿verdad?

Price, a pesar del indiscutible sufrimiento que llevaba auestas, esbozó una media sonrisa, observando como ambos comenzaban a alejarse por la planicie colorida de tulipanes. A continuación, sollozó un par de veces en silencio, percibiendo como todo su cuerpo se estremecía de dolor, y asimismo, cerró los ojos, sintiendo como la suave brisa le acariciaba el rostro, hasta que la aterciopelada voz de su esposa lo angustió.

—Aún con lágrimas en los ojos, sigues siendo el más guapo de todos.

Ese único enunciado le bastó para abrirlos, fijando la mirada en el semblante que bien recordaba.

—Sofía... —una de sus manos se alzó temblorosamente para dejarla caer sobre la palidez de su cara—, eres... ¿tú?

—No podía partir sin despedirme de mi esposo y del gran amor de mi vida —agregó ella con todas sus letras.

Al segundo de haberlo pronunciado, la otra mano de Price, diligente, delineó las facciones de su rostro, el contorno de sus ojos, de su nariz, mejillas y de su cuello, para finalmente alojarlas sobre sus hombros.

—Te lo dije una vez, mi amor, y te lo vuelvo a repetir: no necesitamos un par de anillos de boda para que nuestro amor se perpetúe para siempre. Porque a pesar de haberte dejado tan prontamente, te amo y te amaré en esta vida y en la que seguirá.

—Sofía... yo...

—Sé que sigo ahí, Robert, sé que aún hay cabida para mí dentro de ese corazón que ahora late con más fuerza que nunca —afirmó, depositando una de sus manos en su pecho—. Fuiste lo mejor de mi vida y lo seguirás siendo.

—Eso significa que...

—Debes dejarme partir para que siga mi camino, porque lo que me unía a esta vida terrenal acaba de concluir. Aunque debo reconocer que todo este tiempo me diste un duro y arduo trabajo. —Sonrió bellamente.

—¿Todo este tiempo?

—Sí, mi amor. Por si no lo notaste, jamás te abandoné como tú bien lo creíste, jamás me fui del todo. Estuve junto a ti en la medida que me lo permitiste en cada uno de tus sueños y en tus recuerdos. Además... —dirigió sus ojos hacia las figuras de Alaric y Alma, quienes los contemplaban a la distancia—, tuve algo de ayuda extra —confesó.

Robert no daba crédito a lo que ella afirmaba con tanta determinación, mientras seguía la dirección de su mirada.

—Tú, pero... ¿cómo?

—El poder del amor. ¿O creíste que me sacarías de tu vida así como así?

Sin poder controlar más el cúmulo de emociones y sentimientos que se apoderaron de su cuerpo, Price terminó aferrado a su esposa, como si fuera lo único que deseara hacer. La abrazó fuertemente, posesivamente, percibiendo su olor, su esencia, la delicadeza de su piel, todo lo que un día había amado y que creyó haber perdido en aquel tan fatídico accidente.

—Vive, Robert, vive y sé feliz. Lucha por lo que quieres con todo tu corazón, como un día lo hiciste conmigo. Y ve por ella, amor mío, no la dejes ir.

—¡Te amo, Sofía! ¡Te amo muchísimo!

—Nunca dudé de ello. Pero ahora, antes de partir, quiero que me mires a los ojos y bailes

conmigo una última vez, por los viejos tiempos. ¿Lo recuerdas?

Robert se separó de su cuerpo con el rostro bañado en lágrimas.

—Jamás podría olvidarlo.

—Entonces, esposo mío... solo déjese llevar.

—Aunque... ¿No sea un hombre muy diestro para este tipo de cosas?

—¿Confía en mí, señor Price? —Clavó la inmensidad de sus ojos sobre los suyos, mientras Robert entrelazaba una de sus manos y la otra la alojaba tiernamente sobre su cintura.

—Por siempre y para siempre, señora Price. —Sus miradas se confundieron en una sola cuando ambos cuerpos comenzaron a danzar.

Sofía, en un sutil movimiento reclinó su cabeza en su pecho, cerrando los ojos por un breve lapso de tiempo.

—No te olvides de mí y de lo mucho que te amo.

—Nunca podría hacerlo.

—Entonces... creo que ya debemos decir adiós.

—Hazlo mientras te sostengo entre mis brazos —le pidió Robert, besándole la coronilla.

Y ella así lo hizo.

—Adiós, amor. Adiós, mi único y gran amor eterno.

—Adiós, mi hermosa Sofía —pronunció él de la misma manera, estrechándola con más fuerza. Y mientras ambos seguían danzando entre los cientos de tulipanes que se erguían a su alrededor, ella terminó alzando la mirada, para muy lentamente acercar sus labios a los suyos y besarlos por última vez. Robert, mientras tanto, correspondió a la delicadeza de su beso y a la dulzura de sus labios, sellando así su despedida.

—¡¡Sofía!! —Gritó descontroladamente al abrir los ojos de par en par, encontrándose recostado en medio de la cama, con algunos rayos de sol colándose por las cortinas semi abiertas de su habitación.

Tragó saliva repetidas veces, percibiendo su respiración acelerada y su corazón latiendo a mil por hora. Luego, situó una de sus manos en su boca para rozar sus labios, evocando aquel último beso que ella le había regalado. Y cuando un profundo y desgarrador suspiro se apoderó de su pecho, su móvil empezó a vibrar. Sin demora y todavía aturrido por lo que había experimentado como si hubiese sido real, contestó rápidamente la llamada.

—¿Hola?

—Robert... —exclamó Adam del otro lado con una pesadosa voz—. Lo lamento mucho...

—Lamentas qué... —exigió saber, acomodándose de mejor manera en la cama.

—Alma... la pequeña... acaba de morir.

Su corazón se paralizó, su respiración también lo hizo mientras cerraba los ojos y apretaba con fuerza el móvil en una de sus manos.

—Robert, ¿estás ahí? ¿Acabas de escuchar lo que...?

—Sí —pronunció débilmente—, todavía sigo aquí. Voy... hacia allá de inmediato. —Canceló la llamada y tras emitir un par de gimoteos, evocó una vez más aquel sueño del cual todavía no se lograba recuperar.

En tanto, en ese mismo instante, Amara también se despertaba abruptamente, y al igual que Price, respiraba con cierta dificultad, queriendo controlar los leves y extraños estremecimientos que la invadían. Porque una a una, infinidad de situaciones colmaron su mente, seguidas de sensaciones, emociones y lugares que la hicieron desvariar, hasta que un apacible rostro ocupó la mayor parte de ellas, consiguiendo que al recordarlo, sus labios dibujaran la más radiante de las sonrisas y su corazón se abultara de felicidad. Y más lo hizo, cuando su boca se atrevió a

pronunciar a viva voz aquel nombre que pertenecía a ese único ser de luz que ella bien conocía... aquel llamado Gabriel.

A la mañana siguiente.

El mediodía se dejó caer sobre un frío día gris. Parecía que hasta el sol había decidido ocultarse tras las nubes que cubrían el cielo por la pronta partida de la pequeña Alma, a la que su padre, abuelos y amigos despedían en el Parque de La Luz.

La ceremonia del último adiós se había llevado a cabo entre sollozos y plegarias por su eterno descanso, palabras que el mismo sacerdote había expresado durante la bendición de su féretro.

Adam y su esposa se encontraban junto a Robert y Amara, observando a Ofelia y a Nicanor que aún no se apartaban de su lecho. Nadie hablaba, nadie decía una sola palabra hasta que O, luego de besar cariñosamente una de las mejillas del padre de Alma, se acercó a ellos para agradecerles en su nombre por la compañía en este tan difícil y pesados momento.

—Gracias por estar aquí —manifestó con la voz trémula mientras el abrazo contenedor de su hermano, que no se hizo esperar, la hizo estremecer.

—No tienes que hacerlo. Solo asegúrate que jamás olvide que su hija lo ama infinitamente —le susurró en su oído.

Cuando lo oyó, Ofelia ni siquiera pudo articular algún tipo de enunciado, no hasta que sus miradas se conectaron en una sola.

—Tienes que saber algo, Price, y prefiero decírtelo ahora. He decidido que voy a quedarme a su lado. Nicanor me necesita y yo...

—No tienes que darme explicaciones, no te las estoy pidiendo —la interrumpió—. Sé muy bien que él te cuidará con su vida y de la misma forma en que lo hizo todo este tiempo con su hija.

—Te amo por sobre todas las cosas, cascarrabias —le respondió su hermana, abrazándolo fuertemente, sin contener su inmensa dicha y alegría.

—No más de lo que te amo yo. Ahora, ve con él y no lo dejes solo.

—Te adoro, Price.

—Y yo te adoro a ti, pelirroja.

Ofelia se separó de él, pero antes de que se alejara lo suficiente, Robert se dirigió hacia ella para regalarle unas últimas palabras.

—Sé feliz. Te lo mereces.

—Al igual que lo mereces tú con la hermosa chica que no nos quita los ojos de encima.

Robert no sonrió, mientras O se separaba definitivamente de su cuerpo para llegar hasta donde se hallaba Nicanor, quien la abrazó con dulzura cuando la tuvo nuevamente a su lado, tal y como Price deseaba que lo hiciera.

—Cuando menos lo piensas, el amor toca a tu puerta —exclamó Adam, otorgándole un par de palmaditas en la espalda a su querido colega y amigo.

—¿Tú crees? —Se burló Robert, entrecerrando la mirada y clavándola en la suya.

—O merece ser feliz, al igual que lo mereces tú.

Price evitó hacer un comentario al respecto, cuando sus ojos rodaban hacia la figura de Amara, que charlaba con Catherina.

—Tal vez. Por de pronto... acabo de dejarla partir —confesó ante el repentino vistazo que Adam le otorgó, al no comprender a qué se refería exactamente con aquellas inusitadas palabras—. Dejé que Sofia se marchara —insistió, revelándose, elevando además sus ojos

hacia el mismísimo cielo—. Ya era tiempo de decir adiós.

Al instante, percibió la presión de una mano en su hombro derecho, porque con ese significativo gesto su amigo le decía lo que con palabras jamás podría llegar a manifestar.

—Yo invito —exclamó Adam de improviso, dedicándole un guiño—. Necesito beber algo fuerte y tú también. ¿Me acompañas, energúmeno?

Robert movió su cabeza de lado a lado.

—Ex energúmeno —corrigió enseguida, volteando la vista hacia la hermosa mirada de Amara, que en ese momento se cernía sobre la suya—. Que solo sea una copa, por favor, debo regresar a casa.

—Catherina se quedará con Amara. Tu chica no irá a ningún lugar sin ti, te lo aseguro.

Y él lo sabía perfectamente, porque con la intensidad de sus ojos celestes se lo estaba afirmando.

Solo la luz de una de las lámparas de piso se mantenía encendida cuando hizo ingreso al departamento en completo silencio. Catherina le había explicado a su llegada que Amara se había dormido en el sofá, y así lo comprobó cuando la vio recostada y con una manta cubriéndola hasta la altura de su cintura.

—Terca —fue lo primero que articuló Price en un murmullo, desprendiéndose de la corbata y la chaqueta que todavía llevaba puesta. Sus pasos lo llevaron hacia ella y cuando se situó a su lado, se arrodilló, observando detenidamente como su pecho subía y bajaba al compás de su normal respiración—. ¿Y ahora qué? —Preguntó, más bien, para sí—. ¿Te cargo y te llevo a la cama? —Sonrió deliberadamente—. No deberías estar aquí, ha sido un día de muchas emociones y todavía... no creo que la vida me esté brindando este maravilloso regalo de tenerte junto a mí. No hasta que te veo y todo se hace más claro.

Y así, continuó admirándola hasta que Amara comenzó a abrir sus ojos muy quedamente.

—Estás aquí. ¿Desde hace mucho? —preguntó débilmente.

—Acabo de llegar. Lamento haberte despertado con mis murmullos.

—No me despertaste, yo... te esperaba.

—¿Me esperabas? —Robert volvió a sonreír, pero ahora con su alegría a flor de labios—. ¡Pero qué afortunado soy!

Mientras le sonreía, Amara se acomodó de mejor manera en el sofá.

—Sí, te esperaba porque...

—Dame un segundo —pidió Price, poniéndose en pie para sentarse a su lado y reclinar totalmente su espalda contra el respaldo del sofá—. ¿Qué sucede? —Suspiró profundamente.

—Muchas cosas suceden —comentó ella—, conmigo... contigo.

Robert no comprendió absolutamente nada de lo que oía, no hasta que ella empezó a explicárselo de una manera bastante particular.

—Lo he pensado mucho y... tengo la certeza de que jamás recordaré quien fui.

Se quedó muy asombrado al oír semejante enunciado.

—No sería justo para ti que le estés dando asilo a una completa desconocida, ¿no te parece? Tienes una vida por delante, una profesión, sueños que cumplir, un futuro...

—¡No puedes estar hablando en serio! —Vociferó Robert como un loco endemoniado—. ¡Recordarás! ¡Sé que un día lo harás! ¡Estoy convencido de ello! —Replicó eufórico, preso de su propio miedo a perderla—. ¡No puedes darte por vencida, menos ahora que yo...!

Amara bajó la vista al morderse su labio inferior, tratando de mantenerse, ante todo, sumamente seria.

—Robert, por favor, deja de gritar y compórtate sensatamente. Punto uno: no sé quién eres. Punto dos: no sé quién soy. Punto tres: no logro recordarte y...

—Punto cuatro: ¡sí, si sabes! ¡Sí puedes! —exclamó presa de un descomunal miedo. Y en un ágil movimiento tomó sus manos con las suyas, las que delicadamente apretó—. ¡Mírame, por favor! ¡Veme a los ojos y lo sabrás! —Y sin que ella lo vislumbrara, terminó posicionando una de sus manos sobre su rostro, para que todo lo que Amara pudiese ver fueran sus ojos—. Jamás dejaré que te alejes de mi vida por segunda vez. Jamás permitiré que te vayas a ningún lugar sin mí.

—¿Por qué?

—Porque... —no sabía si decírselo en su condición. Adam se lo había explicado, Alaric se lo había advertido, pero... ¿qué más podía hacer, cuando ella parecía estar completamente segura de cada cosa que salía de sus labios? Sí, anhelaba que ella tomara una decisión, pero no una que la alejara de su vida.

—Anda, dilo. Estoy esperando tu respuesta.

—Por favor... no me hagas esto.

—¡Hacer qué! ¡Dices que no puedo hablar en serio, me gritas al rostro que debo recordarte, que no debo darme por vencida, pero no me das una justa razón!

—¡Y la hay, juro que la hay!

—¡Y entonces cuál es! ¡Qué razón es esa, Robert!

«*¡Escúchala! ¡Te la está exigiendo, idiota! ¡Al demonio con todo! ¡Abre tu maldita boca y dile lo que sientes antes de que sea demasiado tarde!*».

—Robert... por favor, te lo suplico...

Y al oír sus palabras, la contempló como si fuera lo más hermoso de su vida; de hecho, lo era; y suspiró frenéticamente, mientras sus labios se abrían para formular las palabras que a toda costa deseaba pronunciar, las que después de un par de segundos terminó callando por su propio bienestar.

—Porque yo... ¡mierda! —Se quejó, queriendo luchar contra la insoportable impotencia que en ese minuto lo consumía.

—¡Siempre fuiste un terco de primera! —Estalló Amara, sorprendiéndolo, logrando con esa significativa frase que él reaccionara y abriera aún más sus ojos de par en par.

—¿Qué dijiste? ¿Cómo fue que... me llamaste? —Rápidamente, sus manos se posicionaron en su semblante, al que acarició de principio a fin—. Repítelo —replicó, sumido en la desesperación.

—Siempre fuiste un terco de primera, Robert Price, porque haces lo que quieres sin medir las consecuencias de tus actos. Todo el tiempo gritas como un demente, negándote a decirme lo que he querido oír desde que desperté en aquella cama de ese hospital.

La analizó una y otra vez, una y otra más, sin poder dar crédito a lo que oía y veía al mismo tiempo.

—¡Dios mío! ¡Eres... tú! Pero... —Movié su cabeza de lado a lado, todavía incrédulo y temeroso—. Dime que no estoy soñando, o que todo esto se trata de una de las tretas de Alaric.

Una suave y tierna caricia que Amara le otorgó se lo dio a entender, seguida de una tímida sonrisa que delinearon sus labios.

—No sé qué tienes tú con él, y debo reconocer que me asusta la sola idea de imaginármelos juntos.

—Amara... por favor.

—¿Te parece un sueño, Robert?

—Sí... —No pudo seguir hablando, sino que enmudeció ante el inevitable contacto y roce de su tibia y suave piel.

—Entonces, ¿por qué no me besas y te das cuenta que soy tan real como lo que nos une?

Price tragó saliva con nerviosismo, cuando lo único que vislumbraba su mente era una estúpida pregunta sin sentido, que de igual manera formuló.

—Si lo hago... ¿prometes no desaparecer?

—Ofelia siempre tuvo razón con respecto a ti. Aparte de terco, también eres un tonto.

—Amara intentó ponerse en pie, pero Robert, luego de un rápido movimiento, la detuvo, dejando caer todo el peso de su cuerpo sobre el suyo, impidiendo así que se alejara lo bastante de su lado, logrando que no tuviera más alternativa que reclinarse por completo a lo largo del sofá.

—¿Dónde crees que vas? Aún no me has respondido —insinuó, cuando uno de sus dedos, tímidamente, comenzó a delinear el contorno de su boca.

—Mis labios están sellados, lo siento.

Rio como un loco, oyendo cada una de las palabras que pronunciaba con ese irónico tono de voz que él muy bien conocía.

—Sellados o no, me dirás lo que he querido oír de tu boca desde que te perdí. Dime que estás aquí, dime que regresaste por mí y que vas a quedarte. Por lo que más quieras, dime que eres tú a quien tengo ahora entre mis brazos y a quien jamás voy a soltar.

—Recuerdo la lluvia en la terraza aquella noche y todas las cosas que quise decirte. Recuerdo, además, cada una de tus palabras de enojo, todos tus reproches que intentaron alejarme de ti. Recuerdo, por sobre todo, cada una de tus lágrimas, junto a tu incesante dolor y tu agonía... y yo preguntándome si alguna vez regresaría a ti.

Sus alientos abrasadores se confundieron en uno solo al rozar sus labios, provocándose, tentándose, embriagándose ambos con el dulce elixir que emanaba de sus bocas.

—Desde siempre te dije que no vine hasta aquí para dejarte, menos para perderte. No vine creyendo que alguna vez me alejaría de ti, menos que perdería mi fe.

Price no lograba seguiera parpadear.

—¿Puedo pedirte un favor? —Formuló Amara con su característica inocencia.

—El que quieras... —respondió Robert, preso de la grandísima curiosidad que lo invadía.

—Demuéstrame que todavía me amas, demuéstrame lo que significa para ti. Demuéstrame que valió la pena transitar por este interminable camino colmado de baches para llegar a tu lado, porque no creo que pueda...

—Continuar viéndote sin poder besarte o acariciarte como lo he querido hacer desde el día en que regresaste a mí —concluyó por ella.

—Robert... —Aquel tan dulce sonido que emitió su boca al pronunciar su nombre le bastó a él para que sus labios asaltaran los suyos en un inesperado beso que encendió sus cuerpos en cosa de segundos, otorgándoles acceso libre a una irrefrenable pasión.

Robert poseyó cada vez más su boca como si temiera perderla, como si en cualquier instante pudiera despertar de aquel maravilloso sueño del cual ansiaba disfrutar infinitamente. Amara, entretanto, correspondió a cada uno de sus besos, a cada caricia y a cada movimiento suyo de la misma manera, hasta que sus ardorosas miradas se encontraron, se reconocieron y se reflejaron una en la inmensidad de la otra.

—¿Desaparecí? —Inquirió jadeante.

Como un perfecto idiota, feliz y enamorado, Price movió su cabeza de lado a lado, dejando

que su boca se curvara hacia arriba en una incomparable sonrisa de plena satisfacción.

—Más te vale que no lo hagas —le advirtió, volviendo a unir sus labios con los suyos para devorarlos con ansias—. Te quiero. Te quiero más que a cualquier cosa con la que pudiese soñar.

—Y yo te quiero a ti, porque con recuerdos o sin ellos, te quedaste para siempre muy dentro de mi alma.

Robert sonrió magníficamente cuando sus labios volvían a la carga. Tenía que ser consciente, pero... ¡cómo podría conseguirlo, cuando ella había vuelto a sus brazos para quedarse a su lado!! ¡Y cómo podía lograrlo, cuando lo que había en su entrepierna ya era, evidentemente, notorio!!

Se separó agitado. En realidad, para ser más precisos, Robert jadeaba, manteniendo un autocontrol que le estaba pasando algo más que la cuenta. Sí, la deseaba con locura, pero a la vez trataba de conservar toda su cordura al filo del abismo para evitar tomarla ahí, sobre el sofá.

—Dime que sientes —manifestó la joven al notar su ferviente lucha interna.

—Siento... amor. —Price cerró los ojos por un breve instante, avergonzado.

—¿Me dejas sentirlo también?

Con aquella interrogante, Robert abrió sus ojos y súbitamente se levantó del sofá que los cobijaba. Se separó aún más de su cuerpo para caminar por la sala, sumamente inquieto frente a la joven que no le quitaba la vista de encima.

—Una vez te pregunté si esto era amor —insistió Amara—, y tú me dijiste que lo era. —Se acercó a toda costa, posando una de sus manos sobre su espalda para acariciarla con ternura.

—Jamás imaginé que alguien como yo podría llegar a querer de esta manera o que existiría alguien que me hiciera perder, literalmente, la cabeza, como lo hiciste tú.

Robert volvió a cerrar los ojos, sintiendo la calidez de su piel por sobre la prenda que llevaba puesta.

—Amara...

—Sé lo que provocho en ti con solo tocarte o besarte, porque tú lo provocas en mí de la misma forma. Mírame, Robert... mírame y deja de luchar.

Y él se volteó enseguida ante sus claras insinuaciones, cuando el ardor y la pasión crecían en su interior de considerable manera.

—Ámame esta noche y hazme sentir que valió la pena luchar por lo nuestro desde el principio, aún sin que yo supiera lo que significaba.

Y a continuación, acarició su rostro en un primer instante, para luego, dejar que sus manos se deslizaran y empezaran a descender suavemente por su cuello, sus hombros, hasta dejarse caer, en definitiva, sobre su espalda.

—Lo valió. Claro que lo valió.

—Entonces, no te apartes de mí. ¿O ya no quieres tenerme cerca?

Robert pegó su frente a la suya, cuando sus manos se apoderaban de sus caderas y comenzaban a alzar levemente la blusa que ella llevaba puesta.

—No pretendo asustarte, no quiero que temas de mí.

—Jamás podría temer de ti.

—¿No saldrás huyendo? —Bromeó, relajando la postura, a la vez que la estrechaba aún más hacia sí, para que de alguna forma percibiera lo que ocasionaban cada una de sus palabras, cada una de sus caricias, cada uno de sus besos y hasta el particular sonido de su voz.

Amara se sonrojó al notar el bulto que se clavaba en su bajo vientre.

—¿Se siente... así? —Formuló con toda su extraordinaria ingenuidad.

—Sí, así... se siente.

—Y con ello... ¿qué se supone que haces? —Bajó la vista hacia su poderosa erección.

—Bueno... —Robert sonrió mientras se mordía su labio inferior para evitar reír—, pues... muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Amara... me estás poniendo nervioso, tal y como si fuera mi primera vez.

—¿Así lo llaman? ¿Primera vez?

Y ahora suspiró como si la vida se le fuera en ello.

—No, mi amor. Yo lo llamo... hacer el amor.

Se perdió en su inigualable mirada, porque él no mentía, todo de sí se lo decía claramente.

—¿Quieres hacerme el amor, Robert?

—Sí —confesó sin un ápice de vergüenza—. Quiero hacer el amor contigo, Amara.

—¿Y qué se supone que haré yo?

Price la besó como si lo necesitara para seguir existiendo.

—Solo dime que tú también lo quieres, tan simple como eso —susurró junto a su dulce boca, de la cual no deseaba desprenderse jamás.

—Sí —afirmó ella sin meditarlo—, sí quiero.

Aquella respuesta le bastó a Robert para cogerla entre sus brazos. Y sin dejar de besarla, y con ella a cuestas, se dirigió hacia su cuarto bajo la penumbra reinante de la habitación que los cobijaba, y una vez dentro, la depositó sobre la cama muy lenta y delicadamente, contemplándola en todo su esplendor. Porque en ese instante de su vida no habían palabras que expresaran a cabalidad lo que sentía. Por ende, solo dejó que su cuerpo hablara por sí mismo, manifestándole con cada uno de sus movimientos lo que deseaba, lo que requería, lo que ansiaba que sucediera entre los dos.

—¿Puedo? —Pronunció Robert, cuando sus manos se apoderaron del primer botón de su blusa.

De inmediato, Amara cerró los ojos y asintió. Dejó que le apartara la prenda y disfrutó al percibir el roce de sus cálidas manos sobre su piel, hasta que el grave sonido de su voz llenó por completo sus oídos, como si fuera la más perfecta y magnífica de todas las melodías que hubiese escuchado nunca.

—Haría lo que fuera por ti. Daría mi vida si fuese necesario.

Y cuando sintió sus febriles labios depositarse en los suyos, junto a sus poderosas y ardorosas extremidades que la recorrieron de principio a fin, ya no existieron más interrogantes o temor alguno que la hiciera dudar, porque ella también daría su vida por él sin ningún tipo de cuestionamiento.

A la mañana siguiente solo el cuerpo desnudo de Price dormía sobre la cama que lo cobijaba, mientras era contemplado por la dueña de una intensa y hermosa mirada celeste. Amara sonreía y le acariciaba el cabello, recordando lo inmensamente feliz que había sido entre sus brazos, porque incondicionalmente, Robert la había hecho suya desde ese momento y para siempre.

Suspiró al advertir que el amanecer se hacía presente, cuando los rayos del sol comenzaban a iluminar la ciudad, además de la habitación en la cual ambos se encontraban. Y lo hizo todavía más cuando, irremediabilmente, cayó en la cuenta de que la hora de ver a Gabriel había llegado.

En un suave movimiento acercó su boca hacia uno de los oídos de Price, en el que le susurró delicadamente.

—Búscame donde tañen las campanas, allí te estaré esperando. Allí te veré otra vez, amor mío, antes que todo termine y pronuncie mi último adiós. —Y después de un cariñoso beso que

dejó caer en su cabello, se levantó para dirigir sus pasos hacia la puerta, desde donde lo admiró antes de salir raudamente por ella.

Un par de minutos después, Robert comenzó a abrir los ojos mientras una de sus manos tanteaba el costado de su cama que se encontraba frío y desolado, como tantas veces lo contempló desde la partida de Sofia. Aquella primera impresión lo hizo despertar de golpe, mientras una acuciosa mirada suya lo inspeccionaba todo, pronunciando fuertemente el nombre de la única mujer a la que le había hecho el amor después de tanto tiempo.

—¿Amara? ¿Dónde estás?

Pero ella no contestaba.

—¿Mi amor? —Por un instante percibió que algo no andaba del todo bien—. ¿Amara? ¿Amara! —Replicó sin obtener a cambio una sola respuesta suya.

Rápidamente, se calzó algo de ropa y zapatos deportivos y dirigió su apresurado andar hacia la sala, con la firme convicción de que, quizás, ella lo había abandonado para ver y disfrutar del amanecer.

—Sabía que te encontraría... —dejó aquella frase a medias, constatando que allí no había nadie más que él. Un doloroso gemido se le arrancó del pecho, un punzante gemido que pareció oprimirle el corazón, cuando éste ya palpitaba a mil por hora—. Amara, por favor, no me hagas esto. No te vayas de mi vida.

La buscó enloquecidamente por cada rincón, sin dejar espacio alguno por revisar, pero la buena fortuna esa mañana parecía no estar de su lado, porque no encontró rastro suyo, como si jamás hubiese estado ahí, besándolo, amándolo y entregándose a él por completo.

—¡¡Amara!! —Gritó preso de la impotencia, la frustración y la desesperación que lo invadía, porque sabía que todo lo que había sucedido entre los dos no formaba parte de un sueño ni de su mera irrealidad. Sí, le había hecho el amor hasta aprender de memoria cada una de sus curvas, mientras la contemplaba embobado, vibrando con ella bajo su cuerpo, y ahora...—. ¡¡No me hagas esto!! ¡¡Devuélvemela, por favor!! ¡¡Alaric!! —Vociferó encolerizado, llevándose ambas manos a la cabeza, como negándose a creer en lo que sucedía, hasta que, de pronto, en su mente todo se hizo más claro. De la nada, pero como un ferviente eco, unas palabras surgieron sin previo aviso, logrando que saliera disparado por la puerta, al igual que si fuera un fiero tornado que arrastra con todo a su paso—. ¡¡Por favor, ayúdame!! —Suplicó segundo a segundo, mientras el tiempo transcurría muy de prisa y no precisamente a su favor.

Amara, en cambio, continuó con su caminar hasta el preciso lugar en el cual esperaba a Robert. A cada paso que daba notaba que alguien la seguía en estricto silencio, como si fuera su sombra. Sonrió sin detenerse, porque quien iba tras sus pasos no era más que un ángel al que bien conocía, el cual parecía llevar su enfado a flor de piel y eso lo reflejaba su rostro algo ceñudo. Pudo sentir en todo momento el peso de sus oscuros ojos recaer en su cuerpo, mientras mascullaba con fervor las siguientes palabras en contra de su persona:

—¡Detente! ¡Por lo que más quieras, solo detente y no cometas una estupidez!

Aquellos enunciados surtieron el efecto deseado, porque Amara detuvo su apresurado caminar en el parque que daba de lleno hacia la Catedral de Asís.

—¡Alaric, deja ya de murmurar o terminarás volviéndome loca! —Exclamó con todas sus letras, volteándose para conectar su mirada con la suya. ¿Y él? ¿Qué fue lo que hizo? Un repentino frenesí lo recorrió de pies a cabeza, mientras su cuerpo se estremecía de la grandísima impresión que le causó tenerla frente a él otra vez, viéndolo. Porque sí, ella lo contempló a la profundidad de sus ojos negros sin agregar ni una sola palabra; en ese preciso instante de sus vidas los enunciados parecían sobrar. Pero al cabo de un par de minutos, su dulce voz volvió a hacerse

patente.

—¿No se suponía que la terca era yo?

Solo un rotundo silencio obtuvo de su parte.

—Alaric, te hice una pregunta. ¿No me vas a responder?

—Tú... puedes... —Conmocionado, no podía siquiera hilar la conversación.

—¿Verte, tocarte y oírte? Pues sí. Todo este tiempo, sin siquiera saberlo, percibí tu presencia, el sonido de tu voz vibrando en cada uno de mis oídos, además de tu cercanía.

Incrédulo, así estaba el ángel, sin querer apartar su mirada de la suya.

—¿Cómo fue... posible?

—Gracias al lazo que nos unió y que no nos separará jamás. Fuimos, somos y seremos un triunvirato. ¿O tan pronto lo olvidaste?

Tras ello, Alaric terminó bajando la mirada, recordando a la figura de Blaz.

—Porque nada es eterno, a menos que así lo deseemos, y un día... —suspiró como si lo necesitara—, el cielo nos otorgará la dicha de volverlo a ver. Estoy convencida que tarde o temprano aquello terminará sucediendo.

Enseguida, su vista se alzó después oír sus palabras.

—Estás aquí. Has... regresado...

—Al igual que lo han hecho todos mis recuerdos.

—No lo comprendo... tú....

—No hay nada que comprender, no hay nada que entender cuando el cielo ha hablado.

Aquellas tan ciertas palabras consiguieron que Alaric tragara saliva con algo más que dificultad cuando no le quitaba la vista de encima.

—Gabriel... —agregó fuerte y claro, acercándose para besarle con ternura una de sus mejillas—, él espera por mí.

—¡No! —Exclamó furioso, fulminándola con la vista, deduciendo lo que acontecería—. ¡No dejaré que lo hagas!

—Lo harás; son mis designios y es lo que deseo y ansío con todo mi corazón.

—¡No puedes abandonarlo! ¡No puedes dejarlo a su suerte!

Amara entrecerró sus ojos mientras lo oía.

—Jamás me lo hubiera esperado de ustedes dos. Anda, dime... ¿de qué me perdí todo este tiempo? —Se burló al comenzar a caminar.

—¡Espera! —La detuvo, sin conseguirlo.

—El tiempo apremia, Alaric.

—¡No sabes lo que dices o lo que haces! ¿Te das cuenta de que cometerás una locura?

—Sé muy bien lo que hago y lo que haré. Te recuerdo que soy consciente de mis actos y los realizo por voluntad propia.

—¡Pero no puedes renunciar a él! ¡Tú lo quieres! —Le recordó a viva voz.

—No, no lo quiero, lo amo —le contestó absolutamente convencida del inmenso amor que le profesaba a Price. Pero aun así no detuvo su andar, reanudándolo con más fuerza que nunca—. Jamás lo abandonaré y eso él bien lo sabe.

—¿Y qué crees que estás haciendo ahora? —Ante todo, cada uno de sus enunciados poseía un solo objetivo: hacerle desistir de la decisión que se mantenía firme dentro de su cabeza.

—Despedirme. —Fue lo único que salió de su boca, cuando ya se disponía a caminar sin que nada, ni nadie la detuviera.

“*Donde las campanas tañen...*” formulaba una suave voz dentro de su cabeza mientras corría una enloquecida carrera contra el tiempo por el parque que daba hacia la Catedral de Asís.

—¡No, no y no! —Exclamaba Robert sin respiración, vislumbrando lo que podría, eventualmente, llegar a ocurrir si se concretaba lo que con insistencia daba vueltas al interior de su cabeza: “*Cuando las campanas tañen, un ángel recibe sus alas...*”. Porque no podía ser cierto, no podía haberse entregado a él de esa manera solo para desaparecer de su vida así como así. Amara lo amaba, lo necesitaba, y él prescindía de ella de la misma forma. La vida se la había devuelto y ahora no podía ser tan cruel para arrebatarla de la manera más miserable que pudiera existir. No, tenía que haber una razón, tenía que existir un motivo y un porqué que le otorgara las respuestas que tanto deseaba oír, hasta que todo cobró sentido cuando sus ojos se posaron, fijamente, sobre las escalinatas de la imponente iglesia de Asís que se mostraba ante sus ojos.

—¡Amara! —Gritó descontrolado al verla de pie junto a ellas, logrando que su vista se cruzara de inmediato con la suya. Sin desprenderse de sus ojos, de su cuerpo, de su precioso rostro que se iluminaba de una única manera, distinguió otra figura, una a la que muy bien conocía y que lo observaba desde su sitio con cierto dejo de tristeza y desazón.

Price movió su cabeza de lado a lado, negándose a creer en la escena que se montaba frente a sus ojos, porque para él, sencillamente, todo esto no tenía el mayor de los sentidos. Y así se lo hizo saber, caminando con paso decidido hacia ella.

—¡Dime qué fue lo que hice para sentir que mi corazón hoy se rompe en mil pedazos! ¡Dime qué fue lo que hice para percibir que te pierdo una vez más! ¡Dímelo! Porque ya no me queda cordura para entenderlo.

—Me amaste y me hiciste tuya por toda la eternidad —respondió la joven, sin que le temblara la voz—. Lograste que todo tuviera sentido; me dejaste soñar, desear y amar, tal y como lo hace una mujer de carne y hueso.

—¡Eres una mujer de carne y hueso! —Le gritó encarecidamente—. ¡Eres todo lo que quiero en esta vida! ¿Qué no lo comprendes? ¿Qué todavía no lo sientes?

—Lo sentí desde el primer momento en que te vi, Robert.

—¡Y por qué te alejas! ¡Por qué me castigas, me abandonas, y me haces creer que te estoy perdiendo para siempre!

—Jamás me perderás. Siempre estaré a tu lado; nuestro amor está bendito.

—¡Entonces, ven conmigo! ¡No te apartes de mí y quédate!

Amara cerró los ojos y advirtió que la figura imponente de Gabriel se hacía presente, justo cuando las campanas de la Catedral comenzaban a sonar, fuertes, vibrantes y poderosas. Entretanto Robert, al oírlas, suspiró como si la vida se le fuera en ello cuando su corazón se desgarraba de dolor al evocar las palabras que aún daban vueltas al interior de su cabeza, volviéndolo loco: “*Cuando las campanas tañen, es porque un ángel recibe sus alas*”.

—¡No me abandones tú también! —Pronunció sumido en la más horrible de las tristezas—. No me dejes vivir sin tenerte a mi lado, porque mi vida ya no tiene sentido si tú no estás en ella.

—Robert...

—Una vez te lo dije, y ahora, frente a ti y a tus hermanos te lo vuelvo a repetir. Escúchame bien, ¡no hay ni habrá fuerza poderosa entre el cielo y la tierra que me separe de ti, ni que me haga olvidarte! ¿Me estás oyendo? ¡Nadie nunca conseguirá que deje de amarte! —Clamó como si fuera la más enérgica de las advertencias.

—Lo sé, porque es exactamente lo mismo que siento por ti.

—Amara... —intervino Gabriel, acercándose e interponiéndose entre los dos—, ya es

tiempo.

—¡¡Nooooooo!! —Vociferó Price una vez más, queriendo abalanzarse sobre el arcángel para impedir que la apartara de su lado, tal y como lo había hecho con anterioridad—. ¡¡No puedes llevártela!! ¡¡No puedes pretender arrebatármela otra vez y conseguir así que me olvide de ella!!

En un fugaz movimiento, Alaric lo detuvo, sujetándolo, porque podía sentir su desesperación, su desconsuelo, su descontrol y el increíble sufrimiento que le corroía la piel de una extraordinaria manera. Y cuando Gabriel alzó su mano y Amara decidida la tomó entre las suyas, el joven médico no pudo contenerse y gritó con más fuerza que la vez anterior:

—¡¡No lo hagas!! ¡¡Por favor, Amara, no te vayas sin mí!! ¡¡Mírame!! ¡¡Estoy aquí!! ¡¡Contigo!!

—¿Estás lista, entidad? ¿Estás segura que esto es lo que realmente anhelas con el fervor de tu corazón?

Cuando el arcángel pronunció aquellas tan claras interrogantes con el grave sonido de su voz, la joven no pudo más y terminó sucumbiendo ante su propio llanto, porque su decisión había sido tomada y ya no existía nada ni nadie que la hiciera dar pie atrás en ella.

—¡Por... favor...! —Suplicó Price una vez más con su rostro bañando en lágrimas—. ¡Por amor de Dios, escúchame!

—Sí —articuló la joven sin titubeos—, es lo que ansío con todo mi corazón. —Finalmente, dejó caer su ahora lánguido cuerpo sobre el de Gabriel para otorgarle el más dulce de los abrazos.

—Pues eso tendrás, hermana mía, tu propósito ha sido aceptado.

Como si una enorme y afilada daga se le hubiera incrustado en la piel, como si el más fiero de los cuchillos estuviera cercenando su corazón, Price zafó del agarre de Alaric, cuando su llanto, su sufrimiento y amargura eran insoportables de sobrellevar. Porque tras sus palabras ella había elegido, había aceptado sus alas, aquellas por las que las campanas de la iglesia de Asís aún no cesaban de tañer.

De la nada, intensos nubarrones grises se apoderaron del cielo, que un instante atrás se encontraba totalmente despejado, y también, de la nada, una intensa y copiosa lluvia comenzó a caer sobre sus cabezas, cuando Gabriel realizaba la señal de la cruz sobre la frente de la joven. Alaric, impávido frente a todo lo que ocurría, se mantuvo quieto, sin mover un solo músculo de su cuerpo, no hasta que Amara se desprendió de Gabriel y se situó a su lado para brindarle una afectuosa caricia, junto a un apretado abrazo.

—En esta vida o en la que sigue, mi querido Alaric, no lo olvides jamás.

Sus palabras lo estremecieron, cuando ya sus brazos se cernían a su alrededor y la estrechaban con miedo, con total incertidumbre de no saber a ciencia cierta qué sucedía; hasta que ella le otorgó la más bella de las sonrisas y lo besó dulcemente en una de sus mejillas, para luego desprenderse de su cuerpo en su totalidad. Y así sin más, sus ojos se depositaron sobre el rostro del hombre que la contemplaba fijamente y sin parpadear.

—Robert...

—¿Ahora vienes por mí? ¿Ahora vas a despedirte de mí? Pues quiero que sepas que no deseo un abrazo tuyo, menos necesito tus palabras como premio de consolación. ¡Te quiero a ti, Amara! ¡Te quiero a ti! Pero si no me quieres en tu vida... será mejor que te alejes de la mía ahora mismo. —La fulminó con la mirada por varios segundos, para después voltearse con rapidez, caminar un par de pasos y así evitar que lo viera llorar como un pequeño niño asustado y desconsolado, uno que al parecer, lo estaba perdiendo todo.

—¿Cómo puedes dejarme ir así cuando es por ti por quién respiro? ¿Cómo puedes

pretender dejarme ir así, cuando fuiste el único que me conoció lo suficiente?

Aquel par de interrogantes que le formuló lo detuvieron al instante.

—Desearía que no me dieras la espalda en este momento en que tanto te necesito... Hay tanto que debo decirte, Robert, que no sé por dónde comenzar.

Y el aludido movió la cabeza hacia ambos lados, cuando a toda costa luchaba por no seguir derramando más lágrimas.

—Exijo que me mires ahora. Exijo que dejes de ser un cobarde y me entregues la valentía suficiente que solo tú puedes darme para al fin poder decirte que... ¡¡Te amo, Robert Price!! ¡¡Te amo y te amaré por siempre con mi vida entera!! Porque una vez le rogué al cielo clemencia por este amor puro que siento. Porque una vez les rogué a mis hermanos piedad, misericordia y consideración para esta entidad que rompió todas las reglas. Porque una vez le pedí perdón a mi Padre por amar al humano más maravilloso que he conocido en toda mi existencia y ahora... ¿pretendes marcharte de mi vida sin que pueda expresarte mis últimas palabras? —Contuvo el llanto que la invadía mientras la lluvia no cesaba de caer—. No puedo prometerte que estaré el resto de tu vida junto a ti, pero sí prometo que te amaré el resto de la mía, porque quiero quedarme contigo, grandísimo tonto, terco y obstinado. ¿Me estás oyendo? ¡¡He decidido quedarme contigo y hacerte feliz, aunque no sepa nada de la vida!! ¡¡Aunque sea una completa ilusa que ni siquiera sabe lo que es hacer el amor junto al hombre que más adora!!

Lentamente, Robert se volteó ante lo que escuchaba.

—No me iré a ningún lugar si no es contigo. No me apartaré de tu lado, a menos que así me lo pidas o me dejes ir. No volveré a ascender al cielo con los míos cuando lo único que ansío es aferrarme a tus brazos y ser tuya para siempre.

Sus palabras lo deslumbraron, lo desconcertaron, y poco a poco sus incesantes lágrimas terminaron nublando su visión. Poderosas, raudas, libres se deslizaron unas tras otras por sus ahora enardecidas mejillas.

—¿Qué me dices? ¿Te marcharás sin mí?

—¡Definitivamente, no! —Gritó Robert con todas sus fuerzas mientras corría con desesperación hacia ella para abrazarla y besarla como si fuera lo único que deseara hacer. Y cuando llegó a su lado la retuvo, poseyendo su boca con entusiasmo y frenesí, porque sin lugar a dudas, podría pasarse la vida entera disfrutando de sus dulces labios y de todo lo que constituía su magnífica esencia—. Definitivamente, no me iré a ningún lugar sin ti —manifestó jadeante y delirante contra su boca—. Porque definitivamente, te guste o no, tú y yo estaremos juntos para toda la vida. —Agregó, dejándose llevar por la enorme felicidad que salía expedida por cada uno de los poros de su cuerpo.

—¿Lo prometes? —Inquirió Amara con su maravillosa ingenuidad, la que por sobre todas las cosas, Robert tanto amaba.

—Claro que sí, mi amor, y esta promesa no solo incluye mi amor y devoción por ti, sino todas las lecciones prácticas que quieras y necesites sobre lo que significa hacer el amor con el hombre que más te ama y adora en esta vida. ¿Sabías que desde hoy en adelante puedes hacer conmigo lo que tú quieras sin ningún tipo de condición de por medio? —Sonrió fascinado.

Amara sonrió de igual forma mientras lo acariciaba y besaba una y otra vez, hasta que la voz de Gabriel, de pronto, resonó con fuerza para expresar a viva voz lo siguiente:

—Hoy el cielo llora la partida de uno de los suyos. Hoy el cielo le ha otorgado el regalo más preciado a un hombre que logró vencer cada uno de los obstáculos que la vida puso en su camino. Hoy el cielo bendice su amor eterno como lo más sagrado que existe en este mundo y en el nuestro. Y hoy... el cielo ha comprendido que todo sacrificio jamás ha sido en vano, menos

cuando conlleva como escudo al amor puro y verdadero.

—Y hoy el cielo... —prosiguió Price, uniéndose a sus dichos, mientras tomaba y alzaba a su mujer entre sus brazos—, me ha hecho el hombre más feliz de este universo. Porque hoy y tan solo hoy, Amara, al fin he podido ver a través de tu mirada... con los ojos del cielo.

EPÍLOGO



Tres meses más tarde...

La Catedral de Asís lucía realmente maravillosa aquel día, decorada con bellísimos ramos de Liliium blancos que se alzaban en cada uno de sus costados, y lienzos de tul en la misma tonalidad que circundaban todo el recorrido hasta llegar al altar, donde se llevaría a cabo la tan ansiada y esperada boda entre Robert y Amara. Ese preciso lugar había sido el escogido para que los novios decidieran contraer sus votos matrimoniales, los que serían exclamados a los cuatro vientos y en frente de todas aquellas personas que compartían algo más que su vida y su completa felicidad.

En uno de los salones contiguos, específicamente, a un costado del altar, Robert vestido elegantemente de etiqueta admiraba un hermoso jardín que se mostraba ante sus ojos. Se encontraba nervioso y sumamente inquieto, esperando que el tiempo transcurriera lo más pronto posible. Hace dos días que Amara no estaba a su lado, todo por obra y gracia de Ofelia, quien prácticamente se la había arrebatado de las manos, llevándosela consigo.

Sonrió al evocar a su pelirroja favorita y a aquella pancita a la que besaba y acariciaba de forma continua, porque cada vez se hacía más y más prominente. Digamos... que se había vuelto un maniático del control con respecto “a la pequeña danzarina”, como solía llamar al bebé cada vez que le hablaba con cariño. Se suponía que el sexo de su futura sobrina o sobrino todavía era un total misterio, porque su hermana así lo había decidido, pero él, en su interior, anhelaba una niña, una pequeña Ofelia con su hermosa cabellera rojiza que corriera por todo el departamento, volviéndolos locos de la misma manera en que lo hacía su madre. Pero O no pensaba igual, ella en silencio ansiaba un niño de hermosos ojos azules y de un carácter tan desbordante y avasallador como el de su tío, pero no un mini Robert, como solía declarar, sino, más bien, “un Blaz”, porque ese nombre llevaría el bebé si resultaba ser varón. Y así se lo pasaban ambos continuamente, discutiendo y hasta apostando sobre quién tendría la razón y terminaría llevándose consigo el premio gordo.

Price cerró los ojos, rememorando todo aquello, mientras la puerta del salón se abría, y una poderosa voz que reconoció enseguida lo hizo regresar a su realidad.

—¡El fabuloso padrino acaba de llegar! —Se anunció Adam al dibujar en sus labios una radiante sonrisa—. Sabía que te encontraría aquí, pero... ¿Qué raro que no hayas cavado un hueco en el piso? ¿Te encuentras bien? —Terminó burlándose de él sin piedad, porque sabía que su mejor amigo se había convertido en un manojito de nervios desde que había decidido pedirle matrimonio a la mujer de sus sueños.

Robert volvió a sonreír, pero esta vez dejó que un profundo suspiro se le arrancara del alma.

—No imaginas cómo me estoy conteniendo para no ir por ella en este preciso momento.

—Guarda tus ansias, semental —continuó Adam, burlándose a sus anchas, situándose a su lado y palmeándole la espalda con cariño—. Llevas cuarenta y ocho horas sin tenerla contigo, ¿qué más da esperar un poco más?

—¿Qué te parece si convencemos al sacerdote para que exprese apenas nos vea un “puede besar a la novia”?

Adam rio cuando la puerta se abrió otra vez y por ella entraba Ofelia seguida de Nicanor, ambos vestidos muy elegantemente para la ocasión.

—¿Cómo está mi querido hermano, el guapísimo novio que solo tiene ganas de estrangularme?

La habitación se colmó de sonoras carcajadas que provinieron de los que allí se encontraban.

—Pero antes de que lo hagas, necesito que me escuches, que liberes tu mente de todo lo que te agobia y respire profundamente.

Price entrecerró la mirada ante lo que oía, sabía de sobra que cuando Ofelia comenzaba a hablar de esa forma tan particular, era porque algo se traía entre manos.

—Deja de lados tus rodeos, pelirroja. ¿Qué ocurre?

Su inquietante sonrisa que le iluminó el rostro, haciéndola lucir más hermosa de lo que ya lo estaba, comenzó a sacarlo de quicio, y más lo hizo cuando Nicanor le tomó la mano y la besó cariñosamente, susurrándole un par de palabras al oído que no logró escuchar.

—Ofelia Price, si esta es una de tus...

—Serán dos —anunció, acallándolo de golpe—. Creo que nuestra apuesta se cerrará en un perfecto empate.

Robert no pudo reaccionar por más que así lo quiso. Deseaba sonreír, deseaba ante todo llegar a su lado para abrazarla, confortarla, pero... la noticia lo había dejado, literalmente, sin habla.

—¿Dos... bebés?

O asintió, cuando una de sus manos ya acariciaba tiernamente su vientre.

—Dos por el precio de uno, Price —confirmó, riendo como una loca de atar.

—¡¡Enhorabuena!! —Exclamó Adam, volviendo a palmear su espalda—. ¡Reacciona, idiota! ¡Serán dos!

Y así lo hizo. Como por arte de magia avanzó hacia ella, mientras que sus manos se apoderaban de su semblante y sus ojos se perdían en su bella y resplandeciente mirada.

—Serás madre de dos...

—Así es, mi Blaz y tu pequeña danzarina. El sexo de ambos está confirmado; lo supe tras acudir con Nicanor a mi consulta de esta mañana —le explicó, guiñándole un ojo al aludido—. Prepárate, Rob, ¡serás tío por partida doble!

Sin dejar que concluyera, Robert rio como un demente, feliz, llenándole el rostro de besos, tal y como lo hacía ella cuando deseaba sacarlo de quicio.

—¡¡Ey!! ¡¡Mi maquillaje!! —Se quejó Ofelia cuando todos comenzaban a reír.

—¡¡Serán dos!! ¡¡Seré tío de dos bebés!! ¡¡Dos bebés!! —Vociferaba con el corazón henchido de alegría—. ¡Tengo que contárselo a Amara! —Emitió con algo de desesperación, ambicionando dar un par de pasos hacia la puerta, pero fue detenido de inmediato por su hermana y su ferviente voz.

—¿Y tú dónde crees que vas? ¡De aquí no te mueves!

—Voy a ver a mi mujer —sostuvo, dándose cuenta que no era solo la vista de ella la que invadía su semblante—. ¿Qué sucede? ¡He dicho que quiero ver a mi mujer!

—No puedes ver a la novia antes de la boda, Price, es una tradición; mala suerte, ¿y no la quieres en tu vida, verdad?

Adam tosió, Nicanor asintió luego de encogerse de hombros, porque los dos sabían muy bien que a la bendita pelirroja no había que contradecirla.

—No me digan que ustedes dos están de su parte. ¡Por favor! ¡Es una total e inverosímil estupidez! —Se quejó Robert muy malhumorado.

—¡No es una reverenda estupidez! ¡Es de mala suerte! —Reiteró ella, sosteniendo la vista furiosa en la suya.

—Por favor, O... ¿Qué podría ocurrir? —Comentó sin darle crédito a sus palabras—. Adam... —quiso persuadir a su colega, pero su amigo ni siquiera se atrevió a emitir un solo sonido.

—A mí no me mires —manifestó Nicanor, adelantándose a los hechos—. Quiero que Ofelia me siga queriendo de la misma forma en que lo hace ahora.

Robert bufó y ahora sí le dieron ganas de caminar en círculos al interior de aquel salón ante la atenta vista de esos tres pares de ojos que no le perdían pista a ninguno de sus movimientos.

—Perfecto, Rob, ya te quedó claro, ¿verdad? Por de pronto, te sugiero algo muy sencillo: cava un hueco mientras regreso. Eso te ayudará a relajarte.

Al instante, Price la fulminó con sus ojos, como si con ellos pudiera decirle todo lo que con su boca, obviamente, pretendía reprimir.

—Le daré tus saludos a la bella novia, si es que todavía te espera en el salón contiguo —se burló su hermana despiadadamente, dedicándole un coqueto guiño—. Y ustedes dos, ya lo saben —comentó, amenazándolos de significativa manera, dirigiéndose esta vez hacia Adam y Nicanor—, si intenta poner un pie fuera o sale de aquí sin mi consentimiento, son hombres muertos.

—¡Sí, señora! —Exclamaron a coro, cuando Price ya perdía la cabeza y la calma frente a todo lo que ocurría a su alrededor.

Amara observaba fijamente a través del enorme espejo que se situaba al interior de su habitación, el bellissimo vestido blanco que llevaba puesto y que acentuaba sus curvas de una sorprendente manera. Era sencillo, liviano y grácil, pero sin dejar de ser maravilloso.

Suspiraba y lo hacía cada vez con más nerviosismo ante los minutos que transcurrían; además, una de sus manos jugueteaba torpemente con el anillo de compromiso que yacía en su dedo anular, la hermosa joya de diamantes con la que Robert le había pedido que fuera su esposa aquella noche de luna llena, en la que ambos se habían amado sin condiciones en el balcón de la casa de la playa.

Una cautivadora sonrisa dibujó en sus labios al recordar ese magnífico día, cuando de pronto advirtió que alguien tocaba a la puerta y que con posterioridad la abría lentamente. Perdió su concentración cuando vio entrar por ella a quien, algo cambiado, le sonreía con dulzura. Exactamente, tres meses trascurrieron desde su despedida y ahora volvía a ella, tal y como tantas veces lo pidió en cada una de sus oraciones.

Sus ojos se aguaron de inmediato al tener la dicha de volver a contemplar aquella mirada oscura que tanto extrañaba. Por lo tanto, sin contenerse comenzó a temblar por todo lo que significaba ese hombre en su vida.

—Si comienzas a llorar, me iré —le sugirió Alaric, entrecerrando los ojos—. Te ves preciosa y no quiero ser el culpable de que se arruine la perfección que tengo frente a mí.

Amara emitió un par de suspiros y logró contenerse, aunque no dejaba de estremecerse por el sonido de su grave voz que caló en sus oídos como la más hermosa de las melodías.

—Robert tiene mucha suerte —prosiguió el ángel.

—Estás... aquí.

—Como me lo pediste. No podía perderme el día más importante de tu vida. Además... —sacó desde uno de los bolsillos del traje oscuro que lucía una cajita alargada de color azul, a la que admiró por varios segundos—, soy el hermano de la novia y quien debe entregarla a su futuro esposo. —Enarcó una de sus cejas mientras se alborotaba el cabello que lucía mucho más corto de lo que lo tenía la última vez—. Aún no me acostumbro, pero la ocasión lo ameritaba.

La joven rio con aquello y sin meditarlo más, caminó hasta él para abrazarlo, tanto como deseaba hacerlo. En completo silencio Alaric la estrechó contra sí, cerrando sus ojos para embriagarse de su inigualable olor y el calor de su cuerpo.

—Eres a quien más quiero —confesó sin soltarla—, y a quien por siempre querré.

—No más de lo que yo te quiero a ti.

—Lo sé, tus ojos me lo dicen.

Se contemplaron un instante hasta que recordó la cajita que todavía sostenía en una de sus manos.

—De acuerdo, una boda amerita un regalo.

—¿Un regalo?

—Así es, un obsequio para ti.

—No tenías que hacerlo.

—Es especial. Es... algo que siempre nos unirá, aunque no estemos juntos los tres, Blaz, tú y yo, por supuesto.

Un nudo de emociones los invadió al recordar el semblante de su fallecido hermano, pero que en espíritu ambos sabían que se encontraba ahí, junto a ellos.

—Siempre seremos un triunvirato, ¿verdad?

—Por los siglos de los siglos, Amara, en esta vida y en las que seguirán. Recuérdalo, jamás estarás sola.

No comprendió a qué se refería con ello, no hasta que le dio lo que contenía la cajita azul. Sus hermosos ojos se abrieron sorprendidísimos al admirar la pulsera de piedras cristalinas y el par de colgantes que se situaban en mitad de ella. Uno ejemplificaba un par de alas y el otro tenía la forma de una esfera de plata.

—Es un llamador de ángeles —le explicó Alaric al situar sus ojos en aquella joya—. Cuando mueves la esfera, ésta emite un sonido armonioso, como si fueran campanitas que invocan a tu ángel guardián. La leyenda dice que otorga la facultad de proteger a quien lo posea y de favorecer su bienestar.

—Es hermoso, pero yo...

—Todos tenemos nuestro ángel de la guarda, quien acudirá en ayuda de quien más ama.

Se perdió en su mirada oscura, aquella hermosa vista que ahora le transmitía solamente paz.

—Y eso quiere decir que... estaré contigo cada vez que tú o Robert me necesiten. ¿O creyeron que iban a librarse de mí tan fácilmente?

Amara no sabía si reír o llorar frente a lo que le manifestaba.

—Eso significa que no me iré para siempre, estaré protegiéndolos a ambos. No sé cómo se lo tomará tu futuro esposo, pero... tendrá que aceptarme como tal.

—¿Por qué?

—Porque te lo prometí desde un principio, así como se lo prometí a él de la misma manera, sin condiciones. Mi felicidad es la tuya, Amara, no lo olvides nunca.

Enseguida, la joven asintió mientras tomaba la pulsera entre sus manos y la mecía lentamente, probando automáticamente su efectividad.

—Es un hecho, ¡aquí me tienes! —Bromeó su hermano, logrando con ello que sonriera, cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par. Ofelia entró por ella a paso presuroso y al verlos juntos se sorprendió. No pudo evitarlo, por la sencilla razón de que no conocía al extraño que en ese instante abrazaba a su futura cuñada con tanto cariño y protección.

—Lo lamento —se disculpó en el acto, logrando que Alaric desprendiera muy lentamente sus extremidades del cuerpo de la joven—, no quise interrumpir, pero el tiempo transcurre y para que haya boda se necesita una novia.

—La más hermosa de todas —comentó Alaric, haciéndose notar—. Es un placer. Soy el hermano de Amara —se presentó sin darle pie a que ella se lo preguntara primero—. Creo que usted y yo aún no hemos tenido el placer de conocernos.

Ofelia, un tanto absorta, terminó tendiéndole una de las suyas para que la estrechara.

—El placer es mío...

—Alaric —agregó—. Solo llámeme Alaric.

—El placer es mío, Alaric —replicó Ofelia, sonriendo como una boba, cuando Amara no dejaba de observarlos muy contenta—. Soy la hermana del histérico novio que quiere estrangularme.

—Ofelia, ¿verdad?

—Así es. —Le sonrió—. Bueno, ahora que ya nos conocemos y que mi mente dejó de pensar que podrías ser un “roba novias” por ese abrazo que acabo de ver... ¿Serás tú quién la entregue en el altar?

Alaric volteó la vista hacia su hermana, quien tras un par de parpadeos le dio a entender que así deseaba que fuera.

—Sería un verdadero honor para mí.

—Entonces, guapo hermano de Amara, cuando comiencen a sonar los suaves acordes de los violines ya no habrá nada que los detendrá. ¿Entendido?

—¿Lo dices por lo de guapo o por lo demás? —Quiso saber, haciéndose el gracioso.

Ofelia no pudo evitar sonrojarse ante la incisiva pregunta que le formuló.

—De acuerdo, feo no eres —le soltó tras una risita traviesa—. Y ahora, ¿te quieres casar, Amara? —Formuló, pero ahora dirigiéndose hacia su cuñada.

—Claro que quiero, Ofelia.

—Entonces, salgamos de aquí o Mister Dulzura volverá a convertirse en el energúmeno y viejo cascarrabias que tú y yo un día conocimos.

Tomó el hermoso ramo de tulipanes rojos y amarillos que yacía sobre un aparador y luego de darle unos retoques se lo entregó.

—Te veo en el altar, y por favor, no demores, porque el amor de tu vida estará ahí, esperando impaciente por ti.

Después de abrazarla con delicadeza se despidió de ambos, dejándolos nuevamente a solas.

—Pues... como dijo la bella Ofelia... —señaló Alaric, tomando una de sus manos—.

¿Quieres casarte, Amara? Aún hay tiempo para arrepentirse.

—Es lo que más quiero —le contestó, dibujando en su bello semblante la más preciosa de las sonrisas.

Una hermosa melodía se oía de fondo mientras Robert observaba con desasosiego la entrada principal, por donde se suponía que su esposa haría ingreso. Adam se encontraba a su lado y le insistía en que debía relajarse, cosa que Price no hacía. Al contrario, a cada segundo sus nervios le jugaban en contra, hasta que... la vio.

Tragó saliva más que un par de veces cuando, finalmente, una extraordinaria sonrisa se apoderó de su semblante. Sus nervios crecieron de considerable manera al admirarla en toda su plenitud, porque Amara se veía realmente hermosa luciendo un vestido blanco que deseó arrancarle desde que la tuvo enfrente.

—Compórtate, semental —oyó la voz de Adam a su lado, abogando por ella—. Al menos, deja que llegue hasta aquí. —Solo consiguió reír gracias a ello, sin quitarle la vista de encima, porque “su mujer”, como solía llamarla, era simplemente lo más hermoso que poseía.

—Convence al sacerdote —insistió Price—, de lo demás me encargo yo.

Alaric avanzó con ella por el largo pasillo con destino hacia el altar, al ritmo de los melodiosos acordes que se escuchaban, cuando la distancia entre los novios disminuía, hasta que Robert anticipó un par de pasos hasta detenerse frente a ambos para, en definitiva, recibirla.

—Eres, sin duda, la novia más bella que he visto en mi vida —manifestó de inmediato, clavando su penetrante y casi hipnótica mirada en la de quien amaba con toda su alma.

—¿Y yo qué? He oído por ahí que soy bien parecido —le soltó Alaric con su humor tan particular.

Price cerró los ojos y movió su cabeza hacia ambos lados, pero también sonrió.

—Te extrañé, tengo que admitirlo —confesó—. Ya era hora de que regresaras, viejo amigo. Con ese último par de palabras, al ángel lo sorprendió de muy grata manera.

—Siempre lo supe, Robert.

—Siempre supiste qué...

—Que terminarías extrañándome; mal que mal, soy alguien bastante difícil de olvidar; pregúntaselo a tu hermosa hermana —agregó traviesamente, cuando Amara intentaba reprimir un par de carcajadas.

—Yo también soy difícil de olvidar, Alaric, pregúntaselo a la tuya, con la cual voy a casarme en este preciso momento —aseguró, mofándose de él.

—Veo que aprendes bastante rápido —y tras un guiño de uno de sus ojos negros terminó desprendiéndose de la joven para otorgarle, con mucha delicadeza, un beso sobre su frente—. Hazlo feliz —dijo para la evidente sorpresa de Robert—. Y tú... hazla feliz de la misma manera, o te las verás conmigo.

—Así lo haré, solo si tú prometes no alejarte lo suficiente de nosotros. —Sintió de lleno un efusivo abrazo que le brindó, seguido de un asentimiento de su cabeza.

—Eso tenlo por seguro. Después de todo, soy y seguiré siendo vuestro ángel guardián. ¡Qué nuestro Padre los bendiga!

Sus miradas se confundieron en una sola por un par de segundos mientras retrocedía y ahora Price tomaba la mano de su mujer, para caminar con ella hacia el altar.

—¿Lista, mi amor? O debería llamarte, ¿futura señora Price?

—Aún no, señor Price. No coma ansias —le respondió ella, sintiendo como le besaba dulcemente la mano que los mantenía unidos.

—Me conoces, sabes que la paciencia no es una de mis virtudes —finalizó, sonriéndole con picardía, cuando ya el sacerdote se disponía a dar inicio a la celebración.

Robert no pudo dejar de dibujar en sus labios una radiante sonrisa de absoluta dicha durante toda la ceremonia, incluso, cuando le declaró sus más bellos votos de amor y oyó atentamente los suyos. Y cuando el sacerdote pronunció aquellas palabras que tanto deseó oír, al tiempo que la cálida mirada de su esposa se cernía sobre la suya, con sus manos algo temblorosas, terminó acariciando la suavidad de su rostro para luego decirle:

—Te amo tanto, que de una cosa estoy completamente seguro: si comienzo a besarte ahora, juro que no podré detenerme jamás.

—Aun así quiero que te arriesgues, porque si no lo haces ahora mismo, juro que terminaré haciéndolo yo.

Le bastó un solo segundo para que su boca se dejara caer sobre la suya en un apasionado beso, en el cual iban insertas todas sus promesas, junto al inmenso amor que le profesaba, el que daba inicio a sus nuevas vidas como marido y mujer frente a todos los presentes que no dejaban de aplaudir ensordecedoramente.

—Doy gracias a Dios por haberte puesto en mi camino y por las innumerables bendiciones que vinieron contigo —susurró Price contra su boca, a la que no dejaba de besar.

—Y yo doy gracias al cielo y a nuestro Padre por dejarme amarte de la manera en la que lo estoy haciendo.

—Y esa manera es, mi amor...

—Con mi cuerpo, con mi alma, y por supuesto, con mi corazón.

Un nuevo beso silenció los murmullos de aquellos dos seres, que entregados el uno al otro no cesaban de dar gracias por el maravilloso milagro de su amor. Porque estaban seguros que el cielo les sonreía desde aquel día y lo haría, también, por todos los que vendrían, otorgándoles por siempre el mayor de los regalos, su completa e innegable bendición.

Montado en su motocicleta, Alaric se desplazaba veloz hacia las afueras de la ciudad, específicamente, hacia uno de los puentes abandonados de la vieja carretera que la circundaba. No podía perder más tiempo, menos cuando los segundos de una vida ya estaban contados.

Al cabo de un momento, se detuvo a escasos metros desde donde la observó. Aquella joven de largo cabello negro parecía estar dispuesta a todo al situar su cuerpo por fuera de la baranda del puente que daba de lleno a las violentas y profundas aguas que se revolvían con la fuerza desmedida de la corriente, y a las que observaba ensimismada.

—Yo que tú lo pensarías dos veces. Es una gran altura desde aquí. —Caminó hacia ella, saltando ágilmente la barandilla e instalándose a su lado, logrando con ese acto que la muchacha temblara por su inesperada presencia y resbalara con uno de sus pies. Pero gracias a un rápido y astuto movimiento, Alaric la sostuvo.

—¡Suéltame! —Le exigió furiosa.

—Si saltas tú, tendré que hacerlo yo —agregó, esbozando una media sonrisa—. Lo siento, no tienes más alternativas.

—¡He dicho que me sueltes! —Demandó otra vez, fuera de sus cabales.

—Entonces, ¿qué es lo que entorpece tu decisión? ¿Cuánto tiempo llevas aquí, planteándote

el mismo dilema?

—¡Eso no te incumbe, maldito entrometido!

—Entrometido o no, respóndeme. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Isabel?

La joven tragó saliva sin creer cómo aquel extraño que parecía haber salido de la nada la había llamado por su nombre.

—¡Déjame en paz!

—Creo que eso no será posible. ¡Vamos, qué podría salir mal!

—¡Por ejemplo, mi jodida vida de mierda! —Le gritó al rostro con descontrol.

—¿Y por qué tienes una jodida vida de mierda? —Inquirió el ángel, clavando al mismo tiempo la mirada sobre el poderío de las aguas—. Están frías. ¿Sabes nadar, Isabel?

—¡Maldito loco, de dónde saliste!

—¿Me creerías si te digo que vengo de una boda?

La chica se quedó de una pieza al intentar comprenderlo.

—Por mi parte, no es grato estar aquí admirando el horizonte, así que... ¿Por qué no decides de una buena vez si vas a saltar? ¿No crees que estás dándole muchas vueltas a este asunto? Llevas más de veinte minutos de pie, pretendiendo llevar a cabo algo que, obviamente, no deseas hacer.

Sus palabras tan certeras comenzaron a confundirla, porque por una parte, con su irreverencia y ese tono de voz que utilizaba para incitarla, la hacía temer más de la cuenta, acrecentando el pavor que ya tenía alojado dentro de la piel, y por otro lado intentaba, con inusitada psicología a la inversa, conseguir que se retractara de su actuar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo apareciste y qué estás haciendo aquí?

—Muchas preguntas para una sola respuesta.

La joven cerró los ojos y deseó mantener en pie lo que por un momento parecía su única salida.

—No tiene por qué ser todo gris, cuando puedes ponerle un poco de color a tu vida, ¿no crees?

—¿Quién rayos eres? —Replicó una vez más, cuando un par de lágrimas empezaban a deslizarse libremente por sus mejillas.

—Te lo diré, siempre y cuando me mires a los ojos y dejes de observar esas aguas. Sé que no quieres hacerlo, sé que tienes miedo. Isabel, por favor, lo único que conseguirás, renunciando a tu vida, es tirar por la borda lo que aún es tuyo.

—¡No tengo nada y ni siquiera me conoces para afirmar algo semejante!

—En eso te equivocas, te conozco muy bien. Acabas de fugarte del hospital, después de haber tratado de suicidarte en innumerables ocasiones. Primero con un *cocktail* de pastillas, luego, cortándote las venas, y ahora, deseando saltar de este puente. ¿Estoy errado?

—¡¡Vete al demonio!! —Vociferó la aludida, clavándole sus ojos en la oscuridad de su mirada.

—Será un tanto difícil, después que yo... te lo contaré en otra ocasión. Y... ¿Vas a lanzarte ya? ¿O seguirás demostrándome tu autocompasión y sintiéndote miserable?

La chica comenzó a llorar en silencio ante lo que oía, mientras cerraba los ojos.

—Escúchame bien: si lo hubieras deseado desde un principio, ya no estarías aquí, sino allá abajo —tras distraerla, se acercó todavía más para colocarse frente a su rostro—. Hermosa vista, ¿no?

De inmediato, ella los abrió al notar cómo se interponía entre su cuerpo y lo que, supuestamente, ambicionaba hacer. Sin evitarlo, se perdió en sus ojos negros, en aquellos luceros

que parecían envolverla y hacerla desvariar.

—Puedes continuar, Isabel. Al revés de lo que crees o piensas, tú no estás sola.

—Sí, lo estoy.

—Si eso fuera cierto, tú... —desvió la vista nuevamente hacia las aguas—, ya estarías flotando. Y por lo que constato, no quieres hacerlo, te lo aseguro. Tu vida no tiene por qué terminar así, siempre habrá otras posibilidades.

—¿Y cómo debe terminar, según tú?

—Ven conmigo y lo sabrás.

Un mutismo los envolvió cuando ambos se analizaban detenidamente.

—¿Eres un especie de superhéroe?

—Mmm, más bien, solía ser un villano.

Aquello la hizo sonreír de medio lado.

—¿Qué te parece si te saco de este sitio?

—¿Y qué obtendré a cambio, ex villano?

—Charla gratis, un reconfortante café, una incomparable compañía y lo mejor... una segunda oportunidad. Todo y por el módico precio de que ambos nos larguemos de aquí ahora mismo.

—¿Quién eres? —Insistió ella, pero sin mover un solo músculo de su cuerpo.

—Ya te lo dije.

—¡Quiero que seas honesto, maldita sea! Después que me lo digas con todas sus letras... haré lo que quieras.

—¿Te gusta negociar? Interesante.

—Soy excelente en esa área.

—Lo noté. Pues... si no tengo más alternativa..., soy algo así como una especie de enviado. ¡Ahora, muévete! —Le ordenó tajantemente.

—Enviado de qué, ¿del más allá? —Se burló la chica con descaro.

Alaric sonrió. Sin duda, esta nueva misión que le había sido encomendada sería su perdición, porque ya lo vislumbraba como tal.

—Sí, del más allá al más acá. ¿Qué te parece?

—Que se te zafaron algo más que un par de tornillos.

—¿Y qué hay de ti? No fui yo quien estaba primero admirando el paisaje a punto de saltar de un puente, ¿o sí?

—¡¡Cabrón!! —Le soltó con todo su desprecio, queriendo cambiar de lado para subir la baranda y apartarse de él lo más prontamente posible.

—No es precisamente mi nombre, pero si te hace sentir mejor llamarme así...

Rápidamente, la joven terminó saltando la barandilla, y Alaric siguió de cerca cada uno de sus pasos.

—¿Dónde crees que vas? —Le gritó, deteniéndola.

—¡Muy lejos!

—¿Te llevo? Me queda de camino.

Isabel se volteó para encararlo una vez más, vociferando con rabia e impotencia:

—¡Déjame en paz, quién quiera que seas!

—No puedo, he venido por ti.

—¿Por mí? ¡No me jodas, sicópata!

—No te estoy jodiendo, Isabel. Si estoy aquí es porque me necesitas. Vamos, te prometí un café junto a una buena compañía y una segunda oportunidad.

—Y una charla gratis —recalcó irónica.

—Claro y también una charla gratis.

—¿Por qué haces esto si no sabes quién soy? ¿Qué no tienes algo mejor que hacer con tu vida que joderme la mía?

—No todo se trata de joder. ¡Humanos! —Suspiró intensamente—. Está bien, por el momento no tengo nada mejor que hacer, y porque es mi trabajo —confesó, fastidiándola todavía más.

—¿Tu trabajo?

—Así es. Soy un ángel guardián. Es un placer conocerte.

La chica rio como en mucho tiempo no lo hacía; si hasta lágrimas liberó producto de las fuertes risotadas que emitía.

—Entiendo.

Alaric cruzó sus brazos a la altura de su pecho; sí, se estaba burlando de él.

—O sea que tú... ¿vuelas como Superman?

—De vez en cuando, pero más me agrada la velocidad de mi motocicleta. Y no, no me gustan las mallas.

—¡Eres un maldito enfermo!

—Me han dicho cosas peores, pero gracias por el cumplido.

—No te creo nada. ¿De qué psiquiátrico te fugaste?

—Di lo que quieras, pero para creer, solo tienes que tener fe, Isabel.

—Es una lástima, porque no la tengo. Es más, la perdí hace muchísimo tiempo y no deseo recobrarla. Asunto concluido.

—Lamentablemente para ti, este asunto no está concluido.

—A ver angelito —lo desafió—, ¿cómo te hago entender que quiero, qué ansío que desaparezcas de mi vista?

—Simple, no puedes hacerlo, porque no me iré a ningún otro lugar.

—¿Y no puedes buscarte a otro u otra a quien cagarle la vida?

Alaric movió la cabeza de lado a lado, confirmándose.

—Ya veo... Entonces, pajarraco... quiero ver tus alas —lo desafió por segunda vez, mientras sonreía con sorna.

Al oírla, Alaric la admiró sin siquiera parpadear.

—¿Qué? No me mires así, he dicho que quiero ver tus dichosas alas, plumífero de cuarta —insistió Isabel, sin obtener de su parte una sola respuesta. Y al ver que el desconocido no hacía más que mirarla, le concedió un par de minutos más por si se decidía a abrir la boca, hasta que su paciencia se colmó y terminó volteándose, dándole la espalda, y muy segura de una sola cosa: ese tipo era un completo loco, enfermo y desquiciado.

Se apresuró a caminar, alejándose definitivamente de su lado, pero en cosa de segundos todo cambió. Fugazmente, la figura de Alaric sobrevoló con maestría por sobre su cabeza, dejándose caer repentinamente frente a ella con sus enormes alas desplegadas de par en par, poderosas, enérgicas, imponentes, al tiempo que la grandísima impresión en la cara de la muchacha se lo decía todo.

—.¡¡Mierda!! —Gritó muy temerosa de lo que veía y no cesaba de ver, sin siquiera parpadear y con increíble incredulidad—. ¡¡¿Quién eres, maldita sea?!!

Y él, dedicándole una despiadada sonrisa, batió sus inmaculadas alas, levantando con ellas una fuerte ventisca que la estremeció, mostrándose las en todo su extraordinario esplendor, diciéndole sin una sola pizca de condescendencia:

—Un ángel guardián, Isabel. Soy Alaric, el caído.

SOBRE LA AUTORA

Andrea Valenzuela Araya es una escritora chilena que actualmente reside en la ciudad de Curicó, y quien, desde muy pequeña soñó con algún día dedicarse al maravilloso arte de las letras, escribiendo y contando historias, para así encantar y cautivar a sus lectores.

En el año 2012 comienza su travesía literaria con el blog “*El libro azul*”, *Déjame que te cuente*; en el cual fue plasmando, capítulo a capítulo, lo que fue su primera novela, “El Precio del Placer”, que más tarde decidió autopublicar por la plataforma internacional Amazon.

En el año 2014 la Editorial española Ediciones Coral, perteneciente a *Group Edition World*, adquirió sus derechos para publicar dicha novela y distribuirla tanto en España como en Latinoamérica.

En el año 2015 comienza a trabajar con la Editorial chilena “Romance & Letras”, con la cual ha conseguido publicar en papel una gran variedad de sus novelas.

Entre sus obras podemos mencionar:

“*El Precio del Placer*” (Primer libro que da origen a la trilogía titulada homónimamente).

“*Todo de ti, todo de mí*” (Segunda entrega de la trilogía “El Precio del Placer”).

“*Con los ojos del Cielo*”

“*Zorra por accidente*”

“*Ahora o Nunca*”

“*Cuando te vuelva a ver*”

“*Águila Real*”

“*Treinta Días*”

“*Ana: Conmigo o sin mí*”

“*Una vida sin ti*”

También podemos encontrar su colaboración en las siguientes antologías:

“*Un Relato por Pausoka*”

“*Glorioso Desorden*”

“*Gracias, Mamá*” (Autoras chilenas)

“*Bendita Adolescencia*”

Actualmente, la autora se encuentra inmersa en diversos proyectos, tanto personales como profesionales, y espera que todos ellos, de forma paulatina, puedan ver la luz.

“*Porque los sueños no son inalcanzables en la medida que se luce por ellos*”, afirma realmente convencida, y continúa trabajando, dedicándose con esfuerzo y constancia a conseguir cada uno de ellos.

Contacto:

andreavalenzuelaaraya@outlook.es

Puedes seguirla en:



Andrea Valenzuela Araya



@AndreaVA32



@andreavalenzuelaaraya